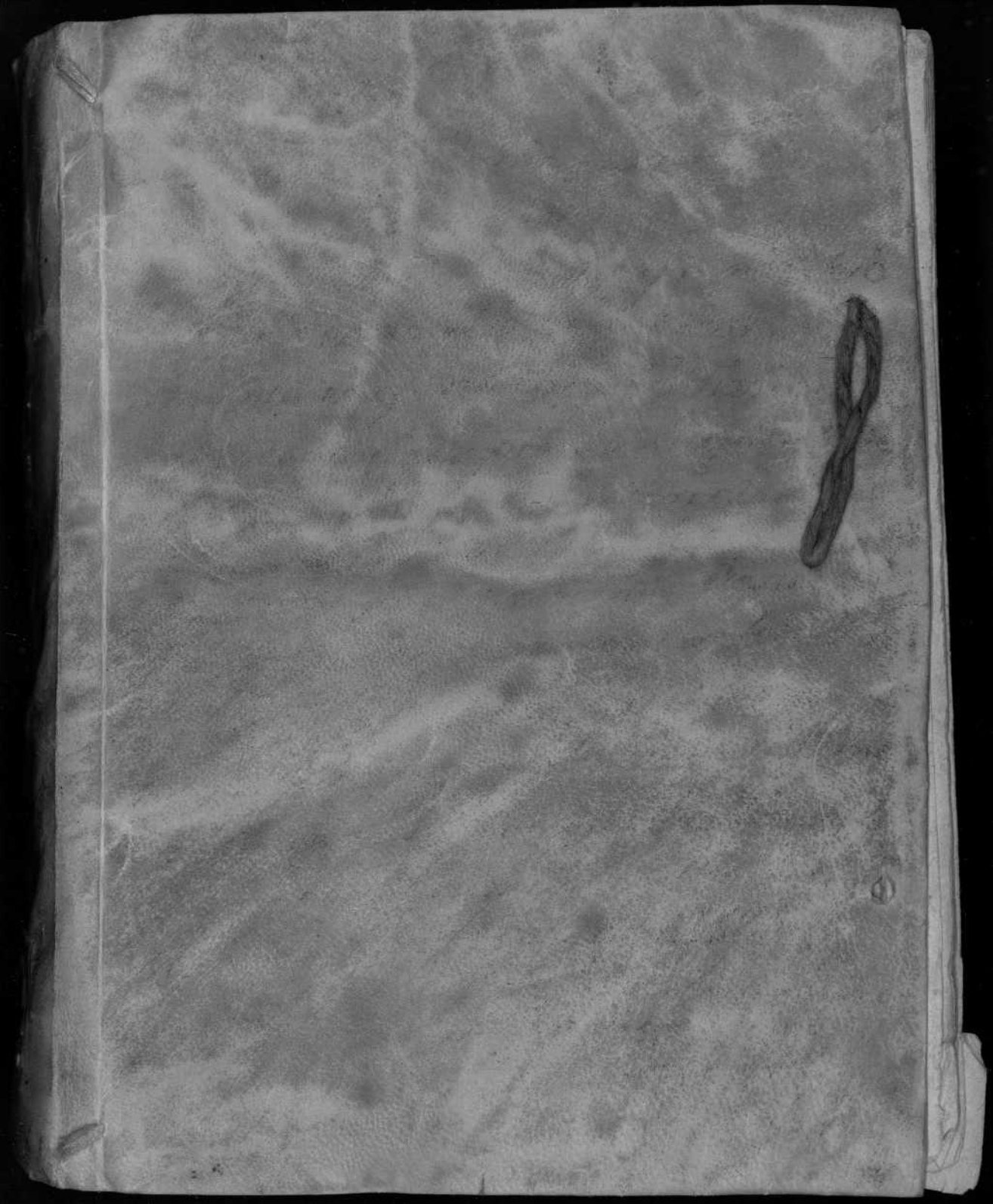


VIDA
DEL VENERABLE
APOSTOLICO VARON
PADRE FRANCISCO DE GERONYMO,

DE LA COMPANIA DE JESVS.

ESCRITA EN ITALIANO, Y EN LATIN por los PP. Simon Bañati, y Carlos de Bonis.

Y TRADUCIDA EN ESPAÑOL POR EL PADRE Manuel Antonio de Frias, todos de la misma Compañia.

SEGUNDA IMPRESSION.

Es del Coll.º de la Comp.ª de Jhs de Soria, y de su Librería.

Y SE DEDICA

AL MILAGROSO MEDICO, PRODIGIOSO Anacoreta, y Glorioſiſsimo Martyr San Cyro, Compendizando primero ſu Vida, para conſuelo de ſus Devotos.

Es del Coll.º de la Comp.ª de Jhs de Soria.

CON LICENCIA: En Madrid, en la Oficina de Don Gabriel del Barrio, Impreſſor de la Real Capilla de ſu Mageſtad. Año de MDCCXXXIX.

BIBLIOTECA PROVINCIAL SORIA

A L
MILAGROSO MEDICO,
PRODIGIOSO ANACORETA,
Y GLORIOSISSIMO MARTYR
SAN CYRO.



UVIERA Yo por conocido agravio al Venerable Padre Franciſco de Geronymo, no ofrecer eſta ſegunda impreſsion de ſu heroyca Vida, como debido tributo à la Proteccion Soberana de San Cyro: Pues quien ſe valiò toda la vida de ſu nombre, è interceſsion, con la aplicacion de ſus Sagradas Reliquias, parà milagros tan prodigioſos, ſe diera por agraviado deſpues de ſu muerte, en que no ſe refundieran en los cultos de tal Protector ſus alabanzas. El miſmo Padre Franciſco de Geronymo, poco antes de ſu muerte, dixo al Nuncio de ſu Santidad, que con ſu muerte no ceſſarìan las maravillas de San Cyro; y es, que no havian de ceſſar las ſuyas, pues cada dia ſe experimentan en todas partes mas prodigioſas; y como ſe

valiò de la Proteccion de San Cyro, y de ſu nombre para todas, todas quiſo que ſe atribuyeſſen à ſu Soberano Poder mas que à ſus meritos, contentandoſe, aun deſpues de muerto, como tan humilde, con ſer el Agente de ſus milagros. Para eſto ſolicitò en Napoles la mayor extenſion de ſu culto, la mas ſolemne celebridad de ſu Fieſta, la mas rica, y primoroſa Eſtatua. Diſcurriò ſu devocion ingenioſa, que el aceyte que ardìa en ſus lamparas, el agua en que bañaba ſus Reliquias, las flores que ſervìan en ſu Altar, ſe repartieſſen, y comunicaſſen à los Enfermos, para remedio de ſus dolencias, aunque no sè yo, ſi todos lograban la ſalud, ò por la celeſtial virtud, que les comunicaba San Cyro deſde el Cielo, ò por paſſar por las manos del Padre Franciſco de Geronymo; pero me inclino à creer, que era de los dos el influxo; y que teniendo trato de compañìa la devocion, y el amor, ſe intereſſaban los dos, y ſe daban las manos mutuamente; ò que aplicando el Venerable Padre Franciſco la ſuya à los dolientes, iban los dos à una mano. Lo que sè es, que haviendo ſido el Padre Franciſco de Geronymo inſtrumento para que el aceyte de las lamparas, el agua en que ſe bañaba la Reliquia del Santo Martyr, las flores del Altar obraſſen maravillas, oy duran eſtos favores, y los que invocan al Padre Franciſco de Geronymo, ſe valen de eſtas Reliquias, ſi han tenido la fortuna de lograrlas, y todos ſe valen tambien de la devocion de rezar tres

Pa-

Padre Nueſtros, y Ave Marias con tres Glorias, en reverencia de San Cyro, y en memoria de los tres atributos de Medico Celeſtial, Sagrado Anacoreta, y Glorioſo Martyr; devocion, que diſcurriò ſu Devoto Padre Franciſco, para implorar el favor de San Cyro, y aumentar ſus veneraciones: con que claramente ſe infiere, que ſi los que invocan al Padre Franciſco de Geronymo en ſus afliccione, ſe valen de las Reliquias de San Cyro, y de ſu interceſsion, quiere eſte heroyco Jeſuita, aun deſpues de muerto, que ſe atribuyan à San Cyro todas ſus maravillas, y que no ceſſen con ſu muerte ſus favores, porque no ceſſan deſte inſigne Varon las ſingulares gracias.

Por eſta razon juzgo, que fuera agraviar à eſte Heroe, no ofrecerle à San Cyro eſta ſegunda eſtampa, pues ſi la primera ſe la llevò la gratitud tan juſta, como generoſa à la excelentiſsima liberalidad, y devota vizarrìa, de quien concurriò en la mayor parte al coſte de la impreſsion: tengo por obligacion de juſticia, acallada aquella deuda, que pagarla no es facil, porque ay beneficios, que dexan ſiempre acreedores, por ſer tan ſoberanos, que hacen la recompenſa impoſsible; el ofrecer eſta ſegunda impreſsion à San Cyro, porque es el mejor acreedor, y es ſuya, ſiendo toda de mi Venerable, pudiendo decirlo, que el alma ſanta: *Dilectus meus mihi, & ego illi*, que era tan reciproco el amor de eſtos dos Heroes, que el uno deſde el Cielo, y el otro en la tierra, ſe correſpon-

dian en las finezas para la Gloria de Dios en la ſalvacion de las almas.

Por eſta razon, me parece debido obſequio reſumir en breve la Vida de San Cyro, para que por ella ſe empiece mejor à leer la del Siervo de Dios Franciſco de Geronymo, y ſerà ſolo un dedo en pintura, el indice de dos elevados Gigantes. Floreciò San Cyro en el tercer ſiglo de la Igleſia. Naciò en Alexandrìa, de Padres honrados, y piadoſos, y fuè cèlebre, no menos por la ſantidad de ſus coſtumbres, que por la conſtancia de ſu martyrio, è innumerables milagros. Exercitò mucho tiempo la profeſsion de Medico, mas que por la utilidad deſte exercicio, por el interès de ganar almas à Dios, pues dando la ſalud corporal, ganaba para Chriſto à todos los que curaba, ſacandolos de ſus herrores, è idolatrìas; eſta era la paga que recibia de los Enfermos, y con la luz del Evangelio que recibian, ſe daba por bien pagado. Se hizo tan famoſo en breve tiempo, que no ſolo era celebrado en la Ciudad de Alexandrìa, ſino es tambien en toda la Provincia, mirandole todos como un Angel, baxado del Cielo para darles ſalud, y como una Celeſtial Antorcha, para deſterrar erradas ſuperſticiones; mas como la virtud no puede eſtàr mucho tiempo ſin ſer perſeguida, y la luz no puede reſplandecer ſin ofenſa de la malignidad embidioſa, moviò contra èl todas ſus furias el infierno, de ſuerte, que ſe viò preciſado à dexar ſu Patria. Repartiò toda

da su hacienda à los pobres, y se fuè à la Provincia del Arabia felìz, confinante con Egypto. Aqui vistiò el Habito de Anacoreta, que yà lo era en la vida, y discurriendo con zelo de Apostol, por las Ciudades, Villas, y Aldèas, yà predicando à los Gentiles, yà confortando à los Fieles, yà empleandose en otras Obras de Misericordia, fueron tantas las conversiones, maravillas, y milagros que obrò, que en breve tiempo se esparciò su fama por toda aquella Provincia. Imperaba en aquel tiempo Diocleciano, que fatigaba con la persecucion mas terrible la Iglesia. Y nuestro Santo Anacoreta ardìa en ansias de confirmar su fee con su sangre, fueron presas por orden del Prefecto Siriano, Teotista, Teodora, y Eudosia, con su madre Atanasia, señoras de ilustre calidad, à quienes havia convertido San Cyro; y temiendose el Santo, que la crueldad de los tormentos pudiesse desmayar aquellas inocentes Corderas, se resolviò de ir à Canopo, para esforzarlas à padecer por Christo, aunque fuesse à costa de su muerte: Visitòlas en la Carcel, animòlas à padecer sin temor del Tyrano; y viendo los Gentiles que San Cyro frequentaba la Carcel, y hablaba con desprecio de sus Idolos, dieron aviso al Prefecto, que un hombre Estrangero, en Habito de Monge, maldecìa à sus Dioses, y predicaba con libertad contra los Decretos Imperiales la Fè de Christo. Mandò Siriano traerle à su presencia, creyendo aterrarle con amenazas, ò re-

ducirle con ſus argumentos à la falſa creencia de ſus Dioſes. Pero viendo, que ni razones, ni amenazas, ni las grandes promeſſas que le hizo, hacìan mella en aquel pecho conſtante, y que riyendoſe de ſus promeſſas, predicaba en alta voz à todos la Fè de Jeſu-Chriſto, mandò à los Verdugos, que le deſnudaſſen, y apaleaſſen con nudoſos baſtones; y lo hicieron con tanta crueldad, que molieron ſu cuerpo, y deſpedazaron ſus carnes. Deſpues mandò, que con agudos clavos le clavaſſen los pies, y los brazos, tormento en que padeciò acerviſsimos dolores, pero ſin dàr la menor ſeña de ſentimiento: Deſpues mandò, que con achas encendidas le fueſſen quemando todo el cuerpo, de pies à cabeza; y acabado eſte martyrio, le refregaſſen con ſal, y vinagre fuerte las heridas, y las llagas: Finalmente, lanzarle en una Caldera de pez hirviendo, en que le tuvo muchas horas. Pero quanto mas le redoblaba el Tyrano los martyrios, tanto mas ſe burlaba de èl el Santo Martyr. Deſeſperò Siriano de vencer la conſtancia de San Cyro, y mandò traer à ſu viſta las tres ſeñoras Doncellas con ſu madre, para que viendo las crueldades executadas en San Cyro, deſmayaſſen en ſu fee, pero antes ſe confirmaron mas, porque animadas con el exemplo de ſu Santo Maeſtro, ſufrieron los tormentos con indecible paciencia. Confuſo, y avergonzado el Tyrano, las mandò degollar con San Cyro, dexando

ſus

ſus cuerpos en el campo para paſto de las Fieras ; pero los Fieles, ſin temor del Tyrano, tomaron los Sagrados Cadaveres, y ocultandolos en una Caſa, los colocaron deſpues en un Templo fuera de la Ciudad, dedicado à San Marcos Evangeliſta. Deſpues, imperando el gran Conſtantino, ſe trasladaron las Reliquias de San Cyro, por aviſo del Cielo, à la Ciudad de Alexandria, donde luego que llegaron, obraron la maravilla de arrojar una legion de Demonios, que infeſtaban un Burgo, ò Arrabàl, por donde paſſaban los Fieles à reverenciar un Templo dedicado à todos los Santos Apoſtoles. Aqui ſe colocaron las Sagradas Reliquias, y obraron continuos milagros. Aqui eſtuvieron haſta el tiempo del Emperador Theodoſio el Segundo, que ſe traxeron à Roma, y de aqui ſe trasladaron à Napoles, y ſe colocaron en la Igleſia de la Caſa Profeſſa de la Compañia de Jesvs, donde eran veneradas con otras Sagradas Reliquias, haſta que el Venerable P. Franciſco de Geronymo, con luz del Cielo, empezò à promover mas ſu Culto ; y S. Cyro ſe diò por tan obligado de la devocion de ſu Siervo, que confeſsò eſte à la hora de ſu muerte, que ſolo por ſus manos havian paſſado mas de diez mil milagros de S. Cyro ; y reſplandeciendo aùn las maravillas de eſte Glorioſo Martyr, por la devocion de eſte inſigne Jeſuita, es juſto que iluſtre ſu vida con ſu proteccion, porque es dàr nueva luz à ſus milagros, y promover mas la veneracion de los Fieles, para buſcar en la interceſſion de los dos el aſylo, y remedio. Re-

Recibid, pues, Glorioſo Martyr San Cyro, en nombre de vueſtro devoto, eſta ofrenda mia, que dedico à vueſtra Protecion, como el dòn mas precioſo para Vos, y mas agradable. No ſolo por ſer fruto en parte de vueſtra Santidad ſus maravillas, ſino es porque en ellas reſplandece la Gloria de Dios, y la vueſtra, y ſe aumentarà la de vueſtro Siervo, à la ſombra de vueſtro Patrocinio. En èl, y en el de mi amado Venerable Padre Franciſco de Geronymo pongo todo mi corazon; mal dixe, que ha mucho tiempo que le ofrecì agradecido à vueſtros pies: Pongo, dirè mejor, mi eſperanza de que le mejoreis, ò me recabeis de Dios lo que pedìa el Santo Rey David: *Cor mundum crea.* Un corazon, que renazca como el Phenix de sì miſmo, purificado en las llamas del Amor Divino, para imitar vueſtro zelo de la ſalvacion de los proximos, para amar à Dios con toda mi alma. Aſsi lo deſeo, pido, y eſpèro conſeguir de vueſtra interceſsion. En eſte Colegio Imperial de Madrid, &c.

Vueſtro mas humilde Devoto,

Matheo Hurtado.

LICENCIA DE LA ORDEN.

FRanciſco Grande, Provincial de la Compañia de Jesvs, en la Provincia de Toledo: Por particular Comiſsion, que tengo de nueſtro Padre General Franciſco Retz, doy licencia, para que ſe imprima la admirable Vida de el Venerable Padre Franciſco de Geronymo, de la Compañia de Jesvs, eſcrita en Italiano, y Latin por los Padres Simon Bañati, y Carlos de Bonis; y traducida en Eſpañol por el Padre Manuel Antonio de Frias, todos de la miſma Compañia: la qual ha ſido viſta, y aprobada por Perſonas, graves, y doctas de nueſtra Religion. En teſtimonio de lo qual, di eſta, firmada de mi mano, y ſellada con el Sello de mi Oficio. En eſte Colegio Imperial de la Compañia de Jesvs de Madrid, à diez y ſeis de Diciembre de mil ſetecientos y treinta y quatro.

Franciſco Grande.

APROBACION DEL R. P. M. ANTONIO DE Goyeneche, de la Compañia de Jesvs, Maeſtro de Politicas en el Colegio Imperial.

DE orden del ſeñor Don Antonio Vazquez Goyanes y Quiroga, Theniente Vicario de eſta Villa de Madrid, Sede-Vacante, &c. He viſto la admirable Vida del Venerable Padre Franciſco de Geronymo, de la Compañia de Jesvs, eſcrita en Italiano, y en Latin por los Padres Simon Bañati, y Carlos de Bonis; y traducida en Caſtellano por el Padre Manuel Antonio de Frias, todos de la miſma Compañia; y hallo, que no ſolo es conforme á nueſtra Santa Fè, y buenas coſtumbres, ſino que toda ella es un vivo eſtimulo, y deſpertador de las alabanzas de Dios, por las maravillas que obra (quando quiere) en ſus grandes Siervos; pues en eſte nuevo Taumaturgo, cuya Vida ſe traduce, con eſtylo maduro, elegante, grave, y devoto, ſe ven renovados los milagros, y prodigios de la Igleſia Primitiva. Mas quando para eſcribirlos no tuviéramos una mano tan habil, como la de el Padre Manuel Antonio de Frias, creo yo, que fueran juſtos Panegyryſ-

riſtas de el Venerable Padre Franciſco de Geronymo, tantos Pobres evangelizados, tantos Enfermos milagroſamente curados, tantos Ciegos con viſta, tantos Cojos y Mancos (que lo eran corporal, y eſpiritualmente) con pies, y manos, con otras ſeñales de ſuperior orden.

Todo eſto lo ha viſto el mundo con ſus ojos, lo ha tocado con ſus manos, y no acaban de admirarlo tantos como oy viven, y le conocieron. Y ſi me dieran licencia, incluyera aqui al Traductor miſmo, à quien el Venerable Padre preparò con el beneficio de ſu recobrada ſalud, para que dieſſe à conocer á los Eſpañoles, para la comun edificacion la prodigioſa Vida de ſu inſigne Bien-hechor. No ſon menos admirables las virtudes, que con authorizados teſtimonios, en eſte Libro ſe refieren; pues el eſtudioſo de la perfeccion, hallarà aqui Eſcuela abierta á todas las virtudes, en grado ſublime para la imitacion: por lo que juzgo, que ſe le puede al Traductor dàr la licencia que pide para la impreſsion de ſu Libro. Aſsi lo ſiento. En eſte Colegio Imperial, 22. de Marzo de 1735.

Antonio de Goyeneche.

LICENCIA DEL ORDINARIO.

NOS el Licenciado Don Antonio Vazquez Goyanes y Quiroga, Theniente Vicario de eſta Villa de Madrid, y ſu Partido, Sede-Vacante, &c. Por el preſente, y por lo que à Nos toca, damos licencia, para que ſe pueda imprimir, è imprima el Libro, intitulado: *Vida de el Venerable Padre Franciſco de Geronymo, de la Compañia de Jesvs*, eſcrita por el Padre Simon Bañati, de la miſma Compañia, en Italiano; y traducida en Idioma Eſpañol por el Padre Manuel Antonio de Frias, de la miſma Compañia de Jesvs de eſta Corte, atento, que de nueſtra orden, y comiſsion ha ſido viſto, y reconocido por el Padre Antonio Goyeneche, de dicha Compañia de eſta Corte, y por ſu Cenſura parece no tiene coſa opueſta à nueſtra Santa Fé Catholica, y buenas coſtumbres. Fecha en Madrid à veinte y un dias del mes de Abril de mil ſetecientos y treinta y cinco.

Lic. D. Antonio Vazquez Goyanes y Quiroga.

Por ſu mandado.
Miguèl Alameda.

APRO-

APROBACION DEL R.mo PADRE JOSEPH *Casani, de la Compañia de Jesvs.*

M. P. S.

DE orden de V.A. he visto la Vida admirable del Venerable Padre Francisco de Geronymo, que de su idioma Italiano ha traducido el Padre Manuel Antonio de Frias, y es Obra, que antecedentemente havia yo registrado, por favor, y confianza, que debí al Autor, enseñandome las primeras pinceladas, que havia dado en esta Obra, ò en este Retrato. En èl admirè, y admiro mucho lo que no debo passar en silencio, debiendo llamar à la reflexion de todos los Lectores, para la debida estimacion de la Obra. Si miramos su fin, y su motivo, es tan de alta esfera, como deber al Venerable el singular favor de la vida. (yà que el respeto detenga la pluma, para que en lugar de favor, no escriba milagro.) Todos fuimos testigos de la gravissima, prolongada, y peligrosa enfermedad, que nunca conociò la medicina, y nunca reconociò à los medicamentos, y todos somos testigos de la salud que goza; esta se debe à medicina soberana, à intercesion del Venerable; y assi, que el Autor pague la vida que goza, con la Vida que escribe, es motivo, que no puede ser mas sublime, ni puede ser mas honrado; Una vida se paga con otra vida; y la que se goza, se gasta en aplaudir la vida, y heroycidades de quien vive eternidades de gloria; pero como el Autor en su Prologo pone (como debe por agradecido) este caso, à mi me basta insinuar el motivo, que encienda los animos de los que leen, pues es poderoso incentivo à la esperanza, leer un Libro, que èl por sì mismo es testigo, y es efecto de lo poderoso, que para con Dios es el Venerable, cuyas maravillas se leen.

Si del motivo passo al modo, en èl hallo circunstancias, que bordan, ò realzan la maravilla. Empezò su traduccion, empezò à escribir, quando estaban tan debiles las fuerzas, que no bastaba su vigor para leer; esto se admiraba, quando se veìa; pero yo añado mucho mas: Empezò à leer lo que no entendia, y empezò à usar una lengua, que no sabìa; soy testigo de que muchas particulas, modos de hablar, y voces comunes en el Dialecto Italiano, que son obias, à quien tiene poco uso en la Lengua, los preguntaba, ignorante, aun de sus mas comunes frasses, y sin aprender antes la Lengua, sin estudio para en-

se-

ſeñorearſe del Dialecto, valiendoſe de Diccionarios, y de preguntas, ſacó una Obra, de que podia tener vanidad, quien con mucho uſo eſtuvieſſe muy dueño de ambos Idiomas. Eſte nuevo dòn de Lenguas, confieſſo, que le pareció muy nuevo á mi reflexion, y me acordaba el celebrado caſo del primer dòn de Lenguas, que logrò con admiracion la recien nacida Igleſia en los Apoſtoles, eſtos predicaban á Chriſto, y explicaban ſu vida, y la inſtitucion de la Igleſia en una lengua, y los Fieles de diverſas Naciones, entendian cada uno en la ſuya, lo que ſe decia en ſolo una: El Libro de la Vida del Venerable eſtaba en Italiano, á mi no me admira verle en Eſpañol, y en tan limpio eſtylo: Notorio es al mundo, el puro, elegante, facundo, corriente eſtylo del Autor, en ſus propias Obras, delicias muy utiles à las Almas: todos hemos oìdo, deſde los Pulpitos mas autorizados, las galantes, hermoſas propoſiciones, con que nos ha dado à entender à todos lo delicado de ſus diſcurſos; pero eſto era, quando el miſmo ingenio, que concebia tan delicada, y profundamente, daba á luz el propio parto de ſus diſcurſos. Haſta aquì la miſma continuada experiencia me detiene la admiracion, no la alabanza: En eſta traduccion, lo que yo paſmè la primer vez que la leì, y admirè, quando la veìa eſcribir, fuè, que ſiendo el concepto ageno, en lengua, que no entendia, ſe puſieſſe tambien en lo ſubſtancial de las clauſulas, como ſi eſtas eſtuvieſſen en Idioma muy cononocido. Hagome cargo de lo que puede un buen entendimiento; hagome cargo del alcance de una clara comprehenſion; y me hago cargo de el gran poder de un eſtudio atareado; pero aun hecho cargo de todas eſtas verdaderas circunſtancias, me es forzoſo decir, que para mi (algo noticioſo de ambas Lenguas, y que ahora no sè qual ſupe primero, ò qual me enſeñaron antes) ha ſido tanto myſterio, y tanto eſpanto, que nunca he dudado, que aquel à cuya interceſsion debe el Autor la ſalud, para que le eſcribieſſe, le debe tambien, que Dios le iluſtraſſe al tiempo de leer, para que conocieſſe lo que no ſabia conſtruir.

Y con eſto he reſpondido à la comun objecion, que ſin duda harà la critica, ò de que ſe quexarà la honra. El Traductor es Sugeto capàz, como todos ſabèmos, de hacer por sí miſmo, y de delinear con ſu propia pluma Obras mucho mayores; pues por què nos dà que decir aplicandoſe al trabajo material de una traduccion? Eſte argumento valiera mucho, ſi todo lo referido no le huviera debilitado la eficacia; pero yà es de mucha edificacion, y exemplo. No tenia dificultad, ni era exemplo, ni ſeria admiracion, que el

Tra-

Traductor huvieſſe compueſto por sí miſmo, y huvieſſe cortado tan delgada como ſuele la pluma, para eſcribir la Vida de el Venerable, huviera ſalido muy buena; pero huviera ſido un lucimiento, por muy propio en el Autor, muy comun en èl; pero el traducir es exemplo de humilde ſujecion à ſu cariño, y logra el fruto de vèr executado lo que no ſe puede hacer ſin admiracion.

Por todo lo dicho ſe conoce, que la licencia que deſea para dár à la Imprenta eſte trabajo, ſe le debe dàr con agradecimientos; y por no contener coſa alguna, que ſe oponga à nueſtra Santa Fè, buenas coſtumbres, ni á las regalìas de ſu Mageſtad. Eſte es mi parecer, ſalvo, &c. En eſte Colegio Imperial de la Compañia de Jesvs de Madrid à 23. de Abril de 1736.

JHS.

Joſeph Caſani.

LICENCIA DEL CONSEJO.

DOn Miguèl Fernandez Munilla, Secretario del Rey nueſtro Señor, ſu Eſcrivano de Camara mas antiguo, y de Govierno del Conſejo: Certifico, que por los Señores de èl ſe ha concedido Licencia al P. Mathèo Hurtado, de la Compañia de Jesvs, para que por una vez, como Prefecto de la Congregacion Iluſtre de la Capilla de N. Señora del Buen Conſejo; y en conſequencia de la Licencia, que preſentò del P. Franciſco Vazquez, Provincial de la miſma Compañia en eſta de Toledo, pueda reimprimir, y vender un Libro, que del Idioma Italiano traduxo al Caſtellano el P. Manuel Antonio de Frias, tambien de la propria Compañia, yà difunto, intitulado: *Vida del Venerable Padre Franciſco de Geronymo*, de la referida Religion, con que la reimpreſſion ſe haga por el exemplar, que ſirve de original, que và rubricado, y firmado al fin de mi firma; y que antes que ſe venda ſe trayga al Conſejo dicho Libro reimpreſſo, junto con ſu exemplar, y Certificacion del Corrector de eſtar conformes, para que ſe taſſe el precio à que ſe ha de vender, guardando en la reimpreſsion lo diſpueſto, y prevenido por las Leyes, y Pragmaticas de eſtos Reynos. Y para que conſte, lo firmè en Madrid à veinte y ocho de Enero, de mil ſetecientos y treinta y nueve.

Don Miguèl Fernandez Munilla.

FEE

FEE DE ERRATAS.

PAG. 31. col. 1. lin. 38. le falta, *ſolo en èl.* Pag 45. col. 2. lin. 7. amoroſoſa, lee *amoroſa.* Pag. 50. col. 2. lin. 7. tomaſſen, lee *tomaſſe.* Pag. 54. col. 1. lin. 31. que quando, lee *que quanto.* Pag. 105. col. 1. lin. penult. ſerlas, lee *ſerlos.* Pag. 119. col. 2. lin. 22. ſe le dexe vér, lee *ſe dexe vèr.* Pag. 124. col. 1. lin. 5. bolverèmos hacer, lee *à hacer.* Pag. 154. col. 2. lin. ult. tenido, lee *temido.* Pag. 161. col. 2. lin. 25. le falta *y Comunion.* Pag. 176. col. 1. lin. 18. mando, lee *Mundo.* Pag. 225. col. 2. lin. 10. reſpondò, lee *reſpondiò.* Pag. 252. col. 1. lin. 2. las, lee *los.* Pag. 349. col. 1. lin. 35. Xaxier, lee *Xavier.* Pag. 352. col. 2. lin. 10. Bramonte, lee *Bracamonte.* Pag. 378. col. 2. lin. 19. à aſta, lee *à eſta.* Pag. 385. col. 1. lin. 26. deſollaron, lee *deſollaron.* Pag. 413. col. lin. 10. regular à una Cominidad, lee *regalar à una Comunidad.* Pag. 563. col. 1. lin. 7. conſultarſe, lee *conſolarſe.* Pag. 597. col. 1. lin. 17. le hallaba, lee *le hallaban.* Pag. 616. col. 1. lin. ult. herederas, lee *herederos.* Pag. 624. lin. pen. ſanitotem poſtulem, lee *ſanitatem poſtularem.* Pag. 627. col. 2. lin. ult. conſide, lee *conſide.* Pag 630. col. 2. lin. 8. Requias, lee *Reliquias.* Pag. 648. col. 2. lin. 14. à la la, lee *à la.* Pag. 656. col. 2. lin. 13. reimprieſſe, lee *reimprimieſſe.*

Con eſtas Erratas, y otras muy faciles de notar, correſponde al antiguo, que ſe ha expueſto por original, el Libro intitulado: *Vida del Venerable Padre Franciſco de Geronymo, de la Compañia de Jesvs.* Madrid 22. de Enero de 1739.

Lic. D. Manuel Licardo de Ribera.

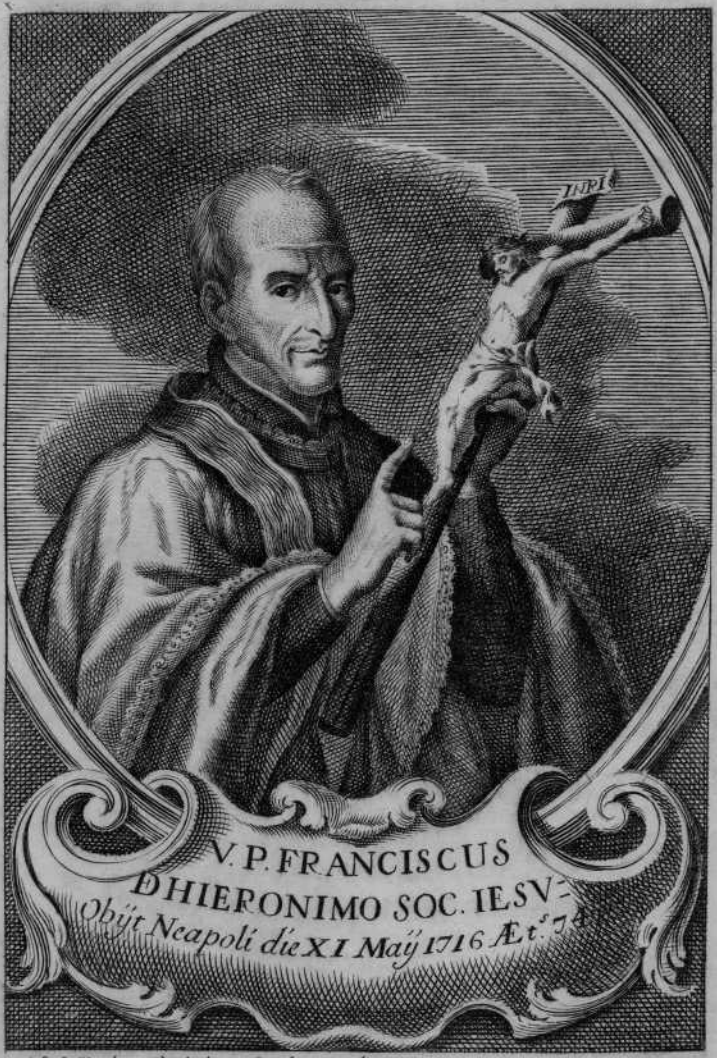
Corrector General por ſu Mageſtad.

SUMA DE LA TASSA.

TAſſaron los Señores del Real, y Supremo Conſejo de Caſtilla eſte Libro, intitulado: *Vida del Venerable Padre Franciſco de Geronymo, de la Compañia de Jesvs*, à ſeis maravedis cada pliego, como mas largamente conſta de ſu Original. Madrid, y Enero treinta de mil ſetecientos y treinta y nueve.

D. Miguèl Fernandez Munilla.

VIDA



I.s à Palom.s del. et sculp. M.li





VIDA
DEL VENERABLE SIERVO DE DIOS
FRANCISCO DE GERONYMO,
DE LA COMPAÑIA DE JESUS.
LIBRO PRIMERO.
CAPITULO PRIMERO.

PATRIA, PADRES, Y NACIMIENTO DE FRANCISCO de Geronymo, y su primera educacion.

Lugar de su Nacimiento.

NAciò FRANCISCO DE GERONYMO en el Reyno de Napoles, en la tierra llamada la Grotalia, no muy distante de la Ciudad de Taranto, à cuyo Arçobispo està sujeta en lo Espiritual, como en lo Temporal, à los Señores Cicinelos, Principes de Curso. Es la Grotalia Pais bien cultivado, bien poblado, y fertil de Hombres de provecho, pues ha dado muchos hijos

Breve noticia dela Grotalia.

A dig-

dignos à las Mitras, y muchos Autores doctos à las Imprentas; pero para cabàl gloria ſuya, le baſta haver dado à luz al inſigne FRANCISCO DE GERONYMO; porque en èl produxo un Heroe para la Igleſia: un Apoſtol para la Compañia: un Rayo contra el Abiſmo: un Enemigo declarado de las culpas: una nueva Eſtrella, dedicada à dàr muchos dias alegres à los Angeles, con las converſiones de tantos Pecadores, como ſuerón triunfo feliz de ſu fervoroſa voz; y en fin, un hombre admiracion del Mundo por ſus Profecias, por ſus Milagros, y por ſus Virtudes. Fuè ſu nacimiento el dia 17. de Diciembre del año de 1642. Sus Padres ſe llamaron Juan Leonardo de Geronymo; y Gentileſca Gravina, legitimos conſortes, y ambos de decoroſas Familias. Tuvieron varios hijos, y hijas, que en las virtuoſas coſtumbres, que ſiempre mantuvieron, dieron bien à entender la buena educacion, que debieron à ſus Padres. Su Primogenito fuè FRANCISCO DE GERONYMO, cuya vida es el aſſumpto de mi pluma. Siguiòſele Cataldo, ſugeto, que en abito ſeglar, ſe dedicò à acompañar, y à ſervir à ſu hermano en el exercicio de las Miſsiones, concurriendo, del modo que podia, al fruto, que cogia de ellas la Gloria Divina. El tercero, Joſeph Maria de Geronymo, entrò en la Compañia, y viviò en ella con ſingular exemplo, como verèmos deſpues, en el grado de Coadjutor Temporal. El quarto fuè Domingo, no inferior en ſus virtudes à ſus hermanos. El ultimo, llamado Thomàs Maria de Geronymo, ſiguiò el eſtado Eccleſiaſtico, y logrò, por premio de ſus devotas Letras, el Curato, ò Arcipreſtazgo de ſu miſma Patria, donde viviò, cumpliendo perfectamente con las obligaciones de ſu empleo, amado de los ſuyos quando vivo, y venerado de los miſmos quando difunto. Seis hijas contaron en ſu Matrimonio tambien, Juan Leonardo, y Gentileſca; las quatro murieron muy niñas, y las dos que ſe lograron, Iſabèl, y Maria, vivieron en ſu Patria, correſpondiendo con ſu modeſtia à las virtudes de ſus hermanos.

Dia, y año de ſu Nacimiento.

Nombres de ſus Padres.

Hermanos, y hermanas, ſuyo.

Deſcubriendo ſus Padres en las niñezes de Franciſco, un genio apacible, y un alma naturalmente inclinada à lo bueno; para adelantarle con una digna enſeñanza, ſiendo yà de once años, le apli-

De once años entra en la Comunidad.

aplicaron, como à otro Samuèl, à que sirviesse à Dios en su Templo. Introduxeronle en la celebre Congregacion de Sacerdotes, conocida en la Grotalia por el nombre de la *Comunidad*. Esta Illustre Junta tuvo principio el año de 1641. fuè idéa de Mon-Señor Don Thomàs Caracholo, que de Religioso Theatino, elegido por Arzobispo de Taranto, la fundò debaxo de la proteccion del Glorioso Patriarca San Cayetano, y con su autoridad la adelantò, y promoviò quanto pudo: Los Individuos de ella no se obligan con especiales Votos, ò Reglas; pero acompañando el zelo de sus propias almas, con el deseo de la salvacion de las de sus proximos, confessando, predicando, y auxiliando à los moribundos, son de grande utilidad à la Grotalia.

Fundacion de la Comunidad.

En esta Congregacion entrò nuestro Francisco de edad de once años; y porque aquellos zelosos, y prudentes Sacerdotes descubrieron en èl, aùn en edad tan tierna, un espiritu, y talento superior à sus años, le aplicaron à explicar, y à enseñar la Doctrina Christiana à los otros Niños, y gente ruda, que acudia à sus puertas; y en este exercicio mostrò tal gracia en el decir, tanta inteligencia, y claridad en el explicarse, que aùn los Padres mas ancianos tenian el gusto de concurrir à escucharle, y le oian, no solo con complacencia, sino con aplauso, llamandole desde entonces, unos, el *Angel*, otros, como por donayre, *el P. Francisco*. Tal era la seriedad, gravedad, y modestia con que hacia el oficio de Cathequista, que les pareciò, que le convenia adelantadamente este nombre; y lo cierto es, que suele la Gracia Divina, en aquellas almas que escoge, y destina para empressas grandes, anticipar en su puericia algunas especiales luces, con las quales, aùn siendo poco lo que executan, es mucho lo que prometen: son ciertas centellas, que entonces pequeñas, pronostican un grande fuego para despues. Este fuè el dictamen de muchos Sugetos de gran juicio, los quales al vèr en aquel Niño su virginal modestia, su seriedad sobre sus años, y su afecto à la frequente oracion; dixeron, que aquellos principios no podian menos de sacar despues, à favor del bien publico, un hombre de singular perfeccion, y eminente

Dedicanle al exercicio de Cathequista.

santidad; y que no se engañaron, lo dirán los sucessos de su vida.

Sus devociones en esta edad.

Niño como era, se levantaba de la cama antes que los Compañeros, y baxandose à la Iglesia, se estaba en oracion hasta el toque de la Campana à dispertar à la Comunidad: entonces se restituìa con toda priesa à su estancia, para que no viessen aquella travesura de su devocion; pero sin embargo de la diligencia, que ponia para ocultarla, no pudo evitar, que alguna vez no le cogiessen en estos hurtos, que hacia à su sueño, para tener mas tiempo de tratar con Dios. Tambien fueron preludio de la encendida charidad para con los pobres que creciò siempre con èl (como despues verèmos) las limosnas, que en este tiempo les hacia: no podian ser muy largas, pero tales quales las repartia à los necesitados, que concurrian à la puerta de la Iglesia, hasta que reconociendo, que le acechaban esta buena obra, para esconderla de los ojos de los hombres, determinò llamar à los pobres à las espaldas del Altar Mayor; alli les repartia lo que llevaba que darles, dando al mismo tiempo à la limosna, con aquel retiro, toda la perfeccion, que manda el Evangelio.

En esta materia no debo omitir una circunstancia, que le dió à su piedad muchos visos de milagrosa; y fuè, que siguiendo Francisco los dulces, y eficaces impulsos de su charidad, y persuadiendose à que à su virtuosa madre no la desagradaria en esto, tomaba de su casa lo que le parecia, que en ella sobràba, para repartirlo à los pobres; mas un dia se dexò arrebatar de las piedades de su misericordia, y les diò todo el pan, aùn el que era necessario para el gasto de la familia. Llegó la hora de comer, y hallandose la prudente señora sin pan, que poner en la mesa, no sin alguna turbacion, le prohibiò, que en adelante tomasse el que podia hacer falta para la casa. Oyòla Francisco, y muy admirado, la dixo: *Madre, y señora, què es lo que dice V. md.? Que falta el pan? Vaya V. md. que en su lugar le encontrarà todo.* Assi dixo, y ò fuesse este un impulso de su animosa esperanza en Dios; ò fuesse una prediccion efectiva, hallò Gravina ser verdad lo que le havia dicho su hijo: pues examinando curiosa segun-

Caso milagroso sobre sus limosnas.

da

da vez el Arca, encontrò todo el pan, que poco antes havia echado menos. Quedòse atonita à tal vista, y grandemente edificada, levantò los ojos al Cielo para agradecerle aquel favor, y despues llenos de lagrimas de ternura, revocò el orden, que havia dado à su hijo, y pidiendole perdon por lo que le havia reñido, le concediò ampla licencia para tomar quanto quisiesse para el empleo, y exercicio de su piedad. Todo este caso depone Domingo Antonio Taglacozio haverle oído à Barbara de Hector, muger anciana, à quien Gravina se le fiò en secreto, y pocas horas antes de morir, se ratificò en lo dicho.

CAPITULO II.

VIDA DE FRANCISCO fuera de su Patria.

PARA que adelantasse su hijo Francisco de Geronymo en los buenos principios, que havia logrado en la Comunidad, en que havia vivido, determinaron sus Padres, que passasse à la Ciudad de Taranto, donde supuesta la Gramatica, que yà havia estudiado, oyesse Philosophia. A esta se aplicò en el Colegio de la Compañia de Jesvs, donde consiguiò una grande estimacion de los nuestros, y al mismo tiempo se informò de nuestro Instituto, costumbres, y doctrina, sin que por entonces se le excitasse deseo alguno de ser Jesuita. Concluida la Philosophia, por persuasion de sus Maestros, (ordenado de Epistola, y Evangelio) passò à la Ciudad de Napoles para proseguir à mayores Estudios. Convinieron en esto sus Padres, y aùn le pidieron se llevasse consigo à su hermano Joseph, para que mientras èl se daba à la especulacion de las Ciencias, Joseph, segun su genio, se aplicasse à el Arte de la Pintura.

Passa à Taranto.

Estudia la Philosophia en nuestro Colegio.

Passa à Napoles à proseguir sus estudios.

En Napoles empezò à estudiar Francisco el Derecho Canonico, y recibiò el Orden Sacerdotal de mano de Mon-Señor Don Benito Sanchez de Herrera, à 20. de Marzo del año de *1666*. supuesta la dispensacion Apostolica, por el tiempo de edad, que le faltaba.

Empieza à estudiar el Derecho Canonico.

Ordenase de Sacerdote.

En estas circunstancias vacò en el Seminario de Nobles de aquella Ciudad, el Empleo de Perfecto de una de sus Cameratas; y este le mirò, y pretendiò Francisco, como muy oportuno

Entra en el Colegio de Nobles.

à ſus deſeos, que eran de proſeguir ſus tareas Eſcholaſticas; pero retirado à una Caſa de Religion, donde pudieſſe darſe commodamente á la virtud. Pretendiò el Empleo, y le conſiguiò: entrò en el Seminario, y ſe llevò conſigo à ſu hermano Joſeph, que era de genio recogido, y aplicado, como hemos dicho, à la devocion.

Su porte en el Seminario.

Yà en el Seminario, ſe dedicò Franciſco á cumplir exactamente con todas las obligaciones de ſu oficio, y no ignorando, que la juventud ſe mueve, mas por lo que vè, que por lo que oye, procurò governar la que eſtaba à ſu cuidado, mas que con palabras, con exemplos; dictandoles las virtudes, mas con ſus operaciones, que con ſus aviſos. Obſervaba, en primer lugar, una grande aplicacion á los Libros; la mayor parte de la noche la gaſtaba en oracion, la que interrumpia con riguroſas diſciplinas, que tomaba, quando ſe aſſeguraba de que los Seminariſtas eſtuvieſſen yà dormidos. La Miſſa la decia con gravedad, y devocion; y de la union con Dios en ella, ſacaba para lo reſtante del dia, ſingular modeſtia para los ojos, y una admirable compoſtura para los demàs ſentidos. Eſta aplicacion à la virtud, tan digna de un Sacerdote, le ganò para con los nueſtros, y para con los Seminariſtas, el renombre de *Sacerdote Santo*, por el qual le conocian mas, que por el de Franciſco de Geronymo; y ſe confirmaron en que le convenia eſte nombre, por un raro caſo, que le aconteciò con uno de los Seminariſtas que tenia à ſu cuidado: caſo, de que fuè teſtigo Franciſco Albertino, fervoroſo Sacerdote del Oratorio de San Felipe Neri, que le refiriò aſsi.

Recibe una bofetada de un Seminariſta.

Entre los demàs Seminariſtas de que cuidaba Franciſco de Geronymo, huvo uno, cuyo nombre ſe calla, por no infamarle con el delito que cometiò. Tenia eſte en el Seminario un hermano menor, el qual hizo una falta, de que Franciſco creyò debia dàr parte, para cumplir con ſu oficio, à el Superior de la Caſa. Llamòſe al Reo, hizoſele el cargo, y comprobado el delito, ſe le diò la pena que le correſpondia, ſegun las leyes del Seminario. Reſentido del caſtigo, que le hàvian dado, ſe quexò el Niño à ſu hermano mayor: Su genio era al-

ti-

tivo, è impaciente, y propuso serenar las lagrimas de su hermano, vengandose del Prefecto: buscòle, y sin que le detuviesse el respeto de su persona, ni el de su oficio, ni el caracter del Sacerdocio, le dixo todos aquellos oprobrios, que un diabolico furor le pudo ofrecer à los labios. Oyòle Francisco, y callaba; mas pareciendole al inconsiderado mozo, que su silencio era desprecio de lo que le decia; añadiò à las injurias con que le havia mortificado, la de levantar el brazo, y darle una recia bofetada.

Como se portò en esta injuria.

En un caso tan repentino, y extraordinario, estuvo Francisco tan en sì, como si le huviera estado estudiando mucho tiempo. Pues luego que recibiò el afrentoso golpe, se arrojò à los pies de su ofensor, y le ofreciò la otra mexilla, para que, si gustasse, le repitiesse la injuria: y creo, que el precipitado mozo (tan ciego estaba!) lo huviera executado assi, sino le huvieran suspendido los gritos, y empellones de sus Compañeros, que escandalizados de tan horrible atrevimiento, casi sin libertad, iban à arrojarle por una ventana; pero lo estorvò Francisco, que con razones, y ruegos, templò aquellos impetus, que tenian tantos visos de justos, por ser en desagravio de un injuriado, è inocente Sacerdote. Dixoles, que no havia razon para que no dissimulassen una accion, de que èl no se daba por ofendido: que aquella havia sido una inconsideracion, y falta de libertad, nacida de un primer movimiento de la colera; y que assi les suplicaba, no solo que se sossegassen, sino que no se diessen por entendidos, y olvidassen del todo lo que alli havia passado, para que no viniesse à noticia de los demàs Seminaristas, y especialmente de los Superiores. Con esta mansedumbre consiguiò Francisco, el que aquellos Cavalleros se quietassen, pero no que caso tan ruydoso no se supiesse: ni èl debiò esperarlo, haviendo passado delante de unos Niños, à quienes les es tan dificultoso el callar, principalmente las materias, que les hacen mucha harmonia, ò mucha disonancia. Dibulgado este lance, se llenò el Convictorio de tanta edificacion, que revosò fuera de èl, sin que Francisco quisiesse: fuè una luz, que le diò à conocer à muchos, y

le ganò de ellos tanta veneracion, que podemos decir, que el golpe, que no le mortificò quando afrenta, le doliò quando le viò convertido en motivo de sus aplausos. Todos le miraban como à hombre de elevada perfeccion, pues havia puesto en practica la que se tiene por la mas dificil, y mas heroyca de quantas aconseja el Evangelio. Y en fin, èl hizo creible lo que el Padre Bernardo Borsa, Prefecto de Espiritu del Colegio, solia decir de nuestro Francisco; y era: *Que las Virtudes, que aquel Sacerdote ocultaba en su pecho, no era facil conocerlas entonces; pero que se reservaban para la noticia, y admiracion de los venideros.* Y assi ha sido, pues los que le hemos alcanzado de dias, hemos visto, que la vida de FRANCISCO DE GERONYMO, ha sido una tela compuesta de todas las mas gigantes Virtudes.

CAPITULO III.

VOCACION DE FRANcisco à la Compañia, y el Noviciado, que tuvo en ella.

HASTA este tiempo no havia tenido este virtuoso Sacerdote pensamiento de dedicarse à el Estado Religioso, y solo parecia ser su animo imbuirse en las Sagradas Letras, que pudiessen hacerle idoneo para bolver à servir à Dios, y à su Patria, en aquella Comunidad, en que havia tenido sus principios; pero de repente, yà fuesse por ilustracion, que tuviesse del Cielo, yà por aficion, que huviesse cobrado à los Jesuitas con quienes vivia en el Seminario, determinò, y pidiò con instancia, ser recibido en la Compañia. Siendo tal el Pretendiente, desde luego los Superiores recibieron con agradecimiento su sùplica. Es verdad, que no dexaron de reparar en que yà su edad era mas adelantada de lo que convenia, y que no tenia aquella robustez, que piden los trabajos, y fatigas con que se acompañan nuestros ministerios; pero tambien se hicieron cargo, de que hallandose yà Sacerdote, y estudiada la Philosophia, y tres años de Theologia, se podian compensar con estos adelantamientos, que trahia à la Religion, la mas crecida edad, y la falta de fuerças. Consideraron, que seria de perjuicio para nuestra Familia, privarla de un hombre,

Pretende entrar en la Compañia.

Admiten le.

bre, que en el estado Secular se havia hecho tan distinguible por sus virtudes; y que en fin, era digno de que la Compañia le admitiesse, aunque no fuesse mas, que por el exemplo, que en el Seminario havia dado en el caso, que acabamos de referir.

Esforvos, que puso su Padre à su Vocacion.

Mas quando nuestros Superiores dieron, por las razones dichas, su grato consentimiento, y aun estaban deseosos de que Francisco diesse el ultimo complemento à su vocacion, faltò poco para que del todo se desvaneciessen, assi los deseos de Francisco, como los de los Superiores. La causa fuè, que haviendo llegado à saber Juan Leonardo de Geronymo la resolucion, que su hijo havia tomado, y quan adelantada tenia su pretension, le escriviò una Carta, llena de amorosas quexas, que huvieran convertido otro animo, que fuera menos constante, que el de Francisco, pues en ella se lamentaba, de que de un golpe quisiesse marchitar las esperanzas, que en èl tenian, assi su Patria, como su Familia, à quienes podia servir de grande utilidad, hallandose yà Sacerdote, y graduado con las Letras, à que havia aplicado sus estudios. Preguntabale, que què podia aficionarle à la Compañia, viendose de crecida edad, y por consiguiente menos apto, para sujetarse à la rigurosa, y menuda observancia de sus Leyes? Añadia, que ultrà de esso, debia considerar, que seria de ningun provecho en una Religion, llena de Sujetos dignos para las Cathedras, y Pulpitos; y que entre tales hombres, solo podia aspirar à vivir, casi ocioso, con el oficio de simple Operario, en un retirado Colegio: que al contrario, en la Comunidad de la Grotalia podia, sin tanta molestia, lograr sus talentos, en beneficio de las almas, exercitandose en los mismos ministerios, que estila la Compañia. A estas especies acrecentaba una, en que el amor à la carne, y sangre, venia vestido con el trage de la piedad, y era pedirle, que se hiciesse cargo, de que èl estaba yà viejo, y con dos hijas, que poner en estado, à las quales èl debia hacer sombra, ò para que se mantuviessen en su casa con decencia, ò para que encontrassen matrimonios correspondientes à sus personas. Y concluìa, con que por todo lo dicho,

Carta que le escrive

es-

esperaba mudasse de intencion, y que no diesse à sus Parientes motivo de un continuado pesar, y à èl le abreviasse los dias de la vida.

Esta Carta le dictò à Juan Leonardo el afecto de padre; y huviera sido eficaz, à no haversse encontrado en Francisco un hombre, que sabìa, como el Evangelio, que para seguir à Jesu-Christo, se debe empezar por el abandono de los Parientes, y de los Padres. Y assi, respondiò à ella, con razones tan reverentes, pero tan persuasivas, que convencido del Espiritu de Dios, que hablaba por la pluma de su hijo, Juan Leonardo no solo le diò su licencia, sino gracias de que entrasse en la Compañia, de lo qual nunca le pesò; antes bien, muchos años despues tuvo el gusto, y el consuelo de vèr à su hijo predicar en su misma Patria, y recoger frutos agradables al Cielo; de donde à èl se le siguiò singular aplauso, pues todos sus Paysanos le daban enhorabuenas de que huviesse tenido un hijo tan ilustre, por las victorias que lograba del Infierno, en la conversion de las Almas.

Respon de Francisco con la debida firmeza.

Vencidas yà las dificultades insinuadas, se dispuso la entrada en la Compañia para el dia 2. de Julio del año de 1670. dia dedicado à la Visitacion de la Reyna del Cielo à su Prima Santa Isabèl: circunstancia con que no sè si esta Soberana Princesa, siempre especial Protectora de la Compañia, quiso decirnos, que aquel dia la visitaba, y favorecia de su mano con un espiritu escogido, que con sus tarèas, y fatigas, añadiesse nuevos lustres à sus grandezas. En fin, el dia 2. de Julio, siendo de 27. años nuestro Pretendiente, se despidiò del Seminario, para entrar en nuestro Noviciado, lo que consta de la memoria, que en el Diario del Convictorio puso ò el P. Bernardo Borja, ò como quieren otros, el P. Marcelo Viva; y yo la pongo aqui, porque nos dà noticia de los exercicios manuales en que debia de emplear el tiempo, con que, segun leyes de la prudencia, debia interrumpir los mentales, y la aplicacion à los Libros. Dice, pues, assi:

Entra en la Compañia el dia de la Visitaciò.

Dia 2. de Julio entrò en la Compañia Don Francisco de Geronymo, Prefecto de la Camerata de Jesus: Presidiò en ella por casi cinco años, con grande exemplo, y edificacion de los nuestros, y de los Se-

Seminaristas : Hallabase estudiando tercero año de Theologia : Tiene buen ingenio , y apreciables talentos para obras de manos : Logra buenos principios en la Pintura : Executa con primor los bordados de coloridas pajas , Artificio propio de la Provincia de Taranto ; y tiene especial habilidad para invenciones de fuego. Serà grande Operario de la Compañia.

Hasta aqui la nota. Y que el recibo de Francisco en la Compañia, fuè felìz para esta Religion, lo presintiò el Rector del Noviciado , que entonces era el P. Andrès de Mari , sugeto , yà por su nacimiento , yà por sus virtudes , dignissimo del Empleo que tenia. Este , pues , al tiempo de abrazar al Novicio, despues de puesta la Ropa , (como entre nosotros se estila) le pareciò , que abrazaba un vivo simulacro de la virtud , y experimentò , que el corazon se le llenaba de un suavissimo espiritual consuelo , que en èl recibiò , que de otros Novicios no havia experimentado. Y este , dirè yo , que fuè un especial favor , merecido de la virtud consumada del P. Mari, y del fervor presente del Novicio , que acababa de recibir : Lo cierto es, que como si aquel extraordinario jùbilo , por crecido, no le cupiera en el pecho, se assomò à los labios ; pues à los que estaban presentes (retirado yà el Novicio) les dixo : *Oy hemos recibido un Santo en la Compañia.* Singulares palabras en un hombre , que por el Empleo, que tenia , debia ser , y era sumamente circunspecto en sus expresiones.

Rara circunstancia en su recibo.

Que no se engañò en lo dicho , lo verificò luego que empezò à observar los procederes , y costumbres del P. Francisco : Encontrò ser mucha , y de bella calidad la virtud , que del Siglo havia trahido á la Escuela de la perfeccion , que es el Noviciado ; por lo qual se aplicò à adelantarle en ella con singulares pruebas , que hizo de su paciencia, y de su mortificacion. No ignoraba, como practico Maestro , que las virtudes de los Religiosos deben ser combatidas de contrariedades , para que crezcan , y se aumente la sòlidèz que deben tener. De aqui nacia , que no havia materia de especial dificultad ò trabajo , ò de especial humiliacion en que al P. Francisco no le empeñasse: no havia cosa digna de alguna reprehen-

Sus adelantamiétos espirituales en el Noviciado.

prehenſion, que no vinieſſe à parar en èl; y aſsi, era proloquio comun entre los demas Novicios, en viendo enojado à ſu Maeſtro, decir: *Todo eſto vendrà à parar en el Padre Franciſco de Geronymo.* Hé ſabido de un P. de grande autoridad, que oy vive, y ha ſido muchas veces Superior en eſta Provincia, y que fuè Connovicio del P. Franciſco; que aquel P. Rector no parece atendia à otra coſa, que à exercitarle todos los dias con nuevas idèas, que pudieſſen ſerle ſenſibles; havia riñas, havia deſprecios, havia aſperezas; y en fin, havia no perder ocaſion alguna, yà publica, yà ſecreta, de humillarle, y de reprehenderle.

Dos graves mortificaciones con que ſu Maeſtro probò ſu virtud.

Entre otras, que omito, no puedo paſſar en ſilencio dos mortificaciones bien particulares, que le diò. La una fuè, que à pocos meſes de haver entrado, le mandò, que tuvieſſe cuidado de los hermanos Coadjutores Novicios, y que los inſtruyeſſe, y adelantaſſe en el eſpiritu. Havia entre ellos uno, que, ò por reſpetoſo al grado Sacerdotal, ò por ſer de genio mas obſequioſo, ò por la veneracion con que yà entonces le miraba como à Santo, todas las mañanas le ſubia un poco de agua, para que ſe labaſſe las manos, evitandole aſsi el cantancio de que para eſte fin baxaſſe à las mas inferiores Oficinas de la Caſa. Supo eſto el Rector, y tomò promptamente la oportuna ocaſion, que ſe le ofrecia de exercitarle. Llamòle à ſu preſencia, y con tono, y ſemblante ſobradamente ſerio, le dixo: *Cierto, que no creyera, que apenas Novicio, buſcarais los alivios, que apenas ſe conceden à los Padres mas ancianos, y que mas han trabajado en la Religion; què quiere decir haceros ſervir de vueſtros Hermanos? Os haveis olvidado, ò no haveis aprendido aun, que eſtais en la Eſcuela de la humildad, y de que haveis venido à eſta Caſa à ſervir, y no à ſer ſervido?* Eſta fuè la reprehenſion, la que no ſe quedò en ſolas palabras, pues à ella ſe ſiguiò la penitencia; mandandole, que en levantandoſe por la mañana, baxaſſe, y que en la Pila donde el Ropero lababa la ropa, en aquella agua ſucia, y hedionda ſe labaſſe las manos, y la cara. Enmudeciò, y obedeciò el humilde P. ſufriendo por muchos dias, aquella mortificacion, haſ-

ta que el Rector, satisfecho de su virtud, le dixo, que la dexasse.

Mas no por esso se dexò sin exercicio su paciencia: pues determinò hacer con èl una experiencia, que le llegò à lo vivo del corazon, y le tocò en lo mas intimo de su espiritu. En el Sacrificio de la Missa tenia nuestro devoto Novicio todas sus delicias Espirituales: Esto no podia ignorarlo su Superior, à quien tenia toda su conciencia descubierta; pero por esso mismo en esto le mortificò, prohibiendole, que celebrasse todos los dias, y solo permitiendole, que dixesse Missa tres veces à la Semana. Oyòlo Francisco, sin manifestar la menor repugnancia, ni interponer la menor suplica, para que aquella mortificacion se le disminuyesse; porque sentia tan baxamente de sì, que no juzgaba, que el Superior iba à mortificarle; sino que porque veia, que sus demeritos, y sus culpas le hacian indigno Ministro de aquel tremendo Sacrificio, por esso le retiraba justamente de los Altares.

Llevado de estos humildes pensamientos, obedecia con gusto, contentandose con comulgar espiritualmente en los quatro dias en que no celebraba, deshaciendose en copiosas lagrimas de compuncion, y de deseos de aquel Divino Manjar. Agradòse tanto el Señor de la conformidad, y resignacion con que padecia el retiro, que de su Magestad le hacian tener, que se la pagò con un favor bien singular. Referirèle con palabras del mismo P. Francisco, que por disposicion Divina creo, que le dixo, sin que su humildad lo supiesse; que muchas veces dispone Dios, que sus Siervos, ò para gloria suya, ò para edificacion, y aprovechamiento de las Almas, manifiesten, sin advertirlo, los ocultos favores, que su Magestad les hace.

Un dia, pues, una Sierva de Dios, à quien governaba el P. Francisco, dandole cuenta de su conciencia, le dixo assi: *Padre, què serà, que algunos dias me hallo muy recogida, con mucho amor à Dios, y logrando una intima union con el; pero en otros suelo experimentar todo lo contrario: estoy àrida, seca, desconsolada, busco à su Magestad, y no le encuentro. Esto en què consistirà.* Oyòla el Siervo de Dios, y la dixo: Mire, quiero responderla con un ca-

Comulgale de su mano Christo los dias en que no le dexaban decir Missa.

caſo, que ſino me engaño, viene à propoſito. Sepa, que en nueſtro Noviciado huvo un pobrecillo, que era yà Sacerdote antes de entrar en la Religion. Eſte no podia decir Miſſa todos los dias, ſino ſolo tres veces à la Semana, porque aſsi ſe lo havia ordenado ſu Superior. Pero ſucediale á aquel miſerable, que en aquellos dias en que no celebraba, y en que ſe contentaba con comulgar eſpiritualmente, veìa á Jeſu-Chriſto en forma de Sacerdote, en medio de dos Angeles, que trahian en ſus manos una precioſa tohalla, y aplicandoſela al deſdichado Novicio, la Mageſtad de Chriſto por ſu mano le comulgaba. Aſsi paſſaba, quando de repente à aquel deſgraciado, ſin ſaber el por què, ſe le ſuſpendiò eſte favor. Empezò à deſhacerſe en amargo llanto, y examinar menudamente ſu conciencia, para vèr ſi por algun defecto ſuyo le privaban de tan ſingular conſuelo; y ſolo pudo deſcubrir, que un dia en la recreacion comun, havia dicho, chanceandoſe, algunas palabrillas inutiles, y ocioſas. Eſte defecto le llorò por eſpacio de tres dias, y al fin de ellos ſe dignó el Señor de aparecerſele, y le dixo: *Yà te hè perdonado, por los meritos de mi Madre.* Y con eſſo proſiguiò el favor de comulgarle. En eſto, ſeñora (concluyò Franciſco) os quiero decir, que andeis con gran cuidado, y con una vigilancia ſuma en evitar faltas pequeñas; porque eſtas, que à noſotros nos parecen coſas ligeras, y de poca monta, ſon de mucho eſtorvo para la union, que debemos pretender tener con Dios.

Aſsi dixo. Y yo dexo à la prudente conſideracion del Lector, que apruebe, ò repruebe las ſiguientes conjeturas, que à mi parecer perſuaden, que el Padre hablò de sì miſmo, y no de otro en eſta ocaſion. La primera, el ſer el principio de ſu narrativa, tan conforme à lo que le paſsò con ſu Superior, como yà hemos viſto. La ſegunda, que ſi un favor tan ſeñalado huvieſſe ſucedido á otro Sacerdote, no parece, que el Padre Franciſco podia ſaberlo, no haviendo ſido Director de Novicios Sacerdotes. La tercera, que aquellos titulos, y terminos de *Pobrecillo, Miſerable, Deſdichado, &c.* de que usò en eſta relacion, no ſe los daria à otro, que à sì miſmo, por haver ſido ſiempre muy mi-

ra-

rado en hablar con eſtimacion de ſus Hermanos; y al contrario eran los que comunmente uſaba ſu humildad, quando hablaba de sì proprio. Y en todo caſo, para que ſe dè aſſenſo à eſto, que juzgo, debe ſuponerſe, que la Religioſa à quien dixo eſte ſuceſſo, era muy temeroſa de Dios, y por eſſo no capàz de fingirle, ò de inventarle; y muchas veces ſe ofreciò à jurar, que le oyò de ſus labios del modo que queda referido, quedando perſuadida, à que el Padre hablaba de sì, aunque no ſe lo expreſsò. Y yo concluyo eſte Capitulo, bolviendo à nueſtro propoſito, con la noticia de que ſatisfecho, y edificado el P. Mari, de la obediencia, y humildad del P. Franciſco, le bolviò à dàr licencia, para que todos los dias dixeſſe Miſſa.

CAPITULO IV.

ES EMBIADO FRANciſco, ſiendo Novicio, à la Provincia de Otranto, y lo que trabajò en ella.

VIendo los Superiores tan aprovechado en las Virtudes à nueſtro Franciſco, luego que cumpliò un año de Noviciado, (coſa entre noſotros pocas, ò raras veces uſada) le ſeñalaron para las Miſsiones de la Provincia de Otranto, en donde dos Sugetos de los nueſtros, que pertenecen al Colegio de Leche, eſtàn en continuo movimiento, diſcurriendo, y haciendo Miſsiones por las Ciudades, Caſtillos, y Aldèas de toda aquella Provincia. Eſte empleo le tomò con gran guſto nueſtro Franciſco, por noviciado de otras Miſsiones mas arduas, y mas penoſas, como ſon las de Indias, de las quales tenia tan vivos deſeos, que yà havia pedido al P. General ſe las concedieſſe. En Leche encontrò por compañero, y guia, para aquel Apoſtolico Miniſterio, al P. Añelo Bruno, que en todo le era ſemejante, Varon verdaderamente Religioſo, zeloſiſsimo del bien de las Almas; y como tal, fervoroſiſsimo Miſsionero, el qual muriò en nueſtra Caſa Profeſſa de Napoles, viſpera de la Venida del Eſpiritu Santo, el año de 1688. en aquel horrible Terremoto, que aquel dia padeciò toda la Ciudad. Hallabaſe el P. Añelo en el Confeſſonario, quando à la violencia de el Terremoto, cayò la Media-

Al año de Noviciado, le ſeñalan à hacer Miſsiones.

na-

naranja de nueſtro Templo, y las ruynas le ſepultaron; pues aunque de ellas le ſacaron vivo, à breves horas muriò, no ſin laſtima, y dolor crecido de los que le conocieron. El fruto, que los dos Miſsioneros recogieron de ſus Apoſtolicas fatigas, fuè muy grande, aunque en particular no tenemos noticias de quan abundante fueſſe; ſolo ſabemos, que un alma muy favorecida de Dios, al vèrlos en la Ciudad de Viſcelia; y preguntada, de què le parecian? Reſpondiò: *Que aquellos dos Predicadores de la Palabra Divina, eran dos Angeles, embiados del Cielo, para el remedio de los hombres.* Y eſte nombre de *Angeles*, ſe le dieron en otras muchas Ciudades, como muy merecido, à viſta de la grande utilidad, que trahian à las Almas, ſacandolas de ſus culpas.

En Biſcelia dieron à los Miſſioneros el nòbre de Angeles.

Sobre eſtas generales noticias de lo que Franciſco trabajò en aquella Tierra, debemos otras particulares al R.do P. Nicolàs Thomàs Farina, hijo de la Iluſtre Familia de Predicadores, en la Vida, que ocho años deſpues de la muerte del Padre Franciſco, eſcriviò de la Nobiliſsima Virgen Thereſa de Jesvs de Narno; y por orden de Monſeñor San Felice, Obiſpo de aquella Ciudad, que quiſo no careciesſe de unos exemplos, con que ſe podia inſtruir, y adelantar en los exercicios de las virtudes. Dice, pues, alli el mencionado Autor, que Lidia Cayetana de Adamis, (eſte era el nombre de la Eſclarecida Virgen antes de tomar el de Thereſa) ſe hallaba muy niña, para educarſe en el Convento de Santa Clara, quando el P. Franciſco, con ſu Compañero, llegaron à hacer Miſsion à aquella florida Ciudad. Deſcubria Lidia Cayetana, entre ſus cortos años, unas prendas, no ſolo eſcogidas, ſino es eſmaltadas con ſingulares favores de el Cielo. Por eſto Monſeñor Thomàs Brancacho, entonces Obiſpo de Narno, deſeaba, y mucho mas la cèlebre Clara de Amato, Abadeſa de dicho Convento, que la niña tomaſſe el Habito, y fueſſe Monja en aquella Caſa. Para inclinarla à eſte aſſumpto, les pareciò al Obiſpo, y à la Abadeſa, que ſeria bien la trataſſe, y comunicaſſe nueſtro Novicio Miſsionero. Lidia, por interior mocion, que Dios la daba, ſe inclinaba, no à ſer Monja Cla-

En el tiẽpo deſta Miſsion, trata el P. Fràciſco à la Eſclarecida Virgen Thereſa de Narno ſiendo niña

Clariſa, ſino Carmelita Deſcalza; pero eſtos penſamientos, vencida de natural empacho, à nadie ſe los decia, ni aùn al miſmo P. Franciſco; pues quando eſte la preguntaba, ſi queria ſer Monja en aquel Convento, ella no ſe atrevia à decir que no; y por no faltar à la verdad, tampoco decia que sì; con que à ſemejante examen, ò pregunta, callaba, y enmudecia. Mas un dia, deſpues de haver comulgado Lidia, el P. la llamò, y quando ella menos lo eſperaba, con palabras tan llenas de humildad, como de luz ſuperior, la dixo: *Hija, tu no te quieres explicar conmigo, en orden à tu vocacion? Pues oye lo que eſte Pecador te dice: Dios no te quiere Monja en Santa Clara, ſino en la Religion de la Santa Madre Thereſa de Jeſus. Quieres, que eſte Pecador te diga mas? Pues mira: Sabete, que conſeguir eſte aſſunto te coſtarà muchas dificultades, y muchas cruces; mas deſpues de ellas, ſe cumplirà lo que quiere Dios: Sereis Carmelita, Carmelita.* La Niña, por ſu corta edad, no percibiò del todo por entonces, lo que el P. la decia; pero de hecho, no ſolo fuè Carmelita, ſino Fundadora de un Convento de Carmelitas.

Dicele varias profecìas y le deſcubre los ſecretos de el corazon.

Otra mañana ſe hallò aſſaltada de un gran temor, y deſconfianza de llegar à vèr, y gozar de Dios; y haviendo acudido al Confeſſonario, en que eſtaba el P. Franciſco, la verguenza la impidiò, que explicaſſe la turbacion, y miedo que havia padecido; mas èl ſe le deſcubrio, diciendola: *Hija, por què no me dice aquel temor, que eſta mañana tuvo, de no llegar à vèr à Dios? Pero mire, que eſto que ſu Padre le dice, no ſe lo ha de decir à nadie.* Otra vez, deſpues de haver combatido por mas de 24. horas con unos penſamientos contra la Fè, fuè tambien à verſe con el Padre; y eſte la preguntò: *Dime, què hacias ahora?* A que ella reſpondiò: *Padre, hacer la voluntad de Dios. Bien me parece:* (proſiguiò Franciſco) *haveis hecho muy bien en abrazaros con la voluntad divina en ſufrir, y reſiſtir aquella tentacion contra la Fè.* Y repreguntandole ella: *Què como lo havia ſabido?* Franciſco ſolo reſpondiò: *No quieras ſaber mas, ſino que la mala Beſtia ſe retirarà vencida.* Palabras, con que del

todo se serenò el corazon de aquella Niña, recibiendo en èl, un gran consuelo, y singular alivio.

En otra ocasion, instruyendola en el modo, que havia de observar en su oracion, y comunicacion con Dios, atestigua la misma, que sonriendose, la dixo: *Atiende, hija, à lo que te previene Francisco el Pecador. Los sentimientos, que experimentaràs en tu meditacion, andando el tiempo, ni à tus Directores los sabràs explicar como quisieras: de aqui te naceràn muchas congojas, y mucha afliccion. Aunque esto ahora no lo percibas, el tiempo te lo dirà: hasta que este llegue, trata de servir à Dios con fervor, y con constancia, que todo lo merece aquella felicidad, que se nos promete, y se goza en el Reyno de los Cielos.* Ultimamente, otro dia viniendo esta Niña muy temprano à la Iglesia, despues de algunos en que no havia salido de su casa, por no sè què accidente que padeciò, Francisco, despues de haverla mandado comulgar, y dichole muchas cosas, para exortarla à la paciencia, y à la constancia en el camino de la Perfeccion; fuera de su ordinaria costumbre, le preguntò, *què como le iba de salud?* Y respondiendo ella, *que le iba mejor, que merecia.* Añadiò Francisco: *Bien; pero yo quisiera, que te dexàra esse dolor que padeces.* Admirose Theresa, y por dos razones, al oìr estas palabras: La primera, porque padeciendo entonces en la realidad, un vehemente dolor, ella al Padre no le havia dado noticia de èl. La segunda, porque experimentò, que al imperio de aquellas voces, el dolor que la aquexaba, de repente se le quitò. Hasta aqui el citado P. Fr. Nicolàs Farina. Lo que despues refiriò à sus Confessores, yà en edad mas madura, del P. Francisco esta agradecida Virgen, en otras ocasiones se dirà, y mas oportunamente. Que aora, para concluìr la materia de este Capitulo, dirè, que concluìdas las Misiones de Otranto, dispusieron los Superiores passasse al Colegio de Napoles, à estudiar un año de Theologia, que le faltaba, para que segun nuestras Leyes, hiciesse à su tiempo la Profession de el quarto Voto de la Compañia. Vino, pues, nuestro Francisco à ser Discipulo,

Buelve de Otranto à concluìr la Theologia.

pulo, despues de haver dado tan claras señas de ilustrado Maestro; y aunque se aplicò à las Escholasticas Materias, no olvidò su aficion à los exercicios de las Misiones. Los dias de trabajo era Estudiante; mas los dias de Fiesta era Misionero; pues obtenida licencia de los Superiores, salia en ellos à hacer servorosas Platicas en las Calles, y Plazas de la Ciudad.

Estudia, y predica.

Por lo que toca à la aplicacion al Estudio Escholastico, debo decir, que lo primero que en èl se admirò, fuè, que teniendole muy delicado, jamàs hizo obstentacion de su buen ingenio, avassallando siempre sus lucimientos con las santas sombras de la humildad. Nunca quiso lucir, lo que sabía, porque nunca estudiò para lucir, sino para aprovechar à las almas, y servir à la honra Divina, con las noticias de que le enriquecia su estudiosa aplicacion. No estudiò para que le estimassen; pero sus Condiscipulos le estimaron tanto, que de las materias, que èl con destreza compendizaba, se aprovechaban ellos, al tiempo de sus Examenes, ò por evitarse el trabajo, ò para aprenderlas con mas facilidad. He dicho, que su humildad le obligò por lo regular, à sepultar en el silencio, las delicadezas que havia aprendido en las Escuelas; pero sin embargo, quando convenia, ò se lo mandaban, supo dàr à entender, que havia entendido, y no olvidado, las sutilezas de las Cathedras. En sus Platicas, y Sermones à sus vulgares Auditorios, nos parecia que hablaba de repente, y sin mas prevencion, que la que le permitian sus meditados digeridos desengaños, ò su afecto, todo embebido en Dios. Mas despues que muriò, por los Sermones que hallamos escritos de su mano, reconocimos ser su espiritu tan humilde, que no fiandose de sì, meditaba, y escrivia aùn lo que havia de predicar al Pueblo rudo en las Calles, y en las Plazas. De aqui passamos à admirar, como havia tenido tiempo para este trabajo, haviendo sido incessantes sus taréas, en beneficio de sus proximos; pero sossegamos esta admiracion, discurriendo, que no pudiendo entre dia tomar la pluma para escrivir, dedicaba à este exercicio las horas, que por las noches havia de dàr al sueño, y al descanso; y si de aqui se infiriere, que este servoroso Es-

Tuvo delicado ingenio.

piritu, ni de dia, ni de noche deſcanſaba, ſe concederà la conſequencia, diciendo, que lograba en la tierra los privilegios proprios de aquellos myſterioſos, y esforzados Eſpiritus, de quien afirma S. Juan, que en los deſcanſos del Cielo, ni de dia, ni de noche deſcanſaban.

CAPITULO V.

PASSA FRANCISCO de la Caſa de Eſtudios à la Caſa Profeſſa de Napoles; y primeros Empleos, que tuvo en ella.

COnclùido el quarto año de Theologìa, tuvo que eſperar caſi ſiete años, para hacer la Profeſsion de los quatro Votos. No huviera eſperado tanto, ſi al tiempo en que havia de embiarſela, no huviera fallecido el P. Juan Paulo de Oliva, Prepoſito General, que entonces era de la Compañia. Por eſte accidente ſe le ſuſpendiò, aſsi al P. Franciſco, como à otros, la Profeſsion, haſta la eleccion del ſucceſſor de Oliva, que fuè el P. Carlos de Noyele, quien al punto ſe la embiò, para que la hicieſſe, como la hizo, el dia de la Concepcion de N. Señora, el año de 1682.

Para que en eſte medio tiempo Franciſco no ſe eſtuvieſſe ocioſo con ſentimiento de ſu fervor, y con perjuicio del bien de las almas, ſe le mandò (aunque no era Profeſſo) que paſſaſſe à vivir, y trabajar à nueſtra Caſa Profeſſa. Allì, fuera del trabajo, que lleva de ſuyo la Obſervancia Religioſa, ſe le encomendò el miniſterio de combidar en todos los terceros Domingos del mes, para la Comunion General, y logro de la Indulgencia Plenaria, concedida por los Summos Pontifices, à todos los que comulgan en aquel dia en nueſtro Templo. Eſte miniſterio, que ſe dice con tan pocas palabras, incluye muchas fatigas, como ſe verà, pintando el methodo, que en ſu execucion obſervò el P. Franciſco. Diez dias antes del ſeñalado Domingo, empezaba el combite, que hacia à toda la Ciudad de Napoles. Salìa de caſa, diſponiendo antes dos Proceſsiones compueſtas, yà de ſus Congregantes, yà de nueſtros Juniores: diſcurria con ellas por las Calles, Plazuelas, y Arrabales de toda la Ciudad: y à los terminos ſeñalados paraba; tocaba la campanilla; todos los vecinos ſe ponian en ſilencio, y atencion; y entonces Franciſco, con una Platica

Exerce el empleo de combidar para la Comunion.

Methodo que obſervaba en eſtos combites

ca breve, pero fervorosissima, los dexaba combidados para la Confesion, y Comunion, y logro del Jubileo. De allì passaba à otra parte, y executaba lo mismo; siendo cosa de admiracion, el que huvo dia en que hizo quarenta de estas Exortaciones, con voz tan entera, tan sin cansarse, como si aquella fatiga no fuera suya, sino de otro. No se limitaba en este exercicio à solo la Ciudad de Napoles: deseoso de que fuessen mas los que acudiessen à la Fuente de la Penitencia, y à la Mesa de la Eucharistia, se alargaba à discurrir las Aldèas vecinas de la Ciudad, y aùn llegaba à la de Aversa, sin que para esto le embarazassen los malos temporales, los bochornos del Verano, ni los rigores del Invierno. Al principio hizo estas correrias à pie; mas despues, para poder caminar mas, no rehusò valerse de un jumentillo, con el qual llegaba à combidar à mas de treinta Aldèas; donde se admiraba quan bien sabia unir su zelo con su humildad, pues se valia de tan humilde vagaje, para que se estendiesse mas los fervores de su zelo.

Commovidos todos los combidados à la Celestial Mesa, por las voces de este Angel, que los llamaba, era materia de singular edificacion, vèr quan sin escusas (que suelen ser muy comunes en esta materia) concurrian al dia señalado, y no sin que en èl tuviesse tambien que trabajar nuestro Francisco. Venian en Procesion muchas, ò todas las mas escogidas Congregaciones, que ay en la Ciudad de Napoles: Con estas concurrian las Aldèas de fuera de la Ciudad: venian en ella processionalmente hombres, y mugeres, aunque con la debida separacion, cantando por el camino, ò el Rosario de Maria Santissima, ò algunos otros Hymnos, con que mantenian la modestia, y la devocion, y aliviaban el cansancio del camino. Venian tambien, moviendo à singular ternura, los niños, y las niñas, con coronas de flores en sus cabezas, las quales, al llegar al Altar, las ponian en su peana, y ofrecian en obsequio de CHRISTO SACRAMENTADO. Yà he dicho, que en este dia Francisco no estaba ocioso: levantabase antes de la luz, y celebrando su Missa, salia despues à las puertas de el Templo, à recibir con atencion, y singular agrado, à las Comunidades que concurrian, expressandose mas con

Lo que trabajaba en el Domingo de la Comunion.

los pobres Aldeanos, à quien se confessaba mas obligado, y daba mayores gracias, porque vencian mayores distancias para venir à comulgar, y ganar el Jubileo. Despues de cumplida esta atencion, se sentaba en el Confessonario, para oír à los que se quisiessen confessar con èl. Despues al tiempo de la Comunion, hacia à todos una fervorosa Platica, con que disponia los corazones, para que llegassen con el debido temor, y amor à recibir el Cuerpo, y Sangre de Nuestro Señor Jesu-Christo: y esta Platica la continuaba despues en interrumpidos Coloquios, mientras la gente iba comulgando, para que no cessasse la buena disposicion con que debe recibirse el Sacramento. Semejante exercicio ocupò à este Hombre en el tercer Domingo de cada mes, por espacio de 40. años que viviò: y en la tercera Dominica de Mayo, en la que se celebra la Fiesta de su apassionado devoto S. Cyro; y en la del mes de Octubre, en que se festejan las Reliquias de los Santos Martyres, que enriquecen nuestra Casa Professa: eran à ella tan crecidos los concursos, assi de los Ciudadanos, como de los Forasteros, que passaban de 16y. à 18y. almas, las que concurrian à la Comunion, y à todas procuraba atender el fervor de el P. Francisco de Geronymo.

Pero no por esto se daba por contento su zelo sagrado; antes bien, deseoso de mayores tareas, por este tiempo entrò en el pensamiento de irlas à buscar à aquellas distantes barbaras Regiones, que por mas necessitadas de cultivo, podian darle mas que hacer, y tanto que trabajar, que llegasse à regarlas con su sangre, en obsequio de Jesu-Christo. Y por quanto en estas circunstancias se descubrian esperanzas, de que pudiessen entrar en el Japòn los Predicadores del Evangelio; deseoso Francisco de seguír las huellas de tantos Apostolicos Sugetos de la Provincia Napolitana, que allì compraron con sus vidas, la salvacion de muchos Infieles: Despues de haverlo encomendado à Dios, se determinó à pedir à nuestro Padre General le embiasse à aquella Mission, escriviendole una Carta, que la pongo aqui, para pintar con frases propias como suyas, los sagrados ardores, que inflamaban su corazon. Dice, pues, la Carta assi:

Pide ir à las Missiones del Japòn.

R.do

☞ R.do P. Dios Nuestro Señor ha sido servido de comunicarme, desde que entrè en el Noviciado, un ardiente deseo de emplear mis sudores, y gastar mi sangre en ganar para el Cielo las almas de los Gentiles, y perversos pecadores; este animo ha crecido en mì, con la consideracion, de quan perdido està el Mundo, à quien sus delitos llevan à su ultima ruina, como he experimentado en quatro años que he gastado en las Missiones; por lo qual, juzgo que ahora, mas que nunca, està necesitado de espirituales socorros; ultimamente, se ha aumentado esta ansia en mi pecho, con la vista de los Padres, que poco hà salieron de esta Provincia, para trabajar en la de Mexico; y assi, no puedo menos, aunque sea molesto à V. P. de rogarle condescienda à los estimulos con que me mueve el Espiritu Divino. Estas inspiraciones me mandan, que dè mi vida, y derrame mi sangre en publicar la honra de Dios, y dàr de ella luz à los que estàn sepultados en las obscuras sombras de la Gentilidad. Y aunque es cierto, que siempre he tenido esta inclinacion, no se la propuse à V. P. quando señalò Sugetos para la Mission Mexicana, por dos razones: La primera, porque no havia acabado el quarto año de Theologia, el que concluirè en el mes de Mayo del año que viene: La segunda, porque considero, que en la Provincia de Mexico yà no ay mucho que padecer, y trabajar; ni allì los Infieles necesitan yà de tanto socorro, por estàr aquel Pais bastantemente cultivado, arraygada la Fè, y haver muchos Colegios donde puedan vivir nuestros Operarios, y trabajar con descanso, y con alivio; y Yo, R.do P. quisiera, imitando à nuestro Apostol Xavier, traer à la Iglesia un Nuevo Mundo, à costa de perpetuos trabajos, perpetuas penalidades, y sin algunos consuelos, salvo aquellos, que à mayor gloria suya quiera, darme mi Crucificado Señor. Yo me hallo al presente con 32. años de edad, y cinco de Compañia; mi salud es buena, y mis fuerzas robustas; por todo lo qual, fio de Dios, y del Patrocinio de nuestro San Francisco Xavier, que condescendiendo V. P. con esta mi sùplica, tengo de acabar mi vida entre las prisiones, y catanas de los Barbaros

Idolatras, à mayor honra Divina, y de mi Señor Jesu-Christo, que dió la suya por la salud del Mundo. Esto pido, y esto suplico, hincado de rodillas, à V. P. R. y esto espero conseguir de su piedad, en cuyas Oraciones, y Sacrificios, con toda ansia, me encomiendo, pidiendo al mismo tiempo à la Magestad Divina, conceda à V. P. la perfecta salud, que le deseo. Napoles, &c.

Esta fuè la Carta, que escriviò este fervoroso Jesuita à su Superior; pero contentandose Dios con el Sacrificio de sus deseos, inspirò al General le respondiesse à ella, *que se resignasse, y supiesse, que sus Indias havian de ser la Ciudad, y Reyno de Napoles.* Y como Francisco era tan sòlido, y verdadero obediente, tomando aquella voz, como de Dios, depuso la voluntad, que tenia de las Misiones laboriosas de el Japòn, y se aplicó con todo cuidado à recoger la Miès, que en todo el Reyno de Napoles, y su Ciudad le descubria la Obediencia. Y como despues afirmò, en las Provincias de aquel Reyno se encontrò un basto, y dilatado Mar lleno de muchos, y grandes Pezes, que para recogerlos, dieron no poco que hacer, y que trabajar al Pescador: y en fin, se encontrò Francisco no menores molestias en la reduccion de los Pecadores de el Reyno de Napoles, que las que deseò en la conversion de los Gentiles.

CAPITULO VI.

SEñALAN LOS SUPEriores à Francisco por Missionero de la Ciudad, y Reyno de Napoles.

ESTE es el grande empleo, que ocupò toda la vida de el Ilustre Jesuita Francisco de Geronymo. Entrò en èl en el año de 1678. Señalòle Dios, y assi fuè para ella un Sugeto muy escogido; señalaronle los Superiores, y para señalarle les pudo servir de razon (fuera de la inspiracion del Cielo) una ocasion bien oportuna, por repentina, en que manifestò, que era escogido, y señalado para Pregonero de la Palabra Divina. El caso fuè el que se sigue: El señor Cardenal Arzobispo de Napoles Don Iñigo Caracholo, de felìz memoria, mandò (por ocurrentes graves necesidades, que entonces Napoles

pa-

padecia) se hiciesse en aquella Ciudad, una Misiona por ocho dias, para que borrando en ella los hombres sus culpas, aplacassen à la Divina Justicia, y se mereciessen las divinas piedades. Hizose la Misión en el *Domo*, donde cada dia concurria en Procesion, y en abito de penitencia, una de las Religiones, à cuya cuenta corria tambien el Sermon. Llegò el dia que tocò à la Compañia, y fué señalado para hacer la Platica, el P. Juan Andrès Sambiasi, célebre Predicador, à voz comun de todas las Ciudades de la Italia; y que tenia admirable talento para manejar la Palabra Divina, y introducir la compuncion en los corazones de los oyentes. Siempre fuè excelente Misionero el P. Sambiasi; mas en la ocasion de que hablamos, se puede decir con verdad, que à sí mismo se excediò. No huvo persona, que al oirle no derramasse lagrimas, tan perceptibles, y ruidosas, que hacian resonar toda la Iglesia en clamores, y alaridos de verdadero dolor. Nuestro Francisco de Geronymo fuè uno de los señalados para acompañar la Procesion, y hacer en el camino Platicas breves, con que disponer los corazones à la Penitencia; y haviendo visto, que el numeroso Pueblo, que se havia adelantado, ocupaba todo el Templo, y que por esso era innumerable la gente, que se quedaba fuera de la Iglesia, de la que venìa en la Procesion; y que estaba con el desconsuelo de no oìr la Platica; Francisco, digo, viendo esto, y lastimado de que se perdiesse aquel lance de aprovechar à sus proximos, se dexò llevar del zelo de la Gloria Divina: subiò en un lugar eminente, y aunque no sabemos fuesse prevenido, empezò á predicar, y prosiguiò con tanto ardor, y tal mocion de sus oyentes, que dexò en duda donde havia sido la compuncion mayor, si en el Templo, donde Sambiasi predicaba, ò fuera del Templo, donde predicaba Francisco; y yo dirè, que en una, y otra parte se representò al vivo, una afligida Ninive, empeñada en apartar de sì los golpes de la Justicia de Dios, con los que repetian sobre los pechos de sus Ciudadanos, el dolor, y la penitencia.

Caso repentino en que descubriò Francisco su talento por las Misiones.

Que lograsse este triunfo Sambiasi, hombre yà hecho al manejo de la Espada de dos

dos filos de la Palabra Divina, no pareciò mucho, aunque lo aplaudieron todos; mas que Francisco de Geronymo empezasse por donde Sambiasi acababa, esto se mirò como maravilla, no solo digna de aplauso, sino de admiracion: y solo no lo serà, para quien considere, que las gracias que dà el Cielo, no se miden con los años; y que David joven, por elegido de Dios, empezò sus victorias por una, que no se atrevió à emprehenderla ninguno de los Soldados Veteranos del Exercito de Israèl: Mas bolviendo à nuestro caso, digo, que la funcion se acabò tan à gusto del Eminentisimo Cardenal, que honrò à la Compañia, dandole muchas gracias, y consolò al Pueblo, echandole su bendicion, y diciendole con tiernas lagrimas, que quedaba muy esperanzado, de que con su penitencia fervorosa, havia retirado de Napoles la calamidad, con que le amenazaba la Justicia Divina. Y assi sucediò: pues siendo el motivo del susto, las Reboluciones Civiles, que entonces padecia Mecina, acaloradas de las Tropas de Francia, no llegò à experimentarlas el Reyno de Napoles, como se temia con gravissimo fundamento.

Este ruidoso lance, fuè Voz con que Dios avisò à los Superiores, que le segregasen à Francisco para el exercicio de Misionero, empleo, que se compone de tres laboriosas ocupaciones; porque à la yà dicha de combidar cada mes para el Jubileo de la Comunion General, se le agrega la de hacer Platicas todas las tardes de los dias festivos en las Plazas de la Ciudad, principalmente en la de Castel-Novo, donde en tales dias suele concurrir la gente mas ociosa à divertirse, ò por mejor decir, à perder el tiempo, oyendo las Representaciones de los Saltimbanquis, que regularmente son perjudiciales à las conciencias, por componerse de acciones, y palabras menos modestas. La tercera tarèa del Misionero, es, cuidar de una Congregacion de Artesanos, y Oficiales, cuyo principal fin, es, acompañarle en Procesion quando sale à hacer las Platicas yà mencionadas; y por èsso se llama la Congregacion de la Mision.

Oficios, y obligaciones de el Misionero.

Acerca de la primera tarèa, yà hemos dicho, como cumplia con ella este Hombre

bre verdaderamente Apostolico ; y aora solo tengo que añadir , que fuè un exercicio , que le durò por espacio de quarenta años , sin interrumpirle , sino quando los Superiores le encomendaban algunas Misiones , ò Quaresmas fuera de la Ciudad. Tan sagrada aficion tuvo à este ministerio , que quando yà , por anciano , y falto de fuerças , se le mandò se abstuviesse de otras fatigas , rogò , y suplicò , que le permitiessen el combidar al Jubileo , diciendo , que esto no le costaba trabajo; y se le concediò , por complacer à su zelo. Y en fin, las ultimas voces suyas , quando le diò la enfermedad , de que muriò, fueron en el Templo , animando , y afervorizando con sus coloquios à los que llegaban à Comulgar.

Su metho do en las Platicas de los dias de Fiesta.

Por lo que toca al exercicio de las Platicas , era de vèr , como salian de nuestra Iglesia los Congregantes de la Mision , causando edificacion con su modestia , y devocion con las Oraciones, que iban cantando , en loor de MARIA SANTISSIMA. Esta Procesion la cerraba el P. Francisco , acompañado de algunos Jovenes nuestros, los que distribuìa por las Plazas de la Ciudad, tomando èl ultimamente para sì , el lugar , que le parecia mas necesitado de Doctrina : Desde allì predicaba con tanto fervor , y con expresiones tan vivas , y espirituosas, que muchos de sus Oyentes , ò aterrados del miedo de los castigos , ò movidos de las suavidades de la Misericordia de Dios , venian con la Procesion à la Casa Professa , donde en la gran pieza de su Oratorio examinaban sus conciencias , y se disponian, à veces, con asperas disciplinas, que tomaban, á confessarse , con los Sugetos , que para este fin dexaba prevenidos el P. Francisco.

En los puestos en que los Saltimbanquis executaban sus Representaciones , principalmente si en ellos introducian mugeres , alli era donde con especialidad lograban sus Platicas su alentado zelo. Subia à sus Tablados , y empuñando el Crucifixo , como si fuera Espada , obligaba à los Representantes à que se huyessen , y cediessen à la Cruz de Christo el lugar, que destinaban à las ganancias del Demonio. De modo era esto, que algunas veces les quitò toda esperanza de salir al Teatro ; otras los cogia de repente , y los hacia cessar

en

en su exercicio : modos de que usaba, para vèr si podia desterrar de ella gente tan perniciosa à la Republica.

Caso chistoso, sucedido en los Trufaldines.

En confirmacion de esto, dirè un caso, que pudo passar por chiste, y no fuè sino tirar este Hombre Apostolico, à que esta gente se cansasse, y de cansada se retirasse de su peligroso exercicio. Fuè, pues, el caso, llegar Francisco à uno de estos Tablados, en circunstancias, que yà vestidos los Representantes, estaban para empezar su Comedia : Desazonaronse, pero cedieron el puesto : Retiraronse al Vestuario, creyendo, que el Predicador se cansaria de dàr voces, y les dexaria tiempo para su Representacion : assi juzgaron, pero se engañaron en su juicio ; porque Francisco empezò à predicar, y prosiguiò predicando, hasta que se acabò la luz del dia ; y aun entonces, mandando, que se encendiessen dos Faroles, que alumbrassen al Crucifixo, continuò su Platica, de modo, que no la dexò hasta muy entrada la noche, y hasta que los infelices, retirados al Vestuario, perdieron del todo sus concebidas esperanzas. Lance fuè este, en que huvo que admirar la valentia del pecho, la firmeza de la voz, y el fervor del Missionero ; como tambien la paciencia constante del Auditorio, que estuvo inmoble en un Sermon, que durò, por lo menos, quatro horas ; pero esta era la gracia concedida à las Platicas de este Hombre, que no se hacian fastidiosas, aunque fuessen dilatadas ; bien es verdad, que para los que llevaron el chasco, esta no serìa muy gustosa.

No faltaria en este lance quien condenasse esta tarèa, ò por imprudente, ò por importuna ; pero sería porque ignoraban, que el Apostol dice, que à veces la palabra de Dios se ha de proponer oportuna, è importunamente : quizàs porque siendo los vicios tan atrevidos en introducirse en los corazones de los mortales, no ay razon, para que los Varones Apostolicos gasten con ellos atenciones, y cortesìas. Caso semejante al passado, le sucediò à Francisco el año de 1715. En la Ciudad de Sorrento havia passado, de orden de los Medicos, y de los Superiores, à lograr los ayres mas puros de Massalubrense, para vèr si, à beneficio suyo, podia conseguir algun alivio en su quebrantada salud. Un dia, pues, passò de Sce Maria

Caso semejante à Sorrento.

à Sorrento : entrò en su Plaza, y haviendo encontrado en ella una Representacion, de las que havia procurado desterrar de Napoles, por ofensivas à la modestia ; y viendo à los Sorrentinos bebiendo, y con grande atencion, mucho mortal veneno por los ojos, y los oidos; doliendose de la perdida de aquellas Almas, acudiò à la Casa del Señor Obispo, obtuvo su licencia, pidiò un Crucifixo, y una campanilla : presentòse en la Plaza, tocò la campanilla, enarbolò el Crucifixo, y mandando, con voz imperiosa, à los de la Representacion, que cessassen, aprovechò la atencion de sus Oyentes en una fervorosa Platica, cuyo fruto fuè, el que aquellos Ciudadanos despreciassen, de alli en adelante, aquellas Representaciones, despidiendo para siempre los Comediantes.

De estos medios, y modos se valia para lograr, ò el que esta gente dexasse su Exercicio, ò por lo menos, que en la practica de èl, se ciñese à los terminos de la modestia; mas si experimentaba, que estos medios no valian, acudia à los Tribunales, para que ellos pusiessen, en esta materia, el debido remedio. Y esto no se debia atribuir à que su genio fuesse demasiadamente austero, y enemigo de la alegria christianamente compuesta; porque antes bien, su genio era festivo, y que sabia echar en sus conversaciones sazonadas sales, con que las hacia de mejor gusto; y assi, si veia, que estas publicas diversiones se executaban sin inmodestia, y sin que saliessen mugeres à los Tablados, las disimulaba, y aun buscaba limosnas, con que socorria aquellos pobres, que, por serio, se dedicaban à divertir al Publico con sus habilidades, y con sus chanzas.

Pero sabiendo Francisco, que no ay mayor peste para una Christiana Republica, que aquellas Mugeres viles, que se dedican à perderse à si, y à corromper la Juventud ; y creyendo, que el primer cuidado de un Missionero, debe ser atajar esta peste, en que gana tanto el Infierno, su principal estudio, y el principal fin de su zelo, en sus fervorosas Platicas, fuè sacar de sus culpas, y de su mal estado estas infelices Mugeres. Buscabalas en sus mismos Barrios; à ellos conducia con frequencia la Procession de la Mission; distribuia por sus

Persigue à las Mugeres Publicas.

es-

eſquinas á nueſtros Jovenes, que con ſus voces, à que èl añadia las ſuyas, las deſengañaſſen, y las convirtieſſen; ò por lo menos, en aquel tiempo, con el ſanto miedo de los caſtigos de Dios, las impidieſſen ſus diſſoluciones, y ſus torpezas. Y ſi alguno le decia, que eſto era trabajar en valde, porque ſemejante gente, tarde, ò nunca ſabe apartarſe de ſu mal propoſito, Franciſco reſpondia con el ſentimiento de ſu Santo Padre, y Patriarca Ignacio de Loyola: *Que daria por bien empleados todos ſus trabajos; porque una de eſtas Mugeres, ſolo por una noche, dexaſſe de ofender à Dios.*

Con eſte, al parecer, ligero fruto, ſe contentàra, en eſta materia, el fervor de nueſtro Miſsionero; que el amor à Dios, en los Hombres Santos, ſuele componerſe de myſterioſas contrariedades: Es un fuego, que nunca dice, baſta: con nada ſe contenta; y por otra parte, darà por bien empleados todos ſus ardores, por evitarle à Dios una ofenſa, y à ſu proximo una culpa. Con tan pequeño fruto, buelvo à decir, ſe contentàra Franciſco; pero Dios coronaba de colmados frutos ſus Apoſtolicos ſudores: porque lo primero, muchos de aquellos Jovenes, que atropellados de ſu apetito ciego, acudian à aquellas Caſas de ſu perdicion, ſorprehendidos de las voces del Miſsionero, ò ſe retiraban medroſos, ò ſe quedaban à oirle, para lograr, por medio de ſus deſengaños, ſus sòlidos arrepentimientos.

Las Mugercillas, aunque à los principios, como Aſpides ſordas, ſolian cerrar, no ſolo el oido, ſino las ventanas de ſus Caſas, para no percebir ſus ecos; finalmente, vencidas de ſu conſtancia, las abrian, y le oian; de donde ſe originaba el que rendidas à las eficacias de ſus Sermones, concebian firmes propoſitos de retirarſe de ſu ruin trato, enmendar ſus vidas; y finalmente, ponerſe en ſus manos, para que les aſſeguraſſe ſu ſalvacion. Muchas veces ſucediò, que al fin de ſus Platicas, ſe hallaſſe con ocho, ò diez de ellas, que tendido el cabello, y pidiendo, ſe le cortaſſen, ſe arrojaban à los pies de el Crucifixo, rogandole con lagrimas, las perdonaſſe ſus paſſados yerros; y al Padre Franciſco, que las colocaſſe en parages, donde no pudieſ-

dieſſen repetirlas. Oía el fervoroſo Jeſuíta eſtas expreſſiones con el guſto, y conſuelo, que ſuele el Paſtor oìr los balidos de la perdida ovejuela, en cuya buſca há pueſto mucho trabajo; y aſſi, las mandaba, que ſiguiendo la Proceſsion, como priſioneras de el Crucificado, llegaſſen à la Caſa Profeſſa: deſde allí las embiaba à algunas Caſas de Recogimiento, donde eſtuvieſſen aſſeguradas, mientras les buſcaba, ò algun lugar, donde pudieſſen hacer penitencia de ſus delitos, ò algun Dote, con que pudieſſen colocarſe en el Eſtado de el Matrimonio. Quantas fueſſen las que por eſtos medios remediò Franciſco, no es facil que lo ſepamos, porque no fuè facil ajuſtar ſu numero; pero lo que es cierto, y lo que ſe ſabe, es, que muchas de ellas dieron en los Clauſtros Religioſos tan buenos exemplos, como antes havian ocaſionado eſcandalos en el Mundo. Algunas de ellas murieron ya, y ſantiſsimamente: Otras viven oy, ſolo atentas á comprárſe mucho Cielo con ſus piadoſos exercicios en varios Conſervatorios de *Santa Maria del Populo*: ſe hallan, quando eſto ſe eſcrive, por lo menos diez, que ſon la edificacion de aquella Comunidad. Tan bien es conſtante, que muchas de las que rindieron ſu libertad al yugo del Matrimonio, proſiguieron en darle mucho que hacer á la paciencia de Franciſco, ò ya porque era preciſo reconciliarlas con ſus maridos, quando por la inconſtancia de ſus genios, ò por ligeras riñas domeſticas, querian apartarſe de ellos; ò porque era neceſſario buſcarles limoſnas, para que, por falta de medios, no bolvieſſen á buſcarlos con las culpas, yá mas graves por la circunſtancia de el adulterio. Aunque todas eſtas coſas no dexaban de embarazar á nueſtro Miſsionero, no ſolo vencia eſtas dificultades, ſino que ſi al miſmo tiempo ſabía huvieſſe otras de eſtas Mugeres, que aunque con mayor ſecreto, vivian mal, ò por pobres, ò por ſolicitadas; hacia viviſſimas diligencias, para que ſe evitaſſen tambien aquellas culpas, aunque, por mas ſecretas, eran menos eſcandaloſas.

Ultimamente, para que ſe vea donde llegaba el zelo de eſte fervoroſo Jeſuíta, dirè, que quando moria alguna de eſtas infelices, procura- / cudia á los Entierros de eſtas infelices.

raba ſacar provecho para las vivas del Cadaver de la Difunta. Para lo qual ſe ha de ſaber, que á las Mugeres Publicas, á quienes les alcanza la muerte, ſin haverſe retirado de tan miſerable eſtado, ſe les niega en Napoles la Eccleſiaſtica Sepultura. Sacaſe el cuerpo al Campo, conducido ſobre un jumento, y alumbrado ſolo de obſcuras teas. Coſa es, que cauſa horror; pero que no baſta para el deſengaño; pues aún en viſta de eſto, no falta quien ſe quede à proſeguir en vida, los delitos de la Difunta. A eſtos Entierros acudia nueſtro Franciſco de Geronymo, ſiendo en ellos Pregonero de la Juſticia de Dios, pues iba predicando, que tal fin tendria, quien imitaſe las torpezas de aquella infeliz; y en llegando al lugar deſtinado para cubrirle de tierra, tomando por argumento la ignominia con que era tratado aquel Cadaver, hacia una fervoroſa Platica, en que ponderaba, con grande utilidad de ſus Oyentes, la que por toda una Eternidad padeceria aquella Alma miſerable en el Infierno.

Eſte fuè el principal trabajo de nueſtro Miſsionero Franciſco; pero no fuè menor, aunque de otra eſpecie, el que tuvo en la direccion, y govierno de la Congregacion de la Miſsion. Para adelantar à los Individuos de ella en los exercicios de las Virtudes, les hacia eficaces Platicas en los Domingos, y dias dedicados à Nueſtra Señora. Eſta Congregacion, que ſe llama *Publica*, es como Madre de otra, que ſe llama *Secreta*, y ſe compone de ſetenta y dos Sugetos de los mas eſcogidos, y aprovechados de la Publica: Son, por tanto, unos Hombres, que ſe obligan à eſpeciales Exercicios, y Obras eſpeciales de Devocion. Y à eſtos, ſu Director el P. Franciſco, dos veces al mes, les proponia, y ponderaba en Platicas ſeparadas, los Trabajos, Paſsion, y Muerte de el Redemptor; porque ſiendo eſtos los que con ſu modeſtia, y ſerias coſtumbres, havian de predicar con el exemplo, mientras èl predicaba con la palabra, le pareciò aſſeguraria en ellos la conſtancia en las Virtudes, poniendoles à la viſta frequentemente la conſideracion de la Paſsion, y Muerte de Chriſto Crucificado: Mas no contentandoſe con eſto algunos dias, los citaba

Su tarèa en el govierno de la Congregacion de la Miſsion.

à

à todos, ò à los mas aprovechados, para corregirles sus defectos, alentarlos à asperas penitencias, que allì se executaban; y finalmente, à fervorizarlos à los Actos mas heroycos de la perfeccion. A estas tarèas, añadia la de llamar privadamente, y animar à los que veìa tibios en el cumplimiento de sus obligaciones, ò descontentos con el camino que havian tomado, como tambien à reprehenderlos, y castigarlos las ocultas faltas, que havia sabido suyas. A estos oficios tan charitativos se seguia, que en cayendo enfermo qualquiera de sus Congregantes, le hàcia repetidas visitas, le consolaba, y le procuraba todos aquellos alivios, que pudiessen hacerle menos penosa su enfermedad: mas donde echaba el resto de su zelo, y de sus diligencias, era quando reconocia, que alguno, vencido de las tentaciones del demonio, se retiraba de la Congregacion. Entonces no dexaba piedra por mover, para que aquella errada ovejuela no se perdiesse, y bolviesse al aprisco de su Pastor. Y en una palabra, concluirè esta materia, con decir, que Francisco miraba à sus Congregantes como à especiales hijos suyos; y assi, estos le debieron aquellos cuidados, aquellos desvelos, aquellas piedades, y aquellas fatigas, que con sus hijos mas amados sabe gastar el prudente, y amoroso Padre, que les diò el ser.

Esto es, haver pintado con generalidad, y como de passo, los exercicios con que este fervoroso Jesuìta llenò el empleo de Misionero, que le encargaron: y que estos piden muchos Hombres para cumplir con ellos dignamente, lo ha enseñado la experiencia; pero el zelo de Francisco, no solo pudo con ellos solo, sino que juzgando era de su incumbencia el procurar el bien de las Almas de todos sus proximos, se añadiò otros, y tantos, que no cabiendo en uno, serán materia de los Capitulos, que se siguen.

CAPITULO VII.

TAREAS DE FRANCISco en las Galeras, en las Carceles, y en los Hospitales de Napoles.

A CABO de decir, que el fervoroso zelo de Francisco de Geronymo, le persuadia ser de su incum-

bencia asistir à todas las necesitadas almas de sus proximos: De aqui se siguiò, el que no huvo algunas de esta especie de que no se encargasse, imitando al Sol, de quien dixo David, que buscaba à todas las criaturas, aun las mas escondidas, para favorecerlas, y servirlas con su luz, y con su calor. Sean los primeros testigos de esta verdad, los pobres Galeotes de la Esquadra de Napoles, á los que asistiò Francisco singularmente con las demostraciones de la mayor piedad. Es aquella gente, ruda, ignorante, zafia, bronca, y obstinada en sus costumbres; habituada à las blasfemias, y desesperaciones, à que los incita, ó lo que tienen que padecer en su miserable estado, ò el odio contra quien, ò en todo, ò en parte fuè causa de su condenacion. A esta gente, pues, como si no tuviera otras ocupaciones, aplicò nuestro Francisco su amable charidad, y la eficacia de su Apostolico zelo; y no por una, ù otra ocasion, sino por espacio de treinta años, sin entibiarse, ni fastidiarse jamàs, ò por la dureza de sus corazones, ò por sus desvaratadas, groseras, y descorteses costumbres. Su trato con ellos se componia de palabras dulces, y expresiones cariñosas, llamandolos hijos, y hermanos suyos; pero à bueltas de esto, les hacia eficacissimas exortaciones, en que les hacia vèr, que despues de el infierno que padecian en esta vida, sino mudaban de vida, experimentarian despues otro, que no haviendo de tener fin, seria de mas insoportables tormentos. Animabalos à que hiciessen, como se suele decir, de la necesidad virtud, y de sus trabajos preciosos, voluntaria penitencia; y en fin, no omitia especie alguna, que pudiesse conducir à que enmendando sus costumbres, assegurassen su salvacion.

Como dispuso à los Galeotes à la Confession, y Comunió annual.

Pero donde eran mayores, y mas cuidadosas sus actividades con estos hombres miserables, era al tiempo de cumplir el Precepto de la Iglesia, de la Comunion annual. Cierto, que siento no poder esprivir con latitud la solicitud que ponia, assi en que aquella funcion se celebrasse con la mayor solemnidad, como en que se hiciesse con la mejor disposicion de los interessados en ella; pero si dirè, con brevedad, que algunos dias, antes de la Semana Santa, ha-

hacia una Platica fervorosa en cada Galera, para instruir, y excitar à sus Forzados, à que hiciessen una sòlida, y entera Confesion; se moviessen à dolor de sus culpas; y formassen un constante proposito de la enmienda. Hecha esta prevencion, acudia, acompañado de otros de los nuestros, à oirles sus Confesiones. La noche antes de la Comunion, levantaba un hermoso bien vestido Altar, en que se colocaba la Estatua del Santo, ò Santa à quien estaba dedicada la Galera: disponia, que en el Altar se pusieran muchas luces, que durando toda la noche, tuviessen devotos, y recogidos á los que à la mañana siguiente havian de comulgar. Llegaba la mañana, y sacandolos de sus Bancos, y asseandolos lo mejor que podia, los conducia en devota Procesion, baxos los ojos, y cruzados los brazos, à la Iglesia vecina, llamada Santa Maria del Remedio; allì, descubriendose el Sacramento, se cantaba con solemnidad la Missa, y al fin de ella, llegaban à Comulgar; sin cessar Francisco, en este tiempo, de ayudarles con dulces, y suaves coloquios, à la mas tierna, y atenta devocion. Daban despues espacioſas gracias, las que concluidas, salian de la Iglesia, que los despedia con tañidos de alegres Instrumentos; y con el mismo orden que havian venido, se restituian à su Galera: de este modo, empezando por la Capitana, y siguiendose las demàs, cumplian todas con el precepto.

En el ultimo dia, para concluir Obra tan santa dignamente, subia el Siervo de Dios en una Tartana, y con Sobrepelliz, y Estola, les hacia una dilatada Platica, con que se despedia de aquellos sus amados hijos, dandoles gracias, y regalandolos con la Bendicion, y la aplicacion de la Indulgencia Plenaria, como estilaba en todas sus Misiones: y los agassajaba, repartiendoles, como en premio de lo que havian executado, Estampas, Rosarios, Medallas, y otras alhajuelas de devocion. Los pobres enfermos, que á este tiempo se hallaban en el Hospital, no por esso quedaban olvidados de el Padre Francisco, pues passaba allà, los visitaba, los alentaba, y finalmente, no omitia cosa alguna de

las que podian ſervir à ſu corporal alivio, y à ſu eſpiritual conſuelo. Eſta accion de tanta edificacion para todo Napoles, introducida por el Padre Franciſco, todavia proſigue con el miſmo temor, y methodo al cuidado de los Jeſuitas.

No ſe contentaba nueſtro fervoroſo Miſsionero con eſte bien eſpiritual, que à aquellos miſerables procuraba en el tiempo de la Paſqua; todo el año eran el objeto de ſu atencion; viſitabalos con frequencia, los conſolaba, los exortaba, los oìa ſus laſtimas, y ſus quexas, apaciguaba ſus diſcordias, ſe interponia con los Miniſtros Reales, para que, cumplido el termino de ſu caſtigo, no los detuvieſſen mas en el Remo: Intercedia con los Comitres, para que les mitigaſſen, ò les perdonaſſen las penas merecidas por ſus faltas: Buſcabales limoſnas, y ſe las repartia; y à viſta de tan cariñoſos oficios, no es mucho, que todos le dieſſen el nombre de ſu *amado Padre*: con èl le apellidaban alegres, y contentos, luego que le veìan en ſus Galeras.

Y antes que ſalgamos de ellas, ſerà bien, que refiramos un caſo bien ſingular, que en una de ellas le ſucediò. Predicaba un dia Franciſco, y para animar à ſus oyentes, con ſu exemplo, à que hicieſſen penitencia por ſus delitos, llevado de un ſagrado arrebatamiento de ſu fervor, tomò un cabo de una gumena, y empezò à darſe deſapiadados golpes. Doloridos, y turbados los circunſtantes, acudieron de tropèl à quitarle de las manos el inſtrumento con que ſe mortificaba, y à pura fuerza lo conſiguieron; pero no pudieron impedir, que, hincandoſe Franciſco de rodillas, no proſiguieſſe, pidiendoles con inſtancia, que no le dexaſſen ſalir de allì, ſin caſtigarle ſus muchos pecados; y aſsi, con lagrimas en los ojos, clamaba, que le dieſſen golpes, y bofetadas. Ninguno de los que le oìan ſe atrevia, claro eſtà, à darle eſte guſto; ſino es un Turco, Eſclavo de la Galera, el qual juzgò, debia obedecer, y complacer à un Hombre, que à todos les hacia tanto bien; y aſsi, ſe abalanzò, y le diò en el roſtro un reciò golpe: Franciſco le diò las gracias, y le pedia, que proſiguieſſe; y el Barbaro creo que le huviera repetido, à no detenerle los

Dale un Turco una bofetada.

con-

confusos gritos, y clamores, con que todos los circunstantes le afearon, y reprehendieron lo que havia executado. Suspendiòse el Turco; pero mas que por la conmocion de los forzados, porque le acudiò inmediatamente un dolor al brazo, tan crecido, que no le dexaba sossegar: Passò la noche con tanta inquietud, que por la mañana embiò à llamar al Padre Francisco, y puesto en su presencia, le dixo: *Padre, si yo ayer os dì aquel golpe, no fuè por propia voluntad, si no porque vos me lo pedisteis; y assi ora es de vuestra obligacion darme remedio para un fuerte dolor, que me ha quedado en este brazo.* Francisco le oyò benignamente, se abrazò con èl, y retirandole à un lugar secreto, haciendole tres veces sobre el brazo la señal de la Cruz, le dexò libre de su dolor. Y para que se vea quan harmoniosas son las misericordias Divinas, de todo lo referido se valiò Dios para ganar el alma de aquel infeliz, pues obligado de el beneficio recibido, à poco tiempo detestò la Secta Mahometana, y pidiò ser admitido en el Gremio de la Iglesia.

Dale al Turco un fuerte dolor.

Librale de èl el P. Francisco

Con lo qual el Turco se convierte

Desde las Galeras será razon, que passèmos acompañando à este Apostolico Jesuita à las Carceres de Napoles. Juntase en ellas la hez de los delinquentes, no solo de la Ciudad, sino de todo el Reyno: gente tan perdida, que de allì salen regularmente los que ocupan los bancos de las Galeras. Son las Carceres, ò sus Calabozos, que llaman Criminales, mas que habitaciones, sepulcros de hombres, que empiezan à morir, donde nunca entra la luz, y de donde nunca sale la bascosidad, y el mal olor; pero en nada de esto reparaba para entrar en ellos nuestro incansable Missionero; estas mortificaciones no le detenian, ni le retardaban el passo; porque le mortificaba mas, el ver aquellas almas, mas aprisionadas de las culpas, que lo que lo estaban los cuerpos con los yerros de las cadenas. Baxaba, pues, Francisco à estas inferiores partes de la Tierra, y consolaba, y socorria à los que estaban sepultados entre sus sombras. Exortabalos à la paciencia, y al reconocimiento de sus delitos, para que los confessassen, y hiciessen digna penitencia de ellos. Y como estas exortaciones se acompañaban con

Sustarèase en las Carceres.

los buenos oficios, que hacia por ellos con los Jueces, y las demàs diligencias para sus corporales alivios, sacaba mucho fruto, aùn de tan duros, y estèriles corazones.

Visita à los Hospitales.

De las Carceres, nos conduce este Hombre infatigable à visitar los Enfermos de los Hospitales: en ellos era frequentisimo, como si no tuviera otras ocupaciones; mas quien le llevò su especial cuidado, fuè el Hospital de los Incurables, terreno donde podia explayarse mas su charidad, y su misericordia: Visitaba las Salas de los Hombres, y de las Mugeres, y con sus fervorosas palabras, los alentaba à llevar las cruces de las enfermedades, con que los visitaba Dios: Ponderabales el gran bien, que encierra el padecer con resignacion en la voluntad Divina; y de aqui passaba à oirlos sus Confessiones, y à auxiliar à los que reconocia proximos à morir. Entre las Enfermas de esta Casa, hallò algunas, que haviendo passado sus mejores años en el vil exercicio de torpes culpas, havian burlado las santas industrias, con que havia procurado, en la enmienda de sus vidas, la salvacion de sus Almas; y à estas atendia con mayor fervor, para que, aun despues de una vida tan estragada, lograssen una muerte feliz. Viendo estas aplicaciones tan utiles los Superiores de aquel Hospital, le pidieron muchas veces, que visitasse otras tres Casas, que estàn tambien à su cuidado; una, de Mugeres Recogidas; otra, donde se observa la Regla de la Tercera Orden; y otra, donde con mas estrechèz, se guarda la Regla de San Francisco; y para aprovechar à aquellas Almas, tambien hacia tiempo entre las demàs tareas el activo zelo del Padre Francisco de Geronymo.

CAPITULO VIII.

SU APLICACION A DAR los Exercicios de San Ignacio.

SON los Exercicios de Nuestro Glorioso Patriarca, y Fundador Ignacio de Loyola, uno de los medios mas eficaces, que tiene la Iglesia para mejorar à sus hijos, haciendolos de Pecadores, Justos, y de Justos, Santos. Son aquel sagrado Fuego, que la Magestad de Christo dixo, que baxaba del Cielo, para vencer con èl

las

las eladas, por viciosas, costumbres de los mortales. Siendo esto assi, y viviendo en el pecho de Francisco de Geronymo el deseo de salvar à todos sus proximos, claro està, que havia de poner una summa aplicacion en dar à todos estos Exercicios; y lo consiguiò, pues apenas huvo en Napoles Monasterio, Conservatorio, Congregacion, Seminario, ò Cofradia, que no se interessasse, y pretendiesse, que la afervorizasse con este divino fuego.

Diòlos la primera vez à todo el Pueblo en nuestra capàz Iglesia de la Casa Professa, con el motivo de disponerle à celebrar dignamente la Fiesta de San Ignacio, Autor de los Exercicios. Sucediòle con exito tan feliz esta empressa, que por medio de aquellas Meditaciones, ponderadas eficàzmente por sus labios, se experimentaron tales mudanzas de vidas, y tales aplicaciones à las Virtudes, que de aqui se movieron las Comunidades yà dichas, à procurar se los platicasse en sus Casas, para lograr en ellas semejantes frutos. Decirlas todas, fuera dilatarme demasiado; y assi solo referirè aquellas, en que huvo algunas especialidades, en obsequio de la Gloria Divina, y aprovechamiento de los oyentes.

Dà los Exercicios en el Seminario de el Arzobispo.

Doy el primer lugar al numeroso, y exemplar Seminario, que llaman *de el Arçobispo*, donde con tanta atencion se crian, en piedad, y doctrina, tantos escogidos Jovenes, y de donde salen, y han salido excelentes Hombres en Letras, Pulpitos, y los demas ministerios concernientes al cultivo de las Almas. El señor Canonigo Don Pedro Tabani, Rector entonces de aquel Seminario, quiso, que alli diesse nuestro Mitsionero los Exercicios. Muchos juzgaban, que Francisco, hecho à predicar en las Plazas à los perdidos pecadores, no sabria proporcionarse, y medirse al estilo, con que debia tratarse una Comunidad tan escogida; pero se engañaron, pues platicò aquellas Maximas Eternas con tal destreza, y apropriacion à los oyentes, que en ellos se siguiò una singularissima mocion: interrumpian, con los sollozos, y suspiros, las Platicas del Padre: quisieron hacer, y hicieron pùblicas penitencias: pidieron licencia, para salir con disciplina al Refectorio repetidas

veces en aquella Semana: guardaron exàctiſsimamente la diſtribucion de las horas, que el Padre les ſeñalò; pero donde mas manifeſtaron el fervor de ſus Exercicios, fuè en un ſingular Acto de humildad, con que los coronaron; y fuè, que en el ultimo dia, en que deſpues de haver hecho todos Confeſsiones Generales, havian de recibir la Sagrada Comunion, llegaron al Altar, aſsiſtidos del Padre Franciſco, y eſtando yá el Rector con la Forma en la mano, ſe echaron à ſus pies, ſe los beſaron, le pidieron perdon, no ſin lagrimas, de las faltas, que haſta allí havian cometido, en el cumplimiento de ſus Leyes, y Conſtituciones, y propuſieron, para en adelante, la total enmienda. Accion fuè eſta, en que el Rector tampoco pudo contener las lagrimas, y aſsi huvo de ſuſpenderſe por un poco de tiempo, para ſerenarſe, y poder darles con deſpejo la Comunion. Y lo que en eſta materia ſe debe reparar mas, es, que todas eſtas demonſtraciones no fueron fervores de mozos, que regularmente tienen corta duracion, pues eſtos duraron muchos años en aquellos, que hicieron los Exercicios; y aùn ahora confieſſan, que en acordandoſe de aquellos dias, ſe les llenan de util, y provechoſa ternura los corazones.

Nada inferiores en el aplauſo, y en el fruto, ſalieron los Exercicios, que tres veces diò el P. Franciſco en nueſtro Seminario de Nobles en el tiempo de la Quareſma, ſegun el eſtilo introducido en aquella Caſa. En la tercera ocaſion le acometiò el accidente, de que ultimamente vino à morir; y aſsi fuè preciſo, que los interrumpieſſe, y que otro los acabaſſe, no ſin ſentimiento de aquella numeroſa Nobleza, que en las otras dos ocaſiones, en que los platicò, hizo (ſi ſe puede decir aſsi) exceſſos en ſu fervor. Prueba de eſto fuè, que, demàs de las penitencias ocultas, que executaron, ſalieron à decir publicamente ſus faltas al Refectorio, reprehendiendoſelas con palabras tan sèrias, tan ponderadas, tan ſentidas, y de tanta humillacion, que no executarán mas os Religioſos mas perfectos, lo qual en unos Jovenes ſeglares, y tan Nobles, era claro indicio de ſer muy extraordinaria la compunccion, que las palabras de Franciſco havian introduci-

Diòlos tres veces en el Seminario de Nobles.

do

do en sus pechos. De esta mocion daban tambien testimonio las copiosas lagrimas, que de sus ojos despedian, no solo al tiempo de la Platica, y de la Meditacion, sino aùn despues; y en algunos fueron tan abundantes, que no los dexaron assistir con los demàs à la Mesa. Huvo Seminaristas, que tomaron rigorosas, y sangrientas disciplinas. Huvo uno, que para vengarse de sus defectos, los escriviò con letras mayusculas, y se le prendiò al vestido, para que todos los leyessen, y por ellos le despreciassen. En fin, fuè preciso, que los Superiores se valiessen de su autoridad, para poner freno à algunas otras ruidosas mortificaciones, que quisieron practicar; pues algunos pretendieron salir por las calles publicas de Napoles, y à vista de sus Parientes, con trages ridiculos, para convertir en penitencia los desprecios, que hiciessen de sus personas. Impidieron estos pensamientos los Superiores; pero se logrò el merito del deseo, yà que al deseo no pudo seguirse la execucion. Ultimamente, llenò aquellas Nobles Almas tan del todo del Espiritu Divino, que en aquel año, quince de los Convictoristas mas Ilustres se retiraron del mar del Mundo à los seguros Puertos, yà de la Compañia, yà de otras Sagradas Religiones.

No fuè la segunda vez desemejante la devocion de aquella noble juventud; pues haviendo sucedido en el mes de Marzo de aquel año, que fuè en el de 1702. un grande Terremoto, que puso en comun desaliento á toda la Ciudad; los Seminaristas estuvieron tan lexos de asustarse, que no solo emprehendieron la fuga á lugares seguros (como en tales casos se suele hacer, y casi sin libertad) sino que pedian comunmente á Dios, que si havian de ofenderle mas, les quitasse las vidas, y los sepultasse entre las ruìnas de los Edificios, en aquel tiempo, en que por su infinita Misericordia, y por los Exercicios hechos, juzgaban estàr bien dispuestos para morir. Estos eran sus deseos, y la materia de sus conversaciones en aquellos dias; y aùn passò à mas la Camara de los Grandes, pues haviendo entendido, que el Padre Francisco, con ocasion del terremoto, queria salir por las Calles cubierto de ceniza, y predi-

cando

cando Penitencia ; pidieron à los Superiores, que en el miſmo trage, los permitieſſe ir à ſu lado, acompañando al Crucifixo. No ſe puede dudar, que eſto huviera ſido un acto de mucha edificacion para la Ciudad; pero à la prudencia de los Superiores le pareciò, que por juſtos reſpetos, no debia permitirſe eſta fervoroſa demoſtracion à aquella Nobiliſsima Juventud.

Yà que hemos viſto à Franciſco tan bien empleado en el cultivo de los pocos años, que ſe crian en los Seminarios, antes que le veamos dàr à otras Comunidades los Exercicios, quiero dexar dicho, que eſte diſcreto Jeſuìta miraba, con eſpecial cuidado, el aprovechamiento de toda la Juventud Napolitana ; y aſsi no perdia ocaſion de buſcarla, para adelantarla en las Virtudes, ſeparandola de los vicios. Por eſſo un Hombre tan ocupado como èl, ſabìa hacer lugar para buſcar los Niños Eſtudiantes en aquellas horas, en que antes de entrar en ſus Aulas, ſuelen en varios corrillos, entretenerſe en burlas, juegos, y traveſuras, no ſiempre inocentes, y muchas veces dañoſas à ſus conciencias.

En aquellas horas, pues, ſe les hacia preſente nueſtro fervoroſo Miſsionero, y con un ſemblante apacible, y voces cariñoſas, los atraìa, y ſe ofrecia à ſervirlos en lo que ſe les ofrecieſſe; mas con eſtos agaſſajos, mezclaba algunos ſentimientos eſpirituales, proporcionados à las capacidades de unos Niños, rematando en exortarlos à la frequencia de los Sacramentos ; y añadiendo, que ſi para eſte fin querian valerſe de èl, los aſsiſtiria, y los oìria con toda voluntad, y cariño. No perdia en eſto el tiempo, pues muchos de ellos, obligados de ſu agradable trato, venian con frequencia à ſus pies, à deponer ſus malicias, y ſus ignorancias, y à tomar reglas, para mirar en adelante por los intereſſes de ſus Almas.

En la Ciudad de Napoles ay muchas Caſas de Piedad, donde debaxo de varios Titulos, ſe recogen, ſe crian, y ſe educan los Niños pobres huerfanos, y deſamparados; y à eſtas Caſas tambien acudia Franciſco, à aprovechar aquellas tiernas edades, con ſus Platicas, y ſus Exortaciones. Decianle, que de eſtos trabajos no podria coger fruto ; pero èl reſpondia,

dia, que Christo havia dexado dicho, que no le impidiessen el que se le acercassen los Niños; y que assi, ay obligacion en sus Ministros de encaminarlos à su Magestad, sin reparar en que sus años sean cortos: pues no obstante sus cortos años, los queria cerca de si su Soberano Maestro. Añadia, que las tiernas edades, como tierras nuevas, recibiendo el grano de la enseñanza, y de la doctrina, rinden despues mas colmados los frutos de las Virtudes. Y en esto no se engañaba; pues huvo vez en que cogiò fruto bastante, aùn de aquellos cortos años. Assi se viò en el Colegio de San Onofre, donde se alicionan los Muchachos, que descubren voces, ò habilidad para la Musica. En esta Casa, Francisco hablò un dia à sus Alumnos, pidiendoles se resguardassen de aprender, ni cantar Letras, ò Canciones lascivas, y que pudiessen servir de ofension à la modestia. Ponderò de modo esta especie, que aquellos Niños fueron inmediatamente à sus quartos, y le traxeron varios Papeles, y Libros de aquellos materiales, que havia condenado, y èl los recibiò; y mandando encender una hoguera, à su vista, los quemò, diciendoles: *Hijos, es menester quemar estos Papeles, para que por ellos, ellos no se abrasen eternamente.* Mas no fuè este solo el fruto, que en esta Casa logrò Francisco de sus Platicas, pues el dia de oy viven muchos de los que à Francisco le oyeron, que, ò en el Estado Clerical, ò en el de Religiosos, confessan ahora, debieron à las voces de Francisco sus vocaciones.

Diò los Exercicios en la Congregacion de Sacerdotes.

Tiempo serà yà, de que bolvamos à vèr à nuestro Missionero empleado en dàr los Exercicios à otras gravissimas Comunidades. Diòlos, en la verdaderamente Venerable Congregacion de Sacerdotes, erigida en nuestro Colegio de Napoles; por el Angelico Operario Padre Francisco Pabòn, de nuestra Compañia, cuyo nombre mantiene aùn. Esta Congregacion ha sido siempre Madre fecunda de Hombres Apostolicos, zelosos Prelados, Parrochos virtuosos, Sacerdotes exemplares, y Doctos, como fervorosos Missioneros. Entre los Sugetos, que la han condecorado, fuera de muchos Obispos, y Cardenales, cuen-

cuenta dos Summos Pontifices, Innocencio XII. y Benedicto XIII. Siendo nuestro Francisco Sacerdote Secular, fuè Hermano de dicha Congregacion, y no la olvidò por haver entrado en la Compañia, pues de seis en seis meses le escrivia, dandole cuenta de sì, y de la renovacion de su espiritu, como lo practican los Hermanos ausentes de ella. Convidòle, pues, aquella Venerable Junta, à que le diesse los Exercicios; combite, que à Francisco le costò grande turbacion, por el baxisimo concepto, que de sí le hacia formar su humildad profunda; esta le aconsejò, que con toda eficacia se escusasse, con la que èl, à boca llena, llamaba inhabilidad, insuficiencia, è ignorancia suya, para hablar en una Congregacion tan respetable, por santa, y por docta. Mas estos temores se los sujetò la Obediencia, ordenandole, no se negasse à aquel ministerio; y porque temieron los Superiores, que, ò por su modestia, ò por mortificarse, quisiesse ocultar los fondos de su doctrina, no solo le mandaron, que platicasse aquellos Exercicios, sino, que los platicasse doctamente; y aun en esto obedeciò, pues oy se conserva en aquella Casa la grata memoria, de que las Platicas que hizo, fueron un sabio trabajo, en que se compitieron el espiritu, y la doctrina, la sabiduria, y el fervor. Desde aqui passo à hacer recuerdo de los que tambien diò à la Noble, y estimable Archiconfraternidad de la Santissima Trinidad de los Peregrinos, erigida por el Glorioso S. Phelipe Neri, quando vivia, y adelantada por èl mismo, yà con sus Cartas, yà por medio de los fervores de sus Hijos. Para renovar, ó por mejor decir, bolver à plantar en ella la costumbre antigua de que alli se diessen los Exercicios de S. Ignacio, quisieron, y eligieron aquellos Señores, no à otro, que al P. Francisco; y aunque los Superiores, les ofrecian, y proponian otros Sugetos, que desempeñarian aquel ministerio, por no añadir mas fatigas à las que tenia sobre sí nuestro fervoroso Operario; no obste instaron en su pretension, hasta que la consiguieron. Platicòlos en su Iglesia; y porque en ella para oirlos se daba entrada, y lugar à todo genero de personas, se le descubriò al Siervo de Dios un dilatado campo, para ful-

Diòles tambien en la Santissima Trinidad de los Peregrinos.

fulminar ardientemente los rayos de su zelo, contra las culpas, y llamar, y mover à penitencia à los pecadores. Es la Iglesia muy capáz, pero en aquellos dias fuè estrecha para los extraordinarios concursos, que en ella huvo, no solo de hombres, sino de mugeres; pues la separacion hecha para estas, tampoco bastò, por las muchas que concurrieron. La mocion de los Auditorios fuè correspondiente á los talentos del Predicador. Las lagrimas, los sollozos, y las vozes eran gratissimo embarazo para el Padre, porque apenas dexaban que se oyesse; pero èl, con alentado pecho, y mas sonòra voz, vencia el piadoso ruido del Auditorio, y aumentaba su compuncion.

Conversion de una Muger Publica.

En esta ocasion una muger, famosa Ramera, y escandalo de la juventud, determinò, (y lo executò assi) retirarse à lugar seguro, y fuè quantioso el socorro de limosnas, que para que pudiesse mantenerse, y mantener su proposito, se le recogiò de la piedad de los oyentes. Baxaba el P. del Pulpito, y salian à estorvarle el passo muchas almas, mal havituadas en los vicios, y hechandose á sus pies, le pedian con lagrimas les mejorasse sus vidas, para asegurarse las felicidades de la eterna. En fin, concluyó estos Exercicios con la Comunion General, y con aplicar la Indulgencia Plenaria á sus oyentes, y darles su amorosa bendicion, con una hermosa Imagen de el Niño Jesus.

Por este especial talento, y por las singulares expressiones de benevolencia del P. Francisco para con los Hermanos de aquella Congregacion, y particulares obras de charidad para con los Peregrinos, fuè grande la amistad, y amor que le professò aquella Casa: quisieran, que todos los años les repitiesse los Exercicios, pero no lo pudieron conseguir hasta seis años despues, por causa de las muchas ocupaciones, que le robaban el tiempo; sin embargo en esta segunda ocasion sacaron de ventaja, que el Jueves Santo les predicasse la Passion, y les obedeciò con gusto, aunque aquella misma noche tenia que assistir á la Procession de los Passos, que saliendo de nuestro Colegio, passa por la Plaza del Mercado; pero su espiritu incansable lo compuso todo: Predicò de rodillas, por espacio de hora y media, la Passion en el Hospital con abundantes lagrimas,

mas, aſsi ſuyas, como de los oyentes. Deſde allì partiò à la Plaza del Mercado, donde conforme iban paſſando las Sagradas Imagenes, hacia tiernos Coloquios, y breves Platicas, con que inſtruìa al Pueblo de lo que aquellos Sagrados Bultos ſignificaban, moviendole à utiliſsima compuncion con la eficacia de ſus voces, y mucho mas con los golpes de una recia diſciplina, que tomaba al miſmo tiempo. Paſſada la Proceſsion, iba al Colegio antes que ella llegaſſe à èl, y eſperando en el Pulpito à que entraſſe en la Igleſia, hacia otra afectuoſiſsima Platica ſobre la Muerte del Salvador. De eſte modo ſe recogia, yà muy de noche, à la Caſa Profeſſa, no à deſcanſar de tanta tarea, ſino à diſponerſe à predicar à la mañana ſiguiente, ſobre la miſma materia, en dos diſtintos Conventos de Religioſas.

Sus tareas en los Conventos de Religioſas.

Y yà que hemos hecho mencion de las Religioſas Caſas, donde ſe retiran las Almas à ſervir à Dios, dirè con generalidad lo mucho que Franciſco trabajò tambien en ellas. Y en primer lugar, dirè, que apenas ay en Napoles Convento, ò Colegio de Religioſas, ò de Educandas, donde nueſtro Miſsionero no hicieſſe Platicas, ò dieſſe los Exercicios; con la circunſtancia de haver temporadas, en que à un miſmo tiempo los platicaba en tres Conventos diſtintos, y entre sì muy diſtantes. De eſtas fervoroſas fatigas, ſe ſeguia, no ſolo el que aquellas Almas le eſtimaſſen, ſino es que muchas le pidieſſen ſu frequente aſsiſtencia entre año, para tomar ſus conſejos, conſultarle ſus eſcrupulos, y fiar à ſu direccion los adelantamientos de ſus conciencias. Muchas huvo, que le comunicaban por eſcrito, por no poder de otro modo, y guardaban ſus reſpueſtas, ò como ſi vinieran del Cielo, ò como precioſas Reliquias. Otras conſiguieron licencias, aſsi de ſus Superiores, como de los del P. Franciſco, para que del todo ſe encargaſſe de adelantarlas por medio del Tribunal de la Penitencia, en el camino de la Perfeccion. Lo que nueſtros Superiores executaban en ſemejantes pretenſiones, era decir, que al P. Franciſco, por ſus extraordinarias ocupaciones, no le podian obligar, à que ſe encargaſſe de aquellas aſsiſtencias; que le hablaſſen à èl, que deſde luego los Superio-

res

res ſe conformarian con lo que èl diſpuſieſſe. Y eſto en buenos terminos, era conceder lo que ſe les ſuplicaba; porque ſiendo Franciſco un hombre tan trabajador, no ſabia perder ocaſion, que ocurrieſſe de ſervir à la Gloria Divina, y utilidad de ſus proximos. Los frutos que conſiguiò de las Almas Religioſas, por medio de ſus aplicaciones, y conſejos, fueron grandes. Deſterraronſe de aquellas Caſas las converſaciones inutiles con ſeglares, que impropiamente ſe llaman, Devociones; pues, quando menos, ſon pèrdidas de tiempo, de que ſe puede quexar la Diſtribucion Religioſa. Deſterraronſe Libros profanos, que ſon ayres nocivos, que agoſtan la devocion. Impidieronſe aquellas diſenſioncillas, y faltas de paz, que, aun entre Perſonas unidas à Dios, ſuele introducir el enemigo comun, y enemigo de la charidad. Eſtos frutos conſeguía facilmente Franciſco, porque à aquellas Almas las conducia con grande ſuavidad à la obſervancia de todas ſus Leyes, y obligaciones, aficionandolas al exercicio de la Oracion, y al trato familiar con Dios, à quien havian eſcogido por Eſpoſo.

Que à Dios le agradaſſe eſta aplicacion de Franciſco à cuidar de unas Mugeres, que, por encerradas, no le podian buſcar, para aprovecharſe de ſu doctrina, creo, que ſe confirma con un caſo bien ſingular, que le ſucediò en uno de eſtos Conventos, adonde la Providencia Divina le llevò, para que ſe mejoraſſen las Almas, que en èl vivian. Eſte era un Convento, que el año de 1684. no conocia aùn el nombre del P. Franciſco; pero paſſando caſualmente por las puertas de ſu Igleſia, y viendolas abiertas, y à los Sacriſtanes dando aſſeos, y limpiezas à los Altares; Franciſco ſe hallò movido à entrar por ellas: entrò, adorò al Santiſsimo, y deſpues empezò à tocar con vehemencia la campanilla, que ſiempre llevaba conſigo: Admiranſe los Sacriſtanes, y à tanta novedad acudieron à la rexa del Coro todas las Religioſas, y las Educandas, que havia en aquella Caſa. Luego que Franciſco viò, que havian concurrido, bolviendo à hacer adoracion al Sacramento, con voz crecida, y eſpantoſa, exclamò, diciendo aſsi: *Hà deſgracia, digna de ſer llorada con las lagri-*

Caſo raro en un Convento de Religiolas.

grimas de todas! Entre vosotras ay una, que parará en las eternas llamas, y esto por un desdichado pañuelo. Por una materia tan corta, y tan despreciable, para siempre se condenará. Atònitas, y espantadas se quedaron con estas voces del Padre aquellas Religiosas: La Superiora le llamò, y le pidiò encarecidamente, que doliendose de aquella Comunidad, les dictasse lo que debian executar para libertarse de tan terrible amenaza, porque todas estaban dispuestas à obedecerle. Francisco se aprovechò de la ocasion, y del miedo, que con sus voces havia introducido en aquellos corazones el Espiritu Santo, y les hizo hacer una Semana de Exercicios, al fin de los quales se vieron extraordinarias mudanzas en las vidas de todas. Por lo qual les cobrò tan singular amor, que al tiempo de morir, à un amigo suyo le dexò, con particularidad, recomendada la asistencia de aquel Convento. Mas no por lo dicho dexò de cumplirse la amenaza, que les havia intimado, pues (segun el Testimonio de nueve Religiosas ancianas, que oy viven, y lo deponen) se verificò en una desgraciada Niña Educanda, que entonces havia en aquella Casa. Esta, al año y medio de la dicha Profecìa, hurtò no sè què alhajuela de la Sacristìa; permutòla con otra Niña, por un pañuelo de lienzo que la diò. Por algunos dias estuvieron ocultos, assi el hurto, como el trueque; pero luego se supo, como cosa, que havia passado entre muchachas. Reconociò la delinquente principal, que se sabia su travesura, yà por algunas palabrillas, que le decian; yà por el gesto, que le ponian sus compañeras: de aqui, à persuasiones de su pundonor, y de su empacho, se puso en manos de una profunda melancolìa: temiò la reprehension: temiò el castigo: temiò su descredito, y su deshonra; y por librarse de estos temores, resolviò quitarse la vida, arrojandose en la Noria de la Huerta. Executò este arrojo una noche, sin que nadie la viesse; pero por la mañana se supo por unos funestos ahullidos, y horribles estruendos, que salian de la Noria, de donde sacaron el cadaver de aquella infeliz, tan desfigurado, tan negro, tan espantoso, que daba bien à entender el pa-

rage

tage, en que se hallaba su alma miserable. Todas quedaron à su vista sumamente lastimadas, y entonces reconocieron haver sido profecìa la noticia, que les diò el Padre Francisco de Geronymo.

Concluyo este Capitulo, refiriendo otra annual fervorosa tarèa, que tomò à pechos el zelo de este fervoroso Operario, que fuè dàr los Exercicios à las Nobilisimas Señoras de la Ciudad de Napoles, en una de las Semanas de la Quaresma. Obra utilisima, pero obra para cuyo entable turvo muchas dificultades que vencer la charidad, y zelo de este grande hombre. Los espiritus nobles, dixo San Geronymo, tienen en su misma nobleza, una suave precision para ser virtuosos; pero no obstante, la esfera en que los coloca su grandeza misma, no suele permitir respiren con frequencia los ayres suaves de la devocion. Las Señoras de Napoles son generalmente inclinadas à lo bueno; pero para dedicarse à ocho dias de especial retiro, y de Exercicios especiales, hallaban sobrados estorvos en las mismas ocupaciones de sus casas, y embarazos de sus grandezas. Todas estas dificultades las venciò la instancia, la suavidad, y el fervor del Padre Francisco: Con estos medios conquistò sus voluntades, y las obligò à que concurriessen con trage modesto, y con edificacion de todo el Pueblo, à una de las Capillas de nuestra Iglesia: Descubriase en ella el Santisimo, y à su vista les explicaba las maximas mas propias, para poder vivir, para Dios, en el grado en que su Magestad las hà colocado en el Mundo; porque aunque los Exercicios sean para todas las almas, deben aplicarse con variedad, segun los diversos estados, y condiciones de ellas: Assi lo executaba el Padre Francisco, que con grande suavidad proponìa à las Señoras las razones, y motivos, para que, cumpliendo con las obligaciones de sus casas, no se olvidassen de procurarse un grado de mucha distincion en la otra vida.

Daba todos los años los Exercicios à las Señoras de Napoles.

Al mismo tiempo que se daban estos Exercicios à las Señoras, se platicaban tambien à sus Criados Mayores, y à los de escalera abaxo, en piezas separadas, por otros Padres de la Compañia, y todo à dili-

gencias del P. Francisco. El qual consiguiò tambien, que las mismas Señoras, (y à exemplo suyo) otros Cavalleros, y Nobles de la Ciudad, todos los dias de la Semana Santa diessen permiso à sus Cocheros, y gente de Cavalleriza, para que acudiessen à nuestra Casa Professa, donde oyessen la explicacion de la Doctrina Christiana, y se dispusiessen à cumplir debidamente el Precepto de la Iglesia: porque à todo atendia este hombre, que sabía, que todas las almas son iguales, en haver sido redimidas con la Sangre de Jesu-Christo.

Mas, para que los fervores concebidos por las Señoras en la Semana de los Exercicios, no se marchitassen en el discurso del año, sino que se conservassen los buenos propositos, que de ellos se havian sacado, inventó otro medio bien eficàz; y fuè, persuadirles se dedicassen el Jueves ultimo de cada mes al retiro espiritual. Especie fuè esta del Padre Carlos Lobèlo, Jesuíta, natural de Leche, y uno de los mas insignes Predicadores, que en su tiempo tuvo la Italia, aunque fuè desgraciada en lograrle poco tiempo, porque como alhaja muy preciosa, vino presto la muerte à sacarle de la tierra, para presentarla en el Cielo. Este grande Predicador persuadia en sus Sermones, que cada uno tomassen un dia en el mes, en que retirandose de las ocupaciones, y bullicios del Mundo, tratasse à solas con Dios, de los intereses, è importancia de su propria salvacion. Este buen consejo de aquel Hombre Apostolico, lo puso en practica el P. Francisco, con las Señoras, y con sus familias. Concurrian el Jueves ultimo de cada mes, al mismo lugar, en que havian oìdo los Exercicios; exponiase, para su mayor recogimiento, el Santissimo; leiase un rato en un libro devoto, despues se hacia una Platica; y concluìda esta, se les repartian Santos, à quienes se encomendassen, y fuessen sus abogados en el mes, que se seguia. A la misma hora platicaban otros Padres à las familias con la separacion que arriba se dixo; y Yo concluyo con assegurar, que de estas aplicaciones de Francisco de Geronymo, nacia la entera santificacion, y Christiana reforma de las Casas mas Nobles de la Ciudad de Napoles.

CA-

CAPITULO IX.

CASOS EXTRAORDINARIOS en que manifeſtò Franciſco de Geronymo ſu Apoſtolico zelo.

HASTA aqui hemos hablado de las annuas tarèas de eſte Hombre verdaderamente incanſable en el ſervicio de Dios; ahora divertirè la pluma à referir algunos lances particulares, y extraordinarios, que dieron campo à lo infatigable de ſu fervor. Pongo en principal, y primer lugar el trabajo, que tomò à pechos de reducir à mejores coſtumbres à los Soldados Preſidiarios, y à la otra gente, que vive en las vecindades de Caſtel-Novo. Eſte es un ſitio, que en ſu extenſion, y poblacion equivale à muchos de los Lugares mejores del Reyno. Es una parte de la Ciudad de Napoles, que puede llamarſe otra Ciudad. Los que allì tenian el principal Govierno, haviendo ſido teſtigos de la provechoſa fatiga, que Franciſco puſo en la reforma de la gente de las Galeras, le pidieron, que ſe aplicaſſe à la mejora de la gente del Caſtillo; terreno no menos neceſsitado de cultivo, que las Galeras con ſus Forzados. Franciſco, que no deſeaba otra coſa, que tierra en que trabajar mas, y mas, admitiò con hacimiento de gracias, eſta ſùplica, que le hacian. Empezò ſus taréas, las quales fueron cèlebres, yà por los muchos, que ſe recogieron à mejor vivir, movidos de ſus deſengaños; yà por los infauſtos fines, que tuvieron algunos, que no quiſieron aprovecharſe de ſus ſaludables aviſos. Dos ſugetos ſingularmente ſe valieron de la ocaſion, que les ofrecia la Divina Miſericordia, para librarſe de los rigores de la Juſticia. Uno ſuè un Soldado, que al acabar Franciſco una Platica, ſe hallò tan movido, que ſe arrojò à ſus pies, ſin reparar en que los demàs le vieſſen, y le pidiò, que le cortaſſe el pelo, porque havia reſuelto entrarſe à aſſegurar ſu ſalvacion en la Religion Obſervantiſsima de San Pedro de Alcantara: y aſsi lo executò, y en ella vivia en el año paſſado de veinte y cinco, manifeſtando bien, con los fervores de ſu Religioſa vida, quan poderoſa, y eficàz havia ſido ſu vocacion. El otro era un Preſidiario, à

Trabaja en la reforma de Caſtel-Novo.

Còvierteſe à Dios un Soldado, y entra Religioſo.

quien por el desvarato de sus costumbres, mas que por destemple de su entendimiento, le llamaban todos *el Loquillo*: Con este se encarò un dia el Padre Francisco al tiempo de su Platica, ignorante del nombre, que por mal nombre le daban sus Compañeros: pero alli debiò de revelarsele Dios, para el fin, que se reconociò despues, pues mirandole fixamente Francisco, clamò, diciendo assi: *Hasta quando, loquillo, hasta quando? Piensas acaso, que puedes engañar à Dios?* Estas palabras fueron bastantes, para que aquel infeliz bolviesse en sì, y se diesse à unas costumbres tan christianas, tan sèrias, y tan otras de las passadas, que no solo perdiò el nombre de loco, sino que se ganò el de el exemplo de todos sus Compañeros.

Hablale al corazon à otro Soldado, y le reforma.

El segundo lance en que Francisco logrò sus fervorosas promptitudes, fuè en aquella tempestuosa noche del año de 1685. en que corriò, assi en la tierra, como en el mar, un tan furioso viento, que arrancaba las texas de las Casas, y las arrojaba à las Plazas, y Calles, como si fueran ligeros pedazos de papel. En el Mar alterò de modo las ondas, que aùn dentro del muelle, estrellandose unas con otras perecieron muchas Embarcaciones. En estas circunstancias de tanto pabòr, aun para los corazones mas ossados, Francisco de Geronymo sin miedo à Uracàn tan violento, ni à los golpes de las texas, que llovia, ni à las demàs ruynas, que amenazaba; todo arrebatado del deseo del bien de sus proximos, saliò de casa, y discurriò por toda la Ciudad, gritando con el Crucifixo en las manos: *Penitencia, Penitencia: dolor de las culpas, si querèmos aplacar la Ira Divina.* Breve fuè el Sermon; pero como se acompañaba con el miedo, que introducia el deshecho temporal en los corazones, fuè utilissimo para llenarlos de santos propositos, y movimientos de sòlida contricion.

Uracàn de el año de 1685.

Otro lance, y mas peligroso, en que luciò bien la santa intrepidèz de este fervoroso Jesuita, fuè el horrible Terremoto, que padeciò la Ciudad de Napoles el año de 1688. Aquel, que con sus impetuosos bayvenes, batiò à tierra la Cupula de nuestra Iglesia, y los famosos Arcos de marmol del Atrio de el Tem-

Terremoto de el año de 1688.

Templo de San Pablo, sepultando à muchos en sus lastimosas ruynas: Aquel, en fin, que fuè universal consternacion de los Habitadores, y Edificios de la Ciudad, pues no huvo hombre, que no temiesse, ni Edificio, que no temblasse. En ocasion, pues, de tan general espanto, el P. Francisco lleno de superiores alientos, anduvo por las Calles, repitiendo à todos, Nobles, y Plebeyos: *Dexad el pecado: dexad el pecado: dexad el pecado, si quereis, que cesse el castigo Divino.* Voces, que tenian por eco, en los que los oian, duros golpes à los pechos, y tiernas lagrimas en los ojos.

Erupcion del Besubio, año de 1707.

El tercero caso, singular, y extraordinario, en que mostrò Francisco su ardiente zelo, fuè en la espantosa, y formidable erupcion, que hizo el Besubio el dia 2. de Agosto del año de 1707. Arrojò aquel dia el dicho Bolcan tanta, y tan densa ceniza, que elevada en el ayre, de repente le obscureciò de modo, que sepultò la luz, y dexò à la Ciudad padeciendo en la mitad de el dia, una tristissima noche. Añadian espantos à espantos para el pobre Pueblo afligido, y atonito con tanta obscuridad, los mugidos, que daba el Monte, y las ardientes piedras, que despedia: las quales, tomando altura, parecian Bombas, que se arrojaban para arruynar los Edificios. Los Moradores de Napoles imitaron este dia à los Moradores de Egypto, quando aprisionados de espesas horribles sombras, no pudieron moverse de sus lugares; menos Francisco, que haviendo ido aquella mañana à predicar en la Iglesia de Santa Maria de Constantinopla, y hallandose, por las circunstancias referidas, el Templo sin auditorio, saliò à buscarle por las Plazas, y Calles, donde se paraba de en quando en quando; y levantando su sonora voz, enfaticamente preguntaba: *En què hora estamos de la noche (ò Napolitanos?) Ciudadanos mios, decidme, què hora es?* Y de aqui passando à los argumentos mas oportunos, para mover à penitencia los corazones, no dexò de predicar, hasta que llevada en devota Procesion à la Puerta de Capua la Cabeza del grande Protector de Napoles, è Illustrissimo Martyr de Christo S. Genaro, y descubierta allì, à vista del Besubio; este, por la jurada obediencia, que tiene à tan Santa Reliquia, dàdo antes

tes un terrible bramido, ò un espantoso trueno, refrenò sus iras, recogiò sus llamas, y sus piedras: Desaparecieron las cenizas; y en fin, con evidente prodigio, en brevisimo tiempo se le restituyò al dia la deseada serenidad, y el perdido aliento à los corazones Napolitanos.

En los casos referidos trabaxò Francisco de Geronymo à favor de muchos; pero en el que se sigue le hizo Dios trabajar, solo por el bien de dos Almas, dandole, si lo hemos de decir assi, por este fin, una mala noche, pues sucediò, que estando Francisco, en una de las que viviò, logrando la quietud laboriosa de sus exercicios, se hallò de repente posseido de un vehemente deseo de salir à predicar; pero haciendose cargo de que era à deshora de la noche, procurò desecharr, como impertinente, aquel ofrecimiento; mas advirtiò, que quando mas le rebatia, èl se encendia con mayor instancia. Tanta fuè la viveza con que se le proponia, que dudoso entre si seria tentacion, ò inspiracion, resolviò, para sossegarse, acudir, aunque la hora era tan incommoda, à su Superior, para que le determinasse lo que debia executar. El Padre Prepositо, reconociendo la virtud del Sugeto, que le consultaba, y que por ella merecia, que Dios le governasse con singularidad sus operaciones, le respondiò à la consulta: que saliesse à predicar, y obedeciesse à aquella, que, sin duda, era voz de Dios. Con esto Francisco llama à su Compañero: sale de casa, y empezò à vaguear por las Calles, yà por esta, yà por la otra, sin saber à quien, ò como, ò en què lugar havia de proponer la Palabra Divina; hasta que llegò à un sitio, donde le pareciò, que interna voz le decia, que predicasse allì. Era obscura la noche, la gente toda recogida, y assi, no havia nadie, que le oyesse; pero como si tuviesse à la vista un dilatado Auditorio, empezò à clamar contra los Pecadores, exortandolos à que se convirtiessen, luego que oyessen las voces de Dios, que los llamaba: Que no dilatassen la penitencia en oyendo sus amorosos avisos; porque suele la Justicia Divina juntar sus rigorosas executiones, con el desprecio que se hace de las voces de la Divina Misericordia: Sobre estos Puntos, hizo las debidas

Caso bien extraordinario.

Sale à media noche à predicar, sin saber à quien, ni adonde.

pon-

ponderaciones; y pareciendole, que yà havia predicado lo bastante, tratò de bolverse à su Aposento, pidiendole à su Compañero mil perdones, por la mala noche, que le havia dado.

A la mañana siguiente reconociò, que no havia trabajado en vano, pues llegò buscandole à nuestra Iglesia una Muger, que desgreñado el cabello, perdido el color, y llenos de lagrimas los ojos le dice assi: *Sabed, Padre, que à noche predicasteis cerca de mi casa; y fuè en ocasion, en que estaba en ella un hombre, con quien torpemente he vivido: Espantada yo de vuestras voces, no queria consentir en su dañado intento; mas èl, vencido de su pasion, me obligò à que condescendiesse con su apetito. Pero hà Padre! que Dios le castigò tan immediatamente, que se me quedò muerto entre mis brazos. Este castigo es el que me trae à vuestros pies à hacer una Confession de todas mis culpas, y que sea principio de una vida penitente, con que pueda dàr à mi Dios ofendido, digna satisfaccion de todas ellas, y merecerle una muerte, à que pueda seguirse el gozarle por toda una eternidad.* Assi dixo, y assi lo cumpliò, dexandole al Padre Francisco empleado en alabar las misericordias, y los profundos juicios con que Dios sabe sacar de las pèrdidas de unas, la salvacion de otras Almas.

CAPITULO X.

PENALIDADES, OPROBIOS, y mortificaciones padecidas por Francisco, por ocasion de sus Ministerios.

COMO no se puede dudar, que Francisco fuè un Soldado valerosissimo, dedicado à defender, y ampliar los Dominios de su Soberano; tampoco se puede poner en duda le sucediò lo que à los Soldados mas animosos, que es, que quanto mas trabajan, mas padecen; quantas mas son sus batallas, suele ser mayor el numero de sus heridas. No huvo ministerio, de los muchos, que abrazò por la Gloria de Dios, y bien de las Almas este Venerable Jesuìta, de que no cogiesse mucho fruto su paciencia, sufriendo las palabradas, è indignos tratamientos, que à veces le hicieron los hombres.

En el combite, que para la Comunion, y Jubileo del

tercer Domingo del mes hacia en las Aldeas vecinas à Napoles, se encontrò, en mas de dos ocasiones, algunos Rusticos, tan rusticos, que con risa, y con desprecio, le remedaban sus tonos, añadiendo otros motes, y mofas proprias de su villania, y de quien vivia muy distante del respeto, con que se debe oìr la Palabra de Dios, y tratar à los Ministros suyos, que la predican.

Mortificanle en las Aldeas.

Con los Pobres Mendigos, cuyos alivios procuraba con los socorros, que para ellos pedia; le sucedia muchas veces, que acabandose la limosna, y despidiendolos con cariñosas palabras, y esperanzas, de que otro dia los socorreria mas; no havia modo de que le creyessen: seguianle, oprimianle, y de la limosna, que no les daba, se vengaban con palabras injuriosas, que le decian: Llamabanle, hombre pàrcial, y aceptador de personas; y à este modo otros baldones, que pudieran inquietar à la mas sólida paciencia; mas la de Francisco era tan sòlida, que à estos malos tratamientos, respondia solo con unas amorosas risas.

Mortificanle los Pobres.

El Confessonario, Tribunal Sagrado, donde llegan los hombres à deponer sus culpas, y adonde deben llegar con humildes respetos al Ministro de Dios, que ha de purificarlos de ellas; tambien fuè campo, donde encontrò Francisco quien le faltasse al respeto, como dirà el caso siguiente. En un Domingo tercero del mes, dia de la Comunion general, vinieron desde las Huertas, que en Napoles llaman *las Lagunas*, unas pobres, y devotas Mugeres à confessarse con el Padre Francisco: pidieronle, que las despachasse presto, por estàr distante el parage, de donde venian, y tener precision de bolverse à sus casas, à cuidar de sus hijos, y de sus Huertas: A estas buenas Mugeres les tenia alguna obligacion de gratitud el Padre; porque le cuidaban de las flores, que ponia en el Altar de San Cyro: (de que yà harèmos mencion) ellas, por el discurso del año, se las criaban, se las cultivaban, y se las traian. Por estos motivos, quiso darles el gusto de despacharlas quanto antes; y assi, à un Rustico, que estaba yà hincado de rodillas para confessarse, le dixo: *Hermano mio, dàd lugar à estas buenas Mugeres, que luego immediatamente os confessarè à vos.* El hombre, sobre

Mortificanle en el Confessonario.

rus-

rustico, grossero, zafio, è iracundo, le respondió palabras bien indignas; mas el Padre, sin la manor turbacion, añadiò: *Mire, hermano mio, estas pobres me proveen todo el año de flores, y de yervas de la Laguna para mis Altares: su casa està lexos, como conoce, y assi dème licencia, para que no las detengamos.* No por esto se sosiegò aquel villano, sino que prosiguiendo con su ira, cediò su lugar; pero diciendole al Padre: *Vos quereis confessarlas primero, porque son mugeres, porque son mugeres.* El Siervo de Dios con un dulce sonriso, disimulò aquella picante, è irreverente necedad; oyó, y despachó brevemente à las dos Hortelanas, y despues tomando à aquel hombre charitativamente del brazo, le confesó con grande serenidad, y sin la menor señal de resentimiento, quando no fuera reprehensible, en que por modo de correccion, y de doctrina, le huviera reñido, y con aspereza, la malicioſa desmesura, con que le havia tratado.

Necedad de un rustico.

El respetable Convento, que ay en Napoles, llamado el *Retiro de Mondragòn*, y adonde concurria nuestro Francisco à confessar à algunas de las Religosas de aquella Casa, fuè tambien Oficina, en que se labró mucha Corona à su sufrimiento; y en prueba de esto, basta por muchos el caso que se sigue. Por no sè què motivos havia venido à retirarse à aquella Casa, una Princesa forastera: Esta señora oyò aplaudir de singular en la Musica à una Muger, que havia en Napoles, que aunque de buena voz, no tenia la mejor fama: como en las señoras mugeres (y en las mugeres señoras mas) suele ser tan comun, como poderosa, la curiosidad; los aplausos de la Cantora excitaron en la advenediza Princesa un vehemente deseo de oìrla, y para este fin, pidió à la Superiora una rexa: mas la Superiora, à consejo del Padre Francisco, con quien se confessaba, se la negó, y la licencia de que la Musica viniesse, porque le pareciò al Padre, y le pareció bien, que tal diversion desdecia del sèrio decoro, y observante circunspeccion de aquella Casa. Sintiòlo esto la Princesa mas de lo que debia, y discurriendo quien havia sido el mòbil, para que (como ella decia) se le hiciesse aquel de-

Mortificale una Señora de mucha autoridad.

desayre, y aquel agravio à su autoridad; dió en que era el Padre Francisco, que con su consejo havria embarazado, que la Superiora condescendiesse con su voluntad, y con su gusto. Con esto, irritada con nuestro Misionero, mandó, que se le llantassen. Bien discurriò el Padre, què recibimiento, y què favores podia esperar de una señora, que era de natural muy altivo, muy colerico, y de lengua impetuosissima, y muy facil para explicar con ardientes frasses sus sentimientos; pero como su humildad no huìa, sino antes bien (sedienta de humillaciones) buscaba las ocasiones de encontrarlas, obedeciò al llamamiento, y fuè à verse con la Princesa, la qual fuera de sí con la colera, le recibiò como el Padre havia sospechado, y como pudiera al hombre mas soèz de la Republica, y que huviesse faltado gravissimamente à los respetos debidos à su Titulo, y Persona, dixole mil injurias, repetidos valdones, multiplicados vituperios, qual se los dictaba el furor frenetico de sus iras; y finalmente, concluyó con indignas amenazas, diciendole: *No se quedarà sin castigo este atrevimiento, que se ha tenido con una Muger como yo; yo darè cuenta al Cardenal Arçobispo, y no pararè hasta conseguir se destierre de los Conventos à un hombre tan imprudente, que solo puede servir para turbar su paz, y su quietud con sus necios, y ridiculos escrupulos.* Todo esto oyò Francisco, sin hacer el menor movimiento, ni decirle una palabra en su disculpa; y el rostro tan sereno como le pudiera tener otro al oìr sus alabanzas. Yà, en fin, que de cansada dexò de maltratarle la Princesa; yà que aquella Nube havia descargado toda la piedra, que llevaba, entonces el Siervo de Dios, la dixo: *Señora, vos haveis dicho muy poco, y me haveis perdonado mucho, porque el Padre Francisco es un villano, es un grossero, es un ignorante, es un necio, y es un imprudente.* Assi dixo, y huviera passado mas adelante, si aquella Dama, confusa con tal respuesta, no se huviera retirado immediatamente. Mas se debe advertir, que aquella humildad le hizo tanto eco, que no solo con ella se serenò, sino que arrepentida del caso sucedido, era despues Panegyrista de las virtu-

tudes del Padre, el qual no olvidando sus santas venganzas, sabiendo, tiempo despues, que passaba aquella Señora, de buelta á su Patria, por un Lugar en que estaba haciendo Mission, la embiò un azafate de escogida fruta, que á èl le havian regalado, añadiendo, que le disimulasse el no passar á ponerse à sus pies, porque no se lo permitian las Confessiones, que estaba oyendo.

No le produxo menos punzantes espinas à este Hombre tan sufrido su amada Congregacion de la Mission. Es cierto, que por lo regular, los Congregantes fueron amantes hijos suyos, dedicados à darle gusto, y rendidos à su voluntad; pero, sin embargo, huvo algunos, que le dieron harto en que merecer. En una ocasion, à uno, que havia faltado gravemente à las Leyes de la Congregacion, juzgò el Padre Francisco convenia arrojarle de ella. Despidiòle, pero haviendo acudido humilde, y reconocido de su culpa, à las piedades de su amoroso Padre; determinò bolver à admitirle en la Congregacion, y assi se lo propuso à los Congregantes en la primera Junta, que con ellos tuvo. Creyò Francisco, que en esto no huviesse la menor dificultad, porque media, por sus dulzuras, las de los otros corazones; pero sucediòle muy al contrario, porque el Prefecto Seglar havia prevenido à los demàs Congregantes, que con èl se opusiessen à esta piedad del Padre Francisco, hasta decirle, que si resolvia, que aquel delinquente bolvidsse à la Congregacion, todos los demas se despedirian de ella; assi lo propusieron, y assi lo executaron: Empezò à hablar el Prefecto, manifestò su terca repugnancia, y los demàs se la apoyaron, diciendo, que si su Cabeza no era atendida en lo que representaba, desde luego se daban todos por despedidos. Viendo Francisco conspiracion tan no esperada, disimulò, y como si no quedàra ofendido, passò à tratar de otras materias, las que concluidas, los embiò, como otras vezes, à sus casas. Mas al dia siguiente buscò en la suya al Prefecto, y con blandas, pero eficaces voces, le pidiò, que al immediato dia de Fiesta no dexasse de assistir, como solia, y con los demàs Compañeros, para salir con la Proces-

Mortifican le sus Congregantes.

Conjuracion de todos ellos.

Prudente disimulo del Padre.

ceſsion de la Miſsion; y haviendole dicho algunas ligeras razones, en reprehenſion de lo que el dia antecedente havia executado, ſe retirò. Al dia de Fieſta ſeñalado concurrieron, aſsi los Congregantes, como el Prefecto, ò porque, reverentes al Padre, quiſieron darle, con eſte obſequio, ſatisfaccion à la paſſada injuria; ò porque, haviendo buelto ſobre sì, havian conocido yà la gravedad de ſu yerro. Viendo el Padre Franciſco, que le havian obedecido, eſtando juntos en la pieza de la Congregacion, entrò, los ſaludò con grande afabilidad; pero luego, reviſtiendoſe de ſuperior eſpiritu, encarandoſe con el Prefecto, le dixo: *Es preciſo, que ſatisfagais con una publica penitencia al grave delito, que el otro dia cometiſteis, conjurando à los Congregantes, para que ſe opuſieſſen à una obra tan de charidad, y tan de juſticia, como era perdonar à un hermano vueſtro, que eſtaba reconocido de ſu culpa. Eſte eſcandalo pide un exemplar caſtigo; por tanto, dexando el lugar honorifico, que ocupais, id, y ſentaos en la ultima grada de aquel Altar, donde eſtareis por todo el tiempo, que à la Congregacion le parezca.* Eſta ſentencia obedeciò aquel hombre, porque tal era el Eſpiritu, que en Franciſco hablaba: baxò la cabeza, y ſe ſentò en el lugar en que le havia dicho, ſin que huvieſſe Congregante, que por èl ſe atrevieſſe à ſacar la cara; pero eſta penitencia le durò poco, pues à dos veces que la havia cumplido, Franciſco ſe puſo enmedio de la Congregacion, ſe hincó de rodillas, besò el ſuelo, y deſde allì paſsò à beſar los pies de ſu Penitenciado Congregante, y acompañado de las admiraciones, y lagrimas de los Compañeros, qué havian viſto eſte Acto de humildad, le tomò de la mano, y le reſtituyò al lugar, que por Prefecto le convenía. Aſsi deshizo Franciſco de Geronymo aquella tempeſtad, que en el mar de ſu Congregacion havia excitado el enemigo comun, para que con ella ſe fueſſe à fondo la paz, la union, y la obediencia, que debia tener à quien, en nombre de Dios, la governaba. Empero, faltame de decir, para concluir eſta materia, que à aquel hombre, que era de genio inquieto, de natural aſpero, bronco en ſus coſ-

Reviſteſe de zelo para el caſtigo.

Nadie ſe le opone.

costumbres, y que no solo en esta, si no que en otras ocasiones le mortificò con sobrada tenacidad: Francisco con singularidad le amò siempre; y despues de algunos años, en que la inconstancia de la fortuna le reduxo à mucha pobreza, procurò aliviarsela con las charitativas limosnas, que le hacia, para pagarle assi las mortificaciones, que havia recibido de su mano.

Leves fueron estas, y otras contrariedades, que experimentò en su amada Congregacion, si se compàran con otras, que le hicieron varias Comunidades Religiosas, à quien procuraba servir con todo el zelo de su corazon. En un Colegio de Huerfanos, à que acudia Francisco, para adelantarlos en las virtudes, le sucediò, que el Rector de èl, le combidasse para dàr los Exercicios à aquellos Muchachos; pero por olvido, ò por otra razon que tuvo, dexò de dàr la noticia à uno de los Superiores altos de aquella Casa. Este juzgando, que aquel silencio havia sido desprecio de su persona, acudiò, lleno de colera, y con alterado semblante, y ojos iracundos, le dixo al Rector, entre quexas, y amenazas, *què como se havia atrevido, sin licencia suya, à introducir una novedad como aquella, y mas llevando à dar los Exercicios à un Jesuìta?* Mas huviera dicho, si nuestro Francisco, que estaba presente, no le huviera atajado, echandose à sus pies para besarselos, y añadiendo, *que èl era el culpado, no el Rector: que èl era el que havia procedido con imprudencia, y descortesìa, no guardando la debida atencion, à quien, como Superior, governaba aquel Colegio; y en fin, que èl era el que solo merecia la reprehension, y el castigo.* A tal vista, y à tales palabras se mudò en otro el dicho Superior, y tanto, que yà con semblante sereno, y estimables expresiones, aprobò los Exercicios, no solo para aquel año, sino para otros muchos, en que quisiesse ir à platicarlos el Padre Francisco de Geronymo.

Acto de heroyca humildad

Mortificanle en un Colegio de Huerfanos.

En un Monasterio de Mugeres Religiosas havia no sè que diferencias, y disensiones entre ellas, y los que las governaban; por tanto estos, deseando, que aquellas Señoras se reconociessen, y les guardassen la debida obediencia, señalaron al

Mortificanle en un Colegio de Religiosas.

P. Francisco, para que les predicasse los Sermones de una Quaresma. Acudiò nuestro Misionero à repartir el Pan de su Doctrina en el Lugar, que le mandaban; pero el recibimiento, que en el dicho Convento se encontrò fueron, terminos muy descorteses, y positivos desprecios, que aquellas mugeres, olvidadas de su nacimiento, y de su estado, y solo governadas por su enojo, le hicieron al Siervo de Dios. Dieronle en los ojos con las puertas de las gradas; ninguna quiso venir à verle, solo le embiaron à decir: *Que no sabian qual podia ser el motivo de su venida, pues no necesitaban de sus Sermones, teniendo ellas muchos, y muy escogidos sugetos, que se los predicassen; y assi, que se fuesse con Dios à cuidar de sus dependiencias, y obligaciones.* Baxò Francisco la cabeza, y sin proferir palabra alguna de sentimiento, se retirò; pero esto fuè causa para que siempre hablasse con singular estimacion de aquella Comunidad, en que se havia visto tan ultrajado; y aun sucediò, que haviendo despues mudado de parecer aquellas señoras, muchas veces le llamaron, ó para que las confessasse, ò para que en sus dolencias las aplicasse la Reliquia de San Cyro; y nuestro Misionero (aunque tuviesse mucho que hacer) acudia con summa promptitud, sin escusarse jamàs, por sus taréas, de este oficio de piedad; y no solo iba, sino que las trataba con particular agrado, sin hacer la menor menoria, ni dàr la mas ligera quexa de las desatenciones, y descortesias, que en aquella casa se havian executado con èl.

Pero donde encontrò su paciencia, cosecha mas abundante de ultrages, y de desprecios, fuè en el campo dilatado de sus Apostolicas Misiones. Como en èl hacia Francisco mas declarada guerra à los vicios, era consiguiente, que el enemigo comun dispusiesse allì las principales baterías de oprobrios, y de afrentas; para obligarle à que se retirasse de aquel terreno, que èl tenia ocupado con sus Tropas. Entre los otros muchos de que el demonio se valiò para este fin, se cuentan dos Saltimbanquis, que especialmente se desmesuraron con èl. El primero, irritado de que le impedia con sus Sermones los juegos con que divertía al publico, no reparò

Mortificanle los Trufaldines.

parò en decirle muchas injurias, quexandose especialmente de que en sus Platicas hablaba contra èl, y le quitaba su honra; pero de este presto se desembarazò Francisco solo con ponerse à sus pies, y decirle: *Yo no sè por què causa tanto te irritas conmigo, porque yo hè hablado en publico, hè hablado en comun; informate de todo mi Auditorio, y por su testimonio te constara, que no hè dicho palabra, con que pueda haver herido tu credito.* A vista de tal humildad, y de voces tan corteses, el Representante callò, y todo el Auditorio quedò condenando su atrevimiento, y alabando el sufrimiento, y la modestia de el Padre. Algo mas aspero fuè el lance, que le sucediò con el segundo: Estaba yà este en su Tabladillo, entreteniendo con sus chocarrerias al Pueblo, que havia concurrido à divertirse con ellas: en estas circunstancias Francisco, santamente intrèpido, llega, y empieza à subir la escalerilla de el Tablado, para obligar al Trufaldin à que se retirasse, y cediesse el lugar de sus burlas à las seriedades utiles de la Doctrina Christiana: De esto se irritò tanto aquel hombre, passò à tanto su atrevimiento, que no contentandose con las voces indignas de: *Dexenos, Padre, y vayase à otra parte con sus sanurronerias.* Viendo, que el Padre no hacia caso de sus voces, passò à las obras, y arrimandose à la escalera, le diò un empellon, tal, que le hizo caer en tierra. Con el horror de aquel enorme exceso los circunstantes, aun siendo de la infima plebe prorrumpieron en gritos, y en amenazas, con que le afearon su delito; y aun huvo algunos, que mas escandalizados, para vengar al Missionero, quisieron passar à castigar con sus puños à aquel hombre tan inconsiderado; pero Francisco, al contrario, levantandose del suelo, todo dulzura, y todo afabilidad, con sùplicas, y con ruegos los detuvo, y los sossegò, ocasionando en todos mas edificacion con su paciencia, que antes havian concebido odio contra el que le havia hecho tan descarada injuria. No contento con esto aquel magnanimo corazon, se puso à los pies de su ofensor, y le dixo: *Yo nada he querido executar en agravio vuestro; pero si en algo os he ofendido, os pido humillado me perdoneis.* Exemplo singular, y

que

que arrebatò à profundas admiraciones los animos de los circunſtantes. Mas aunque el Padre, con aquella demonſtracion humilde, perdonò la injuria, no obſtante haviendo llegado la noticia de eſta, como tan publica, y tan ruidoſa, à oìdos de la Juſticia, quiſo, de oficio, dàr al Padre la debida ſatisfaccion. Puſoſe en eſtrecha carcel al delinquente, y el ſeñor Virrey eſtaba en animo de que ſe executaſſe en èl un caſtigo, tal, que con él aprendieſſen todos el reſpeto, que ſe debe tener, y la reverencia con que ſe debe tratar à los Miniſtros de Dios. Mas el Padre Franciſco ſiempre ſemejante à sì proprio, interpuſo para con el Virrey eficaciſsimas interceſsiones de los Sugetos de la mayor autoridad de Napoles, con las quales à aquel miſerable, no ſolo le conſiguiò la vida, ſino tambien la libertad.

Prenden al delinquente.

Librale el Padre con ſus interceſsiones.

No omitirè poner aqui un Papel, que ha llegado à mis manos, eſcrito por el Padre Franciſco, diez meſes antes de ſu muerte, à favor de otro Titiritero, ò Saltimbanqui, que tambien ſe le deſmeſurò, como los antecedentes, y digo, que quiero ponerle aqui, porque en èl, como en un claro eſpejo ſe verà la pacifica manſedumbre, que gaſtó ſiempre con eſta gente, que ofrecia tan peſados materiales à ſu paciencia. Eſte fue un hombre, que no ſolo no quiſo ceder ſu lugar à Chriſto Crucificado, que iba en manos de Franciſco, ſino que haviendo retiradoſe á otra parte à proponer la Palabra Divina, procurò interrumpirſela, diciendo en alta voz muchas afrentoſas palabras contra quien la proponia: Eſcandalizòſe la multitud, que le oyò; ſupolo el Corregidor, y puſo al delinquente en un obſcuro calabozo, con ànimo de paſſàr à mayor caſtigo; pero no lo executò, porque el Padre Franciſco le eſcriviò un Papel del tenor ſiguiente.

AL ILUSTRE, Y NOBLE Cavallero, Ignacio Tauro, Corregidor de Napoles.

SEñor. Hè oìdo decir, que V. S. tiene en la Carcel à un pobre Trufaldin, de Caſtel-Novo, por haver dicho contra mi algunas palabras inconſideradas. Y en primer lugar doy à V. S. repetidas gracias por el cuydado, que pone en hacer juſticia à favor de Chriſto Crucificado, y de aquel-

aquellos infelices en quienes procura el Demonio no se logre el fruto de su Sangre; de lo qual espero, que V. S. logre el debido premio; no obstante por este mi Papel, yà que por mis indisposiciones, no puedo en persona, puesto à los pies de V. S. le pido apretadamente, que, por hacerme favor, eche à esse pobrecillo de la Carcel, y que le perdone la falta de respeto, que tuvo à mi Estado, pues no pecò tanto de malicia, como de falta de reflexion. Esto (buelvo à decir) una, y otra vez pido à V. S. con los ruegos mas eficaces, que puedo: que con que èl se abstenga de introducir mugeres en sus representaciones, hà conseguido V. S. todo lo que puede desear para su enmienda, y su correccion. Dios se muestra clementissimo con los que de corazon le piden el perdon de sus ofensas, y en esto nos enseña, à que, à imitacion suya, perdonemos con facilidad las que contra nosotros se hiciessen: por tanto Yo à esse Pobre, no solo le perdono, sino, que como à mi Señor, y à mi hermano, le abrazo con todo el amor de mi corazon; y para esperar el felìz exito de esta suplica, me alienta la benignidad, que siempre he experimentado en V. S. De esta Casa Professa à seis de Junio de mil setecientos y quince.

Mortifica le un Religioso.

Que los Saltimbanquis diessen al Padre los tratamientos, que hemos insinuado, no es de admirar, porque discurrian, que las Platicas del Padre Francisco les disminuìan sus intereses; y como estos son tan estimables para la gente pobre, no es mucho, que sintiessen sus menoscabos; y que este sentimiento le explicassen en las indignas voces con que se quexaban de èl. Mas admirarà al Lector el caso, que voy à referir, por haverle sucedido con un sugeto Religioso, que solo debia atender, como el Padre Francisco, à los intereses de la Gloria de Dios, y à los espirituales provechos de las Almas. Fuè el caso, salir una tarde nuestro Missionero, acompañado de algunos Padres mozos, á Platicar en el dilatado sitio, que en Napoles se llama *Plaza Francesa*; y es de suponer, que en otras ocasiones Francisco havia Platicado allì, sin que nadie

ſe le opuſieſſe ; pero en el preſente lance, quando yà el Padre, y ſus diſtribuidos Compañeros havian empezado ſu fervoroſo Exercicio, ſe apareciò un Religioſo, que debia de tener en ſu Orden el miſmo empleo de predicar en las Plazas; y al vèr tantos Jeſuitas ocupando aquellos ſitios, no ſolo ſe diò por ſentido, ſino que arrebatandoſe de la colera, acometiò primero à los Padres mozos, y con voces, ſobradamente ayradas, è imperioſas, les obligò à que ſe baxaſſen de los pueſtos, que ocupaban. Paſsò deſpues con la miſma pretenſion, y el miſmo denuedo al Padre Franciſco, y le ordenò, que ſiguiendo el exemplo de ſus Compañeros, trataſſe de dexar deſpejado aquel lugar. A un accidente tan improviſo no ſe immutò el corazon, ni ſe perturbò el ſemblante del Siervo de Dios; al punto obedeciò el imperio, de quien con tanto imperio le mandaba ; y con ſingular edificacion de todos los circunſtantes, lleno de una humildad profunda, ſe baxò, y echò à los pies de aquel Religioſo, y añadiò, *que ſi ſe juzgaba agraviado porque le havian ocupado aquellos ſitios, ſe los cedia con toda voluntad ; y le pidiò, que con la miſma le perdonaſſe, lo que en eſto le huvieſſe ofendido ſu inadvertencia.*

Acto tan Chriſtiano debia mudar á aquel Religioſo de irritado en obſequioſo; pero no fuè aſsi ; antes bien aquellas humildes expreſſiones le deſtemplaron mas; proſiguiò las aſperas palabras, que le havia dicho, y aumentò los deſabridos terminos con que le havia tratado ; y en fin, llamandole hazañero, è hipocrita, le bolviò intrèpido las eſpaldas. O quanto ſuele cegarſe, para todo reſpeto, y urbana atencion la paſsion de la ira, aùn en el pecho mas religioſo, ſi ſe le dà lugar à que ſe encienda demaſiado! Al contrario nueſtro Franciſco, paſſando por encima de ſus deſprecios (aunque havian ſido tan publicos) con una ſerenidad alegre ; recogiò ſu gente, y ſe retirò à predicar à otra parte. Muy guſtoſo quedaria el agreſſor por ſu conſeguida victoria ; pero duròle poco ſu complacencia, pues aquella miſma noche ſe hallò acometido de un accidente apopletico, tan fuerte, que le puſo en los ultimos

mos terminos de la vida; mas no le quitò, ni le embargò tan del todo el uſo de las potencias, que no le dexaſſe lugar para reconocer, de què mano, y por què motivo le havia venido tan peligroſo accidente. Conociò, que era Dios quien le caſtigaba, y buſcò el remedio en ſu Amigo el Padre Franciſco: Embióle á pedir, que ſe dexaſſe vèr en ſu Celda, pues él no podia ir à buſcarle, por hallarſe gravemente indiſpueſto: y al punto, que recibiò el aviſo, apartando à un lado ſus ocupaciones, acudiò el Siervo de Dios: Hallòle en la cama, pero muy otro, que la tarde antecedente; pues aunque con palabras tartamudas, (porque el mal no le permitia otras) le confeſsò ſu culpa en lo que le havia maltratado con ſus palabras, y acciones; y con abundantes lagrimas, le pidiò perdon, y aùn hizo ademàn de beſarle la mano. Eſto sì que ſintiò el P. Franciſco. Eſta demonſtracion fuè de grave peſadumbre para ſu humildiſsimo genio: Retirò à toda priſa la mano, y huvo una ſanta porfia entre los dos; del uno, por eſtár verdaderamente arrepentido de ſu paſſado arrojo; y del otro, de confuſion, por el preſente honor que ſe le hacia. Concluyò el Enfermo eſte Acto con darle ampla facultad, y licencia al Padre Franciſco para predicar quando quiſieſſe, y como quiſieſſe en aquella Plaza, que havia ſido teſtigo de ſu encendida colera. El Siervo de Dios lo agradeciò mucho; pero nunca quiſo bolver à Platicar allì, por no ofender, ni aùn por ſombra, à la charidad, con la excitacion de la memoria del ſuceſſo referido; manifeſtando en eſto ſu prudencia, y religioſa cordura, no menos, que ſu humildad profunda, y ſu paciencia invicta en el paſſado lance.

Mortificanle las Mugeres de mal vivir.

Sigueſe ahora, que hablèmos de las contumelìas, oprobrios, y deſprecios, que padeciò eſte fervoroſo Jeſuìta en las Caſas publicas, donde, como en oficinas de las impurezas, era preciſo, que ſe forjaſſen los deſayres mas puercos contra las limpiſsimas verdades con que procurabapurificarlas de ſus inmundicias. El mejor tratamiento, que en tierra tan infame hallaba la conſtancia de Franciſco, era quando, para no oìrle, cerraban aquellas infelices Mugeres las puertas, y ventanas de

ſus negras habitaciones. Era laſtima vèr como, por lo regular, al oìr la voz de la Miſsion, huìan, y ſe retiraban eſtas fieras, para no verſe obligadas à arrepentirſe con la eficacia de aquellas vozes. Eſto executaban las menos immodeſtas; pero otras havia tan atrevidas, y deſmeſuradas, que ſe alababan de que en aquellas batallas no huìan, ſino que hacian cara al Miſsionero, y correſpondian à las voces de ſus deſengaños, con las palabras de ſus deſprecios. Dos huvo entre eſtas miſerables en la calle, que llaman de la Judería, (quizàs por los Judios, que en otro tiempo vivieron en ella) que eſtando Platicando el Padre Franciſco, le dixeron injurias tan indecoroſas, tan ſucciàs, tan indecentes, que no ſe dirian al hombre mas indigno, mas ſoèz, y màs deſpreciable de la Republica. Tan locas eſtuvieron, que un Mercader honrado, llamado Juan Alvarez, que las oyò, ſe irritò de ſuerte, que caſi ſin libertad, tomando un baſtòn, corriò à hacerlas callar, y à impedir, con ſus golpes, la deſemboltura de ſus lenguas.

Quales fueſſen eſtos deſprecios, y qual fueſſe tambien la magnanimidad, con que Franciſco los deſpreciaba, ſe puede conocer por lo que en una ocaſion depuſo el Cura de San Liborio. Dice, que haviendo ſido llamado à aſsiſtir, y confeſſar à una de eſtas deſgraciadas, que ſe hallaba en los ultimos terminos de la vida; concluìda yà la confeſsion, le dixo, que tenia grave eſcrupulo, de que quando eſtaba en el cieno de ſus culpas, y oìa predicar al P. Franciſco de Geronymo, hacia burla, y ſe reìa de ſus Sermones; y que, por tanto, le pedia, que à dicho Padre ſe le llamaſſe para pedirle perdon de aqueſta ofenſa; porque no queria llevar eſte cargo mas al Tribunal de Dios, eſtando tan cerca de él. Vino el P. Franciſco, y haviendo entendido para lo que aquella muger le llamaba, obligado de ſu humildad, ſe hincò de rodillas, y puеſtos los ojos en el ſuelo, y encendido de rubor el roſtro, la dixo: *Hija, yo ſoy el que te debo pedir perdon à ti, porque no he ſabido cumplir con mi oficio: hè tenido el de Predicador, pero no hè ſabido predicar, y hè tratado con ſumma negligencia la Palabra Divina.*

No ſolo las mugeres perdi-

didas, sino tambien los Mozuelos perdidos por tales mugeres, trabajaron con sus palabras, y con sus acciones la paciencia de este fervoroso Misionero. Muchas veces corriò por Napoles la voz de que havian muerto al P. Francisco en las vecindades de las Casas publicas los deshonestos Jovenes, que à ellas concurrian: salian falsas estas voces; pero en verdad, que en una ocasion faltò poco, para que corriessen con verdad; porque huvo uno tan desmesurado, y tan ciego en su torpe pasion, que estando Francisco predicando, sin que le detuviessen sus eficaces voces, ni reparasse en que el Padre le miraba, se encaminò à entrar en una de aquellas Casas. Pareciòle à Francisco cosa indigna de un Catholico, el atropellar tan descaradamente los respetos debidos à Christo Crucificado, à quien èl tenia entonces en las manos; y assi, movido de sagrado zelo, dexò el Sermon, y se baxò à impedir los passos de aquel inconsiderado loco; pusose delante, y le pide, que por Dios, y por los Santos de su devocion se suspendiesse, y que con un tan feo delito, no escandalizasse à la mucha gente, que estaba delante. No pudo proseguir Francisco en sus ruegos, ni en sus sùplicas, porque el mozuelo irreverente, fuera de sì, le respondiò à ellos, dandole una recia bofetada. Ofrecele Francisco la otra mexilla; pero èl, mas irritado de aquel Acto de humildad, sacò la espada, y se la huviera passado por el pecho, si los Hermanos de la Congregacion de la Mision no le huvieran (abrazandose con èl) impedido tan horrible sacrilegio. Ocasion, en que nuestro fervoroso Jesuita (haviendo agradecido la charidad de sus Congregantes) se quexò de que le huviessen estorvado el dàr, por tan buena causa, los alientos de su vida, y la sangre de sus venas.

Recibe una bofetada de un Moço deshonesto.

Estos riesgos, y peligros no eran bastantes, segun lo que acabo de decir, para desmayar à este esforzado corazon, y lo confirmarà el caso, que le sucediò en la Plaza, que llaman de los Griegos, por el Templo que allì tienen los de esta Nacion, y donde celebran sus Sacrificios, segun las Ceremonias, y Ritos de su Iglesia. Supo Francisco, que en aquel sitio havia tomado casa una muger publica, que

Suceso verdaderamente admirable.

havia venido de una de las Islas cercanas à Napoles à ser otra Circe, que con sus alhagos, y envenenadas copas, bolvia à la mayor parte de sus Ciudadanos. Para impedir tanto mal, y para ocurrir à tanto fuego, determinò nuestro Jesuita ir à predicar à sitio muy immediato à la casa de la infelíz forastera; y havendo notado, que mientras èl predicaba, muchos se estaban divirtiendo en aquella infame casa: Movido de el fervor de su zelo, levantò la voz, y dixo: *O vosotros, viles Esclavos del Demonio, que estais en essa casa, salios al punto de ella.* Este imperio solo le obedeciò uno, de corazon mas dòcil, que los otros; y assi vino obsequioso à ponerse à los pies del Predicador; el qual, pareciendole, que havia sido corto aquel triumpho, levantò mas la voz, y dixo: *Mando, que tambien vengan aqui los demàs.* Repitiò varias veces este pregon; y viendo, que à èl nadie se daba por entendido, tomò, como buen Soldado, sus armas, que eran la Cruz, y cantando las Letanias de la Virgen, se entrò intrèpido por aquella casa: empezò à subir sus escaleras, y fuè cosa digna de admiracion, que de los allì malamente entretenidos (y siendo algunos de ellos Soldados) ninguno saliò à impedirle la subida; pero mas admirable fuè, que aterrados con intrepidèz tan santa; todos fueron desfilando, y retirandose, sin mas accion, que la de saludar al Padre, con las cabezas baxas, y ocultandose las caras con los sombreros. No por esto retrocediò Francisco: passò adelante, y se presentò en la pieza donde estaba aquel engañoso lazo de Satanàs, para assegurarse de si havia quedado escondido alguno de sus infelices engañados. Encontròla sola, y llorando, no por dolor de sus culpas, sino de enojo, porque el Padre la impedia sus diversiones, è indecorosas ganancias; lo que conocido por èl, despues de haverle dicho lo que le dictò su fervor, su zelo, y su amor à Dios, le bolviò, no sin dolor, las espaldas. *No sin dolor*; lo primero, por vèr la perdicion de aquella alma, tan ciega, que compraba un Infierno por cortos maravedises; y lo segundo, porque èl, en este lance, no havia logrado el dàr su vida, por impedir las ofensas de Jesu-Christo.

CA-

CAPITULO XI.

FUNESTOS CASTIGOS de algunos, que deſpreciaron las Platicas, y buenos conſejos de Franciſco de Geronymo.

NO quiſo la Providencia Divina, que eſte Pregonero ſuyo, y de ſu Soberana Ley dexaſſe de ſubir al Templo de la Santidad por las gradas de las afrentas, y de los deſprecios, porque no le faltaſſe el principal adorno, con que los Varones Apoſtolicos ſe preſentan en eſſe Templo; pero tambien quiſo la miſma Providencia, que ſe caſtigaſſen immediatamente algunos de aquellos, que infamaron ſu nombre; no reſpetaron ſu caracter; deſpreciaron ſus voces, y no hicieron caſo de ſus conſejos. Caſtigòlos Dios, para que entendamos tambien el reſpeto con que deben mirar los mortales à aquellos eſpiritus, que ſolo ſe emplean en adelantar la Gloria Divina, y procurar la ſalvacion de las Almas. Eſtos rigores de la Sagrada Juſticia experimentò un atrevido Mozo, que por deſpreciar las voces de nueſtro Miſsionero, y para excitar en otros el miſmo deſprecio, diò en paſſar repetidas noches por las puertas de nueſtra Caſa Profeſſa, remedando ridiculamente las clauſulas, y los tonos de que el Padre uſaba en ſus Platicas, y Sermones; añadiendo otros indignos apodos, que pudieran ſerle ſenſibles à otro corazon menos humilde que el ſuyo: mas eſte atrevimiento bien preſto le pagò, pues haviendoſe levantado no sè què riña entre eſte Mozo, y otros Compañeros ſuyos, llegaron à las armas, y ſolo eſte infelìz tuvo la deſgracia de perder en ella, à puñaladas, la vida.

Deſgraciada muerte de un mozo, que hacia burla del Miſsionero.

Deſde la ventana de una muger perdida ſe puſo, en otra ocaſion en que eſtaba predicando el Padre Franciſco, otro mozuelo diſoluto, à eſtorvarle ſus voces con repetidas afrentas, y elevados clamores, ſiendo ſu aſſumpto, el que el Padre ſe canſaſſe, y dexaſſe el Sermon. No lo conſiguiò; pero sì logrò el oìr la ſentencia, y anuncio de ſu muerte, pues encarandoſe con èl el Padre, y ſeñalando con ſu mano derecha los pies del Crucifixo, que en la izquierda tenia, le dixo con eſpantoſa voz: *Anda deſgraciado, proſigue, dì mas, que preſto*

Muerte repentina de otro ſemejante

vendràs à dàr quenta de todò à eſtos Sagrados Pies. Cumpliò Dios la amenaza de ſu Miniſtro, pues à la noche ſiguiente, de repente muriò, y paſsò à que ſe vieſſe ſu cauſa delante del citado Juez.

Muerte repentina de una muger, q̃ tambien le deſpreciò.

En otra ocaſion, otra miſerable muger, que vivia en la Caſa publica, por no percibir los deſengaños con que el Padre procuraba ſu converſion, cerrò de golpe, y con nota de los circunſtantes, ſus ventanas. Advirtiòlo tambien Franciſco, y haciendo parenteſis en ſu Platica, exclamò diciendo: *Hà pobre infeliz, que has muerto de repente!* Subieron, curioſos, dos Congregantes, à vèr ſi era aſsi, lo que el Padre havia dicho, y encontraron verificadas ſus voces, pues vieron, no ſin horror, tendido en el ſuelo el cadaver de aquella muger. Aſsi lo deponen oy Joſeph Griego, y un hijo ſuyo, llamado Juan.

Caſo ſemejante de otra deſdichada muger

No lo paſsò mejor otra de eſtas deſdichadas, que viendo venir al Padre Franciſco con ſu Miſsion, no le cerrò la ventana, pero ſentada à ella, le bolviò la eſpalda, como quien no queria hacer caſo de ſus voces: Advirtiòlo eſto otra, que aunque de ſu miſmo trato, era de gènio mas reverente, y aſsi la dixo, que por què no tenia mas reſpeto à aquel Miniſtro de Dios? Mas ella reſpondiò: *Quien os mète à vos en ſacar la cara por eſte Cuervo, que no ſabe mas que graznar? Amiga, me enfada: con ſus graznidos me rompe la cabeza.* Eſto que ella dixo en deſprecio del Miſsionero, tuvo Dios cuidado de que ſe cumplieſſe muy à coſta ſuya, en un ſentido real, pero tremendo. Rompieronle aquel dia la cabeza, porque el complice de ſus culpas riñò con ella, ò ella con èl; y como el genio del amor laſcivo facilmente ſe muda en odio, y aùn en furia; colerico el Rufian, tomò un martillo, y deſcargandole con toda ſu fuerza ſobre la cabeza de aquella infelíz, no ſolo ſe la quebrò, ſino que à la violencia del golpe, perdiò immediatamente la vida.

Cóndenaſe otra que extraordinariamente ſe oponia à los Sermones del Padre.

Mas eſpantoſo fuè el fin que tuvo otra muger publica, llamada Cathalina, porque tambien eſtavo mas deſmeſurada, que las antecedentes, en deſprecio del P. Franciſco. Era eſta (no sè como la llame, ſi tonta, ſi loca, ò todo junto) de genio tan temerario, y tan dia-

diabolico, que no se contentaba solo con ser ella mala, sino que procuraba, con todas sus fuerzas, y con sus locuras, impedir, que fuessen buenas sus compañeras; y como esto podia conseguirse oyendo los desengaños, y eficaces razones, que el Padre en sus Platicas proponia; este demonio tomò ruidosos medios, para que, quando el Padre iba à predicar, no se pudiessen percebir sus razones, y sus desengaños. Luego que en su vecindad se oian las devotas oraciones, que venia cantando la Congregacion de la Mision, la loca Cathalina tomaba panderos, sonajas, y otros instrumentos de este jaez, y los empezaba à tocar con toda fuerza, acompañandolos con risadas descompuestas, y cantares nada decentes. Subia el Padre à predicar, y no por esso iuterrumpia sus locuras, antes bien, quando el Padre esforzaba mas la voz, eran tambien mas crecidos los impulsos con que heria sus instrumentos. Francisco dissimulò por mucho tiempo la cõtradiccion, que le hacia este vil ministro de Satanas, probando à ver si su silencio, y su dissimulo le traian à mejor acuerdo, y assi continuaba con serenidad en sus Sermones, como si tuviera atentissimo el Auditorio. Mas viendo, que estos medios no salian utiles, se determinò un dia à irla á hablar particularmente à su casa: no lo logrò, porque ella no le quiso abrir sus puertas: mas Francisco en esta ocasion dixo: *Estas puertas, que ahora me cierras, dentro de esta semana las abrirà tu muerte repentina.* Y assi sucedió, pues bolviendo al fin de aquella semana à predicar en aquel sitio, reparò, que toda aquella vecindad estaba en suma quietud. Concluyò su Platica, y preguntò: *Què se ha hecho Cathalina?* Respondenle, que acababa de morir de un accidente apopletico: *Pues vamos a verla*, prosiguiò Francisco, y acompañado de muchos, que le estaban oyendo, entrò por las puertas de aquella casa, y viendo à la infeliz de cuerpo presente; para enseñar à los circunstantes à temer à Dios, preguntò à la difunta: *Dime, Cathalina, donde estàs ahora?* Esta pregunta se la repitiò dos veces, y viendo, que à ella no respondia, bolviendose à los que le acompañaban, les dice: *Ay! no*

vèn

vèn como yà no habla, ni mete ruido Cathalina? Dicho esto, se recogiò un rato dentro de sì mismo, cerrò los ojos, y luego con voz mas imperiosa, dixo: *Dinos, Cathalina, donde estàs ahora?* Caso, verdaderamente assombroso! Pues la difunta con voz ronca, profunda, horrible, y espantosa, respondiò: *Estoy en el fuego eterno.* Vozes con que los que acompañaban al Padre, se quedaron, como se puede considerar, llenos de pasmo, y de temor; viendolos ocupados de estos afectos, sin hablar mas palabra, Francisco se retirò. Esparciòse en la Ciudad la noticia de este funesto caso; y es de creer, que infundiria en otros corazones un alto temor de Dios, aquel breve, pero eficaz Sermon de una Condenada.

Fines funestos de dos Congregantes que no se rindieron à los consejos del P. Francisco.

Refiramos ahora las desgraciadas suertes, que tuvieron otros Sugetos, que no le hicieron à Francisco descubiertas injurias, pero tampoco hicieron caso de sus provechosos consejos. Pongo en primer lugar dos infelices, que fueron individuos de su Congregacion de la Mision. El primero, fuè un Oficial, que haviendo logrado, con su aplicacion, y sus industrias, crecido caudal, con èl lastimosamente se perdiò: desvaneciòse de verse rico, y empezò à portarse con mas gala, y lucimiento, de lo que à su esfera le convenia. Reprehendiòle varias veces el Padre Francisco, aunque con dulzura, sus excessos, poniendole delante de los ojos, entre otras razones, que pùdieron hacerle fuerza, el mal exemplo, que daba à los demàs Congregantes; pero nada consiguiò con sus amorosas advertencias, sino que aquel hombre se empeoraße; pues dexandose llevar de su fantasía, y juzgando, que por haverse yà puesto en andar de Cavallero, no le convenia acompañarse con los demàs Hermanos de la Congregacion, fuè dexando de asistir à los Exercicios de ella. Amonestòle en publico Francisco, y aùn llegò à amenazarle, que si no se enmendaba, le despediria de aquella Santa Junta; mas esta reprehension solo sirviò, de que el necio se riyesse de ella, y respondiesse, que yà no le convenia, pues se hallaba en mayor fortuna, acompañarse con una gente de suerte tan inferior, y que assi, en orden à sacarle de entre ella,

ella, podria hacer lo que quisiesse. Entonces Francisco le dixo, con palabras, que pudieran haverle hecho mucha mella, à no estàr tan endurecido su corazon: *Hà! miserо, ciego, è infeliz, que no reparas en faltar à la palabra, que tienes dada à la Santissima Virgen. Tu te reconoceràs, pero quando no sea tiempo; quando te veas morir de hambre sobre un pobre xergoncillo.* Aun de esta amenaza se riyò aquel loco desvanecido; por lo qual passò el Padre Francisco à borrarle del Libro de la Congregacion; pero executando antes una accion, con que llenò de miedo, y de enseñanza à los otros Congregantes. Acabò un dia de decir Missa, y antes de retirarse del Altar, ponderò brevemente la culpa de aquel desgraciado Mozo; y despues, encarandose con un Simulacro, que havia en el Altar, de Maria Santissima de los Siete Dolores, que se representaban en siete Espadas, que tenia al pecho, le sacò una de ellas, diciendo: *Virgen Purissima, este vuestro necio Congregante, por su obstinacion, ha sido un puñal, que ha herido vuestro corazon: yà le haveis tolerado bastante tiempo, y assi, oy le quito de èl, para que no os aflija mas.* Dicho esto, tomando la pluma le borrò del Libro. Que en esta materia procediesse Francisco con impulso, y luz superior, lo probò el sucesso, pues dentro de pocos dias, aquel Mozo quebrò en sus dependencias: se viò obligado à vender todos sus muebles, para pagar á sus acrehedores: no quedò mas alhaja en su casa, que el xergoncillo, que le havia dicho el Padre, donde lleno de graves enfermedades se echò à morir, abandonado de sus amigos, menos del Padre Francisco, que lastimado de su miseria, con algunas limosnas le socorria: no dexando de aconsejarle, que se aprovechasse de aquellos trabajos, ofreciendoselos à Dios, en satisfacion de sus culpas. En este lance, parece pidiò bolver à la Congregacion; mas el Padre Francisco no juzgò debia bolver à ser admitido en ella; y en fin, concluyò sus calamidades con faltarle, al tiempo de morir, lugar para recibir los Santos Sacramentos.

El segundo.

El otro Congregante, tambien castigado del Cielo, fuè un Mozo, que en sus principios fuè muy amado del Padre Francisco, por ser de

de un genio docil, y devoto, que no faltaba à ſus Sermones, y daba tanta entrada en ſu pecho à ſus eficaces deſengaños, que ſe los oìa con tiernas lagrimas en los ojos. Mas á eſte pobre ſe le pegò un mal amigo, que apartandole poco à poco de las Virtudes, le introduxo en el camino ancho de los vicios. En aquel camino, aunque tan ſeguido, ſe perdiò, tan del todo, que ni aun una ligera memoria le quedò de ſus antecedentes Virtudes, ni del ſanto temor de Dios. Hizo Franciſco quanto pudo para bolver à aquel Prodigo à la caſa de ſu Padre, y à los Exercicios de la Congregacion: aconſejòle, que dexaſſe aquel mal compañero, que le perdia: à eſtos blandos conſejos, añadiò aſperas reprehenſiones; à eſtas, temeroſas amenazas de caſtigos, que Dios le daria: mas à todo ſe hizo ſordo aquel infeliz engañado; y aſsi, paſsò el Padre, aunque con ſentimiento, à borrarle de ſu Libro; y en fin, ſe cumplieron ſus amenazas, pues ſus juegos, ſus liviandades, ſus torpezas, y los demàs vicios, puſieron à aquel miſerable, por ſentencia publica del Juez, en el banco de una Galera, donde ſe viò obligado à trabajar forzado, el que no quiſo, voluntario, trabajar por la virtud.

El daño, que hace una mala compañia

A eſtos dos Mozos, caſtigados de el Cielo, por no haver querido obedecer voces, y conſejos de el Padre Franciſco, ſe ha de ſeguir una infeliz Muger, que por la miſma cauſa, muriò ahorcada en la Plaza, que llaman de el Mercado en la Ciudad de Napoles. Daba el Padre Franciſco los Exercicios de San Ignacio, en el Conſervatorio de San Eloy, á las Religioſas, y Educandas de aquella Comunidad, en la capaciſsima Capilla, que tiene para los Exercicios de Devocion. Iba hablando en una de ſus Platicas; quando impelido de eſpiritu ſuperior, interrumpe el diſcurſo, y bolviendo derechamente el roſtro al ſitio, donde entre las otras, eſtaba oyendo la Meditacion una Educanda, que ſe llamaba Antonia, y que tenia ſu corazon entregado al penſamiento de ſalir del Conſervatorio, para dárſe à las libertades de el Mundo; en voz eſpecialmente entonada, dixo: *Es poſsible, què no acabaràs de una*

Una infeliz Muger muere ahorcada en la Plaza del Mercado

una vez? No te quitaràs de la cabeza eſſa tentacion de ſalir de eſſe ſanto lugar? Mirà, que te arrepentiràs deſpues, pero ſin fruto: Mira no te ſuceda lo que à Fulana (y la nombrò) *à quien violento puñal la quitò la vida: Mira no te ſuceda lo que à la otra* (y la nombrò tambien) *que muriò ahorcada en el vecino Mercado.* Eſtas amenazas tan expreſsivas las inculcò varias veces en la miſma Platica, y ſiempre poniendo los ojos en el lugar, y ſitio donde eſtaba la infeliz Antonia; pero ella, ò porque divertida con ſus penſamientos no lo atendiò; ò porque, vencida de ellos, no quiſo entenderlo: loca, y obſtinada ſaliò del Conſervatorio. Casòſe, y por eſpacio de diez años, no le ſucediò deſaſtre alguno; mas al fin de eſte tiempo ſe enamorò de un Mozo, y para lograr con mas libertad ſu torpe correſpondencia, concertò con èl, dar à ſu marido la muerte. Fueron deſpeñandoſe tanto aquellos ciegos, de abiſmo en abiſmo, que llegaron à la execucion de tan atrevido intento; y con la ayuda de un Criado, de que tambien ſe fiaron, le quitaron al inocente la vida. Quiſieron ocultar aquel delito con la crueldad de deſtrozar el cadaver, y arrojarle donde nadie pudieſſe encontrarle, ni deſcubrirle; pero no les valiò, pues no queriendo Dios, que tal atrocidad ſe quedaſſe ſin caſtigo, diſpuſo, que al principiò, por algunos rumores, y deſpues por claros indicios, la Juſticia echaſſe mano de la mala hembra, y de el criado (que del Adultero no pudo, porque eſte con tiempo ſe puſo en fuga.) Viendoſe, pues, Antonia en un obſcuro calabozo, ſe acordò de las voces, que havia oido al Padre Franciſco, y que no quiſo obedecer quando eſtaba en el Conſervatorio, y deſde luego quedò tan perſuadida à que ſe havian de cumplir en ella ſus amenazas, que à los que le ofrecian hacer buenos oficios, para que ſalieſſe bien de la Carcel, les reſpondia: *Todos ſeràn infructuoſos; porque yo tengo de morir ahorcada en la Plaza del Mercado.* No ſe engañò, pues aunque ſe hicieron exquiſitas diligencias, para que los Jueces la libertaſſen de tan infame ſuplicio; y aunque eſtando yà en la carrera para èl, corrieron voces de que el Virrey la perdonaba la vida, no por eſſo dexò de cumplir-

plirse la amenaza, que el Padre Francisco la havia hecho; pues ni el Virrey la perdonò la vida, ni los Jueces dexaron de darla la muerte en una horca, que se levantò en la Plaza del Mercado.

Otra muerte tan obstinada, que no quiso confessar-se.

Quizàs la muerte infame, que padeciò la desgraciada, que acabamos de referir, no fuè tan sensible, porque pudo ser camino de su salvacion; y assi, por mas infeliz, y desastrada se debiò tener la de otra Muger, que, segun las señas, aunque muriò en su cama, dexò graves sospechas de que perdia, al mismo tiempo, la vida temporal, y la eterna. Esta fuè un Alma, que haviendo vivido muchos años abandonada à los vicios, oyò de los Medicos, que era llegada su ultima hora. Presentaronle varios Confessores, con quienes pudiesse purificar su immundissima conciencia; mas ella estuvo tan obstinada, que con ninguno se quiso confessar. Viendo su dureza, se llamò ultimamente al Padre Francisco, para que con sus dulces eficacias à aquella pobre infeliz la socorriesse. Trabajò el Padre quanto le dictò su fervoroso espiritu: usò, yà suavidades, yà rigores: ponderò la Divina Justicia: propuso las piedades de la Divina Misericordia; pero nada bastò para que aquel rebelde corazon se rindiesse, con lo qual aquel Angel dexò por incurable aquella miserable Babylonia: saliò de su casa, y à pocos passos, que havia dado, le avisaron, que aquella Muger havia espirado yà.

Otra semejante, enredada en vicios carnales.

Otra huvo en Napoles, que aunque de mal vivir, no huía de los Sermones de nuestro Missionero: oìalos, y movida de sus desengaños, echaba algunas lagrimas, y proponia la enmienda; pero esta nunca llegaba, pues secandose facilmente las lagrimas, tambien los propositos se secaban facilmente; y assi, en busca de sus deleytes, se bolvia à sus antiguas costumbres, fiada de que su muerte estaba distante, porque se hallaba con pocos años, y con robusta salud; pero para que se desengañasse de que tambien ay muertes para las robustas saludes, y para los años mas floridos, le embiò Dios una grave enfermedad, tan grave, que fuè la ultima; y para que nosotros admirèmos, y respetèmos los altos juicios de Dios, aunque le dixeron, que estaba cerca su fin, no pensò en que se llamasse Con-

Dilata la penitencia, fiada en sus pocos años.

Confessor, que la facilitasse, por medio del Sacramento de la Penitencia, su entrada en el Reyno de los Cielos; tan olvidada estuvo de esso, que antes bien llamando à su madre, y à una hermana, que tenia, les encargò: *Que aunque ella muriesse, quisiessen mucho, y no echassen de su casa à un Mozo, que havia sido el còmplice en sus torpezas.* Y à este encargo se siguiò con dolor, y lagrimas de los que lo supieron, dàr las ultimas boqueadas.

Muere sin arrepentirse.

No fue mas felìz la muerte de otra, que tambien havia vivido estragadamente, aunque llamò al Padre Francisco, para que en aquella hora la asistiesse; mas fuè sin animo de obedecer sus consejos. Confesòle, que vivia malamante amistada, con un hombre, que estaba dentro de su casa. Dixole el Padre: *Pues ante todas cosas es menester, para que la Confession sea buena, que dexeis essa ocasion, y esse hombre, del todo se retire. Eff no puede ser, Padre,* (replicò la Enferma) *porque nos tenemos dada palabra de casamiento. No importa esso* (añadió el Padre) *es precisso que esse hombre salga de casa; y si no, no ay Confession. Pues Padre* (concluyò ella) *yo no me puedo resolver à hacer cosa, con que dè disgusto à esse Mozo.* Viendo esta necedad el Padre Francisco, despues de havetla propuesto todas aquellas razones, que le parecieron mas eficaces, para desengañarla, y para convencerla, las finalizò, diciendo: *Consiaere lo que la acabo de ponderar; y si mudare de consejo, hag me llamar, que yo bolvere; pero ahora me retiro, porque no tiene para confessarse la debida disposicion.* Ni aun esto la obligo a aquella infelìz, y assi dexó, que el Padre se retiraffe; pero inmediatamente sintiò el castigo de la mano de Dios, pues apenas el Padre havia salido del umbral de su casa, quando repentinamente murió; y ahora llora, y llorarà para siempre la negra desgracia de no haver querido confessar sus culpas, haviendole puesto tan à la mano, en tal Cõfessor, el remedio de ellas.

Otra muere sin confessarse, por no disgustar al cõplice de sus culpas.

Un Escrivano del Crimen de la Ciudad de Napoles, vivió muchos años mal amistado con una muger, à quien entretenia con esperanzas, que la daba, de casarse con ella; pero nunca llegaba la execucion. En dos años consecutivos predicó el Padre Francisco (y en el mismo mes)

Castigo de quien tuvo engañada una muger, con palabra de casamiento.

mes) debaxo de las ventanas de aquellos desgraciados; y en el segundo propuso, y ponderó con tanta viveza la acervidad, y eterna duracion de las penas del Infierno, que la muger llorosa, y compungida, pidió à aquel hombre, que acabasse de cumplir lo que tantas veces la havia ofrecido, para que assi viviessen en gracia de Dios. *Si, si,* (respondió èl) *esta Quaresma immediata nos casarèmos.* Mas (ò gran Dios!) quien, con temeridad, se promete el tiempo futuro, suele perder aùn el presente, por justos Decretos de vuestra Soberana Justicia. Assi le sucediò à aquel inconsiderado, pues en el mismo dia se halló acometido de un mortal accidente; perdió tan del todo el uso de los sentidos, que le llegaron à juzgar difunto: sin embargo no murió, porq̃ quiso Dios justificar mas su causa, dandole mas tiempo para su enmienda. Socorrido con quintas essencias, bolvió en sì, pero no à su debido acuerdo; pues haviendo acudido los de su casa à persuadirle se confessasse, se resistió, diciendo: *Yo me hallo yà bueno, dexenme descansar un poco.* Recogiòse à tomar sueño, pero fuè el de la muerte, porque el accidente le repitiò con mas fuerza, que al principio, y de èl murió, sin haver dado el menor indicio de penitencia. Assi castigó Dios el haver tenido engañada à aquella Muger, y el no haverse desengañado con los fervorosos Sermones del Padre Francisco.

Caso fu- nestissi- mo.

Mas clara aùn fuè la pèrdida de un Mozo, llamado Antonio Carpentèr, y natural de la Ciudad de Nola. Contaba veinte y quatro años de edad, y ocho de amancebamiento con una mala Muger. En este tiempo havia oído varias Platicas, que el Padre Francisco havia hecho en su vecindad, pero sin aprovecharse de ellas. (Tan ciego le tenia su torpe aficion!) Estando, pues, en este mal estado, le dióDios un aviso, por medio de un Dolor Colico, tan fuerte, que juzgaròn todos, que le quitaba la vida, y no se engañaron, pues añadiendose al Colico una Apoplegìa, se vió en las manos de la muerte. No pereció entonces, porque con poderosos fomentos, que le aplicaron, bolviò en sí: persuadenle, que se confiesse, y que lograsse el tiempo, que Dios le concedia. Y no solo

se

se hizo sordo á estas vozes; pero respondiò, obstinado, *que no queria confessarse.* Escandalizanse de semejante proposicion los circunstantes, y acudieron al Parrocho, para que viniesse á ponerle en razon: el Parrocho no bastò; llaman à otros Sabios, y piadosos Sacerdotes, y todos hicieron su deber, pero nada aprovecharon; porque aquel miserable, para no oirlos, daba repetidos buelcos en la cama, y llegò à tanto su desmesura, que levantò la mano para dar una bofetada à uno, que con mas instancia le persuadia. Viendo los Ministros de Dios, que ni por blanduras, ni por asperas reprehensiones queria darse por vencido aquel obstinado corazon, resolvieron bañarle la boca, y los pies con aguardiente, y encenderla, aplicandola una luz, para que con la llama, que levantasse, le avivasse la consideracion de las del Infierno, à que se condenaba, sino se confessaba. Pero ni aùn esta diligencia produxo algun provecho; pues levantandose aquel miserable de la cama, apagò con las manos el fuego, desbocandose al mismo tiempo à decir blasfemias contra Dios, y contra sus Santos. En estas circunstancias, se apelò, por ultimo remedio, al Padre Francisco de Geronymo: acudiò à vèr à aquel infeliz, pero retiròse presto, porque reconociò ser aquella un alma, por justos juicios suyos, abandonada de Dios; pues para libertarse de las eficacias de sus vozes, hizo del loco, ò del insensato, torciendo el rostro, siempre que el Padre le aplicaba el Crucifixo, para que le besasse, y le adorasse. Valiòse, no obstante, de aquel horrible caso para introducir à los circunstantes, que le oìan, en un grande horror á las culpas; pues Dios las suele castigar con semejantes obstinaciones. En fin, al caer la tarde, aquel Mozo infelicisimo, muriò, y su cadaver, acompañado de negras teas, se conduxo al campo, que està despues del *Puente de la Magdalena*, y allì quedò insepulto, para que las Aves, y los Perros se le comiessen.

*** *** ***
*** ***
***

CAPITULO XII.

DISENSIONES, Y RIñas ſoſſegadas, y compueſtas por el Padre Franciſco de Geronymo.

LA ſantidad de vida de eſte Hombre verdaderamente Apoſtolico, ſu aplicacion infatigable al bien de las Almas, y ſu paciencia invicta en los mayores trabajos, y mayores dificultades; aſsi como le merecieron los agrados divinos, aſsi tambien le conſiguieron una ſuma autoridad entre los hombres. De aqui ſe ſiguiò, que, por lo regular, nada intentò alcanzar de ellos, que no lo conſiguieſſe. Todos le obedecieron; ò yà por el amor, y reſpeto, que le profeſſaban; ò yà por el miedo de no experimentar los caſtigos, que Dios daba à los que no le obedecian. Eſta autoridad, junta con ſu magnanimidad, y con ſu prudente deſtreza para manejar los negocios, le ſirviò para muchas obras del ſervicio divino; pero principalmente para reconciliar las voluntades de los enemiſtados, y para componer los pleytos, y las diſenſiones, que el rencor, y el odio ſuelen excitar entre los mortales. Fuè en eſto tan feliz, que todos, dentro, y fuera de caſa, creyeron, que para eſte fin, Dios le havia concedido gracia ſingular; y aſsi, quando en la Ciudad empezaba algun diſturbio, ò en las familias algunas diſcordias, y enemiſtades, para que no paſſaſſen adelante, llamaban al Padre Franciſco, quien con el agua de ſus palabras apagaba aquellos fuegos, para que creciendo, no abraſaſſen, ò las Familias, ò la Ciudad. Reconocida eſta gracia por los ſeñores Obiſpos, y Superiores de Comunidades de Religioſas, ſe valian de ella, para que en ſus defunciones las aquietaſſe; y aſsi le ſucediò en el Convento de la Magdalena, fundado en Napoles, para Mugeres Eſpañolas: Pues en una ocaſion, en que aquella Comunidad eſtuvo muy dividida ſobre el punto de elegir Superiora; ſiendo aſsi, que ſe havian reſiſtido, no ſolo à los dictamenes prudentes de hombres ſabios, ſino à recados del Virrey, y aùn à Decretos Pontificios; entrando el Padre Franciſco, con quatro palabras endulzò de modo aquellos corazones, que todas

Pacifica toda una Comunidad de Religioſas.

das se convinieron, y concordaron, para hacer una prudentisima Eleccion. En otro gravisimo Convento se desazonaron, no sin escandalo de las demàs, dos Religiosas, y por causa tan ligera, como fuè por pretender cada una, que se diesse un poco de mas anchura à su Celda. La causa no podia ser mas leve; pero assi como de leves chispas suelen levantarse graves incendios, assi aquellos animos estaban gravemente enemistados, aunque el principio de la discordia havia sido tan leve. Vino el Padre Francisco à componer este pleyto, y le compuso, sin mas diligencia, que llamar à las dos discordes, y decir estas palabras: *O Dios immortal, por un palmo de tierra han de estàr perdiendo dos Esposas vuestras todo vuestro Cielo, siendo tan dilatado!* Y bolviò à repetir: *Todo vuestro Cielo, y por un palmo de tierra?* Estas breves vozes penetraron de modo el corazon de una de las Litigantes, que sin hacer caso de los derechos, que antes alegaba, cediò à la otra todo el terreno, que pedia; y assi, cessò el pleyto, y quedaron en sossegada, y religiosa paz.

A otras dos Religiosas tambien las pone en paz.

Si à alguno le pareciesse, que conseguir estas paces de unas Mugeres, criadas desde sus tiernos años, en los Claustros Religiosos, de donde nunca se destierran del todo las virtudes, era corto triunfo para el Padre Francisco. (No queriendo por ahora detenerme en impugnar este juicio) passo à proponer casos mas arduos, que confirmen la gracia que Dios le dió para desterrar los rencores de los pechos mas empeñados en servir con las venganzas à los pundonores del Mundo. Un hombre, y no de los primeros de la Republica, padeciò la desgracia de que à un hijo suyo, unico, y yà Sacerdote, le quitassen sacrilegamente la vida: No ignoró el Padre quienes fuessen los matadores, y su dolor en tanta pérdida, le hizo creer, que no podia tener alivio mientras que las vidas de los agressores no fuessen triunfo de su venganza; creyò, que la sangre de su hijo, caìda en la tierra, no podia borrarse, sino es cayendo encima la sangre de la mano aleve, que le havia muerto. Estas expresiones respiraba; y aùn no respiraba con estas expresiones: ahogabasele el corazon en mortales an-

Un hombre à quié le mataron un hijo Sacerdote.

sias, sin que fuesse posible encontrar el alivio de ellas, en las exortaciones, que le hicieron sus amigos, y los Hombres mas Religiosos: Esta agua, que se echaba en la fragua de su odio, solo servia de que creciesse el incendio. Llegò à tanto su rencor, que por razon de evitar el escandalo, que con èl daba, le arrojaron de la Congregacion del Rosario, de que era Congregante. Dolorido el Padre Francisco de la pèrdida de aquella Alma, se introduxo en su casa, para ganarle la voluntad: Ganòsela con ruegos, con exortaciones cariñosas, con poderosos argumentos; y sobre todo, con muchas buenas obras, que le hizo: y yà que por estos medios se viò dueño de aquel corazon empedernido, le ablandò de modo, que le hizo olvidar la memoria de la injuria recibida en la muerte de su hijo, y apartarse de la querella dada contra los matadores; y por instrumentos publicos, manifestar, que no solo los perdonaba, sino que les pedia perdon de la mala obra, que les havia hecho,

A este modo triumphò Francisco de otros muchos pechos, que governados de la passion de la ira, se havian dexado precipitar en sangrientos odios, y en rencores mortales; pero tambien dirè, que se encontrò con algunos à quienes no pudo vencer, queriendo, sin duda, Dios, por este medio, darle materia à su paciencia, y exercicio à su humildad; y assi le sucediò con un Cavallero de la Ciudad de Napoles, que estaba con otro de su esfera gravemente enemistado, ir Francisco à su casa procurando su reconciliacion; mas no le dieron entrada. Repitiò la diligencia, y haviendo entendido su animo, y su intento el Cavallero, sin dexarse vèr, le embiò à decir, no tenia tiempo para dexarse hablar; y aùn añadiò el Paje, que sacò el recado, (quizàs porque su Amo se lo mandò assi) *Que seria mejor, que se abstuviesse de aquellas importunas visitas; pues no parecia bien, que un Religioso se valiesse del titulo de la piedad, para introducirse en las casas de los Señores.* Oyò Francisco palabras tan picantes con paz, y con modestia; pero pareciendole, que convenia sacar la cara à que no se vituperasse su ministerio, se despidiò de aquella ante-

Mortificacion que le diò un Cavallero.

sala

sala, diciendo con seriedad: *No me ha traido aqui otro motivo, ni otro fin, que hacer la causa de Nuestro Señor Jesu-Christo.*

Mortifícale sobre la misma materia una muger plebeya.

En otra ocasion experimentò tambien Francisco en una muger plebeya una terrible terquedad, para perdonar à un sugeto, que la havia hecho no sè que injuria. Hablòla Francisco, mas reconociendo, que sus persuasiones eran de ningun fruto, saliò de su casa, para ganar el tiempo en una Platica, que hizo en aquella vecindad, y à poco tiempo de su Sermon, se apareciò en su Auditorio un hombre en trage de Marinero, rostro iracundo, y ojos amenazadores; el qual viendo, que no podia hablar al Predicador, llegò al Compañero, y con sobrado desembarazo, le dixo: *Decidle à esse Padre, que me haga el gusto de no bolver otra vez à hablar à aquella muger, en cuya casa ha estado à persuadirla, que perdone, à quien no debe perdonar, haviendo recibido de èl tan grave injuria.*

Bien sabian todos, que con estas amenazas no podian aterrar al Padre Francisco, cuyo corazon era tan alentado, que no reparaba en introducirse intrèpido en las riñas, que solian tener los Ciudadanos. No ay Soldado Veterano, que entre en la batalla con tanta animosidad, como el Padre Francisco se introducia en las riñas, donde andaban mas sangrientas las espadas: Poniase entre los combatientes, y yà con sus voces imperiosas, yà con el manejo del Crucifixo, en el mayor ardor de la pendencia, si no los componia, por lo menos los separaba. Y aunque de estos lances salia con felicidad, nadie puede negar, que se exponia à conocido riesgo de perder la vida: por lo qual, algunos amigos suyos le llegaron à decir que no se metiesse en tan peligrosos lances: Que advirtiesse, que en ellos suelen ser muy frequentes las balas, y que no seria mucho, que aunque no se la disparassen à èl, alguna le encontrasse, y le quitasse la vida. A esto respondia Francisco, agradeciendo la benevolencia, y el amor, que en estos consejos se le manifestaba: Pero añadia, que no le podia suceder cosa mas à medida de su deseo, que el que Dios à los beneficios que havia recibido de su mano, le añadiesse el de padecer la muer-

te, por evitarle una ofensa. Que esto lo dixesse este hombre Apostolico con todas las veras de su corazon, entre otros muchos casos lo confirmó el siguiente: En aquella calle, que mira al Palacio Real, se encontró, en una ocasion à un pobre hombre, que iba huyendo de otro, que con la espada desnuda le seguia tambien corriendo para matarle. Bien conocia el Padre, que no podia impedir aquella muerte, sin exponerse èl à mucho peligro; pero despreció el peligro suyo, por evitar el de su proximo. Pusose al lado del agressor, detuvole el brazo, y la carrera, asiendole de el puño de la espada, y logrando sus fervorosas fuerzas finalmente, le hizo que se parasse: èl forcejeaba, pero sin embargo el Padre Francisco consiguió el detenerle, hasta que el que iba huyendo se pusiesse en salvo. De esta refriega sacò el Padre heridos dos dedos, mas sin reparar en la sangre, que de ellos corria, prosiguió en persuadir à aquel hombre irritado, con blandas palabras, que perdonasse à su enemigo, lo que no sè si se consiguiò; pero si sè, que el Jesuita quedò muy consolado de haver estorvado à aquellos dos próximos suyos: à el uno, el que perdiesse la vida; y al otro, el que hiciesse un homicidio.

Detiene à un hóbre, que seguia à otro para matarle.

Y se hiere dos dedos.

En no menor peligro se viò este esforzado Misionero en la Plaza, que en Napoles llaman, *Loggia*: en esta Plaza se excitò una riña entre dos Pescadores, ó Marineros: de las palabras havian venido yà à las manos, de modo, que el uno de ellos havia rendido al otro à sus pies, y estaba cargandole de terribles golpes. Pasó en estas circunstancias Francisco, y para favorecer al pobre maltratado, no se le ocurriò otro medio, que echarse sobre èl, diciendo al mismo tiempo al que le ofendia: *Hombre dexa à este miserable; y si no quieres, descarga sobre mi tus iras.* Tan ciego estaba el Marinero, y tan enfurecido, que sin reparar en el caracter del hombre, que se havia puesto de por medio, le diò, para que se retirasse, una fuerte bofetada. Esta accion, que excitò en todos los circunstantes un confuso alarido, Francisco la recibiò con accion de gracias, y ofreciendo, como en estos lances solia, la otra mexilla, para que le repitiessen el gol-

Pónese por Escudo, porque à otro no le maltraten.

Recibe una bofetada.

golpe. Yà por esta mansedumbre del Padre, yà por las voces que le dieron los concurrentes, afeandole la maldad, que acababa de cometer, aquel barbaro bolviò en si, y corrido, y avergonzado le pidiò al Padre humildemente perdon; y aqui empezò entre los dos otra contienda, pero pacifica, sobre quien havia de perdonar à quien, la qual se concluyò con darle Francisco amorosamente los brazos, y obligarle á que diesse la mano à quien antes havia ofendido; y assi, finalmente, le embiò con Dios. Este caso se nos ocultò, hasta el año de 29. en el qual Thomàs Estela, que fuè testigo de vista de èl, le depuso autenticamente ante Gregorio Servilio, Escrivano Publico de la Ciudad de Napoles.

Sosiega una pendencia de doce Soldados.

Mas peligroso fuè otro lance, en que le metiò à Francisco su santo zelo, pues no fuè aquietar à un hombre solo, sino à doce Soldados, que con las espadas en las manos se tiraban terribles golpes. Predicaba el Padre Francisco sobre un poyo vecino al lugar donde se trabò la pequeña batalla; y reconociendo por los gritos del Pueblo, y por el ruido de las armas, lo que aquello podia ser, al punto, dexando el Sermon, con el Crucifixo en la mano corriò à meterse en medio de la refriega; y gyrando de una parte à otra, yà rogando à unos, yà amenazando à otros, yà poniendo à los ojos de todos el Crucifixo, finalmente logrò el separarlos, y que uno, y otro partido se retirasse, embaynando las espadas, y dexando el campo, y la victoria à los pies de Jesu Christo, y en las manos de su valerosissimo Soldado, y fervorosissimo Siervo. No faltaron algunos que le murmuraron de arrojado en esta accion, quando debia saber, que en semejantes pendencias suelen sacar la peor parte los que se introducen à meter paz. Otros añadian, por ribete à esta mormuracion, que podia estàr escarmentado de ponerse en tales ocasiones, pues yà le havia sucedido el sacar una herida en la cabeza, por haver querido aquietar à otros Soldados, que reñian, sobre zelos concebidos en las casas de las Mugeres Publicas; mas haviendo visto en el caso presente, que los Militares havian rendido las Armas à su Imperio, y que èl ha-

havia salido indemne de tanto peligro, reconocieron, que Francisco no entraba en estas arduas empressas, governado de consejos humanos, sino de impulsos, y movimientos divinos.

Caso ridiculo, pero que le diò mucho que hacer al Padre.

No quiero passar en silencio lo que à alguno, no sabidor de las cosas de Napoles, podrà parecerle materia de risa; mas puedo asségurar, que fué un lance, que se debiò mirar con seriedad, y que diò sobradamente que hacer à la prudencia, actividad, y zelo del Padre Francisco, y passò assi. En aquel pedazo de playa, que se llama *de Santa Lucia*, (por un Templo que ay en ella, dedicado á esta Santa) sucediò, que de las mugeres que viven en aquella Ribera, se formaron dos opuestas parcialidades; no sè con què motivo, pero sè, que tomaron con tanto empeño el reñir, que passando de las palabras à las obras, formaron dos cuerpos, y salieron al campo à darse la batalla. Las armas de su Milicia eran correspondientes à su estado, y à su esfera; pedazos de remos viejos, palos de escobas, assadores, ollas, y piedras, bastante todo para hacerse mucho mal. Salieron assi, como hé dicho, al campo, sirviendoles de Tambores, y de Clarines, sus confusos clamores, y mugeriles brabatas. Acudiò mucho Pueblo à vèr por quien quedaba la victoria, y no faltaban algunos ociosos, y mal intencionados, que para reirse mas de lo que aquellas tontas se maltratassen, las alentaban, alabandolas de que ellas eran las Amazonas de las Playas Napolitanas, como las otras lo fueron de las Riberas del Termodonte; con estas alabanzas crecia en las necias la ufanìa, y el corage. Mas otros hombres de buen juicio, reconociendo, que aquellos principios no podian tener buenos fines, pues fuera de el daño, que aquellas bobas se hiciessen, se podia temer, que su empeño llegasse tambien à serlo de sus maridos: determinaron avisar al Padre Francisco, para que en aquel caso introduxesse el cadaceo de la paz. Acudiò volando nuestro Misionero, y encontrò los dos Exercitos yà à tiro de piedra para acometerse: Puso se enmedio de los dos Partidos, y con la mano las hizo señas para que se suspendiessen, yà que no pudo con la voz, por-

porqué se la confundia la griteria, y algazára con que unas, y otras se alentaban al combate. No obstante, Francisco consiguiò, por sus señas, el que le oyessen, aunque por aquel dia, no logrò mas, que el que se retirassen à sus casas, ofreciendoles para despues ser el medianero para la paz; assi lo executò, gastando toda una Semana en oir los motivos de sus quexas, y en establecer Leyes, y Condiciones, para que viviessen, segun las Leyes de la charidad Christiana. Yà que tuvo sossegados aquellos animos, arbitrò para impedir en adelante tales escandalos, y dissensiones, que señalassen unas mugeres ancianas, y de prudencia, à quienes las demàs tuviessen respeto; y à estas las encomendò, que si acaso viessen entre sus Compañeras algunos principios de discordia, le avisassen à él, para que los atajasse; y que ultra de esso, se encargassen de avisar à todas sus encomendadas, que no faltassen à la Comunion, y Jubileo del tercer Domingo del mes; el qual le pareciò el medio mas eficàz, y mas proporcionado, para que aquella gente se dexasse de boberias, y se mantuviesse en quietud, y en el cumplimiento de sus obligaciones.

CAPITULO XIII.

ESPECIALES FRUTOS, conseguidos por el P. Francisco de Geronymo, en su Missions Napolitana.

QUANTA aya sido la cosecha, que de la sembrada palabra Divina, recogiò en los dilatados campos de Napoles, à costa de sus perpetuos trabajos, y fatigas el Padre Francisco de Geronymo: Quantos los despojos, que sacò de la Region del Abysmo, para presentarlos en el Templo de la Gloria Divina: Quantos, finalmente, los grandes Pezes, que recogiò en las redes de su Predicacion, (para explicarme con la metaphora, que le era muy familiar al Padre) en el Mar ondo, y dilatado de esta Ciudad, se puede reconocer por los casos dichos hasta aqui, y por otros que dirè, dignos de grande ponderacion: pues aunque muchas veces, como hè insinuado yà, su poderosa Red, por alto juicio de Dios, è investigable à nuestro juicio, no solia coger algun fruto, fueron

ron muchas mas las ocasiones en que el fruto fué tan crecido, y tan abundante, que huvo menester llamar à sus Compañeros, para que le ayudassen à sacarle de entre las ondas. En una ocasion dixo, ponderando quan benignamente se portaDios con los pecadores, que en el espacio de dos meses havia oìdo de confesion, entre otros de menor quantìa, mas de setenta gravissimos pecadores. Pero para no hacer aqui un fastidioso Cathalogo de todos los que lograron su mayor bien por manos del Padre Francisco, y assi crezca demasiado esta Historia, me contentarè solo con referir algunos de los mas señalados sucessos, que passaron por su mano.

Conversion de un Joven.

Sea el primero el de un Joven forastero en la Ciudad de Napoles. Era de agraciadas prendas personales, y estas fueron el principio de su desgracia, pues por ellas se le aficionó una muger lasciva, tan ciegamente, que para asseguarle en su torpe correspondencia, le hacìa el gasto de abundante mesa, y de preciosas galas. Esto era doblarle la prision, añadiendo à la cadena de el amor, los grillos del interès. Como la carcel era tan fuerte, en tres años no pudo salir de ella, ò por mejor decir, no quiso, hasta que, misericordioso Dios, dispuso, que un dia se determinasse à oìr un Sermon del Padre Francisco, à quien antes no podia vèr, porque el credito de la santidad del Padre, y el infeliz estado de su conciencia, le apartaban de su vista. Oyò el Sermon, y con él se hallò tan eficàzmente movido, que determinò romper por todas las dificultades, que le ponia delante su pasion, y su conveniencia. Buscóle al Padre en su Confessonario, donde con una general confesion, acompañada de lagrimas verdaderas, le manifestó el miserable estado en que se hallaba. El Padre le oyò benigno: aumentò con sus razones su compuncion, y en fin le absolvió; mas dandole por penitencia se huyesse de Napoles sin despedirse de aquella muger; y èl obedeciò al punto, y llegò à su Tierra pobre de bienes temporales, pero feliz con las apreciables riquezas de la gracia.

Conversion de otro.

A la del passado Joven sigan otras tres conversiones, que logrò en un Sermon, predicado el año de mil setecientos y uno. Oyò este

este Sermon otro Joven forastero, que acababa de llegar à Napoles. Traia de su Pais muchas noticias de aquel Predicador, y ofreciendosele ocasion de oirle, su curiosidad le hizo parar à informarse de si sus Sermones correspondian à como se los havian pintado, y conociò, que sì, pues en aquel oyò tan vivos desengaños, y quedò tan convencido de ellos, que al dia siguiente vino à la Iglesia à dexar sus culpas à los pies de quien con tanta eficacia le havia sabido dàr à entender la gravedad de su malicia. Encontrò al Padre, y dixole: *Padre mio, no ay en el Mundo peor hombre que yo; vuestra Platica me hà herido el corazon, y obligado à venir à confessaros esta verdad.* Y luego, con tristes gemidos, prosiguiò, descubriendole, con tanta sinceridad, como lagrimas, los mas retirados delitos de su conciencia.

Otra conversion en la misma Platica.

Un Barbero empeñado en vengarse de un sugeto de quien se juzgaba agraviado en su reputacion, supo, que el tal estaba oyendo esta Platica de nuestro Missionero, con esso acudiò à ser uno de los oyentes, no por oirle, sino para lograr, al fin de ella, dàr la muerte à aquel con quien tenia su enemiga. Puso se a esperar, pero no à oir; mas siendo dificultoso no percibir algunas palabras de el Predicador mientras esperaba; aquellas fueron tan eficaces, y le mudaron tan del todo, que acabado el Sermon, en vez de buscar à su enemigo, se fué à echar à los pies del Padre, y poniendole en las manos un artificioso instrumento de hierro, que havia mandado hacer para executar sin estrépito la meditada muerte, le dixo: *Padre, con esta arma queria matar à un enemigo mio; pero movido de vuestras palabras (que por ellas haveis sido para mì un Angel del Cielo) de todo corazon le perdono, como pido à Dios me perdone à mì.* Mas admirable fuè la otra conversion, conseguida en la misma Platica, pues fué de un Viejo, que contaba sesenta años de edad, y otros tantos de mala vida. Assi lo dixo èl mismo, que llorando amargamente, empezò su confession, diciendo, y preguntando: *Padre, yo me salvarè? Podrà tener esperanza de no condenarse un hombre tan perdido como yo? No ay, ni hà havido viejo*

tan

tan vicioso; soy un malvado: mas pues vuestro Sermon me ha enseñado, y me da confianza, ayudadme, Padre, que antes quiero caer en el Infierno, que bolver à ofender à Dios.

Raras conversiones en un mismo Sermon.

No fueron estos, aunque tan singulares, los primeros frutos, que cogiò de sus Sermones, pues el año de setenta y ocho del passado siglo los cogiò tambien, semejantes, con ocasion de una Platica, que hizo sobre la muerte, que le diò à una infeliz Ramera un hombre ciego, que la trataba. A vista del ensangrentado cadaver, proponia vivos desengaños el Padre Francisco à un numeroso Vulgo, que havia concurrido (como suele en tales ocasiones) à vèr aquella lastimosa novedad. Entre los demàs que concurrieron, fuè un hombre perdido, que solo iba à vèr, pero no à oìr, porque con todo empeño huía de Sermones, que podian apartarle de su mala vida, como tambien de los Confessores, pues havia muchos años, que no se ponia à los pies de alguno. Bregaba para hacerse lugar entre la muchedumbre, para vèr aquel cuerpo; y no queria oìr à quien à su vista predicaba; mas siendo precisso, que aùn, sin querer, le percibiesse, por lo menos, algunas palabras de las que el Padre decia, estas fueron bastantes para que entrasse en su Alma una gracia triumphante, y victoriosa, que en un punto le mudò el corazon, ò se le llenò de un dolor tan verdadero, y de un arrepentimiento tan crecido, que no cabiendole en el pecho, saliò à la lengua, y le obligò à decir, à grandes vozes: *Padre Francisco, confession; Padre Francisco, confession.* Y huviera passado à referir en publico sus culpas, si el Padre no le huviera mandado, que callasse, y retirandole à un lugar secreto, le instruyò de como havia de disponerse para confessarse, y señalandole hora proporcionada para oìrle, le oyò, logrando los frutos de su sincera confession, en la total mudanza que hizo de vida, y de costumbres, que fueron despues tan constantes en el bien, como havian sido antes obstinadas en el mal.

La segunda.

Mientras el referido arriba pedia confession, estaban assomados à una ventana un hombre, y una muger, con quien vivia amancebado. Mirando estaban, como los

los demàs, aquel triste espectaculo, pero sin que hiciesse mucho eco en sus corazones, mirabanle como desgracia; pero no le atendian como aviso, quando debieran temer, que por sus culpas les sucediesse otro tanto; mas quiso Dios, que llegaron à sus oídos tales quales palabras de las que el Padre decia, y de ellas se valiò la Divina Misericordia para atraherlos à su santo temor, con tal eficacia, que bolviendo aquel hombre los ojos à la muger, con balbuciente labio la dixo: *Yà se acabò nuestra culpada vida, que à vista de lo que vèmos, y oìmos, yà serà razon que se acabe; pero porque nuestra separacion, en fuerza de nuestra mala costumbre, es dificil, que sea durable, como debe ser, determinò trocar el lazo, que nos tiene malamente presos, en el honesto vinculo del Matrimonio.* Dicho, y hecho; fueron à verse con el Parrocho, quien despues de las debidas diligencias los casò.

Remediàse tres Almas con otra Platica de el Venerable.

A otros tres sugetos fué util tambien otra Platica de el Padre Francisco, aunque oída por uno solo. Este fuè un Assesino, que passando por la puerta de San Genaro, donde estaba predicando nuestro Misionero, se parò à oìrle, movido de la curiosidad, por la fama, y nombre, que por sus Sermones tenia, dentro, y fuera de Napoles. Detuvose à oìrle, pero con el pensamiento ocupado en buscar à un Letrado, à quien havia ofrecido quitar la vida, pactando antes con quien le mandaba esta maldad, lo que havia de valerle este delito. Entre estos pensamientos de homicidio, y de traycion, poco à poco se le fueron introduciendo en el pecho, por las palabras del Padre, graves remordimientos de conciencia, de donde naciò el proseguir, oyendo con mas atencion la Platica. Si à las primeras voces se le assustò el alma, à las ultimas, del todo se le desmayò; y logrando esta disposicion la Misericordia Divina, desterrò de èl, el pensamiento de cometer tan grave culpa, y puso en su lugar un sòlido arrepentimiento de ella. De modo fué, que, concluìdo el Sermon, llorosò, y compungido, buscò al Misionero, y le descubriò todo lo que por èl passaba; el animo con que havia venido à Napoles de hacer una alevosa muerte; quien era el amena-

nazado, y tambien quien el ſugeto, de cuyo orden queria executar el homicidio. El Padre le oyò con ſereno ſemblante, aunque con gran fervor, le hizo acabar de conocer (para que le llorafſe dignamente) la gravedad de ſu pecado. Deſpues paſsò à verſe con el Letrado, à quien le amenazaba aquella deſgracia, y le obligò à que, buſcando algun pretexto, ſe auſentaſſe de Napoles, porque le importaba la vida; luego buſcò, y aplacò al ſugeto, que havia traìdo al Aſſeſino, con lo qual, de una vez remediò aquellas tres Almas; la del Aſſeſino, porque de veras ſe convirtiò; la del que le mandaba, porque le hizo deponer ſu odio; y la del Letrado, porque deſde entonces ſe moderò en el hablar, haviendo entendido, que la mordacidad de ſu lengua era la que le havia puesto en peligro de perder la vida temporal, y Dios ſabe, ſi tambien la eterna.

Otros dos deſpojos quitò en eſta ocaſion el Padre Franciſco al enemigo comun, que tiene por triumphos ſuyos las pèrdidas de las Almas. Una muger, que vivia malamente entregada à la voluntad de un mozo, oyò al Padre Franciſco ponderar, quanto ſe ofendè Dios del pecado de la laſcivia, y al punto, cuerda, y animoſamente, determinò apartarſe de ſu mal eſtado, y ſeguir con firmeza las ſeveras leyes de la honeſtidad: conſejo ſanto, que no ſolo fuè el remedio de ſu Alma, ſino tambien de la de ſu torpe Amigo; pues yendo eſte aquella noche à verla, ignorante de la mudanza, que Dios havia hecho en aquel corazon; la encontrò tan otra, tan sèria, tan modeſta, como ſi jamàs le huviera permitido licencia alguna. Admiròſe, y preguntando la cauſa de lo miſmo que admiraba, le reſpondiò con claridad: *Que havia oido al Padre Franciſco de Geronymo, que por ſus labios, Dios la havia afeado, y reprehendido de modo ſus liviandades, que havia formado un firme propoſito de no bolver à repetirlas, y que aſsi le ſuplicaba, ſe retiraſſe de ſu comunicacion, entendiendo, que mas queria vivir pobre, y ſin guſtos, que bolver à ofender a Dios.* El Mozo, viendo eſta conſtancia, y reconociendo, que no tenia otro principio, que el ſanto temor de Dios, la tomò por inſpiracion para corregirſe en ſus coſtumbres; y aſsi,

yà

yà mas amante de aquella muger, determinó casarse con ella, juzgando, y juzgando bien, que le seria fiel en el Estado del Matrimonio, quien, por ser fiel à Dios, havia sabido retirarse de su inhonesta amistad, sin reparar en los intereses que perdia por esso. Propusole su boda, y ella la admitiò, con accion de gracias à Dios, porque la pagaba el temor, que le havia tenido, colocandola en el Estado de un Matrimonio apreciable, pues ella era pobre, y de la infima classe; y èl un hombre honrado, y rico, como Platero de Oro.

Mas admirable cosa puede parecer, el que el Padre Francisco ganasse para Dios dos hombres estòlidos, barbaros, y perdidos, no tanto con sus voces, quanto con las lagrimas, que sus voces excitaban en sus oyentes; y assi sucediò, pues estando un dia predicando el Padre en la gran Plaza de Castel-Novo, à la mitad de su Platica, dexandose llevar de su humildad, de su zelo, y de su fervor, empezò à reprehenderse à sì mismo, ponderando las ingratitudes con que havia correspondido à los favores Divinos, diciendo, en fin, ser el peor hombre del mundo, y que por tanto pedia, con todas veras, à sus oyentes, que le tirassen piedras para castigar assi la dureza de su corazon. Al oìr esto los dos brutos salvages, que dexo citados, se dixeron mutuamente: *Cierto que es lastima, que à este Paare tonto, no le demos el gusto que nos pide: No pide picarasè Pues hombre, tiremosselas, que nadie podrà culparnos el que hagamos lo que èl dice; y si le acertamos, nada ay perdido, pues libertarèmos la Ciudad de las voces, y de la molestia, que le dà con ellas este negro Cuervo, que en todo el dia dexa de graznar.* Baxanse al suelo, toman piedras, y mirandose el uno al otro, cada uno esperaba à que el otro empezasse, para seguirle; mas advirtiendo, y reparando à este tiempo, que todo el auditorio se deshacia en lagrimas, y que arrodillado en tierra se daba golpes de pechos, en detestacion de sus culpas: esta commocion fuè el principio para que los dos Barbaros cargados de piedras, se turbassen, las dexassen caer de las manos, y empezassen à llorar tambien la horrible culpa, que havian querido cometer, como era hacer mal à un hombre, que pedia

pa-

para sí las piedras, solo por aprovechar mas à las Almas.

Raro exemplo de fervor

Ahora referirè por el contrario la conversion ruidosa, pero facil, de otro mozo, que se rindiò à las primeras voces, que le oyò al P. Francisco en una Platica suya. Este era un Joven de buen nacimiento, pero de vida muy mala; hacia gala de perderse, pareciendole, que no hacia el debido alarde de su nobleza, sino se daba à licencias desordenadas; y assi, con excessos indebidos, procuraba hacerse muy reparable; pero quiso su fortuna, que un dia se hallasse al Padre Francisco predicando en la Calle de Toledo: el auditorio que tenia era muy crecido (porque aquella Calle, como tan publica, es muy frequentada.) Pusose à oir, aunque de lexos, al Predicador, mas la eficàz dulzura de sus voces le fuè llevando mas cerca; y en fin, le mudò tan del todo, que no pudiendo resistir al impetu de su espiritu, de repente rompiò por medio de la multitud, que al Padre le escuchaba; y haviendose hecho bastante lugar, no solo se arrodillò á vista del Crucifixo, que el Padre tenia en la mano, sino que arrojando à tierra el sombrero, la pelnca, y el espadin, tomò un grueso cordèl, con que empezò à castigarse con quanta fuerza le daba su fervoroso arrepentimiento; y encarandose con el Padre, le dixo en alta voz, de modo, que le oyessen todos: *Padre, yo estoy condenado, y tengo gran necesidad de que me ayudeis; diez y ocho años hà, que no me confiesso.* El Padre procurò sosiegarle, mas no lo consiguiò, sin la condicion de que le dexasse bolver à la Iglesia, no solo entre los demàs, sino llevando, delante de todos, el Santo Crucifixo, en aquel trage de penitente, en que se havia constituido, echandose el cordèl al cuello, y dexandose olvidados los adornos, que se havia quitado antes. El Padre condescendiò con su deseo, y assi en la forma dicha, llegò con la Congregacion de la Mision hasta nuestra Iglesia del Jesus. Mas no parò aqui su fervor, pues despues, ni por un instante queria apartarse del Padre Misionero, ni bolver à su casa, por el miedo de no bolver à sus antiguas disoluciones; y porque le parecia, que si se apartaba de èl, havia de encontrarse con los castigos de la Justicia de

Dios.

Dios. Pero el P. Francisco le sossegò estos temores, le alentò à la confianza en la bondad divina, y le mandò, siendo yà bien de noche, se retirasse á su posada, y que al dia siguiente viniesse à confessarse. Obedeciò en todo, y con tanta puntualidad, que apenas havia empezado à rayar el Alva del siguiente dia, quando yá estaba esperando se abriessen las puertas de nuestro Templo. Confessòse espaciosamente, repitiò muchas veces sus reconciliaciones, y governandose por los buenos propositos concebidos, se entregò à una vida de grande edificacion, y de singular exemplo.

Otra muger convertida con una reprehension particular.

A este Joven imitò una muger, no desemejante à èl, en las costumbres, y solo huvo la diferencia de que á esta no la convirtiò el Sermon, sino una reprehension aspera, y particular, que la diò el Padre, despues de haver acabado su Sermon. Fuè el caso, estàr esta mozuela, mientras Francisco predicaba, con otra de su mismo jaèz, riyendose, y chanceandose con demasiada desemboltura. Aunque estaban distantes del lugar en que el Padre predicaba, èl las reparó, è irritado santamente de aquella inmodestia; puestos en ambas los ojos, hablando particularmente con la mas disoluta de las dos, la dixo, en tono grave, y severo, todo lo que hacia al caso, para que ella hiciesse caso de todo lo que la decia. Reprehendiòla sus liviandades; el mal exemplo, que daba con ellas, y la obstinacion de su corazon, pues se havia estado riyendo, mientras los otros haviau estado llorando sus culpas. Al principio la delinquente se turbò, viendo, que el Predicador hablaba determinadamente con ella, y puso fixamente los ojos en èl, para no perderle palabra, si acaso proseguia. Pero el Padre no prosiguiò: cerrò sus labios, y baxandose de el lugar en que predicaba, con lento passo se fuè retirando, encomendando à Dios à aquella infelìz, para que empleasse en ella las piedades de su misericordia. Oyòle Dios, pues llena de divina luz, vino corriendo aquella muger à ponerse á los pies de Christo Crucificado, y en las manos de su Siervo el Padre Francisco, à quien manifestando con sus lagrimas un intimo dolor,

le pide, y le ruega, que la libre del pesado yugo, que sus culpas havian puesto sobre la cerviz de su conciencia. Despues, para mayor manifestacion de su pesar de haver ofendido à Dios, pidiò al Padre, que la dexasse llevar publicamente la Cruz: no le pareciò à Francisco conveniente darle este gusto à su fervor, mas la dixo, que se contentasse con seguirle, que èl la pondria en un Retiro, donde, oculta á los ojos de los hombres, pudiesse llorar delante de los divinos, las manchas de sus passadas culpas. Y el Padre cumpliò su palabra, como ella tambien la que le havia dado à Dios, de labar sus antecedentes manchas con lagrimas continuas.

Harmonioso caso de la Providencia Divina.

En el caso siguiente, y con que pretendo acabar este Capitulo, hemos de vèr, como de un lance, en que no pudo convertir à dos mugeres, sacó Dios el fruto de ganar para sì à un hombre de rematadas costumbres. Cayó enferma en Napoles una muger tan vil, que à una hija, que tenia, la havia vendido à la torpeza, y à la lascivia, para que no la faltassen intereses, con que poder vivir. En fin, eran Ramera la hija, y encubridora su propria madre. Una buena muger, vecina de estas dos desgraciadas, y que como vecina sabía sus indignos procederes; doliendose de ellas, pidió al Padre Francisco, que las remediasse. Acudió nuestro Missionero con aquellas promptitudes, que en estos casos le aconsejaba su zelo. Entró en la casa, visitò à la Enferma, y claramente la dixo, que mas mortal, que el accidente que padecia en el cuerpo, era el que padecia en el Alma; que supiesse, que la tenia muerta, y la de su hija tambien, con las culpas que esta cometia, y que ella la procuraba: que allì no havia mas remedio, que ponerse ella en un Hospital, y su hija en un Conservatorio, y que para ésto, èl las serviria; y con sus diligencias las daria vencidas todas las dificultades. Instò Francisco en este assumpto con toda la eficacia, que sabía; mas ellas torcieron el rostro à semejante proposicion, y respondieron, que no se hallaban en animo de encerrarse, y quitarse la libertad. La muchacha principalmente anduvo tan descarada, que mientras su madre se resistia por las dos,

fuè

fuè à abrir la puerta à uno de los hombres, que torpemente comunicaba: Admitiòle, y le escondiò para que el Padre no le viesse; mas viòle el Compañero del Padre, y este, al salir à la calle, le dió el aviso de lo que havia passado mientras havia estado hablando con la Enferma. Francisco santamente irritado con esta noticia, saca del pecho la Cruz, buelve adentro, examina la casa, y encuentra al escondido mozo: miròle con ojos severos, y con voz imperiosa le dice: *Què hace aqui? Pongase el sombrero, tome su espadin, y vengase conmigo.* Conturbado el mozo, ni aun aliento tuvo para respondèr; obedió al Padre, y le fuè siguiendo. Conduxole, de una en otra, por varias calles de la Ciudad, hasta que teniendole bien lexos de aquella infame casa, bolviendo à èl el rostro, le dixo: *Mire, que le mando, que à tal casa no buelva mas; y ahora vayasse con Dios.* Retiròse el mozo; pero hicieron tanta impresion en su pecho los imperios del P. Francisco, que al amanecer del dia siguiente, le fuè à buscar, y dandole el nombre de su Libertador, le besò la mano, una, y otra vez; humedeciòsela con lagrimas, y le pide, que le confiesse: El Padre, que no deseaba otra cosa, le dió este gusto, y le embió à su casa à que empezasse una nueva vida, en correspondencia à la muerte desgraciada, de que le havia librado Dios; y èl se quedò admirando sus profundos juicios, y disposiciones, pues siendo llamado para el bien de aquellas dos infelices mugeres, Dios le havia conducido (malogrado aquel fin) á que ganasse à este hombre hasta allì desgraciadamente perdido.

CAPITULO XIV.

OTRAS CONVERSIONES admirables, logradas por el zelo del Padre Francisco.

QUE le fueron à Dios agradables las fatigas de Francisco de Geronymo, lo manifestaron las victorias, que por fruto de ellas le concediò su Magestad: y aunque estas victorias para un tan buen Soldado eran sobrado premio de sus mismas tarèas, por el gusto que lograba de vèr amplificada por ellas la glo-

ria divina : à eſte premio añadia Dios la circunſtancia, de que muchos de ſus triumphos, no ſolo fueſſen felices, ſino à veces tan admirables, y tan extraordinarios, que podian equivocarſe con los milagros, y los prodigios ; para que aſsi fueſſen mayores los beneficios, que hacia à los hombres, como tambien para que eſtos conocieſſen quan en gracia le caian las tarèas de eſte ſu fervoroſo Soldado

Un Turco mantenido en la Fè.

En prueba de lo dicho, empleo la pluma en eſcrivir lo que le paſsò con un mozo, Turco de Nacion, que deſpues de haver abrazado nueſtra Religion Catholica, ſi no fuera por Franciſco, ſe huviera buelto à la Secta de Mahoma. Eſte fuè un mozo, que ſiendo Pyràta, tuvo la deſgracia feliz de ſer apreſado por las Galeras del Papa. Dixe *deſgracia feliz*, porque aquella priſion fuè el medio para que ſe encontraſſe la libertad de Hijo de Dios, recibiendo el Bautiſmo en Roma en el glorioſo Pontificado de Innocencio XII. Yà Chriſtiano, ſe induſtriò de modo, que con el dinero que recogiò, pudo reſcatarſe, y quedar del todo libre. Vivia Chriſtianamente, mas à poco tiempo experimentò una cruda guerra, que le hacia el demonio, para que faltaſſe à la Fè, que havia abrazado : repreſentabale, y con gran viveza, los guſtos, diverſiones, y deleytes, que podia lograr en ſu Pais : encendiòle en el amor de los ſuyos, para que de aqui paſſaſſe à ardientes deſeos de bolverlos à vèr: y ſobre todo, le proponia, con grave horror, la pobreza à que yà ſe havia reducido, por no ſaber Oficio alguno à que poder aplicarſe, y por haver empleado en ſu reſcate el dinero, que havia recogido. Quando con eſtos penſamientos le tenia ſumamente turbado el demonio, diſpuſo él miſmo, que recibieſſe una Carta de ſu madre, que con tiernas razones, y afectuoſas inſtancias, le perſuadia à que ſe bolvieſſe à ſus brazos, y à profeſſar la religion de ſus abuelos.

A baterìa tan poderoſa ſe rindiò laſtimoſamente aquella Plaza. Obligado aquel infelíz del amor à ſu Patria ; del temor de haver de mendigar fuera de ella ; y ultimamente, de los alhagos, y cariños de ſu madre, ſe diò por vencido, é intentó la fuga de los Reales Catho-

tholicos. Quiso embarcarse en Baya, en un Navio Ginovés, que passaba à Tripoli, pero le retraxo de este intento la demasiada distancia, que havia desde Tripoli à su Tierra; y no fué sino que la Misericordia Divina le barajò aquella resolucion, por estàr mas empeñada en guardarle, que lo que èl lo estaba en perderse. Desvanecido el viage en el Navio de Genova, determinò partirse á la Pulla, y desde allì, por la via de Ragusa, encaminarse á Dulciño, donde à la sazon su padre era Castellano de una de sus Fortalezas. Ocupado en estos pensamientos, passò un dia por una calle, donde estaba predicando nuestro Francisco. Paróse à oìrle por curiosidad, y por aumentar el numero de los que le estaban oyendo: y no sabìa, que por este medio queria Dios impedirle su fuga, y assegurarle en el numero de sus Fieles; y assi sucediò, que al oìr à aquel Predicador, se conmoviò estrañamente, y se hallò en su corazon nuevos, y mejores pensamientos, y en su voluntad afectos amorosos à Jesu-Christo, y tan eficaces, que allì se resolviò à morir antes, que dexar su Fé. Para cumplir lo que resueltamente havia determinado, quiso vèr, y comunicar al diestro Pescador, que con sus Redes le havia sacado del negro mar de sus antecedentes idéas. Fué, pues, á buscar al P. Francisco varias veces, mas, ò fuesse casualidad, ò fuesse industria malicioса del demonio, ò no le encontraba en casa, ò le hallaba tan ocupado en el Confessonario, que no podia hablarle; y de esto quiso tambien valerse el enemigo, para entiviarle sus buenos propositos; pero no lo consiguiò, pues assistido de la Divina Gracia, prosiguiò en buscarle, hasta que, finalmente, le hallò desembarazado, y echandose à sus pies, le descubriò con sinceridad, y con lisura todo lo que havia passado en su corazon; y añadiò: Y haveis de saber, Padre, que antes de hablaros ahora, no parecia sino que oculta mano me detenia, y que me pegaban los pies contra la tierra, para que no me moviesse, y llegasse á vos. El Padre le recibiò amorosamente, le reconciliò con la Iglesia; le cortó el copete, que se havia dexado crecer à usanza de su Pais, y le mandò,

que le colgaſſe en el Altar de San Franciſco Xavier, como trofeo de ſu abandonada infidelidad. Que fueſſe ſincera, ſòlida, y conſtante la mudanza de eſte hombre, ſe reconociò claramente por los efectos, que ſe vieron deſpues; porque no ſolo venciò la tentacion de bolverſe à ſu Patria, ſino que fué aficionadiſsimo à los Templos, de los quales ſolo ſalia para vencer la repugnancia de mendigar una limoſna de puerta en puerta; eſto le era de graviſsima mortificacion, ſegun ſu genio; pero el Padre Franciſco procurò, y conſiguiò, que le duraſſe poco, acomodandole à ſervir à un Abaſtecedor de Fruta; en lo que logrò dos fines: Uno, que ganaſſe ſu comida, ſin el rubor de mendigarla: y el ſegundo tenerle à la viſta, para mantenerle en la Religion.

Caſo harmonioſo. No menos admirable fuè una circunſtancia, con que Dios facilitò à una muger de mala vida, que la dexaſſe, y ſe abrazaſſe, con la de una verdadera, y sòlida penitencia. Tenia ſu poſada en la Plaza, que eſtà fuera de la *Puerta de San Genaro*; y quiſo ſu ſuerte, que un dia ſe puſo à una ventana à oìr al Padre Franciſco, que en aquel ſitio predicaba à un numeroſo auditorio. Tenia colgada de la miſma ventana, y encerrada en ſu jaula una Picaza, con quien ſe divertia los ratos, que la dexaban ſola ſus culpas. Eſto ſupueſto, el Padre predicaba; ella oìa, y la Picaza ſe eſtaba en ſu priſion; quando de repente, ſin ſaberſe como, ni quien le diò puerta, ſaliò volando de aquella carcel, y contra el inſtinto natural de los Pajaros, que en viendoſe libres, vuelan inciertos, aunque ſiempre alexandoſe de la priſion padecida, y de quien pueda bolverlos à ella; la Picaza no volò aſsi, ſino derecha adonde eſtaba nueſtro Miſsionero, ſin deſcanſar, haſta que ſe puſo ſobre un brazo del Crucifixo, que tenia en la mano; de modo, que ni con las voces del Siervo de Dios, ni con los movimientos, que en un predicar tan fervoroſo, como el ſuyo, eran preciſos; ni con la viſta de tanto auditorio, ſe moviò un punto de aquel lugar. Todo eſto lo obſervò atenta ſu Ama, y paſſando deſde la admiracion à un ſagrado miedo, vino à parar en hacer una reflexion, que la dictò la Divina Gracia; y fuè eſta: *Es poſsible*, dixo,

que

que un Ave irracional hà de tener mas conocimiento que yo? Ella reconoce à ſu Criador, y no quiere apartarſe de èl; y yo, aſsiſtida de razon, y criada para amarle; tantas veces le hè deſconocido con mis pecados, y vivo tan apartada de èl por mis culpas? Aquella Avecilla, viendoſe fuera de la priſion, no quiere mas libertad, que eſtar en compañia de Jeſu-Chriſto; pues yo quando me deſenredarè, y huirè la priſion del Infierno, donde, por mis maldades, dias hà debia eſtàr encerrada? Pues no mas engaños, no mas priſiones, no mas culpas, voy à buſcar mi verdadera libertad à los pies de Jeſu-Chriſto. Con eſtas voces en los labios, y muchas lagrimas en los ojos, baxò à la calle; hincòſe de rodillas delante del Padre; cortóſe con ſus propias manos las trenzas del cabello, y le pide encarecidamente la recluya en algun Conſervatorio, donde pudieſſe ſalvar ſu alma, y lograr la verdadera libertad, de que gozan los hijos de Dios. Aquietòla con ſingular agrado el Padre, alabò ſus lagrimas, aplaudiò ſu arrepentimiento, y la colocò donde pudieſſe, retirada de los hombres, dàr à Dios la debida ſatisfaccion por ſus cometidas liviandades. Eſta circunſtancia de haverſe Dios valido de una Avecilla para convertir à eſta muger, aunque fuè admirable, no fué tan nueva, que no tuvieſſe ſu exemplar en el Beato Taurelo, à quien ſiendo joven, todo dedicado à las delicias, y vanidades del Mundo, le ſucediò, que una, y dos veces un Gallo ſe le puſo ſobre el ombro, y allì cantò; deſvióle de sì, y con ſobrado enfado, una, y otra vez; pero à la tercera, en que el Gallo, mas intrépido, bolviò à ocupar el miſmo pueſto, y à repetir ſu canto; ſe acordò del Gallo, que à San Pedro le reprehendiò ſu culpa, y tomando de aqui luz ſu entendimiento; y compuncion ſu voluntad, ſe retiró del mundo, y por el camino de heroycas virtudes, llegò à la cumbre de una heroyca perfeccion.

Pàraſe un Perro à oirle predicar.

No menor admiracion creo que darà à quien lea eſta Hiſtoria, el caſo que ahora voy à referir. Predicaba Franciſco un dia en la que en Napoles ſe llama *El Puente de Tapia*: predicaba, pero reparò, que de aquella vecindad nadie havia ſalido à oirle: No ſe deſanimò por la falta de auditorio, antes

bien, tomando de esso mismo assumpto, empezò à formar un Dialogo, en que él se preguntaba, y èl mismo se respondia: *Dime, por vida tuya*, (*ò Francisco*) (se preguntò) *quantos Sermones havràs predicado en esta Ciudad? Me diràs, que dos mil, tres mil, y aun mas. Si; pero buelvo à repreguntarte: Y con què fruto? Candidamente responderàs, que el fruto hà sido ninguno, y oy se vè en que nadie de estas cercanìas se ha movido à oìr las voces, que estoy dando desde aquì: Si yo predicàra en un desierto Bosque, los Ossos, las Panteras, y los demàs Brutos, que huviera en èl, vinieran à oìr la Palabra de Dios; de la qual (ò Santo Dios!) veo que huyen los Habitadores de este barrio, y de esta vecindad.* Passaba à este tiempo por aquella calle corriendo un Perro; vióle Francisco, y prosiguiendo con su empezada especie, añadiò: *Si à aquel Perro le dixera, que se paràra à oirme, sin duda me obedeciera.* Cosa prodigiosa! Al punto dexando el Perro su carrera, vino, y puesto en dos pies, sin apartar la vista del Padre, le estuvo oyendo todo el tiempo que predicò. Esto, que causò debida admiracion à los circunstantes, hizo tanto eco en una pobre muger, (que abandonada à mal vivir, tenia perdida su salvacion) que saliò al publico, confessando sus culpas, y cortandose tambien, como la antecedente, las trenzas, se retirò donde, con lagrimas de penitencia, bolviesse à ganar la salvacion, que tenia perdida. Todo esto depone Fray Elias Verga, natural de la Grotalia, y Maestro del Sagrado Orden del Carmen, haverlo oído à D. Sebastian de Mico, Ciudadano de Andria, Doctor en ambos Derechos, quien dixo: que lo que acabamos de referir, lo viò por sus mismos ojos, quando estaba en Napoles empleado en sus estudios.

Fruto que de esto cogiò Dios.

No serà menos admirable para los prudentes, el medio, y modo de que Dios se valiò para traer à sì à otra muger, que havia venido de fuera de Napoles, à ser la peste, y la ruina de su juventud. Llamabase Angela Maria; era natural de Venecia, y por esso en la Ciudad no la conocian por otro nombre, que el de la *Veneciana*. Era grande su atractivo, y assi, en su mal trato havian sido crecidas sus grangerias. En esta muger puso Dios miseri-

Rara conversion, y fruto de una limosna.

fericordiosamente sus ojos; y para hacer la suya, la dispuso, no solo con las voces de el Padre Francisco, sino tambien con un acto de Caridad, y de Limosna, que ella exercitò; y passò assi: Un dia, no sè si por curiosidad, ò por diversion, se puso à oir predicar, desde su ventana, à nuestro Missionero, el qual, al fin de el Sermon, pidió à su auditorio limosnas, que pudiessen servir de dote à otra Muger, que à los pies de Christo Crucificado estaba llorando sus liviandades, y que para librarse de ellas, queria colocarse en el Estado del Matrimonio. Oyò esta demanda Angela Maria: Moviòse á piedad, y arrojò à los pies del Padre una moneda de plata: al golpe levantò el Missionero los ojos, y con celestial luz la dixo: *O Hermana, agradezco tu limosna, y Dios te la pagarà; presto cogeràs el fruto de ella.* Estas solas palabras fueron provechosissimas para aquella Muger, pues con ellas se hallò eficazmente movida à mudar costumbres, para lo qual propuso irse à confessar con el Padre. No fuè este proposito como suelen ser las de los Navegantes, que en passando la tormenta, se passan regularmente de la memoria: El de nuestra Veneciana no fuè assi, pues al dia siguiente fuè à buscar al Padre Francisco, y le dixo: Que habiendo sido hasta alli una muger, que havia tenido perdido à Dios, venia à buscarle por medio del Sacramento de la Penitencia. Reparó el Padre Francisco, en que iba bastantemente adornada, y que su trage era muy sobresaliente, y aunque desde luego hizo el animo de oirla, quiso que viniesse en otro trage; y assi la dixo: *Oygame por Dios, le parece, que es buen vestido esse para venir à deponer sus culpas à los pies de Christo Crucificado? Le parece, que esse es buen luto por un Alma, muerta por sus delitos? Gala prra venir al Tribunal de la Penitencia, donde se deben castigar las galas? Hasta que mude vestido, y aun casa, no tiene que esperar que la confiesse; vayase al punto al Conservatorio de Franciscanos, que està immediato al Hospital de los Incurables, y en estando alli, yo acudirè à confessarla despacio, tomando por argumento de que està bien dispuesta para la confession, el ver, que obedece promptamente estos consejos.* Repre-hende las Galas.

Di-

Dificultosa condicion esta, que pidiò Francisco ; pero Maria Angela venia yà tan vencida del santo amor, y temor à Dios, que cumpliò lo que se le dixo, sin manifestar la menor dificultad. Retiròse à aquella Religiosa Casa, donde Francisco la dirigió, y governò en una vida verdaderamente Religiosa. Profesabale sumo respeto à su Maestro ; pero no era mucho, porque experimentò, que Dios le comunicaba singulares luces, para que pudiesse governarla; pues en una ocasion le sucedio reiterar la Confesion General, para sossegar del todo los escrupulos de su conciencia ; y quando dichas yà las culpas, esperaba que Francisco le diesse la absolucion, este, contra su ordinario estilo, la dixo: *Mire, yo voy à decir Missa, y en acabandola bolverè à vèr si se le ha ofrecido alguna otra cosa, de que acusarse.* Concluyò su Missa, bolviò al Confessonario, y la preguntò : *Si se la havia ocurrido alguna otra materia à la memoria.* Respondiò: *Que no*; pero entonces Francisco la dixo : *Pues como no se acusa de tal cosa, que cometió* ? Por estas voces conociò Angela la luz que Dios havia dado à su Ministro, para que viesse los secretos de su conciencia; pues era cierto, que aquella culpa la havia cometido; aunque tambien era cierto, que por inculpable olvido la havia callado. Oy dia vive dicha Muger en su amada soledad, retirada, aùn de los Locutorios de aquella Casa. Vive ; pero para que no le falte materia à su paciencia, vive muy trabajada de enfermedades, las quales tuvieron principio de un cancer, que la diò en el rostro ; pero fuè, porque ella le pidiò à Dios, que se le afeasse, en castigo de las culpas, que huviesse hecho cometer, con el cuidado que de èl havia tenido en el tiempo de sus verdores. Supo esto el Padre Francisco ; y aunque la alavò su fervor, compuso con Dios, por medio de San Cyro, cuya Reliquia aplicò à la Enferma, que el cancer no cundiesse à las demàs partes de su cuerpo, y que en la cicatriz, que èl dexasse, naciessen varias costrillas; con que se logrò, que no peligrasse la vida, y que le quedasse disfigurado el rostro.

Siguióse à los dichos otro prodigioso sucesso, que depuso

puſo, como teſtigo de viſta, Franciſco Giove, Congregante de la Miſsion, por eſpacio de treinta y ocho años. Eſte depone, que el año de mil ſeiſcientos y ochenta y ſeis fué à predicar el Padre Franciſco al Arravàl, que eſtà enfrente del *Puente de Chiaya*. Tomò ſitio, entre el Convento de Santa Cathalina de Sena, y la Parroquia de Santa Ana, y era immenſo el Pueblo que le oía. En eſtas circunſtancias, dos Damas Corteſanas tenian prevenida Carroza para ſalirſe á divertir con dos Amigos ſuyos à las orillas del Mar, Pareciòles, que la Platica del Padre Franciſco iba larga; y aſsi, no eſperando à que la concluyeſſe, tomaron el Coche, y dixeron al Cochero, que caminaſſe, ſin reparar en que era preciſo paſſar por medio del Auditorio, que havia concurrido á oìr al Miſsionero; el qual reconociendo la reſolucion intrèpida de aquellas Mugeres, exclamò, diciendo: *O Santo Dios! no creyerà yo, que huviera en eſta vecindad Deydades tan ſobervias, que no tuvieran reſpeto à vueſtra Sacra Deydad.* Dixo; mas viendo, que eſta exclamacion no era baſtante para que la Carroza ſe detuvieſſe, y que yà empezaba à turbarle ſu Auditorio, movido de eſpiritu ſuperior, ſe baxò del Pulpito, y poniendo el Crucifixo en la tierra, bolviò á exclamar: *O mi Crucificado Dueño! yo quiſiera vèr ſi el reſpeto à que os faltan los que vàn en eſſe Coche, os le tienen los Cavallos, que le tiran.* Coſa por cierto prodigioſa! Los dos Brutos, doblando aun miſmo tiempo al ſuelo los brazos, ſe arrodillaron, y ſe eſtuvieron aſsi por eſpacio de medio quarto de hora. Con tal novedad atonitos los preſentes, concurrieron mas de cerca à informarſe mejor del prodigio, que veìan; y finalmente, pararon en copioſas lagrimas ſus piadoſas admiraciones. El Cochero, que fuè el mas immediato teſtigo de eſta maravilla, ſe ſorprendiò tanto de ella, que cayò de la almohada, mas que deſmayado, difunto; pero bolviò en sì ſolo con tocarle nueſtro Franciſco con la mano la cabeza. Una mùger, que eſtaba preſente, y era del miſmo exercicio, que las que iban en la Carroza, ocupada de un reverente paſmo, ſe facudiò de èl para cor-

Arrollillauſe dos Cavallos à viſta de el Crucifixo.

Cae el Cochero como difunto.

Buelve en sì al contacto del Padre.

Convierteſe una Muger.

correr animosa por medio de la muchedumbre, y anegandose en llanto, le pidiò al Padre, con instantes suplicas, la pusiesse en lugar donde pudiesse, con su penitencia, dàr à Dios alguna satisfaccion por sus passados delitos. Oyòla el Missionero con el gusto que se puede considerar; y llamando à dos de los Oficiales de la Congregacion, que tenia señalados para estos piadosos oficios, se la entregò, y la pusieron en parage, donde lexos de los peligros pudiesse darse con seguridad à las virtudes. Este fuè el fruto de aquel prodigio; pero quien podrà creer donde llega la dureza de aquellas Almas, que imitan al yunque, el qual, quanto mas le golpean, mas se endurece? Digolo, porque aquellas infelices, por quienes singularmente se havia executado esta maravilla, no quisieron aprovecharse de ella; no lloraron, no se arrepintieron, sino que con grande desembarazo, aunque avergonzadas, por el mucho Pueblo que las veìa, saltaron con sus Galanes de la Carroza, y se escondieron en su casa. Entonces levantò el Crucifixo del suelo nuestro Francisco, y como si con esso les diesse licencia para andar, recobraron los arrodillados Brutos sus movimientos.

Conversion de un Hombre, que havia llamado al Demonio para entregarle su Alma.

Dos sugetos he de introducir ahora juntos en esta narracion, por haver sido muy semejantes en haverlos libertado Francisco de las gargantas del Infierno. El uno fuè un Mozo, à quien su infame apetito à prohibidos deleytes, le enseñò à executar torpissimas maldades; pues aficionado ciegamente à una Muger, para lograr su correspondencia, fuera de valerse de las comunes artes, que dicta un loco amor; viendo que estas no aprovechaban, se valió de los hechizos: mas reconociendo, que estos tampoco eran eficaces; llegó à tanto su ceguedad, que por medio de encantamientos llamó al Demonio, ofreciendole, le entregaria su Alma, con tal, que le pusiesse en possession de su deseo. Dos misericordias vsò Dios con este miserable: La primera fuè, impedir, que el Demonio respondiesse à sus llamamientos: y la segunda, conducirle à que oyesse (aunque de muy mala gana) un Sermon de nuestro Missionero; pero por él llenò Dios de tan activas lu-

luces aquel entendimiento obscurecido, que reconociò perfectamente la gravedad de sus maldades, y arrepentido acudiò à deponerlas, entre fervorosas lagrimas, y abundantes suspiros, à los pies de aquel Hombre, por cuya voz Dios le havia comunicado tanta luz. La otra fuè una Muger, que una mañana llegò al Confessonario del Padre Francisco, y le dixo: *Padre, yo soy una Alma totalmente perdida: yo estoy condenada; no obstante vengo à vos, à que me digais si puede haver medio para salvarme? Si le havrà*, (respondiò el Padre) *mediante la Divina Misericordia, y vuestro arrepentimiento; y assi, decidme, qual es vuestro cuidado, y qual el motivo de vuestro ahogo.* (Padre le respondiò) *Sabreis, que por algunas graves imposturas, y falsos testimonios, que se han dicho de mi familia; concebì un odio rabioso, y mortal contra los sugetos, que nos han ofendido. Este odio produxo en mì unos vehementissimos deseos de vengarme, y los comuniquè, para que me los cumpliessen, à unos hijos grandes, que tengo; mas para evitar otras mas ruidosas venganzas, que maquinaban mis hijos, los persuadì, que por medio de ocultos hechizos, reduxessen à nuestros ofensores à estado tan lastimoso, que no pudiessen ofenderos mas, y pagassen lo que nos havian ofendido. En esta obstinacion he durado muchos dias; mas esta noche haveis de saber, que he visto una Casa toda llena de voracissimo fuego, entre cuyas horribles llamas vì muchas Almas; pero especialmente reparè en tres, que yo hè conocido en esta vida; y una de ellas me dixo: Yo estoy en este lugar condenada por un odio, que tuve, y yà mis penas no tendràn fin. Advierte, que si tu no perdonas, vendràs à acompañarme entre estas llamas, y para siempre. Esta vista, Padre mio, y estas voces* (concluyò) *me han dexado fuera de mi, no sè donde me estoy; el pabòr que hè concebido me persuade, que yà para mì no ay salvacion; pero, no obstante, espero, que me deis medio, para que perdonando yo de veras à mis enemigos, cobre esperanzas de entrar en el Reyno de los Cielos.* El Padre la propuso tales consideraciones, y la diò tan saludables avisos, que se restituyò consoladissima à su casa.

Exemplo contra los vengativos.

Otra

Exemplo contra los que dexan la confesion para la hora de la muerte

Otra nocturna, y myſteriosa viſion atraxo tambien à las manos del Padre Franciſco à otra alma, que en otras ocaſiones no havia hecho caſo de ſus ſaludables conſejos. Era un hombre tan dado al vicio, que eſtando caſado, eſtuvo por ſeis años amancebado con otra muger, tambien caſada. Franciſco, que havia llegado à ſaber ſus culpas, procurò varias veces, con amiſtoſas converſaciones, ſacarle de ſu mal eſtado; mas èl reſpondia, que le levantaban teſtimonios, que al Padre le engañaban; y concluía con pedirle, que le hicieſſe mas merced, y ſe perſuadieſſe à que, aunque malo, no lo era tanto, como le decian. No dexaba por eſto de aſsiſtir algunas veces à los Sermones del Padre, quizàs con el fin de proſeguir engañandole, pues de ellos no ſacaba el fruto de retirarſe de la amiſtad de aquella Muger. Mas Dios, compadecido de eſte Ciego, le embiò una enfermedad, con que empezaſſe à abrir los ojos; y una noche de ella tuvo la viſion ſiguiente, que èl refiriò en eſtos terminos al P. Franciſco: *Yà es tiempo*, (*le dixo*) *Padre mio, de hablar verdades, confeſſandoos ſinceramente, lo que haſta aqui os he negado. Yo quiero ſalvarme, para lo qual os declaro, que ha tanto tiempo, que ſiendo yo caſado, vivo mal, con una Muger, pueſta tambien en eſtado del Matrimonio: Lo que ahora me obliga a haceros eſta ingenua confeſsion, es, que eſta noche, eſtando bien deſpierto, vi al piè de mi cama dos Perſonas ſentadas en dos ſillas: La una tenia trage negro; y la otra veſtido blanco; eſta empezò à hablar, y dixo: Un pecador de toda la vida, es muy dificil pueda confeſſarſe bien à la hora de la muerte; y aſsi, poca, ò ninguna eſperanza puede haver de que ſe ſalven los que para aquella hora dexan la confeſsion, y el cuidar de los intereſſes eternos de ſus conciencias. No teneis razon* (*reſpondiò el Negro*) *porque qualquiera puede encontrar el perdon de Dios, en la muerte, aunque haya ſido muy vicioſo toda ſu vida; y aſsi, puede vivir ſiguiendo ſus guſtos, y luego en la muerte ſalvarſe. Eſſe es error* (*replicò el Blanco*) *porque aunque ſe pueda hacer tal qual acto bueno al tiempo del morir; por los malos ha-*

habitos, antes adquiridos, se hace muy dificil el de la confesion; porque la gran fuerza de la mala costumbre, aprisiona al alma, para que no execute con las debidas circunstancias aquellas diligencias, que le son tan precisas para salvarse. No es esso verdad, (replicò el Negro) y es hacer agravio à la Divina Misericordia. Es verdaderissimo, (dixo el Blanco) pues lo es, el que la Justicia Divina suele castigar en la muerte à los que en la vida no han querido valerse de los favores, y avisos de la Misericordia. Assi, Padre Francisco, prosiguieron altercando (dixo el Enfermo) los dos sugetos, que os hè referido, hasta que, ultimamente, el del vestido negro callò, como quien estaba concluìdo, y no tenia mas que decir; y à vista de esto el del vestido blanco cantò la victoria, dando palmadas, y despreciando à su Competidor con el gesto de su rostro; y assi desaparecieron: y yo, atemorizado con el discurso que havia oìdo, me cubrì de un sudor frio, y sentì una congoja tan terrible, que me obligò à pedir à gritos, que os llamassen. Aqui me teneis, Padre, logrèmos el tiempo, que yo quiero hacer una buena confesion, para assegurar lo que me importa tanto, como es salvarme. Assi lo executò el Padre Francisco, quien no dexò de assistir al Enfermo todo el tiempo, que le durò la vida.

Raro castigo de Dios, executado en un Pecador.

No puedo omitir el caso, que ahora referirè; porque aunque es verdad, que en èl no tuvo accion el Padre Francisco, quiso Dios, que por su medio le supiessemos, y puede ser de mucho provecho para las Almas. Vino, pues, en una ocasion à confessarse con èl un Mozo, y le dixo assi: *Padre, yo vengo à referiros, para que, si quereis, lo digais en vuestros Sermones, una gran misericordia, que Dios hà obrado conmigo, despues de haverme castigado con los severos, aunque muy merecidos golpes de su Justicia. Sabreis, Padre, que yo, en mi tierna edad, me acostumbrè à cometer un gran pecado, aunque sin entender por entonces que lo fuesse: supelo despues, pero prosegui en executarle; por que se me havia hecho natural, en fuerza de la arraygada costumbre. En este estado vivia, quando de repente un dia se me descompuso el juicio, se me perturbò la fantasia con una*

una interior violencia, que me obligò à creer, que no era Hombre, ſino Bruto; y aſsi me ſalì al campo à vivir como ellos, caminando en quatro pies, y comiendo yerva. Pero ſingularmente me veìa preciſado a andar entre los Animales inmundos, imitandoles todas ſus operaciones, ſus gruñidos, bozar la tierra, &c. deſnudo, expueſto al Sol, à las lluvias, al frio, y à todas las inclemencias de los temporales: ultra de eſto, me llenè de guſanos; y aſsi, algunas veces, que queria recogerme à las Chozas de los Paſtores, viendome tan aſqueroſo, me echaban de ellas a palos, con que no me quedaba mas abrigo, que el de la capa del Cielo. Aſsi paſsè, Padre mio, un año; mas al fin de èl, la miſericordia Divina, me reſtituyò el juicio: ſerenò mi perturbada fantasia; y en fin, me diò luz para conocer, que mis culpas havian ſido la cauſa de haverme viſto en tan laſtimoſo eſtado. Retirème del Campo, me confeſsè, y por la Gracia de Dios, deſde entonces vivo con devocion, y obſervo unas chriſtianas coſtumbres. Aqui acabò ſu relacion, de la qual debe inferirſe, que juſtiſsimo Dios, à veces condena à vida corporal de Brutos á Hombres, que como Brutos quieren vivir, encenagados en ſus vicios. Eſte caſo, aunque extraordinario, no debe dificultarſe como impoſsible, pues es tan ſabido en la Sagrada Eſcritura, el memorable exemplo de Nabucodonoſor, Rey de Babylonia, à quien por ſu altaneria, y ſobervia vanidad, condenó Dios à vivir, como ſi fuera Buey, paſtando el heno del campo. De verdaderas Hiſtorias ſe ſabe, que à Teridate, Rey de Armenia, por las grandes crueldades, que executó en San Gregorio Armeno, le caſtigò el Cielo, deſterrandole à vivir en las Selvas, transformado en immundo Bruto: Y tambien ſe ſabe, que los dos, deſpues de experimentar el azote de el caſtigo, ſe reconocieron, ſe humillaron, mudaron penſamientos, lloraron ſus culpas, y recobraron ſu antigua figura, y eſtado de racionales.

***

CA-

CAPITULO XV.

ASSISTE EL PADRE Francisco à varios sugetos especialmente favorecidos de Maria Santissima.

LA Gran Reyna de los Angeles, que como yà diximos, traxo à Francisco de Geronymo à la Compañia de Jesus en el dia de su Visitacion, para que trabajasse en sacar à las Almas de las culpas, como su Magestad, en semejante dia, libertó de la original à su Sobrino el Baptista; no se olvidò de favorecer, y visitar à otras criaturas, interessando à Francisco de Geronymo, en que ultimamente las librasse de las prisiones de sus delitos. En una ocasion se puso à sus pies un Sacerdote, que haviendo estado quatro años empleado en cometer enormes sacrilegios; caminando de abysmo en abysmo, desde el de la culpa, havia parado en el de la desesperacion. Preguntòle Francisco, despues de oirle con grande afabilidad, qual havia sido el motivo que havia tenido para salir de un estado de tanta obscuridad, à la luz de la Soberana Gracia? Y à esta pregunta respondió, no sin lagrimas, el Sacerdote: *Padre, dos noches hà, me pareciò, que estando en el Templo, veia una Señora de especialissima hermosura, y magestad: puso en mì los ojos, pero tan llenos de seriedad, que del todo me aterrò. Puseme de rodillas, y con grandes ruegos la pedì apiacasse las iras con que me miraba; y experimente, que mis gemidos movieron de modo sus piedades, que mudando de semblante, me mirò ya con ojos alagueños, y amorosos, y que hicieron en mi tal impression, que concebì un proposito de venir quanto antes a ponerme à vuestros pies: à ellos me teneis, sacadme, Padre, de estado tan infeliz, que quiero empezar à servir, con todas veras, à la Gran Reyna, que sin merecerlo yo, tanto me ha favorecido.*

Conversion de un Sacerdote, apareciendòsele la Virgen.

Mas tuvo que trabajar la Dulcissima Señora con otra Alma, à quien no bastò aparecersele, sino que positivamente la mandò se rindiesse á los pies del Padre Francisco, para que purificada, la colocasse en las manos de su Hijo Soberano; esta fuè una muger, que por espacio de

Muger perdida, convertida por el mismo medio.

otros quatro años fuè ruina de la Juventud Napolitana, à quien combidaba à torpezas, y liviandades. En eſte tiempo havia oido algunos Sermones de el Padre Franciſco; pero ſin que la hicieſſen fuerza ſus razones, y deſengaños: No obſtante, llegò el caſo de que ſu conciencia ſe turbaſſe con unos bien nacidos eſcrupulos: conocia la gravedad de ſus culpas, y delitos; quiſiera dexarlos, pero de eſte buen penſamiento la apartaba la conſideracion, de que hallandoſe en los años mas floridos, debia en ellos dàr lugar à los deleytes, dexando para deſpues la enmienda de ſus coſtumbres: Batallaba la razon con el apetito, pero no reſolvia el rendirſe à la razon. Huvo vez, en que yendo à buſcar à nueſtro Miſsionero, y encontrandole, ſe bolviò à ſu caſa con ſus culpas, vencida de la verguenza de confeſſarlas. En eſtas batallas eſtuvo deſde el mes de Marzo, haſta la mitad de Mayo, dia deſpues de la Paſqua de Eſpiritu Santo. En eſte dia ſe recogiò à dormir la ſieſta, y en el ſueño ſe la repreſentò un hombre, que la ofreciò un crecido talego de moneda, con tal, que no ſe apartaſſe del ruin trato, en que vivia. Aunque dormida, reſiſtiò eſta tentacion, como tambien à otra, que el miſmo hombre la propuſo; y fuè, rogarle que, ni ſe cortaſſe, ni ſe dexaſſe cortar el pelo. A conſecucion de eſtas repreſentaciones, y de ſus reſiſtencias, ſe ſiguiò ponerſele delante una Señora de ſingulariſsima hermoſura, y rodeada de celeſtiales reſplandores, que la dixo: *Ea, què haces? Levantate; yà Franciſco viene con los ſuyos; por què tù no vàs à eſperarle?* No baſtaron eſtas voces para que todavia aquella muger no proſiguieſſe en ſu ſueño, y con tanta negligencia, que aquella Señora huvo de levantar la voz, para deſpertarla; dixola, pues, en voz mas elevada: *Què es eſto? Aùn duermes? Como no te levantas? No los oyes? Yà eſtà en la Plaza Franciſco.* A eſtas voces dexò la cama, llena de ſuſto, aquella muger, yà feliz; puſoſe en pie, y percibiò las devotas oraciones de la Congregacion de la Miſsion, y ſin eſperar à mas, ſaliò, como otra Magdalena, de ſu caſa: preſen-

sentòse à los pies del Crucifixo, que llevaba el Misionero, y le pidiò, cortandose antes ella misma el cabello, que la retirasse à algun Conservatorio, donde prosiguiesse las lagrimas, que havia empezado à derramar allì.

Asi se portò la Madre de Clemencia con aquella Alma, antes esclava de el demonio; pero mas piadosa anduvo con otro Hombre, empeñado en batallar con las Misericordias Divinas, procurando, quedassen estas vencidas de sus negligencias, y de sus repugnancias. Sentado estaba Francisco un dia en su Confessonario, quando se le puso delante un hombre, de edad crecida, y le dixo: *Padre, yo vengo à confessarme con V. Paternidad, de orden de la Santissima Virgen.* Hecha esta salva, prosiguió: *Hà veinte y siete años que no me confiesso; y aunque en el discurso de este tiempo me hè visto afligido, con muchos azotes de Dios, y hè oìdo varias veces vuestros Sermones; por entonces me atemorizaba, proponia mudar de vida, y confessarme; pero aun viniendo yà por la calle, para executarlo, mudaba de pensamiento, lo dexaba para otro dia; pero este nunca llegaba, porque procuraba divertirme con mis Amigos, y estos me llevaban à entretenimientos, y culpas, con las quales olvidaba los buenos propositos. Llegue à verme tan possèido, y vencido de la tentacion, que me havia resuelto à no confessarme jamàs, juzgandome abandonado de Dios, y solo nacido para parar en el Infierno: De aqui se siguiò, que ni aun aliento tenia para oìr una Missa, ni hacer otra obra de Christiano, viviendo, en fin, peor, que si fuera un Turco. Entre tanto abandono, solo me quedò una devocioncilla, y fuè, que en viendo alguna Imagen de la Virgen, me paraba, y rezaba delante de ella una Salve. Pero para que alabeis, Padre mio, las piedades excessivas de esta Gran Señora, Madre amorosa de pecadores, sabreis, que aquella devocion tan corta hà sido causa de mi remedio, pues havrà cerca de un mes, que estando durmiendo una noche, se me representò una Matrona hermosissima sobre toda com-*

Singularissima piedad de la Virgen con un envegecido pecador.

paracion, la qual, mirandome con semblante sèrio, me dixo: Què haces, que no te confiessas? Mira, que yo te mando, que mañana, sin falta, vayas à confessarte. *Y dicho esto, desapareciò; pero quedandome tan vivamente impressa en la Imaginacion la Imagen de aquella Señora, y tan fixas en el corazon sus palabras, que lleno de temor, y alegria, determinè venir à obedecerla, y à confessarme. Mas como estaba tan dominado de el demonio, venida la mañana, despreciè el sueño, persuadiendome à que por ser sueño, no debia hacer caso de lo que se me havia representado en èl, y assi, passè adelante con mi vida desastrada.*

Mas de allì à pocos dias, estando tambien dormido, bolvì à vèr à la misma Señora, con semblante mas severo, que la primera vez, y me dixo: Assi desprecias mis favores? A què esperas? Esperas à que mi Hijo te castigue, como mereces? Mañana confiessate. *Con este segundo aviso, despertè turbado, y confuso; y viendo, que con tales voces, y dichas por tales labios, se me amenazaba con la Justicia de Dios, derramando algunas lagrimas, hice proposito de ir a confessarme luego al punto, que amaneciesse. Llegò la luz de el dia, mas yo, miserable, me quedè en mi triste noche; porque el demonio me bolviò à desvanecer este intento, con la especie yà dicha, de que de sueños no se debe hacer caso. Con esto me venciò, y no me confessè. En fin, Padre, à la noche siguiente se me bolviò à aparecer la piadosissima Señora, y no yà con semblante solamente sèrio, sino terrible, me dixo*: Hombrecillo miserable, en què piensas, quieres condenarte, que assi has despreciado mis avisos? Cierto, que has correspondido bien à los beneficios, que te he hecho. Yà conozco, que los he empleado en un ingrato, aunque para haverlos gastado contigo, me ha servido de motivo la devocion, que has tenido con mis Imagenes; mas yà no passe adelante tu insensibilidad: no seas necio, examina tu conciencia, y procura purificarla de sus culpas; mira, que no he de bolver mas à repetirte este aviso. *A estas voces, y à esta reprehension, despaborido,*

y

y atonito, respondì: Señora, si hà veinte y siete años que no me confiesso, adonde, ó á quien podrè acudir, para que me oyga? Vé, (me dixo la Madre benignissima) *vè en casa de mi Hijo* (y conocì, que me decia à la Iglesia del Jesus) *busca à Francisco de Geronymo, y confiessate con èl.* Dicho esto, desapareciò. *Y yo, lleno de dolor, y lagrimas, vengo à buscaros, à que oygais mis maldades, y me ayudeis, libertandome de ellas, à quedar agradable à los ojos de aquella Divina Señora.* Assi dixo, y empezò, y concluyò su confession muy à satisfaccion de el Padre Francisco; y yo concluyo en esta materia, pidiendo al que leyere este caso, me acompañe à admirar, y alabar las amorosissimas entrañas de piedad de la Gran Reyna del Cielo, pues assi supo favorecer à quien, en casi nada, la havia servido. Cierto, que el hombre, que à esta Gran Madre no le entrega su corazon, no tiene corazon de Hombre.

*** *** ***
*** ***
***

CAPITULO XVI.

SINGULAR HISTORIA de una muger Soldado: Y de lo que en convertirla à Dios trabajò el Padre Francisco.

ES tan estraño el sucesso, que voy á referir ahora, que me ha parecido hacer de él mencion separada de los demàs grandes casos, que se hallan en esta vida. Y passò en esta conformidad. Huvo en Paris un Comerciante, llamado Francisco Casier, el qual, de su legitima muger Magdalena Olivera, tuvo dos hijas; la mayor se llamò Maria Luisa; y la segunda, Maria Alvina Casier. Estas Muchachas se criaron en la Religion Catholica, porque su madre lo era; pero el Padre, que era de Secta Luterano, esto lo llevaba pesadamente, y tan pesadamente, que à sus hijas no las podia vèr; y aunque procuraba impedirlo su madre, les daba fuertes mortificaciones, y asperos tratamientos. Muere Magdalena, y con esta ocasion Francisco determina levantar de casa, y llevar á sus hijas à Ginebra, para que

casadas allì, con professores de su Secta, se apartassen de la Religion Catholica. Intimòles el viage, y las dixo, que para poderle hacer con mas seguridad, y mayor desembarazo, era su gusto el que se vistiessen de hombres. No se atrevieron las muchachas á manifestar repugnancia, à nada de lo que su Padre les decia, porque tenian la experiencia de que se hacia obedecer à golpes. Empiezan sus jornadas, y haviendo en una de ellas llegado à un sitio, que con su frondosidad combidaba à los caminantes á que parassen à descansar alli, de las fatigas de sus marchas: las hijas consiguieron del padre, que se detuviesse á lograr de la amenidad de aquel sitio. El padre convino, y sentandose sobre la verde yerva, se quitò dos pistolas, que llevaba, y poniendolas junto à si, dixo à sus hijas, que estuviessen con cuidado, porque èl queria dormir un poco. Durmióse, y entonces las muchachas admitieron un funestissimo pensamiento, que fué, de quitar la vida à su padre, en venganza de las violencias, que las havia hecho, y de la que al presente les hacia en querlas apartar de la Religion Catholica Apostolica Romana. Concebido este pensamiento, passaron atrevidas à la execucion; resuelvense; toma cada una una pistola, de las que su padre havia apartado de sì, y apuntandole, una à la cabeza, y otra al corazon, dispararon; le quitaron la vida, y ocultaron el cadaver entre la broza, y maleza en que abundaba aquel sitio.

Executado hecho tan atróz, mirandose la una à la otra, se pasman de lo que han hecho, y entran en consulta, de lo que deben executar; hallanse vestidas de hombres: La una de quince años; y la otra de trece, y resuelven darse à vèr Mundo, discurriendo las principales Ciudades de Italia, mientras las durasse el dinero, que su padre difunto havia sacado de su casa. Siguiendo esta idèa, llegaron à Milàn, en ocasion en que se hacian Levas por el Rey de España, para reclutar el Exercito de Napoles, y Sicilia: yà el dinero se les iba acabando, y assi determinaron sentar Plaza de Soldados; y lo consiguieron, quedando admitidas en la Compañia del Español Don Ma-

Manuel de Arrieta. Y siendoles preciso tomar nombres con que disimularse; Maria Luisa, que era la mayor, tomò el de Francisco de Joseph: y la menor, Maria Alvina, se puso el de Don Carlos Pimentèl. Yà Soldados, cumplieron honradissimamente con sus obligaciones; estuvieron en Mecina un poco de tiempo, desde alli las passaron à Napoles, para la Guarnicion de aquella Ciudad, sin que sus Compañeros jamàs sospechassen ser mugeres; para lo qual conduxo mucho el que la naturaleza les diò unos rostros, no afeminados, sino varoniles. Estando, pues, en Napoles, mandó el Virrey Don Gaspar de Haro, Marquès del Carpio, que, entre otras, passasse la Compañia de Arrieta, à coger, y à castigar unos Vandidos, que despues de haver perturbado el Reyno con sus robos, y con sus maldades, se havian hecho fuertes en las Montañas del Abruzo; y assi, à esta expedicion huvieron de ir las dos hermanas. Fueron gustosas, porque deseaban ocasiones de lucir; pero antes de que las sigamos hasta el Abruzo, es menester dexar dicho, lo que con Don Carlos Pimentèl le havia yà passado al Padre Francisco de Geronymo.

Predicando un dia este, y oyendole Maria Alvina, entre otros Soldados, que en la Plaza de Castel-Novo se havian parado à oirle; reparò, que en todo el Sermon, el Padre, la estuvo mirando fixamente, de modo, que no havia poner en él los ojos, sin que se encontrasse con los de el Padre. Esto la hizo novedad; pero mas novedad la hizo, que al acabar el Sermon el Predicador, la llamò; se le diò muy por su amigo, se ofreciò à servirla en quanto se le ofrecieste; y ultimamente la pide se le dexe vèr en su Casa, porque tendria mucho consuelo en comunicarle. El señor Don Carlos agradeció la buena voluntad, que el Padre le manifestaba, y le diò el gusto, que le pedia, de ir algunas veces à nuestra Casa Professa. En estas visitas las conversaciones eran indiferentes, y se reducian à exortarle con generalidad, que viviesse christianamente, que tuviesse mucha devocion con San Cyro, y que procurasse dexar la Milicia, porque la vida de Soldado està llena de peligros para el

cuerpo, y de riesgos para el Alma.

Oìa Don Carlos, y alguna vez le respondiò, que estrañaba mucho inculcasse tanto en que dexasse la Milicia, pues el servir al Rey, no se opone al servir à Dios; y añadia, que èl no podia dexar de ser Soldado, porque siendo pobre, no encontraba otro modo de comer, ni otro modo decente de passar, y de vivir. Hasta aqui llegaba el conocimiento, y la amistad de este Soldado con el Padre Francisco de Geronymo, quando recibiò el orden de marchar con su Compañia contra los Vandidos de el Abruzo. Fuesse à despedir para esta jornada de el Padre Francisco, el qual le dixo, que no se olvidasse de la devocion de San Cyro, por si acaso necessitaba de su patrocinio en aquella Expedicion, en la qual no dexò de recibir Cartas suyas, en que le repetia, lo que le havia dicho à la despedida; y le importó, porque en ella tuvo mucho que padecer nuestro fingido Don Carlos. Tuvo, lo primero, la desgracia, de que en uno de los assaltos, que se dieron à la Torre en que se havian fortificado los foragidos, alcanzò una bala à su hermana mayor Maria Luisa, del qual golpe quedò muerta. Aqui la generosa, y alentada Maria, tuvo bien en que manifestar su esforzado corazon, pues tuvo que sentir la muerte de una hermana, y tambien cautelar, que al sepultar su cadaver, se conociesse, que era muger: y con todo cumpliò su bizarro espiritu; pues disimulando del todo su dolor, tomó sobre sus ombros el cuerpo de su querida hermana, y le retirò hasta donde, sin que nadie la viesse, le pudo dar sepultura.

De esta refriega, ù de otra, que huvo con los enemigos, tambien le alcanzaron à D. Carlos otras dos balas, una en un brazo, y otra en un piè. La herida del brazo amenazò cangrena, tan declaradamente, que el Cirujano llegò à decir seria menester cortarsele, bien, que esto no llegò à tener efecto; pues acordandose de las exortaciones del Siervo de Dios, y de lo que en sus Cartas le repetia, se encomendò con fervor à San Cyro, è immediatamente logrò los favores del Santo; pues haviendosele aparecido una noche, al

dif-

diſpertar por la mañana, hallò la bala fuera del brazo, la qual, por no haverla podido ſacar el Cirujano, era la cauſa de la amenazada cangrena. Con eſto, convalecida de ſus heridas, y finalizada aquella empreſſa, con utilidad comun del Reyno, bolviò à Napoles; y aunque al principio le hizo al Padre Franciſco algunos regates, para que no la encontraſſe, ni la vieſſe; Franciſco la buſcò, y de repente la dixo: *Que ſe confeſſaſſe. Padre* (reſpondiò ella) *ni ahora es tiempo, ni es ocaſion.* Inſta Franciſco, diciendo: *Sì, ahora es ocaſion, y ahora es tiempo. Pues, Padre* (replicò) *acaſo me quieren ahorcar, ò paſſar por las Armas?* No, dixo Franciſco; pero que, no os remuerde vueſtra conciencia, de algo de que ayais meneſter confeſſaros? *No, Padre* (reſpondiò con deſembarazo Soldadeſco:) *Yo ahora no tengo pecados. Como no?* (dixo entonces, aſſeriandoſe Franciſco, y ſacando el Crucifixo, que ſiempre llevaba en el pecho) *No es pecado, eſtar mintiendo al Mundo vueſtro ſexo, vueſtro trage, y vueſtro apellido? Si eres Muger, para què te finges Hombre? Si te llamas Maria Alvina Caſier, hija de un Mercader de Paris, para què has tomado apellido Eſpañol, y te haces llamar Don Carlos Pimentel? Si tienes tantos doblones coſidos en tu veſtido; por què me dices, que por pobre te vès preciſada à ſeguir la vida de Soldado? Me negaràs algo de eſto? No haràs; porque eſte Señor, que tengo en mis manos, me eſta diciendo, que eſto es aſsi; y en fin, para que vea, que no me engaño en nada de lo que la digo, quiero acordarle una coſa, que jamàs ha dicho à nadie. No es verdad, que entre tu hermana, y tù, diſteis la muerte à vueſtro miſmo padre; y que para ocultar vueſtro delito, ſepultaſteis ſu cuerpo entre las brezas, y eſpeſas ramas de un boſque? Pues ſi todo eſto es cierto, como me dices no tienes pecados de que confeſſarte?* A palabras tan ponderoſas enmudeciò del todo Maria Alvina. El eco, que hicieron en ſu corazon, ſe le conociò, en la demudacion palida de el ſemblante; admirò, que el Padre ſupieſſe tan menudamente todas las ac-

acciones de su vida, y que ella havia procurado, y aùn conseguido estuviessen escondidas à los ojos de los hombres. Con esta turbacion proseguia en callar; no negaba lo que el Padre decia, pero tampoco se determinaba à confessarlo; y el arbitrio, que tomò en este lance, despues de un gran rato de suspension, fué decir, que el dia siguiente iria à verse con el Padre despacio, porque acerca de lo que le havia dicho, tenia mucho que responder. Assi ofreciò, pero sin animo de cumplir; solo fué su assumpto evadirse por entonces de las manos de quien tan claramente le havia leìdo su corazon, y tomar tiempo para discurrir nuevos disimulos, con que llevar adelante sus engaños.

No le valiò su industria; aunque en estas circunstancias se le vino à la mano una, con que creyò poder faltar à lo que havia ofrecido, sin que el Padre pudiesse darse por agraviado; y fuè, el que aquella misma noche diò orden el Virrey de que al otro dia saliesse de Napoles, para la Toscana, la Compañia de Don Manuel de Arrieta. Este orden le oyò con sigular gusto, Maria Alvina, pues partiendo al dia siguiente con tanta precision, el P. Francisco no podia culparla no le cumpliesse la palabra, que le havia dado, y trampeado este lance, creyò, que mediando su ausencia, el Padre cessaria en su instancia, y ella podria proseguir su fingimiento. Alegre, pues, de haver encontrado este escape à caso tan apretado: resolvia escrivirle à la mañana un papèl de escusa, y de despedida.

Pero Dios empeñado en hacer suyo aquel corazon, desbaratò facilmente toda esta idèa. Y el modo fuè. Ir al dia siguiente muy temprano el Padre Francisco al Castillo. Hizo que le llamassen à Don Carlos Pimentèl: el qual aunque se fastidió de las eficacias del Missionero, como tenia, à su parecer, tanto motivo para burlar sus eficacias, baxò, y con risueño semblante (despues de haverle agradecido huviesse madrugado tanto para favorecerle) añadiò: Padre Francisco, yo iba ahora à escriviros un papèl, dandoos cuenta de como mi Compañia ha recibido orden para salir oy, sin falta de Napoles, y que assi no echaseis menos no fuesse à cumpliros la palabra dada: y

que

que para tener una marcha felìz, pediros me dieſſeis vueſtra bendicion.

Sonrièſe à eſto el Padre Franciſco, y la dixo: *Eſſe no puede ſer motivo para que no me cumplais la palabra; antes bien vengo à que me la revalideis, porque revocando el ſeñor Virrey ſu orden, vueſtra Compañia no ſalèrà de Napoles; y aſsi, para mañana, ſin falta, os eſpero en mi Confeſſonario; dadme eſte guſto, y tened por cierto, que Dios os favoreceràs.* Que el Padre aqui hablò profeticamente, ſe conociò en que el Virrey aquel dia revocò el orden, que havia dado; con lo qual Don Carlos, que eſtaba yà tan cerca de dexar de ſerlo, fuè à verſe, finalmente, con el Padre en ſu Confeſſonario.

Entrò en la Igleſia, y èl la ſaludò afable, y cortès, y la confeſsò eſpacioſamente del parricidio, y de todas las demàs culpas, que havia cometido en ſu vida. Deſpues la hizo comulgar, y la mandó, que por todo aquel dia aſsiſtieſſe à los piadoſos, y devotos Exercicios, que ſe practican en nueſtra Igleſia. Llegò la noche, y antes que ſe eſtendieſſen ſus ſombras; llamandola à una Capilla obſcura, donde la tenia prevenidos veſtidos de muger; la dixo, no ſin gracia: Yà ſeñor D. Carlos llegò el tiempo de que con eſte nombre dexe V. md. eſſe traje: yà llegò el tiempo de que poniendoſe eſte veſtido, que le tengo prevenido, la conozca Napoles por Maria Alvina Caſier. Obedeciò á eſtas voces, mudò veſtido, no ſin algunas lagrimas, y proſiguiendo el Padre Franciſco en ſus cuidados; con una Muger anciana, que tambien tenia prevenida, para que la acompañaſſe, paſsò à depoſitarla en caſa de la Excelentiſsima ſeñora Condeſa de Santiſtevan, entonces Virreyna de Napoles. Informò à ſu Excelencia de todo lo que pudo (por aquellas circunſtancias) acerca de aquella mudanza; y ultimamente la ſuplicò, tuvieſſe en ſu caſa à aquella Muger, mientras èl tomaba providencia para ponerla caſa. Su Excelencia lo executò con gran guſto, y la tuvo en ſu Palacio quatro meſes, tiempo en que el Padre à vivas diligencias conſiguiò, que por la Real Camara ſe la ſeñalaſſe, y pagaſſe el ſueldo de Soldado Veterano; pues aunque muger, le merecia, por haver ſi-

do

do Soldado, y haver cumplido à satisfaccion con sus obligaciones. Esta Muger muriò el año de veinte y siete del corriente siglo: Y esta es aquella Maria Alvina Casier: que haviendo sido Penitenta del Padre Francisco de Geronymo, desde que la convirtiò à Dios; fuè testigo de muchas de las maravillas que executò, y que autenticamente las depuso. Por lo qual, bolverèmos hacer muchas veces mencion de ella en el Discurso de esta Historia.

CAPITULO XVII.

APLICACION DEL Padre Francisco, à mantener constantes en sus propositos las Almas que convertia: y la admirable destreza con que manejaba el Confessonario.

DOtòDios à este Siervo suyo de Gracia tan singular para el bien, y aprovechamiento de las Almas, que no solo sus voces las atrahìan à Dios; sino que despues se mantenian constantes en la virtud, à que las havian aficionado sus voces. Esto no pudo ignorarlo el mismo Padre, que fuè testigo, en muchas ocasiones, del fervor, y constancia con que duraban en sus buenos propositos aquellos sugetos, que por sus Sermones se havian determinado à salir del cieno de sus culpas. Darè de esto uno, ù otro caso, que lo confirme: que decirlos todos, fuera dilatarnos demasiado.

Un Joven de veinte y un años llegò à confessarse con el Siervo de Dios, con tanta compuncion, y con tal delicadèz de conciencia, que aunque havia quince dias que no se confessaba, apenas llevaba materia de absolucion. Viendo esto el Padre, le preguntò, admirado: *Si havia siempre vivido assi. Ojalà, Padre mio,* (respondiò el Penitente) *que yo huviera tenido essa fortuna; pero por mis pecados la perdì. Solo havrà un año, que vivo retirado de las culpas, que antes no havia en el mundo mayor pecador, que yo. Pues què motivo tuvisteis* (le preguntò el Padre) *para la mudanza de vuestra vida? El motivo que tuve* (respondiò) *fuè oir entonces uno de vuestros Sermones, y con èl me tocò Dios tan vivamente al corazon, que determinè darme del todo à su Magestad, y assi lo he cumplido, mediante su Poderosa Gra-*

Frequencia de Sacramentos Modo de mantenerse en la gracia.

Gracia, y acudir de quince en quince dias al Tribunal de la Penitencia.

Lo mismo.

En otra ocasion, predicando Francisco en la Plaza, que se llama de la *Charidad*, (por un Templo, que ay en ella con este nombre) passò una Muger; miròle con atencion, reconociòle, y en alta voz, sin reparár en los muchos que la oían, dixo: *Predicad, Padre, predicad, no os canseis. Id muchas veces à hacer vuestras Platicas à tal parage*, (y le nombrò uno de los sitios de las Casas publicas) *en el qual, por espacio de veinte y quatro años, yo vivì en pecado mortal; y sabed, Padre, que una de vuestras Platicas me sacò de estado tan infeliz; dexè mi mala vida, me casè, y desde aquel tiempo (gracias à Dios) confessando, y comulgando cada ocho dias, me mantengo en la Divina Gracia.* Assi dixo; y dexando admirados, y edificados à los presentes, prosiguiò su viage.

Aunque es verdad, que en esta materia, segun los casos referidos, Dios le hacia tanta costa: tambien es verdad, que Francisco no se descuidaba en mantener constantes en sus buenos propositos à los que con sus Platicas convertia. Sabia muy bien, que en los Sermones, los corazones, y las voluntades se commueven por la eficacia, que de suyo tiene la Palabra Divina: sabia, que entonces se afervorizaban para vencer las dificultades que se ofreciessen; pero tambien sabia, que es necessario á tales sugetos tener Director, que les ayude à vencer las dificultades, y à precaverse de los demàs peligros, y riesgos, que suele haver en el camino de la virtud. De aqui nacia, que con todos aquellos, que movidos de sus Sermones, se valian de su direccion, cumplia exactamente con todas las obligaciones, que dicta en tal oficio la prudencia; de modo, que era la idèa, de còmo debe ser, un perfecto Confessor; y su principal cuidado le ponia en retirar à sus Penitentes de lo que pudiesse serles ocasion de bolver à la culpa. Esto se viò en muchos casos, que passaron en su Tribunal; pero principalmente en el que ahora referirè.

Vivió en Napoles una Muger de mucha, pero malissima fama. Era el escandalo de la Juventud, y la Scila, y Caribdis, donde nau-

naufragaban, y se perdian los mas pingues Mayorazgos. Viòse por esso muy rica, y muy llena su casa de aquellas preciosidades, de que despojaban las suyas, los ciegos locos, que la comunicaban. Aunque eran tantas las culpas de esta muger, puso Dios en ella los ojos, y para salvarla, la hiriò con una enfermedad grave, y dilatada, de la qual, como durò mucho tiempo, vino à quedar muy pobre, porque en el recobro de su salud fuè gastando sus passadas grangerias, pero sin mas fruto, que no convalecer, y verse falta, aun de lo preciso para vivir. Con estos dos tormentos de la vida humana, pobreza, y enfermedad, la tenia Dios afligida, y queria atraherla, y enseñarla el camino de la virtud; que para aprender, y adelantar en esse camino, son utiles Maestros la Pobreza, y la Enfermedad. A esto añadió el favor de que oyesse desde su casa, un Sermon, que hizo el Padre Francisco en su vecindad: Quedò herida de la viveza de los desengaños, que oyò, y determinò llamar, para su remedio, y para su consuelo, à aquel Padre. Acudiò Francisco con la promptitud, que solia, quando le llamaban los Enfermos. Entrò en su casa, y apenas le viò, quando, casi sin libertad, se arrojò de la cama, para ponerse à sus pies, clamando à gritos: *Padre mio, yo soy una muger perdida; pero para no acabarme de perder, pongo mi alma en vuestras manos, cuidad de ella, para que logre su salvacion.* El Padre la mandò se bolviesse à la cama: alentò su corazon atribulado, y luego, con grande afabilidad, la dixo: *Hermana, si he de cuidar de vuestra Alma, lo primero que os debo advertir, es, que no estais bien en esta casa, donde Dios hà sido ofendido tantas veces de vos, y de los còmplices de vuestras culpas; y assi, para que os confesseis bien, la primera diligencia debe ser salir de aqui. Ay, Padre* (dixo ella entonces) *donde puedo ir, no teniendo aqui parientes; y estando tan pobre, quien me querrà recibir, y favorecer en su casa? No os desconsoleis por esso* (dixo el Missionero) *que yo os propondrè un partido, que es algo estraño, y dificultoso; pero pues no ay otro medio, el abrazarle serà preciso: yo os harè conducir al Hospital de los Incurables; sè, que alli, por hacerme mer-*

Enfermedad, y pobreza. Medios de traer Dios los Pecadores à sì

merced, os recibirán con amor, y yo os ofrezco de mi parte una cordial aſsiſtencia por el corto tiempo, que os queda de vida. Ea, animarſe, y no hay que hacer caſo de reſpetos humanos, por atender à intereſſes de tanta importancia, como ſon los de vueſtra conciencia. No dexò de manifeſtar la enferma alguna repugnancia al oìr la voz *Hoſpital*; pero venciòla, y con muchas lagrimas, y encongiendoſe de ombros, dixo: *Padre, yo eſtoy, como os he dicho, en vueſtras manos; ſalvad mi Alma, y mas que me pongais en una Cavalleriza. Pues, Hermana mia, vamos, vamos, y eſſa mortificacion que ſentìs* (dixo el Miſsionero) *ofrecedſela à Dios en ſatisfaccion de vueſtras culpas.* Llevaronla al Hoſpital, y allì la oyò el Padre ſu general confeſsion, acompañada de tan doloroſo llanto, que apenas podia pronunciar palabra: ſobreviviò ſolos dos meſes, bolviendoſe à confeſſar en ellos con frequencia: viſitabala todos los dias el Padre, alentandola à la paciencia, y à las demàs virtudes; y aſsi, entre repetidos actos de contricion, y muchas ſeñas de predeſtinada, paſsò deſde eſta vida à la eterna. Quien à viſta de eſte caſo, no admirarà, y alabarà la ſuave condicion de la Miſericordia Divina, para con los mayores pecadores? Y quien no alabarà tambien la induſtrioſa, y conſtante charidad para con los miſmos, del Padre Franciſco de Geronymo?

Confeſſion de 22. años.

Eſta ſanta entereza, que obſervaba Franciſco con los Penitentes, que llegaban à ſus pies, la acompañaba con tan grande afabilidad, y dulzura, que facilmente vencia las repugnancias, que podian tener en el cumplimiento de aquellas condiciones, que les ponia; como tambien en decirle (fueſſen las q̃ fueſſen) ſus culpas. Tanto fuè eſto, que en una ocaſion le ſucediò llegar à ſus pies un pobre Oficial, que havia veinte y dos años que no ſe confeſſaba: ſupolo eſto un hombre piadoſo, amigo ſuyo, y reconociendo, que aquel ſilencio tan perjudicial, nacia del miedo, que havia cobrado à los Confeſſores, y à que eſtos le riñeſſen mucho; le exortò à que fueſſe à confeſſarſe con el Padre Franciſco, añadiendo, que en èl encontraria un Hombre, que no ſabia enojarſe con los Pecadores, tanto, que quando eran ma-

Lo que importa un buen conſejo, y un buen Amigo.

yo-

yores, los trataba con mayor dulzura. El Oficial lo creyò; y experimentò ser asi, pues le oyò, y con suma serenidad su confession, que durò tres dias. Y no fuè esto lo mas, sino que cada dia le daba una limosna, correspondiente à lo que havia de ganar en su oficio, si no estuviera ocupado en aquella obra tan importante à su conciencia. Quedò de esto el pobre Oficial tan gustoso, y tan admirado, que no dudò de decirles à todos sus amigos, lo que con el Padre Francisco le havia passado; pero principalmente se declarò con quien le havia aconsejado, que le buscasse, diciendole: *Amigo, os doy immortales gracias, por el consejo que me disteis, de que me confessasse con aquel bendito Padre: No se hallarà hombre mas benigno que èl; y en una palabra, dirè, que dandome limosnas, para que mantuviesse mi familia, en los dias que gastè en mi confession; parece, que me pagaba el que le confessasse mis culpas.*

Otra rara Confession.

Fruto de esta misma dulzura, y afabilidad, que manifestaba tambien en sus Sermones, fueron las conversiones de otros dos Mozos perdidos; el uno vino à su Confessonario, y sin gastar aquellos preambulos, de que suele valerse el miedo, quando se llega con muchas culpas à los pies del Confessor, le dixo: *Aqui teneis, Padre, un Alma, tan sumergida en el cieno de torpes delitos, que no sè que haya llegado à vuestro Tribunal hombre mas perverso, ni mas perdido que yo. Al abysmo de mis males me atropellò el verme perseguido de la pobreza; vendida, y mal gastada toda la hacienda, que me dexaron mis Padres. Viendome sin que comer, me di à la desesperacion, y à bolver à Dios las espaldas, tan del todo, que hà muchisimo tiempo que no me confiesso, ni hè entrado en la Iglesia, ni hè oìdo una Missa, ni hè rezado un Rosario, ni aun hè hecho sobre mi la señal de la Cruz; ni se hà visto en mi la mas leve seña de christiano. A esto se añade, que hè llamado repetidas veces al Demonio; y porque no ha respondido à mis invocaciones, me hè valido de Hechiceras, para que con sus encantamientos me le pusiessen delante: Y en fin, Padre mio, yo no soy Hombre, soy un Demonio.* Assi dixo, y por el mismo caso el Padre Francisco le tratò

tan

tan benignamente, que por sus suavidades le hizo venir en conocimiento de las de la Misericordia Divina, y por este medio convertirle en un mar de tiernas lagrimas, con que borrò felizmente sus delitos.

Conversion de un Mozo, que havia hecho proposito de no confessarse jamàs.

El segundo, no desigual à este en su malicia, tambien se valió de la afabilidad, que el Padre manifestaba en sus Platicas, para venir à confessarse con èl; y assi, puesto en su presencia, le dixo: *Padre, yo tenia hecha firme resolucion de no confessarme jamàs, y el motivo era, el que un Confessor me negò una absolucion: y el haver depuesto este animo, se ha debido à la benevolencia con que desde el Pulpito tratais à los Pecadores; y assi, Padre, confessadme, que como Hombre, de vuestra palabra espero, no os escandaliceis de mis culpas, y que misericordiosamente me ayudeis à la enmienda de mi vida.* Assi lo executò Francisco, logrando, que aquel Mozo, de alli en adelante fuesse el exemplo de la Ciudad.

A los dos Mozos citados, quiero que se sigan dos malvados Viejos, cuyas conversiones se debieron tambien al suave trato, y agradable mansedumbre, con que Francisco se hacia dueño de los mas endurecidos corazones. Qual fuesse el caracter, y las señas de el primer Viejo, se pintarà bien por sus mismas voces, pues se explicò assi con el Padre Francisco, haviendo acabado de oirle una Platica: *Padre, esta es la primera vez (dixo) que en toda mi vida (y tengo yà sesenta y tres años) veo la cara de el Confessor: esta voz* Sacramento de Penitencia, Confession de culpas, *ha sido hasta ahora ignorada para mi: y si me preguntais, por què motivo hè huìdo siempre de un medio tan necessario para salvarse los hombres? Os respondo: Que porque yo, Padre, siempre he vivido à mi libertad, sin reconocer sugeto à quien tener sujecion, ni à quien le aya debido alguna enseñanza. Murieron mis padres, dexandome muy niño, y sin tener parientes, que pudiessen criarme. Tomè, luego que pude, la vida libre de Soldado. Quando me cansè de ella, me cansè por las fatigas, que le acompañan; pero me quedè con la aficion à la libertad, que en ella se logra; y assi, para com-*

Conversion de un Viejo de sesenta y tres años, que nunca se havia confessado.

continuarla, me vestì de Peregrino, y me dediquè à vèr mundo: Discurrì, no solo toda la Italia, sino la mayor parte de la Europa; sin mas fruto, que ir añadiendo culpas, y mas culpas à los delitos de mis primeros años: Con esto me vì en estado tan miserable, que lleguè à persuadirme, que para mi no podia haver Cielo, pues havia vivido siempre como un Gentil. Pudieron tanto conmigo esta tentacion, y el amor à mi licenciosa vida, que resolvì acabar en ella, hecho del todo el animo à condenarme. Este era mi despecho, Padre, quando ha querido Dios, que os oyga decir en una Platica, que venìs buscando Almas muy perdidas, y que tendreis gran gusto en encontrar algunas, que haya treinta, quarenta, ò cincuenta años, que no se hayan confessado. Y veis aqui una, que para mayor gusto vuestro, excede à las que buscais: Sesenta y tres años, buelvo a decir ha que no me confiesso; con que teneis à vuestros pies un hombre, mas viejo por sus culpas, que por sus años, pues tiene, aun siendo tantos, menos años, que culpas: Por tanto, por Dios os pido, que prosiga vuestra benignidad, descubriendome algun camino, para que despues de tantos precipicios, como son en los que me he hallado, pueda llegar à lograr mi, tantas veces desesperada, salvacion. Yà estas ultimas voces, las decia el Viejo anegandose en sus lagrimas; mas estas se las serenò Francisco con su acostumbrada suavidad, tanto, que en lugar de reprehensiones, empezò à darle muchas gracias. Admiròse el Penitente de ellas, y preguntò, que por què se las daba? *A mi, Padre*, le dixo, *que soy Reo de tantas culpas, que tengo tan ofendido à Dios? A mi, que hè passado mi vida entre tantos horrores? A mi me dais gracias? de què, Padre, de què? Hijo mio, mira* (le respondiò Francisco tambien llorando) *mira, gravissimas han sido, no lo niego, las ofensas, que en tantos años has hecho à Jesu-Christo: Crueliss imas las heridas, que has dado a tu conciencia; pero no obstante, te doy gracias de que no confessasses, ni recibiessis la Eucharistia sacrilegamente en el tiempo de la Pasqua: te quedo agradecido, de que no hiriessis el corazon, y el pecho de tu Redemp-*

demptor con essos dos sacrilegios mas. Veasse en esto donde rayaba la suavidad, y dulzura del Padre Francisco para con sus Penitentes, pues buscò modo de usarla con un hombre de tan repetidas maldades; agradeciendole no huviesse aumentado, con dos mas cada año, el numero de sus culpas.

Mezcla la blandura con la severidad.

Con el segundo Viejo, hombre tambien de vida estragada, usó del mismo modo, nuestro Missionero, de sus acostumbradas dulzuras; pero en verdad, que viendo, que estas no aprovechaban, se valiò de las severidades, executando una accion de aquellas, que suele el Espiritu Santo enseñar á sus Ministros, y sin cuyo especial impulso, ellos no las executàran. Encontròse el Padre Francisco con este Hombre en una calle; combidòle amigablemente à que procurasse su salvacion, por medio de una confession sòlida, y dolorida: mas èl tenia el corazon tan obstinado, que despreciò sus consejos. Entonces el Missionero, dexandose llevar de aquella ira, que dice el Apostol, que no es culpable, asiendole de la casaca, por el pecho, y dandole dos bayvenes, le dixo, con tono bastantemente elevado: *Venga acà, no me dirà, por quien se tiene, que tiene atrevimiento para no obedecer los consejos, que Dios le dà, ni responder à los llamamientos, que Dios le hace? Piensa acaso, que es hombre de tanta importancia, que si se condena, Dios se ha de poner luto por èl? Se condenan tantos Principes, y Reyes, y no hace sentimiento Dios, y pensarà, que ha de sentir el que èl se condene? Condenese enhorabuena, metase en el Infierno, que de èl serà toda la pena.* Estas palabras fueron bastantes, para que, abriendo aquel Hombre los ojos, se apartasse de su mala vida, y se aplicasse à fabricarse una buena muerte, aunque no empezó su arrepentimiento por golpes de pechos, que èl se diesse, sino por los que el Padre le diò.

Assi cumplia Francisco las obligaciones de un buen Confessor, y assi adelantaba en las virtudes, y en la vida Christiana à los que en sus Platicas convertia. Sus asperezas le duraban solo el tiempo, que las Almas se resistian à Dios; mas en dandose á su Magestad, las trataba con tal benignidad, que les hacia facilissimo, dulce, y suave el camino de

ſu ſalvacion. A eſto tambien contribuia el que Dios le dió gracia eſpecial, yà que no la llamémos milagroſa, para ſerenar las mas turbadas conciencias. Aſsi ſe viò en un hombre docto, y Doctor en Leyes; el qual, no queriendo governar ſu voluntad por las luces de ſu entendimiento, ſe deſpeñó en un abyſmo de culpas: y ſiendo verdad conocida, aun por los Gentiles, que una mala conciencia, aunque ſe libre de exteriores caſtigos, no ſe puede librar del caſtigo de ſus interiores miedos; eſte Hombre los padeciò tan graves, que huia de los hombres, repreſentandoſele en cada uno un Miniſtro de Juſticia, que venia à prenderle, como ſi fuera un publico Malhechor, por lo qual ſe retraia à los Templos; y pareciendole, que allì no eſtaba ſeguro, ſe retiraba à los Montes; y aun allì no ſe aquietaba, y ſe bolvia à encerrar en ſu caſa, pero para no parar en ella: tal era la turbacion de eſte infeliz, y tal el potro en que eſtaba ſu corazon. Mas de todo eſto encontrò el remedio, ſolo en ponerſe à los pies del Padre Franciſco, para confeſſarle ſus culpas: dixoſelas; el Padre ſe las oyó benigno, y al imperio de ſu voz ceſsò aquella tormenta, y ſucediò la ſerenidad; y en fin, bolviò aquel hombre à ſu caſa tan otro, que aùn en ella no le conocian.

Soſsiega eſcrupulos.

Aùn mas le ſucediò con otro Cavallero, de quien podemos afirmar, que le tenian fuera de si ſus eſcrupulos. Veiaſe afligidiſsimo, porque ſu imaginacion le repreſentaba, que todo lo que penſaba, ò decia era pecado mortal. Havia conſultado à varios ſugetos doctos, pero no encontraba el alivio, ni le encontrò haſta que comunicò al P. Franciſco de Geronymo, el qual haviendole oido muy deſpacio, no hizo mas que ponerle la mano ſobre la cabeza, y eſto baſtò para que deſhechas aquellas ſombras, que le ofuſcaban, empezaſſe à lograr las luces ſoſſegadas, y pacificas de la Gracia.

Eſte favor, que Dios comunicò à eſte Siervo ſuyo, ſe acompañò muchas veces con conocimientos particulares de las conciencias, y de los interiores, que ſe fiaban de ſu direccion. Muchas veces les advertia à los Penitentes los defectos de que no ſe acordaban; otras prevenia las noticias, que querian darle, diciendolas el antes,

tes, que se las dixessen; otras les reprehendia la voluntaria indispocion con que llegaban à confessarse. Sea confirmacion de lo dicho lo que le passò en uno de los mas celebres Monasterios de Napoles. Confessaba en èl nuestro Francisco à varias Religiosas; y con esta ocasion, llegò un dia à su Confessonario una, que nunca se havia confessado con èl; era de pocos años; tenìa mucha viveza; era decidora; pero en este lance anduvo muy inconsiderada, como dirà el sucesso. Empezò su confession; esto es, el *Confiteor Deo*, quando el Padre (que no la conocia) con aquel imperio santo, que dà à los Hombres Apostolicos su propio zelo, la dixo: *Señora, suspendase, no passe adelante, que ni quiero, ni puedo confessarla. Pues como, Padre* (replicò ella entonces) *V. Reverencia me trata assi? Como un Hombre, que todo el dia anda à caza de Pecadores, teniendo à sus pies un Alma consagrada à Dios, que voluntariamente quiere confessarse, la aparta de sus pies, diciendo, que no quiere oirla? No quiero oiros,* (respondiò el Padre) *porque no traeis para confessaros la debida disposicion: No haveis hecho examen de conciencia, ni teneis dolor de vuestras culpas, ni haveis formado proposito de la enmienda. Pues siendo esto assi, venìs à confessaros, ò hacer un sacrilegio?* Relampago, y rayo fueron estas palabras de Francisco; relampago, que ilustrò al encendimiento obscurecido de aquella Religiosa; y rayo, que hiriò su distraìdo corazon. Reconociò la gravedad de sus errores passados, y presentes; y el pasmo de vèr su conciencia descubierta, se cambiò en un profundo arrepentimiento de sus culpas. Pidiò, en fin, al Padre tiempo para disponerse, y luego con verdaderas lagrimas se confessò, oyendola benignissimamente el Jesuìta, con quien prosiguiò confessandose, y aprovechandose de sus consejos todo el tiempo que viviò; y despues de su muerte declarò lo que con èl le havia sucedido, añadiendo en deposicion, que assi lo publicaba, para gloria de Dios, y de su Siervo, y para su propia confusion.

*** *** ***
*** ***
***

CAPITULO XVIII.

ASSISTE FRANCISCO à los Moribundos; y refiere-se como por su aplicacion tuvieron algunos felicísimas muertes.

COmo todos los Napolitanos tenian tanta opinion de la santidad de nuestro Misionero: como à todos les constaba ser tan Amigo de Dios, y que su Magestad le favorecia con las luces de la profecìa, y con los prodigios, que executaba con los Enfermos, de aqui se seguia, que apenas caìa alguno en la cama, que no le llamasse, ò para oìrle el pronostico, que hacia de su enfermedad, ò para recobrar por su mano la salud. De aqui nacia tambien, que quando los accidentes eran mortales, todos querian tenerle à su cabecera, para assegurar su viage feliz à la eternidad. Si en aquellos ultimos lances se hallaban algunos, que por no creer su peligro, no quisiessen disponerse para morir, tambien era llamado Francisco de Geronymo, para que los desengañasse, y los dispusiesse. De mucho trabajo era esto para nuestro Misionero; pues es preciso confessar, que esta tarèa le havia de costar malos dias, y malas noches; pero como en aquellas ultimas horas es quando mayor bien se puede hacer à las Almas; Francisco, amante de ellas, ni sentìa aquel trabajo, ni se escusaba de aquellas fatigas; antes bien para este ministerio estaba tan prompto, que si para asistir algun Enfermo, era preciso interrumpir alguna Mision, la dexaba encomendada à su Compañero, y èl acudia à auxiliar al moribundo.

De esta santa aplicacion sacò singularisimos frutos; pues à varios Enfermos, que se encontrò desconfiados de su salvacion, por la viveza con que aprendian sus passadas culpas, y los rigores de la Divina Justicia; los alentaba, con tal eficacia, que desvanecia aquellos desmayos, y les ponia casi en las manos las piedades de la Misericordia Divina. A otros, à quienes el repentino golpe de la vecina muerte no les permitia, ò les retardaba las debidas conformidades con la voluntad de Dios, con dos palabras suyas los mudaba de modo, que se ofrecian victimas vivas, y voluntarias à

su

Rara enfermedad, y ſin guſar mudanza de un corazon.

ſu Mageſtad en el Altar de la Muerte. Aſsi ſe viò en un Sacerdote, que haſta los cincuenta y ſeis años, que contaba de edad, havia logrado una naturaleza, y complexion tan bien templada, y robuſta, que jamàs havia tenido enfermedad, ni padecido la indiſpoſicion mas leve. Pero para que ſe vea quan poco ay que fiar, aùn de la mas robuſta ſalud; quando menos lo penſaba, le aſſaltò una calentura extraordinariamente maligna, llamada de los Medicos, *de perfectiſsima condicion*; porque ſiendo ſumamente malicioſa, ni cauſa dolor, ni nauſeas al eſtomago, ni debilidad, ò perturbacion à la cabeza, ni, en fin, alguno de aquellos accidentes, y ſintòmas con que ſe acompañan regularmente las calenturas. Viſitaronle los Medicos, y todos convinieron en que ſe moria; porque calenturas tales, dicen ſus Aforiſmos, que ſolo en los milagros hallan el remedio. Hablaronle claro, para que ſe diſpuſieſſe; pero el Enfermo tuvo por chanza la propoſicion, y ſe riyò del aviſo, porque el amor à la vida, y el no hallarſe con accidente eſpecial, y perceptible, no le dexaba perſuadir á que le hablaban de veras: de donde nacia, que en nada menos penſaba, que en conformarſe con la voluntad de Dios, y diſponerſe con cuidado para aquella ultima jornada, que hemos de hacer todos los mortales. Viendo eſto un ſobrino ſuyo, y ſintiendo, que ſu tio perdieſſe aquellas precioſas horas, hizo llamar al Padre Franciſco, ſin prevenirle, ni hablarle palabra del eſtado en que ſe hallaba el Enfermo: mas no fué neceſſario el aviſo; pues el Padre, iluſtrado de ſuperior luz, le conociò; y aſsi, apenas entrò en la caſa, quando dixo: *Què bella coſa es conformarſe en todo, y por todo con la voluntad Divina*; y repitiendo eſto muchas veces, entrò en la alcoba del deſauciado, y no fuè meneſter mas, para que eſte luego, immediatamente, entraſſe en el conocimiento de que ſe moria, y repentinamente mudado ſu corazon, dixeſſe: *Padre Franciſco, yà que mi Señor me llama en eſte tiempo à ſu Tribunal, os proteſto, que obedezco guſtoſamente ſus ordenes, y que ſolo ſiento no hallarme con aquellos meritos, que en eſte gran punto ſe le piden à un Sacerdote.* A lo que reſpondiò el Padre: Que

ſe alentaſſe, y ſe conſolaſſe, que ſus faltas las ſupliria la Preciofiſsima Sangre de Nueſtro Señor Jeſu-Chriſto. Esforzò con eſto alEnfermo ſu confianza, y empleado en actos fervoroſos de conformidad, de contricion, y de las demàs virtudes, entregò ſu Alma en las manos de ſu Criador: dexando al Padre Franciſco, que le aſſiſtió haſta el ultimo inſtante, muy conſolado, à viſta de ſu chriſtiana diſpoſicion.

Exemplo de quanto ſe ama la vida.

Mas maravilloſo, por ſus circunſtancias, fuè el caſo que le ſucediò con otra Enferma, para que fuè llamado el Padre Franciſco, y le depone con juramento Antonia Aurichio, muger del Medico Franciſco Cotineli; y dice: Que eſtando enferma Victoria Eſcoti ſu Madre, embiò à pedir al Padre Franciſco, que la viſitaſſe, con el animo de lograr por ſu mano la ſalud, pues luego que le tuvo en ſu preſencia, le dixo: *Padre, yo os he llamado, para que me ſaneis; porque à la verdad, yo no me quiero morir ahora: ſoy aun moza, y todavia quiero vivir.* (tenia à la ſazon treinta y ſeis años) Sonriòſe Franciſco, y la preguntó: Que donde la dolia; dixole donde, y alli la aplicò la Reliquia de San Cyro, haciendole con ella la ſeñal de la Cruz: Suſpendiòſe deſpues un poco: cerrò los ojos: buelvelos à abrir, y mandò, que todos los circunſtantes ſalieſſen de la pieza, menos la dicha Antonia, hija de la Enferma, à quien (retirados y à los demàs) le dixo, que echaſſe el cerrojo à la puerta. Obedeciò en todo, y en ſu depoſicion, añade, que el Padre ſe puſo en oracion, en pie, delante de un Crucifixo, que eſtaba inmediato à la cama de ſu Madre. En eſta oracion, que durò como un quarto de hora, ſe le encendiò el roſtro, como ſi fuera un fuego: Mas; fueſſe levantando de la tierra haſta tocarla ſolo con las puntas de los pies: Mas; al miſmo tiempo el Manteo ſe ahuecò, y empezò à moverſe de una parte à otra, como ſi le agitaſſe un viento vehemente. Antonia miraba todo eſto con un ſagrado temor; y ſe admirò mas, quando advirtiò, que deſpues del tiempo dicho, haciendo aquel Hombre extatico fuerza baſtante para bolver à ſentar los pies en el ſuelo, partiò de alli à la cama de la Doliente, y encarandoſe con ella, la dixo: *Ea*, Victoria, *vamos, que*

que ahora eſtà Jeſu-Chriſto abiertos los brazos para recibirte en el Cielo. Padre, (reſpondiò la buena Victoria) *eſtimo la noticia que me dais; pero pedidle à ſu Mageſtad, que me conceda ſiquiera, otros ſeis meſes de vida.* Inmediatamente (añadiò el Siervo de Dios:) *Si mueres deſpues de ſeis meſes, te condenas; pero muriendo ahora, yà te hè dicho, que te ſalvas; y aſsi, vamos, confieſſate.* Viendo que eſto iba tan de veras, y de priſa, y que el Padre hablaba con tanta ſeriedad, ſe confeſsò Victoria generalmente; acabada la confeſsion, diſpuſo Franciſco que recibieſſe el Viatico: Embiòſe por el Sacramento; y haviendo reſpondido de la Igleſia, que á la mañana ſiguiente le traerian; Franciſco inſtò, diciendo: *No, no; venga luego, luego, que mañana por la mañana, yà eſtarà eſta muger difunta.* Y aſsi ſucediò. Tratò con eſto la Enferma de ponerſe plenamente en las manos de Dios; pidiò al Padre, que la aplicaſſe tres Miſſas, y los Exercicios, Oraciones, y buenas Obras, que en tres dias hicieſſe; y llena de conſuelos, à las tres de aquella tarde placidamente eſpirò. Caſo por cierto admirable! Pero antes que ſalga Franciſco de eſta caſa, ſerá bien que digamos, como al favor hecho à la Madre embiandola al Cielo; añadiò Franciſco una gracia hecha à la Hija, que havia querido fueſſe teſtigo de todo. Antonia, pues, por la aſsiſtencia, que à ſu Madre havia tenido, ſe ſentia gravemente indiſpueſta, y dixo al Miſsionero, que temia ſe la havia pegado la enfermedad de la Difunta; pero èl la hizo la ſeñal de la Cruz, y la reſpondiò: No hay que temer, que no tendreis mal alguno. Y aſsi ſe verificò, pues Antonia, deſde aquel punto, empezò à diſfrutar una perfecta ſalud.

Embia quanto antes à un Moribundo al Cielo.

No fué menos maravilloſo otro lance, en que à un Moribundo nueſtro, parece que le abreviò Franciſco las horas de la vida, para que mas preſto llegaſſe à la Gloria; eſte ſe llamaba Phelipe Rebilonio, tenia apenas veinte años; pero aun en edad tan florida, ſe viò marchitado de una calentura etica. Hallabaſe eſtudiando en nueſtro Colegio de Napoles; y como ſu accidente era tan pegajoſo, determinaron los Superiores, para ſepararle de los demàs

Eſtudiantes, que paſſaſſe à curarſe à nueſtra Caſa Profeſſa. Con eſta ocaſion el Enfermo ſe quiſo confeſſar con el Padre Franciſco: vino puntual, oyòle, y deſpues de haverle dado la abſolucion, quando el Enfermo parecia eſtàr mas quieto, y ſoſſegado, y los Enfermeros à la viſta; le ſobrevino al Padre un Sagrado impetu, que viſtiendole el roſtro de eſpecial alegria, le hizo decir al Doliente: *Hijo, no vè, que eſtà para acabarſe la glorioſa fieſta de Maria Santiſsima.* (Era dia de la Concepcion, y era yà una hora de noche) *Querrà eſtàr auſente del Cielo, quando en èl hay tal ſolemnidad?* *Claro eſtà, que no: Ea, pues, vamos, vamos, deſpachèmos: Diga conmigo: Magnificat Anima mea Dominum.* Dixeron aquel Cantico entre los dos, y al concluir el *Gloria Patri*, diò la ultima voqueada aquel Angel, que dexò la tierra, y paſsò al Cielo à proſeguir las alabanzas de la Gran Reyna, y de la Trinidad Beatiſsima.

Particular caſo con otro Enfermo.

Muerte ſemejante debiò de querer el Padre Nicolàs de Rebilonio, hermano del antecedente, y Sacerdote de la Compañia; pero ſi no conſiguiò por mano del Padre Franciſco, en una graviſsima enfermedad que tuvo, partir tan dichoſamente à la Eternidad; logrò quedarſe en eſta vida, interviniendo un ſingular prodigio ſuyo. En el año de mil ſetecientos y ocho, le diò à eſte ſugeto, Martes Santo por la noche, un bomito de ſangre, tan impetuoſo, tan abundante, y tan frequente, que proſiguiendo por todo el Miercoles, llegò à arrojar la cantidad de ſeis libras. Viſto eſto por los Medicos, y que ſus medicinas eran ineficaces, le ordenaron ſe diſpuſieſſe para morir; y aſsi, el JuevesSanto recibio los Sacramentos. En eſtas circunſtancias ſe hallò movido el Enfermo à pedir le llamaſſen al Padre Franciſco, para que con la Reliquia de San Cyro, le dieſſe ſu bendicion. El Padre, quizàs para darle al favor mayor realce, ſe eſcusò de hacer aquella viſita; no ſe ſabe por què negocio, que entonces le ocupaba. Deſconſolariaſe el Enfermo, pero el deſconſuelo le duró muy poco, pues ſin que ſe ſepa el modo, el Padre Franciſco ſe dexò vér en ſu aposento; y al Padre Nicolàs le pareciò, que tocandole con la ſanta Reliquia la cabeza, le decia: *Todo vueſtro mal eſtà*

tà aqui. Y el efecto fué, que desde aquella hora no bolviò à arrojar ni una saliva teñida en sangre : ateſtiguando, y conviniendo todos los Medicos, en que de tal enfermedad era dificiliſsima la curacion ; y en confirmacion de esſo, añadiò uno de ellos, que en aquellos dias, à otro ſugeto, ſemejante accidente ſe le havia arrebatado de entre las manos : y asſi ſeria ; mas lo que en el Padre Nicolàs ſe experimentò, deſpues de aquella viſta, ò aparicion del Padre Franciſco, fuè, que quedò perfectamente ſano, y proſiguió la carrera de ſus eſtudios con toda felicidad, y ſiempre tan perſuadido à que por ſu mano havia logrado eſte favor, que en reconocido agradecimiento, hizo voto de aſsiſtir à oir las confeſsiones el dia de San Cyro, ſiempre que ſe halle en la Ciudad de Napoles. Todo lò dicho lo ateſtigua él miſmo, y con juramento ; y Yo concluyo con advertir, que actualmente vive con ſalud robuſta, y fuerzas ſuperiores à las fatigas, que emprehende, à mayor Gloria de Dios, y provecho de las Almas.

***



† JHS.

LIBRO SEGUNDO
DE LA VIDA
DEL VENERABLE PADRE
FRANCISCO DE GERONYMO.

CAPITULO PRIMERO.

SUS TAREAS APOSTOLICAS FUERA de la Ciudad de Napoles.

POR lo que dexamos dicho en el Libro antecedente, se conoce, que este fervorosísimo espiritu, fuè singularmente dado de Dios à la Compañia, para el beneficio de la Ciudad, Cabeza de este florido Reyno: Mas tambien es verdad, que no fueron tan infelices las demàs Provincias, que le componen, que muchas veces no se les prestasse este Varon Apostolico, procurando en todas ellas la salvacion de las Almas. Los señores Obispos, y los Principes, dueños de aquellos territorios, consiguieron en muchas ocasiones, que nuestros Superiores le diessen, en el Padre Francisco, el descanso de sus conciencias, y el

el remedio espiritual de sus Ovejas, y de sus Subditos. Y aunque es verdad, que la Ciudad de Napoles conocia, que por ser tan dilatada, necesitaba de todo el trabajo de nuestro Misionero para estàr bien asistida; y que por esto sacó repetidos ordenes de nuestro Padre General, para que nunca se le ausentassen, sino fuesse por casos urgentisimos; no obstante, estos ordenes no se pudieron cumplir, porque à instancias de los Reverendisimos Cardenales, y de los Embaxadores de las Coronas al Summo Pontifice; nuestro Padre se viò obligado à dispensarlos tantas veces, que por mas de ciento salió Francisco à hacer Misiones fuera de aquella Ciudad. Y en ellas logrò tan abundante cosecha de trabajos, de fatigas, y de conversiones, que bastàran à acreditarle de Hombre Apostolico, aunque huvieran faltado los trabajos, y taréas, que en el primer Libro dexamos referidas.

Los Cardenales, y Emperadores, se empeñaban para que saliesse fuera de Napoles.

Si quisiera contar, y escrivir las Ciudades, Villajes, y Pueblos, que ilustrò con los rayos de su Doctrina, y que santificó con sus plantas, y regò con el sudor de su rostro este Venerable Jesuita, saliera crecidissima esta Historia, y pudiera ocasionar fastidio à los Lectores; y assi me contentare con pintar por ahora, con generalidad, el modo, principio, medios, y fines, que observaba en estas Sagradas expediciones, y despues, no podrè menos de darme por entendido de algunos particulares casos, que le sucedieron en ellas.

Salia à las Misiones à pie.

Salia, pues, Francisco de Napoles, y podemos afirmar, que desde que salia de nuestra Casa Professa, empezaba su Apostolico Ministerio. Hacia los viages á pie, hasta que la edad, la necessidad, y la obediencia le obligaron à otra cosa; y en el camino à los que encontraba, por no perder ocasion, con estilo festivo, y suave, pero eficàz, los introducia en consideraciones, y puntos, que pudiessen ser utiles, y provechosos, para la mejora de sus costumbres. De estas mismas materias trataba en las Ventas, y en las Posadas, en que era preciso hacer mansion, para que tuviessen algun alivio los que le iban acompañando. Al llegar al termino de su jornada, y al lugar de la Mision, era lo regular salir à recibirle honorificamente como à un Embiado de Dios, los Hombres de ma-

Predicaba à los Passageros.

Y à los que encontraba en las Posadas.

mayor caracter de la Republica, las Justicias, y el Clero; pero tambien era lo regular corresponder Francisco à estas honras, echandose à los pies de los que assi le recibian, para besarselos. Luego que entraba en el Lugar daba principio à sus Exercicios, juzgando injuriaba à su zelo, si admitia el cortejo de los que le procuraban algun descanso; y assi, empezaba al punto su combite para la Mission; de modo, que en ninguno de los Lugares, en que las hizo, le viesse alguno, que no le viesse trabajando.

Besaba los pies de los q̃ le salian à recibir.

No descansaba del camino.

Al punto empezaba la Mision

Doy ahora la distribucion que guardaba en los dias de la Mision. Madrugaba mucho, y decia con gran devocion la Missa: desde la Sacristia se fixaba en el Confessonario; y digo se fixaba, porque de èl no salia, hasta que le avisaban, que era hora de empezar la Platica. Su comida era grossera, y corta, y muchas veces interrumpida, para oír à los que, aun en aquellas horas, le buscaban. Desde la mesa, como si no huviera trabajado nada, por la mañana, bolvia à la Iglesia à trabajar de nuevo, ó à proseguir trabajando en oir Confessiones, en repetir breves coloquios para afervorizar mas, y mas, à los que alli concurrian. Este era su Exercicio, hasta el anochecer; luego que se estendian las sombras, acompañado de algunos hombres piadosos, salia por las calles del Pueblo à hacer Actos de Contricion, para ablandar, y mover à los que por obstinados, y rebeldes, no acudian al Templo à oírlos. Acabadas estas rondas, se retiraba à su casa, à gastar lo restante de la noche en oracion. El sueño era muy corto, pues rara vez se echaba en la cama; desnudarse, nunca lo usò, fino quando era preciso el mudarse ropa: su habitacion procuraba que fuesse la mas incommoda, y la mas retirada de la Casa, para poder sin ser oido, tomar tres recias disciplinas, con que cada dia se castigaba; y tambien, para no incomodar à sus Huespedes con los dulces suspiros, con que, mientras horaba, se desahogaba su corazon. En algunas partes platicaba se paradamente los Exercicios de San Ignacio, ù á los Sacerdotes, ù à las Religiosas, que por su clausura no podian assistir à los Exercicios de la Iglesia. Al medio dia empezaba à explicar la Doctrina Christiana, primero à los

Por las noches salia à hacer actos de contricion por las calles.

Lo restante de la noche lo gastaba en oracion.

Tomaba tres disciplinas cada dia.

Daba separadamente los Exercicios de S. Ignacio.

Explicaba la Doctrina Christiana.

La distribucion q̃ guardaba en los dias de la Mision.

Las mañanas.

Su Mesa.

Las tardes.

los Niños, deſpues à las Niñas, y luego, con mas extenſion, à los Adultos; y ultimamente, al fin de la tarde hacia el Sermon comun à todos, y en ellos era Franciſco, por la eficacia de ſus tonos, por lo vivo de ſus razones, y por ſu ardiente zelo, una nube, que relampagueando, tronando, y deſpidiendo rayos, lograba la lluvia en las lagrimas de los oyentes: eſtas ſe aumentaban, al vèr, que muchas veces en ſus Sermones deſnudaba la eſpalda, y ſe daba en ella duros golpes con una cadena de hierro, y huvo ocaſion en que una muger libre, ſe commoviò tanto, al horroroſo ruido de los eslabones, que ſe atreviò à ſubir al Pulpito à arrancarle al Padre la cadena de la mano, y empezar ella à caſtigarſe à sì propria por ſus paſſadas, y preſentes culpas.

Hacia dos Platicas, una por la mañana, y otra por la noche.

Algunas veces ſe diſcipli-naba, al tiempo de predicar.

En ſus Miſsiones uſaba Franciſco con mas, ó menos frequencia (ſegun le parecia à ſu prudencia) imagenes, y repreſentaciones, yà de Chriſto en ſu Paſsion, yà de Maria Santiſsima en ſus Dolores, y Soledad; eſpecies, que entrando por los ojos, tenian mucha eficacia, para mover à la gente ruda, y tambien à la diſcreta de ſus Auditorios. Eſto no lo aprobaban algunos, y otros poſitivamente lo reprobaban; pero la experiencia enſeñò, que à Franciſco ſe le debian permitir eſtas exterioridades, porque con ellas recogia ſingulariſsimo fruto. El Iluſtriſsimo Vicente Capeche, Arzobiſpo de Quieti, fué uno de los ſugetos, que no guſtaban, que los Miſsioneros uſaſſen de las dichas Efigies en ſus Sermones; y hablando particularmente de ſu Ciudad de Quieti, le pareciò, que mas ſervirian para la diverſion, que para la mocion de los oyentes; y aſsi, haviendo llegado Franciſco à aquella Ciudad à lograr ſus Apoſtolicas tarèas, yendo á recibir, para empezarlas, la bendicion de eſte Prelado, le dixo: *Que ſe la daba con mucho guſto, y con gran deſeo de que ſus Ovejas ſe aprovechaſſen de ſu Doctrina: Pero debo advertir* (añadiò) *à V. Paternidad, que los Moradores de eſta Ciudad ſon gente muy seria, y que haciendoſe cargo de la razon, ſe dexa governar facilmente de ſu eficacia; por lo qual, podrà V. Paternidad trabajar en proponer con energia las razones, que puedan convencer los entendimien-*

Uſaba de Imagenes y Pinturas.

Lo que paſsò con el Obiſpo de Quieti ſobre el uſo de las Imagenes

mientos, y omitir el ſacar al Pulpito Imagenes, y Pinturas, dexandolas para otros lugares, en que eſſas exterioridades ſeran aplaudidas, y provechoſas. Oyóle el Padre Franciſco, y reſpondiò con ſumiſsion: *Señor, obedecerè guſtoſo à V. S. Illuſtriſsima, con tal, que V.S. Illuſtriſsima perſevere en eſſe prudente dictamen haſta la noche.* Eſtas palabras parecieron Profecia, porque antes de anochecer ſintió aquel Prelado un tan vehemente remordimiento de conciencia, por haverle dado aquel orden, que no pudiendo vencer ſu eſcrupulo, ni ſoſſegarſe, paſsò en perſona à nueſtro Colegio, y le dixo al P: *Que en el punto de Imagenes hicieſſe lo que quiſieſſe, que en todo, y por todo ſe remitia à la prudencia, y experiencia de ſu conocido zelo.* No le peſsò deſpues à Monſeñor de haver dexado al Miſsionero en ſu libertad, porque favoreciò Dios aquella Miſsion con tanto fervor, concurſo, y mocion del Pueblo, principalmente al ſacar al publico las Imagenes, y Pinturas, que reconociò ſu Illuſtriſsima, que mas que el Miſsionero, era Dios quien ſe valia de ellas, para la ſalvacion de las Almas.

Caſo ſea mejante con el Arzobiſpo de Capua.

Tambien refieren, que el Illuſtriſsimo Caracholo, Arzobiſpo de Capua, era del miſmo dictamen, que el de Quieti, que acabamos de referir; mas tambien dicen, que ſu Illuſtriſsima ſe deſengañò al vèr el fruto, que Franciſco hacia con aquellas ſantas repreſentaciones; y que reconociò, que en la Eſpiritual Milicia ay armas, que en las manos de algunos Soldados, hacen milagroſos efectos, aunque en las de otros no ſuelen tener eficacia, porque para ſu manejo les falta el eſpiritu, ò la deſtreza.

Remataba las Miſsiones con proceſsiones.

A los ultimos dias de la Miſsion eſtilaba Franciſco formar dos devotas Proceſsiones, una de los Niños, y otra de las Niñas, que antes havia inſtruido en la Doctrina Chriſtiana, y que havia hallado capaces para llegar à comulgar. Para eſtas Proceſsiones diſponia, q̃ aquellos Angeles fueſſen lo mejor veſtidos que ſe pudieſſe, y coronados de flores: De eſte modo los conducia por las principales calles de la Ciudad, cantando devotas oraciones, haſta llegar al Templo donde recibian la Comunion, con mucha devocion, que les excitaba el Padre con ſus coloquios.

Una de Niños, y Niñas, para que fueſſen à comulgar

Eſte

Este era un espectaculo, que los Adultos no podian mirarle sin ternura, y sin compuncion, pues sucediò alguna vez, que à la vista de estos Angeles se convirtieron algunos pecadores obstinados, y que se havian resistido à las voces de el Misionero. El ultimo dia de la Mision se hacia otra Procesion general, à que se combidaba toda la Ciudad, ò Pueblo; y en ella, antes de darles la bendicion, y aplicarles la Indulgencia, con vivissimo fervor los alentaba el Misionero à los exercicios de todas las Virtudes, y especialmente à la perseverancia en ellas, y luego se despedia con ternissimos afectos de amor, hasta que se bolviessen à vèr en la Eternidad. Finalmente, la ultima diligencia, que hacia para retirarse del Lugar, era pedir perdon à los Superiores Eclesiasticos, y Seculares, de las imprudencias, y tibiezas, que huviesse tenido en proponer la palabra Divina; y esto tan de veras, y con tanta humildad, que no se levantaba del suelo, ni de sus pies, hasta que se los daban, para poner en ellos sus labios.

Otra general, y de Penitencia.

Su despedida de los Superiores Eclesiasticos, y seculares.

Sus superiores fuerzas para tanto trabajar.

En todas estas continuadas tareas era de admirar la alegria, el valor, y el esfuerzo con que las executaba: No parecia Hombre compuesto de carne, sino de bronce: nunca se quexò del cansancio, antes bien parecia ser sugeto tan nacido para el trabajo, que en èl, el vivir era el trabajar. En *Frata Mayor* hizo en una ocasion un Sermon fervorosissimo, y dilatado, del Juicio Final. Tratò este assumpto con todo el fervor, y zelo que èl pide, para predicarse bien. Creyò su Compañero de Mision, que despues de tanta fatiga se retirasse à descansar un poco; pero se engañó; pues el descanso que tomó, fuè, hincarse de rodillas para decir el Oficio Divino: Instò el dicho Compañero, en que descansasse, y assi le repitiò la sùplica; pero Francisco respondiò con rostro risueño: *V. R. piensa, que estas cosillas me cansan? Si gusta bolverè à repetir, y à empezar de nuevo todos los trabajos de este dia.* Voces con que diò à entender, que las fatigas, que à otros se las quitan, à èl le fomentaban las fuerzas.

Fruto de las Misiones.

Los frutos, que en estas Misiones recogia, se dicen bien

bien con decirſe eran los miſmos, que los de la Ciudad de Napoles: Se quitaban enemiſtades; ſe apagaban envejecidos odios; ſe deſterraban las malas Mugeres, ò ſe tomaban por Mugeres propias, las que haſta allì ſe havian tenido por concubinas; ſe rompian los contratos uſurarios; ſe hacian crecidas reſtituciones; y en fin, con publicas penitencias ſe daba ſatisfacion à los antecedentes eſcandalos. Todo eſto lograban las voces de Franciſco, y à veces correſpondia Dios con tan larga mano à ſus fervoroſos deſeos, que aun mas allà de ſus deſeos llegaban los frutos, y favores de que le colmaba la Miſericordia Divina.

Ardides de que ſe valia el Demonio para embarazarle las Miſsiones, ò el fruto de ellas.

Por todas las coſas dichas, no es de eſtrañar, que el Enemigo comun le aborrecieſſe de muerte, y que procuraſſe impedir con ſus diabolicas induſtrias los obſequios que ofrecia à la mayor Gloria Divina. Veìa el Demonio, que aſsi en la Ciudad, como en el Reyno, todos le aclamaban, y todos le ſeguian; y por tanto commoviò ſus Tropas para oponerſe à quien le hacia tanta guerra, y lograba de èl tales Victorias. Valiòſe de ſus ſequaces, quiero decir, de los hombres de mala intencion, y por medio de eſtos eſparcia en los Pueblos falſos rumores, para que mal teñidos los animos contra el Padre, le miraſſen con horror, y por conſiguiente no ſe aprovechaſſen de ſu Doctrina. Vez huvo, que aun ſiendo llamado para hacer una Miſsion, fuè tan mal recibido, que no encontrò quien quiſieſſe tenerle en ſu caſa. Tambien huvo lance en que el Clero de un Lugar donde llegò, le negaſſe la Cruz, y la Campanilla, para combidar à la Miſsion: y eſto conſiſtiò, en que el Enemigo declarado del Padre Franciſco, eſparciò en aquel Pueblo la voz de que mas que à hacer Miſsion, iba embiado del Arzobiſpo para informarſe ſecretamente de los procedimientos, y coſtumbres de los Eccleſiaſticos. En otros Pueblos hacia creer, que le embiaban los ſeñores Temporales para algunos ocultos fines ſuyos, que cedieſſen en menoſcabo de los Vaſſallos. Otras veces, por el contrario, commovia los animos de los ſeñores Temporales, para que no permitieſſen, que el Padre fueſſe à ſus territorios,

rios, porque sus Subditos no se revelassen contra ellos. Y nada de esto debe estrañarse; porque el Hombre Enemigo de que habla el Evangelio, no siempre siembra la cizaña sobre el Trigo yá sembrado; algunas veces siembra primero la cizaña, para que no tenga lugar de nacer el Trigo.

Virtudes con que vencia el Misionero los ardides del Demonio

Todas estas contradiciones vencia nuestro Francisco con su paciencia, con su constancia, y con su confianza en la Magestad de Dios; el qual se agradaba tanto de estas virtudes, que por ellas disponia tuviessen extraordinarios, y felicísimos fines aquellas Misiones, en cuyos principios havia experimentado mas crecidas contrariedades. Ayudaba tambien el Misionero à sossegar los animos inquietos con su blandura, y con su humildad: Y assi lo prueba un caso, que le sucediò en un Lugar, no lexos de la Ciudad de Napoles. Hacia en èl Misson, y sin que èl diesse motivo alguno, quiso la desgracia, que un Sacerdote se diesse por ofendido, creyendo, que à èl tiraba particularmente el Predicador con sus expressiones: puede ser que de esto fuesse la causa, ò ser el sugeto demasiadamente aprehensivo, ò remorderle su conciencia, por hallarse comprehendida en los vicios contra quienes el Padre con generalidad predicaba: finalmente el efecto fuè, que aquel Sacerdote tomasse aborrecimiento al Misionero, y de aqui passó à procurar en sus conversaciones desacreditarle con los de su Pueblo; de donde se siguiò tal mudanza en todos, que desampararon la Misson. Reconociòlo Francisco, en que al ir à predicar se hallaba casi vacio todo el Templo. Reconociò tambien, ò supo qual era la causa de esto; y para sossegar los turbados animos, su humildad le sugiriò esta industria. Subiòse al Pulpito, y empezò à predicar un Sermon todo contra sí, diciendose mas valdones, mas afrentas, y mas improperios, que los que à aquel Sacerdote le havian hecho decir su enojo, y su ceguedad; y luego concluyò con pedir à todos perdon, si acaso havia ofendido à alguno con alguna expresion menos prudente, protestando con sinceridad, que no havia sido esse su animo, sino hacer la causa de Jesu-Christo, predicando

Caso bien particular sucedido con un Sacerdote.

generalmente, y en comun contra sus enemigos las culpas. Un Sermon tan nuevo, y tan desusado commoviò como era tan natural à los que se hallaban presentes; de estos pasò la noticia à los que no le havian oido, y especialmente al Sacerdote, causa de aquella espiritual sedicion, en quien aquel Sermon referido hizo tanto fruto, que mudandole enteramente el corazon, no solo se reconciliò con el Padre, sino que con sus alabanzas ponia despues sus virtudes en el Cielo, dando assi satisfaccion à las injurias, que antes havia dicho contra su persona, y su Ministerio.

Con estos mismos medios logrò tambien este Jesuita algunas voces, con que algunos mal intencionados, ó demasiadamente criticos, quisieron en Napoles desacreditar su prudencia, por un caso, que sucediò, de que Francisco estaba totalmente inculpable; y el caso fuè, que haviendo hecho Mision en *Frata Mayor*, Pueblo de la Diocesis de Aberfa, y no distante de la Ciudad de Napoles, no pudo concluirla con la Procesion de Penitencia, con que en el ultimo dia remataba todas sus Misiones; por causa de que en aquel dia se celebraba la Fiesta de su gran devoto San Cyro, à que no podia faltar, ni estar ausente de la Ciudad de Napoles. Por este motivo omitiò nuestro Francisco la Procesion de la Penitencia; pero llevandolo esto mal los habitadores de *Frata Mayor*, sin consultarlo con el Padre, se determinaron à ir à hacer á Napoles la Procesion, que no hacian en su Lugar. Luego que los Napolitanos vieron en sus calles Procesion tan numerosa, y las Penitencias, que iban executando, los que la componian; aunque huvo algunos que se edificaron, huvo otros, que sintieron mal de aquella ruidosa Devocion, y censuraron la prudencia del Padre Francisco, à quien suponian Autor de aquella novedad. Maltrataron sobradamente con sus inconsiderados dichos el credito del Jesuita; y él no lo ignorò, pero no respondiò palabra en su defensa: Pudiera escusarse, como inocente, pero callò, como si fuera culpado; y bien hizo, porque este silencio suyo fuè el que mas bolviò por su credito; pues informados los murmuradores de

Por el extraordinario fervor de una Pueblo, culpa al P. Francisco sin razon.

de que en aquel lance no havia tenido parte el Padre Francisco; esta noticia, con aquel silencio, fuè un pregon, con que se aumentò la estimacion de este Varon Apostolico.

CAPITULO II.

SUCESSOS PARTICULARES de sus Misiones fuera de Napoles.

HAviendo pintado con generalidad el methodo, que observaba el Padre Francisco en sus Misiones fuera de Napoles, serà razon, que le acompañemos à los principales Lugares en que las hizo; notando al mismo tiempo algunos singulares sucessos, y particulares prodigios, con que Dios favoreciò à su Apostolico zelo; y empecèmos por la Campaña feliz: En esta es la Ciudad de Capua, la Cabeza, segun sintieron los Antiguos, de todas las demàs Ciudades, que la componen, y aun llegaron à decir, que no era inferior, en grandeza, y magnitud, á Cartago, ni á Roma, que fueron, sin disputa, las dos mayores Ciudades de el Orbe. En el camino, pues, que hizo Francisco à esta Ciudad, es preciso, que nos detengamos à referir una maravilla, no comun. Caminaba nuestro Jesuìta en una Silla, que para su viage le havia embiado el Illustrissimo Señor Don Nicolás Caracholo, entonces Obispo de Capua, y despues Cardenal dignissimo de la Iglesia: Seguia el Cochero el camino Real, pero Francisco (no se sabe por què motivo) le dixo, que saliesse de él. Obedeciò; mas poco practico del terreno, se metiò en un profundo pantano, y de barro tan tenàz, que clavados los Cavallos hasta las rodillas, ni podian moverse, ni dár un passo. El Cochero se llenó de colera, y empezò à echar votos, y reniegos, como si ellos pudieran ser medio para salir de aquel embarazo. El Padre procuraba sossegarle, pero no lo conseguia; dixole: *Ea, hombre, tèn paciencia, que presto vendrà gente, que con azadas nos ayude. Què azadas, ni què gente, Padre,* (dixo el Cochero) *que no se descubre ni un hombre en toda la Campiña.* Assi dixo, pero (cosa admirable!) apenas havia acabado de proferir estas palabras, quando, sin que èl supiesse como, se le pusieron á los lados dos hom-

Misiones en Capua

Caso muy particular en el camino.

bres, vestidos de payſanos, con azadas al ombro, con las quales, tocando ligeramente el legano, en que Silla, y Cavallos estaban detenidos, y diciendo, que picasse; pudieron los Cavallos ponerse en tanta libertad, que empezaron à correr. Con esto el Cochero cambiò sus impaciencias en calladas admiraciones, y mas quando bolviendo la cabeza à buscar à los dos buenos payſanos, para darles las gracias, reconociò, que de repente se havian desaparecido, sin que pudiesse descubrirlos, ni lexos, ni cerca, por mas que curioso tendiò la vista, y examinò con los ojos aquel llano, y desembarazado terreno.

Es recibido con singular aplauso.

Llegando yà con esto à la Ciudad, fué particularisimo el efecto, y la veneracion con que le recibieron sus Ciudadanos. Divulgòse, (y sería assi) que dos Enfermas se havian libertado de sus accidentes, solo con tragarse un hilo de la ropa de el Misionero, y con esto fué tanta la gente, que concurriò à verle, y à aprovecharse de otros hilos suyos, para reliquia, que no falia vez à la Ciudad, que no bolviessen manteo, y sotana muy disminuidos por los cortes, que con tigeras, y cuchillos, en ellos executaban; y aun huvo sugeto, que no teniendo à mano otro instrumento, se valiò de los dientes, con los que sacò un gentil bocado al manteo, no bastando las riñas sèrias, que sobre esto Francisco les hacia, para estorvarles semejantes intrepideces; pues, finalmente, al acabar la Mission, fuè necessario hacerle vestido nuevo, para que bolviesse à Napoles, y entrasse en èl, decentemente vestido.

Desde Capua passarèmos à la Ciudad de Nola, donde fueron mas particulares los sucessos, que le acaecieron desde el año de mil y setecientos, en que tomò à su cargo el cultivo de aquella grande poblacion. Luego que se publicò en la Diocesis, que hacia Mission en Nola el P. Francisco, podemos decir con verdad, que se despoblaron los Lugares, y Aldeas circunvecinas; pues sus habitadores, en Processiones devotas, y de penitencia, se vinieron à Nola à oir al Santo Misionero; y algunas de estas Processiones, no venian de tan cerca, que no tuviessen que vencer las distancias de quince millas. A tan extraordinarios con-

Mission en Nola.

concurſos, no era baſtante la Igleſia Cathedral; y aſsi ſe predicaba el Sermon en la gran Plaza, que eſtà delante de dicha Igleſia. Y aun deſpues, viendo, que cada dia ſe aumentaba el numero de los oyentes, fuè preciſo paſſar la Miſſion à la otra Plaza, mas dilatada, y mas capàz, que eſtà à viſta del Colegio, que tiene allì la Compañia. Aqui le ſucediò, que eſtando yà el ultimo dia, diſponiendo con ſingular fervor á ſu Auditorio, para recibir dignamente la Indulgencia Plenaria; de repente enmudeciò, eſtrechò los brazos al pecho, levantò deſpues al Cielo los ojos, y como quien buelve de un extaſis, encendido el roſtro, y empezando por un profundo ſuſpiro, rompiò en fin ſu ſilencio, y dixo: *Ay, que mientras Jeſu-Chriſto eſtà dando aqui ſu amoroſa bendicion à las Almas arrepentidas; en una caſa, no muy diſtante, le eſtàn graviſsimamente deſpreciando, y ofendiendo.* No dixo, ni ſe declarò mas; pero preſto ſe ſupo, quien, y como, y adonde, à aquel tiempo, eſtaba cometiendo una graviſsima culpa; y tambien ſe ſupo, que dentro de breves horas el delinquente muriò, ſin haverſe arrepentido de ſu pecado.

Caſo funeſto.

En el tiempo de eſta Miſſion diò à luz un hermoſo Niño la ſeñora Doña Hypolita Maſtrilli, muger del ſeñor Don Miguél Ceſarini, ambos à dos Nobles de aquella Ciudad. El Padre Franciſco fuè à viſitarlos, y à darles la enhorabuena, no queriendo faltar à las atenciones, que les debia (pues la correſpondencia, agradecida à las corteſes atenciones, no ſe opone á las virtudes) eſte era el fin de ſu viſita, ſino es que digamos, que le obligò à ella alguna eficàz inſpiracion de Dios, que quiſo prevenir à aquellos Señores à la conformidad con ſu Santiſsima voluntad con una anticipada noticia, que el Padre Franciſco les diò de que ſu Mageſtad les quitaria preſto la ſucceſsion, que les acababa de conceder; porque al vèr al recien nacido, con un impetu extraordinario, mas alegre, que libre, abriò los brazos, y levantando los ojos al Cielo, dixo: *O Angelico del Paraysò, dichoſo Niño!* lo que repitiò por tres veces con un ſemblante de hombre, que eſtaba enagenado de si; mas luego, poniendo los ojos en

Profecìa del Padre Franciſco

el padre del niño, profiguiò, diciendo: *Dios, señor Don Miguèl, quiere llenar de Almas inocentes el Parayso; y assi, se lleva los Niños, porque los Adultos llegan con grande dificultad al Cielo.* Atonitos se quedaron los dos Consortes, que oyeron, y vieron las acciones, y palabras de el Missionero. No quisieron entenderlas por la muerte de su Hijo, porque como esto les havia de doler mucho, no se persuadian à que el Padre huviesse venido à ser Profeta de su desgracia; pero quarenta dias despues huvieron de creerle, pues sin accidente alguno perceptible, al fin del tiempo dicho, volò al Cielo aquella feliz Criatura.

Favor à dos niños muy tartamudos.

A esta Profecìa se siguiò una especial gracia, que hizo el Padre Francisco á la señora Doña Cathalina Curtopasso: vivia esta señora en Nola, muy desconsolada; porque teniendo un hijo, llamado D. Feliz, y una hija, llamada Doña Ana; reconocia, que conforme iban creciendo en edad, crecia tambien en los dos un tan grande defecto en la lengua, que los hacia tartamudos. Comunicò con el Padre esta pena, y esta pesadumbre; y immediatamente encontrò su alivio, y la medicina para el accidente de sus hijos. Diòles el Padre à beber un poco de Agua bendita de San Cyro, y sin otra alguna diligencia, se desvaneciò el impedimentò, que no les dexaba formar con perfeccion las palabras.

Missiones en la Diocesis de Aversa.

No puedo passar en silencio un singular caso, que le sucediò en un Lugar de la Diocesis de Aversa, llamado Cessa, y en que se viò una de aquellas mudanzas, que dice David ser proprias de la Diestra de el Altissimo. Entrò Francisco en aquella Poblacion, y fueron á cumplimentarle, el Cura, y el Governador, los que, passadas las primeras urbanidades, le pidieron, que desistiesse, por entonces, de su Apostolica empressa, porque les parecia, que las circunstancias en que aquel Lugar se hallaba, no eran oportunas, ni favorables, para que se hiciesse con fruto, y añadieron: *El motivo que tenemos para hacer à V. Paternidad esta representacion, es, que ha dias, que entre dos Sugetos principales de este Pais, reyna una tan grave enemistad, que difundiendose hasta las familias de este Pueblo, han formado de ellas dos contrarios partidos, tan*

es-

escandalosos, que en qualquiera parte donde se encuentran, vienen à las manos, con que temèmos una de dos cosas; ò que si quereis, que la gente concurra à oìros, la Iglesia, en lugar de servir para vuestras piadosas funciones, venga a ser campo de funestos estragos, ò que la gente, con estos miedos, por mas que V. Paternidad la combide, no quiera concurrir al Templo.

Oyò el Padre esta proposicion, con paz, y con silencio, y los despidiò con su acostumbrada cortesìa de besarlos los pies, añadiendo: *Que en el punto que le havian propuesto, solo los respondia, que le encomendaria à Dios, y executaria lo que su Magestad le inspirasse.* Quedòse solo con su Compañero, que era el Padre Gaspar Ferruchi, y le dixo: *Padre, hagamos oracion, para que Dios, por las sùplicas, merito, è intercession de San Cessario, Protector de Cessa, nos dè su favor, y nos comunique su gracia.* El efecto de esta oracion, fuè que el Padre saliò por las calles à publicar la Mision: Avisaron las campanas, llenòse la Iglesia de gente, y la fuè ocupando con suma quietud, y entre los demàs (aqui la atencion) vinieron tambien los dos Cabezas de las dos facciones; vinieron, pero con quantas armas de azero, y de fuego pudieron cargar sobre sì, y el uno se puso enfrente, y el otro à las espaldas del Pulpito. A vista de esto se alentò mas el espiritu de nuestro Misionero, y diò en una rarà idèa, que fuè decirle à su Compañero, que una Estatua de San Cessario, que havia en la Sacristia, la previniesse; y que con algunos Sacerdotes, en trage de penitencia, y con hachas encendidas, la sacasse de repente, quando èl llegasse à tal punto de su Platica, (y se le señalò.) Todo se executò puntualmente, como el Padre lo dispuso. Empezò à predicar Francisco; llegò al punto señalado; sale el Padre Ferruchi con su penitente Procesion, los Sacerdotes en cuerpo, con sogas al cuello, ceniza sobre las cabezas, hachas en las manos, y despues la Efigie de San Cessario, cuya vista repentina, y no esperada, sorprehendiò à todo el Auditorio. Al mismo tiempo nuestro Misionero, con quanto aliento pudo, pintaba vivamente la acervidad de las penas del Infierno, donde van à parar los

Caso harmoniosissimo en Cessa.

los que, por no perdonar à ſus enemigos, ſon enemigos de Dios: de aqui paſsò à pedir à ſu Mageſtad, con tiernas, y abundantes lagrimas en los ojos, que por los meritos de San Ceſsario libraſſe de los eternos tormentos à ſus amados oyentes.

Con eſtas eſpecies tan harmonioſas, fuè ſingulariſsima la commocion de el Auditorio; todos lloran, todos dàn gritos, todos dàn clamores; pero entre eſta grata confuſion, ſobreſaliò la voz de aquel Cabeza de Vando, que diximos eſtàr enfrente del Pulpito; eſte, venciendo el clamoroſo ruido, que llenaba la Igleſia, ſe encarò con el Miſsionero, y le dixo: *Padre, ſuſpendeos, y dadme licencia, para que, ſubiendo à eſſe lugar, yo proſiga vueſtra Platica.* Diòſela el Padre guſtoſamente; ſubiò, mirando todos con nuevo aſſombro à un Predicador, que por las armas de fuego, que llevaba conſigo abultaba tanto, que apenas cabía en el Pulpito: hicieronle ſilencio, y él le logrò, diciendo en alta voz: *Hà ſeñor fulano*, (y nombrò al otro Cabeza de Vando, que dexamos à las eſpaldas de el Pulpito) *ſeñor fulano, venid acà, y no teneis que temer, porque os llamo muy de paz. Es verdad, que os he aborrecido de muerte, por la que diſteis à un hermano mio, que era las niñas de mis ojos, mas porque eſte Señor Crucificado manda, que ſe perdonen los enemigos; y porque aſsi lo perſuade eſte Miniſtro ſuyo, no ſolo os perdono, ſino que os recibo en lugar de mi difunto hermano: mi hermano ſereis, y como à tal os tratarè, con todas las veras de mi corazon.* Dicho eſto, ſe baxò con prieſſa del Pulpito, para buſcarle; el otro le ſaliò al paſſo; ſe abrazaron amoroſamente, y no contentos en eſta demonſtracion, hincandoſe de rodillas tuvieron una porfia ſanta, ſobre quien havia de ſer quien al otro le beſaſſe los pies. Eſta mutacion tan no eſperada, llenò al Pueblo de una extraordinaria conpuncion, y al miſmo tiempo de una devota alegria. Divulgòſe el caſo, y de allì adelante fuè numeroſiſsimo el concurſo, de quien ſe cogieron frutos copioſos de confeſsiones, y penitencias; y finalmente la pacificacion, no ſolo de aquellas familias, ſino de todo aquel territorio. Miſsion fuè eſta verdaderamente milagroſa, pues haviendoſe tenido, ſegun la prudencia humana-

mana, que fuesse ocasion de estragos, y de disturbios, fuè una perfecta victoria de tantos, y tan obstinados corazones.

Perdon de enemigos.

No es menos digno de memoria nuestro Misionero por otros dos triumphos, que en la tierra de Cardito logrò de dos mugeres, que estaban posseidas de mortales odios, con la diferencia de que à la una bastaron las voces de el Padre Francisco para convertirla; pero para la otra, fueron precisos los milagrosos influxos de San Francisco Xavier. Un dia, pues, de la Mision hecha en este Lugar, concluìda su Platica, se puso à su vista una muger llorando, y arañandose de sentimiento el rostro: hincose de rodillas delante del Crucifixo, que el Padre tenia en las manos: queria hablar, pero no podia, porque la violencia de su dolor, y la copia de sus sollozos, no la permitian articular palabra. Animóla, y procurò serenarla el Padre, y luego la preguntò: *Què buscaba, ò què querla?* A esta pregunta el Parrocho, que estaba presente, respondiò por ella: *Padre, à esta muger, havrà mes y medio, le mataron un hijo, y algo de esto debe de ser lo que os quiere decir con estas demostraciones que hace.* Con este informe el Misionero prosiguiò, poniendose muy de parte de la pesadumbre, y sentimiento de aquella pobre: condoliòse de la desgracia, que la havia sucedido, dixole, le tenia mucha lastima; pero luego passò à ponderar, quan heroyca accion seria: quan plausible victoria conseguiria de sì misma, y quanto obsequio haria à Jesu-Christo, si se resolvià à perdonar al matador de su hijo: y concluyò, preguntandola: *Ea, què me dices, quieres perdonarle? Si Padre*, respondiò (aunque con mucha dificultad) *si Padre, que à este fin hè venido à ponerme à los pies de Christo Crucificado, prompta tambien à besar la mano, que à mi hijo le quitò la vida. O gran muger!* (exclamò al oirla el Padre Francisco) *assi te acreditas de hija de Dios, alegras à los Angeles, agradas a Jesu-Christo, y à todos nos edificas*; y sin perder tiempo, al punto se informò de si havia allì algun pariente del Matador? Descubrieronse sus Padres, y bolviendola à preguntar à la Dolorida, si queria hacer con ellos las amistades; y haviendose ratificado en

que

que sí; de orden del Padre se abrazaron, y se dieron otras muchas señales de una sòlida, y perfecta reconciliacion. De aqui nacieron tiernas lagrimas en todos los circunstantes, y el darle à aquella heroycaMuger mil enhorabuenas, y bendiciones: ella las recibiò con algun consuelo, pero no obstante el dolor de la muerte de su hijo, y la violencia que se havia hecho para vencerse, la obligaron, en medio de las alegrias de los demàs, á caer al suelo desmayada, aunque prèsto bolviò en si, con fomentos que la aplicaron, y nuestro Francisco diò à Dios rendidas gracias por lo que à aquella Alma la havia favorecido.

No fué tan docil la otra Muger à quien en la misma Villa la havian muerto tambien un Hijo, que estaba yà ordenado de Diacono; pues llevada, y posseida de una rabia violentisima contra los matadores, no solo no los perdonaba, pero ni iba à la Iglesia, ni oia Sermones, ni daba oìdos à las personas Religiosas, que con vivas y eficaces razones havian procurado à apartarla de su obstinado rencor. Supo el Padre Francisco el estado miserable en que se hallaba esta infeliz, y como ella no acudia à sus Sermones, determinó ir á predicarla à su casa. Propusole, con toda energía, los motivos, desengaños, y razones, que podian convencerla; mas ella oìa, y callaba, hasta que apretada, pero no rendida, à la santa eficacia del Misionero, se levantò con intrepidèz, y sacando de una Arca la camisa, y los Habitos de su difunto hijo llenos de agujeros, y teñidos de su sangre, estendiendolos à vista del Padre, le dixo: *Mirad, mirad, Padre: por aqui conocereis la crueldad de aquellos malvados, que me mataron à mi hijo; y sabed, que lo que mas hiere mi corazon, es, que pidiendoles, el desgraciado Mozo le dexassen confessar, aun esto le negaron, y assi muriò sin confesion. Esta injuria quereis, Padre, que yo la perdone? Tal alevosia querreis que no la sienta, y que la disimule? Desengañaos, Padre, que no puede ser.* Reconoció por estas vozes el Padre Francisco, que aquel corazon se havia convertido en pedernal; pues quando con mas fuerza le heria, arrojaba mas crecido fuego; y assi, dexando à aquella infe-

felíz, trabajò con su Marido, y sus Parientes, (que en esta ocasion oyeron al Padre) para que perdonassen à sus ofensores, y lo consiguiò, y aùn el que le ofrecieſſen repetir sus instancias, para que aquella su obstinada parienta los perdonasse; y ultimamente se logrò este triunfo, por un favor singular, que recibió de la mano de San Francisco Xavier, á quien quizàs la encomendò nuestro Francisco, como solia, en otras empressas arduas del servicio de Dios.

Pero en fin los perdonò por un favor, que debiò à S. Francisco Xavier.

Esta mencion, que hemos hecho de San Francisco Xavier, me trae à la memoria otro singular beneficio, que consiguió de sus manos nuestro Misionero à favor de Magdalena de Fusco, en cuya casa se hospedò el tiempo que estuvo haciendo Misson en Cardito. Passando, pues, la mencionada Magdalena por la Puerta de la Sacristia de la Iglesia, se cayò, y la diò en la cabeza, la campanilla, que estaba colgada en dicha puerta: Tanto la maltratò el golpe, que hinchandosele la cabeza disformemente, llegò à perder el uso de los sentidos. Al bolver Francisco à casa por la tarde (concluìdo su Sermon) y noticioso de lo que passaba; antes de subir la escalera, llamando à la Madre de la doliente, le dixo: *Dile à Magdalena, que se levante, y que venga à verse conmigo, que la espero aqui.* Obedeció la Madre, pero la hija no obedeciò hasta el tercer recado, que la embiò el Misionero; el qual luego que la tuvo à su vista, sonriendose la dixo: *Anda, vè presto, antes que cierren la Iglesia, y dile al Sacristàn, que te baxe el Quadro de San Francisco Xavier, al qual aplicaràs tu cabeza, y dandole de mi parte las buenas noches al Santo, dile, que dìgo Yo, que le repente te sane.* Assi lo dixo Francisco, y assi lo executò Xavier, segun ateſtigua Don Gregorio Zampela, que era Parrocho de aquella Iglesia, y fuè testigo de este caso, y de la admirable llaneza con que trataba à su Santo Hermano, Francisco de Geronymo.

Milagro por medio de S. Xabier.

Antes que salgamos de la Diocesis de Aversa, hemos de acompañar à nuestro Misionero al Lugar de San Arpino, donde al tiempo de hacer la Misson concurrieron tres Vandidos, deseosos de vengarse de un Enemigo suyo. Iban para este fin,

Conversion de tres Vandidos.

fin, muy prevenidos de armas; buſcanle con diſsimulo, y le deſcubren entre la demàs gente, que concurria à la Miſsion; reſolvieron eſperarle al ſalir de ella, para lograr ſu venganza, quitandole la vida. Pero qué ſucede! que informandoſe de quien era el Miſsionero, y oyendo ſer el Jeſuíta Franciſco de Geronymo, el eco ſolo de eſte Nombre los dexò tan ſorprehendidos, que mudaron totalmente de penſamientos; oyeron el Sermon, y deſpues de èl fueron à arrojarſe à los pies del Siervo de Dios, y le confeſſaron con muchas lagrimas el animo dañado de cometer aquel homicidio, y las demàs culpas de ſus eſtragadas vidas. El Padre los oyò con ſu acoſtumbrada charidad, los afianzò en ſus buenos propoſitos, y los mandò bolver à ſus caſas, para que proſiguieſſen en procurarſe el Cielo con la total enmienda de ſus coſtumbres. Eſte triumpho creo, que fuè premio de la conſtancia, que tuvo nueſtro Jeſuìta en eſta Miſsion; pues al empezarla, encontrò los animos de los oyentes tan tivios, y retirados, que en ſu primer Sermon ſolo tuvo doce perſonas, que le oyeſſen: la cauſa fuè, que aſsi los Eccleſiaſticos, como los Seculares, y aùn el ſeñor Temporal de aquella Poblacion, todos ſoſpecharon, y creyeron, que al Padre le movian, para irlos à predicar ſinieſtros fines, y no el de la ſalvacion de las Almas: arte propio del Demonio, para que en aquella Miſsion no lograſſe el debido, y deſeado fruto. El Compañero, que en eſta ocaſion llevaba el P. Franciſco, viendo la opoſicion, que aquellos Payſanos hacian à la Palabra Divina, cayò de animo, y le dixo, ſeria bien mudarſe à otra parte, donde fueſſen mejor recibidos. *No, Padre mio* (le reſpondiò el Miſsionero) *no nos hemos de retirar, porque eſta Miſsion no ha de concluirſe menos fervoroſamente, que las otras que hemos hecho.* Y aſsi ſucediò: pues proſiguiendo Franciſco en predicar, fué ganando las voluntades de modo, que compenſaron bien los Auditorios al fin, los retiros que havian tenido en los primeros dias.

Al principio de eſta Miſsion fuè el Padre mal recibido.

*** *** ***
*** *** ***

CA-

CAPITULO III.

PASSA A LA ISLA DE Isquia, y singulares prodigios que executò en ella.

LA Isla de Isquia es la mas cèlebre de quantas se descubren en el Golfo Napolitano, assi por su poblacion, como por las minerales aguas, que en ella depositò el Cielo, para medicina, y alivio de casi todas las enfermedades: pero yà podèmos decir ser mas famosa, por haverla ilustrado nuestro Jesuita con las voces de su Doctrina, y con los prodigios de su mano. Passò à ella el año de noventa y siete; y supuestas las comunes mudanzas de vidas, que se vieron en aquellos Isleños, por las eficacias de su voz, nos entretendrèmos en vèr como uniò, el dàr salud à los cuerpos, con las saludes que comunicó á las Almas.

El Canonigo Penitenciario de la Cathedral, que ay en la principal Ciudad de aquella Isla, llamado Don Joseph Mecina, debaxo de firma suya, assegura lo siguiente. Miguél Angel Pilatos se hallaba desauciado de los Medicos, à causa de una mortal hydropesìa. Desconsolado de la fatal sentencia de los Medicos, logrò la ocasion de estàr en aquella Isla el Padre Francisco, y assi pidiò à su muger, que se le llamasse, esperando encontrar en el Padre el remedio, que no hallaba en la medicina. Francisco estaba comiendo quando recibió el aviso, y doblando al punto la servilleta, acudiò à visitar al Enfermo. Viòle, y con rostro risueño, le dice: *Amigo, usted yà està bueno; por què se desconsuela? Digo, que està bueno*, y passandole la mano sobre el pecho hasta el vientre, le aplicò despues la Reliquia de San Cyro: y dandole ultimamente à beber un poco de Agua bendita, con la Reliquia del mismo Santo, concluyò, diciendole: *Vè aqui su Medico, y vè aqui su Medicina: mañana levantese de la cama, y vaya à oìr la primera Missa, que se dixere en la Iglesia.* Assi lo dixo Francisco, y assi lo pudo executar el Enfermo, quien en aquel dia experimentò deshecha la hinchazon de la hydropesìa; y por consiguiente, à la mañana de el dia siguiente se halló con fuerzas tan

Sana un hydropico.

de

de ſano, que acudiò al Templo à oìr (como lo havia mandado el Padre) la primera Miſſa, que en èl ſe dixo: eſtorvando, aunque ſin querer, el que la oyeſſen con atencion los que concurrieron: por empleados en admirar tan repentina, y milagroſa ſalud.

Aumentaſe milagroſamente el Aceyte bendito por el Padre.

Dignas ſon tambien de memoria otras dos coſas bien ſingulares, que executò en otro, numeroſo Pueblo de eſta miſma Isla, llamado *Foria*. Aqui depone Cayetano Surrentino, Eſcrivano de aquel Pueblo, como teſtigo de viſta, que haviendo el Padre Franciſco bendecido un vaſo de Aceyte con la Reliquia de San Cyro, para el alivio de los Enfermos; ſiendo aſsi, que por ſer muchos los que le gaſtaban, ſe creyò, que apenas pudieſſe haver Aceyte para un año; ſe admirò, que ſegun ſe iba gaſtando, iba creciendo de modo, que huvo Aceyte que repartir por los tres años ſiguientes. Brigida Melone, dice: Que padeciendo un antiguo tumor en un pecho, por el qual los Cirujanos la havian martyrizado, pero ſin provecho alguno; ſolo con tocarſe, ella miſma, una Reliquia de San Cyro, que la havia dado nueſtro Miſsionero, el tumor ſe deſvaneciò, dexandola buena, y ſana por veinte y dos años, que viviò deſpues: Y añade, que al fin de ellos le dió un grande fluxo de ſangre, que por algun tiempo la mortificò; y que en eſta ocaſion, conſultado el Padre Franciſco, ſolo reſpondió: *Que penſaſſe la Enferma en aſſponer bien ſu Alma, y ſu conciencia*: Reſpueſta con que ſignificò, que de aquella enfermedad moriria, y puntualmente ſucediò aſsi.

Tumor en el pecho deſhechocon la Reliquia de S. Cyro.

Singularisimo favor hecho à un contrahecho.

Mas maravilloſa fuè la ſalud, que comunicò nueſtro Franciſco à Añelo de Luſtria, hijo de Antonio de Luſtria, y de Roſolèa Maſcara; he dicho, que fuè mas milagroſa, porque era eſtrañiſsima la enfermedad, que eſte Muchacho padecia. Al cumplir los ſiete años, ſe le deſcompuſieron los hueſſos de las eſpaldas de ſuerte, que no ſolo quedó corcobado, ſino que contraìdos todos los nervios, no podia andar, ſino es poniendo los pies, y las manos en la tierra: Su dormir, por eſta cauſa, havia de ſer boca abaxo; y el comer no de otro modo, ſino es, poniendole el plato en el ſuelo. Con eſta deformidad llegò el infeliz

à

à los doce años, edad en que llegò el Padre Francisco à aquella Isla; y como yà se havia estendido la fama de las maravillas, que executaba por medio de las Reliquias de San Cyro; el afligido Padre de Anhelo quiso experimentar, si acaso su hijo podia contarse entre los favorecidos del Padre; y assi, tomandole en brazos, se le puso à los ojos. No hizo mucha sùplica para que Francisco se condoliesse, porque solo la vista de su hijo era bastante para moverle à una eficàz compassion: y fuè assi; pues nuestro Missionero, luego que le viò, elevò los ojos al Cielo, hizo oracion, y tocandole con las Reliquias, le dixo, que se bolviesse à su casa, y que tuviesse feè. No dixo mas, pero al dia siguiente el enfermo empezò à experimentar la virtud de San Cyro, y la piedad de nuestro Missionero. Hallòse con deseo de levantarse de la cama, pidiòle à su madre, que le ayudasse. Pusose en el suelo, y poco à poco se fuè enderezando, de modo, que dentro de seis meses se hallò sano perfectamente, desvanecida la corcoba, habiles los miembros para sus movimientos; y en fin, andando con la rectitud de quien no huviera padecido tal accidente. La admiracion que esto ocasionò en sus Payanos, no es decible, y solo diré, que les durò todo el tiempo que este mozo vivió despues, que fué por espacio de ocho años, al fin de los quales muriò, pero de otra enfermedad.

El ultimo dia de la Mission, que en esta Isla predicò el Padre Francisco, se hizo tambien memorable, aunque por una desgracia, que aquel dia profetizò. Daba nuestro Missionero, segun su estilo, la bendicion, y aplicaba Plenaria Indulgencia à todos los que havian concurrido à sus Sermones, y se havian reconciliado con Dios por los Sacramentos de la Penitencia. Y acabada esta devota funcion, se le ofreciò decir: *Y echo mi maldicion (y le caìrà) al primero, que en esta Isla manche sus manos con sangre humana.* Esto causò gran terror en todos los oyentes; pero un infeliz, avandonando presto aquel miedo, arrebatado de una colera, quitò la vida à puñaladas à una muger. Escriviòsele este caso al Padre Francisco, que estaba yà en Napoles, y respondiò: Que

Profecìa cumplida

se compadecia mucho de aquella desgracia, y tambien del que la havia execatado, porque sin duda havia incurrido, y experimentaria los efectos de la maldicion, que èl havia echado, en el ultimo dia de la Mision, contra el derramador de sangre humana. Y los efectos manifestaron, que Francisco no se engaño; pues aquel desdichado anduvo todo el tiempo, que le durò la vida, como otro Cain, maldito de Dios, profugo; huyendo de quien no le seguia; y en fin, oprimido de un terror panico, que haciendole temblar en todas sus acciones, le robò de el todo el color del semblante.

CAPITULO IV.

SUS MISSIONES EN Benevento, y en el Abruzo: Y los admirables succesos, que le acaecieron en ellas.

Mision en Benevento.

LA Ciudad de Benevento tuvo la fortuna de verse quatro veces visitada de este Varon Apostolico. Y de lo que en ella executò, no encuentro mas que decir, que lo que á nuestro Misionero escriviò el Illustrisimo, y R.mo Señor Cardenal Fr. Vicente Maria Urfino, entonces Arzobispo de Benevento, y despues Summo Pastor de la Iglesia, con el nombre de Benedicto XIII. Este, pues, Santissimo Prelado, despues de haver assistido indefectiblemente à los Sermones de nuestro Jesuita, no solo por dàr buen exemplo à sus Ovejas, sino tambien por el amor que le cobrò por su santidad, y por su doctrina: Estando yá Francisco en Napoles, le escriviò una del tenor siguiente.

Libra se de un molesto dolor de oìdos un Sacerdote.

Sebastian Limossani, Clerigo, y Seminarista mio, havrá seis, ù ocho dias se hallò totalmente sordo; exortaronle à que se ungiesse con el Aceyte de San Cyto, bendito por V. Paternidad; mas èl, falto de feè, no quiso executarlo con promptitud, hasta que despues al Domingo immediato, haviendo confessado, y comulgado, se encomendò al Santo fervorosamente, y se determinò à ungirse con el Aceyte el oìdo; lo qual executado, immediatamente clamò, con alegres voces: *Yà oygo, yà oygo*: y prosigue oyendo con la misma perfeccion que antes. Esta tarde al bolver à mi casa me

Refiere el caso el señor Arzobispo de Benevento en Carta que escrive al P. Francisco.

me han referido este Milagro, y sin perder punto de tiempo, le pongo en noticia de V. Paternidad, quien despues de haver abierto los oìdos à tantos sordos, en el Alma, con sus admirables Sermones; ha sido tambien instrumento de abrir los oìdos corporales al sobredicho mi Clerigo. Dense las alabanzas al Santo, y las gracias à Dios, que es el dador de todos los bienes. Hasta aqui este Padre universal de la Iglesia, quien, como se vè, en pocas clausulas ciñó las mayores alabanzas de nuestro Misionero.

Misiòn en Avelino.

En la Ciudad de Avelino, no muy distante de la de Benevento, hizo dos veces Misiòn, y en una de ellas se empeñò singularmente en desterrar de la Ciudad los juegos de Dados, y Naypes, por ser raizes (como se sabe, y se experimenta) de muchos delitos, como son juramentos, blasfemias, perjuicios, y fraudes, sin que queramos entrar en quenta las pèrdidas de los Mayorazgos, y de las haciendas, que muchas veces desperdician los hombres entregados à esta maldita pasion. Consiguiò Francisco en estas materias tal reforma, que huvo de sentirla el que en aquella Ciudad tenia la administracion, ò el arrendamiento de las tablajerias, y casas de juego. Era hombre de aspera condicion, audàz, sobervio, y muy inclinado à sus intereses; y viendo que estos se le disminuian por falta de jugadores, y que de esto era la causa el Padre Francisco; se encendiò tanto en colera contra el Ministro de Dios, que decia de él mil oprobios, quales no se dixeran del hombre mas soez de la Republica; pues lo mas suave que le decia, era, ser un hombre enemigo declarado del linage humano: un hombre imprudente, è injusto. Imprudente, porque queria quitar à los hombres las diversiones, que Dios, y las Republicas les permiten, por alivio de sus quotidianas taréas: injusto, porque con esso à èl le quitaba su comer. Estas injurias no solo las decia à espaldas del Misionero; si no es que llegò à tanto su ceguedad, que encontrandole un dia, se las dixo frente à frente. El P. se las oyò hincado de rodillas; y luego que aquel intrepido acabò sus mal consideradas voces; le respondiò, sin la menor demuda-

Caso de singular humildad

sion en el semblante: *Hermano, perdoneme, si sin querer hè hecho mal tercio à sus conveniencias, por atender al provecho espiritual de los Ciudadanos.* Esta respuesta tan modesta, y tan suave, quebrantò de modo la ira de aquel furioso, que al punto, corrido de su misma desmesura, ò quizàs temiendo las reprehensiones de los circunstantes, por el modo indigno con que havia tratado al Padre, á ligero passo se retirò, dexandole al P. Francisco en las manos un heroyco triumpho de su paciencia, y de su humildad.

Lluvia milagrosamente suspendida.

El fin de la Mision de Avelino le coronò una singular maravilla. Aquel dia parece que el Cielo havia determinado anegar aquella tierra, segun lo que se cargò de nubes, y segun la copiosa lluvia, que ellas despedian: Creyeron todos por esto, que no se podria hacer la Procesion de Penitencia, con que el Padre concluia su Mision. Llegaronselo à decir, pero èl con toda seguridad respondiò: *La Procesion se harà, y se harà bien, al medio dia.* Y no parece si no que las nubes le havian jurado obediencia; pues aunque negrissimas, espessas, y muy baxas, estuvieron amenazando diluvios, no obstante los suspendieron todo el tiempo que gastaron los Ciudadanos en su Procesion; la qual concluida, descargaron immensa agua, sobre la Ciudad, y Campos de Avelino. Lo mismo atestiguò, que le havia sucedido en Frata Mayor; y en las mismas circunstancias, el Compañero, que à aquella Mission llevò nuestro Francisco.

Mision del Abruzo.

En el año de mil setecientos y cinco dispusieron los Superiores, que passasse à las Provincias del Abruzo. Mucho lo sintieron los Napolitanos, porque estas Missiones le tuvieron ausente de Napoles, por espacio de seis meses; pero nuestros Superiores no pudieron negarse, ni negarle à las repetidissimas instancias con que le pidieron, assi los señores Temporales de aquellos territorios, como los señores Obispos, y Arzobispos, que en lo Espiritual los governaban. Este empleo le admitiò nuestro Jesuita con su acostumbrada promptitud, y con particular complacencia, porque discurriò podia ser grande el fruto, que sacasse de cultivar las Almas de los rusticos

Pas-

Pastores, que esparcidos por aquellas montañas, solo atentos à cuidar de sus ganados, viven tan descuidados de sus conciencias, como poseidos de crasissimas ignorancias. Quiso, pues, desde luego subirse à los montes; pero le detuvieron las Ciudades, y crecidas Poblaciones, que estàn en los llanos de aquella tierra; diciendole, que pues ellas eran las que havian pretendido su venida, no era razon las desayrasse, por atender à las almas de los Pastores; y añadian, que estos podian venir à la Ciudad, en que se hiciesse la Mission, y allì instruirse de todo lo necessario para la salvacion de sus almas. Vencieron con estas razones las Ciudades, y assi empezò Francisco por la de Quieti sus Exercicios.

Mission en Quieti.

En esta Ciudad fuè extraordinaria la veneracion, que le tuvieron; mirabanle como à un hombre baxado del Cielo, y por esso, aqui fuè donde padecieron irremediable destrozo sus vestidos; por guardarlos por Reliquias, y por defensa, contra las enfermedades, aquella piadosa gente, la qual se tenia por dichosa solo con oirle; y assi fueron extraordinarios los concursos que tuvo en sus Sermones; y no lo estrañò; pues en el tiempo de su Mission hizo nuestro Francisco una maravilla, que apenas se hallarà semejante, y fué en esta conformidad. Cinquenta años havia, que vivia en la Ciudad de Quieti, Lucìa de Angelo Escoqueti, natural de la Tierra de San Valentin. Esta, pues, subiendo en una ocasion por una escalera de su casa, parà poner al Sol algunos trapos suyos, cayò repentinamente de ella, y cayò de espaldas, y con tal impetu, que no solo se quebrò un hueso del pecho, sino tambien el de una muñeca; con lo qual la mano quedò tan descompuesta, y maltratada, que los dedos de ella, menos el police, se encogieron, y agruparon à la palma, con las uñas azia dentro, las que creciendo, la fueron penetrando de modo, que passada toda la palma, llegaron à descubrirse por la parte exterior de la mano. Catorce meses padeciò aquella miserable los dolores, que de tal accidente se pueden discurrir; pero al fin de ellos encontrò el alivio, ò el total remedio en el Padre Francisco: pues compade-

Singularissimo favor hecho à una Pobre.

cida la señora Soror Maria Luisa Nicolini, Religiosa de Santa Clara, suplicò al Padre, se condoliesse de aquella pobre, y que la alcanzasse del Cielo el remedio, que no la havian podido dàr los Medicos, y Cirujanos de la Tierra. Francisco, que no sabia negarse à compadecerse, y principalmente de los pobres, dixo, que le traxessen aquella muger à la Iglesia; vino, miróla con semblante risueño, y la dixo: *Que tuviesse buen animo*, y solo con estas voces, el Padre se le comunicò, porque eran eficacissimas sus palabras. Despues sacó del pecho una Cruz pequeña, con una Imagen de la Magestad de Christo, y con uno de sus brazos procurò ir levantando los encogidos, y apiñados dedos, y al mismo tiempo le aplicò à la cabeza la Reliquia de San Cyro. Mas viendo, que todo esto no surtia el efecto, que deseaba, mudò la Cruz; y no yà con el brazo, sino con su pié, repitiò la accion de levantar los dedos, pronunciando estas palabras: *En nombre de Dios, y de sus Santos, abrìos, abrìos, abrìos.* No bien havia acabado de proferir estas voces, quando (caso verdaderamente maravilloso) los dedos se separaron de la palma, se estendieron, se abrieron, y en fin, recobraron sus naturales, y por catorce meses perdidos, movimientos. Conseguida esta gracia, ungiò con el Aceyte de San Cyro las heridas de la mano; y à los huessos quebrados del pecho, y de la muñeca, aplicò unas tablillas, y haviendolas assegurado con ligeras vendas; le dixo à aquella pobre, que se fuesse à descansar, y bolviesse al otro dia. Bolviò puntual, y se hallaron las llagas del todo cicatrizadas, y los huessos unidos, y soldados perfectamente; pero deseando dàr la ultima mano à este prodigio, le mandò à la pobre juntar las dos manos, para vèr si estaban iguales; y reconociendo por este examen, que la derecha, que havia sido la mala, no igualaba del todo con la izquierda, le aconsejó, que confessasse, y comulgasse, y aplicadas estas espirituales medicinas, haviendose buelto à medir brazos, y manos, se hallaron con la igualdad, y perfeccion, que se podia desear. Quan agradecida quedaria la pobre enferma à su bien-hechor el Padre Francisco, esso no cabe en

or-

ordinarias expresiones, y mas quando le oyó decir al tiempo de despedirla, que viviria muchos años: anunciò, que se cumpliò, pues el año de 1717. contando ochenta y cinco de edad, andaba aùn por las calles de Quieti, pidiendo limosna. Este caso le depusieron todas las Religiosas de aquella Casa: Y el Padre Thomás Revillone, de la Compañia, y morador de aquel Colegio, afirma haverle oìdo de la boca de la misma Muger, y de otros sugetos de la Ciudad; y añade, (que es lo que hace mas feè) que le oyò de los labios del mismo Padre Francisco, el qual le solia referir, à honra, y gloria de su amado San Cyro, y para adelantar entre los Fieles su devocion.

Mision del Aguila.

Desde Quieti passarèmos à la Cabeza del Abruzo, que es la Ciudad del Aguila. A esta fué llamado nuestro Misionero, con tan vivas instancias de sus entonces afligidos Ciudadanos, que aunque el tiempo era importuno, por demasiadamente caluroso, luego que llegò huvo de empezar la Mision. No la pudo predicar en la Iglesia, porque con el terremoto horrible, que poco antes havia sucedido, las Iglesias, y los mas fuertes Palacios, ò estaban arruinados, ò amenazaban ruina. Sus techumbres, y sus paredes, ò yà caìdas, ò desplomadas, ofrecian à los ojos un tristisimo espectaculo, que como Sermon, que predicaba la Justicia Divina, sirviò mucho, y fuè muy del caso, para que fuesse mas crecido el fruto de la Mision. Aquellos objetos, tan funestos à los ojos, hicieron mas faciles, y mas sensibles los arrepentimientos, los llantos, y las resoluciones santas de los oyentes. Assi lo esperò el Padre Francisco; pero los sucessos passaron mas allà de sus esperanzas. La Nobleza singularmente se señalò en las demonstraciones de penitencia, siendo algunas bien extraordinarias; pues huvo muchos de los mayores Cavalleros, que por mortificarse, tomaban en sus brazos los deshechos, y hediondos cadaveres, que se sacaban de entre las ruinas. Las Processiones fueron de casi todos los dias, assi de Religiosos, y Eclesiasticos, como de Seculares; materia en que se distinguiò mucho la insigne Cofradia de San Marcos, pues diò recomendables exemplos de todas las Virtudes Christianas

Estrañas mortificaciones.

nas. Hombre huvo, que barriendo el suelo con la lengua, anduvo toda la gran Plaza, hasta la Barraca, ò Casa de Madera, que servia de Iglesia, desde donde oian las mugeres los Sermones. En el ultimo dia, para satisfacer al deseo, y à los clamores de todos, echò desde el Pulpito la bendicion con el Soberano Sacramento, que tomò de un Altar, que para tenerle descubierto, se havia levantado, y adornado en la misma Plaza.

Fruto de esta Mission.

Los frutos que produxo esta piedad en aquellos Ciudadanos, fueron muy particulares. Serenaronse muchos antiguos rencores; lograronse muchas sòlidas amistades; convirtieronse muchas mugeres perdidas, y las mas de ellas se encerraron en lugares seguros, para hacer penitencia de sus culpas: muchos amancebamientos, se convirtieron en matrimonios santos; restituyeronse grandes cantidades de moneda, y preciosas alhajas de oro, y plata, que con ocasion del terremoto havia robado la codicia de algunas malas conciencias; y en fin, se bolvieron á entablar dos obras de piedad, que estaban olvidadas: La una, hacer al medio dia memoria de la acerviſsima Pasion de nuestro Señor Jesu-Christo: Y la otra, la accion de gracias, que havian ofrecido hacer todos los dias, al sòn de campana, los Moradores de aquella Ciudad, por haverlos Dios librado antiguamente, de los estragos, que les amenazó el poderoso Exercito de Brachio.

Estos fueron los testimonios publicos, que acreditaron aquella Mission; pero á ellos añadiò el Padre Francisco algunas particulares gracias, que tambien sirvieron de credito à sus voces; pues en esta Ciudad le anunciò à Ana Felix Marinancia (casada con el Noble Cavallero Antonio Leoniano) que tendria dilatada succesion. Vivia muy desconsolada dicha señora, y tambien su parentela, con la sospecha de ser estèril, à causa de que en otro matrimonio, que havia tenido, no havia logrado la mas ligera seña de fecunda. De este desconsuelo dieron parte los parientes al Padre Francisco, el qual les dixo: *No tengan miedo, que Ana tendrà tantos hijos, que pedirà à Dios, que no le dè mas.* Assi dixo, y assi sucedió, pues aquella señora llegò à

Profecìa del Venerable.

te-

tener tanta succesion, que algun dia pidiò a Dios pusiesse termino à su fecundidad. Tambien fué admirable el caso, que refieren haverle passado con una Muchacha llamada Ursula, hija de Felix Corneto, Español, y Soldado Presidiario en la misma Ciudad. Esta Muchacha, que yà tenia catorce años, padecia un accidente de alferecìa, tan poderoso, que quando la daba, la dexaba por muchas horas como difunta. Ofrecieronsela al P. Francisco, y solo con mandarla confessar, y comulgar, y hacer luego sobre ella la señal de la Cruz; la dexò para toda su vida libre del mencionado accidente. Refieren tambien, que á la afligida Ciudad la consolò Dios antes de salir de ella el Padre Francisco, restituyendole el agua de que antes eran abundantissimas sus fuentes; pero que se havia desaparecido, y extraviado desde el tiempo del terremoto. Ultimamente, despidamonos del Aguila, y de su Misson con decir, que desde ella acà, no han experimentado sus Ciudadanos algun otro movimiento de la tierra; ò si han experimentado alguno, ha sido tan ligero, que solo ha servido de avisarles se mantengan constantes en el bien, sin dàr lugar à que se les repitan los golpes de los castigos.

Cura milagrosamente un accidente de alferecia.

Restituye el agua à las fuentes.

La Misson de Teramo no solo fuè util para los moradores de aquella Ciudad, sino que fuè utilissima para toda su comarca, pues se celebrò con la assistencia de treinta y seis pequeños Pueblos, y Aldeas, que concurrieron á oirla, distando algunos de ellos por mas de veinte y una millas. Tal era el deseo, que en todos ardia de aprovecharse de la Doctrina de nuestro Missionero, el qual hizo en la misma Provincia, otras treinta Missiones breves, ò dilatadas, conforme era la Poblacion de los Lugares en que las hacia. Aqui fuè donde le recibieron con tanto aplauso, que salian con palmas en las manos cantando alegres, y espirituales Motetes, y del mismo modo le despedian, siendo à veces tanta la multitud de gente, que à esto concurria, y que le seguian de un Lugar à otro, que en una ocasion la Guarnicion de la Plaza de Pescara viendo à lo lexos una grande polvareda, entrò en cuidado, y se puso sobre las armas; hasta que por sus Ba-

Mission en Teramo.

ti-

tidores tuvo el aviſo de que era la gente devota, que acompañaba, y ſeguia al Padre Franciſco: entonces queriendoſe deſquitar del chaſco, que havia llevado, hallandoſe con las armas en las manos, determinò, con permiſſo de ſu Governador, el ſalir, formado todo el Preſidio, à recibir à nueſtro Miſsionero, haciendole al llegar cerca, una cumplida ſalva, y ſuplicandole entraſſe à deſcanſar, con ſu devota comitiva, dentro de la Fortaleza; y Franciſco dió las gracias, y admitiò el agaſſajo que ſe le ofrecia.

Augmentaſe el Vino.

Refieren tambien, que en eſta ocaſion le preſentaron à nueſtro Miſsionero un pequeño fraſco de vino, en el qual ſe experimentò la maravilla, de multiplicarſe de modo, que aunque el vino era poco, y los bebedores muchos, huvo vino para todos. Sentòſe Franciſco con ſu gente à la margen de un Rio à tomar una comida breve, como eran ordinariamente las ſuyas; no podia caminar à piè, por eſtàr yà abanzado en edad, con que entre los que le acompañaban hemos de contar al Caleſero, el qual fuè mucha parte, para que ſe hicieſſe mas reparable el aumento del vino; pues haviendo bebido todos, lo que huvieron meneſter: el Caleſero parecia tener mas ſed, que los demàs, ſegun la repeticion con que bebia: pero no obſtante quedò baſtante porcion, ſiendo aſsi, que como he dicho, aùn deſde el principio era pequeña. Añaden, que en la Ciudad de Adria le acaeciò, que haviendo paſſado allà, à no sè que negocio grave de la gloria de Dios, fue en un dia de grande lluvia; por eſto el Duque de aquella Ciudad le ofreciò ſu Carroza, para que ſe defendieſſe del agua; mas el humilde Franciſco no la quiſo admitir: y hizo bien, pues eſta reſiſtencia ſe la pagò el Cielo con el milagro de que haviendo andado todo el dia à cuerpo deſcubierto, llegó à Caſa con los veſtidos tan ſecos, como ſino huviera havido tal lluvia.

No le ofende la lluvia.

En eſta miſma Juriſdiccion hallo (y confirmado por Hombres graves, y de toda feè) un anuncio de nueſtro Miſsionero, plenamente verificado. Y paſsò aſsi; Deſde Notariſco, llegò nueſtro Franciſco à hacer Miſsion à Muſciano (Lugares los dos, que pertene-

Profecia.

cen

cen à los ſeñores Aquavivas, Duques de Adria) en eſte Pueblo ſe encontrò un fervoroſo Sacerdote Napolitano, llamado Joſeph Mangrela, Profeſſor en facultad de Juriſprudencia, y Vicario de aquel Territorio por el ſeñor Cardenal Aquaviva: Eſte Sacerdote ſe aplicó à ayudar al Padre Franciſco en ſus Apoſtolicos Miniſterios: Trabajò glorioſamente tanto, que Franciſco no pudo menos de darle rendidas gracias por lo que ſe intereſſaba en el provecho de las Almas: Reconociò en èl un corazon todo lleno de Dios; mas un dia, en que le eſtaba alabando ſus aplicaciones, le dixo aſſi: *Cuidado; y buen animo, optimo Sacerdote, cuidado con que no ſe resfrie eſſe ardor, y fervor de vueſtro pecho; porque puede ſer, que eſte miſmo año, en que eſtamos, paſſeis à mejor vida.* Eſto ſe dixo por el mes de Junio, y en el de Septiembre del miſmo año, aquel eſcogido Sacerdote muriò, no ſin general ſentimiento de todos los que le conocian; y ſe mandò enterrar en la Igleſia de San Gerbaſio en Caſtro Alto, donde havia formado una pequeña Habitacion para retirarſe algunas veces de los bullicios de los Poblados.

Otras muchas coſas dicen que le ſucedieron por eſte tiempo; pero me veo preciſado à omitarlas por atender á las que hicieron memorable ſu Miſsion de Sulmona. En eſta Ciudad fuè nueſtro Franciſciſco un no creìdo Jonàs; pues haviendole anunciado ſu fatal ruìna, ſus moradores no quiſieron entenderle; y aſsi, no ſe evitaron los rayos de la Juſticia Divina. Pero antes que entrèmos en eſta narracion, dexarè dicho como en eſta Ciudad fuè preciſo ponerle Guardia de Soldados, para eſtorvar no le oprimieſſe la multitud de Pueblo, que acudia à verle, y à venerarle: *A venerarle* hè dicho; pues aun la Eſcolta de Soldados no baſtaba para que no le cortaſſen pedazos del veſtido para guardarlos por Reliquias: Buen teſtigo fuè de eſto, aunque à ſu coſta, el Hermano Coadjutor, que en eſta ocaſion le acompañaba, pues por defender la Sotana del Padre, de un devoto intrepido, que con un cuchillo queria quitarle un pedazo; al buen Hermano le hiriò, baſtantemente, dos dedos. A eſtas, que podemos llamar menuden-

Miſsion en Sulmona.

Singular ilustraciò que recibiò por la conver... sion de un Alma.

dencias, añado eſte caſo bien particular. Por las mañanas de eſta Miſsion ſe aplicò nueſtro incanſable Franciſco à dar à todos, los que quiſieran concurrir, los Exercicios de San Ignacio: Platicabalos, deſde una ſilla pueſta en el Altar Mayor: Llegò à la Meditacion del Pecado Mortal; y ponderando ſu gravedad, y malicia, y quanta penitencia deben hacer los que han tenido la deſgracia de cometer una culpa; reparò, que un pequeño Niño, que eſtaba no muy diſtante de ſu ſilla, correſpondia à ſus voces con un llanto copioſo, y tan amargo, que el Padre no pudo menos de poner en èl los ojos: Miròle una, y otra vez, haſta que con un impetu grande de eſpiritu, queriendo lograr la oportunidad de ablandar los corazones de los adultos, con la con puncion de un inocente; mandò, que aquel Niño ſe le arrimaſſen à ſu ſilla: Executòſe aſsi; ſuſpendioſe, como era natural, el auditorio, y mas quando el Padre exclamò, diciendo: *O como tu, inocente, lloras los pecados, que no cometiſte! Y quien ha cometido muchos, y graviſsimos no los llora.* Y proſiguiendo en moverle la lenga el Eſpiritu Santo, añadiò: *Ni aun tu Padre.* Es de ſuponer, que el Padre Franciſco no conocia, ni al Niño, ni à ſu Padre, ni ſabia quienes fueſſen; pero lo ſabia la Gracia Divina, que con el llanto del hijo, queria ablandar el corazon del Padre; y aſsi ſucedió, pues hallandoſe eſte en el auditorio; al vèr las lagrimas de ſu hijo; y el eſpitu ſuperior, que en el Padre hablaba, y le hablaba à èl tan al alma; dulcemente prorrumpiò, ſin reparar en la mucha gente, que le veia, en un llanto tan abundante, que ſe conociò bien no ſe formaba en los ojos, ſino que ſalia de lo profundo del corazon. A eſto ſe ſiguiò hacer una Confeſsion General, deteſtando la mala vida paſſada, y abrazando una verdaderamente penitente, y Chriſtiana con que ſatisfizo al eſcandalo, que havia dado en los años antecedentes.

Vengamos yà à las infauſtas profecias, que en eſta Miſsion hizo Franciſco de la ultima ruina de eſta Ciudad. Predicando un dia en el Templo de la Encarnacion à un numeroſo Pueblo, truncò el diſcurſo; ſe ſuſpendiò un rato, y poniendo

los

los ojos àzia el monte, que estaba vecino à esta Poblacion; con un alto, y terrible tono prorrumpió en estas palabras: *Sobre aquel monte estoy mirando una quadrilla de Demonios, que estàn esperando à que yo me retire de ella para executar en esta Ciudad sus iras.* Estas vozes no dexaron de commover à los oyentes, pero creyeron, que esta havia sido alguna de aquellas talentadas, que suelen usar los Misioneros, que no significan mas que querer atemorizar, y tener atentos con la novedad, y la mudanza de la voz, à los auditorios. Pero que esto no fuè assi lo explicò Francisco; pues prosiguiò, diciendo: *O Estatuas prodigiosas de los Santos! O Templo augusto, y magnifico! què delitos haveis cometido, para que os hayais de vèr hechas pedazos? Què culpa has cometido tu, ò Templo! para que te veas arruinado? En este pulpito soy Yo el ultimo que ha de predicar.* Hecho este Apostrofe bolvió al hilo de su Sermon, reprehendiendo agriamente las culpas, que serían el motivo de los estragos que amenazaba. Los quales se cumplieron, pues dentro de breves dias aquel Templo; aquel Pulpito, y casi toda la Ciudad, à la violencia de un estrañissimo terremoto quedaron sepultadas en sus mismas ruinas; y entonces conocieron los pobres Sulmoneses, que se reservaron; que lo que Francisco havia dicho, y executado, no havia sido no, talentada, sino declarada profecía.

CAPITULO V.

SINGULARES SUCESOS de las Misiones en la Provincia de Otranto.

ESTA Provincia tuvo en dos ocasiones à nuestro Francisco por Misionero; y en la primera nos depone el celebre Medico Francisco Durante, que su primera entrada se reduxo à un disimulado prodigio: Entre los demàs que concurrieron à darle al Misionero la bien venida, llegò una Muger, que estaba possèida del Demonio (cosa cierta, assi à los Padres del Colegio de la Ciudad de Leche, como al mismo Medico) y se reparò, que separandose el Padre de los demàs, con quien estaba en visita, buscò à aquella infeliz, y la dixo al oido, quatro,

Entra en la Ciudad de Leche.

Cura à una Espiritada.

tro, ò seis palabras, que no se sabe quales fuessen; pero desde aquel punto se reconociò, que quedò libre del mal huesped, que la afligia.

De alli passò Francisco à Taranto, donde sossegò, y compuso varias distensiones, que havia entre los Sugetos de el estado Eclesiastico, sobre puntos de Jurisdiccion, las quales son siempre dificultosas de componer; pero el fervor, y eficacia de nuestro Missionero, yà hemos dicho, que vencia facilmente las mayores dificultades. El mas reconocido fruto, que recogiò en esta Mision, fuè la conversion de un Ciudadano, muy recomendable, assi por su nacimiento, como por los bienes que possesia. Vivia este Cavallero, como suele suceder à muchos, al passo que lisonjeado de su fortuna, muy olvidado de su salvacion: oyò los primeros Sermones de Francisco, y ellos bastaron para que empezasse à sentir, y aun à llorar el tiempo que havia perdido entre sus devanèos, y sus vicios: de aqui passò à hacer una general confession de todos ellos, manifestando ser sòlida en hacer varias quantiosas restituciones, à que estaba obligado, y à que nunca la havia vencido, aunque conocia su obligacion. De aqui passò à un amor tan intenso con su Dios ofendido, que con rigurosas penitencias procurò satisfacer à su Justicia, y assegurarse las piedades de su Clemencia. A estos fervores correspondiò Dios, concediendole tal tranquilidad de animo, tal desprecio de la vida, y tal miedo à no perder la eterna, que le pidió intensamente à su Magestad, que le quitasse la vida, assi por hacerle de ella sacrificio, como por librarse de los riesgos, y peligros de bolver à ofenderle. Estos fueron sus deseos, y Dios se los cumpliò, pues à breve tiempo le ocasionò la muerte una aguda enfermedad, pero una muerte tan dulce, y tan suave, que apenas se distinguiò de un placido sueño. Y al tiempo de amortajar el cadaver, los cardenales, y llagas, que en èl reconocieron, dixeron á todos sus, antes disimuladas, penitencias, dexandolos llenos de exemplo, y de edificacion.

Conversion singular.

Antes de concluir en Taranto, llegò à aquella Ciudad un Forastero, y quiso su fortuna, que fuesse al tiem-

Exemplo de lo que puede los buenos exemplos

tiempo de la Procesion de Penitencia, con que el Padre terminaba siempre los fervorosos Sermones de su Mision: Viendo, pues, en ella, no solo á todo el vulgo, sino à todos los Nobles, y Cavalleros, con tanta modestia, tantas demonstraciones de contricion, y tan extraordinarias mortificaciones, se quedò, no solo admirado, sino atonito, sintiendo se le entraba por los ojos, hasta el pecho, un profundo aborrecimiento à sus culpas. Enderezaba èl entonces su viage à otro Pais, buscando à un enemigo suyo, para lograr en su muerte su venganza; à este fin llevaba mucha prevencion de armas de fuego; pero á vista de aquella general representacion de tan varias penitencias, olvidando estos culpables pensamientos, cayò desmayado à tierra. Cayò Saulo, para levantarse Pablo; pues luego que bolvió en sì, passò à ser otro. Buscò al Padre Misionero con tantas lagrimas en los ojos, que con ellas le daba noticia de sus culpas, antes de decirselas con los labios. Dixoselas, y añadiò: *Veis aqui, Padre, estas balas encadenadas, que llevaba para hacer con ellas piezas el corazon de mi enemigo*; (y se le nombrò) *pero yà, no solo las dexo en vuestra mano, sino que, assi como ahora beso, arrepentido, vuestros pies, assi voy desde aqui à besarselos à quien tanto tiempo hè aborrecido de muerte.* Con estas palabras, yà confessado, se despidiò del Padre, y saliò de Taranto à poner en execucion su santo proposito.

Gracias hechas en esta Misson.

No podian faltar en esta Misson los favores, y gracias, que en otras executaba Francisco; y assi refieren, que estando Nicolás Imbricale, Sacerdote, aquexado de un tan vehemente dolor de hijada, que sus assistentes juzgaban ser cada instante el ultimo de su vida; acudiò al P. Francisco Magdalena Picolo, muger de Juan Indeli, à decirle lo que aquel enfermo padecia, y à pedirle fuesse à darle algun alivio. Fuè volando Francisco, y despues de aplicarle la Reliquia de San Cyro, le dixo: *Ea, Amigo, no ay que tener miedo, que este dolor no bolverà.* Si vive aùn este Sacerdote, no sè; pero se, que trece años, despues del referido lance, depuso èl mismo, que no le havia buelto à repetir desde entonces el sobredicho accidente. En una de estas dos Misiones passó el

Pa-

Padre Francisco à visitar à la mencionada Magdalena Picolo, y à darla la enhorabuena, por haverla sucedido con felicidad un parto. Con esta ocasion le dixo aquella señora: *Padre Francisco mio, vuestras venidas, à esta tierra, son ominosas para mi, pues en la primera me hallasteis parida de una muchacha, y en esta segunda me sucede lo mismo.* Con esto le traxeron al Padre las dos Niñas, para que las viesse; y de la primera, llamada Xaviera, dixo: *Esta es cosa del Mundo.* De la segunda, que tenia por nombre Rosa, dixo: *O! esta sì! esta es Rosa del Parayso.* No se entendiò por entonces lo que queria decir; mas el tiempo lo declarò, pues muriendo de allì à año y medio la Rosa, verdaderamente passò à ser Rosa del Parayso Celestial: Y la Xaviera, siendo de trece años, se apriisionò al Mundo con los lazos de el Matrimonio.

Mission en la Grotalia.

En estas mismas Misiones llegò nuestro Jesuita à su Tierra la Grotalia, con la fortuna de ser un Profeta bien recibido en su misma Patria; pero no es mucho, pues en ella executò singulares prodigios, acompañados de particulares Profecias. El primero que las disfrutò fuè su mismo Padre, Juan Leonardo de Geronymo: Este buen Anciano, (que contaba yà entonces ochenta y ocho años) la noche antes, que su Hijo empezasse la Misiion, se hallò acometido de principios de una grave enfermedad; encendiòsele una grande calentura; à esta se le siguiò delirio, lo que junto con los años que hemos dicho, puso á toda su familia en un sumo desconsuelo: El Padre Francisco no estaba presente, por haver passado à Taranto à sacar las licencias necessarias para empezar la Misiion: Por esso el señor Arcipreste Don Thomàs, hermano del Padre Francisco, disponia embiarle un Propio, para noticiarle la novedad que havia sobrevenido, y pedirle, que dexasse la Misiion para otro tiempo. Yà estaba para partir el Propio, quando llegò al Lugar el Padre Francisco, visitò en la Iglesia el Santisimo Sacramento, y luego entrò à su casa; y aunque viò conturbada la familia, sin detenerse à tomar mayor informe, partiò en derechura à la cama de su Padre, saludòle, besòle los pies, y luego, con risueño rostro, le dixo: *Padre,*

Dà salud à su padre.

y

y ſeñor, yo quiero, que mañana por la mañana vengais à la Igleſia à oìr los Exercicios Eſpirituales, que en ella empezarè. Tales palabras ocaſionaron grande admiracion à los circunſtantes: Pareciòles coſa eſtraña (y en la realidad lo era) pedirle à un decrepito, con actual calentura, y otros graves accidentes, que madrugaſſe; que ſalieſſe de ſu caſa; que fueſſe à la Igleſia, y que aguantaſſe la deſcomodidad de oír por lo menos una hora de Sermon. Mas quando los grandes Siervos de Dios mandan, alcanzan de ſu Mageſtad el modo de hacerſe obedecer: y aſsi ſucediò aqui, pues el enfermo à la mañana ſiguiente ſe hallò con tan recobradas fuerzas, que pudo ir al Templo à aſsiſtir à todos los Exercicios; y en los dias ſiguientes eſtàr por tiempo baſtante en las demàs funciones de la Miſsion; quedando deſpues con tal ſalud, que ſobreviviò à lo dicho un año, y ocho meſes, y aſsi vino à morir dentro de los noventa años: premiando el Señor con vida tan dilatada (ſin duda) la licencia, que concediò à ſu Hijo para entrar en la Compañia; premio à que ſe añadiò el renombre, que le dieron todos ſus Payſanos, de publico bien-hechor ſuyo, por haverles dado en ſu Hijo un tan ſingular Apoſtol para el remedio de ſus Almas.

Remedia malos partos.

Al referido prodigio añadirèmos el que executò con Roſa Cuaranta, muger de Joſeph de la Paz. Eſta pobre muger padecia la deſgracia de que quantos hijos concebia los abortaba, ſin que aùn la dexaſſen el conſuelo de llevar el Agua de Bautiſmo: Hallabaſe preñada en una de eſtas ocaſiones en que en la Grotalia hizo Franciſco ſu Miſsion: y paſſando un dia à la viſta de la caſa de eſta infelìz, y aſſomandoſe ſu madre à una ventana, clamò: *Padre Franciſco, dolèos de mi hija, que malpare todos los hijos, que concibe; ſubid, y tocad à eſta pobrecilla con vueſtra ropa, para que ahora, que eſtà en cinta, ſe libre de eſta deſgracia.* Oyòla Franciſco, y le diſpuſo el remedio con los Polvos de ſu amado San Cyro: diòle tres de los Papelillos, que ſiempre traìa conſigo, y le dixo: *Haz que tu hija tome, en tres diſtintas veces, eſtos Polvos, rezando al miſmo tiempo tres Padres Nueſtros: tres Ave Marias; y tres*

Glorias, en honra de la Trinidad Beatiſsima, y del grande Medico, y Martyr S. Cyro: y adviertele, que execute lo miſmo quando le dèn los dolores del parto; y con eſto eſpero en Dios, que ſus partos ſean felices, y que las criaturas que nazcan no ſe le mueran ſin el Bautiſmo. Todo ſe executó como el Padre lo dixo, y todo ſaliò como lo havia pronoſticado. Tres partos tuvo deſpues Roſa; en el primero diò à luz un Muchacho, á quien puſo por nombre Cataldo Cyro Franciſco; à eſte ſe ſiguieron dos Muchachas, y no ſolo lograron el Agua del Bautiſmo, ſino que han vivido muchos años dando ſucceſſion dilatada à ſu familia.

Parecido à eſte fuè otro favor, que por eſte tiempo diſpensò nueſtro Miſsionero à la ſeñora Duqueſa de Martina. Hallabaſe en el ſexto mes de un Preñado; pero tan aquexada de vehementes dolores, que temió, no ſolo mal parir, ſino perder la vida. Con eſta pena hizo llamar al Padre Franciſco (que ſe hallaba en aquellas circunſtancias haciendo Miſsion en Martina, Titulo de ſu Ducado) para que la aplicaſſe à ſu Excelencia las Reliquias de San Cyro. Fuè nueſtro Franciſco llamado al miſmo tiempo, que los Medicos; pero quando eſtos vinieron no tuvieron que hacer, porque haviendo llegado antes el Venerable, apenas aplicò la Reliquia de San Cyro, quando del todo ſe ſerenò, y ſe viò libre de ſus dolores la Duqueſa.

CAPITULO VI.

MISSIONES EN LA Apulia, y las particularidades, que en ellas intervinieron.

ANTES de entrar à referir los efectos maravilloſos de las Miſsiones del Padre Franciſco de Geronymo en eſta Noble, y dilatada Provincia, dirè un caſo bien ſingular, que al paſſar à ella executò en la Ciudad de Monopoli. Haviendo ſabido el ſeñor Vicario de dicha Ciudad, Don Sebaſtian Manfredo, que eſtaba en ella el P. Franciſco, paſsò à viſitarle á nueſtro Colegio, movido de la relevante fama de ſu ſantidad, y por lo miſmo con la eſperanza de conſeguir por ſus oraciones una copioſa lluvia, de que todos eſtaban tan neceſsitados, co-

Al paſſar por Monopoli conſigue lluvia del Cielo.

como afligidos, por una gran ſequedad, que padecian. Para eſte fin le ſuplicò el Vicario al Padre Franciſco, que hicieſſe una Platica en ſu Igleſia, tal, que obligaſſe à lagrimas à ſu Pueblo, para que à ellas correſpondieſſe el Cielo, con el Agua de ſu lluvia. Eſcusòſe el Padre al principio, con el motivo de eſtàr en aquella Ciudad de paſſo, y con preciſion de proſeguir ſu viage immediatamente. Eſtas circunſtancias, y eſcuſas no le valieron, porque el ſeñor Vicario le concluyò con decirle: *Con que ſegun eſſo, Padre, quereis dar guſto al Demonio.* Lo miſmo fué oìr el Siervo de Dios, que el dexar de predicar; podia ſer dàr guſto al Demonio, que condeſcender con lo que ſe le pedia. Subiò al Pulpito, y predicò con ſu acoſtumbrado zelo, y con tanta compuncion del Auditorio, que por muchos ratos, confundiò con ſus lagrimas, y clamores la voz del Predicador: pero à la mitad de la Platica los llantos de dolor ſe convirtieron en jùbilos de agradecimientos; porque el Cielo, que por tanto tiempo havia eſtado de bronce, ſe llenò de Nubes, que ſe deshicieron en agua tan copioſa, que empezò por la Ciudad, y proſiguiò deſpues por todas las tierras, y campos circunvecinos, y ſatisfizo à los deſeos, y ſedes de los afligidos Labradores.

Miſsiones en Andria.

En la Ciudad de Andria, perteneciente à eſta Provincia, eſtuvo nueſtro Miſsionero en dos diſtintas ocaſiones, en el año de once, y en el de trece del corriente ſiglo, y el motivo fuè, que la Excelentiſsima Señora Doña Aurelia Imperiale, Duqueſa de Andria, y Sobrina del Eminentiſsimo Señor Cardenal Renato Imperiale, empeñò à ſu Tio, para que à nueſtro Padre General le obligaſſe, à que no obſtante las repugnancias de los Napolitanos, dieſſe, mas que licencia, orden al Padre Franciſco, para que paſſaſſe à predicar à aquella Ciudad, Cabeza de ſu Eſtado. A sùplicas de tanto peſo, que ſe miran, no como sùplicas, ſino como mandatos, no pudo reſiſtirſe nueſtro Padre Ganeral; y aſsi, en el año de trece, no ſolo permitiò paſſaſſe el Padre Franciſco á hacer Miſsion, ſino tambien à predicar la Quareſma en la ſobredicha Ciudad: ocaſion en que la Señora Duqueſa tuvo el buen

gusto de acompañar al Padre, assi para aprovecharse de su doctrina, como para dàr buen exemplo à sus Vassallos, y con él enseñarlos, como debian aprovecharse de ella. Salieron, en fin, de Napoles, y en esta jornada podèmos afirmar, que Francisco fuè el Angel Rafaèl, que librò à esta Señora, y à su familia de graves riesgos, y de singulares pesadumbres. Fuè la primera el que llegando yà muy de noche á la Osterìa de *Dente Cane*, que està entre Avelino, y Arriano (sin que pudiesse evitarlo el Cochero) los Cavallos de la Carroza entraron, con sobrado impetu por las puertas; à este tiempo se atravesó, sin poderlo remediar, Agustin Conrado, que iba sirviendo el Oficio de Repostero: atravesòse, y recibiò en el pecho tal golpe con la lanza de la Carroza, que cayò falto de sentidos, à tierra, y assi estuvo por espacio de un quarto de hora. Todos le tuvieron por muerto, menos el Padre Francisco, que acudiendo à las confusas voces, que daban todos por aquella repentina desgracia; mirò al caìdo, hizo breve oracion, le aplicò las Reliquias de S. Cyro, y con esso Agustin bolviò tan en sì, y quedò tan bueno, y sano, que al dia siguiente pudo proseguir la jornada, exercitando su empleo.

Favor hecho por el Padre Francisco.

No pararon aqui las turbaciones de aquella noche, pues en ella, y en la misma Osterìa sucediò, que el mozo de mulas de la señora Duquesa tuviesse, no sé qué palabras con un hijo de el Dueño de la Osterìa: de las palabras passaró à las obras, pues tomando el mozo de mulas un jarro, que estaba à la mano, se le tirò al otro à la cabeza, y con tanto brio, que cayò al suelo, y estuvo sin sentido por espacio de una hora. Alborotose la Osteria, como se puede considerar; el Ostero convoca á los suyos para vengarse; la familia de la señora Duquesa se previene de armas para defenderse; y los Forasteros concurrentes no bastaban para poner paz; pero bastò solo el Padre Francisco, que llegandose al mozo herido, y maltratado, le llamó por su nombre, y al punto bolvió en sì. A vista de esto, todos se suspendieron admirados, y se admiraron mas al vèr, que haviendo aquel mozo buelto à desmayarse; el Padre con la aplicacion del Crucifixo, y de la Reliquia de San

Otro en la misma noche.

Cy-

Cyro, le diò tan perfectamente la salud, que dexandole bueno, y sano pudieron salir en paz de aquella Posada, escogida de Dios, para theatro de las maravillas de su Siervo, las quales no pararon aqui, prosiguieron en la mañana siguiente, en la qual se temiò, no se pudiesse continuar la marcha, por causa de que la señora Duquesa amaneciò con un vehemente dolor de cabeza, ocasionado, sin duda, de los sustos, que la noche antes havia padecido su Excelencia; temiòse, segun lo desmayada que se hallaba, fuesse el dolor principio de una grave enfermedad; mas todo lo compuso el santo Misionero, que poniendo la mano sobre la frente de la indispuesta, hizo, que repentinamente se desvaneciesse el dolor, y que con perfectas fuerzas pudiesse proseguir el viage.

Otro en la misma ocasion.

Prosiguiòse, y se llegò à la Ciudad de Andria: En ella trabajò Francisco, como solìa, siendo sus aplicaciones tan fervorosas, como siempre, y tan utiles para las Almas, como lo eran en todas sus Misiones, sin que les faltasse el acompañamiento ordinario de singulares gracias, y de particulares prodigios. De uno depone, como experimentado en su propia persona, Miguèl Baldino, Escrivano Publico de la dicha Ciudad, y dice, que padeciendo una hernia, que le ocasionaba gravissimos dolores en todo el cuerpo, pidiò, con instancia, fuesse à visitarle el Padre Francisco: consiguiólo, y por este medio su perfecta salud: sentòse sobre la cama del Enfermo, informòse de su indispoficion, pusole la mano en la frente, y añadiò: *No ay que temer, que este accidente presto se acabarà.* A estas voces se siguiò templarse immediatamente los dolores que le afligian, y dentro de pocos dias desvanecerse el tumor, que tanto le mortificaba. No fué menor la gracia que recibiò en esta misma Ciudad Leonor Tota, antes bien, vestida de tales circunstancias, que la hicieron mas admirable. Era Leonor Madre de Francisco Pablo Pulido, el qual viendo, que los Medicos se la desauciaban, lleno de dolor, y pesadumbre fué à buscar al Padre Francisco, para que, como mejor Medico, le diesse à su madre la salud, de que los otros la desauciaban. Hallò al Padre en la Sacristìa de la Cathe-

Llega à la Ciudad.

Curacio nes milagrosas.

dral preparandoſe para decir Miſſa; y haviendole explicado el motivo de ſu venida, el Padre le reſpondiò: *Id con Dios, que en diciendo Miſſa irè à viſitar eſſa Enferma.* El Padre no ſabia la caſa, ni Franciſco Pablo, al tiempo de retirarſe, le diò las ſeñas; mas no obſtante, luego que ſe deſnudó de las Sagradas Veſtiduras, ſin tomar ſugeto, que pudieſſe conducirle, ni guiarle à la caſa, que no ſabia; caminò à ella con tanta certidumbre, y ſeguridad, como ſi le fuera dirigiendo, ò alguna Luz Celeſtial, ò Angel de ſu Guarda. Llegò, viſitò à la doliente; exortòla à la devocion de San Cyro; y luego añadiò, *que de aquella enfermedad no moriria, y que Dios la daria baſtante tiempo, para que con eſpacioſidad pudieſſe examinar toda ſu vida, y hacer de ella una Confeſsion general.* Todo ſucediò como el Padre lo predixo; pues Leonor ſe levantò de aquel accidente, y logrò deſpues quatro años una perfecta ſalud.

Hallaſe en dos Lugares al miſmo tiempo.

Mas prodigioſo fuè, que los dos referidos, otro caſo, que tambien le ſucediò en eſta Ciudad. Y fuè, que haviendo hecho las amiſtades de dos ſugetos (que ſe juzgaban gravemente ofendidos, y agraviados) en un Lugar bien diſtante de Andria; aunque empezaron à correr de buena feè, y de buena amiſtad, no obſtante ſobreviniendo otros motivos, bolvieron à ſus antiguos odios, y rencores, tales, que poniendoles las armas en las manos, ſe havian deſafiado para un ſitio diſtante dos jornadas de la Ciudad de Andria, donde ſe hallaba el P. Franciſco. Yà eſtaban en el campo, y yà para acometerſe, quando nueſtro Miſsionero (que como he dicho eſtaba en Andria) ſe puſo enmedio de los dos: ſuſpendiòles con ſus voces los brazos, y los aceros; afeòles ſe faltaſſe à la prometida feè; reprehendiòles la ofenſa, que hacian à Dios; y en fin los bolviò à poner en paz, la que mantùvieron, admirados al ſaber, que Franciſco no havia faltado de Andria, al miſmo tiempo que havia eſtado con ellos à impedirlos ſu deſafio en el campo de ſu batalla.

Libra de Langoſta los campos.

No ſolo fueron utiles las Miſsiones de eſte Hombre Santo para los intereſſes de las Almas de la dicha Ciudad, ſino tambien para los ma-

materiales intereſſes, que debian rendirles ſus campos, y ſus haciendas, las quales en uno de eſtos años eſtaban acometidas de enemiga Langoſta; (plaga, que ſuele ſer muy frequente en las tierras de la Apulia) pero en eſte año en que Franciſco hizo Miſsion, ſe viò la maravilla de que echando ſu bendicion à los Campos, que eſtaban cubiertos de Langoſta, y que havia eſtado tres dias ſobre las viñas, y los ſembrados, levantaron el buelo ſin haver hecho perjuicio alguno, ni à los ſembrados, ni à las viñas. Y no parece, que la virtud del Miſsionero ſe limitaſſe à la mencionada ocaſion, pues muchos años deſpues experimentaron los Labradores de aquella tierra, que haviendo ſobrevenido à Exercitos la plaga referida, y con tanta abundancia, que ſe entraba haſta ſus caſas, y roìan ſus ventanas, y ſus puertas; no llegaron á ſus ſembrados, contentandoſe ſolo con la yerva, que los ribazos, y las tierras inutiles producian.

Miſsion en Barleta

La Ciudad de Barleta, que no eſtà diſtante de la de Andria, viendo tan cerca de sì al Santo Miſsionero, no quiſo perder la ocaſion de favorecerſe con ſus voces, y ſus exemplos. Hizó tan vivas inſtancias à nueſtros Superiores, que eſtos huvieron de condeſcender con ſus fervoroſos deſeos. Tenian los de eſta Ciudad un mal fundado horror à las Miſsiones, porque à las ultimas, que havian oido ſe havia ſeguido una fatal peſtilencia. No obſtante, eſte miedo, ſe le venciò la eſtimacion, y aprecio, que hicieron del Padre Franciſco; y aſsi le llevaron á ſu Ciudad, para que los purificaſſe de ſus culpas; y aunque el tiempo no era el mas còmmodo, el Padre no quiſo perder el tiempo, y aſsi empezò ſu Miſsion, recogiendo de ella admirables frutos. Los Eccleſiaſticos, y los Nobles ſe expecificaron en hacer ruidoſas Proceſsiones de Penitencia, con que pegaban al Vulgo unos ſingulares ardores, pues los imitaron de modo, que aſsi en lo publico, como en lo ſecreto, repitieron los ſagrados exceſſos, que ſe havian viſto en aquella Ciudad, veinte y cinco años antes, quando alli hizo Miſsiones nueſtro cèlebre Miſsionero el P. Onofre Sacaro. Aquellas Miſsiones dexaron

de sí vivísimas especies; y no solo se repitieron, sino que se aumentaron en estas del Padre Francisco de Geronymo.

Penitencias estrañas.

Pero referir en particular los casos, que las hicieron memorables, no es facil, sin abultar demasiado nuestra Historia, y assi, solo me contentaré con escrivir algunos. Sea el primero el de un Joven, que en trage de penitencia caminò de rodillas, y barriendo el suelo con la lengua, desde la Iglesia de Nazaret, hasta la nuestra, donde con grãde sentimiento, y lagrimas se purificò de sus culpas. A este mismo tiempo, una Doncella de edad de veinte años se hallò tan movida con las voces del Misionero, à seguir las virtudes, y esconderse à los peligros de el Mundo, que tomò la heroyca resolucion de cortarse con sus propias manos unas hermosas trenzas, que tenia, y ofrecidas al Altar de San Francisco Xavier, pidiò fervorosa (y finalmente consiguió) la colocassen en un Conservatorio, donde pudiesse emplearse, como deseaba, en los exercicios de las virtudes.

Otro Mozo vino tambien à confessarse, pero tan movido à dolor, que puesto à los pies de el Confessor, antes de decirle sus culpas, se las castigò, tomando una aspera diciplina. A mas podemos decir, que passò otro, que oyendo al Padre Francisco, se irritò tanto contra los vicios, que havia tenido, y que el Padre reprehendia, que sin poderse contener, tomando en las manos un cordèl, bastantemente gruesso, se subió al Pulpito, se despojò de sus vestidos, y empezò à darse tan desapiadados golpes en las espaldas, en los brazos, en la cara, y en la cabeza, que rebentò sangre por las narices, y por la boca; y aunque el Padre hizo lo que pudo para reprimirle, durò mas de un quarto de hora la sangrienta disciplina.

Mas singular fuè aùn la conversion de otro sugeto, en esta misma Misson, pues se puede afirmar, que el P. la hizo, no con sus voces, sino solo con los ecos distantes de sus Sermones. Fuè el caso: Havia en Barleta un hombre de perdidissimas costumbres, y tan bien hallado en el cieno de sus vicios, que temiendo, que el Misionero se los hiciesse aborrecer con sus eficaces voces, resolviò, no verle, ni oirle, y assi lo executò.

No

No aſsiſtiò à las Platicas, ni à los Exercicios, ni à otra alguna de las funciones con que el Padre hacia mas fervoroſa la Miſsion. En aquellas horas, para eſtàr mas lexos de convertirſe, ò ſe retiraba al campo, ò ſe daba à ſus ilicitas diverſiones. Quien no daria por deſauciado à eſte enfermo, que huìa del Medico, y de las medicinas, que podian curarle las mortales heridas de ſu conciencia? Pero quien al miſmo tiempo no ſe enamoraria de las dulzuras de la Miſericordia Divina, que por fin, figuiò, y alcanzò à quien la huìa, y favoreciò à quien tan ingratamente la deſpreciaba; pero como? Convirtiendole con la miſma Miſsion, que no havia oìdo. Coſa maravilloſa! pero aſsi paſsò; pues concluida la Miſsion, ſalieron de el Lugar los Miſsioneros, para proſeguir en otras partes ſus fervores; y entonces empezò la Gracia Divina á triunfar del corazon de aquel ſordo rebelde fugitivo: penetróle el pecho con el dardo de un remordimiento tan agudo, de no haver aſsiſtido à la Miſsion, y reconciliadoſe con Dios, que le parecia eſtàr yà condenado; y aſsi, con triſtiſsimos, y utiles gemidos clamaba, y ſe decia à sì propio: *Què es eſto? Què me falta à mi para ſer precito? Jeſu-Chriſto hà venido à buſcarme, ſe hà entrado por mis puertas, y yo, deſgraciado, y atrevido, le hè dado con ellas en los ojos, y no hè querido hacer caſo de èl. Pues què miſericordia puede haver para mì, quando haviendola tenido entre las manos, no he querido aprovecharmè de ella? Què deſgracia es la mia, que quando todos mis Compañeros, y Ciudadanos han logrado la fortuna de ponerſe en gracia, yo ſolo, ſolo yò me hè quedado enemigo de Dios, y eſclavo del Demonio?* Eſte penſamiento le hizo tanta guerra, que no pudiendo reſiſtirſe à ſus baterìas, al fin, Miſsionero de sì propio, vino à rendirſe à diſcrecion al llamamiento Divino. Dexòſe vèr en nueſtra Igleſia, (donde nunca le havian viſto) y à los pies de uno de nueſtros Padres, por medio de una Confeſsion general, borrò, con copioſas lagrimas, ſus paſsadas culpas: mudò totalmente de vida, y frequentando deſde allì los Sacramentos, y dedicandoſe à fervoroſos quotidianos, y piadoſos exercicios, vino à ſer la admiracion de

toda la Ciudad, à quien antes ſolo le havia ſervido de deſedificacion, y eſcandalo.

Antes que ſalgamos con el Padre Franciſco de los terminos de la Apulia, ſerà laſtima, que no atendamos à una pequeña Miſsion, que hizo en un territorio de ella llamado Orta. Daſe eſte nombre à un fertil pedazo de tierra, en que ay quatro Haciendas, y una de ellas pertenece á nueſtro Colegio de Napoles. Ay allì varias Caſerías, donde viven, y ſe recogen los Labradores, y Mozos preciſos para el cultivo de aquellas heredades. A eſta gente, por lo regular, ruda, é ignorante, aplicò nueſtro Franciſco las luces de ſu doctrina, y á ſus ecos concurrieron tambien de Fovea, Aſculo, Geruneo, y otros Lugarcillos cercanos (aunque no tan cercanos, que algunos no eſtuvieſſen à quince millas) muchos moradores, que ſedientos de el Agua ſaludable de la mejor Doctrina, vinieron à buſcarla en los labios de nueſtro Miſsionero; Fuente, que largamente la comunicaba. Fuè grande el fruto, que Franciſco hizo en aquellas Almas; pero tambien podèmos decir, que reſguardò los materiales frutos de aquellas Haciendas, con un favor, que puede contarſe por muchos, porque todos los años ſe repite, con cierta eſpecie de perpetuidad prodigioſa. Padecian aquellos Campos frequentemente la plaga de la Langoſta; azote, con que ſuele Dios caſtigar las Poſſeſsiones, y Heredades de aquella Provincia. Un año ſingularmente (no ſe dice qual fueſſe) hizo la Langoſta un gran daño, y para el ſiguiente le amenazaba mayor, porque havièndo ahobado en aquella Tierra, ſe temia, que al calentarſe el tiempo, la inundaſſen toda, los Exercitos de Langoſtas, que naciеſſen, y que dexandoſe caer ſobre los ſembrados, los talaſſen, y los deſtruyeſſen. En la ocaſion de eſtos miedos ſe hallò en Orta el Padre Franciſco, y valiendoſe el Padre Procurador de nueſtra Hacienda de tan oportuna ocaſion, le pidiò à Franciſco, que conjuraſſe, y bendixeſſe aquellos Campos, y que le ſuplicaſſe à Dios los libraſſe de tanto enemigo como los amenazaba. El Padre le ofreciò executarlo aſsi, y de hecho un dia, que corria un ayre muy frio, ſubiò al terrao de la caſa, y mirando deſde èl toda la Campaña, hecha ora-

Breve Miſsion en Orta.

Bendice los Campos, y los libra de Langoſta.

oracion, con los ojos en el Cielo, bendixo todas aquellas Posseſsiones, que fué lo miſmo, que echar ſu maldicion, y acabar con aquella temida plaga; pues ateſtigua el miſmo Procurador, que deſde aquel año, haſta el de veinte y cinco, no ſe han buelto à vér aquellos animalillos, que ſon el ſuſto, el deſconſuelo, y la ruina de los Labradores; y añade, que no ſolo nueſtra hacienda, ſino tambien las circunvecinas, desfrutaron eſta gracia, pues deſde entonces tampoco han padecido los deſtrozos, que antes hacian aquellos irreſiſtibles Ladrones de los Campos.

En otra ocaſion, en el miſmo ſitio, paſſando à otra parte el Padre Franciſco, le ſalió al encuentro el Procurador de la dicha hacienda, y le dixo con ſobrado deſconſuelo: *Padre Franciſco, eſtamos muy mal, porque eſte año los ſembrados ſe han perdido del todo; no cogerèmos ni un grano. Padre* (reſpondiò el Siervo de Dios) *ſe contentarà con coger la mitad de la coſecha, que otros años ha tenido?* *Ojalà* (reſpondiò el Procurador!) *Darème por muy contento. Pues no ay que dudar*, (concluyó el Miſsionero) *ſe cogerà la mitad de lo que otros años ha ſolido recoger.* Y aſsi ſe verificò, pues al tiempo del Agoſto, conſultados los libros de las coſechas antecedentes, ſe vió, que la de aquel año, era puntualmente la mitad, de la que en los otros havia ſido. Aſsi lo eſcrive Pablo Chioli, de la Compañia de Jeſus.

En la Ciudad de Melfi, ſituada en los terminos de eſta miſma Provincia de la Apulia, comunicò tambien Franciſco varias gracias, y favores; con cuya breve relacion nos deſpedirèmos de eſta Provincia, y concluirèmos eſte Capitulo. En Melfi, pues, logrò, por fruto de ſu Predicacion, el poner en una sòlida amiſtad los animos del Corregidor, y del Obiſpo, los quales eſtaban diſcordes, no ſin quexa del buen exemplo, que debian dàr al publico. Agradecido á eſto el Corregidor, combidò un dia al Padre Franciſco con ſu meſa; y èl admitiò, quizàs para lograr hacerle una gracia prodigioſa; pues al tiempo de levantarſe los manteles, le pidiò la muger de aquel Cavallero, que ſe compadecieſſe de una hija pequeña, que tenia, y que la alcanzaſſe de

Sana à una niña leprosa.

de Dios el remedio de una aſqueroſa lepra, que la mortificaba. Mandò el Padre le traxeſſen à la Niña: acariciòla con ternura, y luego con ſu natural gracia la dixo: *Hija, di como digo yo: San Cyro mio, ſanadme, pues que ſois Medico.* A eſto añadiò ungirla con el Aceyte del Santo; y por entonces no huvo mas. Pero bolviendo el Padre con ſu Compañero dentro de dos dias à aquella caſa, para deſpedirſe de ſus dueños, ſaliò à recibirlos la niña dos dias antes leproſſa, tan limpia, tan ſana, y tan buena, como ſi no huviera tenido tal enfermedad. Divulgòſe aquel favor, y es increible quantos fueron los Enfermos, que le llamaron, y los achacoſos, que concurrieron à recibir de mano del Padre ſu ſalud; y à ſu feè correſpondieron en gran numero las gracias, que les comunicò, haſta reſtituír la vida à dos ſugetos, que eſtaban dando yà las ultimas boqueadas.

*** *** ***
*** ***
***

CAPITULO VII.

ULTIMA MISSION DE Franciſco, en el territorio de la Abadia de la Madre del Señor.

CERCA de Nochera ay un inſigne Monaſterio de Monges del Gran Padre San Baſilio, con una celeberrima Igleſia, cuyo titulo es, *la Madre de el Señor*: Nombre, que ſe le diò una Sagrada, y Milagroſa Efigie de Maria Santiſsima, que ay en ella. Logra eſte Monaſterio para ſu manutencion, un dilatado, y bien poblado territorio, con juriſdiccion Temporal, y Eſpiritual. Y por eſto el R.mo Domingo Vilano, Abad de aquella Caſa, havia deſeado con toda viveza, en los años antecedentes, que nueſtro Miſsionero fueſſe à hacer una viſita à ſus encomendadas Ovejas; pero no lo pudo conſeguir haſta el año de quince, à cauſa de las muchas ocupaciones, que al Padre Franciſco le embarazaban. Mas en aquel año, aunque ſe hallaba en los 73. de ſu edad, hizo lugar ſu fervor para complacer al Padre Abad, y ſembrar en aquel

aquel territorio el Grano Evangelico; con el qual, entre otras Obras de Piedad, se multiplicò tanto el Grano Eucharistico, que en el dia de la Comunion llegaron à ser ocho mil los que en la Mesa del Altar se alimentaron con èl. Mas toda esta bonanza con que procedia la Misiòn, quiso perturbarla el Demonio con un accidente, como suyo, y tan estraño, que para remediarle, fuè menester toda la autoridad, toda la prudencia, y toda la santidad del Padre Francisco. Este fuè un fuego, que pudo abrasar muchas familias, y le encendiò un inconsiderado atrevimiento de un Mozuelo, ù de un Paje, de una de las que havian concurrido à la Misiòn. Entrò un dia en el Templo, no à hacer oracion, sino à lo que suelen entrar otros de su edad, y de su empleo, que es à perder el respeto à Dios, mas gravemente, por ser dentro de su misma Casa. Estaba en la Iglesia una Señora de Nobleza, y de modestia mucha; pero el Paje, sin atender à nada de todo esto, necio, y desmesurado, se puso muy cerca de ella à turbarla su devocion, y compostura, con palabras menos modestas. Reparòlo esto un hijo grande, que esta señora tenia, y que la havia ido acompañando al Templo; è irritado de la desemboltura de aquel loco, llegò, y con buenos terminos, aunque irritado, le dixo, que se retirasse, y que entendiesse, que aquella señora no era ninguna muger publica, para que fuesse à escandalizarla con sus immodestias. El Paje era presumido, con que era preciso, que fuesse terco; y assi, haciendo poco caso, de lo que el otro joven le decia, se empeñò mas en su temeridad; de modo, que el otro lleno de colera, como falto de paciencia, sacò la daga, y à aquel necio le diò una crecida, y mortal herida. A esto se siguiò, que el infelìz caìdo en el suelo empezò à dàr voces llamando gente, en su ayuda; juntòse mucha, à la novedad del caso, y llegaron las voces al oìdo de otro criado, de aquella familia donde servia el referido Paje, y queriendo favorecer à su Compañero, sacó la espada, y con ella desnuda, haciendose lugar entre la otra gente, anduvo tan ciego, y tan torpemente desalumbrado, que dexando de acometer al agressor, que aùn

Fruto de esta Mision.

Raro, y ruidoso accidente

aùn ſe mantenia con la daga en la mano, empleò el golpe de ſu eſpada en el pecho de ſu madre. Qual ſeria el alvoroto, qual la confuſion, quanto el gentìo, que concurriò à la viſta de eſtas dos deſgracias, es dificil de explicarlo con las voces. Supo lo que paſſaba el P. Franciſco, y al punto acudió corriendo, y con ſu preſencia, con ſu voz, y con ſu mano, ſeparò, y dividiò la gente que ſe havia juntado; reprimiò las coleras de los que ſe diſponian á las venganzas, y deſpues de haver mandado, y conſeguido ſe llevaſſen los heridos à ſus caſas; para ſoſſegar del todo los inquietos animos, diſpuſo para aquella tarde la Proceſsion de Penitencia, que ſolia hacer en el ultimo dia de la Miſsion. Executòſe eſta con tan fervoroſa aplicacion del Padre, y con tan tiernos coloquios à Chriſto Crucificado, que embebidos en aquellas eſpecies todos, como tan importantes à ſus conciencias, trataron de olvidar, como coſa que no les importaba, las confuſiones, y novedades azaroſas de aquel dia. Bueno era eſto; pero aun quedaba lo principal, à que ſe debia atender, que era reconciliar los animos ofendidos, para que deſpues no levantaſſe llama por mal apagado, aquel fuego. Eſto, que ſe juzgaba muy dificultoſo, fuè muy facil al Apoſtolico imperio del Padre Franciſco de Geronymo, pues ſolo con decir à unos, y à otros, que ſe perdonaſſen, lo conſiguió, y tan de veras, que los ofendidos principales pidieron al Juez, que à nadie ſe le hicieſſe cauſa ſobre los cometidos delitos, aunque tan graves.

Eſta Miſsion del Padre Franciſco, no ſolo ſe hizo memorable por el caſo referido, ſino tambien por una ſalud milagroſa, que concediò à una pobre enferma, que havia doce años que no ſe levantaba de la cama: diòle à beſar la Reliquia de San Cyro, y mandandola deſpues, que dexaſſe el lecho; ella ſe halliò de repente con tan buenas fuerzas, que pudo obedecer, y obedeciò. No le ſucedió aſsi à otro enfermo para quien le llamaron, pues haviendole viſitado, no le dixo mas, *ſino que ſe encomendaſſe à Dios.* Por eſtas voces conociò el doliente, que ſu muerte no eſtaba muy diſtante, y aſsi, para que fueſſe feliz, ſe diſpu-

Sana à una enferma de 12. años, de dolencia.

puso con los Santos Sacramentos, y en fin muriò; siendo quizàs para este enfermo de mas interès las voces del Padre Francisco, que para la otra enferma su salud, pues esta se quedò entre las miserias de esta vida; y del enfermo, piadosamente se puede creer, que volò á las felicidades de la eterna.

CAPITULO VIII.

LO QUE LOS DEMONIOS molestaron al Padre Francisco, por los triumphos, que de ellos lograba en sus Missiones.

COMO el enemigo comun de las Almas, es enemigo particular de quien les procura su salvacion; no se puede dudar, que el Padre Francisco fuè muy perseguido del enemigo comun. Nunca el Padre fuè inclinado á conjurar Energumenos; no sabèmos por què; pero sabèmos, que solia decir con su acostumbrada gracia, quando le combidaban á que conjurasse algun Endemoniado, *ni Matrimonio, ni demonio*: Explicando assi, que no queria introducirse, ni à conjurar, ni à tratar matrimonios, por los engaños, dificultades, mentiras, pesadumbres, pèrdidas de tiempo, que suelen interceder en semejantes ministerios. Es verdad tambien, que en una ocasion, por la boca de un Energumeno, se explicò el Demonio, diciendo (despues de muerto el Padre) *Què es esto? Què nos quiere este Viejo, que vivo no quiso meterse con nosotros, y despues de muerto nos abrasa, y nos atormenta?*

Pero no por esto dexò el Demonio de serle en vida un mortal enemigo; porque aunque no se aplicò à arrojarle de los cuerpos, empleò todo su zelo en expelerle de las Almas, que es lo que èl siente mas; y assi, en una ocasion, en que el Sacerdote Don Joseph Estela conjuraba en Napoles à un Energumeno, y en fuerza de los exorcismos, quiso obligarle à que fuesse à besarle la mano al Padre Francisco de Geronymo, el Demonio respondiò: *Le besarè la mano, con tal, que èl se corte la lengua*: voces, con que quiso dàr á entender, que el Padre, con sus Sermones, le hacia mas sensible guerra, que la que pudiera hacerle con

No queria conjurar endemoniados, ni hacer bodas.

Sin embargo se quexa dèl el demonio.

Por què sentia el bien que hacia à las Almas

con los exorcismos. De aqui nacìa el odio implacable, que le tenia el Infierno. De aqui el oponerse à sus Misiones, por medio de hombres desalmados, à quienes él tenia por suyos, por estàr aprisionados en la cadena de las culpas: De aqui el formarle otras muchas dificultades, que le impidiessen el fruto de su Predicacion: Y de aqui, en fin, el darse por sentido solamente con la cercanìa de su persona, aunque no le tuviesse à la vista, como le sucediò en nuestro Colegio de Massa, donde estaban conjurando à un Energumeno, en ocasion en que llegó à aquel Colegio el Padre Francisco, y lo mismo fué apearse, que empezar à quexarse el Demonio, y à decir con grandes ahullidos: *Què quiere de mi esse Viejo? A què havrà venido aqui?* Los circunstantes no entendieron de què Viejo hablaba, hasta que supieron despues, haver llegado en aquella hora al Colegio el Padre Francisco de Geronymo.

Y por èsso le persiguiò de varios modos.

No se quedaron siempre en palabras las iras, y furores, con que el Demonio miraba à este Ministro de Dios: muchas veces las explicaba con las manos, en los malos tratamientos, que le hacia, y en los golpes, que le daba. No se supieron estos de los labios del mortificado Misionero, porque en estas materias gastaba siempre un silencio profundo: supieronse por los que vivian immediatos à su aposento, que à media noche solian oìr, no solo voces descompassadas, sino estruendos crecidos de cadenas, palmadas, y azotes; de donde se colegia lo que el enemigo executaba, con aquel su grande enemigo, el qual, no obstante su dissimulo, sacaba por las mañanas en el rostro, en araños, y en cardenales, muchas señales, y señas de sus batallas. En la tierra de Juliano, no distante de la Ciudad de Aversa, passò el demonio à declarar mas su odio contra sus Sermones, procurando turbarle el Auditorio, de modo, que le desamparassen, y se saliessen corriendo de la Iglesia, para lo qual, al tiempo en que Francisco predicaba en la Bobeda del Templo, hizo ruidos tan espantosos, que parecia venirse toda la Bobeda al suelo. El Auditorio casi sin libertad, se levantò, y acudiò atropelladamente à las puertas, para ponerse fuera del riesgo de la ruìna. Mas

En una ocasion le turbo el Auditorio.

pa-

para que se vea el poder, que tenia la voz de el Missionero sobre los corazones de sus oyentes, todos bolvieron à oirle, porque los llamò, y les asseguròo, que no havia que temer; que aquel era ardid de el Demonio, y burla con que pretendia impedirles el fruto de su Sermon; y que esto fuesse assi, se verificò con que despues de haverse acabado la Platica, no havia caìdo à tierra, ni el menor yesso, ni el mas menudo polvo de la bobeda.

Poderosa batalla q̃ tuvo con el Demonio.

No fué tan de burlas otra refriega, que con el Demonio tuvo en la tierra de San Antimo, la qual referirè con las voces del Padre Gaspar Ferruchi, que en esta ocasion era Compañero de el Padre Francisco. Dice, pues, que concluìda aquella Mission, disponian restituirse à la Ciudad de Napoles, quando por un impensado accidente se vieron obligados à detenerse un dia mas en el Lugar sobredicho; y no queriendo el Padre Francisco ser molesto à quien le havia alojado en su casa, y de quien yà se havia despedido, determinò passar aquel dia en una possada. Iba à poner en execucion este pensamiento, quando encontrò en el camino un Cavallero, que haviendo entendido, que el Padre iba á aposentarse en la Hosteria, le obligò à que se viniesse à su casa. No fuè este combite tan de pura charidad, que en èl no tuviesse la mayor parte el interès del sugeto que combidaba; porq̃ se ha de saber, que el quarto principal del sobredicho alojamiento estaba infestado de malignos Espiritus, que ocasionaban en èl tales ruidos, y tan temerosos, que no permitian que viviesse en èl, ni aun el Dueño de la casa; y assi, este se havia retirado à la superior habitacion de ella, aunque dexandose aquel quarto tan alhajado, como si viviera en èl. Con este alvergue, pues, combidò al Padre Francisco; persuadido, ò à que los infernales Huespedes se huirian de respeto à su Santidad, ò que èl, con su virtud heroyca, los obligaria à la fuga. No se engañò en este juicio, pues consiguiò su assumpto, aunque al Padre Francisco le costò caro: Entrò con su Compañero en aquel quarto, y despues de la cena se retirò, no à descansar, sino à batallar con todo el Infierno junto. Separaronse los dos Compañeros; quedòse cada uno

en ſu ſala, y luego que apagaron la luz, empezaron los Eſpiritus de las Tinieblas á inquietar furioſamente la del Padre Franciſco, con eſpantoſos ruidos, crecidos golpes, y horrible griteria; no parecia, ſino que ſe venia á tierra toda la caſa. El Pedre Ferruchi, ſolo padeciò un grande miedo, que le causò un ruidoſo torbellino de golpes, que dieron á la cabecera de ſu cama, con tal violencia, que le pareciò querian ſepultarle, echandole encima toda una Montaña. Saltó de la cama, de la qual antes, mano inviſible, le havia arrebatado, con las almohadas, la demàs ropa: animóſe à encender luz, y aunque por tres veces lo conſiguió, otras tantas ſe la apagó un frio, vehemente ſoplo de perſona, que no veía. Quiſiera entrarſe adonde eſtaba el P. Franciſco; pero no ſe reſolviò, porque en ſu ſala reſonaba mas deshecha la tempeſtad de los gritos, y de los golpes: Quiſo llamar al Padre, pero tambien lo dexò; perſuadido à que no podia oìr ſus voces, con la confuſa bulla, que ſe percibia en ſu quarto; y tambièn, porque con la turbacion, la voz ſe le havia diſminuido: por todo lo qual, no tuvo mas arbitrio, que para echarſe un Relicario al cuello, ſentarſe en una ſilla, y ſudar, y traſudar, deſeando con anſias, que llegaſſe el dia. Llegò, y haviendo ceſſado con la luz la tormenta, ſe le puſo delante el Padre Franciſco, á quien le empezò à contar la mala noche, que havia tenido; mas el Padre le interrumpió, y le dixo con ſu acoſtumbrada alegria: *Padre mio, juzgo, que por vueſtro Sermon de ayer, y en ſeñal de que à èl no le agradò, han ſido todas eſtas inquietudes del Demonio. Vos le maltrataſteis con vueſtras palabras, y èl ha querido vengarſe; quitandoos el ſueño con ſus terrores. Si Padre Franciſco* (dixo Ferruchi) *bien puede ſer, que haya ſido eſſo, pero ſegun las ſeñas que facais, hallo la diferencia de que para mi han ſido los miedos, pero para V. Reverencia los golpes.* A eſto Franciſco, ſonriyendoſe, no reſpondiò, divirtiò la converſacion à otra materia, y paſſando à deſpedirſe de ſu Hueſped, ſin darſe por entendidos con èl, le dieron gracias por el hoſpedage, y ſe puſieron en camino.

Hemos dado noticia de eſta dura batalla, y no ſerà bien

bien passemos en silencio la victoria, que con ella se consiguiò. Supose por el mismo dueño de aquella casa, con quien despues de algunos dias se encontrò en una calle de Napoles el mencionado Padre Ferruchi. Saludaronse, y despues, con amigable chanza, el Padre le agradeciò la buena posada que les havia dado, pues en ella no havian podido pegar los ojos. *O! Padre mio* (dixo èl entonces) *ò, quanto debo al Padre Francisco de Geronymo! Desde aquella noche no se hà oido en aquel quarto el menor ruìdo: por lo qual, yà le habito quieta, y sossegadamente. Muy agradecido le estoy, pues en fin, desde aquella noche, del todo se hà retirado (y sin perjuicio de la menor alhaja de las que allì tenia) el maldito Inquilino, que sin voluntad mia se havia introducido allì; y assi os suplico, le deis al Padre Francisco, por este beneficio, que me ha hecho, repetidas gracias.*

Huyen los demonios de aquella casa.

No solo fuè este hombre quien confessò el poder, que á este Siervo suyo havia Dios concedido sobre el demonio; èl mismo le confessò en otra ocasion, en que estando en Napoles conjurando à un pobre Mercader el mencionado Sacerdote Don Joseph Estela, ò bien de su voluntad; ò bien porque Dios se lo mandò. El demonio le dixo en frases Latinas: *Vè al Padre Francisco, y pidele, que ruegue à Dios por esta Criatura.* Palabras con que manifestò, que à las oraciones de Francisco no tendria resistencia aquel sobervio Espiritu, que muchas veces no hà querido rendirse à los imperios de otros Santos.

Sale el demonio de un cuerpo, por el imperio del P. Francisco.

Ultimamente, en la Ciudad de Taranto se viò confirmado esto mismo, pues conjurando à un Energumeno en la gran Capilla de San Cataldo, Tutelar de aquella Ciudad; apretandole el Exortista à que se retirasse de aquel cuerpo, respondiò: *Que èl obedeceria, con tal, que viniesse à mandarselo el que à aquella hora estaba en el mismo Templo bendiciendo el Aceyte de San Cyro.* Por esta expresion se reconociò hablaba del Padre Francisco de Geronymo: Diòle aviso de esto su Compañero en la Mision, el Padre Juan Bautista Cachutulo: Vino el Padre, y apenas mandò, en nombre de Dios, al demonio, dexasse aquella criatura, quando èl, cumpliendo la palabra que havia dado,

Lo mismo en Taranto.

(lo que pocas veces practica) obedeció, dexando libre à aquel infelìz.

CAPITULO IX.

SAGRADAS ROMERIAS, y peregrinaciones, executadas por el Padre Francisco.

UNA de las buenas obras utiles para las Almas, y aprobadas por nuestra Catholica Iglesia, son las peregrinaciones, y visitas, que se hacen à los Lugares, y Templos de especial devocion. Dos hizo el Padre Francisco de Geronymo; una desde el Abruzo á la Santa Casa de Loreto: otra desde Napoles á la Ciudad de Amalfi, donde se venera el Cuerpo de San Andrès Apostol.

Visita la Santa Casa de Loreto.

Para visitar la Santa Casa, partió el año de 1703. desde un Lugar del Abruzo llamado Tochio, y que dista tres dias de camino de aquel Venerabilisimo Santuario. Las jornadas las hizo à piè, y pidiendo limosna en los Lugares donde llegaba. Su conversacion era con Dios, ù de Dios, terciandola con un piadoso Penitente suyo, llamado Raymundo Blanc, el que quiso, que para aprovechamiento suyo, le acompañasse en aquel exercicio de virtud. Las delicias, y celestiales favores, que logrò en aquel Palacio en que se hizo Hombre el Hijo de Dios en las Entrañas de Maria Santisima; no las podemos decir, porque de humilde nunca nos las quiso revelar. Este fuè un secreto, que siempre le tuvo retirado en los adentros de su corazon. No obstante por algunas exterioridades suyas, que sin querer, le hizo executar su fervor; podemos rastrear quan grandes fueron los Destellos Celestiales, que en aquella Casa santisima recibiò. Tan endiosado salió de ella, y tan despegado de vanas curiosidades, que suelen entretener á las criaturas; que haviendole combidado à la buelta de Loreto, para que passasse por la Ciudad de Roma (à la que no havia visto) para hacerse capàz de las grandezas magnificas, que componen, y adornan à la Cabeza del Mundo, y de la Christiandad: no se le pudo vencer à que hiciesse esta jornada, en que podia lograr tanta diversion. Escusòse con decir, que no tenia licencia de su Superior.

Hizo el viage à piè, y pidiendo limosna.

No quiso vèr la Ciudad de Roma.

Pero

Pero yo creerè, que la verdadera razon fuè el haver estado en la Visita de Loreto, en el tercero Cielo, como Pablo; y que al bolver à la tierra, toda ella le fastidiaba, aunque se le pusiesse à la vista una Ciudad, como la de Roma. Esto lo puedo confirmar, con que llegando à la buelta de esta Peregrinacion à nuestro Colegio de Andria, en la Vispera de la Natividad; allì manifestò bien las amorosas llamas de devocion, que en la Santa Casa havia concebido para con el Niño Jesvs. Dixo aquella noche las tres Missas, y despues, tomando en las manos una primorosa Efigie del Divino Infante, acompañada de muchas luces, la llevò en Procesion por todo el mayor Templo de aquella Ciudad: despues, subiendose al Pulpito, hizo una larga, tierna, y fervorosa oracion, compuesta de Alabanzas del reciennacido Dios; pero con tales afectos, tan suaves coloquios, y tan dulces lagrimas, que obligò à ellas à todos sus oyentes.

Sus exercicios en una noche buena.

Esta Peregrinacion que acabamos de referir, la executò nuestro Misionero, como hè notado, en el año de tres del presente siglo; y en el año de siete executò la de Amalfi, para visitar el Sepulcro de San Andrès Apostol, y otros Santuarios, que hay en la misma Ciudad. El camino fuè breve, pues se reduxo à la navegacion de un dia. Tomò la Faluca con los Compañeros, que le seguian en aquella santa Peregrinacion; y se puede decir con toda verdad, que todo aquel dia se gastó en repetidos exercicios de virtud. Empezaronse con un rato de oracion; despues se cantaron à coros las Letanias de Nuestra Señora; estas se interrumpieron con suaves conversaciones, con que el Padre Francisco, teniendo divertidos à sus Compañeros, los tenia al mismo tiempo aprovechados; pues su conversacion fuè de materias, y noticias de historia; pero que podian servir de exemplos, para aprender, y practicar buenas costumbres. Llegó à Amalfi, donde estuvo hospedado por espacio de dos semanas en casa de Francisco de la Torre, con quien havia venido desde Napoles. En este tiempo se entregò del todo à celestiales Meditaciones, considerando la Gloria, que tenian en el Cielo los Santos,

Visita el Sepulcro de S. Andrès.

cuyas Reliquias adoraba, y veneraba en la Tierra, La Mesa, aunque era abundante, y regalada, era escasa, y corta para el Padre Francisco; pues apartando los platos delicados, valiendose de sus gracias, y ordinarias escusas, solo probaba aquellos manjares, que no pudiessen reñirselos el ayuno, y la parsimonia: su sueño era correspondiente âsu mesa: pretendiò, y logrò, que le pusiessen su habitacion en el quarto mas alto, y retirado de la casa, y aùn desde allì se oian en lo mas inferior de ella, los dulces suspiros, en que gastaba las horas, que los demàs daban al descanso, porque el suyo solo se reducia à aplicar una silla à la cabecera de la cama, y reclinar sobre la almohada, y por breve tiempo, la cabeza.

Todos los dias iba con sus Compañeros, y con sus Huespedes à visitar el Sepulcro del Santo Apostol. Allì decia Missa, y no muy breve, porque era muy larga la devocion, que Dios le comunicaba en ella: despues tomaba licencia de los que le acompañaban, para quedarse allì por muchas horas en oracion profunda, y dirigida à Dios, por medio de su Santo Apostol; y à pedirle à su Magestad, por sus elevados meritos, favores, clemencias, piedades, y misericordias; para sì, y para sus proximos. Desde el Sepulcro solia passar al Convento de San Antonio, que ay en aquella Ciudad, habitado de los Religiosissimos Hijos del Llagado Serafin: Dicese, que en aquel Convento ay una Capilla, que sirviò de Celda à el Santo Patriarca; y en esta Capilla dixo tambien Missa nuestro Francisco, y despues de ella pidiò, que le dexassen solo; sin duda, para poder con mas libertad besar su suelo, y sus paredes, todo en honra de aquel gran Santazo, que le havia prestado su nombre; y tambien para pedirle, que le hiciesse imitador de sus heroycas virtudes.

Visita una Celda en que viviò S. Francisco.

En el tiempo de esta santa romeria se reparò en Francisco una cosa bien digna de reparo, y fuè, que quando bolvia, desde los Templos à su casa, siempre tomaba rodèos, por no passar por la Plaza de la Ciudad, siendo assi, que por ella fuera el camino mas breve, y mas derecho âsu casa. Dixole uno de los que le acompañaban, en una de estas ocasiones:

No quiso passar por la Plaza de la Ciudad, y por què.

Què

Què es eſto, Padre Franciſco, parece que huis de entrar en la Plaza? Claro eſtà (reſpondiò el Padre) *huyo de ella, por no verme entre las danzas, que allì texen los Demonios, por las culpas que en ellas ſe cometen.* No ſabemos ſi el Padre percebia con los ojos materiales aquellas danzas, de que ſe retiraba; pero ſin eſta circunſtancia, ſu experiencia, y ſu diſcurſo le dictaban, que ſemejantes lugares, por los juegos, por las murmuraciones, por los fraudes, y por los injuſtos pactos, y convenios, que en ellos ſuelen hacerſe, ſon muy apropoſito para que allì feſtegen los Demonios las pèrdidas de las conciencias de los mortales.

Viſita en Salerno el Sepulcro de S. Matheo.

Deſde Amalfi, y deſde el Sepulcro de San Andrès paſsò Franciſco à la Ciudad de Salerno á viſitar el del Glorioſo Apoſtol, y Evangeliſta San Matheo; de allì á la Ciudad de Regio, à adorar las Reliquias, y Cenizas venerables de la Illuſtriſsima Virgen, y Martyr de Chriſto Trofimena; de allì à la Ciudad de Ravelo, à enternecerſe, y regalarſe con la viſta de la ſangre del Glorioſo Martyr, y Medico San Pantaleon. Eſtà ſu Templo colocado en lo mas alto de la Ciudad, y las calles para llegar à èl ſon muy aſperas, y dificultoſas; y aſsi era materia de admiracion, vér, como el Padre Franciſco, que paſſaba yà de los ſeſenta años, ſubia à pié, venciendo, con ſuma fatiga, las desigualdades de aquellas peñas. A eſtas dos ſemanas de ſu peregrinacion llamaba el Padre Franciſco, ſus Ferias, y ſus deſcanſos, ſiendo aſsi, que, fuera de lo dicho, en eſte tiempo no dexò de oìr muchas Confeſsiones, ni de predicar caſi todos los dias en los Conventos de las Religioſas; y tambien podemos decir, que le gaſtaron muchas horas de eſtos quince dias los alivios, que procurò à los enfermos, que con inſtancia le llamaron, para que los viſitaſſe en ſus dolencias. La cauſa de eſtos llamamientos, y el motivo fuè una ſalud repentina, que comunicò àMarta de la Torre, hermana de Franciſco de la Torre, que al Padre le tenia en ſu caſa. Padecia eſta buena muger, no ſolo principios, ſino una hydropesìa conſumada. Viòlo el Padre Franciſco, y como ſi ſe enojàra, dixo: *Què omiſion? Què flogedad es eſta? Como teniendo en ſu caſa al Medico, no ſe aprovechan de ſu habi-*

Y en Regio el de Santa Trofimena.

Y en Ravelo la Sangre de San Pantaleon.

lidad, y de ſus Medicinas? Y ſin detenerſe, ſacando del pecho la Reliquia de S. Cyro, ſe la aplicò con devocion á la enferma, la qual immediatamente ſintiò ſe le retiraban las deſganas de comer, y el faſtidio á las viandas, que por todo el tiempo de ſu enfermedad la havian mortificado mucho. Eſte fué el principio de ſu remedio, pero la ſalud no la recobró perfectamente, haſta que el Padre, en los tres dias ſiguientes bolvió à aplicarla la Reliquia; entonces hallò deſvanecida del todo, ſin ſaber como, la hydropeſía que la aquexaba. Corriò en Amalfi la voz de eſta repentina ſalud, y con ella ſe excitaron los demàs enfermos de aquella Ciudad: unos pudieron venir à buſcar al Padre à ſu caſa: otros fuè preciſo, que el Padre los fueſſe à buſcar à las ſuyas; y à unos, y à otros, los ſocorriò con el Agua, y el Aceyte de San Cyro, y los mas, por eſtos medios, quedaron libres de ſus dolencias, y enfermedades.

Cura à una hydropica, aplicandole dos veces la Reliquia de *s.* Cyro.

Ultimamente, para manifeſtar Franciſco ſu gratitud à ſus Hueſpedes (que con tanta urbanidad, y caridad le havian tratado) en ſu ultima deſpedida echò la bendicion à aquella caſa, y hizo oracion à Dios, para que ſu Mageſtad la llenaſſe de eſpirituales beneficios; para lo qual, la mañana en que havia de partir de Amalfi, eſtando rodeado de toda la familia, con tiernas expreſſiones les agradeciò los favores, que de ſu mano havia recibido, añadiendo, que ſentia mucho, no poderles dàr la debida correſpondencia, pero que eſperaba ſe la dieſſe cumplidiſſimamente Dios, que es riquiſſimo, para todos aquellos, que le invocan: *Y por tanto* (concluyò, juntas las manos, y pueſtos los ojos en el Cielo) *à tì* (*ò Summa, y Santiſſima Trinidad*) *humildiſſimamente pido*; *y ſuplico, que à eſta caſa, que tanto bien me ha hecho, la guardes, y conſerves limpia de toda mancha de culpa*; *que no juzgo, que à ninguna familia ſe le puede deſear beneficio mas importante*. Dichas eſtas palabras, que todos los circunſtantes oyeron llorando, ſe reſtituyò Franciſco á la Ciudad de Napoles.

*** *** ***
*** *** ***

CA-

CAPITULO X.

INTRODUCE EL P. Francisco, y establece en Napoles, y en otras partes la devocion, y culto de S. Cyro.

LA Iglesia de nuestra Casa Professa de Napoles, dedicada à Jesvs, y à la Concepcion Purissima de su Madre; es una de las mas celebres, que se hallarán, no solo en aquella Ciudad, sino en todo el Reyno. Son muchas las circunstancias, que concurren à hacerla plausible; mas entre todas, la mas recomendable es una Capilla, que està al lado del Altar Mayor, y que sirve de Sagrado Depósito, donde se guardan ciento y sesenta Reliquias Insignes de los mas Glorioſos Confessores, y Martyres de nuestra Catholica Iglesia. Todas estàn, no solo decente, sino primorosamente colocadas por los muros de la Capilla, y en una elevada pyramide, que en medio de ella sirve de Altar. Veneranse aquellas glorioſas Cenizas en la tercera Dominica de el mes de Octubre, dia, en que se les hace solemne fiesta à todas, no obstante, que entre año tambien se celebran sus dias propios, y particulares; con la circunstancia de que los que alli comulgan todos los meses, ganan Indulgencia Plenaria, concedida poco hà à sùplicas de los nuestros, por Benedicto XIII. de feliz memoria.

Capilla de las Reliquias de la Iglesia del Jesvs.

En este Celestial Thesoro se halla colocado, y en preciosa Urna el Cuerpo entero de San Cyro Martyr. Fuè este Santo en los primeros plazos de su vida Medico de profession; despues se retirò à una Soledad à hacer vida de Anacoreta; pero saliò de ella à presentarse otra vez al Mundo, para adelantar con su predicacion los intereses de la Fè, entonces duramente perseguida de los Tyranos. Por esta causa fuè preso, y à costa de grandes, y exquisitos tormentos, comprò la palma del Martyrio, y su Corona en el Cielo. Muriò à 31. de Enero, año de 288. en la Ciudad de Canopò en Egypto; y en el segundo Concilio Niceno, que se celebró en tiempo de Constantino, y de su Madre Irene (en el año de 782. con aprobacion, y consentimiento de el Summo Pontifice Adriano Primero) se refieren muchos milagros de este Martyr Glorioso, à fin de con

Noticia de la Vida de San Cyro.

confirmar con ellos el culto á las Sagradas Imagenes, impugnado en aquellos tiempos obſtinadamente de los Hereges Iconoclaſtas.

Al culto, y al obſequio, pues, de eſte inclyto Martyr, ſe dedicó de el todo el Padre Franciſco, poniendo à la ſombra de ſu proteccion, no ſolo ſu perſona, ſino las de todos los que trataba. Què cauſa le moviеſſe à eſte ſanto empeño, puede conjeturarſe, pero no ſaberſe con certidumbre. Algunos pienſan, que à eſto le moviò ſolo alguna inſpiracion Divina; otros diſcurren haverſele aparecido el Santo Martyr, y dicholo, ſe valieſſe de ſu interceſsion, prometiendole en todo ſu aſsiſtencia favorable, y milagroſa, como deſpues lo comprobaron, con toda claridad, las experiencias. Uno, y otro penſamiento, à mi juicio, es muy probable; pero conſultado el miſmo Padre ſobre eſte punto, ſolo reſpondia, que teniendo obligacion, ſegun ſu empleo de Miſsionero, de atender à la curacion de las Almas, era juſto que la caridad tambien ſe eſtendieſſe á buſcar medios para aſſegurar las ſaludes de los cuerpos; y que para el logro de eſtos dos fines le havia parecido oportuniſsima coſa el buſcarſe el auxilio de San Cyro: porque fuè, como yà dexamos notado, Medico de los Cuerpos, y de las Almas. Eſto reſpondia, y nunca pudo ſaberſe de ſus labios otra noticia.

A eſta devocion particular de Franciſco con ſu apaſſionado Santo, ſe ſiguiò el tomar de ſu Urna una Reliquia, la que en decente Relicario traia ſiempre conſigo y aplicaba à los Enfermos, exortandolos à que tuvieſſen mucha fee con aquel ſanto Medico, que curaba por mas altos principios, y por medicinas mas ſeguras, que los Medicos de la tierra; pero añadia, que para que eſtos medicamentos fueſſen eficaces, era preciſo, que las conciencias ſe purgaſſen primero de las culpas. Eſte fuè el blanco principal, á que mirò ſiempre el P. Franciſco, quando aplicaba las Reliquias del Santo: y aſsi ſucediò muchas veces, que los Enfermos, por eſte medio, ſalian de ſus enfermedades, no ſolo ſanos en los cuerpos, ſino tambien en las Almas. Empezòſe à eſtender por Napoles la noticia de la virtud maravilloſa de eſta Reliquia, y á eſta noticia ſe ſi-

Valeſe de la Reliquia para la mejoria de las Almas.

siguiò serincreible el numero de los que en sus indisposiciones clamaban por el contacto de ella. Esto diò mucho assumpto al P. Francisco Paterno, de la Compañia de Jesus, para que en la Vida, que de San Cyro escriviò en Italiano, y que imprimiò en el año septimo de este siglo; hable, al fin de ella, difusamente de las maravillas nuevamente executadas en toda la Italia, por este Nobilisimo Martyr; y ellas tambien ocuparán mucha parte de esta Historia; pues haviendo passado las mas por manos del P. Francisco, y haviendo sido este quien dió principio, y adelantò tanto su devocion; le hiciera mucho agravio mi pluma, si quisiera passarlas en silencio.

Y bolviendo à nuestro caso, digo, que lo mismo fué publicarse, en Napoles, y su Reyno, los favores, que, por nuestro Missionero, San Cyro comunicaba; que à porfia procurar todos interessarse en sus favores. En brevisimo tiempo se viò ser muchisimos sus Devotos; de los quales, unos con alabanzas, otros con oraciones, otros con dones, que ofrecian à sus Aras, no pensaban en otra cosa, que en assegurarse su amistad, y su patrocinio. A este tiempo, nuestro Francisco, para satisfacer à la piedad, y à los deseos de los que pretendian alguna Reliquia de el Santo, para conseguir sus gracias; ideò valerse de el Aceyte, del Agua, y de las Flores: materias, que distribuidas à los enfermos, por lo regular les llevaban consigo los milagros. El Aceyte le hacia echar en un gran vaso; en èl disponia, que se encendiesse una luz, la que haviendo ardido un poco de tiempo, como lampara, delante del Cuerpo del Santo, mandaba, que se apagasse, y como Aceyte bendito se repartia. Con el Agua no hacia mas diligencia, que meter en ella la Reliquia del Santo, y echarle con ella la bendicion. Las Flores le daban algo mas que hacer, pues despues de haver servido de adorno en el Altar de el Martyr, esperaba à que se secassen, y secas las reducia à menudo polvo, el qual, en cortos papelillos, se daban (y aun se dàn) à los enfermos, y con ellos se vén efectos maravillosos. Pero pareciendole todo esto poco al afecto de Francisco, para adelantar de su Santo el culto; entró en mayor idéa, que fuè hacerle una ruidosa

Fies-

Fiesta todos los años, en que sirviessen de Panegyricos de sus glorias los concursos, que en ella huviesse. Quisiera, que esta celebridad fuesse en el dia propio de el Santo Martyr; pero siendo su dia en tiempo tan incomodo, como el del Invierno, tiempo de lluvias, de poca luz, y de asperos temporales, que forzosamente havian de impedir la concurrencia de los Pueblos, y Aldeas circunvecinas à Napoles; resolvió, que la Fiesta se hiciesse en el tercer Domingo del mes de Mayo; porque en él, por estàr los Labradores mas desembarazados, se asseguraba, fuesse mas crecido el concurso de los Pueblos à la Comunion general, y al logro de la Indulgencia Plenaria de aquel dia. Por esto nuestro Francisco resolviò juntar con aquella circunstancia la Fiesta de su Santo, pues assi conseguia cediesse en aplauso suyo el concurso, que huviesse à la Comunion. Y ultra de esso, quando salia à combidar para ella, encargaba, que nadie faltasse, por no privarse de vér la Fiesta, que se le hacia à San Cyro. Pero passando adelante sus fervores, y queriendo perpetuar la dicha Fiesta, aun para despues de sus dias, se aplicò à buscar fondos para dotarla; lo que le fuè muy facil, pues en breve tiempo recogiò de entre los mismos favorecidos del Santo, ocho mil escudos, los que impuestos sobre seguras fincas, rinden lo bastante, para que aquella Fiesta se execute, como se executa el dia de oy, con toda solemnidad.

Fundòle al Santo fuesse para todos los años

Aun no pararon aqui las amorosas finezas de este Jesuita, con su Santo Amigo; pues ideò hacerle una Estatua de plata labrada con el mayor primor, que se pudiesse. Emprendiò esta obra, pocos meses antes de morir, y tuvo el consuelo, de que el Artifice se la traxesse, concluìda, y acabada, dos, ò tres dias antes de su transito. Esta Estatua representa al Glorioso Martyr, en trage de Anacoreta; en la mano izquierda tiene una Palma, en señal de su triumpho, y de su martyrio; la derecha la tiene elevada, señalando al Cielo, como para dàr à entender, que de allà trayrà todos los favores, gracias, y beneficios, que le pidan sus devotos. El peso de esta Efigie, que yà he dicho ser de pura plata, llega à doscientos y ochenta marcos, y con las hechuras està tassada

Dedicasse una primorosa Estatua.

sada en cerca de tres mil doblones; y en el dia de la fiesta se coloca en unas correspondientes Andas, al lado derecho del Altar Mayor, para que puedan verla bien, al tiempo de adorarla, los que vienen à adorarla, y los que vienen à verla.

El modo liberalisimo, con que S. Cyro correspondiò à estos cuidados, y finezas del Padre Francisco, creo, que no se puede explicar mejor, que con las voces del mismo Padre; el qual, estando yá à lo ultimo de la enfermedad de que muriò, logrò la honra de que le visitasse el Illustrisimo Monseñor Geronymo Alexandro Vicentini, Arzobispo de Tesalonica, y Nuncio Apostolico de su Santidad en Napoles. Este Prelado, despues de haver tratado con el enfermo materias utiles, y provechosas para los dos: vino à parar en la conversacion de la devocion de S. Cyro, y le dixo: *Padre Francisco, mucho me temo de que en passando Vos à mejor vida, cessaran los favores, y las gracias, que el Santo hasta aqui hà comunicado à sus Devotos. Señor Illustrisimo* (respondiò el Enfermo) *V señoria Illustrissima, no dude, ni tema tal cosa, porque el Patrocinio, que San Cyro hà tomado à su quenta, de la Ciudad, y Reyno de Napoles, no cessarà por mi muerte; y sepa V.S.I. que si se cuentan los favores, que por mi indigno, hà comunicado el Santo, passan de diez mil, y entre ellos muchos, que han sido sobre las comunes leyes de la naturaleza; pues à dos pobres, que estaban locos, me consta, que les ha restituido el juicio.* Assertiva fué esta, que vale por muchos testigos; lo primero por dicha del Padre, à un Prelado tan digno de todo respeto; lo segundo, por dicha, en circunstancias en que estaba esperando por horas la de su muerte: lo tercero, por dicha, por un Religioso, cuyas virtudes fueron tan heroycas, como constarà despues; y assi no puede dexar de darsele entero credito à su verdad.

Mas dexando lo dicho à un lado, deseo, que se repare, que en esta ocasion dixo; *que por su mano indigna* havia executado San Cyro tanto numero de gracias, y de favores. Esta clausula, quiero que se repare, porque me parece mysteriosa, por equivoca; pues por ella puede entenderse, que nuestro Missionero, no solo

fuè

fuè cauſa inſtrumental, para que aquellos favores ſe hicieſſen; ſino tambien eficiente inadequada, y meritoria, para que aquellas gracias ſe comunicaſſen; y en confirmacion de eſta inteligencia, debo decir, que fuè ſentimiento comun, aſsi de los Sugetos mas graves de Caſa, como de los doctos, y entendidos de fuera de ella; que valerſe el Padre Franciſco de la devocion, y Reliquia de San Cyro, havia ſido un ingenioſo ardid de ſu humildad, para ocultar la parte de meritos perſonales, que tenia en los milagroſos ſuceſſos, que por aquellos medios ſe conſeguian. Es muy creible, que haviendo recibido de Dios alguna iluſtracion, de que queria adornarle con el Dòn de los Milagros, para prevenir la gloria, que de aqui podia reſultarle, ſe puſieſſe à sì, y à ſus maravillas à la ſombra de San Cyro, imitando en eſto à aquel hombre, luz clariſsima de la Compañia, el Venerable Padre Bernardino Realino; el qual, à todos los prodigios, que executò, les puſo el ſobre-eſcrito de Santa Irene, de cuya Reliquia ſe valia para hacerlos. Y ultimamente, diré, que San Cyro, y el Padre Franciſco, havian hecho un cierto contrato de compañia, en que poniendo cada uno ſus meritos en comun, para ganar favores à los mortales; nueſtro Jeſuita facò (en ventajas de ſu humildad) la condicion, de que todo el honor, gloria, y aplauſo, que con dichos favores ſe grangeaſſe, ſe le llevaſſe el Glorioſiſsimo Martyr. Y con eſto baſta por ahora de eſta materia, que deſpues nos verèmos obligados à bolver à ella, refiriendo algunas de las ſingulares gracias, que por San Cyro, y el Padre Franciſco recibieron, la Ciudad, y Reyno de Napoles.

† JHS.

LIBRO TERCERO DE LA VIDA DEL VENERABLE PADRE FRANCISCO DE GERONYMO.

CAPITULO PRIMERO.

DE SU FEE, Y SU ESPERANZA en Dios.

HAVIENDO observado(del modo,que hemos podido) los paſſos, y ſucceſſos principales de la Vida de eſte hombre, á todas luces grande, nos llaman las atenciones ſus heroycas virtudes, y nos obligan à que hablemos de ellas por Capitulos ſeparados: Lo primero,para que deſcubramos las Fuentes, de donde dimanaron ſus caudaloſos fervores: Y lo ſegundo, para que ſe traten con dignidad, y de modo, que nos inciten á ſu imitacion.

Dèmos el primer lugar à la Fè, que es la Madre, y el Ama, que dà el sèr, y cria à ſus pechos las demàs Virtudes. Con eſta, dice la Sagrada Eſcriptura, que vive

vive el Juſto, y eſta fuè la que reſplandeciò en toda la vida de nueſtro Jeſuita. Quan entrañada la tenia en ſu corazon, ſe reconocia, por el ardor, y viveza, con que explicaba en ſus Sermones los Dogmas, y Articulos de nueſtra Sagrada Religion. Por dilatar la Fè, quiſo, quando joven, diſcurrir los immenſos campos de la India; y yà que los Superiores no le dexaron lograr eſte deſeo, le compensò en aplicarſe fervoroſiſsimamente á explicar á los rudos, è ignorantes los Miſterios de la Doctrina Chriſtiana. A eſto exortaba con palabras encarecidiſsimas à ſus Hermanos, y Compañeros los Jeſuitas, procurando multiplicarſe en ellos, y trabajar con las manos de todos. Por eſte fin acudia á las Carceres, donde, al paſſo que ſuelen ſer mas vicioſos, y delinquentes los detenidos en ellas; ſuelen eſtàr menos informados de lo que preciſamente deben ſaber para ſalvarſe. Por eſta cauſa diſcurria por los barrios mas eſtraviados, y por los Arrabales de la Ciudad, en buſca de aquella pobre gente, que ocupada en buſcar con ſu trabajo un poco de pan, deſcuida de buſcar el de la doctrina, ſin el qual no puede vivir el hombre.

Para que todos aprendieſſen, no ſolo à vivir, ſino à morir bien, ſe aplicò en los Sermones, que en todos los Martes hizo, por muchos años, en Santa Maria de Conſtantinopla, à inſtruir à ſus oyentes, en que todos los meſes hicieſſen, eſtando ſanos, y buenos, la Proteſtacion de la Fè, que hacen los moribundos al recibir los Sacramentos. Deciales, q̃ en aquellas hultimas horas, por faltar las fuerzas, no ſuele hacerſe con viveza la confeſsion de los Myſterios de nueſtra Santa Fè, y que aſsi era conveniente ſe hicieſſe muchas veces en vida, y con la mayor viveza, que ſe pudieſſe. En los dias de la Comunion general, ſu oficio era, como yà hemos inſinuado, excitar en los oyentes, con tiernas expreſsiones, Actos puriſsimos de eſta virtud, para que aſsi recibieſſen dignamente aquel Sacramento, que por antonomaſia ſe llama Myſterio de ella, y muchas veces obligaba á la muchedumbre que concurria à comulgar, á que levantando las voces, dixeſſen: *Viva la Santa Religion, y Fè de Jeſu-Chriſto.* Eſtas llamaradas ſalian de el incendio

Aconſejaba, q̃ en ſana ſalud ſe hicieſſe la Proteſtacion de la Fè.

ſa-

sagrado de la Fè, que se alimentaba en su pecho.

Su odio à los Hereges.

De aqui se seguia, que no havia para Francisco mayor dolor, que quando en Napoles veia, y oìa forasteros, (que poco catholicos) hablaban, no muy catholicamente. Para oponerse á las vachillerias de gente semejante, no perdonaba trabajo alguno: oponiaseles assi en sus Sermones publicos, como en sus particulares, y privadas conversaciones, de donde conseguia, si no el que ellos se desengañassen, por lo menos el que no inficionassen à los incautos, que los oían. Tan delicado era su oido en las materias de Doctrinas Catholicas, que si llegaba à entender, que algun Predicador havia proferido alguna proposicion, que pudiesse recibirse en menos catholico sentido, no paraba hasta conseguir de èl, que la explicasse; y que se retratasse de ella, si havia sido mal sonante. Libros prohibidos por los Tribunales Supremos, siempre estuvieron desterrados de sus manos, y de su Aposento: mirabalos con tanto horror, que si llegaba à sus pies algun Penitente con este delito, le negaba la absolucion, ò se la diferia hasta que le traxessen testimonio de haver quemado los Libros, ò de haverlos entregado al Tribunal, à donde correspondian.

Para oponerse mas á los Hereges, que tan indecorosamente suelen hablar del Romano Pontifice, y de los Dogmas, y Ritos de nuestra Sagrada Religion, ponia el Padre Francisco singular cuidado en hablar con sumo respeto, y veneracion de la Authoridad, y Dignidad de la Silla Apostolica, dandoles à sus determinaciones, y Oraculos, epitectos de *Religiosos*, *Augustos*, *y Santissimos*. Las Procesiones, yá hemos visto en su Vida, como las authorizaba; pues ellas eran la Corona de sus Misiones. Ponia tambien vigilante aplicacion, en combidar à todos á valerse de la intercesion de los Santos, y à la ganancia de las Indulgencias para pagarle à Dios con ellas las deudas, contraìdas por las culpas. Y este cuidado le manifestaba, particularmente siempre, que el Summo Pontifice concedia algun extraordinario Jubileo, acompañado de especiales gracias; entonces era de vèr con quanto fervor exortaba á todos, no perdiessen la

Su veneracion à la Santa Sede.

Su aplicacion à ganar Indulgencias.

ocasion de aprovecharse de ellas : Y para predicar de materia semejante , mas que con las voces , con el exemplo , era estudiosissimo en **hacer** las diligencias posibles para ganarse quantas Indulgencias podia , como se verà en el caso siguiente. Quando el Glorioso Rey de España Phelipe V. estuvo en Napoles, vino à cumplimentarle en nombre del Summo Pontifice Clemente XI. el Eminentisimo Cardenal Carlos Barberino. Hizo su entrada este Principe con tanto lucimiento , pompa , y acompañamiento de todos los Señores del Reyno , que casi fué igual à la que pocos dias antes havia hecho su Magestad , que Dios guarde. La celebridad de aquel dia (no vista igual en Napoles , desde que el Emperador Carlos V. entrò en ella victorioso , despues de la Guerra , que hizo en el Africa) llamò à casi todos los habitadores del Reyno , para que no perdiessen la diversion à que les combidaba aquella festiva pompa; si no fue à nuestro Francisco , el qual , mientras los nuestros , à la puerta de la Iglesia , concurrian con sus presencias à la comun alegria ; èl se estuvo en oracion en una de las Capillas retiradas de nuestro Templo : mas quando yà al anochecer llegaba á nuestra Casa el Cardenal , saliò tambien à la calle , y se incorporò con los demàs Jesuitas. Preguntòle uno de ellos con amistad , y con llaneza : Que para què venia entonces? Pero Francisco respondiò : *Vengo por no perder la bendicion , y con ella la Indulgencia , que en nombre del Pontifice nos puede dàr su Legado.* Aùn à la hora de su muerte no perdiò esta santa codicia de Gracias , è Indulgencias Apostolicas , pues estando yà en los ultimos parasismos , le pidiò al Hermano que le asistia , le traxesse, para morir con ella entre las manos , una Medalla , à que tenia aplicada Indulgencia plenaria para aquella hora.

Diligencias para redimir Cautives.

Sabiendo Francisco, quan faltos de estos espirituales tesoros , y quan expuestos estàn à perder la Fè , los que viven miseros Esclavos entre los Turcos ; no dexaba en Napoles piedra por mover , para ser desde alli , del modo que podia , su Redemptor.

Bien

Bien conocia, que para sacarlos de su esclavitud desgraciada, eran necessarias crecidas summas; pero su animo, deseoso de servir à la Fè, no por esto se acobardaba. Acudia à pedir limosna para el rescate de aquellos infelices, à las casas hacendadas en Napoles: à los conocidos suyos, à quienes veía favorecidos de la fortuna, y no distantes de la piedad: y en fin, acudia à los Montes, y à las otras Obras pias, que para tan santo fin estàn instituídas en la Ciudad, y como su authoridad era tanta, y tanto el credito, que tenian todos de su santidad; recogia tan gruessas limosnas, que se podia decir con toda verdad, que Francisco fuè la causa unica de la libertad, y redempcion de muchos de aquellos pobres: y assi lo confassaron ellos quando bolvieron de su esclavitud. Compadeciòse tambien este hombre de Fè tan fervorosa, de la ceguedad con que huyen de las luces de la Fè los Turcos, que, ó sirven de Esclavos en Napoles, ò de Forzados en sus Galeras. Empeñòse con todo esfuerzo, y con todo fervor à dàr la vista à aquellos voluntarios ciegos, para que viendo quan impios son, abandonassen los Dogmas de su malvado Profeta Mahoma; y se refiere, que esto fuè con tanta fortuna, que convirtiò à nuestra Santa Fè, y Sagrada Religion, en solas las Galeras Reales, à treinta de ellos, y fuera de esso, à algunos otros de los Esclavos de las casas particulares. Erale gustosissimo el trabajo que en esto ponia, mirando solo à que dilataba los terminos de la Fè, que havia deseado ir à propagar entre los Gentiles: A estos, en fin, poco à poco los iba atrayendo à abrazar la santidad de nuestra Christiana Religion, con agassajos, con cariños, con donecillos, con visitas que les hacia, y limosnas que les procuraba, y en viendolos yà deseosos del Bautismo, gastaba en instruìrlos muchas horas; y aquellas decia èl, que eran las de su diversion, y de sus delicias; siendo assi, que no pudieron menos de servirle de grande mortificacion, por la rudeza, que en algunos encontraba, y por la inconstancia, y re-

Aplicacion à convertir Turcos.

beldia de genio, que en otros descubria. Entre ellos huvo uno, llamado Axar, tan vozal, tan zafio, y tan rudo, que despues de haver trabajado con él muchos dias, solo pudo conseguir el que aprendiesse estas voces: *Ser bautizado, y morir.* No aprendiò mas; pero estas dos palabras parece fueron anuncio de lo que havia de sucederle, pues yà, siendo muy viejo, ilustrandole Dios misericordiosamente su entendimiento, pidió el Bautismo, y le recibiò; pero tan immediato à su muerte, que se verificò en él puntualmente, *ser bautizado, y morir.* Por estos buenos oficios que les hacia, fuè nuestro Jesuita tan estimado, y amado de aquellos Gentiles, que unos le llamaban à boca llena su Padre, y aùn se hacian à su modo Panegyristas de sus virtudes: y los que vencidos del amor á su maldita secta, se quedaban en su obstinacion, sin querer rendirse à sus voces, no obstante le miraban con singular cariño, y con particular respeto.

Quan crecida fuesse la confianza en Dios de este Santo Jesuita, apoyada en los brazos de su Fè, apenas se puede escrivir. Abandonadas todas las cosas de la tierra, se le puso por blanco de todos sus trabajos el conseguir para sì, y para sus proximos la felicidad eterna. La consideracion de las eternas delicias, que esperaba, le endulzaba todas las fatigas, que tomaba á pechos, para amplificar la Gloria de Dios. Por esto no queria que nadie le alabasse por lo que trabajaba, porque decia, que las alabanzas de los hombres le disminuìan el premio immortal, que esperaba de la mano Divina. En una ocasion en que el Padre Prepòsito le diò las gracias, de que por su aplicacion, y fervorosos combites havian comulgado en nuestra Iglesia mas de veinte y tres mil Almas: El Padre Francisco, corrido, y avergonzado, puestos los ojos en el suelo, respondió: *Padre, Christo nuestro Bien dixo à sus Apostoles, que despues de cumplidas las obligaciones de sus oficios, se tuviessen por inutiles Siervos: Pues à mì que he trabajado tan poco, què nombre me convendrà?* Respuesta fuè esta, que al Padre Prepòsito le enseñò à

que

que de allì adelante admiraſſe ſus fatigas ; pero ſin tomarſelas en la boca para ſu aplauſo.

De la fuente ſuaviſsima de eſta eſperanza, nacian los arroyos dulces de la celeſtial alegria, que gozaba entre los mayores trabajos, y las mayores tarèas : tanta era, que ſe le conocia en el ſemblante. Nadie le vió triſte, ni caìdo en las mas graves adverſidades que ſe le ofrecieron ; antes bien entonces era el tiempo en que ſobreſalian ſus ſales, y ſus particulares gracias. De los caminos que havia hecho à piè, ſe le llenaron los pies de endurecidos callos ; pero jamás ſe quexò, porque juzgaba, que le daban aquella mortificacion por eſpuela, para que anduvieſſe mas. En una ocaſion, en que el Hermano que iba con èl ſe quexò del mucho calor que hacia ; el Padre feſtivamente le reſpondiò : *Es cierto, Hermano mio, que ſi eſte calor le pudieramos paſſar al Invierno, nos hiciera gran provecho, y nos ſirviera de mucho alivio.* Santa freſcura, con que el Hermano pudo templar el calor de que ſe quexaba. La memoria de la Gloria, le producia al P. Franciſco en el deſtierro de eſta vida, gozo muy parecido al que havia de tener en la Patria : Por eſſo hablaba de ella guſtoſiſſimamente, y exortaba à todos á llevar en paciencia las breves calamidades de eſta peregrinacion, conſiderando quantas ſerán las delicias con que ſe premiarán en el eterno deſcanſo. De eſta materia tratò por la mayor parte de un año, en las Platicas que hacia todos los Martes en Santa Maria de Conſtantinopla : Salía de sì, quando ponderaba aquella grande herencia, que Dios tiene guardada en el Cielo para ſus hijos ; y en fin ſe conocia bien, que de aquel Occeano, ſin terminos, ſacaba lo que decia, y con lo que animaba á ſus oyentes à la virtud de la eſperanza.

De eſta confianza en la Divina Providencia, no ſolo deducia las eſperanzas de los bienes eternos, que propiamente ſon bienes, ſino tambien una ſeguridad de conſeguir, y ſalir bien de los mas arduos aſſumptos, y empreſſas, que por acà abaxo ſe le ofre-

cian; y asi las emprehendia, por mas que viesse, que algunos hombres prudentes à lo del mundo, juzgassen sus pretensiones temeridades, los quales se desengañaban al vèr, que contra su juicio, le salian felices los sucessos. Tomando por escudo esta confianza en la Divina providencia, se entró muchas veces por las puntas de las espadas de los Soldados, que reñian, hasta conseguir ponerlos en paz. Esta le alentaba à oponerse intrèpido, y detener los ciegos passos de los lascivos jovenes, quando iban mas furiosos à buscar el desahogo à sus torpes apetitos: y en fin; este le obligò à trabajar por espacio de quarenta años, y con singular constancia, para traer à la luz los corazones, que huian de ella con mayor obstinacion. Estos, y otros muchos exemplos de fortaleza Christiana, con que este hombre nos edificò, y que dexamos dichos yà; no pudieron tener otro principio, ni nacer de otra raìz, que de su seguriſsima esperanza, y dependencia de Dios: A ella tambien se debe atribuir, el que viendose acosado de exercitos de pobres, jamàs cayó de animo, y siempre tuvo con que poderlos socorrer; porque si no, un hombre pobre por su profession Religiosa, y pauperrimo por su virtud, de donde pudiera haver sacado tanto dinero como distribuyò, yà en pobres sanos, yà enfermos, yà en dotar doncellas huerfanas, yà en redimir cautivos, y yà en alimentar en honestos Conservatorios las perdidas mugeres, que por las voces de su predicacion se retiraban de sus vidas escandalosas? Para todo esto, como huviera tenido caudales este pobre, si no fuera porque su confianza en Dios le servia de llave, con que los sacaba de los thesoros Divinos? De estos, puedo decir, que tomaba, no solo lo precisso para cumplir con sus piedades, sino tambien lo que le parecia necessario para cumplir con sus gratitudes. Era Francisco muy agradecido à los que le hacian beneficios, y favores: mas su agradecimiento no se quedaba en solas palabras, como suelen quedarse los de los miserables: era de genio bizarro, y liberal, (ò no fuera tan Santo) y asi correspondia

en

en dones, à las gracias, que recibia, y eſtos dones los tomaba tambien ſu confianza de los inagotables Theſoros de la Providencia: y antes de apartarme de eſta ſu amable virtud, no puedo menos de acordar, que ella le diò fondos, para que dotaſſe en nueſtra Caſa Profeſſa dos Fieſtas llenifsimas; una à la Santifsima Trinidad; otra la ya mencionada de San Cyro: à que ſe debe añadir el gaſto, què tambien hizo en la fabrica de ſu primoroſa eſtatua: Para todo eſto recogiò limoſnas de ſus afectos, y amigos; pero yo diré, que eſtos no fueron mas, que inſtrumentos, por donde corrieron las liberalidades, con que correſpondiò Dios à ſu sòlida eſperanza. Y ultimamente, ſi pudiera divertirme à adornar con erudiciones eſta Hiſtoria, dixera de nueſtro Franciſco lo que de ſu Moysés dixo Philón, pues llegò à penſar profundamente el Docto Hebreo, que Moysès, con ſu confianza, havia echado un Cenſo ſobre todos los Haberes, y Poſſeſsiones de Dios.

CAPITULO II.

SU AMOR A DIOS.

DEL grande amor de el Padre Franciſco de Geronymo para con la Mageſtad Divina, es argumento no uno, à otro caſo de ſu vida, ſino toda la sèrie de ella, pues mas que del ayre, que reſpiraba, vivia de el fuego de amor, que en ſu pecho ſe encendia. Eſte ſagrado afecto governaba todas ſus tarèas, todas ſus obras, y todas ſus fatigas: Nunca tuvo para ellas mas objeto, que amar con ellas à Dios, y eſto lo ateſtiguò èl miſmo, obligado de la obediencia, pocas horas antes de morir. De orden de el Padre Prepoſito, le dixo el Padre Simon Bañati (que en aquella hora le aſsiſtia) que à mayor gloria de Dios, declaraſſe, ſi havia recibido del Cielo algun Dòn extraordinario, y ſingular? A lo q̃ reſpondiò, con lagrimas en los ojos: *El mayor, y ſingular beneficio de Dios, que reconozco en mi, es, que por quarenta años, que hè trabajado, no hè tenido otro fin, que el de procurar dilatar la Gloria de Dios, con el mayor provecho de las Almas*

mas de mis proximos. Con esto bien se vè, què aumento no tomaria en su corazon el fuego, que en èl ardia del Amor Divino.

Este fuego le hizo retirar tanto de los pensamientos de la Tierra, que no pensaba en otra cosa, que en hablar de Dios en sus Sermones, ò en hablar con Dios, no solo en los ratos destinados à su oracion sino en todas las demás horas del dia. Qualquiera conversacion en que interviniesse, era de vèr como la traìa á ser de Dios; y esto, mas por propension, que por estudio. Enmedio de los negocios, y de los mas divertidos concursos daban à entender, que tenia colocada en Dios su mente las manos, que en cruz traìa siempre sobre el pecho, y los ojos, ò puestos en el Cielo, ò clavados en la tierra. Este Amor le tenia tan dependiente de el arbitrio, y voluntad Divina, que ni las prosperidades le immutaban, ni las adversidades le deprimian; juzgando siempre, que debia anteponer la voluntad de Dios á sus consejos, deseos, y voluntades. De aqui se seguia, que ningun acaso, aunque fuesse sensible, le perturbaba; en tales casos, quedaba contentissimo, solo con considerar, que eran disposiciones de Dios. En uno de los dias, en que havia de ir á combidar para la general Comunion de todos los meses, lloviò tanto, que no le dexaron salir de casa, y se interrumpiò el combite: Esto lo sintieron sus Compañeros en aquel exercicio, y aun se quexaron de tan crecida, y continuada lluvia; pero Francisco, con alegre semblante, les dixo: *No ay de que sentirse, ni ay de que quexarse: por nosotros no ha quedado el combidar; yà, como hemos podido, hemos cumplido con la voluntad de Dios: ahora su Providencia ha dispuesto otra cosa, pues sujetemos nuestros sentimientos à su santissima voluntad.* Si se hallaba ocupado en alguna cosa, aunque fuesse muy del servicio de Dios, y los Superiores le mandaban, que la dexasse, obedecia al punto, diciendo: *Pues dexemoslo, que no es razon, que yo quiera lo que Dios no quiere.*

Esta tranquilidad, y serenidad de su animo, solo la turbaban las noticias, que llegaban à la suya de las culpas, con que los hombres injuriaban, y ofendian à su

Ama-

Amado Dueño. En una ocaſion, antes de ſer Sacerdote, Antonio Sanfelicio (ahora Obiſpo de Narno) le fuè á conſultar, como à ſabio Medico, ſobre unos grandes vicios, y crecidas culpas de un hombre, que havia en Napoles, y à pedirle remedios para la curacion de aquellas enfermedades : Y nos refiere él miſmo, que en todo el tiempo, que le eſtuvo haciendo eſta relacion, el Padre Franciſco eſtuvo llorando hilo á hilo, de dolor de vèr tan ofendida à la Mageſtad Divina, ſiendo tan digna de ſer amada ; y añade, que eſtas lagrimas las acompañaba, de quando en quando, con eſta exclamacion : *O buen Jeſus ! tan indignamente te tratan los tuyos?* Y todo eſto parò en tomar tan à pechos el cuidar de aquel doliente, que no ceſsò de aplicarle utiliſsimas medicinas, haſta que retirada la enfermedad, le viò, como deſeaba, con una perfecta ſalud.

Lo que acabamos de referir, le ſucedia, ſiempre que oìa haverſe cometido algun grave exceſſo contra la Ley de Dios ; pues ſin poderlo remediar, no ſolo ſe le arraſſaban los ojos, ſino q̃ prorrúpianen amargo llãto, como ſi con ſus lagrimas quiſiera borrar el delito, y la ofenſa, q̃ ſe havia hecho contra Dios; de aqui nacian aquellas tiernas, y amoroſas expreſsiones, con que hablando con ſu Mageſtad, decia : *Hà mi Dios ! tan mal tratado, como deſconocido de tus Criaturas!* De aqui tambien, aquel grande deſeo, y nunca interrumpido, de dàr ſu vida por defender la honra Divina de los atrevidos arrojos de los mortales ; y aſsi le oìmos decir muchas veces: *O quiera Dios, que à coſta de mi ſangre, y de mis tormentos pueda yo adelantar ſu ſoberana Gloria* ! Eſte deſeo no ſe quedaba en ſolas palabras, pues tantas veces le hemos viſto entrarſe intrèpido en los mayores peligros, y rieſgos de ſu vida, por evitar una culpa ; ocaſiones en que verificò el dicho del Apoſtol, de que el perfecto amor no reconoce miedo ; y aſsi, ſolia decir, como con admiracion : *Què Soldado, ò què Miniſtro de Dios puede ſer medroſo? Eſſo de los miedos ſe queda para quien ſe entrega a los vicios.*

Hemos viſto haſta aqui confirmado el amor de Franciſco à Dios, por ſus fervoroſas obras ; reſta que veamos, ſi llegò ſu amor à lo-

grar

grar aquellos ſagrados ocios que abundantes de delicias ſoberanas, arrebatan à las Almas tan del todo à la contemplacion de las Divinas perfecciones, que parece, quedan transformadas en las miſmas perfecciones que meditan. Eſta fué materia dificil de averiguar de la humildad del Padre Franciſco, yà porque ſu contemplacion no ſe dexò manejar de los ojos de ſus Hermanos los Jeſuitas; porque para ella buſcaba los ſilencios de la noche, y los retiros de ſu Apoſento; yà porque en el tiempo de los Exercicios, que todos los años hacia, con licencia de los Superiores, ſe huia, ò à la Igleſia de Caſtela Mare, que eſtà muy diſtante de nueſtra Caſa Profeſſa, ò à otro ſitio, donde, por eſcondido, no huvieſſe quien le obſervaſſe los exceſſos de ſu mente, y los vuelos de ſu amante voluntad. Fuera de eſſo, podémos decir, que à ſu humildad le havia encargado, ocultaſſe aquellos efectos de ſu amor, que pudieran hacerle recomendable à los ojos de los hombres. Aſsi lo confeſsò èl miſmo, hablando en ſanta confianza con un intimo Amigo ſuyo; dixole: *Tengo hecho pacto con Dios de emplear mi entendimiento, mis fuerzas, y mi vida en dilatar ſu Gloria; pero con condicion, de que no me ha de hacer ſu Mageſtad, favor, ò gracia alguna exterior, que pueda ganarme credito entre los hombres de virtuoſo, ò de Santo.* Por eſto ſe huvieran quedado del todo ocultos los favores que Dios hizo à eſte ſu Siervo, ſi faltandole ſu Mageſtad à la condicion, que èl le havia ſeñalado, no huviera diſpueſto, que tal qual vez los hombres fueſſen teſtigos de los favores, y gracias, que recibia. Uno de eſtos Teſtigos fuè el R.mo Padre Fray Jacinto Teſta, del Sagrado Orden de San Franciſco de Paula, y Vicario de el Convento de Cimitino, cerca de la Ciudad de Nola, el qual depuſo delante de Monſeñor Franciſco Carrafa, Obiſpo de la mencionada Ciudad, el caſo ſiguiente.

Pacto, que eſte Venerable hizo con Dios.

Un dia, cerca de la hora de comer, dice, que ſe halló con el Padre Franciſco de Geronymo, que eſtaba abſorto en oracion en ſu Igleſia de Caſerta. Como era la hora dicha, el Padre Teſta le combidó à que entraſſe à tomar un bocado en el Convento. Nueſtro Franciſco agra-

Viòle en extaſis un Religioſo de San Franciſco de Paula.

agradeciò con humildad el combite, pero no le admitiò; tomò su licencia, y retiròse del Templo. Despues de las Visperas de aquel dia, el Padre Testa (como otras veces acostumbraba) saliò à espaciar el animo à un Bosque, que estaba vecino al Convento, y es de los Principes de Caserta; lugar verdaderamente delicioso, donde Naturaleza, y Arte parece que andan à porfia en ofrecer à los ojos divertidas amenidades. Lograndolas iba el mencionado Padre, quando, sin pensar, se encontrò otra vez con el Padre Francisco, que estaba hincado de rodillas, las manos juntas, y elevadas, abiertos los ojos, y fixos en el Cielo: Fuesse acercando, para informarse con mas immediacion de aquel devoto Espectaculo; el qual, desde que se le descubriò, le fuè llenando el pecho de aquellos afectos piadosos, que de tal vista podian esperarse: huvo devocion, huvo ternura, y huvo tambien un horror santo, y una pavorosa admiracion; esta le hizo parar, y se aumentó al vèr, que el Siervo de Dios estaba, por mas de tres palmos, elevado de la tierra, cerca de una mesa redonda de marmol, que ay en aquel ameno sitio. Tan transportado se quedò el mencionado Padre, que al principio no se daba credito à si propio; por lo qual mirò una, y otra vez lo que veìa, para vér si havia de dàr assenso à lo mismo que miraba. Entre estas suspensiones acabò de observar, que Francisco estaba immoble, sin pestañear; y en fin, tan distante de sus sentidos, que no bolviò en sì, ni al ruido, que hizo para ponerse tan cerca; y concluye diciendo, que despues de haverle estado mirando, casi sin libertad, un buen pedazo de tiempo, le sobrevino un copioso llanto, acompañado de una ternissima devocion; y que ultimamente, se retirò, dexandosele en el suave sueño de las celestiales delicias, que extatico gozaba; del qual sueño, solo Dios, y él, saben quando llegò la hora de dispertar.

Este caso solo nos pudiera persuadir, que los favores de Dios, hechos en esta especie al P. Francisco, fueron mas de los que se manifestaron á nuestros ojos, y que por el dicho de un Testigo tan authorizado, como el R.mo Testa, quiso su Magestad, que creamos todos los

Venle elevado de la tierra.

los demàs que nos ocultò, aſsi ſu alta Providencia, como la humildad profunda de eſte ſu Siervo: Mas ſin embargo, doy otro Teſtigo, y aun otros muchos, que deponen caſo ſemejante al referido. El Hermano Andrès Trota, Coadjutor Temporal de la Compañia, y Sacriſtan de nueſtra Caſa Profeſſa, dice, que eſtando Viena, en tiempo del Grande Emperador Leopoldo, ſitiada de los Turcos con aquel tan crecido Exercito, que llegò à ſer terror de toda la Italia; al medio dia del tercero Domingo del mes, dia de Comunion general, eſtando yà nueſtra Igleſia caſi ſin gente, y por eſſo, diſponiendoſe el reſervar el Santiſsimo, llegò à recibirle proceſsionalmente (como acoſtumbraba) La Cofradia de las Animas, llamada aſsi por el ſingular bien, que ſolicitan, y hacen à las que padecen en el Purgatorio. En eſta ocaſion Franciſco, que no ſe apartaba, en dias ſemejantes, del Altar Mayor, para afervorizar con ſus coloquios à los que venian à comulgar, tomando la Cruz del que la llevaba en la Proceſsion, y puesto en la peana del Altar, empezò un coloquio fervoroſiſsimo, como ſuyo, y digniſsimo de la devota Cofradia, que ſe le eſcuchaba; y haviendo hecho mencion en èl del Exercito de los Turcos, para pedir à Chriſto Sacramentado libertaſſe del imminente peligro, no ſolo al Auſtria, ſino à toda la Europa; con un deſacoſtumbrado fervor, y encendido el roſtro, como un fuego, prorrumpiò en eſtas voces: *Viva la Santa Fè, y verdadera Religion de Jeſu-Chriſto: favoreciendonos èl, eſpero, que hemos de llegar à Conſtantinopla, à enarbolar ſobre ſus Torres la Cruz.* Eſtas palabras hicieron, que todos los circunſtantes puſieſſen en èl los ojos con particular atencion, y con eſſo repararon, que al tiempo de proferirlas eſtaba ſeparado de la tierra por mas de quatro dedos: coſa, que los puſo en nueva admiracion, aſsi à los Congregantes, como à nueſtro Sacriſtan, los quales, deſpues de mirar al Padre, ſe miraban unos à otros, como dandoſe noticia de lo miſmo, que miraban, y aplaudiendo con ſu ſilencio atonito, lo que veian. Que Franciſco hablò en eſte lance con iluſtracion Divina, lo comprobò el ſuceſſo, pues dentro de breves dias llegò à Napoles el aviſo de haver levantado precipitadamente el

el sitio el Exercito Otomano, y haverse buelto tan del todo el dado de la fortuna, que el Exercito Catholico, ganadas importantisimas Ciudades, hizo temblar los muros de Constantinopla.

Asi correspondia benignisimo Dios à este hombre, que tanto le amaba; pero no contento con estos favores, diò un claro testimonio de sus prendas, de sus virtudes, y especialmente de su amor à su Magestad, por medio de un Alma Santa, à quien visitaba con frequentes ilustraciones. Esta, pues, le escrive á su Padre Espiritual todo lo que se sigue:

Revelacion hecha à una Sierva de Dios.

Tengo ahora (le dice) *presente al Señor, y me habla assi: Hija, dì à tu Director, que à mi Siervo Francisco le hè dado el Dòn de la Prudencia, y otros, que à poquisimos se conceden. El cumple con su Instituto, y con su Regla, del modo que debe observarse. Sabete, que en toda su vida ha tenido su mente unida conmigo; y esta continua union à mi, ha sido una continuada oracion: De aqui le ha nacido aquella alegre uncion, y aquel vigor de animo, con que despreciandose à sì mismo, al Mundo, y al Demonio, ha sacado la cara para evitar las ofensas, que se hacen à mi Nombre. Por el amor que me tiene ha trabajado siempre por mi, y las fuerzas que yo le daba, las ha empleado en guiar bien las Almas, y en despertar à los pecadores mas perdidos à mi amor, y à mi temor santo. El se goza con las fatigas, y mas con los desprecios, que le hacen. . . . . Sabete mas: En el siglo passado, y parte de el presente, entre los Siervos mios, que han vivido en este tiempo, Francisco, mi fiel Siervo, por su amor, y por su feè, me ha sido muy agradable; y assi, como en toda su vida ha procurado darme gusto, sin reparar en las penas, que esto le hà costado; Yo por esso me pago de su amor, me complazco en los Dones, que le hè concedido, y me agrado singularmente de que los hombres le honren, y le estimen, que assi trato Yo, y estos premios concedo à aquellos Espiritus, que en todas cosas son fieles para procurar mi gusto. Esto sentì, que se me decia en el corazon, mientras lo escrivia; y añado, que en este tiempo el Demonio, con grandes ruidos, ha procurado divertirme; pero Yo, no he hecho caso de èl, ni de sus engaños.* Hasta aqui la Relacion de la Sierva

de

de Dios, la qual, en mi sentir, es el mayor Panegyrico, que puede escrivirse de este Hombre Venerable.

CAPITULO III.

SU AMOR A LOS PROximos.

ENTRE las demàs virtudes de nuestro Santo Misionero, pudiera juzgarse la mayor (si las otras no fueran tan gigantes) el amor, y caridad, que tuvo para con sus proximos. Si atendemos à la parte principal de esta virtud, que mira al alivio de las Almas; quien à vista de los immensos trabajos, que puso para socorrerlas, y salvarlas, no dirà, que en su pecho subiò esta virtud al mayor grado, que puede tener? Quièn no dirà, que aquel sagrado zelo, no solo ardiò en su corazon, sino que se le abrasò del todo? Pero haviendo dicho tanto hasta aqui de esta materia; ahora deseo contemplar la segunda parte de esta virtud, que se dedica à buscar à los necessitados, socorros, y alivios corporales, con que puedan contrarestar, ò llevar en paciencia las miserias, que son tan comunes en esta vida.

Arbitrios que tomaba para socorrer à los pobres.

Esta virtud mirada à este viso, fué ilustrissima en el Padre Francisco, dandole mucha materia para sus exercicios los muchos pobres, que à él acudian, mas como èl tambien era pobre, y por su voto de pobreza no tuviesse propios para poder socorrerlos, era cosa admirable, vèr las industrias, y trazas, de que se valía para poder aliviarlos. Todos los años tenia la distribucion de acudir à las Roperìas de nuestras Casas à pedir, supuesta licencia de los Superiores, aquellos trapos, que por gastados, y deslucidos, no podian yà servir à los nuestros: conseguialos, y muy contento con aquellos fardos debaxo del brazo, llegaba à su aposento, y allì, entre sus muchas ocupaciones, hallaba tiempo para hacerse Sastre de la charidad, cortando, y cosiendo de aquellos materiales, vestidillos asseados, que repartia à los niños pobres, para que cubriessen sus carnes, y se defendiessen de los frios del Invierno: algunos de estos vestidos fueron todas las alhajas que se hallaron en su aposento al tiempo de morir.

Fue-

Fuera de esto, despues de comer baxaba à la Cocina, y de las sobras de nuestras mesas, disponia varios pucheros, con que atendia à la necesidad de muchos pobres vergonzantes: y para que huviesse mas que poderles repartir, llegò à quitarse à sì mismo el bocado de la boca, pues (supuesta tambien licencia de su Superior) por muchos años, embió su comida á un pobre Sacerdote enfermo, y destituido de todo socorro humano; pero encontròle en el Padre Francisco, que por lo menos partiò con èl su pan, todo el tiempo que viviò.

Particular limosna à un Sacerdote.

Pero siendo estos socorros muy inferiores, y desiguales al mucho numero de pobres, que à èl acudian, le obligò su piedad à hacerse pobre mendicante, para alivio de los pobres. Iba, pues, por las casas de los Señores, y de los hombres acomodados de Napoles, y con suaves, y humildes expresiones; pero animadas de el interior fuego de su charidad, les pedia, que le diessen que dàr por amor de Dios, y para que sus pobres no pereciessen. Los mas de estos sugetos à quienes acudia, yà

Pide limosna para hacerla.

por sus genios piadosos, yà por el alto concepto, que tenian de su santidad, le hacian gruessas limosnas; y aun otros, sin esperar à que se las pidiesse, se las ponian en su mano, como haciendole su Limosnero, para que las distribuyesse mejor; como quien mejor conocia á los verdaderos pobres. En el repartimiento de estas limosnas daba el Siervo de Dios la precedencia à tres suertes de personas, para añadir à la misericordia corporal la espiritual, y assi no perder punto de perfeccion, como se lo mandaba su Regla. Las primeramente socorridas solian ser aquellas personas de quienes havia recibido algun agravio, ò le havian hecho algun disgusto; de las quales santamente se vengaba, no solo socorriendolas, sino poniendolas en primer lugar, para hacerles bien: Las segundas eran aquellas pobres, que por pobres estaban à pique de perder su castidad; y aquellas tambien, que haviendola perdido, y vivido mal, estaban yà resueltas à dexar las culpas, y à enmendar sus vidas: Las terceras eran los enfermos, que por estàr re-

Modo de repartir la limosna.

du-

ducidos à una cama, eſtaban impoſsibilitados à buſcar por sì pan para comer. Eſtos eran los pobres mas privilegiados para nueſtro Miſsionero, pero no por eſſo olvidaba ſu piedad á las familias honradas, y pobres, que deſamparadas, y ſolas, ſe dexarán morir de hambre, por no acertar à vencer el rubor de pedir una limoſna; mas Franciſco ſe la hacia cumplida, llevandoſela à ſus caſas, ſin darles lugar à que ſe la pidieſſen.

En eſtas obras de tanta caridad, no le faltaron algunas mortificaciones; y aſsi, eran mas crecidas, quanto le eran mas coſtoſas. Mortificaronle muchas veces los Ricos, à quien acudia; pues aunque, como he dicho, los mas le recibian gratamente; no faltaron algunos, que le recibieron con aſpereza, y le deſpidieron con deſprecio ſobrado. Entre eſtos huvo uno, con quien le paſsó un caſo, que quiſiera llamarle chiſtoſo, ſi lo permitiera la gravedad de la materia; pero no puedo menos de llamarle caſo de ſumma mortificacion para el genio honrado, liberal, y piadoſo del Padre Franciſco. Fuè el caſo, hallarſe en Napoles uno de ſus primeros Proceres, que ſin ſaberſe por qué, tenia, y manifeſtaba una natural, ò afectada averſion al Padre Franciſco. Huìa de las ocaſiones de encontrarle; y de verle, y de hablarle, mucho mas. Si acaſo le deſcubria, y tropezaba con él en alguna calle, torcia à otra parte la cabeza, para no recibirle ſus urbanidades, y verſe preciſado à correſponderſelas. En eſtas circunſtancias ſe vino rodado un lance, en que el Padre ſe viò obligado à buſcar à eſte Cavallero en ſu caſa. El motivo fuè haverle entregado un ſugeto una grueſſa cantidad de doblones, para que ſe la reſtituyeſſe, y pedídole la entregaſſe por ſu propia mano, para quedar en eſta materia con la debida ſatisfaccion, y ſeguridad. Fuè nueſtro Miſsionero à la dicha caſa, y una, y otra vez, à aquel buen Cavallero ſe le negò, ignorando el fin que podia tener en hacerle aquella viſita. Nada ſentido de los recibidos deſayres, bolviò Franciſco tercera vez, y yà entonces el Cavallero, faſtidiado de ſus inſtancias, le recibiò, pero con mucho deſabrimiento, pues le dixo al Paje, que le entrò el aviſo:

Caſo de grande mortificacion para el Padre Franciſco

Què

Què me querrà esse Padre impertinente? Sera su assumpto el casar alguna mala Muger, que aya convertido, y querrà, que yo le dè el Dote, pero ya lo verà; anda dile, que entre. Entrò, y haviendo hecho el Padre la debida cortesìa, prosiguiò, con semblante sereno, aunque en piè, porque ni aun le ofrecieron silla, y dixo assi: *Señor Duque mio, sepa V. Exc. que vengo à suplicarle, me ayude à una buena obra. El otro dia se convirtiò à Dios una pobre muchacha, y para retirarla de los riesgos, de que buelva à caer, quisiera ponerla en estado; para esto necesito de una cama, y esta es la que pido de limosna à V. Exc. pero mire, no quiero, que tenga el trabajo de abrir para esto su bolsillo, puede hacerla de una restitucion de tantos cientos de ducados, que le traygo aqui à V. Exc. en tantos doblones de España.* El Duque al oir el numero de doblones, en lugar de dàr al Padre las gracias, siquiera por el trabajo que havia tenido en llevarselos; se irritó, y le dixo: *Padre, esse numero es muy corto; segun mi quenta, mas me deben restituir. Si deben restituir mas* (respondiò con gran paz nuestro Francisco) *esso, señor Duque, yo no lo sè; lo que sè es, que traygo toda la cantidad, que me han entregado. Pues, y bien, Padre, quien es quien me hace esta buena obra?* Preguntò el inocente Cavallero; mas à esta candidéz (por no llamarla necedad) respondó Francisco con seriedad magestuosa: *Esso tampoco lo sè, ni para saberlo puede preguntarlo V. Exc.* Y finalmente, el caso parò, en que prosiguiendo con su desabrimiento el Duque, sin hablar palabra sobre la pedida limosna, mandò recoger aquella moneda, y bolviendole al Padre las espaldas, se retirò; manifestando ser tan poco amigo de gastar, que aun no gastò con el Padre la atencion de acompañarle hasta la puerta.

Lance fué este, en que el corazon mas disimulado no huviera podido impedir, que saliessen al rostro entre mucho rubor, algunas señas de sentimiento; mas à Francisco no le sucediò assi: saliò de aquella casa, no solo con el semblante sereno, sino tan alegre, como si huviera sido recibido en ella con grande agassajo, y logrado la limosna, que havia pedido. Pero què? De allí à no muchos

dias enfermò de muerte el mencionado Cavallero ; y como à la luz de la ultima candela ſe vèn bien las verdades, porque ſe vèn à buena luz , no quiſo , que le aſſiſtieſſe à ſu cabecera otro, que el Miſsionero Jeſuita, à quien havia tratado , como hemos dicho. Hallabaſe en aquella ocaſion el Padre en la Miſsion de Tora , Lugar diſtante de Napoles por quarenta millas , pero interpuſieronſe de parte del Enfermo, para con nueſtros Superiores , ſugetos de tanta repreſentacion, que configuieron ſu deſeo. Mandòſele interrumpieſſe la Miſsion , y que ſe vinieſſe luego , luego à Napoles ; vino puntual , y entendido el motivo , porque le llamaban, paſsò à viſitar al Enfermo , y con el mayor amor, caridad, y cuidado, que ſupo , le aſsiſtió dos dias , y una noche. No muriò el Duque en ſus manos , como con anſia havia pretendido ; pero eſpirò eſtando el Padre Franciſco diciendo Miſſa por èl , y yo no dudarè , decir , que por eſte medio le aſſeguró ſu ſalvacion.

Si por cauſa de los Pobres, à nueſtro Miſsionero , le mortificaban algunas veces los Ricos ; mas le dieron en que merecer los miſmos Pobres ; pues muchas veces , ò porque les dilataba algo la limoſna , ò porque no les daba toda la que ellos querian , le cargaban de palabras, no ſolo atrevidas, ſino injurioſas. En algunas ocaſiones le rodeaban, y ceñian en tan confuſo tropèl , que no le dexaban dàr un paſſo. Ni en las Calles , ni en el Templo , ni en la Porteria, ni en el Confeſſonario le dexaban deſcanſar ; de modo, que en eſtas ocaſiones , quedò en duda , qual de eſtas dos virtudes exercitò mas nueſtro Franciſco , ſi la de la Caridad , ò ſi la de la Paciencia. Entre eſtas pintadas importunidades ſe hizo muy de reparar la de una pobre Muger, que haviendo ſervido de ſobrado eſcandalo en la Ciudad , reconocida yà de ſus yerros , ò faſtidiada de ſus miſmos delitos , determinò ſalir de Napoles para retirarſe de el todo de los rieſgos de recaer. Para eſte fin quiſo embarcarſe; pero llegando la pobre al Muelle , no tuvo con que pagar el flete , que el dueño de la Embarcacion la pedia. Congojòſe, y empezò à llorar; mas en eſtas circunſtancias, acertò à paſſar por alli el Padre Franciſco , y noti-

Una pobre importuna le obliga àpedir limoſna de puerta en puerta.

cio-

ciosa de sus piedades (que como eran tantas, ninguno las ignoraba) acudiò al punto à pedir, que la socorriesse. Oyòla con benignidad, y la dixo, que tuviesse buen animo, y un poco de paciencia, que yà la buscaria, quanto antes pudiesse, con que pudiesse aviarse. *No, no, Padre,* (respondiò intrepida) *el socorrerme ha de ser ahora, ahora quiero la limosna, porque no quiero detenerme, ni un punto en tierra, en que me hè perdido tanto.* Y esto lo decia, teniendole asido con las dos manos el manteo, de modo, que no le dexaba passar adelante. El Padre, viendo la resolucion con que aquella Muger le hablaba, consultandose con su piedad, determinò el ir con ella, discurriendo de puerta en puerta, por las Tiendas, de que està poblada la Calle de el Nolo; y con semblante modestisimo, y humillado, como si pidiera la limosna, para sì, recogiò la suficiente, para que aquella pobre lograsse su fuga, y assi la despidiò contenta. Esto le sucediò una vez, pero lo que sabèmos que le sucediò casi siempre, fuè, que los pobres à tropas le oprimian, y no teniendo con que socorrerlos, procuraba, con esperanzas, y con palabras amorosas, aunque con dolor, apartarlos de sì, para que yà que no fuessen socorridos, fuessen menos desconsolados. Y pues hemos llegado à esta materia, no puedo menos de hacer memoria de un gracioso dicho, con que procurò sossegar en una ocasion à muchos pobres, que en monton le rodeaban, y con sus clamores le confundian: *Hijos* (les dixo) *no tengo yà que daros, sino que os dè mi pellejo; si quereis, quitadmelo, y vendedle en el Mercado, y socorred con èl, hasta donde alcanzare, vuestras necessidades, porque yà hè dicho, que no tengo que daros otra cosa.*

Mayor admiracion debe causar, que la piedad de Francisco para con los pobres fuesse tan grande, que aunque conociesse, que alguno le estafaba con titulo de pobre, no por esso le reprehendia con aspereza, sino que se contentaba con hacerle conocer su delito, y con la palabra, que le daba de su enmienda. Assi lo experimentò un gran picaron, que huvo en la Ciu-

dad de Napoles : A este, que solo pensaba en tener dinero, aunque fuesse por medios ilicitos; le pareciò, que ninguno mas eficàz para conseguir su assumpto, que valerse del nombre, y firma del Padre Francisco de Geronymo. Buscò, pues, y huvo à las manos un papel firmado de su mano, y haviendole estudiado atentamente, imitó la letra, y la firma con tanta perfeccion, que aun los mas inteligentes, no sabian distinguir la verdadera de la fingida. Yà que quedò satisfecho de su buena habilidad, y sin miedo de que pudiesse descubrirse; escriviò varios Papeles, y Cartas, por las quales el Padre pedia à sugetos hacendados crecidas cantidades, para repartir à los pobres: Veian la letra, veian la firma; no podian creer (porque ni lo sospechaban) que no fuessen del Padre; y assi, la respuesta à semejantes papeles; solìa ser entregar la cantidad, que por ellos se pedia. Esta vellaqueria tan perjudicial, assi à los pobres, como al credito del Padre, se huviera quedado oculta, si no huviera sido muy repetida; pero haviendola llegado à entender el Padre Francisco, huvo muchos, que le aconsejaron dexasse castigar, segun las leyes à aquel pernicioso estafador, y ladron de los bienes de los pobres: Decian, que convenia castigar à uno, para que no fuessen muchos con su mal exemplo, los delinquentes; y tambien para mirar el Padre por su buen nombre, que èl havia desacreditado con sus falsedades: todo esto le persuadian, mas el Padre haciendose sordo à estos consejos, se contentò con llamar al falsario, diòle à conocer la gravedad de su culpa, rogóle, no la cometiesse otra vez, de lo qual èl diò palabra, y con esto solo le embiò à su casa libre, y sin costas. Si tanta piedad serìa util à hombre tan malvado, ò si él con aquella blanda correccion se mudò en sus costumbres, no lo disputo, ni lo sè; pero sè, que entre las grandes artes de su caridad, una fuè valerse del silencio, ò hacer algun beneficio à algunos sugetos, que en juicio de otros, merecian gravissimas reprehensiones. Dos mugercillas, dissimulandose pobres, y devotas, llegaron à pedirle limosna estando un dia en el Confessonario: El Padre, que

que debiò de conocer ſu ficcion, ſe la negò, y entonces ellas con furia mugeril, y deſcarada, le dixeron las injurias, valdones, y oprobios, que ſe les vinieron à los labios (y fueron muchos) ſin reparar, ni en el caracter de ſu perſona, ni en el lugar que ocupaba, ni en los circunſtantes, que las oian: ocaſion era eſta en que Franciſco pudiera haverlas reprehendido graviſsimamente; pero no ſe moviò, ni metiò en eſſo, pues la reprehenſion que las diò, ſolo fué callar, y mantener ſereno el ſemblante, como ſi tal tropèl de denueſtos ſe le huvieran dicho à otro.

Caſo extraordinario.

Con las miſmas fraſſes del ſilencio ſabémos, que reprehendió à otro hombre, que ſe dexaba llevar del vicio de la blasfemia: Eſte era un Oficial infelíz, que necio, è inconſiderado, viendo que ſu oficio no le rendia ganancia baſtante para mantener ſu familia, queria à juramentos, porvidas, y votos, vencer, ò remediar los malos tratamientos de ſu fortuna. Supolo eſto el Padre Franciſco, reprehendiale caritativamente, y le ſocorria: Mientras le duraban los ſocorros, ſe enmendaba mas en bolviendo à experimentar los efectos de la neceſſidad, bolvia à repetir las blasfemias. Una noche, pues, viendoſe ſin un pedazo de pan, que dár à ſus hambrientos hijos, que rodeandole, ſe le pedian; lleno de amargura, y de dolor, dixo: *Y que con eſto quiera el Padre Franciſco que yo no me deſeſpere?* Y proſiguiò ſoltando la rienda, y prorrumpiendo en las mas horribles expreſsiones, que en deſprecio de Dios, y de ſus Santos ſe pudieran imaginar. En eſtas circunſtancias oyò llamar à ſu puerta; y como à los furioſos qualquiera coſa les ſuele aumentar ſus rabias; con nuevo impetu, de colera empezò tambien à llenar de maldiciones al que llamaba, y ſin interrumpirlas ſe aſſomò à una ventanilla para vèr quien era: reconociò, que era el Padre Franciſco: baxò turbado la eſcalera, temiendoſe del Padre una aſpera reprehenſion, como la merecia ſu loca temeridad; pero en vez de reprehenderle Franciſco, no hizo mas, que eſtender la mano, y ponerle en la ſuya dinero baſtante, para que aquella

noche se socorriesse, y sin hablarle, ni una palabra, al punto se retirò. Quedò con este silencio, aquel infelìz confuso, admirado, y corregido, pues en adelante puso freno (en los trabajos, que le sucedian) à sus destempladas coleras.

No por esto olvidaba Francisco, como à pobres mas immediatos, à los pobres Oficiales de su Congregacion. A estos, todos los meses tenia cuidado de socorrerlos, segun reconocia ser mas, ò menos graves sus necesidades, y sus urgencias; y fuera de esso, algunas veces entre año les duplicaba las assistencias, y aun les daba algunas comidas, con lo que conseguia se bolviessen mas alegres à sus casas, y con nuevos alientos para proseguir en la virtud, y no faltar à la Congregacion de la Mission.

Sus oficios con los Enfermos pobres.

Quien era tan caritativo para con los pobres sanos, claro està, que lo havia de ser mas para con los pobres enfermos. Con estos, no solo gastaba dinero, sino espassos; porque haviendose divulgado por la Ciudad, como havia comunicado à muchos la salud por medio de las Reliquias de San Cyro; apenas caìa alguno enfermo en Napoles, que no le llamasse para lograr de su mano la salud, y à veces le llamaban à un mismo tiempo de varias partes distantissimas entre si, y à todas acudia este hombre, tan incansable, como caritativo, sin admitir la comodidad de un coche, aunque el tiempo fuesse de mucha lluvia, ò en hora incomoda de la noche: hasta que por su abanzada edad le obligaron los Superiores à que admitiesse este alivio. Muchos llegaron à temer, que un exercicio tan continuo, y fatigoso no le dexasse cumplir con el empleo principal de la Mission; mas no fuè assi, porque à aquel corazon à quien Dios encendia tanto en caridad, y zelo, tambien le daba fuerzas, para que, con maravilla de todos, pudiesse cumplir con su empleo, y añadirse el sobrepeso de su caridad; y assi, baxando de predicar, cansado de la tarèa, y calado del sudor, sin tomar descanso alguno, partia immediatamente à las visitas de sus enfermos, en las quales no hacìa diferencia alguna entre los Señores, y los Plebeyos,

los

los ricos, y los pobres; y si à algunos diferenciaba eran los pobres, porque con estos congeniaba mas su humildad profunda. Veiamosle todos los dias salir de el Palacio de un Principe, y passar immediatamente à una casilla pobre, y baxa à bendecir con la Reliquia à quien en ella yacia, ò en la desnuda tierra, ò en un humilde jergon de paja; y quando iba à visitar à estos miserables, llevaba algun dinero, y les dexaba limosna, à proporcion de sus necesidades.

Aqui no puedo menos de bolver à acordar aquella ingeniosa, y santa industria, con que conseguia, que la bendicion, ò aplicacion de la Reliquia, que le pedian para la salud de los cuerpos, fuesse tambien medio para comunicar à los enfermos la salud, y sanidad de las Almas; porque antes de dàr la bendicion, con suave destreza, y casi sin que ellos lo advirtiessen, los inducia à que se confessassen; dandoles à entender, que para alcanzar de Dios la gracia que deseaban, por medio de San Cyro, no havia medio mas seguro, ni mas eficàz, que ponerse primero en gracia de Dios. Esta industria le saliò maravillosamente con muchos, que por recobrar la salud del cuerpo, recobraron tambien la de las Almas, que tenian perdidas entre las culpas; mas si acaso San Cyro no se complacia de oirlos, librandolos de las enfermedades, y dexandolos en la vida: el Padre Francisco no se apartaba de su cabecera, sugiriendoles à aquellos actos, y consideraciones, que le parecian mas propias, para que acabassen la vida con una preciosa muerte.

Assi se portaba nuestro Missionero por lo comun con sus enfermos pobres; pero ahora referiré dos casos en particular, que le sucedieron con dos pobres enfermos, y donde parece llegò su caridad à la ultima perfeccion. El primero fuè un pobre negro, que aunque Christiano, estuvo por mucho tiempo al remo de una Galera: Despues (vendido no sè à quien) se sirviò de èl su dueño, mientras que tuvo salud, y fuerzas; mas haviendo contraìdo una asquerosa enfermedad, le diò libertad; pero sin mas arbitrio para vivir, que

pedir una limosna. Su accidente no le permitia andar de puerta en puerta, y assi se hacia tender cerca de la de nuestra Iglesia de el Jesus, para lograr, que los que entraban en ella le socorriessen. Aunque son muy piadosos los Napolitanos, eran muy cortos los socorros, que à este pobrecillo le hacian; porque siendo su enfermedad una espantosa hernia, que ofendia á la vista por disforme, y al olfato por el mal olor, que exhalaba; todos los que concurrian al Templo retiraban los ojos para no verle, y por consiguiente la mano para aliviarle. En tanta afliccion, solo Francisco de Geronymo no desamparò á aquel miserable. Consolabale, le visitaba, le socorria, y no reparaba en acercarsele mucho para tratar con mas conveniencia suya, de los intereses de su Alma: llegò, finalmente, el pobre negro á los ultimos terminos de la vida, y arrimado al Portico de Santa Clara, abandonado de todos, allì esperaba la muerte: supo lo que passaba el Padre, y al punto acudiò à assistirle: confessòle, y despues de haver gastado largo tiempo con él para las ultimas disposiciones de su conciencia, sin hacer caso de sus ascos, y hedion déz; diò orden para que en una silla le conduxessen al Hospital, donde con toda eficacia pidiò á los Enfermeros que se le cuidassen; y assi lo executaron; yà por su caridad, yà porque el Padre le repitió con frequencia sus visitas hasta que le viò espirar, despues de haverle prevenido, y fortalecido con los ultimos Sacramentos.

No fuè desemejante à la referida otra fineza, que executò su piedad fervorosa con una pobre doncella, llamada Victoria, que vivia en el siglo en trage de Religiosa, y con tanta devocion, y virtud, como si lo fuera. Era penitenta, ò hija espiritual del Padre Francisco, quien hacia con ella oficios de verdadero Padre, no solo cuidando de el adelantamiento de su espiritu, sino subministrandola de las limosnas, que recogia, quanto necessitaba para poderse mantener, à causa de que todos sus parientes la havian abandonado, sin mas motivo, que el verla consagrada tan de veras à Dios, y por

Dios,

Dios, al obsequio de las virtudes: por esto se merecia las asistencias del Padre; pero singularmente por un acto heroyco, que havia executado, que fuè pedir, y alcanzar de la Magestad Divina, le naciesse en el rostro un tumor, que la afeasse, para assegurar su castidad de los peligros, en que suele ponerla la hermosura. Consumida en fin esta buena muger, yá de la enfermedad, yá de sus penitencias; muriò, y el Padre Francisco consiguiò de sus Superiores, que la diessen en Casa Eclesiastica Sepultura. Llamaronse los Sepultureros, para que llevassen el cadaver á nuestra Iglesia; mas ellos gente interessadissima, haviendo entendido que la difunta era muy pobre, y recelando no havria quien les pagasse su trabajo, se negaron à aquel oficio. Hablòlos el Siervo de Dios, y aunque à sus ruegos añadiò la promessa de buscar con que satisfacerlos al dia siguiente, porque entonces no tenia à la mano con què: todo fuè en vano, pues endurecidos aquellos villanos, que de hechos à tratar con los muertos, no suelen gastar respectos a los vivos, ni se movieron por los ruegos, ni se fiaron de la palabra de el Padre: entonces èl, mirandolos con severos ojos, les dixo: *Ea, pues, yo con mi Compañero hare lo que vosotros debiais hacer por caridad*; y terciandose el manteo sobre los ombros, empezò à executar el oficio de Sepulturero, y le huviera concluido, si aquella gente, reflexionando sobre el respeto que al Padre se le debia, y avergonzandose con el exemplo que les daba, no le huvieran detenido, ofreciendose à executar todo lo que fuesse menester, y sin interès alguno. Cargaron, pues, con la difunta, y la acompañò el Siervo de Dios hasta nuestra Iglesia, donde la dexò en la honrada sepultura, que havia conseguido de los Superiores.

Acto heroyco de una muger penitenta del Padre.

CAPITULO IV.

SU PROFUNDA humildad.

MUCHO papel nos ha de gastar la relacion de esta virtud de el Padre Francisco, porque en la re-

pre-

prefentacion armoniosa de su ilustre vida, ella hizo siempre el primer papel. Verle al Padre, y oirle, era lo mismo, que vèr, y oír el simulacro vivo de esta virtud; y aunque en los Libros, y Capitulos antecedentes hemos dicho mucho concerniente à esta materia, ahora referirè casos muy particulares, que sean confirmacion de la verdad de este argumento.

Nombres que se daba à sì mismo.

Empiezo por los nombres, que el Padre frequentemente se daba á sì propio, por consejos de su humildad: Llamabase *el Villano*, *el Plebeyo*, *el Rustico*, *el ignorante*, *el imprudente*, y sobre todo esto, *el de Pecador* parece que le tomò por su propio apellido, pues en sus papeles, y cartas familiares era su firma, *Francisco el Pecador*. Muchas veces le oyó su Compañero, quando se le ofrecia alguna pesadumbre; ò le hacian algun desayre, decir con voz baxa: *Mas merezco yo, mas merezco yo.* En los ultimos años de su vida le oyò tambien uno de los nuestros dàr un desahogo santo à los sentimientos de su humilde corazon, diciendo: *Què serà de mi, que he vivido tan de valde, y por tanto tiempo en la Compañia? Como me he aprovechado de una tan copiosa fuente de santidad? En mi principio fuy malo; ahora malissimo. Segun esto es preciso, que me confiesse por un bruto, por un animal, y por una execrable bestia, que no ha sabido sino solo anuar azia atràs en el camino de la virtud.*

Lo que dixo al hacer la profesiò de quatro Votos.

Si se hallaba en alguna ocasion, ò se ofrecia algun lance, de que pudiesse resultar su aplauso, su alabanza, ò su estimacion, ponia gran cuidado en desfigurarle; de modo, que redundasse en su desprecio: Assi le sucediò, principalmente el dia en que hizo la profession solemne de quatro Votos, tan merecida por los talentos de sus letras, y de sus virtudes sublimes: Aquel dia, pues, concluídas las funciones de la Iglesia, y las de la Sacristìa; al darle la enhorabuena sus amados Congregantes, què se la oyeron hacer, y que lloraban de ternura, y de alegria, les dixo: *No pensseis Hermanos mios, que este honor se me hace à mi porque le aya merecido, que os engañareis; este es un acto*

acto de caridad, que por su piedad usa la Religion conmigo, que soy un villano, ignorante, digno de ser arrojado de esta Casa, y aun despedido de la Compañia. Y que hablasse en semejantes ocasiones con la lengua del corazon, que no miente, lo manifestò con evidencia en el siguiente sucesso.

Espantase de que le pidan una Carta de recomendacion para el Padre General.

Un Padre de Casa, muy zeloso, promovia con gran fervor una obra, que juzgaba (y era assi) de mucha gloria de Dios; mas para que llegasse à tener efecto, era necessaria la aprobacion, y licencia del Padre General: y para conseguir esta mas facilmente, quiso, que entre los demàs Padres, que se havian ofrecido à escrivir à Roma, escrivieste tambien nuestro Francisco; juzgando, que su Carta seria de mucha recomendacion para con el Padre General, que estaba muy noticioso de sus prendas, y tenia especial estimacion de sus talentos, y de sus virtudes. Fuè, pues, con esta pretension al Padre Francisco, informòle del assumpto; y concluyò con la sùplica, de que como tan interessado en las obras de la gloria de Dios, concurriesse à aquella, añadiendo su Carta á las que los demàs escrivian. Apenas se le hizo esta proposicion, quando echò à llorar como una criatura, interrumpiendo sus lagrimas con tantos sollozos, que en mucho rato no le dexaron articular palabra: yà en fin, reprimiendo su llanto como pudo, respondiò admirado: *Que yo escriva à nuestro Padre General? Yo, que vivo en esta Casa por pura caridad, y limosna de los Superiores?* Y no dixo mas, porque bolvieron con mayor impetu los sollozos, y las lagrimas: lo qual visto por aquel Padre, edificado, y admirado con las expresiones de humildad tan profunda, por no darle mas que sentir, sin hacer más instancia, se retiró.

No fuè dessemejante à esta la respuesta que diò à un señor Obispo, que amigablemente le persuadia à que cuidasse mas de si, atendiendo à sus muchos años, y à la debilidad, que le havian ocasionado sus no interrumpidas tareas: *Padre Francisco*, (le dixo) *mire, que ya es tiempo de mirar por su salud, en*

en la qual somos interessados muchos, por el bien que à todos nos hace: ya està viejo; yà es preciso, que solo piense en descansar, y en vivir. A estas benevolas palabras respondiò el Padre, dando por ellas repetidas gracias; mas concluyò, diciendo: *Pero què quiere V. S. I. que haga, tengo de comer ocioso el pan que me da mi Religion?*

De su humildad nacia su gratitud.

Igual à este conocimiento propio, y à este baxo concepto, que tenia de sí mismo, era el agradecimiento que daba por qualquier beneficio, que se le hacia. En estas ocasiones andaba muy rethorica su humildad, para explicar su gratitud. Haviendole embiado los Superiores, por consejo de los Medicos, en los ultimos terminos de su vida, à tomar los ayres de Puzol, aunque en esto no se hizo con èl mas, que lo que se suele executar con qualquier otro convaleciente, que juzgan los Medicos necesitar de aquellos ayres; no obstante, porque llegò à entender que el Padre Carlos Vespoli, Rector de el Noviciado, estaba mas cuidadoso, y mas solicito de su salud; le escriviò un papel del tenor siguiente: *Padre mio, singularissimos son los grillos de amor, con que V. R. aprisiona mi agradecimiento: No sè, por què V. R. gasta conmigo tantas finezas, quando los perros, que cuidan de sus ganados debieran echarme de aqui, para que no les hiciera perjuicio. Los Hermanos de esta Casa, siguiendo, y aun adelantando a los ordenes de V. R. me cuidan tanto, que con sus favores me oprimen; y assi es preciso, que no solo estime, sino que admire el favor, y cariño, que experimento en V. R.* Este papel escriviò recien llegado à aquella Casa, y a los cinco dias bolviò a escrivir en estos terminos: *De dia, y de noche, por mas de mil veces, beso desde aqui las manos de V. R. porque tan sin meritos mios, me tratan en esta su Casa con tanto regalo, y con tanto amor, que no solo me ocasiona empacho, sino miedo, porque temo, que si he hecho algo bueno en esta vida, esto me lo paga Dios en estos favores, que recibo de mano de V. R. Por lo que toca à mi salud; no tengo mas que decir, sino que estoy gastando aqui el pan, perezoso,*

so, tibio, y sin trabajar; pero pues assi lo quiere Dios, me conformo con su santissima voluntad.

Usaba de equivocos à favor de su humildad

No fuera Francisco tan humilde, si no hiciera que su genio sirviesse tambien á esta virtud. Era su genio festivo, y discreto; muy habil à valerse de los equivocos de su Idioma, para dàr sal à sus conversaciones; pero de estos equivocos se aprovechaba su humildad, para desvanecer los aplausos, y estimaciones con que tantas veces se encontraba. La primera vez, que diò los Exercicios en el Seminario de Nobles, su introducion fué decir, que se maravillaba de dos cosas; una de la eleccion, que havia hecho de èl los Superiores, siendo un hombre tan inhabil, é insuficiente para tanto ministerio: Otra, de su sobervia, por haver aceptado el predicar en un Lugar tan noble, y de donde antes de entrar en la Compañia, havia sido arrojado, y aun castigado tambien. Esto sonaron sus voces, pero lo que por ellas quiso decir, fuè, que de allì le sacò Dios, para traerle à la Compañia, despues del lance de la bofetada, que le diò el Seminarista; à esta llamò castigo, y al salir de aquella casa, para entrar en la Compañia, le puso el nombre de haverle arrojado de ella. Como componen estas cosas, sin faltar à la verdad, esso lo saben los que son verdaderamente humildes. Quando fuè à la Grotalia, para propagar entre sus Paysanos el culto, y devocion de su amado San Cyro, le saliò à recibir al camino el Dueño de aquel Territorio, Principe de Curso, el qual usò con el Padre todas las urbanidades de veneracion, y obsequio, que pudiera con el sugeto de mayor caracter. Visto esto por el humildissimo Jesuita, para evitarse aquellas honras, acudió à la oficina de sus equivocos; y assi le dixo à aquel Cavallero: *Señor, yo juzgo, que V. S. no sabe quien soy, y que no ha llegado à su noticia, que quando muchacho, yo era el que aqui recogia las basuras.* En lo qual quiso, sin duda, decir, que quando niño, como se criaba en la Iglesia de la *Comunidad*, ayudaba à barrerla, y à limpiarla; y lo que quiso, que el Principe entendiesse, fuè, que era de gente tan humilde, que para mantenerse se havia visto precisado à tomar el oficio de Barrendero de las calles del

del Lugar, y de limpiarlas de sus inmundicias.

Hace burla de sus aplausos y estimaciones

Quando no havia lugar para los equivocos, no le faltaban otras expresiones festivas, con que procuraba impedir lo que podia redundar en materia de su aplauso. Algunas veces corrieron por Napoles, sin saberse los Authores, falsas noticias, de que al Siervo de Dios le havian quitado la vida; y para dàr à la mentira mas coloridos, tambien solian fingir las causas, el modo, y las circunstancias de su muerte. Estas voces, por lo regular, no tenian mas duracion, que el tiempo que el Padre tardaba en bolver a Napoles; no obstante, una vez cundiò con tal generalidad, y asseveracion entre Nobles, y Plebeyos la noticia de su muerte, que aunque los nuestros afirmaban ser falsa, no eran creìdos; y assi se vieron obligados los Superiores á llamarle del parage, donde se hallaba, para que le viessen vivo, y se desvaneciesse aquella especie, que havia tomado tanto cuerpo. Vino Francisco, y entrò en un pobre jumentillo, y con su vista fué increible la alegria, y el consuelo, que causò en todos los Napolitanos; unos decian: *Ea, gracias à Dios, que està vivo nuestro Padre*; otros se daban mutuamente las enhorabuenas, porque su vida la juzgaban comun interes de todos; otros condenaban la credulidad, que havian tenido; y finalmente, con alabarle, todos querian desquitar el juicio, que inocentemente havian formado, de que huviesse fallecido. En esta ocasion le preguntò uno de los nuestros, que à què havia venido à Napoles? A que Francisco respondió, encendido de rubor el rostro, pero con su natural agrado: *A que tengo de haver venido, sino à llevar por essas calles, y por essas Plazas unos valientes azotes.* Assi dixo, porque tales juzgaba las alabanzas, que le daban todos.

No perdia ocasion de humillarse.

Tanto aborrecia sus propias estimaciones, que para apartarlas de sì, se valia de qualquiera circunstàcia, que se le venia à las manos; como el que se halla entre Ladrones, que para defenderse de ellos, se vale de qualesquiera armas, que le ofrece la ocasion, y assi le sucediò, que estando en la Provincia de Otranto, y haviendole ido á visitar los Marqueses, Duques, y Condes, que tienen allì sus feudos; un dia, mientras el Padre estaba re-

ci-

cibiendo las honras, que aquellos Cavalleros le hacian; se le puso al lado una muger pobre, y mal vestida, que daba à entender, que queria tambien hablarle: entonces Francisco dixo à aquellos Cavalleros, con un santo desembarazo: *Señores esta pobrecilla es mi parienta muy cercana; perdonenla por Dios, que se aya atrevido à venir a hablarme estando delante de V. Señorias.* El animo que en esto tuvo, fuè, impedir la estimacion, que dèl hacian aquellos Señores; pero no lo consiguiò, pues antes bien, à vista de aquel acto, mirandose admirados unos à otros, se dixeron en voz baxa: *Este Hombre, verdaderamente es Santo.*

Embia à un hermano suyo à un Hospital.

Muy semejante à esta fuè otra humillacion de este Siervo de Dios, admirada tambien de los Seglares que la supieron, que no fueron pocos, y passò assi. Apenas llegò à Napoles Cataldo, hermano de nuestro Francisco, quando enfermò de ardientes calenturas: Muchos Señores, y Nobles Ciudadanos desearon llevarsele à su casa para curarle, y acudieron con santa porfia, à pretender de el Padre, les diesse este gusto; mas él à todos los igualò, respondiendoles: *No, señores mios, Cataldo es pobre, y para curar à los pobres se hicieron los Hospitales.* Y de hecho le llevò al de San-Angelo, y recomendandole á los que goviernan aquella Casa, ni à estos les ocultò, que era su hermano, pues les pidiò, que tuviessen cuidado de èl, con estas voces: *Señores, este pobre es mi Hermano, y espero deberos, empleeis vuestra caridad con èl.*

Nunca pretendiò cõveniencias à sus parientes

Aunque el humilde Francisco hacia ostentacion de que tenia parientes pobres; para humillarse mas, fuè cosa admirable, que por este mismo motivo, nunca quiso sacar de pobres á sus parientes. Esto le huviera sido muy facil, adelantandolos en Rentas, en Beneficios, y en Empleos, teniendo el Padre, como tuvo, tanta mano con los que tenian el primer manejo de la Monarquia, y que huvieran estimado, que como solia pretender para otros, huviesse pretendido algo para sus parientes, pues con esso podrian pagarle assi, aunque no con toda igualdad, lo mucho que trabajaba por el alivio de los pobres Ciudadanos; pero Francisco jamàs pudo vencerse

à

à hacer por ellos pretenſion alguna; ò yà por no ofender à la Caridad Evangelica con el amor particular à ſu ſangre; ò yà, que es lo mas cierto, por no exponer ſu humildad à alguna tentacion de vanagloria, viendo à los ſuyos, ó con mucha riqueza, ò con honorificos empleos. Y para que en eſta materia lo digamos todo, debo tambien advertir, que los parientes miſmos ayudaban à eſtos ſantos deſcuidos de ſu pariente, pues dados à la piedad, y à la devocion, y por eſſo contentos con la medianía de ſu fortuna, nunca le importunaron, para que con ſus empeños los adelantaſſe en ſus conveniencias. No lo executan aſſi otros menos inconſiderados, que ſuelen perturbar la quietud de ſus parientes Religioſos, para que à quenta del Habito que viſten, les dén la mano para los empeños, en que ſuele ponerlos, no yà la neceſsidad, ſino la ambicion.

Alabanza de los parientes de el Padre Francisco

El modo de darle à eſte hombre peſadumbres, y peſadumbres que ſintieſſe, no era decirle deſprecios, porque con eſtos yà hemos viſto, que ſe liſonjeaba; el modo era decirle alabanzas, y manifeſtarle veneraciones. Los que en vida quiſieron mortificarle, ſi huvieran conocido ſu virtud, eſto havian de haver executado; porque eſtos lances los ſentia tanto, que en ellos ſu humildad daba permiſso à ſu paciencia, para que no ſolo ſe ſintieſſe, ſino para que exteriorizaſſe ſu ſentimiento: aſsi le ſucedia quando veía, que ſe le hincaban de rodillas para beſarle la mano, ò para cortarle algun pedazo de ſu veſtido, eſtos eran lances en que, ſiendo tan pacifico, no lo parecia, ſegun el enojo que manifeſtaba para apartar à ſemejante gente de sì. A Joſeph Samblaſio, Noble Patricio de Cocencia, en ocaſion de pedirle fueſſe à viſitar à ſu muger, que eſtaba gravemente indiſpueſta; Franciſco reſpondiò, y con baſtante ſequedad: *Señor, no quiero ir à vueſtra caſa*; y preguntandole el Patricio, como le reſpondia aſsi, contra ſu natural, y congenial piedad para con los enfermos? Reſpondiò: *Porque Uſeñorias eſtàn en el error, de que tengo eſpiritu de Profecìa, y que alcanzo à vèr lo futuro, y quiero que ſe deſ-*

enga-

engañen, de que no es assi. Algunos de nuestros Juniores, con quienes tuvo una platica espiritual, y que despues de ella le pidieron les alcanzasse de Dios mucho amor suyo; Francisco respondiò: *Ay! Hermanos mios, esse amor, que para sì piden, aùn no le he alcanzado yo, ni tengo meritos para conseguirle: contentome com pedirle à Dios, que con el freno de su santo temor me detenga, para que no me precipite.*

Una Religiosa penitenta suya, le encargaba un dia, que mirasse por sì; que no se maltratasse tanto; que tuviesse lastimà à su salud, la qual era precisso, que flaqueasse con el trabajo de tantos Sermones, como predicaba por todas las calles de Napoles. Empezòla à oìr Francisco; pero à breves palabras la interrumpiò, diciendo: *Ea señora, dexesse de esso; en esso no hago yo mas que lo que hacen los borricos, que andan por essas calles, que es rebuznar do quiera, que les dà la gana; y mire, si quiere hablarme à mi gusto, quando venga à confessarse, llameme asno, rustico, villano, indocto, y me dirà la verdad, y me acordarà lo que soy.*

Compara se à los jumentos

Este compararse con los estòlidos jumentos, nacia, de que en muchas ocasiones, y siempre que podia, su humildad le obligaba à que se igualasse con ellos en los exercicios, que hacia para mortificarse; y assi en sus Misiones, como en algunas Iglesias de Señoras Religiosas, solia disponer, que echandole un cordèl al cuello, y caminando el Padre en quatro pies, le pasicase por la Iglesia algun rustico, que para esto buscaba; y assi introducir en los animos de los que le miraban el juicio, de que no merecia otro tratamiento, que el que se dà à los mas despreciables brutos. Pero el campo, en que mas desplegaba su humildad el numeroso exercito de sus fervores, era su amada Congregacion de la Misson: solo se valìa de la authoridad, que tenia en ella para mandar à sus Congregantes, que hiciessen repetidos desprecios à su persona. Encerrabase (principalmente con los de la Congregacion Secreta) en una Capilla, donde postrado à los pies de un Devoto Crucifixo, que ay en ella, se coro-

naba la cabeza de espinas, y echandose una gruessa soga al cuello, pedia, y aun mandaba à alguno de los Congregantes, que mejor le parecia, que con los pies le apretasse la corona, y que tirandole de la soga, le arrastrasse por la tierra; y si alguna vez no podia conseguir, que usassen con èl estas piadosas crueldades; al tiempo de despedirlos, hincado de rodillas à la puerta de la Capilla, les iba besando los pies. Todo esto se supo, por los gemidos, y los sollozos tiernos, que se oian al tiempo de vér en el Padre Francisco sus buenos Congregantes, estos excessos de su fervor; y si oy alguno de ellos, que aùn vive, hace memoria de ellos, acompaña su memoria con abundantes lágrimas.

De este mismo deseo de verse despreciado, si no me engaño, nacia la singular diligencia, con que miraba, como particulares beneficios, sus mayores injurias: Por lo qual, si llegaba à entender, que á algun sugeto no le parecian bien, y hablaba mal de sus operaciones; à este, como á su insigne bien-hechor, le daba especiales alabanzas, y aun le procuraba las estimaciones de otros. En confirmacion de esto dirè lo que le sucediò con un Predicador de la Italia. Reparòse, que siempre que este sugeto predicaba en Casa, el Padre Francisco andaba muy oficioso haciendo tiempo entre sus muchas ocupaciones para oìrle el Sermon, y aun procurar, que sus Congregantes se le oyessen, para que con esso fuesse mas crecido el auditorio, y assi tambien mas crecido el aplauso del Predicador. Admirados algunos de los nuestros, de que estando tan ocupado Francisco en confessiones, y otros santos ministerios; y por tanto impossibilitado à oìr otros Predicadores, se singularizasse tanto con este: y movidos de su curiosidad, procuraron saber la causa, y no encontraron otra, que el haver sabido, que el sobredicho Predicador no trataba bien en sus conversaciones las operaciones del Padre Francisco. Era de genio chistoso, y decidor, y no reparaba en excitar la risa de los que le oìan, á costa de los exercicios de un hombre, que por ellos era la veneracion de Napoles.

Lo que executò con un Predicador, que le murmuraba.

Mas

Otro caso semejante al passado.

Mas fuerte fué la contradicion, que se encontrò en otro sugeto, que huvo en esta Ciudad, y de bastante caracter, y estimacion en ella. Era el tal sobre tetrico, y adusto, preciado de critico, y assi, no solo murmuraba, sino que se escandecia quando hablaba de algunas exterioridades de nuestro Missionero, y hablaba muchas veces de ellas, porque le miraba con horror. De sus Sermones, no solo decia ser imprudentes, sino injustos. Imprudentes, porque queria quitar al Pueblo toda honesta diversion. Què pecado es, decia, el que los Saltim-vanquis, y jugadores de manos, tengan entretenidos en los dias de fiesta, à los que por ociosos, pueden buscarse mas perjudiciales diversiones? La virtud de la eutropelia, no permite, que los corazones humanos, con algun juego honesto hagan intermission en sus precisas tareas? Pues por què este Padre quiere, que el pobre Pueblo no se divierta inocentemente en aquellos dias, en que Dios le manda, que no trabaje? Son tambien injustos sus Sermones, porque esforvan à los Titiriteros el despacho de sus chanzas, en las quales asseguran el pan para sus familias? Si yo fuera Superior en la Republica, no le permitiera à este Padre unas platicas, que están tan lexos de ser utiles, que (segun las consideraciones hechas) son perjudiciales, y dañosas. Estas ausencias debia à este buen hombre el Padre Francisco, el qual no pudiendo ignorarlas, se empeñò en ganarle à aquel sugeto la voluntad con atenciones, y cortesias. Quando le encontraba en la Calle, no solo le saludaba, sino que se ofrecia à servirle en quanto gustasse, porque le profesaba una buena voluntad. Pero como cada uno juzga por su corazon el ageno, y este hombre tenia el suyo tan enagenado del Padre Francisco, juzgaba, que lo que este le decia era por burlarse de èl; y assi le respondia con desabrimiento: *Y bien, Padre, à què viene esso?* y le bolvia las espaldas, tomando de aquellas sumissiones del Padre mayor habilantèz para proseguir en sus murmuraciones. Y lo peor fuè, que esto le durò hasta la muerte, la qual fuè muy infelìz, pues fue re-

pentina, cayendo desde un alto tablado, donde havia subido à execucion de una obra propia del Arte que professaba: puso el pié sobre una tabla, que por mal clavada falseò: cayò à tierra con golpe tan desgraciado, que sin tener lugar para recibir los Sacramentos, muriò. Puede ser, que esto fuesse castigo de Dios, por los desprecios, que havia hecho à su Ministro: Muchos lo juzgaron assi; mas yo no me atrevo à afirmarlo, porque sè, que los escondidos secretos de Dios, aunque algunas veces sì; no siempre se miden bien, por los sucessos.

Muere desgraciadamente quien al Padre le murmura

Quando estos medios no bastaban para conciliarse las voluntades, que sospechaba tenia ofendidas; recurria à confessar su culpa, y à pedir humildemente se la perdonassen. Assi le sucediò en un dia, en que celebraba su ruydosa fiesta de San Cyro: para ella havia hecho traer, como acostumbraba, gran cantidad de olorosas yervas, y de tiestos de flores, entre las quales venian muchas azucenas: y estas azucenas, y estas flores fueron motivo para que se desazonassen con el inocente Padre, el Sacristàn, y el Prefecto de la Iglesia. Cayòse al suelo, y se quebrò una maceta de flores: y aqui el Sacristàn, que era limpio, y asseado, al vér manchado el suelo, se desazonó con el Padre Francisco, y con el gesto le diò à entender su desazon. El Prefecto, que era de condicion algo mas aspera, le culpò de inadvertido, porque entre las flores havia traìdo azucenas, cuyo vivo olor, dicen las señoras mugeres, que les hace mal. Al Hermano Sacristàn le serenò Francisco facilmente, diciendole: Perdoneme, Hermano, por amor de Dios, que yo traeré la escoba, y lo barrerè. El Prefecto estuvo algo mas impertinente, pues para reñirle levantò demasiadamente la voz, y fueron las voces mas de las que eran menester; y assi Francisco tuvo que darle satisfaccion mas dilatada: Dixole: *Que tenia mucha razon en lo que reprehendia; que havia andado muy imprudente, è inadvertido, y que assi merecia, que no solo le reprehendiesse; sino que tambien le castigasse.* Con estas respuestas tan

Pedia perdon por faltas muy ligeras.

sua-

suaves, como humildes, configuiò el que aquellas iras no passassen adelante.

Para decir mucho de una vez, de los raros quilates de la humildad de este hombre tan despreciador de sì mismo, dirè, que à todos, aunque fuesse el sugeto mas ínfimo, se humillaba, y se posponia. Al Hermano Coadjutor, que le señalaron los Superiores, para que le assistiesse en su aposento, no le huviera admitido, si con expresion no se lo huvieran mandado, diciendo: *Que èl no havia venido à la Religion à ser servido, sino à servir à sus Hermanos*; y en consequencia de esto era inclinadissimo à hacer los oficios mas humildes de la Casa, en que nuestros Hermanos se emplean. Con el que le tocò por Compañero eran admirables las urbanidades, que gastaba: En los passos estrechos le pedia con instancia, que fuesse delante: En las casas donde entraba, le suplicaba, que entrasse el primero, y aun para esso le levantaba la cortina. En casa se le hincaba muchas veces de rodillas, para darle gracias del trabajo, que ponia en assistirle: otras veces le pedia perdon de lo mucho que le cansaba, quando

Humillase singularmente à su Hermano Cõpañero.

salia à hacerlos combites, ù à cumplir con algun otro de sus ministerios; y en fin, otras veces pretendia, que le dexasse ir à hacer su cama, para pagarle assi el cuidado que gastaba en el asseo de su Aposento.

En las Missiones fuera de Napoles eran mas frequentes los buenos oficios, que hacia su humildad à los Sacerdotes que le acompañaban. Si havia una cama no mas, yà se sabia, que havia de ser para el Padre Compañero, aunque fuesse muy joven, contentandose él, ó con el duro suelo, ò con un poco de paja, sobre que passar la noche. De la honra que hacia siempre à los Sacerdotes, me acuerdo de haver hablado en otra ocasion; pero ahora no dexarè de añadir, que comprobaba la suma veneracion, que les tenía, yà en el disgusto que manifestaba, si le pedian la mano para besarsela; y yà en las ansias, que tambien manifestaba de besar las suyas: En esta materia es digna de memoria una santa contienda que tuvo con un Religioso de la Illustre Familia de Predicadores, y gran amigo suyo, porque le era muy semejante en las virtudes. Encontraronse un

Humillase à los PP. sus Compañeros en las Missiones.

Pierde un diente en una porfia de su humildad.

dia los dos, despues de mucho tiempo de no haverse visto, y al punto se dieron amorosamente los brazos; mas no contentos con esto, empezò la porfia de quien havia de dàr al otro la mano, para poner sus labios en ella: Francisco, en esto de humildades, à nadie queria conceder ventajas, aunque fessen sus mayores amigos; y assi se arrojò à coger la mano de el Religioso; y llegò à poner su boca tan cerca de ella, que con el movimiento natural, que el otro hizo para retirarla, le tropezò en los dientes, y le derribò uno de ellos; pero no obstante esta pérdida, Francisco quedò muy consolado de haverse salido con la suya, aunque le huviesse tenido aquella costa; porque yà he dicho, que en porfias de humildad, aunque fuesse à mucha costa, quedaba muy contento con salirse con la suya.

Interrumpe un Sermon, por oir à otro Predicador.

Mas admirable fuè otro lance que tuvo con otro Religioso, con quien practicò uno de aquellos primores, que rarissima vez suelen ofrecersele, aun à la humildad mas diestra, y mas profunda. Predicaba un dia nuestro Missionero en una gran Plaza con su acostumbrado fervor à un numeroso auditorio; quando à la mitad de la Platica, reparò, que un Religioso de otra Orden se ponia à predicar en la Plaza misma; bien que à distancia tal, que ni los Auditorios, ni los Predicadores se embarazaban. Entonces Francisco, movido de su espiritu verdaderamente humilde, interrumpiendo su Sermon, se puso à hacer un Panegyrico de el otro Predicador, diciendo, entre otras cosas, que le llevaba muchas ventajas, en su gracia, talento, y fervor en el predicar, y que assi era digno de ser oìdo solo; y diciendo, y haciendo, para confirmar con la obra la realidad de sus voces, se baxò de su puesto, y con todo su auditorio, fuè à oìr, y oyò toda la Platica del otro Religioso.

Estas, y otras muchas ocasiones de esta misma especie, que yo no puedo referir, por no dilatarme demasiado, llenaron toda la larga vida de Francisco de Geronymo, con las quales (como era natural) se correspondieron las que executò en su muerte. Estando yà en los ultimos meses de su vida, y yà sin salir de casa, por su ultima enfermedad,

el

Varias expresiones de su humildad al tiempo de su muerte.

se encontrò uno de los nuestros, y caritativamente le preguntò, como se hallaba, añadiendo, que queria oirlo de su boca, para poder responder con seguridad, y verdad à los muchos, que fuera de casa preguntaban por su salud. Entonces Francisco, sentidissimo de que huviesse quien tuviesse este cuidado, exclamò: *Hà, Padre, es posible, que aya alguno à quien se le ofrezca preguntar por mi! Por mi? pobre miserable, que en los años que he vivido, no hè tenido otro oficio, que el de engañar al Mundo?* En el ultimo articulo de su vida, al tiempo de recibir el Viatico, dixo delante de toda la Comunidad, y con abundantes lagrimas: *Que daba muchas gracias à la Compañia, por haverle dexado vivir en su Gremio, haviendo sido un hombre tan inutil, è ignorante.* Y añadiò, *que por tanto era indigno de que le sepultassen entre los nuestros; y que assi, pedia le enterrassen en la Huerta, para estar, como merecia, à los pies de todos los que entrassen, y saliessen de ella.* En esta misma ocasion, à un Cavallero noble, que le visitaba, y se ofrecia à traerle todas las medicinas, que fuessen conducentes à su salud, aunque fuessen muy costosas. Respondiò el humilde Padre: *Hà señor, por la salud de un Rustico, un Plebeyo, un Villano, como yo, quiere gastar su dinero? No, no, de ningun modo, que la Compañia mi Madre, aunque soy tan inutil Hijo suyo, y que no se lo tengo merecido, me trata con tanto amor, y con tanto cuidado, que me tiene confundido.* Finalmente, en la ultima noche de su vida dictò una Memoria, en que se hacia cargo, yà de las limosnas hechas à los Pobres, yà de lo entregado, y gastado en la echura de la Estatua de San Cyro; y esta Memoria la rematò assi: *Ultimamente, no pudiendo olvidar los grandes beneficios, que por tantos años, en que me ha tolerado, he recibido de la Compañia; con mi rostro puesto en la tierra, y humildemente postrado à los pies de mi Padre San Ignacio, le pido perdon de las faltas, que he cometido en la observancia de sus Leyes, y Constituciones. Al Padre Provincial, Padre Preposito; y en fin, à cada uno de mis Padres, y Hermanos, tambien ruego, y pido me perdonen, por los malos exemplos, que les hè dado, y lo que con ellos*

los huviere ofendido. Y esta Memoria la firmò con mano trémula, diciendo assi: *Francisco de Geronymo, con todo rendimiento à sus Superior.*

CAPITULO V.

DE SU PENITENCIA, y exteriores mortificaciones.

LO dicho hasta aqui de lo que trabajò en utilidad de los proximos este fervoroso Jesuita, prueba, que siempre se tuvo aquel santo odio, con que quiere el Evangelio, que se traten à si propios los fervorosos Discipulos de la Magestad de Christo. No assustarse con tantas fatigas; abrazarse intrèpido, y olvidado de su propia vida, con tan continuadas penalidades; no descansar, ni de noche, ni de dia; de donde podia nacer, sino de que Francisco se tenia á si proprio por su mortal enemigo? Pero no obstante, su espiritu penitente, y mortificado fuè tal, que creyera, que se trataba con mucho regalo, si à las diarias penas de su empleo, no añadiera otras muchas asperrimas mortificaciones: tanto fué esto, que siendo Regla de la Compania, el que no se hagan mortificaciones exteriores sin licencia del Superior, se quexaba de ellos, porque no le dexaban executar todas las que su valiente espiritu les pedia.

Quexase de los Superiores, porque no le permitiá mayores penitencias.

La castigacion del cuerpo, dice la Regla, no debe ser immoderada, ni indiscreta, en abstinencias, vigilias, y otras penitencias exteriores, y trabajos, que dañan, e impiden mayores bienes; y à la causa conviene, que cada uno tenga informado á su Confessor de lo que hace en esta parte. Esta Regla la procuraba cumplir Francisco, informando, como ella dice, à sus Superiores, y Confessores, de los penitentes castigos que hacia; pero pareciendole pocos à su fervor, les pedia licencia para executar otros mas crecidos; y porque estos se los negaban, de aqui se originò alguna inquietud en su corazon; y tanta, que un dia estando en oracion delante del Santissimo, en nuestro Colegio Napolitano, amorosamente se quexò à su Magestad, de que en la Religion no le dexaban executar, ni aun aquellas mortificaciones, que solia hacer

Quexase de esto mismo à Dios.

ter quando estaba en el siglo. Assi se lo refirió el mismo Padre á un intimo amigo suyo; pero tambien le dixo, que en este caso oyò una interna voz, que le dixo: *Acuerdate, que yà no tienes, ni debes tener la libertad, que tenias*; y con esto solo cessò su turbacion, y entrò en su pecho una sossegada serenidad, para no querer en la Compañia mas mortificaciones exteriores, que las que llevaba de suyo su empleo, y las que gustassen de permitirle sus Superiores.

Lo que Dios le respondiò

Pero no obstante, concluìdos sus estudios bolvió con grande instancia à procurar de sus Directores, que le diessen licencia para acompañar con otras corporales aflicciones las tareas diarias de su ministerio; y debiò de conseguir de ellos, el que se mortificasse en todo lo que ocurriesse; y assi las noches las empleaba en tan dilatadas horas de oracion, que apenas le quedaba alguna para permitirse al descanso; pues el que tomaba no merecia este nombre, supuesto, que huyendo de su cama (la qual nunca gastò, sino en tiempo de grave enfermedad) se ponia à no dormir, ò sentandose en una silla, ò echandose en algunas desnudas tablas. En las Missiones que hizo fuera de Napoles, tan poco entraba en cama: y assi lo atestiguò alguna familia, que para certificarse de esto, y assegurarse de su curiosidad, le cosiò las dos sabanas por todas partes, y al dia siguiente las encontró tan cosidas, como la noche antes las havia dexado. En los Viernes de cada semana, en memoria de la Passion de nuestro Redemptor, su lecho no era otra cosa, que, ò una crecida Cruz, ò la desnuda tierra.

Yà que hemos visto el no dormir de este hombre, passemos à verle no comer. Lo que en comida, y bebida se mortificaba, tenia admirados à los nuestros, por mas que procuraba dissimular su abstinencia con sus santos artificios, y graciosas sales. Lo poco que comia era con summa descomodidad; pues lo primero, el plato le dessazonaba con amargos polvos: y lo segundo, le tomaba regularmente hincado de rodillas debaxo de las mesas. Los extraordinarios, que por razon de sus Sermones le daba, segun su estilo, la

Con-

Compañia, ò los repartia à los que caían á sus lados, ó se los embiaba à algun pobre enfermo, para que tuviesse algun alivio. Si le preguntaban, por què teniendo tanto cuydado de otros, no tenia alguno de sì? Respondia echandoles la culpa á los dientes, que no tenia, ò à la debilidad de su estomago, de quien decia, que para estàr sano, necesitaba de mucha dieta; y en fin, con estos, y otros santos efugios que discurria, se defendia su abstinencia de los buenos consejos, que sobre esta materia le daban.

Ayunaba todos los Sabados.

Aunque sabia, por experiencia, quan trabajosos, y de quanta tarèa eran para èl los Domingos, no por esso omitia en los Sabados antecedentes el riguroso ayuno, que siempre observò, en obsequio de Maria Santissima. Quien siempre procurò vencer el hambre, no por esso se dexò vencer de la sed. Cerca de su aposento tenia el Algive; pero nunca se valió de sus aguas para recrear sus fauces, muchas veces secas, y aridas, ò por los ardores del tiempo, ò por el trabajo de sus repetidos Sermones. Quien dentro de casa era con figo tan rigido fuera de ella, no se olvidaba de sus asperezas; de modo, que en nada se permitia el menor alivio. Quando recibia de la piedad, y galanteria de algunos Nobles algunos licores delicados; haviendolos llegado à los lavios, delante del mismo Criado que los traìa, para manifestar con esta urbanidad la estimacion que hacia de ellos; los bolvia con mucha accion de gracias, diciendo ser poco favorables para su pecho. Quando con ocasion de las Misiones, ù de predicar algunas Quaresmas fuera de Napoles, se veìa obligado á hospedarse en la Casa de algun Principe; como le sucediò, particularmente en Adria, donde su Excelentissima Duquesa se empeñò, en que el Padre Francisco se aposentasse en su Palacio: pactaba primero, que no havia de comer à su mesa, y que la comida que le diessen, havia de ser *religiosa*; esto es, grossera, y escasa. Admitiòse esta condicion; pero no se cumplia, pues aquellos Principes mandaron vestir la mesa del Padre, de platos correspondientes á su grandeza; mas el Padre Francis-

co

co no por esso se embarazaba, pues semejantes viandas las repartia, ò bien con los pobres, ò bien con los enfermos, diciendo con gracia, que su estomago tosco, y grossero no sabia entenderse con tan delicados manjares. Haviendo ido enfermo à Puzol à tomar los ayres, y humos de la Solfatara; un amigo le embió no sè que vianda regalada, diciendole, que por sus qualidades tambien podria servirle de medicina: Francisco la recibiò; pero no huvo modo de que la probasse, hasta que el Hermano, y el Mozo que le asistian huvieron comido de ella á toda satisfaccion; con esto compensò la indulgencia, que à si mismo se concediò despues. Bastaba lo dicho, para que un genio amigo de penitencias se diesse por contento; pero Francisco en esta materia nunca supo decir, basta, y assi, à las dichas añadia otras mortificaciones. Negòse absolutamente à aquel rato de recreacion, que con el nombre de Quiete, permite la Compañia a sus Hijos despues de comer, y de cenar: en estos tiempos Francisco, saludando festivamente à los que le encontraban; se retiraba á una Tribuna à visitar al Santissimo, y à tener con su Magestad Quiete mas suave, y mas divertida. Jamàs pidiò este hombre, le concediessen algunas treguas para su descanso, siendo tan pesadas, y tan de todos los dias sus tareas: esto fuè de modo, que los Superiores mirando por su conservacion, tenian mucho que trabajar en persuadirle, tomasse algunos dias de vacaciones en el retiro de alguna de nuestras Haciendas. Obedecia Francisco: sujetaba su mortificacion à la obediencia: iba à la hacienda; pero mas que à tener vacaciones, iba à tomarse nuevas fatigas, yà enseñando la Doctrina Christiana à los muchachos, y á los zagales, yà haciendo platicas à los mas crecidos; y yà finalmente oyendolos sus confessiones, y disponiendolos para recibir dignamente la Eucharistia; de modo, que se puede decir con toda verdad, que el tiempo que le daban para su descanso, le convertia en otra provechosa Mision. Quando iba por las calles, tambien llevaba à la mortificacion por su compañera, y esta

Añadese otras mortificaciones.

Nunca pidiò dias de vacaciones.

Sus exercicios quãdo le obligaban à que las tomasse.

esta le enseñaba, à que enmedio de las mayores calores llevasse descubierta la cabeza para que le hiriessen mas de lleno los rayos del Sol: esta misma le dictaba, q̃ en tiempo de Hivierno, ù de las mas porfiadas lluvias, ó nieves, no admitiesse (aunque se le ofreciessen con instancia) el alivio de una carroza. En esta materia todavia ay memoria entre los nuestros de una graciosa respuesta, que diò à un Noble Ciudadano. Viò este al Padre Francisco retirado à un portal mientras passaba un fuerte aguacero; en esta ocasion le conbidò, y con veras, à que se entrasse en su coche; mas Francisco se escusò, diciendo: *Viva Vuesseñoria mil años, le estimo el favor; mas si hasta aqui he sido en mi Compañia Soldado de à pie; quiere, que por tan l gera vausa passe a serlo de a cavallo?* Con esto se escusò de aquel alivio, dexando edificado à aquel Cavallero. Quando yà anciano, se veia precisado à salir à hacer los combites de los Domingos en una calesa, ò en un cavallo alquilado, solìa, embiando al Mozo delante, hacer su camino à piè; y en una ocasion de estas en que le encontrò uno de los nuestros, y aun le riñò esta valentia, pues yà no decia con sus años, ni con sus enfermedades; Francisco lleno de rubor, solo le respondiò: *Dexeme, vaya con Dios, y no diga nada en Casa.*

Mucho hemos dicho de el cantinuo estudio, que este santo hombre tuvo siempre de aborrecerse, y de hacerse mal; pero todavia nos faltan que decir las mayores expresiones de su penitencia. En el tiempo de sus Misiones tomaba al dia tres rigurosas disciplinas, y lo mismo le sucedia quando no estaba en Misiones; sino es que se le ofreciesse algun grave empeño con Dios, ó sobre la conversion de algun Alma rebelde, ò sobre alguna otra materia concerniente à la mayor honra Divina, que entonces sus disciplinas, y sus golpes no tenian numero. El ruydo, que por la noche hacia en su Aposento la cadena con que se castigaba, ocasionaba horror à los que vivian inmediatos à su Aposento; de modo, que se llegò à dudar, si ruydos tan espantosos eran del Padre, que se aflixia, ù del demonio, que le maltrataba; y el

Tomaba tres disciplinas al dia, y otras veces mas.

el juizio, que ultimamente se formò, fuè, que nacian de las dos mencionadas causas. Por mucho tiempo gastò un saco de asperas cerdas, que le abrazaba desde la garganta à las rodillas, al qual tuvo tanto afecto, que no huvo modo de dexarle, hasta que sériamente se lo mandaron los Superiores, á quienes diò el aviso el Hermano Compañero; mas dexada esta mortificacion, la supliò con la de ceñirse una cadena de aceradas puntas todo el medio cuerpo; y esto desde la mañana al medio dia. Quien ultimamente nos declaró los excessos de su penitencia al tiempo de su muerte, fueron las alhajas, que se hallaron en su aposento. En este no huvo jamàs adorno reparable, ni de que pudiesse ofenderse la santa pobreza: las alhajas, pues, que como preciosas se encontraron muy guardadas en un arca, fueron muchas faxas, taraceadas de puas de acero; muchas cadenillas de yerro; muchas disciplinas de distintas especies, unas de espinosas varas; otras, que remataban en estrellas de hierro; y otra muy singular, en que de un nudoso cordèl estaba pendiente una piedra de desiguales cortes. Que todos estos instrumentos le servian con frequencia, lo atestiguaba la sangre de que estaban teñidos; aunque tambien se encontrò con ellos un pedazo de esponja, que debia de servirle para purificarlos de aquellas manchas; y un pedazo de lienzo gruesso, que debia de poner debaxo de los pies, para que los salpiques de sangre en el suelo, no fuessen testigos de sus rigores. Este lienzo, por lleno de quaxarones de sangre seca, y denegrida; el dia de oy no se puede vér sin horror, y veneracion. Procuraba, segun esto, Francisco ocultar sus mortificaciones: pero estando en la Ciudad de Nola, tuvo por esto una mortificacion reflexa, y bien sensible à su humildad, la que consistiò, en que un dia mientras estaba diciendo Missa, fue el Hermano Compañero à barrerle el aposento, y se encontrò todo el suelo immediato al reclinatorio, lleno de reciente sangre, y algunos eslavones de las cadenillas, con que Francisco se havia mortificado. Quedòse admirado à vista de las señas del cruel estrago.

Instrumentos de sus penitencias.

go.

go, que el Padre havia executado en su persona; pero Francisco quedò tan confuso, quando reconociò, que se havia sabido, que creo, que esta mortificacion le fuè mas sensible, que la primera; mas tambien creo, que este lance le permitiò Dios, para que no faltasse algun testigo de vista, que pudiesse darnos noticia de los rigores, con que se maltrataba, y que procuraba estuviessen muy retirados de la noticia de los hombres.

CAPITULO VI.

SU ADMIRABLE DOMINIO sobre sus afectos, y sus passiones.

SIENDO tan util, y tan importante la penitencia, y exterior mortificacion; bien saben los que saben algo de Dios, que se estima mas en la Escuela de Virtud, como mas util, y provechosa la mortificacion interior de los afectos, y de las passiones. Bueno es sujetar el cuerpo (castigandole) à las Leyes Divinas, pero mas dificil, y por esso mas santo, es sujetar el animo á las Divinas Leyes. Aquel traer siempre ajustados los afectos de el corazon à las reglas de la Justicia, y de la Equidad, sin permitirles se atrevan á precipitarle à un hombre, esto dicen los Mysticos es haver llegado el Alma á la cumbre de la perfeccion. Y segun esto, y lo que dirèmos despues, no se ha de negar, que fuè perfectissimo nuestro Jesuita. Era de un genio vivo, y ardiente; gran riesgo para que le venciessen á cada passo los repentinos movimientos de la ira; mas siendo esto assi, jamàs se le viò ayrado, sino quando veìa, ò hacia memoria en sus Sermones de los grandes delitos, y de las grandes culpas de los mortales. Entonces parecia un sañudo Leon; pero despues imitaba las apacibilidades, y mansedumbres de un Cordero. Quando se encontraba con sus injurias, con sus baldones, ò se veía confundido de los elevados clamores de los Pobres, que à quadrillas le rodeaban; y en fin, quando los Pretendientes, y sus importunos empeños mas le oprimian, entonces parecia Francisco una Estatua, en quien no caben, ni los mas ligeros impetus de impacien cia. Con todos era cortés, con todos afable, y en sus injurias añadia à sus afabili-

Su moderacion en la ira.

da-

dades algun exterior beneficio al sugeto que se las decia. Quando à algunos Pretendientes no podia darles gusto, no obstante los oìa con atencion, y les daba tales razones, para no servirlos, que aun que mal despachados, se retiraban contentos. Esta igualdad de animo, que manifestaba fuera de casa, no la afeaba con quexarse en casa de lo que fuera de ella le daban que merecer; antes bien puso todo su estudio en hacerse todo para todos, acomodandose à los genios de todos los que trataba; tanto, que no havia quien no gustasse de su conversacion, haciendo su virtud mas amable, porque su seriedad, sin afectàcion, sabia valerse de graciosas chanzas, y agradabilisimos modos de explicarse.

Como se portaba con los Pretendientes.

No faltaron por esso algunos, que yà por su mal genio, yà por seguir la opinion de otros engañados; le procuraron estorvar, ò impedir el curso de sus gloriosas fatigas, juzgando gloria suya, las pesadumbres, que al Padre le diessen; pero en verdad, que no tuvieron la gloria de vèr al Padre turbado, ò melancolico con las pesadumbres, que le procuraban: tan en su mano tenia la resistencia à estas humanas propensiones, que la paciencia en este Hombre, no parecia virtud, si no genio. Estando haciendo Misson en *Teverola*, recibiò una carta de cierto Sacerdote; y su Compañero reparò, que la leìa con especial atencion: y con las licencias de Compañero, le preguntò: *Padre Francisco, nos trae essa carta algo de nuevo? Si, Padre mio,* (respondiò Francisco, con la boca bañada en risa) *esta carta trae, quando menos, la novedad de que el Padre Francisco de Geronymo està apique de ser puesto en una horca en la Plaza publica del Mercado.* Assi dixo, y prosiguiendo con semblante alegre, partiò al punto à verse con el R.mo y Eminentisimo Señor Cardenal Iñigo Caracholo, Obispo de Aversa: Estuvo à solas con su Eminencia, y haciendole aquel Principe muchas honras, y expresiones de venevolencia, le salió acompañando mas allà de lo que permiten los estilos de Principes semejantes: y Francisco se bolviò à Teverola; pero nunca quiso descubrir, qual havia sido el contenido de aquella carta, aunque por las referidas circunstancias,

Recibe con admirable serenidad una carta injuriosa.

cias,

cias, y diligencias se arguyò que debia de ser alguna grande tempestad, que forjaba la malicia contra el Padre; mas tambien se viò, que supo desvanecerla, sin que le costasse la menor turbacion à su espiritu tan mortificado, como fervoroso.

Su igualdad de animo en dos graves contradiciones.

No desvaneciò tan facilmente otra, en que manifestò bien su mansedumbre, y su constancia. Por la malevolencia de algunos emulos suyos, dos Señores Obispos se impresionaron tan contra el Padre Francisco; que el uno de ellos le negò la licencia de hacer Mision en su Territorio; y el otro le revocó la que le tenia dada para assistir à los Conventos de Religiosas, sujetos à su jurisdiccion. Supose esto en la Ciudad, y los desapassionados tuvieron grande sentimiento, de que à un hombre tan canonizado de todos, se le maltratasse assi; solo Francisco llevò estos golpes, sintiendo, no su falta de estimacion, sino que de ellos podia resultar algun detrimento à la gloria Divina: El desdoro, que con semejantes Decretos podia padecer su nombre, buelvo à decir, le llevò con tanta igualdad de animo, que ni en el semblante, ni por sus palabras se pudo colegir tuviesse la menor pesadumbre: Callò constante, y con solo su silencio consiguiò, que el primer Prelado le bolviesse à dàr licencia para el exercicio de sus Missiones. Pero à quien le traxo el Decreto del segundo Prelado, le respondiò, con gran paz, y grande sumission, que obedeceria lo que por aquel Rescripto se le mandaba, y con mucho gusto, pues los Dueños, ò Administradores de aquellos Sagrados Campos, le daban à entender, que en tales miesses, no era digno de meter la hoz; pero que quedaba consolado con saber, que aunque era tan inutil, podria, no obstante, servir à la Compañia en enseñar la Doctrina Christiana à los Niños, y à los Rudos, y en cuidar de sus almas, sin que por esto nadie pudiesse darse por ofendido.

No respondiò mas Francisco, ni à quien sobre esto le preguntaba daba mas respuesta, que atribuir á defectos suyos lo que con él se executaba. Y aun preguntado sobre esta misma materia del Padre Prepósito, le respondiò, explicandosela toda con palabras tan humildes, como pacificas, y con-

concluyò diciendo, que la resolucion que havia tomado aquel señor Obispo era muy acertada, atendida su ignorancia, su imprudencia, sus desatenciones; y assi prosiguiò, dandose otros titulos, de tanto desprecio propio, que ellos pudieron ser bastantes para dàr à entender, que à su virtud la maltrataban sin razon.

Victorias contra la passiò del miedo.

Vencida assi la ira, no fué menos fervoroso en refrenar los impetus de los demàs afectos. Al miedo podèmos decir, que no le conociò su corazon magnanimo, y que assi, apenas huvo ocasion, en que tuviesse que luchar con èl. Buen testigo de esta verdad es aquella santa intrepidèz, con que, segun hemos dicho yà, se introduxo en la casa de una Dama Cortesana, para arrojar de ella los Soldados, que la estaban haciendo Corte. Buen testigo es tambien aquella valentia de espiritu, con que en otra ocasion se abalanzò á sossegar una sangrienta riña de otros Soldados, que en un barrio sospechoso de Napoles se tiraban horribles golpes; y tambien por la causa de unas Mugeres perdidas: Los riñò, los reprehendiò, y finalmente los mandò, que se retirassen; pero añadiendo estas voces, que manifestaron la gallardia de su espiritu, y que en èl no tenia lugar la passion del miedo, pues no le daba cuidado el perder la vida: *Què es esto* (les dixo) *assi despreciais las Divinas Leyes? Assi os irritais contra vosotros mismos? No sabeis, que manda Dios, que à nadie se dè la muerte? Enmedio de vosotros me pongo, y sin temor de que vuestras armas me quiten la vida, porque no soy tan felìz, que merezca llegar à perderla, por evitar una ofensa à mi Redemptor; si esto me sucediera, me contara por el hombre mas dichoso de el Mundo.* Oyendo esto los Soldados, aunque tan encarnizados, y tan empleados en procurarse sus torpes venganzas, se retiraron, dexandole dueño del campo, como de la victoria, que de ellos havia conseguido. Este mismo desprecio de la vida, y este ningun temor à la muerte, manifestò tambien quando las Armas Imperiales en el año de siete tomaron la Ciudad de Napoles: Esta se rindiò voluntariamente; pero las Tropas Espanolas, que en ella havia se hicieron fuertes en Castel-Novo. Sitiaronlos los Ale-

Lo que executò quando la entrega de Napoles el año de siete.

manes ; mas ellos amenazaban , que antes de rendirse havian de reducir à cenizas la Ciudad , jugando contra ella toda la Artilleria del Castillo : fue por esto aquel dia para Napoles de summo miedo , y summa confusion Empeñados los Alemanes , y arrestados los Espanoles , se temiò , y con razon , cumpliessen aun mas de lo que amenazaban. Pero toda esta turbacion la serenò el magnanimo Francisco de Geronymo , que rompiendo por las Tropas Imperiales , se introduxo en el Castillo , donde hablò á los Cabos Espanoles con tanta energia , tanto espiritu, y tan santo denuedo , que les sacò la palabra , de que no ofenderian á la Ciudad; y assi lo cumplieron , reverentes à la virtud de este Jesuita. Hemos dicho este caso ; pero falta que añadir , que el Hermano Compañero , que en él assistiò al Padre Francisco, al tiempo de referirle en Casa , decia , que solo la memoria de la furia que viò en los Soldados al entrar á hablarlos el Padre Francisco , le hacia herizar el pelo de la cabeza ; mas que el Padre havia estado con tan superior serenidad , que no cabia en la explicacion. Este ningun miedo aun en los casos del mayor horror , yá le havia manifestado muchos años antes el Padre Francisco ; pues en el de ochenta y ocho del siglo passado, quando toda la Ciudad de Napoles se consternò , agitada de aquel horrible terremoto , que padeciò , y de que duran vivas las memorias , y tan vivas , que aun roban el color de los rostros , quando se ofrecen al pensamiento ; solo el Padre Francisco , superior á los frangentes humanos, tuvo en esta ocasion el corazon en su lugar , y parece , que esto se lo pagò Dios con librarle de aquel peligro, que lo fué de muerte para tantos. A aquella hora baxaba à la Iglesia , ò bien à oir confesiones , ò bien à encomendarse à Dios; pero apenas puso el pie en el umbral de la puerta, quando sintiò un interior impulso de oculta mano , que poniendosele en el pecho, lo detenia , y le retiraba, para que no entrasse. Obedeciò Francisco , y retiròse; è immediatamente empezò el terremoto tan violento , que nuestra Iglesia quedò desfigurada con sus estra-

Guardale Dios de la ruina de un grã de terremoto.

estragos : cayò la linterna de la Media Naranja , y con su golpe tambien la Media Naranja cayò , y estas ruinas fueron lamentable sepulcro para algunos de los nuestros, y para muchos Seculares , que se havian refugiado al Templo ; pero de esta muerte retirò Dios al Padre Francisco , ò para pagarle assi su magnanimidad , ò para el consuelo, alivio , y aliento de los pobres afligidos Napolitanos.

Los demàs afectillos, que suelen nacer en el corazon humano , de aquellas curiosidades , que suelen turbar à las almas de poco peso ; no eran materia de triunfo para Francisco , pues triunfàba de ellos con el desprecio. Jamàs huvo novedad , de las muchas que en su tiempo ocuparon al mundo , que le mereciessen , ni una pregunta , ni una atencion. Estaba inquietissima la Europa , turbados los mayores Reynos , y el de Napoles principalmente , pues en sus dias mudò de dominio ; pero materias de tanta curiosidad , y que daban que hablar à todos, nunca fueron , ni aun indirectamente materia de conversacion para nuestro Missionero. Y esto no lo estrañarà quien supiere , que aun de las novedades domesticas no se informaba, sino era de aquellas , que le podian traer alguna especial obligacion. De estas procuraba hacerse capàz, para no faltar à su observancia, y obediencia. Aquellos espectaculos de diversion , que suelen ser tan frequentes en Napoles , jamàs los viò de sus ojos. Mas ; aun las celebres Fabricas, de que la Ciudad abunda, tampoco le merecieron el que las viesse , para informarse de sus primores ; y esto en mi juicio debe ponderarse , por haver sido su genio , como yà diximos, aficionado al dibujo , y à la pintura. Passando en una ocasion por el Palacio Real de Nopoles , fabrica que dà mucho que admitar à los Estrangeros , le dixo à su Compañero con grande ingenuidad, no es bueno, que sea tan insulso , que nunca aya visto yo este Palacio? discurro , que es una obra magnifica ; pero nunca he puesto en ella el pie , para que mis ojos me informen de su grandeza. Por todas estas cosas (assi como atendidas sus mortificaciones

Nunca se dexò llevar de la curiosidad.

exteriores, huvo algunos, que à eſte hombre le juzgaron compueſto de hierro, ò bronce) aſsi otros, por ſu deſprecio de las coſas caducas de la tierra, le juzgaron compueſto de puro eſpiritu.

Caſo en que imita los fervores de San Franciſco Xavier.

Ultimamente, para que ſe vea la conſtancia, la firmeza, con que triunfaba en coſas de menos monta de ſus paſsiones, y de ſus apetitos: quiero concluìr eſta materia con la relacion de un tan prodigioſo vencimiento, que tuvo de sí miſmo, que apenas cabe en la explicacion, y fuè como ſe ſigue. A una muchacha, natural de Mataloni, Lugar no muy diſtante de Napoles, ſe le formò una llaga en una pierna, la qual fueſſe por la maligna acrimonia del humor, ò por deſcuido, y corta inteligencia del Cirujano, que empezò à curarla; llegò à amenazar una irremediable cangrena. Su padre, llamado Marco Prieto, y ſu Madre Antonia Cimino, la traxeron à Napoles para lograr ſu curacion, y ſe alojaron en caſa de el ſeñor Joſeph Sabino, hombre de loables coſtumbres, y muy frequente en la Congregacion de el Padre Franciſco. Viſitaron à la enferma varios Medicos, y Cirujanos de los mas afamados de la Ciudad: Aplicaron todos los remedios, que ſu arte les dictò; pero en valde, porque obſtinado el mal, ni cedia à los remedios, ni dexaba de amenazar proxima la muerte. En eſte deſconſuelo acudieron Marco, y Antonia à las piedades de el conſuelo comun de los pobres el Padre Franciſco de Geronymo. Llamanle, vino puntual, y hecha una breve viſita à la doliente, dixo: *Ea, hinquemonos de rodillas, y llamen al ſeñor Sabino, para que nos acompañe en la oracion.* Deſpues (haviendo levantado antes los ojos al Cielo) exortò à la doliente á mucha feè, y confianca con San Cyro, cuyos polvos echò en la parte dolorida; pero mientras executaba lo referido, ſintiò en ſu corazon un eficàz impulſo de imitar à ſu amado Hermano San Franciſco Xavier, quando chupò las materias podridas de las llagas de un enfermo; y aſsi, con generoſo aliento, y ſagrada valentia de ſu caridad, y de ſu mortificacion, aplicò nueſtro Franciſco los labios à la llaga de ſu enferma, donde los de-

detuvo hasta apurar todas sus materias, que eran copiosas, y pestilentes. Hecho acto tan heroyco, se puso en pie, y con rostro agradable dixo á la doliente: *Yà no necesitais de otro remedio: bien podeis bolveros à vuestro Lugar sin temor de que os sobrevenga otro accidente.* A este orden de el Padre, se siguió la obediencia de aquella buena gente, y á la obediencia la perfecta salud de la muchacha. De esta accion tan pocas veces vista, fuè testigo el yà mencionado Sabino, y como tal la depuso con juramento.

CAPITULO VII.

SU POBREZA, Y Castidad.

ASSI como los tres Votos de Pobreza, Castidad, y Obediencia son la essencia del estado Religioso, y diversifican à los Religiosos, de los que no lo son; assi su perfecta observancia distingue à los Religiosos fervorosos, y perfectos de los imperfectos, y tibios. Esto supuesto, serà la tarèa de mi pluma en este Capitulo, y en el siguiente, dàr à entender quan perfecto Religioso fuè nuestro Venerable Missionero, poniendo delante de los ojos noticias breves de la cuidadosa estrechez, con que cumpliò estas Religiosas obligaciones. Lo primero que prevengo, para decir mucho en pocas palabras, es, que siendo tan perspicaces los ojos de una Comunidad en descubrir los defectos (aun mas ligeros) de sus individuos: jamàs la nuestra advirtiò en el Padre Francisco la menor falta en la observancia de los Votos. Todos reconocieron los guardaba con la mayor exaccion, y aun se miraban en èl como en un crystalino espejo, para alentarse à su mas esmerado cumplimiento, y à las virtudes con que ellos se practican.

Pero passando à expressarme mas en esta materia, y empezando por el Voto de la santa Pobreza, digo, que Francisco fuè un pobre tan ansioso de ser pobre, como otros suelen ser codiciosos, y aplicados à juntar riquezas. Fuè un pobre, que al entrar en la Compañia, imitando à los Apostoles, dexò poco en la substancia; pero en el afecto todo un mundo. Yà en la

Compañia, procurò siempre que fuesse para èl lo peor de la Casa, porque como perfecto pobre, era un pobre bien contentadizo; al contrario de otros, que son pobres, pero de mala gana, porque suelen no estar muy contentos con su pobreza. El humilde aposento, que se le señalò (por no haver otro entonces desembarazado, quando vino à Morador de la Casa Professa, y que le mantuvo hasta la ultima enfermedad, en que le passaron à la Enfermeria) no respiraba otra cosa, que pobreza: Era angosto, desacomodado, immediato al Jardin, y nunca de buen temple, por descubierto à los vientos, y à las injurias de los temporales; y sobre todo, era tan pobre, y falto de luz, que rara vez le veia, ò le visitaba el Sol. Es verdad, que los Superiores le ofrecieron despues Aposentos de mejores calidades; pero el Siervo de Dios, aunque los agradeció, nunca los quiso admitir. El menage del Aposento se reducia à una pequeña cama, una estrecha silla, una anciana mesa, y algunos Libros espirituales. La cama que ocupaba (aunque pequeña) la mayor parte de habitacion tan corta; solo servia para que no se echasse menos; pero para otra cosa, como yà hemos dicho, no servia: Tambien se hallaron en este Aposento quando muriò, algunos montoncillos de aquellos trapos viejos, que recogia, para hacer vestidos à los pobres. Su vestido deslucido, y remendado, aunque limpio, era el mas pobre, que havia en la Casa. Nunca admitiò Ropa, ò Sotana nueva; ni el Ropero se la ofrecia, por las experiencias, que à los principios tuvo, de que era darle una pesadumbre el darle, ù ofrecerle vestido nuevo. Para mudarle Bonete se esperaba à que estuviesse diciendo Missa; entonces, quitandole uno, y poniendole otro en su lugar, se conseguia, aunque no dexaba de sentirlo, que aquella pieza se mejorasse. Para escrivir sus Sermones, se aprovechaba de los sobre-escritos, y de los blancos de las Cartas, que recibia: que gastar para esso papel nuevo, le parecia podia ser materia de sentimiento para la santa pobreza. Su comida, yà hemos dicho, que era la comun, y ordinaria. Viandas

das delicadas, si se las ponian alguna vez à la mesa, tenia de antemano ganada licencia de los Superiores, para embiarlas á los Pobres, ò à los Enfermos. Jamàs pidiò cosa particular, para sì, si no era el que le commutassen en comidas mas bastas, y grosseras las delicadas, que le daban, en atencion à sus enfermedades, y accidentes; y assi le sucediò, que estando en Puzol, embiado de los Medicos para tomar aquellos ayres, el Hermano Compañero, que llevaba para su assistencia, le preguntò, que qué apeteceria, y que què comeria con mas gusto? Y que supiesse, que llevaba orden de los Superiores, para atender à su regalo. *Pues Hermano mio* (respondiò entonces el Missionero) *yo de lo que mas gusto es de nabos, con que no me dè otra cosa, estarè muy contento.* El simple Hermano lo creyó, y assi por mucho tiempo la comida que al Padre le diò fueron nabos; y para cenar lo mismo: hasta que finalmente, viendo que al Padre se le agravaba el accidente del pecho, cayó en la quenta de que aquella comida era provechosa para su virtud, pero dañosa para su enfermedad; y assi, mudando de conducta, empezò à regalarle, segun la instruccion, que llevaba de los Superiores, de cuyo nombre fuè preciso valerse, para que se dexasse quitar sus apetecidos nabos.

Passando al segundo Voto, que es el de la Castidad, digo, que esta virtud, Azucena entre las demàs Virtudes, se viò florecer en el Padre Francisco, sin que jamàs se la marchitasse, ni el Cierzo de la culpa, ni el Solano de la imperfeccion mas minima. Esto, que es admirable en qualquiera, en nuestro Missionero, me parece cosa milagrosa, por haver sido un hombre, que no viviò en retiradas soledades, sino tratando con los mas hediondos pecadores, y con las pecadoras mas pestilentes, à lo que le obligaba, como yà hemos visto, el deseo, y zelo de la conversion de sus almas. Veìase precisado à comunicar con semejante gente, y repetidas veces, yà para afearles sus culpas, yà para colocarlas en lugares, donde estuviessen seguras de repetirlas; pero de esta correspondencia, jamàs recibiò el menor detrimento su limpissima castidad. Era como el Sol, que

passa por lugares immundos, pero sin que le perjudiquen sus ascos; bien es verdad, que en lances semejantes, el Padre ponia las mas prudentes cautelas, para defenderse de las asechanzas de el torpe, pero alagueño enemigo. Sus palabras eran sumamente sérias, sus ojos, casi del todo cerrados; con esto, por aquellas ventanas no subia, ni entraba la muerte, para enfermar à su corazon. Esto, quando hombre, no le costaba dificultad, porque desde muy niño fuè muy amante de esta virtud, y por esso mismo tan estudioso de refrenar sus sentidos, que si oia á algun Compañero suyo palabras menos modestas, se cubria de un virginal empacho, y se retiraba à toda priessa de su presencia. Mas quando oia expresion menos decente à sugeto, à quien debiesse guardar respeto, vistiendo de modesto rubor sus mexillas, manifestaba, que padecia dos penas: una en oir lo que no queria, y otra de no poder huir de percebir lo que no queria escuchar. De todo lo qual se infiere, que le hacian justicia, los que desde entonces le dieron en llamar *el Angel*. Mas bolviendo á contemplarle mas adulto, es digno de saberse, que el mismo Padre atribuìa las quietudes de su castidad al cuidado, que tenia de guardar los ojos; y assi, á un Compañero suyo, que en una ocasion le preguntò, como andando entre tanto cieno, alguna vez no se manchaba? Respondiò con prontitud, y con ingenuidad: *Porque no permito, que esse cieno se me entre por los ojos al corazon.* Que esto lo dixesse de quando trataba con las Mugeres perdidas, no era mucho; lo que mas es de admirar, es, que aùn hablando con las Mugeres mas nobles, y mas modestas, siempre tenia clavados los ojos en el suelo. De esta purissima circunspeccion quiso hacer experiencia uno de los nuestros, que saliò un dia acompañando al Siervo de Dios en la tarèa de sus ministerios. Entre ellos hizo lugar para visitar à un Cavallero de Havito, que estaba enfermo; le hablò, le consolò, y se despedia para venirse à su casa; mas entonces la Muger de el Enfermo, que era una Dama de la primera nobleza, y de singular hermosura, retirò al Padre Francisco, para hablar con èl despacio, sobre puntos de

su

su conciencia. El Compañero se quedò à la vista de los dos, aunque à bastante distancia, para no oìr lo que pedia secreto; y esta ocasion la estimò mucho, para vèr si era verdad lo que del Padre havia oído, de que nunca miraba à las Mugeres al rostro: pusose atentissimo, sin apartar sus ojos de los del Padre; pero de este exercicio de su curiosidad, el fruto que sacò, fuè, el quedar sumamente edificado; porque mayor que el cuidado que él havia puesto para mirarle; fuè el que el Padre puso en no mirar à aquella Señora, que le hablaba.

No se dexaba besar la mano, aun de las Niñas de siete años.

Digamos aqui otra delicadèz, que observaba en la guarda de esta virtud, y fué, que assi como no permitia, que sugeto Eclesiastico le besasse la mano, tampoco permitiò se la besassen las Mugeres, ni aun las niñas, que no passaban de los siete años. Quando le llamaban para que las diesse su bendicion, ò aplicasse su mano à las partes doloridas, tomaba por medio aplicar la Reliquia de San Cyro, con lo qual no faltaba á su proposito, y dexaba consoladas á las Enfermas. Que esta virginal pureza la conservasse este hombre Apostolico hasta el ultimo periodo de su vida, lo depone con juramento (aunque callando su nombre) el Padre Simon Bañati, que fuè su Confessor, y el que escriviò una, y otra vez su Vida en el Idioma Italiano. Este dice, que poco tiempo antes de la ultima partida del Padre Francisco, acudiò à su Aposento, casi sin poder echar el aliento, ni tenerse en pie, por su gran falta de fuerzas, y le dixo: *Padre, yo quiero hacer una Confession general de toda mi vida; pero no serè largo, presto despacharè.* Y cumpliò lo que dixo, pues con grande claridad, y brevedad, diò quenta de toda su vida, y en ella declarò, no sin admiracion de quien le oía, que el vestido de la inocencia recibido en el Bautismo, le havia guardado, sin la menor mancha, para restituirsele al tiempo de su muerte (que no tardaria mucho) à su Redemptor.

Como venciò una renta cion que le assaltò estando dormido.

Mucho es, y muy singular el haver entrado en batalla tantas veces con las agenas torpezas, y no haver sacado de ellas la menor herida. Pero à mi mas admirable se me hace, que haviendo sido vencido tantas veces el comun Enemi-

go, no obstante tuviesse atrevimiento para acometerle, y presentarle las armas, aunque no mas que una vez, segun constará de la sèrie del sucesso, que passò assi. En medio de una Misson se hallaba nuestro Francisco, quando una noche el Demonio le arrojò à la fantasìa una sugestion impura. Horrorizado el Padre con aquella, que para èl era mucha novedad; al punto se puso en armas, para defenderse con el acostumbrado estratagema de los castos, que se reduce à defenderse, ofendiendose, y castigandose asperamente á sí propios. Assi lo executò nuestro Jesuìta, pues diciendole à el Enemigo: *Como? que por este camino, me querias perder ahora?* Dexò el sueño, y tomò una rigurosa, y tan general disciplina, repartida por todo el cuerpo, que la tentacion se desvaneciò, pero el Padre quedò tan lastimado, que èl mismo juzgò no seria factible el proseguir la Misson: En este caso, quien no vé, que no haviendo havido, ni la menor sombra de culpa, logró nuestro Francisco un merito de mucho cuerpo? No obstante, siguiendo el estylo de las Almas inocentes, que por la delicadèz de sus conciencias, temen delitos, donde solo há havido exercicios de virtudes; acudiò à su Confessor, que era su Compañero el Padre Silvio Gualdieri, y haviendole dado noticia de el caso referido, al mismo tiempo le confessò, que aquella era la primera sugestion, que havia padecido en toda su vida, (y se hallaba yá en los sesenta años de su edad.) Admirèse el Padre Silvio; pero solo le dixo: *Con que segun los golpes, que V. Reverencia se hà dado, no podrà predicar; y serà preciso interrumpir la Misson, para tratar solo de descansar, y convalecer del daño que se hà hecho? No, no, Padre mio* (respondiò el Siervo de Dios) *la Misson se hà de proseguir, porque estoy convalecido, yà estoy sano, por merced, y favor de mi San Cyro, que haviendome aparecido, me hà dexado bueno, y con fuerzas para predicar.* Assi (disponiendolo Dios) descubriò el favor, y gracia, que havia recibido de su amado San Cyro, aquella boca, que jamàs se abriò, para decir cosa, qne pudiesse redundar en propia alabanza. Y el Padre Silvio juzgò convenir á la

Dice haversele aparecido S. Cyro.

la mayor gloria de Dios, y de sus Santos, que esto se supiesse; y assi lo divulgò antes de su muerte, de la qual podemos decir, haver sido preciosa á los ojos de Dios, pues se la ocasionò el gran trabajo, y fervorosa aplicacion, que puso un año en oìr las Confessiones de los Enfermos, forzados de las Galeras del Reyno.

CAPITULO VIII.

SU RENDIDA OBEdiencia.

NO pudo faltarle á este fervoroso Jesuìta aquella insigne virtud, que quiere el Gran Patriarca Ignacio de Loyola, que sobresalga mas en sus Hijos, y que sea su especial divisa, que es la virtud de la obediencia. Desde que entrò en la Compañia, negandose à su propia voluntad, se dexò plenamente en manos de sus Superiores, á quien no miraba como à hombres, sino como à Imagenes perfectissimas de Dios. Nunca le mandaron algo, en que no obedeciesse con gusto. Aquellas dificultades, que otros suelen poner para obedecer, lo que los Superiores los insinuan; jamas Francisco las encontrò, persuadido à que el fino obediente, nunca ha de encontrar dificultades para executar lo que le mandan los Superiores, que son los interpretes de la voluntad Divina. De aqui se seguia, que en oyendo la voz, ò insinuacion de la obediencia, aunque se hallasse engolfado en taréas de mucha importancia, de todas se desprendia para acudir à lo que se le mandaba. Con quanta intencion se aplicaba à la salvacion de las Almas mas perdidas, consta bien de lo que hemos dicho en los Libros antecedentes; y no obstante, de tan gloriosa empressa, y de tanto gusto suyo se retiraba, si à sus Superiores les parecia, y se lo daban à entender.

Muchos casos pudiera dár en confirmacion de lo que acabo de referir. Haviendose pretendido, que passasse nuestro Missionero à la Isla de Capri, para una obra del servicio de Dios; se viò precisado à detenerse un poco por las urgétes ocupaciones, que se le ofrecian en Napoles. El segeto, que le queria conducir à la Isla, hizo tal instancia al Padre Prepósito, que este le dixo, que passasse al Padre Francisco, y en nombre suyo le dixesse, que

al

al punto executaſſe aquel viage. Oyó Franciſco el orden, y en medio de eſtár, como hé dicho, ſummamente ocupado, réſpondiò: *Por mi no ay en que nos detengamos; vamos à embarcarnos, ſi eſtà yà prevenida Chalupa que nos lleve.* Aſsi ſabía eſte hombre poſponer negocios de la mayor importancia, à la menor voz de ſu Superior.

Llamanle de una Miſsion, y dexa la Miſsion por obedecer.

Pero quizàs à alguno le parecerà mas excelente el caſo que aora ſe ſigue. De unas ulceras internas cayò gravemente enfermo un Cavallero Napolitano; y à pocos paſſos de ſu enfermedad perdieron los Medicos las eſperanzas de que vivieſſe. Dixeronle con claridad ſu ſentir, y èl logrando el buen juicio, y la prudencia de que Dios le havia dotado; apartando lexos de sì todos los penſamientos del Mundo, ſe aplicò con todo eſtudio à procurarſe una feliz eternidad. Hizo ſu general confeſsion, y todos aquellos actos devotos, que para aſſegurarſe una buena muerte ſon neceſſarios. De modo, que con la ſerenidad, que le daba tan buena diſpoſicion; à la muerte no la temia, ſino que con quietud la eſperaba. En eſtas circunſtancias le fugirieron la eſpecie, de que podria recobrar la vida, y la ſalud, por mano del Padre Franciſco de Geronymo, y ſu grande devocion á San Cyro, que ſe havia experimentado milagroſa en caſos deſeſperados, como el preſente. Y como es tan natural el amor à la vida, aùn en los que ſe hallan bien diſpueſtos para morir; aquel Cavallero abrazò con anſia el conſejo, que le havian dado; y aſsi, por medio de parientes ſuyos, perſonas de toda repreſentacion, pidiò á nueſtros Superiores, le dieſſen el conſuelo de traerle al Padre Franciſco, quièn en aquel tiempo eſtaba fuera de Napoles ocupado en una importante Miſsion. Los Superiores no pudieron menos de condeſcender á las inſtancias; y aſsi le embiaron á llamar al Padre ſin decirle para què. Otro huviera ſido, que en tal tiempo, y en tales circunſtancias, huviera tenido aquel orden por importuno, ò por lo menos huviera hecho alguna repreſentacion, y propueſto las razones eficaces, que tenia para no obe-

obedecer con la promptitud, que se le mandaba; pero el obediente Misionero, sin hacer la menor propuesta, cerrò los ojos, dexò la Mision, y se vino à Napoles. Donde entendida la causa por que le llamaban, no diò muestra alguna de displicencia, ni abriò los labios para quexarse, de que por una particular, y corporal salud, le huviessen hecho dexar el cuidado, que estaba gastando en la salud espiritual de tantas almas. Passò à ver al enfermo, y haviendo sabido como yà se havia confessado; se estuvo assistiendole, casi ocioso, por espacio de dos dias, en los quales, haviendole desengañado de no ser voluntad de Dios, que saliesse de aquella enfermedad; aquel Cavallero espirò, sin haver sacado el Padre otro fruto de su detencion, que el haverle dado de su mano el Viatico, para aquel siempre temido viage. Luego que concluyò con su vida; el Padre Francisco bolviò à partir à concluir la Mission.

Caso semejãte al antecedẽte.

Estando en otra ocasion en lo mas fervoroso de la Mision de Aversa, le sucediò otro caso muy semejante al antecedente, y fuè recibir un papel de el Padre Provincial, en que le decia, viniesse à Napoles à confessar una Religiosa, que estaba enferma en el Venerable Convento de Donna Regina. Recibiò este aviso yà despues de puesto el Sol, y al acabar su Platica fervorosa; y no obstante esso, sin reparar en el sudor, que le humedecia, quiso al punto ponerse en camino. Impidieronselo sus Compañeros, diciendole, que por la mañana podia venir à obedecer al Padre Provincial, y assi lo executò; pero madrugando tanto, que estaba à las puertas de Napoles à tiempo de salir el Sol. Partiò en derechura al Convento, consolò à la enferma, la confessò, y el mismo dia bolviò à Aversa, y pudo predicar por la tarde la Mision. Preguntaron los Compañeros al Calesero que le havia llevado, que como le havia ido en el camino? Y èl respondiò con gracia: Yo no lo sè, Padres mios; lo que sè, es, que la calesa lo ha passado bien, porque ha ido, y ha venido vacìa, à causa de que este santo Padre

dre ſe empeñó en caminar à pié, rezando Roſarios, y predicando à los que ſe encontraba: Aſsi llegamos al Convento; el Padre entrò, y bolviò à ſalir, y nos hemos buelto, como ſuymos, rezando, y predicando, pero ſin haver tomado ni una ſed de agua, ni un bocado de pan, porque de eſſo no ſe ha acordado el Padre, ni por sì, ni para mí. Eſta fué la relacion del Caleſero, la qual à los Padres no les hizo novedad, porque ſabian, que el obedecer Franciſco, aunque fueſſe con tanto trabajo, le era una coſa muy comun.

No fueron menos iluſtres los exemplos de obediencia, que nos diò dentro de Caſa. En eſta virtud nunca ſu fervor reconociò terminos, ni margenes, pues en todo quanto hacia, y executaba, ſe governaba por el dictamen, ò conſejo de ſus Superiores, y por conſiguiente, en llegando à oìr la voz del Superior, que le mandaſſe otra coſa, al punto dexaba lo que tenia entre manos, aunque fueſſe el Breviario para rezar el Oficio. En eſtas circunſtancias levantaba lo- ojos al Cièlo, como pidiendo nuevas fuerzas, ò para agradecer à Dios las que le daba, y partia al punto donde le llamaba la obediencia. Eſto era tan ſabido entre los nueſtros, que quando los Porteros querian encontrarle preſto; el medio que tomaban era dàr una voz, y decir; el Padre Prepoſito, guſta de que V. R. vaya a tal parte: ò Fulano ha pedido al Padre Prepoſito, que V. R. vaya à ſu caſa. Eſto baſtaba para que fueſſe de dia, fueſſe de noche, llovieſſe, nevaſſe, ò hicieſſe tiempo ſereno; vieſſen concurrir al punto al Padre Franciſco con ſu manteo à la Porterìa.

El nombre, y preſencia de el Superior eran para él tan ſantos, y tan venerables, que jamàs pudieron vencerle à que al Superior le hablaſſe, ò ſentado, ò pueſto el Bonete. Si el Superior le llamaba à ſu Apoſento, iba con tanta prieſſa, como ſi el miſmo Dios le llamàra. De aqui nacia, que ſus palabras las oìa como Divinos Oraculos, y ſin interpretacion alguna las cumplia, y executaba. En una ocaſion eſtaba hablando con una muger à quien havia ſacado de mal eſtado, y eſtaba diſcurriendo con ella

Como eſtaba delante de ſus Superiores.

ella el modo de colocarla en parage, donde libre de riesgos, pudiesse poner en practica sus buenos propositos. La conversacion no pedia ser materia mas importante; pero antes de concluírla llegò un Mozo, que le dixo, que el Padre Prepósito le quedaba esperando; y lo mismo fuè oír esto, que bolverle à aquella muger las espaldas, aun sin despedirse de ella: No huviera sido gran culpa, que el Padre Francisco se detuviesse un poco á concluir materia, en que havia que temer, que si no se finalizaba; aquella pobre bolviesse al bomito de sus culpas; no obstante, Francisco no se atrevió à cometer este defecto, ò esta falta contra la santa obediencia. Siendo yá de edad abanzada, y de salud poco constante, sacò de el Padre Prepósito licencia para poder combidar al Pueblo para la Comunion general del tercer Domingo de cada mes; y por no desconsolar al venerable Anciano, el Padre Prepósito se la concediò, pero con la limitacion, de que solo hiciesse el combite por las Calles de la Ciudad. Salia, pues, el Padre en los referidos dias con su Compañero Sacerdote, y si daba vista á alguno de los Arrabales de Napoles, y entraba en èl, le decia con gracia: *Padre mio, aqui combide Vuessa Reverencia, que yo solo tengo la licencia para combidar per Civitatem.*

La puntualidad con que les obedecia.

Si acaso llegaba à entender, que sus Superiores podian estàr sentidos, de que en la materia mas minima que fuesse, havia contravenido à su voluntad: aqui era la pesadumbre del Padre Francisco, y el no parar hasta echarse à sus pies; pedirles perdon; confessar su defecto, ò su inadvertencia, é instar à que por ella le diessen una penitencia grave: Assi se portaba, hasta que le decian, que quedaban satisfechos, y que le restituian á su gracia. Esto lo experimentò particularmente uno de los Superiores, que Francisco tuvo. En su tiempo se viò Francisco precisado; por la multitud de sus tareas, à passar una noche fuera de Napoles. De esto se diò muy por ofendido el escrupuloso Superior, diciendo à algunos, que no podia aprobar aquella accion del Missionero; porque para ella no era bastante la licencia

Ge-

General, que tenia para salir de Casa. Como esta quexa se la dixo à algunos, llegò finalmente a los oidos de el Padre, è immediatamente passò al aposento de su ofendido Prepósito, hincòse de rodillas, y le dixo tenia mucha razon en estàr sentido de èl, porque havia andado muy imprudente, y portadose muy mal, y como mal Religioso en aquella falta, que havia cometido: añadiendo, no cumpliria su Reverencia con su obligacion, si no le daba un ruidoso castigo, para escarmiento, y exemplo de los demàs. Viendo el Prepósito, que aun proseguia en culparse con eficacisimas ponderaciones, y acompañadas con tiernas lagrimas: no supo otro modo de acallarle, que echarle los brazos al cuello, mandarle, que se levantasse, y tambien que se consolasse, porque yà le havia perdonado su delito.

Obedecia à todos los que tenian alguna sombra de Superiores.

No solo obedecia Francisco à aquellos que sin controversia eran sus Superiores, como eran, los que tenian el govierno de la Casa; y en sus enfermedades à los Enfermeros, à quienes mandan nuestras Reglas los obedezcamos como á nuestros Superiores; obedecia tambien à qualquiera que tuviesse la mas minima sombra de Superior, fuesse Sacerdote, ò no lo fuesse; y assi obedecia al Sacristàn, al Portero, al Ropero, al Cocinero, al Soto-Ministro, y finalmente al Oficial mas infimo de la Casa, à todos obedecia. Inferase de aqui quantos serian los exercicios de esta virtud en este hombre todo de Dios, quando havia tomado tantos sugetos á quien sujetarse, para que le exercitassen en ella: sin que le faltasse à esta su obediencia el primor de no discurrir, si lo que se le mandaba, ò se le prohibia era justo, ò injusto, de lo qual dió un claro testimonio en el caso que dirè ahora. Estilaba Francisco, como yà diximos en otra parte, baxar despues de concluidas las mesas, á recoger las sobras para repartirselas à los pobres, que acudian à la puerta reglar: en estas circunstancias, el Hermano Cocinero, hombre imprudente, indigesto, è inconsiderado; levantando severamente la voz, sin reparar en que hablaba con un Sacerdote, le reprehendiò, y

le

le dixo, que se dexasse de semejantes obras de piedad, en las quales le movian particulares afectos: En lo que le quiso decir, que estaba demasiadamente aficionado à aquel pobre Sacerdote, que por estàr enfermo, ni podia celebrar, ni podia pedir una limosna para mantenerse. Esta inconsiderada prohibicion la oyó Francisco con tal serenidad, qual pudiera si saliera de la boca de un Angel; y el efecto fuè obedecerla con tal puntualidad, que de allì adelante no puso el piè en la cocina.

Lo que le passò con un Hermano Enfermero.

Haviendo sido embiado con un Hermano Compañero, para que le asistiesse à una Hacienda, que tiene nuestro Noviciado en Puzol, encargaron los Superiores al Compañero, que al Padre le cuidasse, y le asistiesse; como era debido à un Operario tan util, y como lo pedia la gravedad de sus accidentes: Pareciòle al Hermano, que con esto le havian dado sobre el Padre absoluta potestad; y assi, haviendo observado, que el enfermo se levantaba muy temprano de la cama (porque à esso le obligaba la fatiga de el pecho, por la frequencia de la tòs) sin reparar en nada de esto el candido Hermano, le dixo un dia: *Vuessa Reverencia se me estè en la cama hasta que yo le despierte; y mire Vuessa Reverencia, que lo digo yo, que aqui soy su Superior.* Oyendo Francisco la voz *de su Superior*, se diò por obligado à obedecer; y assi, por las mañanas se detenia en la cama cerrados los ojos, para conciliar el sueño; pero en vano, porque el afàn congojoso de el pecho no le permitia dormir, ni descansar: procuraba reprimir la tòs, para este mismo efecto de obedecer; mas este cuidado le aumentaba el desvelo, y la fatiga. Duròle este tormento muchos dias, hasta que reconociendo el Hermano el yerro que havia cometido, usando de aquella palabra *Superior*, le permitiò hiciesse lo que quisiesse, pidiendole perdon, de haverle estado mortificando (aunque sin querer) quando su obligacion, y deseo eran de pretenderle en todo sus alivios.

Tambien le fué costosa otra obediencia, que tuvo à otro Superior suyo. Hallabase el Padre convalesciente de un dolor de costado, que havia padecido,

pero no era tan feliz la convalecencia, que todos los dias no le entraſſe un pedazo de calentura. Parecióle no obſtante al Superior, que Franciſco podria ſalir de Caſa à vèr à un enfermo, que deſeaba con anſia ſu viſita; y mas haviendole prevenido para eſte fin el que le llevaſſen en coche. Con eſto diò orden al Padre Franciſco, de que à tal hora eſtuvieſſe en la Porteria, y que ſe entraſſe en un coche, que vendria à buſcarle, y que en la caſa à donde èl le conduxeſſe, viſitaſſe, y conſolaſſe á un enfermo, que en ella havia. Luego que diò la hora que le havian ſeñalado, baxò el obediente Padre á la Porteria: el coche no havia llegado, con que tuvo que eſperarle: el tiempo era el mas rigido del Invierno, y ſobre todo, en eſtas circunſtancias le entrò la acceſsion de la calentura, con tal rigor, que le temblaba todo el cuerpo. Otro quizàs en eſte lance ſe huviera retirado à buſcar el alivio de ſu pobre cama; pero nueſtro Franciſco no lo hizo aſsi; en la Porteria ſe eſtuvo con la penalidad, que ſe puede diſcurrir, eſperando muchas horas, que tardò en venir el coche; ya en fin llegò, y nueſtro enfermo fuè à cumplir exactamente con la obediencia.

Eſte amor, que eſte hombre, verdaderamente Santo, tuvo á eſta ciega virtud, le naciò de ſaber, que es tan amada de Dios, que por ella executa ſu Mageſtad milagros. Eſto lo experimentò el Padre en el caſo, que le paſsò con una buena Religioſa Lega, en el Convento, que en Napoles llaman Santa Maria Egypciaca la Mayor: el nombre de eſta Religioſa era, Magdalena de Jeſus: confeſſabala el Padre, como à otras muchas Religioſas de aquella Caſa; pero por ſer muchas las otras Religioſas, y eſtàr ella muy ocupada con los oficios de la Comunidad, no podia eſtàr con el Padre todo el tiempo que quiſiera para comunicar à ſatisfaccion, los cuidados de ſu Alma, y los eſcrupulos de ſu conciencia: Un dia, pues, ſe quexò ſobre eſta materia al Padre Franciſco, dixole: *Padre, yo quiſiera hablar con Vueſſa Reverencia muy deſpacio ſobre varias coſillas que ſe me ofrecen; pero como ſon tantas las Madres, que aqui concurren, y yo tengo tan po-*

Una Religioſa Lega aprende à eſcrivir, ſin mas diligéncia, que mandarſelo el Padre Franciſco.

poco tiempo por mis tarèas, nunca puedo lograr eſte guſto, y aſsi vivo con deſconſuelo. Pues no ſe deſconſuele, la dixo el Padre Franciſco: *Mire, eſcrivame todo lo que tuviere que decirme, que yo la reſponderè, y dirè tambien por eſcrito todo lo que convenga, y aſsi nos entenderèmos.* Sonriyòſe la buena Religioſa, y le dixo: *Ay Padre, como tengo de eſcrivir à Vueſſa Reverencia, ſi yo no sè formar ni una letra? Y valerme de mano agena, eſſo no puede ſer, porque no quiero, que nadie ſepa los ſecretos de mi corazon. No ſabe eſcrivir?* dixo el Padre Franciſco, *no obſtante baga lo que la mando: de aqui adelante, todo lo que tuvieſſe que decirme, digamelo por eſcrito.* Fiada en lo que el Padre la mandò, buſcò eſta buena Religioſa recado de eſcrivir (el qual como alhaja inutil, jamàs ſe havia viſto en ſu Celda) y probando fortuna, la que antes no conocia las letras, ſe halló de repente con la habilidad de no ſolo conocerlas, ſino de uſar de ellas, con tanta propiedad, que explicaba ſus penſamientos, aun ſin aquellas mentiras, que ſuelen introducirſe en los papeles de las mugeres, que mejor eſcriven. Con eſto tuvo ſu correſpondencia con el Padre Franciſco, ſin echar menos el tiempo, que le gaſtaban las demàs Religioſas, que fueron teſtigos de eſte ſingular prodigio; pero ſobre todo, la miſma intereſſada en èl, pues eſcriviò de ſu mano, y firmò de ſu puño, que havia aprendido à eſcrivir ſolo por el imperio del Padre Franciſco de Geronymo.

CAPITULO IX.

SU EXACTA OBſervancia de las Reglas, y Conſtituciones de la Compañia.

A LA puntualiſsima obſervancia de los tres Votos Religioſos, unió el Padre Franciſco el cuidado ſummo de cumplir con las Leyes, Conſtituciones, y Reglas de la Religion, en que havia entrado, y ſacrificadoſe à Dios. Son las Reglas de la Compañia de menudiſsima perfeccion; y aſsi, como dicen los Philoſofos, que en las mas pequeñas entidades ſe deſcubre mas el ingenio, y artificio de la naturaleza; aſsi pode-

mos decir, que la mayor perfeccion de los Varones espirituales, consiste en la observancia de los mas minimos apices de sus Reglas, y mas si fuessen sugetos à quienes la Gloria Divina tenga destinados à obras grandes; obras de mucho cuerpo, y de crecida importancia. Tales fueron en las que se empleò siempre Francisco de Geronymo; pero esto no le estorvò à que atendiesse, y cumpliesse las menudencias de la Religiosa observancia. Los nuestros, con quienes viviò comunmente, nos atestiguan, que jamàs le vieron faltar à alguna de las muchas Reglas, que para su espiritual aprovechamiento se tiene impuestas la Compañia; y que admiraban en èl, que en todo el discurso de su vida se portaba en esta materia, como si no huviera salido del Noviciado. Este testimonio se le debemos particularmente al Padre Marcos Martoreli, sugeto muy semejante al Padre Francisco en la inocencia, y santidad de la vida, y digno, como èl, de una dilatada Historia; y aun dice, que el Padre Francisco añadiò à nuestros Religiosos estilos muchas cosas, con las quales los pudiesse guardar con mas perfeccion, y con que manifestasse el amor, y veneracion, que tenia à nuestro Instituto. Nunca saliò de Napoles à sus Sagradas, y Apostolicas empressas, sin acudir antes al Padre Prepòsito à pedirle, puesto de rodillas, su bendicion; y lo mismo executaba quando bolvia de sus Missiones. Fuera de esto, jamàs pidiò le privilegiassen, y eximiessen por razon de sus ocupaciones graves, de algunas, ò alguna de las comunes cargas domesticas; ni aunque los Superiores quisiessen darselas, admitia semejantes exempciones. Lo qual todo no puede menos de hacersele admirable à quien principalmente sepa, que no solo son menudas, sino muchas nuestras Reglas; y que suele ser muy regular, que los sugetos muy ocupados en materias graves, y de mucha monta, no tengan tiempo que emplear en estotras, que parecen de menos importancia.

Y para que en este punto no hablèmos con solo generalidades, pintarè brevemente su distribucion quotidiana. Por la mañana gastaba indefectiblemente en ella la hora que se señala para

ra

ra la oracion. Decia todos los dias Missa, y daba despues, muy despacio, gracias, por mas que fuessen grandes las ocupaciones que concurrian. La voz de la campana de Comunidad, la obedecia al primer golpe, dexando al punto de entre las manos el negocio, que estaba tratando, aunque fuesse de suma gravedad. El dia, que, segun nuestros estylos, servia en el Refectorio, no le interrumpiò jamàs; y solia suceder venir el pobre, ò calado de sudor de sus taréas, ò de agua, por las lluvias; y no obstante esso baxaba à assistir à las mesas, tan alegre, y despejado, como si huviera estado descansando todo el dia. Mas: Estando fuera de casa, y ocupado, como siempre, en ministerios de la mayor gloria Divina, en acercandose la hora de comer lo dexaba todo para venir à servir; y si acaso el Compañero le decia, que aùn havia tiempo; el Padre le respondia: *No, Hermano mio, ahora es tiempo de ir, para que lleguèmos à tiempo.* Si en casa, alguno queria suplirle este humilde exercicio, atendiendo à verle fatigado, no admitia su obsequio, valiendose de sus sazonadas respuestas, *de que todavia era mozo: Que aùn tenia fuerzas para trabajar, y ganar la comida: Que para servir tenia su pedazo de havilidad*, y otras semejantes, con que agradecia al mismo tiempo, que no le admitia, el favor que querian hacerle.

De verle al Padre Francisco tambien mandado, y tan oficioso en cumplir las domesticas taréas; nacia en sus Superiores una gran confianza, y llaneza, para valerse del, en lo que particularmente se les ofrecia, y para lo que en otros sugetos encontrarian alguna repugnancia, por no ser materia de su incumbencia. Governandose por este principio, le añadieron à sus cotidianas fatigas, la carga de que todas las noches leyesse el punto de la meditacion à nuestros Hermanos Coadjutores; y el Padre, sin la menor rèplica, obedeciò. En lo qual huvo que admirar, no solo su obediencia, sino su humildad, pues leyendo el punto por las Meditaciones de el Venerable Padre Luis de la Puente, jamàs à su leccion añadiò alguna palabra suya, aunque

los Hermanos le inſtaban, para que les dieſſe eſſe guſto; pero el Padre abſolutamente ſe negò, diciendo: *Que èl nada podia añadir à lo que havia diſcurrido, y eſcrito un Jeſuita tan docto, y tan ſanto.* Eſta carga pudiera el Padre Franciſco haver pedido, que ſe echaſſe ſobre los ombros de otro, menos ocupado; pero ſiempre callò, y proſiguiò con aquella ocupacion, haſta que deſpues de muchos años, los Superiores, de propio ofrecimiẽto, ſeñalaron à otro Sacerdote, que ſe encargaſſe de ella. Conſtabales tambien à los miſmos Superiores, que, ni de dia, ni de noche el Padre tenia hora ſegura, de que no le llamaſſen para los Enfermos; pero no por eſſo (haſta deſpues de paſſado mucho numero de años) le ſeñalaron Compañero fixo, de donde ſe ſeguia, que ſiempre, que havia de ſalir à ſus miniſterios; lo primero, tenia que acudir al Superior, para que le ſeñalaſſe Compañero, y deſpues diſcurrir por toda la caſa para encontrar el Compañero, que le havian ſeñalado: y de quanta mortificacion le ſeria eſto, no es neceſſario, que ſe pondere; pero si es digno de ponderacion, que jamàs hablò, ni una palabra, para que le ahorraſſen de eſte impertinente trabajo.

Mortifi-canle eſpecialmente dos Superiores.

Lo mas admirable es, que ſiendo Franciſco de Geronymo un Religioſo, tan Religioſo, aſsi por la menuda obſervancia de ſus Conſtituciones, y Reglas; como por ſu porte modeſtiſsimo, permitiò Dios, que tuvieſſe en diverſos tiempos dos Superiores, que ſe alucinaron tanto con las luces de ſus virtudes, que no creyendolas, le llagaron à tratar, como pudieran al hombre mas diſcolo, y menos religioſo. El primero le probò ſu paciencia con la obediencia: veìa el fervoroſo, y activo zelo, que le obligaba à diſcurrir por la Ciudad, curſar ſus calles, y aun entrarſe por las Caſas particulares, para adelantar los intereſſes de las Almas; pero eſte zelo no le parecia verdadero zelo, ſino medio, que el Padre tomaba para ſu introducion, y ſu aplauſo. De aqui naciò negarle dicho Superior la licencia de ſalir de caſa, fueſſe para lo que fueſſe, ſino intervenia expreſſo, y particular conſentimiento ſuyo. Conformòſe, humilde, y obediente con eſte

este orden, aunque tan penoso, el Santo Misionero, llegaba à la puerta de su Superior á pedir licencia, para salir; y qué se la concedia? No por cierto: unas veces, del todo se la negaba; otras le despedia, diciendo, que havia menester pensar, si se la havia de conceder, que bolviesse luego: bolvia, y le era respondido, que haviendolo pensado le parecia lo mas conveniente el que se estuviesse en su Aposento; otras, en fin, se la concedia, pero antes de llegar al umbral de la Porteria, sin darle motivo, se la revocaba; y Francisco a todo esto? Sufrir, callar, y obedecer.

En estas circunstancias llegaban à nuestra puerta, yà de dia, yà de noche, muchas personas à llamar al Padre, como solian; unos, para las asistencias de los Enfermos; otros, para aconsejarse con èl en sus dudas; otros, à buscar en sus piedades, sus alivios, para los quales era preciso saliesse el Padre de casa; y aqui era de vèr como Francisco se escusaba, dando, yà unas, yà otras aparentes razones, para no salir á la Ciudad, sin llegar à descubrir la verdadera, que era el capricho en que havia dado el Superior; y al mismo tiempo se portaba con este con una suma serenidad, sin manifestar en su semblante el menor sentimiento, de que le tratasse asi; y lo que es mas, sin preguntarle la causa de por qué usaba con él tan estraño tratamiento. Asi caminaba fuerte, y constante entre el silencio, y la esperanza, hasta que, haviendose sabido entre la Nobleza Napolitana la conducta tan rara, que observaba aquel Superior con aquel Hombre, Padre Comun de la Patria; acudieron ante el dicho à quexarse, y à suplicarle con instancia, que no ocasionasse perjuicios tan sensibles al publico, por hacer prueba, y experiencia de una virtud, como la del Padre Francisco, acreditada con tantas, y tan heroycas operaciones, canonizadas, y aplaudidas, aun por los mayores emulos de la Compañia. A tanta representacion huvo de ceder el buen Superior, dexandole al Padre en su passo regular, de lo qual se dieron las enhorabuenas los Vecinos de Napoles, que le havian echado menos en sus Plazas, y en sus Calles.

No se acabò tan presto la prueba, que de este gran-

de Hombre hizo el otro Superior, que dexo citado, porque nacia (como èl confessò despues) de no convenir su génio con el de el Padre Francisco; y assi, aunque le veìa aplaudido, dentro, y fuera de casa, de hombre, no solo virtuoso, sino santo, á èl no se lo parecia tanto, como á todos los demas. Llevado de esta falta, de aficion a su persona, se empeñò en tratarle con irregular aspereza: negabale muchas veces, como el otro, las licencias, aun para las materias mas menudas: Recibiale en su Aposento (si le recibia) con semblante desapacible: Quando le hablaba eran desazonadas, y desabridas sus voces: Le disputaba, se oponia, y aun le prohibia las execuciones de sus santas ideas: Dabale sin motivo duras reprehensiones; y en fin, en todo quanto se ofrecia le mortificaba. Pero en todos estos lances, tan poco gustosos, nuestro Francisco correspondia con ponerse à sus pies; inclinar la cabeza, cruzar los brazos al pecho, y oìr sus desprecios con semblante humilde, y agradable; y quando eran mas crecidos, los oìa con mas gusto. En una ocasion supo por su Compañero, que estaba sentido dicho Superior, porque no le havia pedido una licencia, que segun las generales, que al Padre estaban concedidas, no era necessario, que la pidiesse; mas no obstante, fuè al punto à su Aposento, y postrado en tierra, le pidiò humildemente perdon. Estas demostraciones fueron luces, que poco á poco desterraron del entendimiento de el dicho Prepositto el engaño; y de su voluntad el tedio, que antes se la ocupaba: assi lo confessò despues, con toda sinceridad, y compensò los malos tratamientos antecedentes, haciendole singulares honras, acompañadas de particulares veneraciones.

CAPITULO X.

SU AFICCION, Y FRE-quencia en la Oracion.

AHORA entramos à tratar de otro Exercicio, que ocupó los dias, y las noches de la vida de este fervoroso Missionero, qual fué su Oracion, y Meditacion fervorosa, y á la que llamè continua, porque ella era su descanso en las noches, y porque la sabìa acom-

acompañar con las demàs tareas del dia. Qualquiera que le miraba, le veia tan transportado, que no podia menos de conocer, que estaba en Oracion. Pero fuera de este regular exercicio observaba puntualissimamente aquellas horas, que segun nuestras Reglas estàn señaladas en la Compañia, assi para la Meditacion, como para los examenes de conciencia. Para no perder estas horas se despedia de las demàs ocupaciones, aunque fuessen muy urgentes. Assi se lo confessò á un sugeto nuestro, quien le consultò, que se hallaba muy inclinado al ministerio de las Missiones; pero que el miedo de no distraerse, y faltar à la Oracion, por el mucho tropel de ocupaciones, que concurren en tan laborioso empleo, le detenia, para no abrazarse con èl. A lo que Francisco respondiò: *Si Dios llama, no hay que resistirse, porque yo que me he ocupado por tantos años en tantas Missiones, puedo assegurar, que no por esso he perdido, ni una hora de la Oracion de por la mañana, ni faltado à alguno otro de los Exercicios, que prescriven nuestras Reglas.*

Las noches las passaba en Oracion.

Pero no obstante, como entre dia no podia tener tanta libertad, para entregarse à Dios, como quisiera, en el exercicio de la Oracion; estos descansos se los tomaba en el tiempo de la noche, y con tan sagrada hambre, que en ellos las passaba todas; de esto huvo varios argumentos: El primero oirle los nuestros (que acaso passaban por su puerta) desahogarse en tiernos sollozos, y en amorosos suspiros: El segundo encontrarle los Porteros, quando iban de noche á llamarle, ò para alguna Confession, ò para auxiliar à algun moribundo; siempre de rodillas, enmedio del Aposento: de donde inferian, que el Padre sacaba las fuerzas que lograba mas que del descanso del sueño, de la suave comunicacion con la Magestad Divina. Esto lo confirmò el Padre Carlos Vespoli, Rector, que fué de nuestro Noviciado, quien depuso, que un año, en que el Padre Francisco se retirò à aquella Casa á hacer los Exercicios, para poder tenerlos con mas soledad, y quietud; notò, que toda la noche la passaba en lagrimas, y gemidos, como si solo para esso concediessen los Exercicios el tiem-

tiempo de la noche. Eſtando en la Isla de Procida, en dos Novenas, antecedentes à la Natividad de Nueſtra Señora, eſtilò ſubirſe à una Azotéa deſcubierta, y allí en piè, abiertos los brazos, y con los ojos en el Cielo, aſsi empezaba la noche, y aſsi le encontraban las primeras luces del dia.

No pudo menos de admirarſe ſiempre, que pudieſſe con eſtos ſantos Exercicios componer las demàs tareas de ſu miniſterio, ſin que las fuerzas le flaqueaſſen, y principalmente en el tiempo en que hacia Miſsiones, tiempo en que eran tan fervoroſos los exercicios de el dia; pero en aquellas circunſtancias era quando ſe daba mas à la Oracion por las noches, porque decia, que entonces era meneſter tratar mas con Dios, y pedirle con mas actividad los aciertos, y medios neceſſarios, para aſſegurar el fruto de la Miſsion en la ſalvacion de las Almas. Y de que eſto era aſsi fuè buen teſtigo un individuo de ſu Congregacion de la Miſsion, y à quien en una de ellas le llevò por ſu Compañero. Dixole à eſte una noche, que le deſpertaſſe à tal hora, antes de amanecer: El buen Congregante

Vieronle en la Oracion lleno el roſtro de reſplandores.

errò la hora, y vino algunas antes de la que le havian dicho: abrio la puerta, y le hallò al Padre de rodillas, dando ardientes ſuſpiros, y lleno el roſtro de celeſtiales luces. Quedòſe ſuſpenſo, haſta que el Padre le deſpidiò, diciendole con ſu acoſtumbrada riſa: *Andad con Dios, que os haveis equivocado, y no teneis que bolver.*

No ſatisfecho eſte Hombre con el dulce comercio, que con ſu Dios lograba en el ſilencio de la noche, procuraba mantenerle tambien en las horas mas ruidoſas del dia. Era coſa de vèr como en ellas ſabia hacerſe de un ſugeto, dos; uno, que predicaba, que hablaba que hacia caminos, que enſeñaba à los rudos, que catequizaba à los Niños; y otro, ò por mejor decir, eſſe miſmo, que en todas eſſas ocupaciones tenia ſu converſacion en el Cielo. Puede ſer confirmacion de eſto lo que le ſucediò, paſſando deſde Maſſa à la Isla de Capri, para un negocio del ſervicio de Dios. No hallò otra Embarcacion, que una Barquilla muy maltratada, con un Marinero, por viejo, tan maltratado, como la Barquilla. Sobre eſto, el Mar eſtaba turbado, y tempeſtuoſo;

Lo que le ſucediò paſſando à Capri.

pe-

pèro no obſtante ſe embarcò, y arrebatado à ſu Oracion prorrumpiò con frequencia, y ſegun ſu coſtumbre, en elevados ſuſpiros. Pensò el ſimple Barquero, que el Padre los daba de miedo, que tuvieſſe al Mar, principalmente llegando à la boca de Capri, donde eſtaba mas inquieto, y alterado; y aſsi, encarandoſe con èl, todo era decirle: *Animo Padre, animo Padre, no ay que tener miedo*; y eſto lo repetia tantas veces, quantas el Padre ſuſpiraba, que fueron muchas; haſta que el Compañero, que conocia bien los afectos del Padre, faſtidiado, y canſado de las voces repetidas del Viejo, le dixo: *Hombre, calla, y dexalo, que los ſuſpiros, que el Padre dà, ſon de amor de Dios, y no de miedos, que tenga al Mar.*

Eſtos tranſportes admirables, que Franciſco tenia en ſu fervoroſa Oracion, no quiſo Dios, que ſe ſupieſſen, ſolo por las expreſſiones de ſus ſuſpiros, ſino por otras mas claras, que fueron las luces, que en ſu Oracion le ſalian à la cara. Poco hà diximos, que el que equivocado entrò en ſu Apoſento para deſpertarle, le hallò, no ſolo de rodillas, ſino anegado en celeſtiales luces el roſtro. Lo miſmo depuſo, que havia viſto, el celebre Pintor Vaqueta, en una ocaſion, en que ſe encontrò con el Padre Franciſco, quando ſalia à combidar para la Comunion de la tercera Dominica à las Aldèas circunvecinas de Napoles. Don Joſeph Clareli, Cura de Caſiniano, eſcriviò al Padre Nicolàs Canati en carta, ſu fecha 15. de Mayo del año de 1728. que encontrò al Padre Franciſco en la tierra de Labor, entre San Elpirio, y el Lugar de Caſandria, pocos años antes de que el Padre murieſſe, y que ſe le repreſentò ſu ſemblante tan bañado de extraordinario reſplandor, y luz, que no pudo mirarle ſin ſagrado horror; y que advirtiò iba tan enagenado de ſus ſentidos, que aunque le ſaludò, el Padre no le correſpondiò; de donde infiriò, que el dulce arrebatamiento, en que le tenia ſu converſacion con Dios, no le permitia tiempo, ni le daba lugar à que atendieſſe à las corteſanias, y urbanidades de los hombres. Lo miſmo dice le obſervò eſtando en Puzòl, Nicolao Veſpa, pues dice, que le hallò paſſeandoſe por los campos

Extaſis, y enagenamientos de ſu Oracion.

de

de la Solfatara ; pero tan embebido en sì mismo , ò en la consideracion de las Perfecciones Divinas , que aunque se le acercò mucho, y aunque le saludò : el Padre prosiguiò su passeo , callando , como si nadie le viesse, ó como si ninguno le hablasse.

Su Oracion era la Maestra de sus Sermones

De esta aplicacion á este suavisimo Exercicio , me parece à mi , y me parece bien , que sacò Francisco la abundante copia de discursos , de que vestía , y con que daba eficacias á sus Sermones : porque de donde podia sacar tanto, que decir en un mismo dia, y con tanta variedad , y propiedad à los oyentes , que le seguian; sino de aquella inagotable Fuente , que no solo le vestìa de abundantes resplandores el semblante , sino tambien de superiores luces el entendimiento ? Nunca le vimos rebolver muchos Libros , ni tenia tiempo para esso;con que es precisso confessar , que del Tesoro de su Oracion sacaba los preciosos desengaños , con que se enriquecia á sí mismo , y con que compraba las Almas mal vendidas à las culpas. Bien sè , que he dicho , que escrivia mucha parte de lo que predicaba , y que oy guardan muchos por Reliquias los papeles , que para esto escrivia ; pero tambien digo, que estos apuntamientos se tomaban de las noticias, que Dios , como Superior Maestro , le daba en la Escuela de su Oracion ; y para que este sentimiento tenga algun apoyo , referirè lo que el mismo Padre Francisco dixo à un Sacerdote confidente suyo , estando en una de las Quaresmas , que predicò en Adria. Entrò dicho Sacerdote una mañana temprano en el Aposento de el Padre Francisco, y encontrandole escriviendo hincado de rodillas , le preguntò: Què es esto, que hace Vuessa Reverencia ? A que Francisco , con santa ingenuidad, respondiò : *Amigo , en la Oracion de esta mañana se ha servido la Bondad Divina de comunicarme un pensamiento , que puede ser util para el Sermon de oy , y le estoy apuntando en este papelillo, para que no se me passe de la memoria.*

Caso, que confirma lo dicho.

No necessitamos de mas testigo , para que quede firme la opinion de que de la Oracion sacaba este Santo Jesuita los eficaces medios, con que adelantaba à las Almas de sus proximos en el servicio de Dios , y sin ol-

vi-

vidarse de la suya, pues muchas veces solia decir, y con mas veras, que se conocia le salian del corazon: *Rogad à Dios, que yo acabe de aprender el Arte de Predicar; y principalmente el que yo me convierta à su Magestad.*

Su Oracion Vocal.

No por poner Francisco tanta atencion à la Oracion Mental, abandonaba las Oraciones Vocales, ò las rezaba con tibieza, ó indevocion. El Rezo Divino siempre le dixo de rodillas, por mas que las tareas de el dia le quisiessen precisar à que le rezasse sentado. Lo mismo en las demás Oraciones, que ofrecia a Maria Santissima, y à los Santos. Pero de esto, como de la singular atencion, que ponia en el Sacrificio de la Missa, hablarèmos en los capitulos, que se siguen.

CAPITULO XI.

SU AMOR A DIOS, Y devocion à la Magestad de Christo.

LOS dos altissimos Mysterios de nuestra Sagrada Religion, el de la Trinidad Beatissima, y el de la Encarnacion del Hijo de Dios, parece se llevaron las especiales atenciones, amores, y cuidados de nuestro fervoroso Missionero. A la Trinidad Augusta dedicò tan del todo su corazon, que puso todo su estudio, en que todos la amassen, en correspondencia del summo amor, que ella tiene à todas sus Criaturas. Quando le llamaban los Enfermos, para que los favoreciesse con la Reliquia de San Cyro; esta no la aplicaba sin invocar primero con ciertas Oraciones, que para esto sabia à la Trinidad Beatissima, dandole à entender al Enfermo, que si conseguia la salud que deseaba, le venia de aquella inagotable Fuente de Beneficios; y que assi, quedaba en obligacion, no solo de no bolverla à ofender, sino de amarla con todas las fuerzas de su corazon. No contento con estos obsequios particulares, quiso, y consiguiò nos quedasse una perpetua memoria de su amor à este Mysterio de los Mysterios. No pudo llevar en paciencia, que el dia dedicado en la Iglesia à la celebridad de Dios Trino, y Uno, hiciesse tan poco ruido en el Pueblo Christiano; y assi le empeñò su devocion à buscar, y assegurar fondos, con que todos los años se le

Su amor à la Santissima Trinidad.

Instituye una Fiesta annual en honra suya.

le hicieſſe en la Capilla, que de eſte Myſterio ay en nueſtra Caſa Profeſſa, una Fieſta ſolemniſsima, y ruidoſiſsima por todas ſus circunſtancias, ſiguiendoſe de ellas lo que Franciſco deſeaba : y era, que huviera muchas Confeſſiones, y Comuniones, que ſiendo los medios para que las Almas ſe juſtifiquen, lo ſon tambien para que ſe aumenten las Glorias Divinas. Eſte amoroſo fervor parece que en parte ſe le pagò la Trinidad amabiliſsima à eſte ſu amante Miſsionero, al tiempo de celebrarſe ſus Exequias ; pues como dirèmos deſpues, para defender ſu cadaver de la devota intrepidèz del Pueblo, que intentò deſnudarle de ſus veſtidos, para tenerlos por Reliquias; ſe reſguardò en la Capilla de la Trinidad, aſſegurandole de aquel piadioſo tumulto con las fuertes rejas de hierro, que la cierran. Quien dirà, que eſto no fué pagarle Dios à Franciſco, aun en eſta vida, los obſequios, y cultos, que en aquella Capilla le havia dado?

Amor à la Mageſtad de Chriſto.

Fué tambien Franciſco terniſsimo, y devotiſsimo amante de nueſtro Soberano Redemptor. No huvo Paſſo, ni Myſterio de la vida del Hombre Dios, que no le mereciеſſe atencion particular ; pero al conſiderarle Verbo eterno, y Niño tierno por el amor de los hombres ; allì era donde ſus afectos le liquidaban en lagrimas el corazon, y quizàs por eſſo Dios revelò à una grande Sierva ſuya, *que entre las Almas eſpecialmente devotas de eſte Soberano Myſterio, ſe diſtinguia, y ſobreſalia el Jeſuita Franciſco de Geronymo ; como entre los Angeles el Glorioſo Principe de ellos San Miguèl.* Siempre fué para el objeto, y eſpectaculo digno de admiracion, y de ſumma delicia el Niño Jesvs ; y aſsi, por mas de treinta años, predicò en nueſtra Igleſia en la Sagrada Noche de Navidad de aquel ſuaviſsimo Myſterio, y ſiempre con nuevos penſamientos, y devotiſsimas reflexiones ; entre las quales ſe quedaba muchas veces abſorto, derramando fervoroſas lagrimas, y dando ardientes ſuſpiros al proferir aquellas palabras : *Verbum caro factum eſt.* Y el *tranſeamus uſque Bethlehèm*, que dixeron los Paſtores. Y al vèr llorar al Predicador, lloraban tambien los oyentes, y tanto como

Revelacion de ſu amor al Niño Dios.

Predica por mas de treinta años del Sagrado Nacimiento.

pu-

pudieran en una Platica de Misſion. Eſtando en Adria, en una noche de Navidad, al llegar en la Miſſa al leer eſta clauſula, *Non erat eis locus in diverſorio*, le ſobrevino tal copia de lagrimas, y tal abundancia de amoroſos gemidos, que impidiendole por tres veces las voces, huvo de bolver à empezar otras tantas el Evangelio; ſiendo tambien en eſta ocaſion ſu llanto de participantes, pues de verle llorar tanto los oyentes de ſu Miſſa, lloraban mas, que deſpues al oír una Platica, que ſobre eſte Myſterio les hizo.

Introduce entre las Religioſas el amor al Niño Jesvs.

Apenas predicò Miſsion, en que no tomaſſe argumento para reprehender con vehemencia las culpas de los hombres, de la infancia del Niño Dios. Ponderaba con ſingular eficacia el ſummo beneficio de haverſe reducido todo un Dios à la pequeña eſtatura de un Niño; y ſacando deſpues al Pulpito ſu Imagen, lograba que los corazones ſe llenaſſen de ſummo peſar, por haverſe atrevido á ofender, y maltratar à un Niño tan agraciado, y tan digno de nueſtro amor.

Para pegar eſte ſagrado incendiò, y eſte efecto provechoſo à las Almas Religioſas, eſpoſas ſuyas, les llevaba tambien con frequencia la efigie del Niño Jesvs muy adornado de flores, y le ofrecia: (eſtas eran ſus palabras) *A quien quiſieſſe criarle*; eſto es: A quien quiſieſſe hacerle crecer, y llegar à grande en ſu corazon, con actos repetidos de heroycas virtudes, y de caſtos, y puriſsimos amores: Y alguna vez ſe vió, que eſtos ofrecimientos no nacian de un ſimple afecto, ſino que ſe los dictaba eſpiritu ſuperior, yá que no le llamemos profetico; pues en la meditacion del Nacimiento de Chriſto, en los Exercicios, que diò un año en el celeberrimo Monaſterio de Santa Maria de Jesvs; al oìrle decir las palabras referidas, concurrieron à un tiempo muy aſervorizadas dos niñas educandas, diciendole, que las dieſſe el Niño Jesvs, que ellas ſe ofrecian à criarle; pero el Padre, deſviando con algun deſdèn à la una; ſe le diò à la otra con ſeñas de mucho cariño. Por entonces no huvo mas; pero deſpues enſeñò el ſuceſſo, que no havia ſido acaſo aquella preferencia en la eleccion, pues la primera

Caſo ſucedido en el Convento de Santa Maria de Jesvs.

de

de aquellas niñas, desdeñada del Padre, se bolviò al Mundo à tomar estado Secular; y la segunda se desposò con Jesu-Christo, quedandose por Religiosa en el mismo Monasterio.

Su amor à Christo padeciendo.

Al passo que fuè grande su ternura con el Niño Dios, fuè tambien grande, pero muy dolorosa, su aficion à Christo padeciendo, y puesto en una Cruz, por el remedio de los Hombres. Las duras penitencias con que se afligia, y las demàs fatigas, que tomaba, todo era en memoria de la Passion de el Redemptor. Siempre llevaba consigo, y muy apretado al pecho, una Imagen suya; y mas que en el pecho, la llevaba en su corazon, pues en èl hablaba continuamente con mil afectos de compassion, de dolor, y de amor con su Dios, puesto en la Cruz. Esta Cruz, y esta Imagen eran las Armas de su Milicia, con las quales conquistaba los corazones, y destruia los pecados. Con esta en la mano entraba intrèpido en los mayores peligros, y salia siempre vencedor. La Imagen mas crecida de Christo Crucificado, que lleva en las Processiones de su Mission, la vestia, y adornaba de olorosas flores; y assi, la conducia, como en triumpho, por las calles de la Ciudad; y este, que parece leve obsequio, se manifestò serle á Dios muy agradable, en que aquellas flores fueron, para muchos, eficaces medicinas, con que se libraron de sus dolencias. Nunca pudo hablar, ni con sus Congregantes, ni con nuestros Hermanos Coadjutores (quàndo les daba el punto de la Meditacion) de la Passion de el Señor, con ojos enjutos. En los dias de la Semana Santa, no era dueño de sì mismo en los Altares, ni havia de leer la Sagrada Passion, que no fuesse interrumpiendola muchas veces, para poder acabarla. Este era el tiempo en que deseaba con vehemencia, le arrastrassen con dogales por el suelo, y algunas veces lo consiguiò. Que en Napoles, el Jueves Santo predicaba, y por muchas horas, á vista de las Efigies de la Procession, que aquella noche sale de nuestro Colegio; porque lo hemos dicho, yà no lo repetimos aqui. Predicando en Adria una Quaresma, llegando el Viernes Santo, determinò, para insinuar por los ojos las especies,

que

que en sus Sermones havia embiado por el oìdo, determinò salir à visitar las Estaciones, llevando una Cruz al ombro, coronado de espinas, y lleno de ceniza, y polvo; y lo mejor fuè, que à vista de aquel espectaculo, muchos de los Ciudadanos executaron lo mismo.

Mas lo que en esta materia hace mas fee, para mi, es un dicho de aquel admirable Varon, y gran Maestro de la Mistica, el Padre Marcos Martoreli. Este dice, que en el año de 97. de el passado Siglo, entrando en la Sacristia de nuestra Casa Professa, el dia del Viernes Santo, al tiempo de ponerse el Sol, se encontrò al Padre Francisco, orando delante de un piadoso Simulacro de Christo, yá baxado de la Cruz, y que le viò tan embebido en su Meditacion, y tan desfigurado el rostro, que le pareciò un hombre, que acababa de espirar al lado de Jesu-Christo. Palabras son estas, que dicen mucho mas sobre este punto de lo que nosotros podrémos decir en muchos Parrafos.

Su amor à Christo Sacramẽtado.

Y assi, passo á decir algo del amor de nuestro Misionero à Christo Sacramentado. No digo, que de dia, y de noche le hacia repetidas visitas, desde las caraboyas: tampoco repetirè, que el tiempo de la recreacion, y quiete, iba à tenerle con su Magestad; callarè, que tenia por falta grave el entrar, y salir de casa, sin pedirle su licencia: tampoco pondrè delante, que en medio de sus ocupaciones procuraba por todo el año vestirle de flores sus Altares. Dexado, pues, todo esto à un lado, si referirè, que muchos años se retirò à hacer los Exercicios á lo alto de la Ciudad de Castelamare, donde està la Parroquia de el Espiritu Santo; y decia, que para esto tenia dos motivos: uno, el huirse de los hombres; y otro, el acompañar al Sacramento de aquella Iglesia, al qual, por verle tan solo, le llamaba con gracia, *su Christo Hermitaño*. Y en aquel tiempo, sobre ser sus mortificaciones crecidissimas, apenas probaba la comida, que caritativamente le embiaba el Rector del Colegio de Castelamare, diciendo, que à èl, para passarlo bien, y mantenerse le bastaba el pan de aquel Divinissimo Sacramento.

Lo mas admirable en esta

materia, es, que ſiendo un hombre tan enemigo de exterioridades, no obſtante, en paſſando por Igleſia, donde huvieſſe Sacramento, ſe hincaba de rodillas, y le adoraba. Si le encontraba quando ſe llevaba por Viatico algun Enfermo, no ſolo ſe hincaba de rodillas, ſino que baxaba la cabeza haſta beſar la tierra con la frente, y aſsi ſe eſtaba todo el tiempo que tardaba en paſſar, aun el acompañamiento, que le ſeguia. En el dia de la Comunion general (como yà hemos dicho) afervorizaba con ardientes coloquios à los que llegaban à la Sagrada Meſa; y en el eſpacio que havia entre coloquio, y coloquio, ſe eſtaba de rodillas: predicando, aun quando callaba, con aquella devota, y reverente poſtura. De eſte amor à la Mageſtad de Chriſto Sacramentado, nacia, que ſi veía alguno con menos modeſtia en los Templos, le reñia con libertad Apoſtolica, y le daba à entender con gran viveza, quien era aquel Señor, à quien perdia el reſpoto en ſu propia caſa. De eſte modo deſterrò el abuſo (introducido no ſe ſabe como) de ſentarſe mientras la Miſſa, ò de eſtàr en ella con los ſombreros puestos. Aun paſsò à màs el deſeo, que ſiempre tuvo de el mayor reſpeto al Sacramento Soberano, pues conſiguiò del Govierno de Napoles, ſe deſterraſſen los juegos, y demàs diverſiones, que ſolia haver en la Plaza, que eſtà delante de nueſtra Caſa Profeſſa; juzgando, y con razon, no ſer conveniente, que los que venian à orar al Templo vieſſen tan cerca de el Templo indignas materias, que los pudieſſen divertir.

Riñe à los que eſtaban con poco reſpeto en la Igleſia.

Deſtierra de las cercanias de nueſtra Igleſia los juegos, y diverſiones.

Ultimamente, para cobrar un ſumo amor, y ſuma reverencia al Sacramento Divino, no havia medio mas eficàz, que oírle ſu Miſſa al Padre Franciſco de Geronymo. Eſte era el negocio grande, que le llevaba en qualquiera parte donde eſtuvieſſe, las primeras horas de la mañana, yà en prevenirſe, yà en celebrar, y à en dàr gracias deſpues de acabado el Sacrificio. Deſde que ſe ordenò, haſta que muriò, ſolo un dia dexò de decir Miſſa, ſiendo la cauſa hallarſe en un Lugarcillo tan deſdichado, que en todo èl no ſe pudo encontrar una hoſtia. Eſtando en Adria, en una de las Quareſmas, que alli predicò, le combidaron los Reverendos Padres Franciſcanos, à que hi-

Su devocion en la Miſſa.

hicieſſe los oficios de la Semana Santa en ſu Convento. Admitiò Franciſco con todo guſto eſta honra, porque con ella le daban motivo para comulgarſe en aquellos dos dias del Viernes, y Sabado Santo, y aſsi lo expreſsó, deſpidiendoſe de aquellos Padres, pues les dixo: *Padres mios, yo les rindo immortales gracias, por el favor, y regalo, que ſe han ſervido de hacerme; pero principalmente me confeſſarè ſiempre por ſu deudor, porque dandome en eſtos dos dias ſu Altar, me han procurado las delicias de el Sacramento, de las quales me huviera privado, ſi huviera eſtado en mi caſa.* Què tales fueſſen eſtas delicias, que él lograba en ſus devotiſsimos Sacrificios, lo manifeſtaban bien las lagrimas, los ſuſpiros, y los arrebatamientos, que le eran frequentiſsimos, mientras celebraba, principalmente, quando decia ſu Miſſa en el retiro de alguna Bobeda.

CAPITULO XII.

SU AMOR A MARIA Santiſsima, y à los Santos.

NO huviera podido ſer eſte Venerable Jeſuìta tan amante de la Mageſtad de Chriſto, ſi no lo huviera ſido tambien de Maria Santiſsima ſu Precioſiſsima Madre. En obſequio ſuyo ayunaba todos los Sabados; y en las Viſperas de ſus Feſtividades acompañaba ſu ayuno à pan, y agua, con una dilatada, y ſangrienta diſciplina. Por veinte y dos años continuos predicò todos los Martes las grandezas, y glorias de eſta Gran Reyna, en la Real Igleſia de Santa Maria de Conſtantinopla; Igleſia, que fabricò, y dedicò à la Reyna de el Cielo la Ciudad de Napoles, en agradecido reconocimiento de haverſe librado de un contagio por la interceſsion de aquella comun, y amoroſa Madre de los Hombres. Con eſtas Platicas promoviò tan eficázmente la devocion de el Pueblo, que era numeroſiſsimo el concurſo à oìrlas, y à comulgar en aquel Altar todos los Martes, ſiendo la primera

Ayunaba todos los Sabados.

Y en las Viſperas de las ſolemnidades de la Virgen à pan, y agua.

Por eſpacio de 20 años predicò todos los Martes de las glorias de la GranReyna.

alentar eſte fervor con ſu exemplo, y aſsiſtencia la Excelentiſsima Señora Condeſa de Santiſtevan, entonces Virreyna de Napoles. Y para no omitir nada, que pudieſſe concurrir al mayor obſequio de Maria, diſpuſo, que ſalieſſe en Proceſsion ſu Imagen, la qual llevaba un Dragon poſtrado à ſus pies, y amenazado de un dardo, ó flecha, que vibraba ſu Mageſtad en la mano. Todos los dias tenia tiempo dedicado para particulares devociones con eſta Soberana Princeſa, procurando hacerlas de participantes, pues quando hacia camino, ò ſe embarcaba, obligaba à los Paſſageros à que rezaſſen con èl à coros el Roſario, y deſpues les explicaba ſus ſoberanos Myſterios. Eſtando en Adria, y hoſpedado en el Palacio de la Señora Excelentiſsima Doña Aurelia Imperiale, Duqueſa de aquel Eſtado: todas las noches de las Quareſmas, que allì predicò, aſsiſtia el primero con toda la Familia, à rezar el Roſario, que de Comunidad eſtaba introducido el rezarſe en aquella Caſa.

Devocion al Roſario.

Tenia Franciſco un terniſsimo afecto à todos los Santos; pero entre eſtos ſe le merecia mas particular ſu Angel Cuſtodio, como à quien ſe la havia ſeñalado Dios, para ſu guia, y director de todas ſus operaciones. Era tan ſingular la confianza, que hacia de eſtos Soberanos Eſpiritus, que à ſus penitentes, les encargaba con particular energia, que en ſus peligros, y en ſus dudas acudieſſen à pedir ſocorro, y conſejo à ſus Santos Angeles, aſſegurandoles, que al punto experimentarian el favor de aquellas ſublimes inteligencias. Y que eſto fueſſe aſsi, lo aſſegurò debaxo de juramento una Religioſa, que en algunas dudas, que ſe le ofrecieron, no pudiendo conſultarlas con el Padre Franciſco, por eſtàr auſente, las conſultò con ſu Angel de Guarda, ſegun el conſejo que la havia dado el Padre Franciſco, y con eſta diligencia ſola experimentò deſvanecidas todas ſus dudas, y ſoſſegados todos ſus eſcrupulos.

Una Religioſa, conſultando ſus dudas con ſu Angel de Guarda, ſe las hallaba deſvanecidas.

Su amor à los Angeles.

Por lo que toca á los demás Eſpiritus Bienaventurados, que Franciſco les tuvo terniſsimo afecto, ſe manifeſtò bien, en que diciendo la Letania, que todos los dias ſe reza de Comunidad en la Compañia, ſe veia obli-

obligado à interrumpirla, por los impetus de lagrimas, y sollozos, que solian sobrevenirle al pronunciar los nombres de los Santos; de modo era esto, que era preciso se levantasse otro Sacerdote à concluir la Letania, que èl havia empezado. En dos ocasiones principalmente le sucediò esto, y la una fuè dia de nuestro Padre San Ignacio, al proferir la Oracion, que dice: *Deus, cui propium est misereri semper, & parcere.* Allì dexò de decir, para empezar à llorar, con edificacion comun de los nuestros, que le oian, pues aunque no alcanzaban, qué pensamiento le movia determinadamente toda aquella devocion, no dexaban de conocer, segun las circunstancias, que era el amor, y devocion, que tenia á los Santos.

De la que tuvo con S. Cyro, yà hemos hablado, y aun hablarèmos despues, y ahora dirémos, que no le arrebatò tanto la devocion de S. Cyro, que no le quedasse atencion, que gastar con los demàs Bienaventurados, cuyas Reliquias se guardan con la de S. Cyro en el Relicario yà dicho de nuestra Casa Professa. Ciento y sesenta son, y ciento y sesenta Padres nuestros, y Ave Marias rezaba todos los dias en obsequio suyo. A nuestro Santissimo Padre Ignacio de Loyola le tuvo un amor tierno, y filial, como su verdadero Hijo: hablaba de sus heroycas virtudes con altissima estimacion; y en consequencia de esto, encargaba con muchas veras à nuestros Jovenes la puntual, y exactissima observancia de sus Leyes, Constituciones, y Reglas: Aunque esta doctrina, mas la aprendian de sus exemplos, que de sus palabras. Quanta fuesse la confianza, con que acudia en los lances mas arduos à pedirle su socorro, lo dirá el caso siguiente. El dignissimo Sacerdote Andrès Mastelone, eximio en doctrina, en piedad, y en el exercicio de todas las virtudes, se hallaba postrado en la cama, por la repeticion de un accidente epileptico, que apenas le dexaba mover sobre la almohada la cabeza; por lo qual el celebre Juan Bautista Vigati, Medico de el primer aplauso en su tiempo, mandò, que recibiesse los Sacramentos. Los amigos, y parientes le aconsejaron, por lo mucho que sentian su pèrdida, que se encomendasse,

Devociò à N. S. Pe

Caso, que prueba su devocion al Santo.

Devociò à las Reliquias de los Santos, que se guardan en la Casa Professa.

y hicieſſe ſus votos, y ſus promeſſas à los Santos de ſu mayor devocion. Y el Enfermo reſpondiò, que aſsi lo haria, ſi le llamaban al Padre Franciſco, para conſultar con èl ſobre eſta materia. Vino el Miſsionero, y haviendo entendido lo que el Enfermo queria conſultarle, le dixo: *Eſta bien, ofrezca à mi Padre San Ignacio venir en ſu dia, y en obſequio ſuyo à decir Miſſa à nueſtra Igleſia. Padre* (replicò el Enfermo) *el dia de San Ignacio es paſſado mañana.* Pues como tengo de tener fuerzas para ir à ſu caſa, y decir Miſſa, quando aun me faltan para tener la cabeza ſobre la almohada. *Amigo mio* (reſpondiò Franciſco) *eſſo no le toca à uſted; ſino al Santo; y aſsi lo ofrecido, ofrecido.* Aſsi dixo, y para que el Enfermo lo executaſſe le alentaron ſu padre, y un tio ſuyo Religioſo de la Sagrada Familia del Carmen, que ſe hallò preſente. Hizoſe el voto, y todos eſperaban con anſia llegaſſe el dia de San Ignacio, para vèr, qué exito tenia el dicho del Padre Franciſco. Llegò el dia deſeado, y el Enfermo pudo, ayudado de un Criado, ſalir de ſu caſa, y llegar à la Igleſia: dixo ſu Miſſa con fuerzas de ſano, y con ellas, y yà fin arrimo; bolvió à ſu caſa, y las deſfrutò en empleos, dignos de un Varon Apoſtolico, por el tiempo de veinte y dos años, que ſobreviviò deſpues, y murió en el de 18. del preſente ſiglo; pero no quiero dexar de decir, que agradecido, aſsi al conſejo que le diò Franciſco, como al favor que le hizo Ignacio, diſpuſo, que le pintaſſen un lienzo, cuyo dibuxo era el Enfermo en la cama, N. P. S. Ignacio aſſomado entre nubes, y el Padre Franciſco de Geronymo hincado de rodillas, y pidiendole al Santo la ſalud para aquel Enfermo. Eſte lienzo le hizo colgar en el Altar de el Santo, para que por èl conſtaſſe à todos el favor que havia logrado, y de quien, y por quien le havia recibido.

Amor, y devocion à S Franciſco Xavier.

No fué desigual el amor que eſte hombre Apoſtolico tuvo al Apoſtol de las Indias San Franciſco Xavier, à quien ſe propuſo por idèa, y exemplar deſde el punto que entrò en la Compañia. Siguiendo ſus piſadas, yà que no le fuè concedido el paſſar à Indias, ſupo formarſe ſus Indias de la Ciudad, y Reyno de Napoles; tanto, que un Padre, grande obſervador del Padre Franciſco de Geronymo,

mo, solìa decir, que al vèr, y considerar aquel todo de inmensas fatigas Apostolicas, que sin cansarse abrazaba, se le hacian creíbles las gigantes fatigas, y tarèas, que de Xavier se escriven en la conversion de la India; mas no contentandose con imitarle sus fervores, procurò ganarle muchos devotos, y estender las noticias de sus milagros, para excitar à todos, à que acudiessen à pedirlos à sus Altares; por lo qual le eligiò (despues de Maria Santissima) por Protector de su Congregacion de la Mision; y como à tal Protector en la Dominica de la Octava del Santo, le presentaba en Procesion à todos los Congregantes, los quales en este acto le ofrecian como tributo, y como obsequio, una buena cantidad de cera. En los Lugares en q̃ hacia Mission, introducia y dexaba bien fundada la devocion de el Santo: particularmente la arraygò en la Tierra de Cardito (poco distante de Napoles) donde no solo le hizo elegir por Patron con solemne pompa, y gran concurso de los Pueblos circunvecinos; sino que tambien dexò dispuesta una Congregacion consagrada à su nombre, y que se empleasse en darle repetidos cultos. Consta tambien, que en el año passado de 1689. fundò en Friñano otra Congregacion dedicada á Xavier, cuyo empleo es cuidar de los Peregrinos, en memoria, y en obsequio del Santo Peregrino, ò de las peregrinaciones del Santo, de quien hablaba con tal estimacion, que le llamaba siempre *el Santo de los Milagros ruidosos*; y en consequencia de esto, quando se le ofrecia algun lance de summa dificultad, solía decir: *Aqui es menester que entre San Francisco Xavier, y haga alguna de las suyas*; y el Santo manifestaba complacerse de estas confianzas, haciendo evidentes, y singularisimos prodigios.

Estas fueron principalmente las virtudes de este heroyco Jesuita, y con las que se hizo agradable à los ojos de Dios; ahora passarè à referir los dichos, y los hechos, con que se hizo celèbre entre los hombres.

*** ***

† JHS.

LIBRO QUARTO
DE LA VIDA
DEL VENERABLE PADRE
FRANCISCO DE GERONYMO.

CAPITULO PRIMERO.

DE LOS DONES, CON QUE LA MAGESTAD Divina adornò eſte Siervo ſuyo, principalmente del conocimiento de las coſas futuras, con que le iluſtrò.

AUnque tantas virtudes, y tan heroycas, como las que de Franciſco de Geronymo acabamos de referir, le ganaron la veneracion de los ſugetos, que le trataron; no ſe puede dudar, que ſe aumentò la eſtimacion, que de ellas hicieron, al verlas acompañadas de particulares dones, y ſobrenaturales gracias, con que ſe las viſtiò el Señor de las Gracias, y el Dueño de las Virtudes. Ay muchos à quienes hace mas armonìa el ruydo de los mila-

lagros, y las luces de la profecìa, que la grande eſtatura de las obras mas heroycas de los Santos; y aſsi no ſuelen hacer el debido aprecio de la Santidad, ſino la vèn ſobreſalir con los eſplendores de la profecìa, y con la gala de los milagros. Y en fin, no admite duda, que ſon mas amados, y buſcados de los hombres aquellos Santos à quienes vèn lucir con las noticias anticipadas de los ſuceſſos que revelan, y con los prodigios que diſtribuyen.

Dios, pues, que quiſo que Franciſco de Geronymo ſu amado, fueſſe tambien amado, y buſcado de los mortales, depoſitò en èl muchas gracias, para que ſe las repartieſſe, y eſtas acompañadas de muchas luces profeticas, para que à aquellas luces ſe vieſſen, y ſe hicieſſen mas reparables los favores que repartia; y aſsi ſe verà en lo que digamos en adelante, que apenas hizo milagro, en que no intercedieſſe alguna profecìa; y que apenas dixo profecìa à que no ſe ſiguieſſe en cumplimiento ſuyo un milagro; mas aunque eſto fueſſe aſsi, para proceder yo en eſta materia con claridad, primero hablarè de ſus profecías, y de ſus milagros deſpues.

Por lo que toca al Celeſtial Dòn de la Profecìa, digo que habló ſiempre de aquellas materias, que humanamente no podian ſaberſe con tal ſeguridad, como ſi las tuviera delante de los ojos. Y por quanto eſta fue calidad caſi continua de ſus palabras, ſe llegaron à perſuadir muchos, que eſte Dòn no le tuvo *per modum actus*; eſto es, para una, ù otra vez; ſino *per modum habitus*, que es lo miſmo que decir, que eſta luz profetica le acompañò ſiempre que hablaba.

Queriendo uno de Caſa dàr patrocinio à eſta opinion con el ſentir de el miſmo Padre Franciſco, le propuſo en una ocaſion como con curioſidad la queſtion, de como percebian los Profetas los futuros ſuceſſos, de que profeticamente hablaron: Preguntòle, ſi acaſo havia ſido dandoles clara luz, ò ſolo luz confuſa, y obſcura de lo que pronunciaban? Si acaſo entendian claramente lo que decian, ò

Reſpueſta que diò à quien le quiſo examinar acerca de ſus profecìas.

ſi acaſo ſe les caìan los vaticinios de los labios ſin reflexa, ò conocimiento de que fueſſen vaticinios? Pero à todo reſpondiò Franciſco, nada mas, ſino que Dios à ſus Profetas les aſſeguraba con tanta claridad las eſpecies que proferían, que aquella luz les deſterraba toda duda, y toda confuſion, y que eſto ſe confirmaba con las palabras del Evangelio: *Ego me manifeſtabo ei*; en las quales Chriſto aſſegura, ſe manifeſtará claramente al ſugeto à quien ſu Mageſtad le hable. No pudo conſeguir mas de ſu ſecreto ſilencio con varias preguntas, que le hizo el que tuvo el oficio de ſu Confeſſor.

Lo que reſpondiò à ſu Confeſſor ſobre la miſma materia.

Eſte, con authoridad que le dió el Padre Prepoſito, pocos dias antes de morir, le mandò, que á mayor honra divina, dixeſſe, y declaraſſe, ſi havia recibido algunos Dones ſobre naturales, ò particulares gracias del Cielo. Cogiòle eſta pregunta muy de nuevo á la humildad del Padre Franciſco, y aſsi, ella reſpondiò por èl, llenando primero ſus ojos de lagrimas, y obligandole à eſtender, como paſmado, y atònitos, los brazos, y à decir: *Yo no ſoy hombre de eſſas coſas, ni jamàs he tenido merito para ellas.* Inſtò quien le preguntaba: Pues como Vueſſa Reverencia al viſitar los enfermos ſolìa decir à uno, eſte vivirá; y à otro, eſte morirá, y todo ſe cumplia? *Es verdad*, reſpondiò Franciſco, *que aſsi lo decia; pero en eſſo no havia mas myſterio, que el que aſsi ſe me ofrecia, como ſe me havia de ofrecer otra coſa.* De las quales palabras el Confeſſor pudo colegir la humildad de eſte grande hombre; pero no ſi havia tenido luz profetica en todo lo que havia hablado. Y yo, dexandome en eſte eſtado la queſtion, me contentarè con referir tantos caſos anunciados por el Padre Franciſco, cumplidos perfectamente deſpues, que prueben, que ſino ſiempre, caſi ſiempre nacian ſus palabras de el eſpiritu profetico.

Predice à una niña, que ſeria Religioſa y Santa.

En una ocaſion fue llamado Franciſco à ſacar de Pila, ò à bautizar à una niña, hija de padres muy nobles, y al acabar la funcion, dixo con toda claridad: *Eſta niña ſerà Religioſa, y ſerà ſanta.* Creciò la niña, manifeſtando haſta los veinte y un años animo decla-

clarado de ser Religiosa: pero al llegar à la edad dicha, mudò de deseos, y saliò con que queria casarse; dixolo con tantas veras, que sus parientes la buscaron sugeto igual, à quien diesse su mano; y en fin, el tratado de matrimonio llegò à terminos tan estrechos, que no parecia posible poderse deshacer sin grave nota; pero haviendose gastado en este ajuste el espacio de seis meses, al fin de ellos, quando yá se iban à disponer las galas, bolviò à renacer en el corazon de aquella joven el animo perdido de abrazarse con la vida Religiosa. Costòle dificultad el explicarse con sus parientes, pero se explicò: ellos llevaron mal aquella volubilidad inconstante, y persuadidos, à que si la daban tiempo, bolveria à sus passados pensamientos; no quisieron oirla en muchos dias; mas en ellos hizo tales instancias, y les diò tales argumentos, de que fastidiada de la boda, deseaba firmemente el estado Religioso, que huvieron de creerla, y concurrir gustosos à verla tomar el Habito. Oy vive dicha señora, y haviendose cumplido la primera parte de el vaticinio de el Padre Francisco, de que sería Religiosa, se espera vèr cumplida la segunda, de que sea Santa: esperanza, à que ayudan mucho los santos, y fervorosos exercicios en que se emplea.

Singulares circunstâcias con que se cumpliò una profecìa, compuesta de otras muchas.

Mas admirable por sus circunstancias fuè el vaticinio, que escrivirè ahora. Criabase en un Nobilissimo Convento de esta Ciudad una niña; pero tan aversa al Estado Religioso, que si acaso se le ofrecia algun pensamiento de serlo, impaciente, y desazonada le apartaba de sí como tentacion. De aqui se se seguia, que si acaso el Padre Francisco entraba en aquel Convento à confessar alguna enferma, se escondia, por no encontrarse con él; porque yà tenia entendido, que con su buen zelo exortaba à las educandas à que se abrazassen, donde se criaban niñas, con el Celestial Esposo, y que con sus eficaces voces las convencia: Por esto esta de que vàmos hablando, procuraba en oliendo que el Padre Francisco havia entrado en la Clausura, que no la viesse de sus ojos. No obstante, un dia, no bastandole sus cuidados

dados, diò de manos à boca con el Padre, que estaba visitando à una Enferma. Quiso retirarse, pero no la valiò, porque el Padre tuvo tiempo para ponerla amorosamente la mano sobre la cabeza, y al mismo tiempo la dixo: *Hasta quando han de durar los movimientos de esta voluble rueda*? No la dixo mas, pero bastò para que se hallasse tan mudada, que aborreciendo el estado de el matrimonio, se consagrasse à Dios en el retiro de aquel Convento; y de este nuevo pensamiento quiso solo por Consultor, y Director al Padre Francisco, à quien antes tanto aborrecia. La vehemencia, y constancia con que abrazò este proposito, se manifestaron bien en las muchas, y grandes contradiciones, que padeciò para ponerle en execucion. Primeramente su padre, viendo que su hija decia no querer casarse, se indignò de modo, que asseguròhavia de negarla el dote para que fuesse Religiosa; y en esto estuvo tan neciamente tenàz, que para que le diesse, fuè menester valerse de el brazo de la Justicia. Tambien parece, que se conjuraron contra la resolucion que esta niña havia tomado, sus mismos humores, pues haviendo empezado á arrojar alguna sangre por la boca, se temiò se le huviesse pegado alguna calentura ethica. Avisò de esto al Padre Francisco, el qual respondiò: *No ay que temer, que yà està señalado en el Cielo el dia en que haveis de hacer vuestra profession.* Esta proposicion tan clara la entendiò muy contra sí el animo melancolico de la enferma, pues por ella entendiò, que el Padre la queria decir, que en el Cielo haria su profession. Por lo qual, perdiendo toda esperanza de convalecer, hizo propositos (tomados primero los Votos de las Religiosas) de passar entre ellas el tiempo que la quedasse de vida. Pero reparando que mejoraba, aunque poco à poco, del accidente de la ethica, llegò à entender, que aquel oraculo no le havia interpretado bien; y assi, tomandole mas à su favor, se viò restituida à una perfecta salud.

No por esto se juzgue, que se acabaron ya las contradiciones, que esta niña tuvo para

para hacer su Profesion Religiosa, pues aunque yá se hallaba con salud; y su Padre, vencido (aunque por Justicia) à dàr el Dote; se le oyó decir, que no sería hombre de bien, si al sacar à su hija del Convento para ponerla en libertad, no le castigaba con publicas bofetadas la desobediencia, que le havia tenido: Rara ceguedad de hombre, que quiso que su hija, primero que à Dios, que la llamaba para sì, le obedeciesse à el que la queria para el mundo! No se debe creer, que este Cavallero anduviesse tan loco, que huviera cumplido los temerarios propositos, que le havian hecho concebir sus destempladas iras; pero no obstante, su hija, medrosa con estas voces, que havia oìdo, determinó evitar el lance, no queriendo ponerse en libertad, y privandose voluntariamente de el inocente gusto, que pudiera tener en salir à vér todos aquellos objetos, que adornan, y hermosean la Ciudad de Napoles. Concebido este proposito, y hecho este animo, llamò al Padre Francisco, que la confessasse; pero él la respondiò: *Que mas comodamente podria hacer esta diligencia en nuestra Casa Professa el dia, que saliesse à su libertad.* La Niña, que con el miedo que havia cobrado à las furias de su padre havia determinado (como se hà dicho) no salir de el Convento, no creyò fuesse posible se cumpliesse lo que el Padre la decia; mas el sucesso la desengañò, pues las cosas se compusieron de modo, que haviendo concurrido dos de las primeras Señoras de Napoles á sacarla del Convento, para passearla por la Ciudad, haviendo entendido tenia deseo de estàr con el Padre Francisco, la llevaron sin miedo alguno de su Padre à nuestra Casa Professa, donde nuestro Missionero la estaba esperando: Allì la confessò, y la diò todos aquellos saludables consejos, que le parecieron mas utiles, para que empezasse con el debido fervor su Noviciado, con lo qual bolviò consolada á su clausura, y admirada de vèr como se havian ido cumpliendo las predicciones, con que en todos estos lances la havia alentado, y socorrido su Santo Director.

En las Religiosas Capuchinas, que ay en Napoles, en el sitio que llaman Ponte Corvo, se criò por muchos años

años una Educanda, cuyo nombre era Juana Police; pero llegando el tiempo de que eligieſſe eſtado, la ſacaron ſus Padres (como es coſtumbre) de aquella caſa, y ſe la llevaron à la ſuya: Andaba dudando el eſtado que eſcogeria, ſiendo cauſa de ſus dudas varias razones, y varias dificultades, que la ſalian al paſſo para hacer la debida eleccion. En eſta confuſion de penſamientos, pidiò à ſu padre la llevaſſen al Padre Franciſco para conſultarſe con él. El Padre la recibiò con ſu natural agrado, la oyò todas ſus razones, y todas ſus dificultades, y deſpues la dixo con reſolucion, que ſe abrazaſſe con la Vida Religioſa en el Convento, en que ſe havia criado, concluyendo ſu conſejo con eſtas ponderoſas voces: *Mira* (la dixo) *trabajoſa es la Vida Religioſa*; *pero eſte trabajo la durarà poco*; *porque què pienſa*? *No tiene yà diez y ſiete años*? *Pues crea, que yà no la quedan de vida mas, que otros diez y ſiete.* No fuè meneſter mas, para que aquella Joven obedecieſſe à Dios, que la llamaba tan claramente por la voz de ſu Miniſtro. Tomò el Havito de Capuchina, y al cumplirſe los diez y ſiete años, que la havia dicho el Siervo de Dios, ſe recogiò à morir, y muriò, cumpliendoſe perfectamente el Oraculo, que del tiempo de ſu vida havia oìdo de ſus labios.

Predice à una Religioſa los años que havia de vivir.

En el caſo, que acabamos de referir, predixo à quien le conſultò el Eſtado de Religioſa; en el que ahora ſe ſigue predixo unas Bodas, con tales circunſtancias, que haſta que ſe viò executada la Profecìa, ſe tuvo por increible; y paſsò aſsi: En el cèlebre Convento de Monjas Benedictinas de S. Gregorio Armeno, ſe criò Doña Margarita Piñateli, unica heredera de los Duques de Velaguardia (Caſa que oy es la miſma, que la de los Duques de Vivona, ò Momteleon) luego que tuvo edad Margarita, la pretendiò el Duque de Monteleon, para ſu ſegundo hijo Don Fernando Piñateli; y para adelantar, y concluìr eſte tratado, tomò todos los medios poſsibles la madre de Don Fernando. Viſitaba à Margarita con gran frequencia, y manifeſtandole particular cariño, en los primoroſos, y precioſos dixes, que la llevaba ſiempre que iba à verla: Con eſto corria con felicidad el tratado; pero haviendo ſobreve-

Anuncia unas Bodas, que ſe executaron con circunſtancias, al parecer, increibles.

venido no sè què deſazones entre las dos Familias, Margarita ſe negò abſolutamente al tratado de la Boda; y eſto con tantas veras, que bolviendole à la Madre de Fernando los Diamantes, que de ella havia recibido, entrò en el propoſito, de, ò caſarſe en otra Familia, ò de meterſe Monja. En eſte tiempo, en que batallaba con eſtos turbados penſamientos, quiſo conſultar con el Padre Franciſco; el qual, aun antes de oìrla, la reſpondiò con toda claridad à ſu penſamiento, diciendola aſsi: *Señora, ni ſerà Monja, ni caſarà con el Principe Don Fernando; pues què ſerà? Mirè, yo ſe lo dirè: Ha de caſar en eſſa miſma Caſa, que aborrece tanto, de los Duques de Monte-Leon; y à todas eſtas caricias, que ha experimentado, ſe ſeguiràn, aunque le parezca increìble, muchas aſperezas, y mortificaciones.* Aturdida quedò con eſte anuncio Doña Margarita; pareciale, que el Padre Franciſco le decia coſas tan repugnantes, que era impoſsible, que ſe cumplieſſen. *Yo* (ſe decia, y ſe preguntaba à sì miſma) *yo entrar en una caſa, que acabo de deſpedir? Como puede ſer? En ella no ay mas que tres hijos; con el tercero no me han de proponer boda, quando vèn, que no he admitido la del ſegundo: de el Primogenito no debo hacer mencion, porque eſtà caſado con la hija del Principe de Avelino; luego el Padre Franciſco ſe engaña, quando me dice, que he de caſar, y con hijo de eſſa Familia.* Aſsi diſcurria, y no parece que diſcurria mal; pero no obſtante, lo profetizado por nueſtro Miſsionero, puntualmente ſe cumpliò. Y como? Muriendo dentro de breves dias la hija de el Principe de Avelino, la caſada con el Primogenito de Monte-Leon: pues luego que eſte Cavallero enjugò las lagrimas, que muerte tan ſenſible le traxo à los ojos, pretendiò la mano de Margarita; y con tan finas inſtancias, que Margarita, olvidando los paſſados ſentimientos, gratamente ſe la concediò; y aſsi ſe cumpliò la primera parte de la Profecìa, de que no caſando con Fernando, no obſtante havia de caſar con hijo de aquella Caſa. Cumpliòſe tambien la ſegunda parte de el Vaticinio, de que à las caricias, que ſe le havian hecho antes, ſe havian de ſeguir mortificaciones, pues ſentida la Suegra

de

de que Margarita no le huvieſſe admitido á Don Fernando, la hizo tan aſperos tratamientos, que para evitarſelos(no pudiendo ſufrirſelos) obligò à ſu marido á que tomaſſe caſa, donde viviessen con ſeparacion de ſu madre ; y aſsi ſe executò mientras à dicha ſeñora la durò la vida. Todo eſte caſo, como ſe vè tan harmonioſo, dice el Padre Nicolàs Canati haverle oìdo de los labios de la miſma Duqueſa Doña Margarita, que ſe le refiriò, eſtando delante dos Medicos, que à ſu Excelencia la viſitaban, por hallarſe entonces algo indiſpueſta.

Predice de un Joven, que ſerà Jeſuita ; y de otro, que no lo ſerà.

No es menos digno de memoria otro Vaticinio, que hizo el Padre Franciſco à dos Jovenes, que deſeaban entrar en la Compañia, aunque ſi fuè muy desigual en ſus expreſsiones. Confeſſabanſe eſtos con el Padre Simon Bañati, grande eſtimador de las prendas, y virtudes, y ſingulares luces, que recibia de el Cielo nueſtro Venerable Jeſuita, como quien tenia de ellas mas noticias, por haver ſido Confeſſor ſuyo. Con eſto à los dos referidos Jovenes, les aconſejò, que fueſſen á conſultar ſu vocacion con el Padre Franciſco de Geronymo, encargandoles obſervaſſen con mucha atencion lo que el Padre les dixeſſe. Llegò el primero, hizo ſu propueſta, diciendo tenia miedos de que no le admitieſſen en la Compañia, por ſer de complexion débil, y no de baſtantes fuerzas, para llevar las cargas de la Religion. Oyòle Franciſco en el Confeſſonario, miròle muy bien, y le dixo : *Hijo, eſperame aqui un poco, que preſto bolverè.* El Mozo obedeciò; eſtuvoſe quieto en el Confeſſonario ; mas deſde allì obſervò, que Franciſco no hizo mas, que dàr una buelta por la Igleſia, la qual concluìda, bolviendo al Mozo, que le eſtaba eſperando, le dixo, con ſemblante alegre : *Hijo, ten buen animo, tu complexion es buena, entraràs en la Compañia.* Todo eſto ſe cumplió al piè de la letra, pues deponiendo el Padre Provincial el miedo que havia concebido de la poca robuſtèz de aquel Mozo, le recibiò en la Compañia, donde haviendo paſſado con buena ſalud la carrera trabajoſa de los eſtudios, oy cumple à toda ſatisfacion con los miniſterios, y empleos de los Sacerdotes.

No

No fuè tan favorable la respuesta, que diò al otro joven, sino muy diversa, assi en el modo, como en la substancia, pues al empezar à proponer su pensamiento, el Padre le atajó, y con semblante desabrido (cosa en èl muy estraña) le dixo: *No, no serà nuestro; no entrarà en la Compañia.* Creyò el joven, que esto lo decia el Padre para probar su constancia, y assi prosiguiò: *O! Padre, tanto rogarè, y tanto llorarè porque se me conceda esta gracia, que no dexarè de conseguirla. Por mas que lloreis*, dixo entonces Francisco, *nada lograreis; no sereis oìdo, ni entrareis en la Compañia*; y continuando con la misma severidad de semblante, le bolviò las espaldas. Muy desconsolado quedò con estas voces, y con estas demonstraciones el Pretendiente; pero aunque hizo repetidas instancias á nuestros Superiores, viò verificadas las palabras de el Padre Francisco, porque no pudo vencerlos à que le admitiessen en la Compañia.

Profecìa à quien desea ir à Misiones

A otros dos sugetos nuestros hizo tambien dos profecìas muy desiguales en los sucessos, pero iguales en su verificacion. La una fué à un Sacerdote, que pretendia con vivas ansias, que le señalassen para el sagrado ministerio de las Misiones; él pedia; pero los Superiores negaban, y en este desconsuelo fuè à consultar con el Padre Francisco, en cuya respuesta hallò el alivio que deseaba, pues le dixo: *V. R. no dude, que conseguirà lo que desea*: y assi sucediò, pues dentro de breve tiempo hallò tan otros los corazones de los Superiores, que le concedieron, y con acciones de gracias, la licencia, que hasta allì le havian negado. Mas armonioso, por las circunstancias con que se verificò, fuè el vaticinio, que hizo al otro Jesuíta, llamado Carlos Razonico. Este era un sugeto recien ordenado de la Provincia de Milàn, allí oyò algo de lo mucho que decia la fama de las Virtudes, Profecìas, y aun Milagros de el Padre Francisco de Geronymo, à lo qual se siguiò un vivo deseo de verle, y de comunicarle; y assi, pedida licencia à los Superiores, passò con este fin desde Milàn à Napoles. En Napoles tratò con el Padre, y le acom-

paño en algunas de las Platicas, que por diſpoſicion ſuya, ſe hacian por las Calles, y Plazas de la Ciudad; y con eſta ocaſion le dixo, como en ſus primeros años havia tenido inclinacion al exercicio de las Miſsiones; mas que deſpues contemplando que ſus fuerzas no eran iguales al peſo de tanto miniſterio, ſe havia dedicado al exercicio de Predicador, en el qual creìa, que ſe podia ſervir à la Gloria Divina, y à la utilidad de las Almas: Y concluyò diciendo, que què le parecia de eſta reſolucion ſuya? Franciſco le oyó, y ſuſpendiendoſe un rato, como quien meditaba lo que havia de reſponder, al fin le reſpondiò: *Lo que me parece es, qui ni uno, ni otro empleo harà V. R.* Eſta propoſicion no le diò cuidado à Razonico, ò porque creyò podia cumplirſe ſin detrimento ſuyo; ò porque no creyò fueſſe profecia. Bolviòſe à Milàn, donde aunque à varios ſugetos de Caſa les refiriò lo que con el Siervo de Dios le havia ſucedido, ſe aplicó à trabajar ſus Sermones, para poder cumplir dignamente con el oficio de Predicador, que havia tomado. Muere en eſtas circunſtancias el Padre Franciſco, y con ſu muerte, la fama tomò mas alientos para publicar muchas coſas grandes, aſsi de ſus executadas maravillas, como de ſus verificados vaticinios. Llegan à Milàn eſtos clamoroſos ecos, y aſsi Razonico, como los demàs de Caſa, juzgaron, que entre ſus profeticos anuncios no podia contarſe el aviſo que à Razonico le havia dado, *de que ni ſeria Predicador, ni Miſsionero*, pues havia empezado yà, y ſe hallaba en el exercicio de Predicador; pero brevemente ſe deſengañaron, y reconocieron, que aquel havia ſido tambien un oraculo, que ſe verificò por un modo bien eſtraño, y de mucho dolor para todo el Colegio de Milàn; pues ſucediò, que haviendo declarado Clemente Undecimo, de felìz memoria, por Beato al Glorioſo S. Juan Franciſco Regis, de la Compañia, en el miſmo año de 16. en que muriò Franciſco de Geronymo, los nueſtros de el Colegio de la Valtelina combidaron à Razonico con el Panegyrico de las excelencias, y virtudes de el nuevo Beatificado. Admitiò el Sermon, partiò

à

à predicarle, pero no le predicò, porque en el caminò, hallandose en una peligrosa eminencia, por donde era preciso passar, falsearon los pies de la cavallería, y lastimosamente cayò en una profundidad, tal, que no pudiendosele remediar, quando le encontraron le hallaron difunto, hecho su cadaver una imagen perfecta de la devocion, pues tenia al pecho cruzados los brazos, y los ojos abiertos, y fixos en el Cielo. Lance fuè este en la realidad desgraciado; pero que, como se vè, verificò la proposicion, que le dixo nuestro Missionero.

Semejantes à los referidos podemos decir, que fueron otros dos oraculos, que dixo á otros Jovenes de la Illustre Familia de Clerigos Reglares. Hallabanse estos con algunos deseos de passar à las Missiones de Indias; pero dudando si acaso su vocacion seria verdadera, y conducente à la mayor Gloria Divina; antes de pedir licencia à sus Superiores, consultaron con el Padre Francisco; por consejo que les diò Joseph Amadèo Perino, sugeto de singular prudencia, y de particular virtud, y por tanto bien conocido en la Ciudad de Napoles. Llamabanse los dos jovenes Casimiro Maria Foti, y Phelipe Chiurlia: Recibiòlos el Padre Francisco con singular agrado, y al Casimiro le respondiò una, y otra vez: *Hijo, Italia serán tus Indias.* Pero à Phelipe le dixo: *Que debia obedecer à Dios, que le llamaba, y esto luego, luego, sin dilacion alguna.* Corriò el tiempo, y Casimiro trabajò glorioſamente, y con Apostolicas fatigas en Vitonto de la Apulia, de modo, que no tuvo que echar menos las Missiones de los Gentiles. Phelipe fué desgraciado, pues dexandose vencer de el amor à sus parientes, por el dexò de seguir el llamamiento Divino. Encontròle Francisco varias veces, y aunque siempre le alentaba á poner en planta su vocacion, pudieron con èl mas, que las voces de el Padre, los desalientos de su amor propio, y los dexamientos de su pereza; pero bien lo pagò, pues muriendo muy mozo en la Ciudad de Leche, pagò con la vida la dilacion, que havia puesto en ir à emplearla entre los desamparados Indios.

Predicciò de un Navio que saliò de Napoles.

En tiempo de el señor Carlos Segundo saliò de Napoles una primorosa Nave, fabricada en uno de sus Astilleros, y que venia al Puerto de Cadiz, para aumentar el numero de la Armada. Muchos de los Marineros, y algunos de los principales Cabos, que havian de venir en ella, antes de embarcarse, pidieron al Padre Francisco, que los encomendasse à Dios, para que les diesse buen viage; y él los respondiò con gran serenidad: *Vosotros no pareceréis; pero la Nave sì.* Triste oraculo; pero se cumpliò, pues despues de felíz nevegacion, hasta llegar al Puerto, à su vista, ò por la violencia de los vientos, ò por ignorancia de el Piloto, diò en un escollo un golpe tan fatàl, que no solo se abriò, pero quedó del todo inutil; mas como este fracaso fuè tan cerca de Tierra, desde ella se favoreciò á la gente, que venia en la Nave, y se cumpliò del todo el dicho de el Padre Francisco, de que pereciendo la Nave, ninguno de su tripulacion pereciò.

Predicciò à un Cavallero.

Cierto Cavallero vino à Napoles desde sus Estados, donde havia vivido retirado por justos motivos: Y haviendo llegado à la Ciudad, estuvo dudoso sobre si se manifestaria, ò no al Virrey. No queria presentarse, temiendo le diessen algun empleo fuera de Napoles, y que le tuviesse ausente de su familia, lo qual seria de grave perjuicio para los intereses de su Casa. Si dexaba de presentarse al Virrey, temia, que en llegando à saberlo se irritasse, de donde podia nacer, el que hiciesse sensibles desayres à su persona, y à su familia. En esta duda, que le mortificaba, acudió à consultar con el Padre Francisco, el qual, aunque por algunos dias dificultò darle dictamen; al fin le respondiò: *Vueseñoria guarde secreto: no se presente al Virrey, y fie todos sus intereses, y sus cuidados à Dios.* Assi lo executò aquel Cavallero, experimentando los favores, que de la Providencia Divina le havia ofrecido el Padre Francisco, pues sin que hiciesse diligencia alguna, à muy poco tiempo le dieron un empleo dentro de la Ciudad, y à breves dias otro de mayor esplendor, y de mayores intereses para su casa, y tambien en la mis-

ma

ma Ciudad de Napoles.

Profecias al parecer encontradas.

Haviendo de partir D. Carlos Carrafa, Duque de Matalòn, desde Napoles à Viena, hizo el Padre Francisco de este Cavallero dos anuncios al parecer encontrados; pero no lo fueron, pues se cumplieron los dos. Hallabase Don Carlos temeroso, de como le sucederia el viage, y de como seria recibido en la Corte del Cesar: hablò sobre estos miedos con el Padre Francisco, quien le respondiò: *Señor, el viage serà feliz, y Vuecelencia bien admitido de el señor Emperador.* Pero despues, hablando con Don Carlos Blanc Pizonio acerca de esta jornada de el Duque, le dixo: *Mucho sentirà Napoles, y amargamente llorarà la pèrdida de este grande Patricio suyo, à quien su buen gènio, y la liberalidad con los pobres le hacian sumamente amado de todos.* Estas especies no faciles de entender, se entendieron facilmente à vista de los sucessos, pues el Duque llegò con felicidad á la Corte, y en ella recibiò especiales honras de el Cesar; mas quando yà cargado de favores, disponia su buelta à la Patria, acometido de una grave enfermedad, perdiò la vida; y tuvo que sentir Napoles la pérdida, que havia profetizado el Padre Francisco.

Profecias à los Principes de Avelino.

No son menos admirables otros dos oraculos, que dió à otros dos Illustrissimos casados de esta Ciudad, y passaron assi. En aquel tiempo de Quaresma, en que las Señoras hacian, (segun queda yà notado) los Exercicios en nuestra Casa Professa, quiso Doña Julia de Avalos, muger de Don Marino Caracholo, Principe de Avelino, confessarse con el Padre Francisco: hizole llamar, y aunque estaba yà en los ultimos meses de su vida, y muy gravado de sus accidentes, baxò al punto, y sin olvidarse de las expresiones alegres de su humildad festiva, le dixo: *Señora, para què busca à este cansado, è inutil asnillo, que yà acabò su carrera? Pero no obstante, pues lo quiere assi, la confessarè.* Hizo Julia su confesion, y despues tocò otros puntos, que le daban algun cuidado, y entre ellos uno fué el pensamiento de si acaso su marido moriria antes que ella: *Porque, Padre*, le dixo, *sentirè tanto el verme viuda, que*

querrè por eſſo, morir antes que mi marido. Pues Señora, reſpondiò con gran paz el Padre Francisco: *Vuecelencia no ſe congoje, porque aſsi ſucedera*; y recogiendoſe por un breve rato en sì propio, añadiò: *Los dos moriran mozos, pero Vuecelencia primero, y ſu marido poco deſpues.* No sè yo ſi guſtaria mucho aquella Dama de oir ſemejante propoſicion, porque la muerte cercana es ſiempre mas horrible, que la mas ſenſible viudèz; pero bien sè, que lo que dixo el Padre Franciſco ſe cumpliò; pues al bolver de la Corte de el Ceſar el Principe de Avelino el año paſſado de 27. por el mes de Agoſto, tuvo que llorar, y que ſentir la accelerada muerte de ſu amada Julia, que perdiò la vida en la Ciudad de Bolonia à los treinta y tres años de ſu edad. Mucho ſintiò el Principe la muerte de prenda tan amada; pero acordandoſe de que el anuncio de el Padre hablaba tambien con él; tratò de aprovecharſe de una, y otra luz; de la luz de el defengaño, que le diò la muerte de ſu eſpoſa, y de la que el Padre Franciſco le havia dado en ſu profecìa; y aſsi, deſembarazandoſe quanto pudo de las obligaciones de ſu caſa, ſe dedicò à una vida de mucha oracion, mucha mortificacion, y mucha frequencia de Sacramentos; y quando yà por eſtos medios havia conſeguido el deſprecio de todas las coſas del Mundo, y meditaba retirarſe à una Religion; le ſaliò al paſſo la muerte, y ſe le llevò à los quarenta y un años de ſu edad, ocho meſes deſpues de la temprana muerte de ſu querida eſpoſa. Todo eſte caſo le depuſo el Padre Juan Franciſco Betalino, de la Compañia de Jeſus, que le oyò de los labios de los dos Nobiliſsimos Conſortes, y de los Criados mayores de ſu Familia, y lo eſcrivió deſde Bolonia el año paſſado de 31. el Padre Proſpero Maria Gibelino al Padre Julio Ceſar Cavalo, tambien de la Compañia, que ſe hallaba en Napoles con el oficio de Predicador.

Muere la Duqueſa por Agoſto.

Muere el Principe por Marzo del año ſiguiente.

Un pobre hombre ſe hallaba en la Carcel ſin eſperanza de ſaiir de ella, porque no tenia hombre que le dieſſe la mano. Con eſte deſconſuelo vivia, quando diſpuſo ſu fortuna, que vieſſe

Profecìa à un pobre encarcelado.

viesse en la Carcel al Padre Francisco hablando con otros presos: quiso lograr la ocasion, y la logrò, valiendose de su piedad, y pidiendole encarecidamente, que le favoreciesse, pues se hallaba tan necesitado. Oyòle Francisco, y sin detenerse, le respondiò: *Amigo buen animo, el Miercoles immediato te pondràn en libertad.* Llegò el Miercoles, y saliò de la Carcel el infelíz.

Avisos profeticos, repetidos à la Duquesa de Adri.

A la Excelentisima Señora Doña Aurelia Imperiali, Duquesa de Adria, le acometieron unas tan fuertes jaquecas, que no tenia en ellas mas alivio, que escrivir al Padre Francisco, le alcanzasse de Dios el que por lo menos la dexassen sossegar de noche. Respondia el Missionero, y segun sus respuestas sabia aquella Señora, como havian de ser sus noches; porque si Francisco la decia: *Que tuviesse feè, y confianza*, era lo mismo, que decirla, que la noche la passaria bien; mas si la decia: *Que era preciso conformarse con la voluntad de Dios*, de aqui colegia, que su noche havia de ser muy inquieta, y desazonada, porque uno, y otro se lo havian yá dicho las experiencias. No obstante sobrevino accidente, que à las experiencias las confirmò, y à su Excelencia la dexò assegurada de que el Padre hablaba profeticamente, pues un dia, en que segun la buena disposicion con que se hallaba, no temia, que la diesse la jaqueca, y por esso no havia escrito al Padre Francisco sobre este assumpto; no obstante el Padre ingirió en su respuesta la frasse yà sabida, *de que era preciso conformarse con la voluntad de Dios, y sujetarse à sus disposiciones.* Admiròse la Duquesa, y dentro de poco tiempo el dolor de que se juzgaba muy distante, le diò con tanto rigor, que no solo la durò aquella noche, sino todo el dia siguiente; y añade, que ultimamente no convaleciò de esta enfermedad, hasta que el Padre Francisco la assegurò, que no bolveria à experimentarla mas.

Doña Ana Maria Sanguiñ, muger del Legis-Perito Leonardo Orifice, se lamentaba un dia con el Padre Francisco en el Lugar de *Afragola*, donde vivia, de que havia tenido nueve malos partos; y sin que dixesse mas, oyò, que Francisco la respondia con su semblante alegre, como acostumbraba: O! *pues* Anuncia partos felices.

yà es razon, que no aya mas abortos: tened buen animo, aplicaos à las espaldas essa Reliquia de el vestido de San Cyro, y con esso lograreis, que de aqui adelante todos vuestros partos sean felices. Esto lo dixo por Febrero de el año de diez, y en el Mayo de el mismo año, haviendo buelto à aquel Lugar á predicar un Sermon, asségurò à dicha Señora, que pariria un Varon: lo que se verificò dentro del mismo mes, como lo depusieron en Napoles Don Leonardo, y Doña Ana, con la ocasion de haver venido à presentar á su hijo en el Altar de San Cyro, y à dàr al Santo las gracias por el recibido favor.

La Duquesa de Postillòn, Doña Ana Garofalo, padecia tambien la desgracia de abortar muchas veces, hasta que en una ocasion, en que se hallaba preñada, escrivió al Padre Francisco, que la alcanzasse de San Cyro un parto felìz, à que Francisco respondiò: *Queda V. Exc. servida, y assi al Niño, que trae en el vientre, le pondrà el nombre de San Cyro, à quien V. Exc. no olvidarà al tiempo de los dolores de el parto: Clamele V. Exc. entonces con viveza, y no solo saldrà con felicidad de aquel lance, sino que puede quedar segura (que libre yà de abortos) darà numerosa succession à su casa.* Todo sucediò como el Padre Francisco lo previno: La Duquesa tuvo aquel parto feliz, sacò al Niño de pila el mismo P. Francisco, pusole el nombre de Cyro, y despues fueron dichosos otros varios partos que tuvo su Exc.

CAPITULO II.

SU CONOCIMIENTO DE cosas distantes.

EN esta linea me hà parecido dàr el primer lugar à un caso, que firmò de su nombre Thomàs Troisio, sugeto de la Congregacion de la Mision de el Padre Francisco, y le depone, y le firma, teniendo yá setenta y siete años de edad, y dice: que estando Viena, en el año de 83. del passado siglo, sitiada del poderoso Exercito de los Turcos, llegaban à Napoles tristissimas noticias de el estado infeliz, a que se veia reducida aquella Plaza: deciase, que el Emperador, con su familia, se havia visto precisado á salir fugitivo de ella, y que llevandolo los Barbaros todo à sangre, y fuego, se temia por horas

el

el aviso de haverse apoderado de aquella Ciudad, que es Antemural, assi del Imperio, como de la Iglesia. Mas de este miedo (quando mas posseia los corazones) libertò el Padre Francisco à sus Congregantes; pues un dia de Domingo, en que les tuvo una de sus accostumbradas Platicas, haviendose divertido al fin de ella, à ponderar las calamidades, que padecia la Republica Christiana, concluyò diciendo: *Que yà Dios se havia aplacado, en fuerza de las siplicas, y oraciones de toda la Iglesia; y que assi, fuessen al Altar de la Virgen à darla gracias, porque havia desbaratado el Exercito de los Barbaros, y que por medio de su Patrocinio se havia levantado el Sitio, que por espacio de dos meses havia padecido Viena. Que yà no tenia que temer, ni la Alemania, ni la Italia, ni ninguno otro de los Principes Christianos.* Lo que con estas voces dixo Francisco, no fuè otra cosa, que lo que el dia antes havia sucedido sobre los Muros de Viena; pero los mas de los que oyeron tan alegre noticia, no creyeron que fuesse revelacion de lo que havia passado à tanta distancia; sino solo buen deseo, que el Predicador havia manifestado, de que lo que havia dicho fuesse assi. No obstante, no faltaron algunos de los que mejor conocian las propossiciones del Venerable Padre, que tuvieron por verdadero el sucesso, que les havia dicho; y assi huvo sobre esto sus porfias entre los Individuos de la Congregacion, aunque el fin de ellas fuè, quedarse cada uno en su dictamen, hasta que los desengañassen otras noticias: las quales llegaron dentro de quince dias, traidas por repetidas Postas, que asseguraron la libertad de Viena, el destrozo del Exercito del Turco; y en fin, aquella gran Victoria, que entonces lograron las Armas Austriacas, socorridas de las de Juan Sobiescki, Rey de Polonia. Nuevas tales, claro està, que havian de ser recibidas con la mayor alegria de todos; pero especialmente las festejaron con tiernas lagrimas de gozo, los que anticipadamente las creyeron solo por haverlas oido de la boca del Padre Francisco. Quiso por esso el citado Thomàs Troisio darle un dia, muy en particular, la enhorabuena de la luz, que havia tenido del Cielo: fuè

en

en ocasion en que el Padre estaba diciendo Missa, y assi determinò esperarle a la puerta de la Sacristia, para quando bolviesse del Altar; y aqui sucediò otra cosa bien estraña, y fue, que haviendole esperado mucho tiempo, y viendo, que no venia, bolviò à buscarle al Altar, donde le havia visto; pero yà no estaba en el Altar: con esto, lleno de confusion, buelve à la Sacristia, pero tampoco le encuentra en ella, de donde coligiò, que el Padre, segun el conocimiento, que tenia de los interiores, reconociendo el animo, que llevaba, se le havia hecho invisible, para evitar el aplauso, que podia seguirsele de la enhorabuena, que queria darle.

Dos Religiosas del Convento de el Divino Amor.

El Duque de Calabriti, de la Familia Tutavilla, se hallaba gravemente enfermo en Minervino, uno de los Lugares, que en la Apulia tiene aquel Estado. Este Cavallero tenia dos hermanas, que le estimaban mucho, Religiosas en el Convento del Divino Amor; y cuidadosas, con las primeras noticias, que tuvieron de la vida de su hermano, pidieron al Padre Mario Sandalari, de la Compañia de Jesus, que indagasse del Padre Francisco, què fin tendria la enfermedad de su hermano el Duque. Sandalari, que conocia muy bien, que Francisco por su humildad llevaba mal le hiciessen semejantes preguntas; y que con grande arte, y disimulo sabia dexarselas sin respuesta; se valió del Hermano, que assistia al Padre Francisco, y le dixo, que sin darle à entender, que él le embiaba, diesse al Padre Francisco un recado de parte de aquellas Religiosas, pidiendole sus oraciones para la salud de su hermano, y no mas; pero que atendiesse bien á la respuesta, que el Padre le bolvia. El Hermano empezò à cumplir puntualmente lo que se le havia encargado; pero à pocas palabras, el P. Francisco le atajò, y despues de aver puesto los ojos en el Cielo, y dado un profundo suspiro, le dixo: *Hermano mio, digale al Padre Sandalari* (y esto es, que dicho Hermano, el nombre de Sandalari no le havia tomado en la boca) *digale al Padre Sandalari, que à las Señoras Tutavillas les prevenga, que se conformen con las disposiciones Divinas.* Diòse esta respuesta à aquellas Religiosas, è inmediatamente empezaron à llorar

la

la muerte de su hermano, la qual, dentro de dos dias se la confirmó Correo, que llegò del sobredicho feudo de Minervino.

A D. Pedro Marcelo Cavanillas.

Mas gustoso fuè otro Oraculo, que diò à Don Pedro Marcelo Cavanillas, Cavallero Jerosolymitano. Avisósele al sobredicho, como en el feudo, que llaman de *San Juan Rotundo*, quedaba desauciada de los Medicos la ilustre Señora Marquesa de San Marcos, parienta suya, por haversele muerto (y ya en el nono mes) la criatura, que traìa en el vientre: acudiò, entre otros hombres piadosos, al Padre Francisco, à pedirle oraciones para su Enferma; y haviendo oìdo de los labios del Padre las proposiciones generales, de que Dios à aquella señora la assistiria; creyendo Don Pedro, que esto fuesse decirle, que Dios miraria por su salvacion, instò, diciendo: Padre Francisco, yo, no solo pido ahora la salud espiritual de mi Parienta, sino la corporal, porque me avisan, que queda desauciada de los Medicos. Aqui Francisco se sonriyò, y le dixo: *Vayase V. S. à su casa, que presto le sacaràn de esse cuidado, y de essa pesadumbre*; y assi succediò, pues al llegar dicho Cavallero à su casa, hallò estarle esperando un Propio, que le traxo la noticia, de que haviendo arrojado su Parienta muerta la criatura, ella havia quedado sin accidente, que incomodasse gravemente su salud.

De un Mozo perdido dice quando bolverà à su casa.

Tuvo màs de San Cirico, mozo de intrepido gènio, è inquieto natural, havia mas de veinte años, que sin licencia de sus padres se havia ausentado de su casa, sin que en ella, en todo este tiempo se supiesse de él; porque entregado à una vida vagabunda, (quizà porque no le buscassen, y encontrassen) les negò à sus padres, aun el consuelo de que supiessen donde se hallaba: En estas circunstancias, fuè la madre de aquel Mozo un dia Lunes à consultar con el Padre Francisco su pena: Dixosela con lagrimas al Padre, que estaba en el Confessionario; el qual immediatamente la consolò, diciendo: *Passado mañana, Miercoles, à las tres de la tarde, tendreis en vuestra casa à vuestro Hijo, sano, y bueno.* Passò el Martes, llegò el Miercoles: la esperanzada Madre iba contando las horas, y à las tres puntualmente tuvo à su hijo entre los brazos, dando gra-

cias

cias à Dios por el beneficio, que de su mano recibia, y al Padre Francisco, que con tanta claridad le havia adelantado el aviso.

Sana à un Enfermo

Joseph Silvestre se halló en una ocasion tan gravemente enfermo, que à juicio de sus domesticos, sin remedio se moria; pero no muriò, porque el Padre Francisco, aplicandole la Reliquia de San Cyro, le bolviò de muerte à vida: saliò del peligro, y convaleciò con felicidad. Embarcòse despues en una Nave, llevando en ella el oficio de Cirujano, y à pocos dias corriò en Napoles muy valìda la voz de que aquella Embarcacion se havia perdido, y en ella Joseph Silvestre. Acuden sus Parientes doloridos al Padre Francisco, à pedirle, que le encomendasse à Dios. Dixo Missa el Padre, dió despues de ella sus acostumbradas gracias, y con semblante risueño, dixo à los Parientes de Joseph: *Ea, no tengan miedo, dèn gracias à San Cyro, y sepan, que esta voz que ha corrido es falsa; la Nave, y los Navegantes prosiguen con felicidad; y en fin, Joseph Silvestre bolverà à Napoles con perfecta salud.* Como el Padre lo dixo, assi lo cumpliò Dios, que à este Siervo suyo le concediò vista tan lince, que para vèr los objetos, no le impedian las distancias.

Y assegura bolverà bueno de un viage.

A una Religiosa.

En el Noble Convento de Santa Maria Egypciaca, la Mayor, entrò en una ocasion nuestro santo Missionero à aplicar la Reliquia de San Cyro à una Religiosa, que estaba enferma. Cumplida esta obra de piedad, se le puso al lado Constancia Vilana, y le pidiò, que rogasse à Dios por un hermano suyo, que estaba ausente, y con una enfermedad de grave peligro: *Què hermano es esse* (preguntò Francisco) *es el Religioso Olivetano?* Si Padre, respondiò Constancia. *Ea, pues*, (prosiguiò Francisco) *no ay que tener cuidado, que no tendreis que sentir su muerte.* Reparò despues en la claridad, con que se havia explicado, y queriendo dar algun disimulo à su Profecia, añadió: *Digo, que no morirà ahora, porque siendo Religioso, los Religiosos hacèmos essa diligencia al entrar en la Religion.*

Profecìa de mucha enseñanza à otra Religiosa

Que Francisco era testigo aun de las mas retiradas acciones, y mas distàtes de los sugetos, que trataba, lo experimentò repetidas veces cier-

cierta Religiosa, q̃ al Padre le havia tomado por su espiritual Director. Un dia quiso su desgracia, que oyesse de otra Religiosa unas palabras, que le mortificaron bastantemente; y tambien quiso su mayor desgracia, que llevada de su impaciencia, le correspondiesse con otras semejantes; mas apenas las havia acabado de proferir, quando se hallò con un Villete del Padre Francisco, en el qual se despedia de confessarla. Preguntò admirada la causa, y se la diò en estos terminos: *Por que no puedo llevar en paciencia, que se dexe arrastrar tanto de los desordenados afectos, quien à mi me tiene por Padre*: *Prohibo lo que Dios prohibe, y quiero que mi hija tenga la ira tan mortificada, que nunca responda à una palabra picante con otra de igual sonido.* Passò este lance; pero sobrevino otro, por el qual se confirmò dicha Religiosa, en que el Padre Francisco conocia, como si las tuviera presentes, sus acciones mas distantes. Haviala ordenado el Padre, que se levantasse à oracion antes de amanecer; y ella obedecia, pero por ser mucho el calor de aquel año, tenia la oracion en su Celda, mas sin acabarse de vestir todo el Habito Religioso. De esto, Dios, y ella solo eran sabidores, assi lo juzgaba; pero presto conociò, que entre Dios, y ella debia contar al Padre Francisco; pues viniendo aquella mañana à confessarla, aun antes de darle los buenos dias, le dixo: *Mirad, que para tener la oracion os pongais todo el Habito Religioso, porque si no, os impedireis los favores, que quiera haceros la beneficiencia Divina.* Admirada se quedó con estas voces la sobredicha Religiosa; pero mas se admirò en otro lance, en que reconociò, que no solo sus acciones exteriores mas distantes, las conocia el Padre; sino tambien alcanzaba à vèr aun los pensamientos, que no salian fuera de su corazon. Fue el caso, mandarla el P. Francisco, que un dia no comulgasse, sino solo espiritualmente: conformòse con aquella disposicion, pero al tiempo de executar esta obediencia, se le ofreciò al pensamiento, si acaso à ella le sucederia lo que en lance semejante sucediò à Santa Cathalina de Sena, que fuè, aparecersele Christo, recrearla con su presencia,

cia, y comulgarla de su mano. Con este ofrecimiento se entretuvo mas de lo que fuera razon; pero presto se le castigò el Padre Francisco, quien la dixo, sin que ella se le revelasse: *Mirad, que no sois vos como Santa Cathalina de Sena, que por sus virtudes mereciò, que en ocasion en que no comulgaba Sacramentalmente, Christo la recreasse con su presencia.*

Doctrina à otra Religiosa.

Lo mismo que la antecedente pudo deponer otra Religiosa del celebèrrimo Convento de la Santissima Trinidad, llamada Ana Beatriz Espineli, hija de el Principe de Escalea. A esta Religiosa le sucedió un dia, que el tiempo que havia mandado el Padre que tuviesse de oracion entre los demàs exercicios espirituales; le malgastò en conversacion en la Celda de otra Religiosa; pero no se fue alabando del caso, pues recibiendo en el mismo dia otro Villete del Padre Francisco, en que la hablaba de otras materias, entre ellas encontrò aquesta proposicion: *Cuidado con el observar puntualissimamente los tiempos dedicados à la Oracion: estos no se han de dexar, ni abreviar por motivo alguno.* Palabras fuèron estas, que à aquella Religiosa la llenaron de util empacho, y de provechosa confusion. Yà en otras ocasiones havia experimentado la misma, que varios escrupulos, que se le ofrecian, y le mortificaban, se le desvanecian, solo con hacer proposito de decirselos al Padre, y finalmente, haviendo hecho con èl una confesion general de toda su vida, no obstante le quedaron para su exercicio algunas turbaciones en el corazon, nacidas de los ofrecimientos, de que no havia dicho en ella muchas cosas graves, y dignas de explicarse. Esta era tentacion, y el Padre para que la venciesse, la dixo: *Mire, todo lo que se le ofrezca que decirme, digaselo al Angel de su Guarda, que èl me lo dirà à mì, y ella quedarà sin essos escrupulos.* Asi aconsejò Francisco, y asi obedeciò la Religiosa, experimentando ser verdad lo que el Padre la havia ofrecido, pues en hablando con su Angel sus cuidados, se serenaba su conciencia; y tambien, en que un dia, en que se havia encomendado à èl, y le havia encargado varias cosas, vino el Padre

Consejo util, dado à la misma.

dre, y con semblante alegre, le dixo: *No dexeis de embiarme muchas veces à vuestro Angel Custodio, que su visita es visita muy de mi gusto.*

Conoce la muerte distâte de un Cavallero.

Hallandose en los ultimos vales de la vida el Señor Don Antonio Bitaliano, Duque de Ferenzano, le vino un grande deseo de que el Padre Francisco le visitasse. Explicòle el enfermo con un Camarero suyo, y este partiò al punto à buscar al Padre Francisco: encontròle, y le pidiò con aquellas instancias, que sabe gastar un buen Criado, que sirve à su Amo, no tanto por interès, como por amor, que al punto se entrasse con él en la Carroza, para darle à su Amo aquel consuelo; pero Francisco sin moverse, le respondiò: *Buelvase Vsted à su casa, que el Duque està mejor, que nosotros, ni necesita de los alivios de alguno.* No queria creerlo el Camarero, y assi repetia las suplicas, y las instancias, hasta que Francisco se las cortò, diciendole con claridad: *Vayase Vsted en paz, que el Principe yà muriò.* La admiracion que le ocasionò al buen Camarero el que el P. Francisco huviesse sabido que su Amo havia muerto, quando èl le havia dexado con vida; y no havia venido otro Criado de la Casa, que pudiesse darle contrario aviso; la explicò con hacerse repetidas Cruzes, encogerse de ombros, y tomar la Carroza para bolverse à su Casa, donde al llegar hallò, que el Duque havia espirado à la misma hora que el Padre le havia dicho.

Lo mismo de la muerte de un hermano suyo.

Al principio del año de 1713. hallandose el Padre Francisco en la Ciudad de Andria, le avisò el Padre Rector del Noviciado de Napoles Carlos Vespoli, que el Hermano Joseph Maria de Geronymo, y hermano del Padre Francisco, havia caido enfermo; pero que la enfermedad no manifestaba mucha malicia, y que assi no daba mucho cuidado. Esta Carta se escriviò el dia 5. de Enero, y al dia 7. le repitiò otra dicho Padre Rector, noticiandole, de que haviendose agravado los accidentes, el Hermano Joseph havia muerto, y de esto le daba el debido pesame, con aquellas expressiones de sentimiento, que pedian los meritos del difunto, y la buena amistad, que el Padre Rector profe-

sessaba

feſſaba al Padre Franciſco, el qual, antes que llegaſſe la ſegunda Carta, tuvo la noticia de la muerte de ſu Santo hermano, pues reſpondiendo à la primera, en que ſolo ſe le aviſaba el principio de la enfermedad, puſo eſtas clauſulas: *Agradezco à Vueſſa Reverencia el aviſo que me dà del eſtado en que ſe halla ſu Compañero. Vecino eſtà al Paraìſo, donde à eſtas horas juzgo, que havrà llegado yà, mediante la Miſericordia Divina. En eſte lance no es neceſſario, que V. R. me dè el pèſame: yo sì, que àV. R. debo darſele; porque sè muy bien lo que le eſtimaba, por ſus naturales, y ſobrenaturales prendas. Benedictus Deus. Todos en eſta vida eſtamos de viage, unos le concluyen antes, otros deſpues: unos mas apriſa, otros con mas lentitud; pero el mas, y el menos ſon accidentes de poca importancia.* Eſta fué la reſpueſta, que diò Franciſco antes de haver recibido la noticia de la muerte; y recibida aquella noticia, no podia haver dado otra mas propria reſpueſta; pero eſto què prueba ſino que aun las coſas mas diſtantes, las conocia como ſi las tuviera preſentes?

Armonioſo conocimiento acerca de las penas de el Purgatorio.

Antes que ſalgamos de eſta materia, quiero no paſſar en ſilencio, en que el conocimiento del Padre Franciſco era tan lince para penetrar las diſtancias, que paſſaba deſde eſta vida à la otra; y explicome con el caſo ſiguiente. Cayò enferma en Napoles una Religioſa, de una mortal hydropeſia: deſauciaronla los Medicos, y por ultimo ſocorro, hizo que le llamaſſen al Padre Franciſco: fué à viſitarla, y como el amor à la vida nos es à todos tan natural, le dixo con anſia: *Padre, yo os he llamado para que me alcanceis de Dios, que me libre de eſte penoſo accidente.* Franciſco la reſpondiò: *Digame, ſeñora, no ſerà mejor, que padezca lo que padece, y librarſe aſſi de las penas del Purgatorio?* *Eſſo sì, Padre* (reſpondiò la Religioſa) *yo padecerè guſtoſa lo que padezco, con tal, que me aſſegureis, que deſpues de mi muerte ſerà breve mi Purgatorio. Pues sì* (dixo Franciſco) *breve ſerà, y aſsi, buen animo, y padecer.* Quatro meſes vivió la Religioſa padeciendo los accidentes de ſu penoſa enfermedad, y al fin de ellos eſpirò. No mucho deſpues

de

de ſu muerte, fuè el Padre Franciſco á confeſſar á otra Religioſa de aquella Caſa; pero antes de deſpedirſe, le preguntò: *Digame, quanto tiempo ha, que muriò Sor Fulana?* Padre, antes de ayer muriò. O! dixo entonces Franciſco, *quanto mas graves de lo que penſamos, deben de ſer las penas, que ſe experimentan en la Carcel del Purgatorio. Eſta Religioſa, que como me dice, muriò antes de ayer, ha venido à quexarſeme de que no la dixe la verdad ſobre el punto de que ſu Purgatorio ſeria breve, pues me ha dicho, que yà ha muchos años, que eſtà padeciendo en èl. O, Dios inmortal! Quan terribles ſon los caſtigos, con que alli ſe purifican las manchas de las culpas, quando breve pena de dos dias, ſe juzga que es pena de muchos años.* La Religioſa, que oyò todo eſto, no pudo menos de admirarſe de la claridad, con que ſe explicaba un hombre, que en ſus voces era tan mirado; pero por entonces callò, eſperando à que en otra ocaſion la ſacaria de la curioſidad, de ſi aquella Religioſa, y quando, havia ſalido de el Purgatorio; y aſsi lo conſiguió, pues à otra vez que bolviò el Padre à confeſſarla, aunque con algun miedo, le preguntò: Padre Franciſco, en qué eſtado eſtá aquella nueſtra Religioſa, de cuyo Purgatorio me hablò dias paſſados? Y Franciſco la reſpondiò: *Eſtamos bien, veinte y un dias, y algunas horas eſtuvo detenida en aquel lugar: todo eſſe tiempo fuè preciſo, para que ſu fuego la purificaſſe; pero yà eſtà gozando de las Celeſtiales Delicias.*

CAPITULO III.

ADMIRABLES NOTICIAS de el Padre Franciſco, acerca de las coſas ocultas.

ASSI como eſte Venerable Siervo de Dios conocia, por favor ſuyo, las coſas diſtantes, conociò tambien las que la ſagacidad humana pretendia eſtuvieſſen mas ocultas: en confirmacion de lo qual, recibame mi Lector los caſos ſiguientes. Un Sacerdote, llamado Alexandro Sarraceno, ſe encargò un año de hacer una gran Fieſta à Nueſtra Señora del Carmen en aquel Conſervatorio, que en Napoles ſe llama *Santa Maria Viſita Paupe-*

res ; y para que la Fieſta ſalieſſe mas lucida , buſcò preſtadas varias joyas con que veſtir à la Imagen: Cumpliòſele ſu deſeo , y ſu cuidado , porque el Simulacro eſtuvo rica , y primoroſamente veſtido ; mas al dia ſiguiente tuvo la peſadumbre , de que haviendo recogido las joyas para reſtituirſelas à ſus dueños, ſe echó en la faltriquera un collar de perlas muy crecidas , y eſte al ſacar el pañuelo , ſin advertirlo ſe le cayò : echòle menos deſpues : buſcòle con el cuidado que ſe puede conſiderar: no le encuentra : llenaſe de deſconſuelo, y no ſabiendo què hacerſe , fuè à parar al Padre Franciſco , y le encargò , que en ſus Sermones dieſſe noticia de haverſe perdido aquella alhaja,y que ofrecieſſe à quien la reſtituyeſſe un buen hallazgo. Franciſco executò lo que ſe le havia pedido ; y aſsi , un dia predicando en la Plaza de Caſtel-Novo; al fin de la Platica dixo: *Una ſarta de perlas de crecido valor ſe ha perdido : à quien la reſtituya ſe le ofrece buen hallazgo* ; y añadiò: *Pero lo que ſiento mucho es, que quien ſe la encontrò me eſta oyendo , y tiene hecho el animo à no reſtituirlas, atropellando por el amor à ſu interès , aſsi el dolor que ocaſiona à un Sacerdote , como los latidos que le eſtà dando ſu conciencia.* Viendoſe tan deſcubierto quien havia cometido eſta eſpecie de hurto , ſe moviò à deſcubrirſe al Padre , y confeſſandole ſu culpa , hizo la reſtitucion; pero Franciſco le dixo entonces: *Amigo mio , bien ſabeis que al ladron no ſe le debe hallazgo por la reſtitucion de lo que hurtò ; pero condolido de vueſtra pobreza , diligenciarè , que el Sacerdote cumpla lo que tiene ofrecido,yà que no por obligacion, por piedad.* Y aſsi ſe executò , pues el mencionado Sacerdote recibiò de mano del Padre Franciſco las perlas, y por la miſma mano ſe le diò algun hallazgo al delinquente.

Favor en la Isla de Capri.

En la Isla de Capri ſe halló Theodora Pagano acometida de un accidente violento : hizoſele en una pierna una dilatada llaga, de donde el humor ſe difundiò por todo el cuerpo, cauſandole una hinchazon tán crecida , que parecia un monſtruo. Sobrevinole á la llaga una diſipula tan peſtilente , que todos ſus domeſti-

mesticos, y los Medicos tambien, yá la contaban entre los muertos. En estas circunstancias llegò por casualidad á la mencionada Isla el Padre Francisco: fuele à visitar Don Nicolàs Pagano, hermano de Theodora, y Arcediano de aquella Diocesis: en la conversacion de la visita hizo mencion de la estraña enfermedad de su hermana, y le pidiò, que fuesse à verla. No se negò Francisco à esta obra de piedad, visitò à Theodora con semblante alegre, y alentandola con solo decirla, que tuviesse buen animo; la aplicò la Reliquia de San Cyro, mas no donde tenia la disipula, sino mucho mas arriba; y reparandolo Don Nicolás, le dixo: Padre Francisco, aqui está la llaga, y la disipula, y assi, aqui haveis de aplicar la Reliquia. *No*, (respondiò entonces èl) *donde yo la aplico se debe aplicar, porque aqui está la fuente, y el origen de el humor, que ocasiona la llaga, y la enfermedad.* Y que en esto no se engañó, lo probò el sucesso, pues hecha aquella diligencia, à la mañana siguiente se hallò Theodora tan libre de toda su dolencia, que se pudo levantar, y se levantó, á dar las debidas providencias para el govierno de su Casa.

Assegura à una Princesa, que tendria la succesiò, que deseaba.

La señora Doña Hypolita Cantelmi, Princesa de la Rochela, havia dos años que estaba casada, y con el sentimiento de no tener succesion, pues aunque havia dado varios hijos à luz, todos havian muerto muy niños. A esta pesadumbre suya, se añadia el desconsuelo de las dos Familias, que igualmente deseaban que les diesse heredero, assi de su esplendor, como de sus riquezas. Sobre esta materia hablò varias veces con el Padre Francisco, mas este solo respondia: *Señora, verà cumplido su deseo, pero no es tiempo ahora.* Con esta esperanza se entretenia, hasta que llegò la hora de que se cumpliesse lo que tanto deseaba. Hizose preñada, y el preñado fuè felíz; pero temiendo que el parto fuesse, como otros, desgraciado, suplicó al Padre, que no la desamparasse en aquella hora. No la desamparó, antes bien la assistiò con tanta fineza, que oyendo los quexidos à que la obligaban los recios dolores del parto, se puso en oracion, y levantando despues los ojos al Cielo,

dixo: *Quando acabarà eſte niño de ſalir à luz, y de dexar de atormentar à ſu madre?* Eſtas voces parece que fueron para la criatura un imperio irreſiſtible, pues al punto que el Padre las dixo, ſe oyeron las de la familia, que alegres repetian: *Varon, varon*; al qual quiſo ſu madre, que Franciſco ſe le ſacaſſe de pila, y que le tomaſſe à ſu cuidado, pues le debia à ſus oraciones.

Profetiza la ſucceſſiòn de una Caſa.

Apenas havia un mes que ſe havia caſado la Excelentiſsima Señora Doña Manuela Caracholi, con Don Julian Piñateli, Duque de Monte-Calvo, quando deſeoſa de dàr ſucceſsion à ſu Caſa, pidió al Padre Franciſco, que con ſus ſuplicas ſe la alcanzaſſe de Dios. Oyòla el Padre, y ſonriyendoſe, la reſpondio: *Señora, yo la doy la enhorabuena de que à ſus deſeos ſe ayan adelantado los favores Divinos: yà V. E. puede contarſe por madre de un agraciado niño, que ha concebido, y que darà con felicidad à luz; y ſolo la encargo, que le ponga el nombre de Cyro.* Paſſaron nueve meſes, y ellos manifeſtaron, que nueſtro Miſsionero havia dicho verdad en lo que havia dicho, pues al fin de ellos puntualmente aquella Noble Señora enriqueciò ſu Caſa con un varon, à quien por devocion del Padre, que ſe le havia anunciado, le puſo el nombre de Cyro.

Armonioſos ſon los caſos, que hemos referido haſta aqui; mas el que ſe ſigue es uno de aquellos, que rara vez ſe encuentran aun en las vidas de los Santos mas Milagroſos, y aſsi pido al Lector le haga al Padre Franciſco de Geronymo el obſequio de leerle con cuidado; y paſsò aſsi: Un Vecino de Napoles, y hombre de no vulgar nacimiento, ſe viò obligado, no sè por què motivo, à hacer auſencia de la Ciudad por algunos meſes: bolviò deſpues de ellos à ſu Caſa, y halló, que ſu muger havia parido un niño dos meſes havia. De eſta eſpecie ſe valiò el demonio, enemigo de la paz de los caſados, para ſugerirle, que ſu muger le havia faltado à la debida lealtad, y por conſiguiente, que aquel niño no era ſuyo. Rindiòſe à la ſugeſtion, y ciego de zelos, ſe dexò poſſeer de tal colera, y de tal furia, que ſi la pobre inocente no ſe huviera huido

do de su casa, à ella, y à la criatura les huviera quitado à puñaladas las vidas. Tan obstinado estaba en tal aprehension, que no daba oidos, ni aun à las razones, que le proponian sus mismos padres à favor de su muger; con que en lance tan apretado se acudiò al Padre Francisco, para que con el rocio de sus suaves, y eficaces voces apagasse aquel incendio, que levãtaba tan peligrosas llamas. Vino el Siervo de Dios, y al principio procurò con sòlidas persuasiones quitarle de la cabeza à aquel apasionado la siniestra opinion, que havia concebido; ajustò los meses q̃ havia faltado de su casa, y por ellos, y el tiempo en q̃ havia parido su muger, le hizo vèr, como podia haver concebido, sin hacer ofensa al talamo conjugal; pero ni aun esto bastò para entrar en razon aquel corazon turbado. Vista tal terquedad por el Santo Missionero, mandò, que traxessen alli à la retirada muger, y advirtiò, que viniesse con ella su hijo. Vino la infelìz, aunque assustada; tomòle nuestro Francisco el Niño de sus brazos, y se le puso cerca à su colerico padre, lo bastante para que le viesse, pero no tan cerca, que pudiesse agraviarle, y le dixo: *Hombre, mira, que bello que es, mira, que aun con su cara està diciendo, que su madre està inocente, porque es un retrato tuyo.* Aqui fuè donde el zeloso acabò de perder el poco juicio que le havia quedado: Dexeme, Padre, le dixo, echando delante muchos porvidas, y juramentos: Dexeme, Padre, ahora se me viene con essa frescura, de que se me parece, y de que es un retrato mio? Esso es bueno para los Bobos de los Entremeses, que con semejantes frasses, que les dicen, tragan por suyos los hijos, que no engendraron; y diciendo, y haciendo, le bolviò al Padre las espaldas, pareciendole, que le havia hecho bastante obsequio en no haverse abalanzado, y à su vista haver quitado la vida, assi à la madre, como al hijo. Francisco, no por esto se turbò, antes bien, sin faltar à su acostumbrada paz, le detuvo, y le dice: *Amigo, esperaos un poco, que aùn hemos de tomar otro medio, para vuestro desengaño*; y poniendo los ojos en el Chicuelo, que como yà hè dicho, y advertido, no tenia mas de dos meses, le dixo: *Hijo mio, mal pleyto te-*

Hace hablar à una Criatura de dos meses.

tenemos, si tu no abogas por tì ; y assi , en nombre de Dios te mando , que digas quien es tu padre. Cosa por cierto maravillosa ! A este imperio la criatura respondiò en voz alta , y sonòra: *Este es mi padre*, y al mismo tiempo , estendiendo sus bracillos , hizo ademàn de querer abrazarse con aquel hombre, hasta alli tan ciego. Quanta seria la admiracion que à vista de esto sorprehendiesse à todos los circunstantes , no se dice bastantemente con decir , que todos se quedaron atonitos; pero en quien hicieron , como debian, mas impresion, fuè en aquel corazon , que si no es à tanto prodigio, tenia jurado , no sossegarse. Arrodillòse sin libertad à los pies del Padre Francisco , y despues à los de su muger, pidiendola mil perdones de lo mucho, que la havia agraviado, y tomandola el Niño de los brazos , le pagó en abrazos , en besos , y en caricias, la ofensa que le havia hecho con su incredulidad; y ultimamente, llenò su casa de tranquilidad, de sossiego, y de alegria. Como este caso havia tenido muchos testigos , se dibulgò tanto en la Ciudad , que no dudò de preguntarsele al Padre Francisco un Viejo de los nuestros , llamado el Padre Scipion Chachutulo , y el Padre Francisco no se le negó; pero para libertarse de las repreguntas , que sobre el mismo caso le hacian , y de donde podian nacer sus alabanzas, acababa la narracion con decir ; *No ay de què maravillarse , porque mayores cosas sabe executar nuestro S. Francisco Xavier.*

CAPITULO IV.

CONOCE FRANCISCO los mas ocultos pensamientos , y los secretos mas escondidos de los corazones.

TAN Dadivoso anduvo Dios, con este su Siervo , que siendo regalia propia suya, vèr , y conocer los pensamientos, y secretos de los corazones humanos; esta regalìa en muchas ocasiones la partió con èl. En una estaba Francisco en su Confessonario , rodeado de sus Penitentes, y de sus Pobres, quando de repente se levanta de su silla , à todos los dexa, camina por la Iglesia, sale à la calle , y à un hombre, con quien se encontró, le mandò , que se parasse, y que se detuviesse , y luego le

Conoce, que uno viene à executar una muerte , y la impide.

le preguntò: què donde iba? Què importa à V. Paternidad (reſpondiò irritado el Foraſtero) ſaber adonde yo voy? Irè donde me convenga, ò donde quiſiere, y con eſto procurò paſſar adelante; mas viendo, que el Padre no ſe lo permitia, prorrumpiò mas irritado en decirle muchos baldones, è injurias: huvo aquello de preguntarle, ſi ſe aprendian en la Compañia curioſidades necias, é imprudentes? Qué por donde el Padre queria tomarſe la authoridad de preguntarle, à lo que èl no debia reſponder? Y à eſte paſſo otras muchas coſas, que por entonces le dictò ſu animo iracundo; mas Franciſco, ſin hacer caſo de ſus colericas expreſsiones, ſe le acercò, y con voz mas ſumiſſa, le dixo: *Venga acà, no viene de tal Ciudad?* (y ſe la nombrò) *Digame, no viene armado, y prevenido para executar una muerte? Pues ultimamente, digame, como quiere quitar la vida à un hombre, y quizàs ſu ſalvacion, ſin reparar en que por eſſe delito pone à peligro ſus proprias vidas, temporal, y eterna?* No dixo mas Franciſco; pero eſto baſtò, para que el Foraſtero, antes tan groſſero, como airado, aturdido de que le huvieſſe leìdo todo ſu corazon, reſpondieſſe humilde: *Padre, es verdad quanto me haveis dicho: Ea, pues, hijo* (proſiguiò el Miſsionero) *vamos al remedio, venga, y confieſſeſe.* Entròſe con él en la Igleſia, llevòle à ſu Confeſſonario; alli le oyò, y le diò utiliſsimos conſejos, y reglas, para que bolviendoſe à ſu caſa, hicieſſe en ella la penitencia correſpondiente al delito, que havia conſentido executar en Napoles.

Lance ſemejante, aunque no tuvo buen fin, le ſucediò con un Lacayo, hombre de genio toſco, terco, y deſcortés: partidas, que no dexandole tomar el aviſo, que el Padre le diò, le llevaron à una deſgraciada muerte. Venia Franciſco yà de noche, de la caſa de un Enfermo, quando, ſin ſaber el Compañero porquè, al llegar à la Torre de Santa Clara, que eſtà vecina à nueſtra Caſa Profeſſa, ſe parò, y ſe detuvo, como ſi alli eſperara à algun hombre; y le eſperaba, pues paſſando à breve rato un Lacayo con un farol encendido, le llamò, y le dixo: *Mirad, amigo, que quiero deciros dos palabras. Què*

Conoce; q̃ à otro le quieren quitar la vida.

me quiere Padre(reſpondiò) *dexeme,que voy de prieſſa. Hijo* (dixo el Miſsionero) *mira , que te conviene detenerte conmigo un poco.Padre mas me conviene proſeguir mi camino*, reſpondiò el deſatento; pero Franciſco,proſiguiendo en ſu piedad , le dixo : *Yà que no quieres hacerme el guſto de detenerte, te ruego te buelvas à tu caſa, no por eſſa, ſino por otra calle.Con bravas burlas ſe viene el Padre*, fuè la reſpueſta con que concluyò aquel Ruſtico ; y ſin mudar calle, proſiguiò ſu camino; pero à breve rato pagò el no haver tomado el aviſo, que le dieron,pues cayendo en manos de dos enemigos ſuyos , que le eſtaban eſperando , eſtos le quitaron la vida , ſin darle lugar à que recibieſſe los Sacramentos.

Conoce eſtar un Alma abandonada de Dios.

Un Sacerdote Jeſuita,llamado Ignacio Iſceri , havia trabajado,pero en vano , en ſacar à un hombre del cieno de ſu mala vida ; y por no dexar nada por hacer , para que aquella Alma no ſe perdieſſe , acudiò al P. Franciſco , à pedirle ſus oraciones, diciendole ſolo , que ſe las pedia , para conſeguir una materia muy del ſervicio de Dios, y no le explicò qual fueſſe ; pero Franciſco, haviendo levantado antes los ojos al Cielo,inmediatamente le reſpondiò : *V. Reverencia no tiene que canſarſe en trabajar tanto por eſſe infeliz ; porque Dios , irritado juſtiſsimamente con èl, le tiene yà abandonado.* Admirado ſe quedò el Padre Ignacio , al vèr como le havia leido ſu penſamiento , y deſpues eſtuvo ſumamente dolorido, por vèr, que aunque aplicò todas las induſtrias , que le aconſejò ſu zelo , aquel deſgraciado ſiempre ſe mantuvo en ſu obſtinacion.

Hablaſe al corazõ al V.P Fr. Angelico Capuchino.

Con el R.mo Padre Fray Angelico,que de laReligion de los Padres Capuchinos, fuè elevado à Obiſpo de Tropea en la Calabria , le ſucediò el caſo ſiguiente. Haviale mandado ſu Superior , que fueſſe à hacer una Miſsion fuera de Napoles. Era eſte Religioſo muy obediente, como gran Religioſo ; pero en eſta ocaſion, conſultandoſe con ſus ancianas fuerzas , le pareciò, que eſtas no podian alcanzar al trabajo , que le imponia la Obediencia : por otra parte ſe le hacia de mal perder aquella ocaſion de obedecer , y de trabajar. Combatido de eſta duda , pidiò à ſu Superior un poco de tiem-

tiempo para encontrar aquella materia à Dios, y en estas circunstancias, se encontrò un dia en una calle con el Padre Francisco de Geronymo, quien, como amante de los Siervos de Dios, y especialmente del Padre Fray Angelico, se abrazò estrechamente con èl, y aplicandose à su oido, le dixo: *Vamos, vamos, Padre, y obedezcamos, que con la ayuda de Dios, todo saldrà bien.* Estas son formales palabras de la deposicion que hizo dicho Padre Fray Angelico, el qual al vér tan patentes sus cuidados secretos, à nuestro Misionero Santo, quedò sumamente admirado; y no dudando, que Dios le hablaba por èl, fuè sin detenerse à responder à su Superior, que estaba pronto à obedecerle. Obedeciò; saliò de Napoles, llegò al lugar destinado, concluyò su fervorosa Mision; y favoreciendo el Señor à su obediencia, como le havia ofrecido el Padre Francisco, bolviò con salud mejorada, de donde havia temido perderla.

Con el P. Carlos Vespoli de la Cõpañia.

Aun para el conocimiento de materias minimas, comunicaba Dios sus luces à este Jesuita, del todo suyo, como se verà en un caso de poquissima monta, que le sucediò con el Padre Carlos Vespoli. Determinaba dicho Padre mudar de Aposento, pareciendole, que en el que tomaba de nuevo, lograria alguna de aquellas cortas conveniencias, que permiten los Aposentos, aun muy acomodados de los Jesuitas; pero de repente mudò de voluntad, por parecerle, que el Aposento que tomaba, por estar mas en el comedio de la casa, estaba expuesto à menos quietud, y à menos retiro. Formada yà esta segunda resolucion, encontrò al Padre Francisco, y despues de las breves salutaciones, que para quando se encuentran, manda su Regla à los Jesuitas, le dixo: *Hace V. Reverencia muy bien en retirarse de bullas, y de inquietudes*; y sin decirle mas, se retirò, dexandole al Padre Vespoli, como se puede considerar, admirado de que le huviesse hablado con tanta claridad, en una materia, que no havia salido de su pecho.

Admirable caso con un Hijo de S. Phelipe Neri.

Un Hijo de la Illustre, y piadosa Familia de el Gran Sacerdote S. Phelipe Neri pensaba en una obra muy del servicio de Dios, y creyendo seria muy conveniente para adelantar su gloria; pero

pero al mismo tiempo se le ofrecian graves dificultades para su execucion ; por lo qual se hallaba confuso , y dudoso, entre el conocimiento de las dificultades , y los deseos de su zelo fervoroso. Quiso Dios sacarle de su duda, y para esso dispuso, que quando la estaba padeciendo mas viva , entrasse por sus puertas , no sè à què , el Padre Francisco de Geronymo; encontròse con el mencionado Sacerdote , y como los Hijos del Gran Phelipe gastan con todos tan atentas urbanidades , el referido Sacerdote se empeñò en acompañar al P. Francisco, hasta dexarle en el quarto del sugeto , que iba buscando: al tiempo , pues, de subir una escalera, donde havia un Retrato de S. Phelipe Neri ; su Hijo le dixo con interiores voces: *Padre mio, sacadme de mis dudas , por medio de las palabras de este hombre santo.* Apenas havia hecho esta mental peticion, quando se hallò respondido à ella, pues el Padre Francisco le dixo unas palabras de la Sagrada Escritura , tan oportunas , y claras , para sacarle de su perplexidad, que immediatamente esta cessó de el todo ; y conformandose con lo que havia oido, le correspondieron los sucessos con toda felicidad.

Conoce el animo vengativo, con q un Cavallero quiere ir à un feudo suyo.

A un Cavallero Titulado, y cuyo nombre se calla , le fueron muy utiles para su conciencia estas luces , que para el conocimiento de los corazones, recibia del Cielo el Padre Francisco. Hallabase aquel Cavallero tan irritado contra unos Vassallos suyos , por injurias que decia le havian hecho, que solo pensaba en tomar de ellos ruidosas venganzas , y tan crueles , que no se contentaba con menos , que con cortarles las narices , y las orejas. Para lograr mas seguramente esta dañada intencion , la guardò en su pecho , sin manifestarla à persona alguna ; mas quiso su buena suerte , que fué à hacer una visita al Padre Francisco de despedida para aquel su feudo, que havia de ser el Theatro de sus coleras. En esta visita , aun al Padre le callò el animo, que llevaba , y solo dixo , que iba à dar varias providencias, conducentes al aumento de su hacienda, y que para el buen exito de todo , le pedia sus oraciones. Francisco estimó mucho su atencion cortesana, y le diò gracias à Dios, de que se le huviesse traìdo à la mano para cor-

corregirle, y hacerle mudar de pensamientos; y assi, con apacible seriedad, le dixo: *Señor mio, V. S. và à su feudo: vaya enhorabuena; pero mire, que arroje primero de la cabeza essos pensamientos que lleva de derramar sangre, y de vengarse con heridas, y cortes de orejas, y de narices.* Esto bastò para que el Cavallero, viendo tan descubiertos los secretos de su corazon, se arrepintiesse de sus malos propositos. Diòle palabra al Padre de abstenerse; y èl entonces, como en accion de gracias, se echò à sus pies para besarselos, y lo huviera conseguido, si el Cavallero no huviera acudido con presteza à recibirle en sus brazos, en los quales le detuvo mucho tiempo; y todo aquel dia le passaron juntos, el uno dando sanos consejos, y el otro oyendolos, para executarlos.

Singulares casos, sucedidos con Antonio de Roberto

Un Sugeto en Napoles, llamado Antonio de Roberto, despues de una Confession general, que hizo con el Padre Francisco, se dedicò à tener con èl una particular amistad, y depone, que fueron muchas las veces, que antes que él se los dixesse, el Padre se daba por entendido de los pensamientos mas retirados, y mas secretos de su corazon. Pero antes de entrar en esta narrativa, será bien le oygamos otra cosa maravillosa, que dice le sucediò con el Padre al principio de su comunicacion, y fuè: Que al acabar de confessarse un dia, Francisco le hizo en la frente la señal de la Cruz, y en aquel instante sintiò, que le caia de la cabeza al pecho uno como nudo perceptible; à lo que se siguieron dos efectos maravillosos, y utiles para su conciencia: Lo primero experimentò suavissimos, y eficaces impulsos de amor à Dios, y à las cosas celestiales, los que le duraron por muchos dias, y por muchas noches, cuyo tiempo le gastò, sin poder hacer otra cosa; en dilatada oracion, y en afectos tiernos de amor à Dios, y de dolor de sus culpas; porque el segundo efecto, que experimentò con aquella Cruz, que el Padre le hizo, fuè, que todos sus defectos passados se le pusieron como pintados delante de los ojos, con todas sus circunstancias, aun las mas menudas. Aprovechòse de este conocimiento, è hizo una Confession general con otro Sacerdote, que le pareciò estaria menos ocu-

pa-

pado, que el Padre Francisco, con quien llegò à reconciliarse despues, (y desde aqui entra la relacion, que hace el dicho Antonio de el conocimiento, que el Padre tenia de los secretos de los corazones) pues afirma, que en aquella reconciliacion, punto por punto le fuè diciendo todo lo que en su vida havia hecho menos agradable à Dios. Otro dia, predicando el Padre, y exortando á todos à hacer penitencia en esta vida, para librarse en la de despues de las durisimas penas del Purgatorio; Antonio, que le havia oido, se apretò à la cintura una cadenilla de agudas puntas; mas como no estaba acostumbrado à estas mortificaciones, no pudiendola sufrir, à breve tiempo se la quitò. Encontròle el mismo dia el Padre Francisco, y le dixo: *Con que la cadenilla, que os ha viais puesto, no la haveis podido tolerar, y os la haveis quitado? Haveis hecho mal; porque aquella mortificacion ligera, por ser padecida en esta vida, que es lugar de misericordia, podia librarte de las penas del Purgatorio, que son intolerables, por ser aquel lugar de Justicia, y de Justicia Divina.* E mismo atestigua, que hallandose en la Congregacion à oìr al Siervo de Dios, y haciendo actos internos, el Padre en su Platica, le iba repitiendo palabra por palabra, todas las que èl interiormente decia. En otra ocasion depone, que padeciendo una fuerte bateria de vehementisimas tentaciones, se encomendò al Padre Francisco (aunque estaba bien distante) è inmediatamente oyò su voz, que sensiblemente le dixo: *No temas*; con lo qual, de repente se desvanecieron los pensamientos, cessò la tormenta, y sucediò la deseada serenidad.

Caso en las Religiosas de S. Francisco.

Conociendo la abundancia de luces, con que Dios favorecia à este Siervo suyo, la Madre Soror Gertrudis del Corazon de Jesvs, Religiosa en el Convento de San Francisco, y Prefecta, y Maestra de las Educandas, que alli se crian, quiso, que el P. Francisco un dia les hiciesse una Platica, y para esso se las puso delante à todas. El Padre las platicò un assunto proporcionado à sus edades: despues, quedandose en conversacion con las Niñas, las preguntò, que si enamoradas del Niño Jesvs, querian quedarse en aquella

casa

casa, para ser Esposas suyas ? A que respondieron todas : sì Padre, sì Padre; mas Francisco replicó: *No, alguna hay entre vosotras, que no piensa en esso, y lo siento, porque no sabe la pobre los trabajos que la esperan en el Mundo para quando salga del Convento.* Assi lo dixo, y assi lo experimentò la muchacha por quien lo dixo, pues habiendo salido del Convento para casarse, la tocò por suerte un marido, que con sus malos tratamientos, le hizo pesadissima la cruz, siempre pesada del Matrimonio. Mas gustoso fuè otro conocimiento, que en el mismo Convento, tuvo acerca de una Religiosa, que en èl se hallaba gravemente enferma. De dictamen de los Medicos, huvo de recibir los Sacramentos; y para que la confessasse, la mencionada Getrudis hizo llamar al Padre Francisco. Cumpliò este con su ministerio, visitò à la Enferma, la reconciliò, y despues le dixo à la Getrudis, que se hallaba delante : *Esta enferma presto me buscarà por su pie en el Confessonario.* Todas las circunstancias arquearon las cejas, porque segun el dictamen de los Medicos, y segun los symtomas, que en la doliente veian, les parecia imposible el que viviesse; pero esperaron el sucesso, y este fuè, que recobrandose con brevedad la enferma de su accidente, se puso en estado de poder baxar à buscar al Padre Francisco, segun se lo havia anunciado.

Otro en el mismo Convento.

Huvo en Napoles un hombre, que viendo à un hijo suyo muy inclinado al juego de la esgrima, temiendo, que diesse en espadachin, y que con sus pendencias ocasionasse escandalos en la Ciudad, le havia prohibido el que se pusiesse espada. El Mozo, obligado de su inclinacion, y genio ardiente, no haciendo caso del precepto de su padre, llegò un dia à concertar una hoja en una de las Tiendas, que de estos generos ay en la Plaza : y la huviera comprado, si el Padre Francisco no se lo huviera impedido con un modo maravilloso: iba el Padre haciendo sus Platicas breves de combite, para la Comunion de el tercer Domingo, y quando el referido Mozo estaba mas embebido en el ajuste, y en hacer pruebas de la espada, que queria comprar, oyò las voces

Extraordinario caso con un Joven poco obediente à su padre.

de

de el Padre, que hablando con el Crucifixo, que llevaba en las manos, decia assi: *O! buen Jesus, es menester que vuestra Magestad mire por sì; porque un mozo atrevido quiere comprar una espada larga, la qual, caminando lleno de vanidad por essas calles, la convertirà en lanza, con que repita las heridas à vuestro Sagrado pecho.* Tempestad de truenos, y rayos fueron estas voces para aquel mozo; y assi, como si sobre su cabeza viera la espada de la Justicia Divina, se retirò del ajuste que estaba haciendo, y de el manejo de las armas, se diò con edificacion de todos, à una vida muy piadosa, y muy christiana.

En el Convento de Santa Patricia.

En el año de 1714. entrò el Padre Francisco en el antiguo, é Illustre Convento de Santa Patricia Virgen de Constantinopla, con el motivo de aplicar las Reliquias de San Cyro à una Religiosa enferma, que havia pedido la diessen este consuelo. Acudiò el Padre Francisco à darsele, y aunque la socorriò con Polvos, y Agua del Santo, no la diò esperanzas de salud, con lo qual calladamente la diò à entender, que de aquella enfermedad moriria, como sucediò; mas con esta ocasion las demàs Religiosas quisieron, que el Padre Francisco las bendixesse con la Reliquia de San Cyro: iba llegando cada una à recibir la bendicion, quando à Inès de Bolonia se le ofreciò decir en su interior: Yo mas quisiera que el Padre Francisco me diesse la bendicion con el Relicario pequeño, que siempre trae consigo; que no con este otro grande, con que và dando la bendicion à mis Compañeras. Estos eran sus pensamientos, mas llegandose su vez, à impulsos de las demàs Monjas, huvo de llegar à los pies del Padre Francisco, el qual sonriyendose, dexò de la mano el Relicario, que havia tocado à las demàs, y sacando el pequeño, que traìa siempre consigo, le aplicó una, dos, y tres veces à la frente de Inès, la qual quedò en esta ocasion ocupada de dos afectos, uno de gozo, por haver logrado su callado deseo; y el segundo de admiracion, porque siendo su deseo tan callado, el Santo Jesuìta se le havia conocido; y en fin, esta especie la quedò tan impressa en la memoria, que diez y seis

años

años deſpues de la muerte del Padre Franciſco ha podido deponerle con la miſma viveza, y ſeguridad, que quando le ſucediò.

En el Convento de S. Eloy.

En el Convento de San Eloy vivia Maria Serafina Lancelota, quien por no haverſe ſujetado à los ſaludables conſejos, que la daba el Padre Franciſco, para ſoſſegarla de ſus eſcrupulos, è inquietudes de ſu conciencia; cayò gravemente enferma à la violencia de ſus melancolicas idèas, y triſtes fantasias. Para remediarſe en eſta enfermedad, pidió à ſu Superiora, que antes que à ninguno otro Medico, le truxeſſe al Padre Franciſco. Vino eſte, y viſitò à la enferma; pero ſin que ſe le apartaſſe de el lado el Compañero que llevaba, con lo qual Serafina no pudo, ni tuvo libertad para explicar como quiſiera las confuſiones, que padecia ſu corazon, pero no fuè meneſter, porque el Siervo de Dios, con ſingular dulzura, y particular gracia la hablò tan al alma en todo el tiempo que durò la viſita, como ſi ella huviera podido explicarſe con la libertad que deſeaba: Pero para aſſegurarſe mas (que un genio eſcrupuloſo con nada ſuele ſatisfacerſe) eſcriviò al Padre Franciſco todos ſus eſcrupulos, ò ſus miedos; mas el Padre no la reſpondiò mas, que lo que en la viſita antecedente la havia dicho: con que confirmò, que no la havia hablado acaſo, ſino con conocimiento de lo que paſſaba en ſu pecho, aunque ella no ſe lo havia revelado.

Caſo con el Duque de S. Elias.

Don Franciſco de Palma Artois, de la Caſa del Duque de San Elias (primero Sacerdote Secular, y deſpues Sacerdote de la Compañia de Jeſus) hallandoſe con un cuidado de baſtante gravedad, y acongojado por no ſaber el exito que tendria, ſe le conſultò al Padre Franciſco de Geronymo, para vèr que podia colegir de las palabras de ſu reſpueſta: dixole, que ſe hallaba con un grave cuidado; pero callòle qual fueſſe la materia de èl; mas el Padre le fué reſpondiendo tan al caſo, como ſi le huviera informado de todo; y ultimamente concluyò con darle eſperanzas, de que todo ſe compondria muy à ſu ſatisfaccion. Oyòle Don Franciſco con admiracion, y con guſto: con admiracion, porque el Pa-

Padre se havia dado por tan entendido de materia en que èl no se havia explicado con gusto, porque le havia respondido, que aquella materia saldria á medida de su deseo; pero despues se le ofreciò, si acaso haverle respondido el Padre assi, havria sido solo para consolarle, y quietarle su cuidado, interceidiendo en esso algun disimulo, ò cortesana lisonja. Con este nuevo ofrecimiento bolviò à vér al Padre Francisco, pretextando ir à visitarle por enfermo: passaron aquellos primeros terminos de la visita, y Francisco de repente clavando los ojos en aquel Cavallero, le dixo: *Señor Duque, sepa V. E. que yo no dirè ni una mentira, ni una lisonja, por todo el oro del mundo.* La armonia, que estas palabras ocasionaron à aquel Cavallero, no es facil que lo explique la pluma. Reconociò, que como à muy amigo suyo, Dios le revelaba los secretos pensamientos de los corazones humanos, y por tanto, dandole en su pecho el credito de Santo, se retirò de la visita, lleno segunda vez de admiracion, y de gozo.

De este juicio, que formò en esta ocasion dicho Cavallero del Padre Francisco, se aprovechò en otra, en que se hallò afligidisimo de varias especies melancolicas, que le sacaban fuera de sí; ofreciòsele acudir por el remedio à su venerado Francisco, fuè à verle, tomòle de la mano, aplicòsela à su frente, è immediatamente experimentò, que como mano de Santo, le desvaneciò todas sus tristezas, y que à ellas sucedieron alegres, y gustosas serenidades.

Otro caso semejante con èl mismo

CAPITULO V.

SUS ANUNCIOS DE vida, ò de muerte à los enfermos, que visitaba.

ADmirables fueron las luces (segun lo dicho hasta aqui) que Dios comunicò à este amado Siervo suyo para todas las profecìas, que como sin querer se le caìan de los labios; pero aun mas admirables fueron las que hacia á los enfermos, ò acerca de sus vidas, ò de sus muertes, quando los visitaba. Eran tan ciertas, y tan seguras, que en Napoles mas feè hacian los anuncios de el Padre, que los pronosticos de

de los Medicos; pero què mucho, si muchas veces, contra los pronosticos de los Medicos, se verificaban los anuncios del Venerable Padre?

Casos sucedidos con sugetos de Casa.

Empiecen las pruebas de lo dicho por un sugeto de Casa: Este era un Joven Jesuita, que estaba estudiando Rethorica en nuestro Colegio de Napoles, y se llamaba Francisco de la Uba. De la aplicacion à los libros se le pegó una calentura maligna, y continua, que le iba consumiendo de modo, que los Medicos le desauciaron. En estas circunstancias le visitò Francisco, y haviendo preguntado, como se llamaba el enfermo, y oido, que se llamaba Francisco de la Uba, con promptitud, y alegre semblante, dixo: *O, esta Uba no està aùn madura.* Equivoco de donde infirieron los circunstantes, que no moriria, enmedio de que yà los Medicos, como he dicho, le tenian desauciado: y assi se verificò, pues bueno, fuerte, y sano, pudo proseguir sus estudios, y oy emplearse en los ministerios de la Compañia.

Con el Padre Ministro del mismo Colegio, llamado Genaro Guanciale, le passò tambien un caso bien armonioso. Hallabase dicho Padre en la cama enfermo, y sumamente dèbil, y falto de fuerzas. Visitòle nuestro Missionero, y al despedirse, con su alegria acostumbrada, le dixo: *Ea, à Dios Padre Ministro, y mire que ha de ir al Jesus à ayudarnos à confessar el Domingo.* No le disgustò al enfermo esta proposicion, pero le pareciò, que no era posible se verificasse; pues despues de dos meses de enfermedad, y cama, y estando tan dèbil, y postrado, por las muchas medicinas, que le havian hecho tomar; como era creible hallarse con fuerzas el Domingo, que estaba tan cerca, para, no solo salir de la cama, sino de Casa, è ir à la Professa, y estàr oyendo toda la mañana confessiones? Batallando con estas especies, llegò el Domingo, y entonces sintiò un interior impulso, y alentado vigor, que le obligò à dexar la cama, y creciendo las fuerzas, pudo salir, y saliò de Casa: llegó à nuestra Professa, y se aplicò al Confessonario, y conforme se iba aumentando la taréa, reconociò, que se

iba reparando mas, y mas, y cobrando nuevo aliento, hasta hallarse perfectamente convalecido, y sano. Todo este caso se depone de su puño el mismo favorecido; y me hace gracia, que concluye su deposicion, diciendo: *Me parece, que al llegar la mañana del Domingo me hacian fuerza para que me levantasse, y verificasse la palabra de aquel Santo hombre.*

Al mismo Colegio fuè el Padre Francisco por el mes de Diciembre del año de 1708. en ocasion de hallarse gravemente enfermo otro Joven Jesuita, llamado Amadeo Langosco, natural de Berceli: padecia una mortal calentura ethica, y luego que Francisco le viò, le dixo, aunque con grande suavidad, *que se preparasse para morir*; sintiò el Joven el aviso, y le dixo à quien se le daba: *Padre, yo quisiera vivir, para emplear mi vida en obras del servicio, y honra de Dios. Buenos son essos deseos*; (respondiò Francisco) *pero mejor serà yà, no pensar en otra cosa, que en caminar à la Patria Celestial.* Voces fueron estas tan eficaces, que con ellas el enfermo, olvidando otros pensamientos, se dedicò fervorosamente à caminar, resignado, y aun alegre, al Cielo, donde le llamaban.

Desde el Colegio hemos de passar ahora à la Casa del Noviciado. En ella havia gravemente enfermo un Novicio llamado Leon Lucas Potencia, natural de Vivona, y mozo, que manifestaba haver de ser por sus prendas un util, y provechoso Jesuita. El Rector del Noviciado el Padre Carlos Vespoli, que por lo dicho sentia mucho, que aquel Novicio se le muriesse, pidiò al Padre Francisco, que fuesse à socorrerle con el contacto de la Reliquia de San Cyro. Fué el Padre; pero antes de vèr al enfermo, dixo à los que encontrò en el camino: *Si el fruto està de sazon, mejor serà, que el Hortelano le coja.* Diciendo esto, llegò à la cama del enfermo, le aplicò la Reliquia, pero sin decirle mas palabra, *que el que presto le desatarian de las cadenas del cuerpo, para que volasse à la Gloria.* Estas voces ocasionaron tal dulzura en el corazon del enfermo, y tal despego de esta presente vida, que preguntandole despues algunos, qual queria mas,

si morir, ò si vivir? Respondia con promptitud: *Deseo morir*; y lo consiguió à breve tiempo con una muerte tan sossegada, que dexò llenos de embidia à los demàs Novicios, y sugetos de aquella Casa.

Lo mismo le sucediò con otro Novicio muy parecido al antecedente, llamado Blás Tarsia: cayò enfermo, agravòsele la enfermedad, y el Padre Rector, (yà citado) amante de sus Subditos, embiò dos sugetos del Noviciado al Padre Francisco à rogarle, y à pedirle hiciesse un poco de lugar para visitar aquel enfermo. Los Comissarios no encontraron en Casa al Padre Francisco, pero dexaron dicho en la Porterìa, le previniessen, que le havian buscado de parte del Padre Rector: no dixeron mas à los Porteros, ni los Porteros dixeron mas al Padre Francisco, quando bolviò à casa; pero el Padre respondiò: *Si: el Padre Rector me llama para que visite à un Novicio, que està malo; pero què podrèmos hacer, si la Virgen Santissima quiere aquel Angelito para sì?* Aunque tuvo tan adelantado este conocimiento, no dexò de acudir al llamamiento del Padre Rector: visitó al enfermo, y al tiempo de aplicarle la Reliquia de San Cyro, no le dixo mas, *sino que se conformasse con la voluntad de Dios.* Los circunstantes, que conocian bien las frasses del Padre Francisco, luego que le oyeron esta, dieron al enfermo por difunto; y no se engañaron, pues à breve tiempo muriò, repitiendo muchas veces, *el cumplase en mi la voluntad de Dios*, que era lo que el Missionero le havia dicho. Fuè su muerte felicissima, pues corriò por la Casa, que la gran Reyna del Cielo se le havia dexado vèr al tiempo de morir: y yo lo creo facilmente, pues por algo dixo el Padre Francisco, que la Reyna Soberana queria aquel Joven para sì.

A otro Novicio Coadjutor temporal, llamado Juan de Marino, visitò tambien el Padre Francisco en la misma Casa, y à este desde luego supusieron los que al Padre le iban acompañando, que le diria tambien se conformasse con la voluntad de Dios, y se dispusiesse à presentarse en su Tribunal, porque mas que enfermo, estaba moribun-

bundo, con complicadas enfermedades, baſtante cada una para quitarle la vida, pues padecia una obſtinada parotida, maligna calentura, eſquinencia, y diſipula en el roſtro; no obſtante, al verle el Padre Franciſco, como quien no hacia caſo de tantos males juntos, le dixo con alegre ſemblante: *Tenga buen animo, Hermano mio, que preſto ſanarà*; y aſsi ſe cumpliò, pues dentro de breve tiempo mejorò tan del todo, que oy dia goza una perfecta ſalud, la que emplea provechoſamente en los oficios, y miniſterios de ſu vocacion.

Dos veces, en diverſas ocaſiones, fuè llamado nueſtro Jeſuita à viſitar à dos enfermos de la Inſigne Caſa de los Clerigos Reglares de S. Pablo. El primero fuè el Padre Cayetano Caracholi, ſugeto, con razon, muy eſtimado de los ſuyos, y aſsi, eſtaban muy doloridos de verle poſtrado à la violencia de una grave enfermedad. El Padre Franciſco le viſitò, pero no pudo conſolar con alegres eſperanzas à los que veìa tan apeſadumbrados; antes bien, luego que viò al enfermo, ſe le deſmayò, pero con tales expreſsiones, que no diciendolo con claridad, fueron baſtantes, para que aquellos Padres entendieſſen que ſu enfermo ſe les moria. Fuè el caſo, que el Padre Caracholi empezò à porfiar con el Padre Franciſco ſobre beſarle la mano. Nueſtro Miſsionero ſe reſiſtiò, diciendo aſsi: *Què es eſto, Padre? Eſtas humildades quiere gaſtar conmigo? Pero eſto es, que como ſois entendido, conoceis que los actos de humildad ſon muy provechoſos à los que eſtan de viage para la region de la vida eterna.* Aſsi dixo Franciſco, y aſsi aquel Sacerdote muriò. Sucediòle lo contrario en la ſegunda ocaſion, que eſtuvo en aquella Caſa, pues haviendo viſitado à Juan Bautiſta Sartonio, natural de Arimino, y Theologo de tercer año, le eſperanzò de que recobraria la ſalud; ſiendo aſsi, que el celebèrrimo Medico de Napoles Federico Menino, le havia deſauciado con todas aquellas fraſſes fuertes, y apretantes, con que ſuelen los Medicos firmar ſus ultimas ſentencias; pero en eſte pleyto venciò Franciſco, pues haviendole dicho, que eſtaria bueno, y dadole

à beber un poco de agua de San Cyro, dicho Sartonio empezò à mejorar, y dentro de breves dias logrò una perfecta salud.

Los Conventos de Religiosas de esta Ciudad se hacen tambien lenguas, en aplauso de la certeza de los anuncios, que en ellos hizo nuestro Santo Misionero: Empecèmos por el Monasterio de Santo Domingo, llamado en Napoles del Divino Amor. En este se hallan unas Mugeres, nobilisimas por sus nacimientos; pero mucho mas nobles, por consagradas à Dios, y por el tesòn, y religiosidad con que guardan sus Constituciones, y Reglas. En este Monasterio, pues, entrò el año de seis el Padre Francisco, llamado de la señora Doña Geronyma Tutabila, que estaba gravemente enferma, para que la aplicasse la Reliquia de S. Cyro. Y desde que nuestro Misionero puso el pie en la Porteria, las Religiosas, como tan unidas en Amor, y en Caridad, se interessaron en pedirle por la Enferma; y para empeñarle mas, le dixeron, como en aquellas circunstancias se hallaba aplicada à adelantar quanto podia la fabrica de su Iglesia; y que assi, les alcanzasse de Dios, que se la conservasse. Francisco oyò, callò, y se fuè en derechura à visitar à aquella señora, y haviendose encontrado en su Celda una hermosa Imagen de la Virgen, ante ella se postrò, y despues, levantando los ojos al Cielo, articulò estas palabras: *Domus non manu facta in Cœlis.* Que quieren decir: Casa en el Cielo, no hecha por manos de hombres. Lo mismo fuè oìr las Religiosas: *Cielos, y Casa hecha en los Cielos,* que entender, que su Tutabila passaria al Cielo à poner alli su casa, y assi sucedió, muriendo dentro de quatro dias.

Religiosas Dominicas, en el Convento del Divino Amor.

Seis años despues de lo referido fuè avisado de el mismo Convento para otra Enferma, llamada Luisa; y tambien *Tutabila* de apellido: à esta buena señora, los Medicos llegaron à desauciarla; pero con la visita de el Padre Francisco todo fuè à mejor, diciendo claramente, que al dia septimo de su enfermedad empezaria à convalecer, aunque añadió, que aquel dia la verian muy mala; y tan mala estuvo, que à toda priessa se le dieron los Sacramentos, pero no obstante se cumpliò la segunda parte del anuncio

En el mismo Convento.

de nueſtro Jeſuita; porque deſde aquel dia empezò à convalecer; mas no quiſo Dios, que fueſſe con tanta felicidad, que en la convalecencia no tuvieſſe dos nuevos accidentes, que ofrecer à ſu Mageſtad: el uno en el cuerpo, y el otro en el alma. En el cuerpo fuè formarſele en una pierna un crecido tumor, que vino à ſer como terminacion de la antecedente enfermedad, pero terminacion tan peligroſa, que Cirujano, y Medicos convinieron en que era preciſo cortar la pierna. A eſte miſmo tiempo ſe le llenò el alma de unas negriſsimas deſconfianzas de ſu ſalvacion. En eſta confuſion de cuidados, y de cuidados de tanta magnitud, ſe llamò al Padre Franciſco, para que fueſſe el remedio de todos ellos, y lo fuè ſolo con aplicarle à la cabeza, y á la pierna la Reliquia de San Cyro, pues immediatamente ſus eſcrupulos, y ſus congojas ſe deſaparecieron, y el tumor hizo lo miſmo, dexando ſolo, como para memoria, una mancha, ò cardenal en el lugar que havia ocupado. Y aun no contento con eſto, al tiempo de deſpedirſe de la Doliente, le aſſegurò, que preſto lograria otro favor del Cielo, y ella depone, que le recibiò, aunque por juſtos motivos dice, que debe callar qual fueſſe.

En el miſmo Convento.

No fuè menos admirable lo que en eſta miſma caſa le ſucediò en el año de ocho del corriente ſiglo: llamaronle para otra Enferma, y acudiò al inſtante, pero al conducirle á la Celda, para que le havian llamado, ſe entrò en otra, que eſtaba al paſſo, y donde havia otra Doliente. Dixeronle: *Padre Franciſco, no es eſta la Enferma para que venis. Ya lo sè* (reſpondiò el Padre) *pero eſta es la que mas neceſsita de mi viſita, y aſsi retirenſe, que quiero confeſſarla.* Obedecieronle, y preſto reconocieron, que en aquel lance havia ſido governado por luz ſuperior, pues à aquella Doliente, que no les daba algun cuidado, luego que el Padre la confeſsò, la diò un accidente, que la privò del habla, y de que al dia ſiguiente eſpirò. A la otra Enferma, para que le havian llamado, no hizo mas que verla, darla ſu bendicion, y decir: *Eſto no es nada*, y dexarla buena.

Muy parecidas á las dichas fueron otras Profecias, que dixo en el célebre Monaſterio de la Concepcion,

En el Convento de la Concepcion.

cion, fundado en Napoles para señoras Españolas. En el año de 1702. enfermaron por el mes de Febrero, y de gran cuidado: Doña Maria Cecilia de Acuña y Bracamonte, y Doña Maria Bernarda de Torres. La primera estuvo de tanto riesgo, que los Medicos mandaron se le diessen los Sacramentos; y para confessarla, y aplicarle la Reliquia de San Cyro, fuè llamado nuestro Jesuita, quien con rostro alegre, al verla, dixo: *Cecilia, convalecerás, y lo que ahora conviene, es, que duermas cinco horas.* Cosa admirable! quedòse dormida, durmiò el tiempo, que el Padre la havia dicho, y al despertar del sueño, se hallò perfectamente convalecida, y sana. Mientras la referida dormia, le pidieron aquellas Señoras, que visitasse à Doña Maria Bernarda; pero el Padre respondiò: *No ay para què, porque à essa la està esperando en el Cielo su Corona*; y que assi seria, lo comprobò la piadosa muerte, que dentro de breves dias tuvo aquella felìz Señora.

En el Cónvento de la Solitaria.

Desde el Convento de la Concepcion hemos de passar al de la Solitaria, tan plausible en Napoles, como saben todos, y verèmos, que en un dia hizo en èl Francisco tres cèlebres anuncios; el primero se dirigiò à la Superiora, llamada Doña Magdalena Plata, la qual estaba en la cama, y de grave cuidado, porque havia dado una peligrosa caìda; mas dandola el Padre Francisco à beber un poco de agua de San Cyro, la dixo: *Mañana estareis buena*, y assi sucediò. Passò à vèr dos Educandas, que se criaban en aquella casa, Españolas las dos, llamada la una Doña Juana Ordoñez, y la otra Doña Josepha Garcia: La Ordoñez padecia una arraygada malicioſa calentura; mas esta la desarraygò nuestro Missionero, solo con darla unos polvos de las flores de San Cyro. Doña Josepha Garcia padecia un fuerte dolor de oìdos, y à esta la dixo: *Sanarà, si dexa de hacer tales, y tales travesuras, que no parecen bien en una Niña de sus obligaciones.* Y sin duda debiò de enmendarse de lo que el Padre Francisco la advertia, pues à poco tiempo se hallò libre de su dolor.

En Santa Maria de el Siglo.

En el Colegio de Santa Maria de el Siglo diò una caìda tan desgraciada Doña Candida Maria de la Concepcion, que se quebrò el

hueco de una rodilla ; sobrevinieronle fuertes calenturas, y otros accidentes de tan pestilente calidad, que los Medicos desconfiaron de su vida; mas quando por los pronosticos de los Medicos estaban mas desconsoladas, assi la Enferma, como sus Assistentas, entrò à consolarlas el anuncio del Padre Francisco, en todo contrario al pronostico de los Medicos : *No ay que temer*, (dixo) *que de esta enfermedad no morireis.* Pareciòles à los circunstantes, que el Padre Francisco en esta ocasion se engañaba, porque veian à la Enferma tan postrada, que à cada hora les parecia la veian agonizar. Pero en medio de sus temores no dexaron de reconocer, que se iba templando la calentura, hasta que del todo se acabò, con lo que se acabò tambien el principal peligro de su vida; pero no havia modo de que Candida mejorasse de la fractura, que en la rodilla se havia hecho : Repetian los Cirujanos sus apositos, y los demas medicamentos, que su Arte les dictaba, pero Candida no se podia mover; viendose en este estado, acudiò á su Padre Francisco, pidiòle, que alcanzasse de Dios el que pudiesse andar, aunque fuesse arrimada à una muleta. A que el respondiò: *Dentro de un año no necessitareis, ni de muleta para andar, y os haran Superiora de este Colegio* ; y prosiguiò diciendole muchas cosas de las que deberia executar, quando se viesse Superiora. La Enferma oyò quanto la decia; tomò paciencia de aquellas mismas voces, para passar aquel año, y al fin de él se hallò con su ofrecida salud, y su ofrecido Superiorato ; con el que haviendo cumplido por espacio de tres años, despues por otros once fuè Vicaria en el dicho Colegio.

Al hijo del Marquès de Genciano

Un hijo del Marquès de Genciano, siendo niño de tres años, se hallò à los ultimos de la vida, à la violencia de una grave enfermedad; su afligida madre hizo llamar al punto al Padre Francisco, el qual, luego que viò al Niño, le dixo: *Senora, no se desconsuele, tenga buen animo, que este Angelito sanara.* Aplicòle despues la Reliquia de San Cyro, y à su contacto se siguiò en el Niño, que le estaba mirando sin pestañear, una vehemente tos, con la que arrojò gran copia de flema, y colera, y con ella todo el veneno,

neno, que le quitaba la vida: visto este feliz efecto, el Padre Francisco passò à notificarsele à la Marquesa, à quien havian retirado de la vista de su hijo moribundo, por hallarse preñada de ocho meses. Diole el gustoso aviso, pero acompañandole con otro, no menos gustoso, pues la dixo: *Señora, dele mil gracias à Dios, porque su clemencia anda con V. Exc. tan favorable, que no solo le dexa en la vida el hijo que le havia dado, sino que dentro de breves dias le dará otro varon, para que asségure mas la succession de su casa.* Todo se cumpliò como el Padre le dixo, pues à su tiempo diò à luz otro Niño, à quien puso el nombre de Carlos, y à quien quiso sacasse de pila el Padre Francisco, pagandole con esto las dos buenas noticias, que la havia adelantado.

A la Princesa de Athena.

La Señora Doña Teresa Pinto Capeche Bozuto, Princesa de Athena, y Marquesa de Brienza, hallò el alivio de una gran pesadumbre, con que la visitò el Cielo, en unas alegres esperanzas, que de allá le traxo el Padre Francisco. Enfermó gravemente, siendo apenas de un año su hijo Don Antonio Caracholi: amabale como à su hijo; y assi, al verle agonizar fuè crecidissimo su dolor, pero este no la embargò tan del todo, que no la dexasse lugar para acordarse del Padre Francisco, antes que de ningun otro Medico, y assi hizo, que se le llamassen. Acudiò el Padre, y encontrò turbada toda la casa, al Niño muy sin fuerzas, y á su Madre entregada à una profunda melancolia; no obstante haviendo mirado al enfermo, bolviò el semblante alegre, y risueño à su Madre, y la dixo: *Señora, sabe cantar?* *Si sè* (respondiò la Princesa) *pero ahora, mas es tiempo de llorar, que de cantar. Ea, que no* (prosiguiò Francisco) *si, como decis, sois Musica, cantadle alguna tonadilla alegre a vuestro hijo, que no morira, no; ya esta bueno, ya esta bueno.* Y assi fué; pero si aqui la combidò à que se alegrasse por la recobrada salud de su hijo dentro de quatro años la exortó à conformarse con la voluntad de Dios, porque su Magestad queria tomarsele para si. Enfermò el Niño de peligrosas biruelas; vino à visitarle el Padre; su madre no se apartó de su lado, atenta à lo que el Jesuita executaba, y decia, y este hizo à el Enter-

fermo rezar el Ave-Maria, dictandoſela palabra por palabra; y deſpues la eſtrofa del hymno *Ave Maris Stela*, que dice: *Maria Mater Gratiæ, Mater Miſericordiæ, tu nos ab hoſte protege, & mortis hora ſuſcipe.* Al oir eſtas ultimas palabras la ſeñora Princeſa, eſtuvo apique de deſmayarſe de ſentimiento, diciendo: *Ay de mi, que mi amado hijo de cierto ſe me muere!* y mirando al Padre, proſiguiò con notable anſia: *Es poſsible, Padre Franciſco, que no os compadezcereis de eſta afligida Madre? Pues què es eſto?* (reſpondiò el Padre) *Dios le llama à la Gloria, y vos le quereis detener en la tierra? No, no, deſele de buen corazon à quien le hà criado para el Paraìſo, y ſirvaos de conſuelo, que ſe và al Cielo à eſtàr entre los Coros de los Inocentes. Pues es ſu madre, alegreſe de que logre tan preſto aqueſta dicha.* Eſta breve, y dulce reprehenſion la dixo el Padre con tal gracia, que como celeſtial rociò, templò de modo el corazon de aquella Señora, que yá no ſolo con paciencia, ſino es con guſto, le bolviò àDios el hijo, que por aquellos cinco años le havia preſtado.

La Princeſa Scani.

La Illuſtre ſeñora Princeſa Eſcani, llamò en otra ocaſion al Padre Francisco, para pedirle ſus oraciones, à favor de dos hijos ſuyos, que havian caido gravemente enfermos. Fuè nueſtro Miſſionero, y la conſoló, pero haciendo un vaticinio, que ſi le huviera entendido, enmedio del conſuelo que la daba, la huviera dexado muy cuydadoſa, pues la dixo aſsi: *Señora, por eſta vez no ay que temer de la ſalud de vueſtros hijos*; y aſsi ſucediò, pues convalecieron los dos de ſus peligroſas enfermedades. Pero para que ſe vea, que en las propoſiciones de Franciſco no havia palabra, que holgaſſe, y que no fueſſe myſtrioſa: ſucediò, que dentro de algunos años, uno de aquellos Cavalleros, haciendo viage, no sé adonde, ſe entrò inconſideradamente en un Rio, de donde no ſaliò, porque le ahogaron ſus corrientes. Llegò eſta deſgraciada noticia à ſu madre, y entonces conociò, que el Padre Franciſco la havia aviſado de eſte contratiempo, quando la dixo: *Que por aquella vez* no peligrarian ſus hijos.

D. Thomàs Carrafa.

A Don Thomas Carrafa, ſugeto, no menos noble, que piadoſo, le puſo una gra-

grave enfermedad en las manos de la muerte. Su hijo mayor, llamado Don Marcelo, pidiò al Padre Francisco, que fuesse à socorrer à su padre con el contacto de la Reliquia de San Cyro; pero llegò en ocasion, en que el Padre iba á salir con su procesion de la Mision, para hacer sus Platicas por las Plazas de Napoles; y assi se escusò cortesanamente de ir à hacer aquella visita. Instaba Don Marcelo, mas el Padre le respondiò, diciendole: *Vuestro buen Padre, Don Thomàs, no necesita de mi esta tarde; y mañana, ni de mi, ni de otro tendrà necesidad.* A este dicho correspondiò el suceso, pues à las ocho de la noche, aquel buen Cavallero muriò, correspondiendo su sossegada muerte á los santos exercicios de virtudes, que havia practicado en vida.

Inès Carlucho.

Viendo Inès de Carlucho, que en una grande enfermedad, que padecia, en nada la aliviaba la assistencia de los Medicos, passò toda su confianza à los meritos, y oraciones del Padre Francisco, y assi le embiò à pedir, la viniesse à visitar. Al entrar por sus puertas encontrò toda su familia con las lagrimas en los ojos, las que el Padre procurò serenar con unas voces, con que creyeron, que su Ama se les quedaba en los terminos de la vida; pero presto se desengañaron, y conocieron, que las voces alegres del Padre eran, porque la Enferma passaba, desde esta, à aquella vida, que propiamente es bienaventurada, y felìz, pues les dixo: *Què es esto? Què tienen? Por què lloran? Es acaso materia de lagrimas el que tendràn presto una Angela en el Paraiso?* Con esto entrò à visitar à la Enferma, diòle su bendicion con la Reliquia de S. Cyro, y al tiempo de despedirse repitiò las mismas palabras muy risueño, porque miraba, que aquella Alma felìz estaba tan cerca de entrar en el Puerto, que antes que el Padre acabasse de baxar la escalera, aquella Señora placidamente espirò. Todo este caso le confirma, con las Señoras parientas de la Difunta, el señor Consejero Don Francisco Antonio Benitez, por haver sucedido en su casa, y tambien depone el que se sigue, que es bien harmonioso.

A un Enfermo.

En casa de este Cavallero huvo un hombre, cuyo nombre se calla, por no infamar su vida; aunque, trocan-

candola deſpues de mala en buena, tuvo una muerte muy chriſtiana. Eſte ſugeto cayò gravemente enfermo, y como la muerte viſta de cerca ſuele aconſejar la penitencia sòlida, y verdadera; deſeò vivamente confeſſarſe con el Padre Franciſco, y para eſte fin pidiò à dicho ſeñor Conſejero, que ſe le llamaſſen. Vino al punto; y ſiendo aſsi, que al Enfermo, ni le havia tratado, ni conocido, no obſtante, mientras que llegaban á ſu eſtancia, le fuè diciendo el Siervo de Dios al ſeñor Don Franciſco, que le havía ſalido à recibir: *Tè sè la vida que hà tenido, y que ha ſido muy enredada en los engaños de el mundo; pero tambien sè, que ayudado de la Gracia Divina, quiere romper de veras las redes, y mudar coſtumbres; y en fin, ahora, Dios le vè bien diſpueſto, y tengo por cierto, que le quiere ſalvar.* Con eſto llegò á viſta de el Enfermo; oyòle largamente ſu confeſsion; propuſole las mas propias razones, y eficaces motivos, con que podia adelantar ſu dolor, y diſponerſe mejor para morir, con lo qual ſe deſpidiò, pero repitiendo las miſmas palabras, que antes havia dicho. Pocos dias deſpues el Enfermo (proſiguiendo ſiempre en hacer muchos actos de Contricion de Confianza, y de Piedad) rindiò el alma á ſu Criador, verificando puntualmente el vaticinio del Padre, aſsi de la muerte, cõmo de la buena diſpoſicion para ſalvarſe.

Antonio Auriema.

En el llano de Sorrento, donde Franciſco ſe hallò por caſualidad, yendo de camino à otra parte, eſtaba gravemente accidentado Antonio Auriema, natural de aquel Païs, quien logrando la ocaſion de tener tan cerca un Medico, tan acreditado, y tan caritativo como nueſtro Jeſuita, embiò à pedir le vinieſſe á viſitar. Vino, y apenas le vió, quando le pregunta: *En què dia eſtamos de la enfermedad?* A haviendole reſpondido, que en el ſexto, el Padre añadiò: *Si, pues al ſeptimo eſtareis ſano.* Acabòſe la viſita, y al dia ſiguiente ſe acabò del todo la enfermedad.

A Domingo Germàn.

Por la poſta corria à la ſepultura Domingo Germàn, Napolitano, ſin que pudieſſen detenerle en eſta carrera, ni las Medicinas, ni las aplicaciones cuidadoſas de los Medicos. Vino el Padre Franciſco, llamado por los ruc-

ruegos del enfermo, para que le aplicase la Reliquia de San Cyro: Aplicòsela, pero diciendo al mismo tiempo: *Ciertamente convalecerás, y libre, y sano, te irás à vèr conmigo en mi Casa; pero te prevengo, que mudes de vida, porque esta que Dios ahora te concede no durarà muchos años.* Todo lo dicho se cumpliò, pues al Domingo inmediato el enfermo se hallò con fuerzas bastantes para ir à nuestra Casa à visitar al Padre Francisco, y dentro de quatro años, estando en la Calabria, acabò sus dias.

Le libra de una enfermedad

Pero le previene, le durarà poco la vida.

Lo mismo à otro

A un Criado Mayor del Principe de San Martin, á quien vehementes dolores de todo el cuerpo tenian sin movimiento alguno, visitandole el Padre Francisco, le dixo casi lo mismo que al antecedente, *que Dios le concederia algunos dias de vida, pero que no serian muchos*: Y assi se verificó, pues haviendo cobrado salud, y movimiento por algun tiempo, dentro de pocos meses muriò.

Profecia, acerca de un niño.

A Xavier Catalán, niño de seis años, y gravemente enfermo, le fué à vèr el Padre Francisco: pediale su madre con instancia, que le alcanzasse la salud à su hijo, por los meritos de San Francisco Xavier, alegando para esto, que à su hijo le haria Jesuita, pues manifestaba, aun en aquella edad, bello natural, y genio para Religioso. Sonriyòse Francisco, y respondiò: *Si este niño viviera, no fuera Jesuita, sino Franciscano; mas no serà ni uno, ni otro, porque presto caminarà à acompañar à sus hermanos à Santa Cruz de Palacio.* Era esta una Parroquia donde se havian enterrado otros hermanos del enfermo, y en cumplimiento de lo que el Padre havia dicho, èl fuè à acompañarlos á la semana siguiente.

A Don Raymundo Blanc.

El Noble Don Raymundo Blanc, sugeto muy amado del Padre Francisco, yà por las atenciones que debia à su Casa, yà porque havia sido su Padrino de Confirmacion; cayò enfermo con una ligera calentura: ligera, porque assi le parecia à su hermano Don Carlos, Marquès de Pizonio; y porque en la arteria no descubria su malicia; fuè à visitarle el Padre Francisco, y diò à entender á la familia, que aquella calentura debia dar mucho cuidado: Assi se les advirtiò à los Medicos, y à esta

esta luz descubrieron padecer el enfermo un agudo dolor de costado. Hecho este juicio, aplicaron los remedios comunes à este accidente; mas à este tiempo el Padre Francisco, hablando con su hermano Don Carlos, le desauciò, pero con estas voces: *Hà Señor*, le dixo, *que profundos, y quan dignos de venerarse son los secretos juicios de Dios! El señor Don Raymundo cumplia perfectamente con las obligaciones de Noble, y Christiano Cavallero, y à los pobres los socorria con larga mano.* No dixo mas; pero el Marquès viendo que en los labios del Padre Francisco havia llegado el dia de las alabanzas de su hermano; conociò que no estaba muy distante el de su muerte; y assi fuè, pues no pudiendo vencer la medicina à la enfermedad, à su violencia perdiò aquel Cavallero la vida.

Al Marquès de Vinquiaturo.

Don Camilo Longo, Marquès de Vinquiaturo, padeciò un grave accidente de orina, y que le mortificaba tanto, que para que tuviesse en èl algun alivio, su muger Doña Vicenta de Granada, y Doña Beatriz Longo su prima, embiaron por el Padre Francisco, el qual luego que llegò, aun sin haver visto al enfermo, le desauciò; pues à aquellas Señoras, que con ansia le esperaban à la puerta, les dixo: *Señoras, se debe obedecer à Dios, que es Señor, y Padre de sus Criaturas.* Visitò al enfermo, esforzòle à la paciencia, y à la conformidad con la voluntad Divina en sus dolores; y haviendose despedido de sus parientas, repitiendoles lo que al principio, se retirò a su casa, y el Marqués dentro de breves dias acabò con su vida, y con sus dolores. No le sucediò assi con Don Miguèl de Vicarijs, Cavallero Salernitano, è hijo de la poco hà mencionada Doña Beatriz Longo, pues estando este Cavallero gravemente indispuesto, y haviendo llamado al Padre Francisco, para que con las Reliquias de San Cyro le socorriesse; despues de haverle dado unos Polvos con Agua bendita del Santo, con semblante alegre le dixo: *Ea, Señor, tenga buen animo, que presto vendrà à mi Casa à dar gracias à San Cyro, y vendra por su pie, sin que sea preciso valerse ni aun del hombro de un Criado.* Hallabase el enfermo

A D. Miguel de Vicarijs.

tan

tan postrado, y falto de fuerzas, que le parecia imposible se cumpliesse lo que el Padre le decia; pero presto reconociò, que assimismo no se debia dàr credito, pues convaleciendo con perfeccion, pudo ir à nuestra Iglesia, y sin arrimo; y dàr las gracias al Santo, segun, y como le havia dicho nuestro Misionero.

A D. Ramiro Rogelio.

No fue tan alegre, pero no fuè menos cierto otro anuncio, que hizo à otro Cavallero, llamado Don Ramiro Rogelio. Acometiòle un accidente de apoplexia, que le robò todos los movimientos del lado derecho: visitòle nuestro Jesuita, y desde luego le insinuò su muerte con aquellas sus sabidas frasses, con que persuadia á la paciencia, y à la conformidad con la voluntad de Dios: oyòlas el enfermo, y aun las entendiò; pero por esso mismo, llevado del natural deseo de la salud, le pidiò al Padre, que sobre el lado cogido del accidente le hiciesse la señal de la Cruz. *Yo lo hare*, dixo Francisco, *pero si Dios quisiere que perdais tambien los movimientos del lado izquierdo, què harèmos? Serà preciso el conformarnos tambien.* Cosa rara, y mysteriota por cierto! á breves dias, faltandole à aquel Cavallero los movimientos de uno, y otro lado, vino à quedar como un tronco, y assi viviò algunos dias, en los quales no dexaba nuestro Francisco de ir à consolarle con su vista, y con santas conversaciones, hasta que en una le dixo estas palabas: *Presto, segun veo, darà Dios à esta obra suya la ultima mano.* Por estas voces conociò el enfermo estàr muy cercana su muerte; y assi despidiendose de su familia, y de las esperanzas del vivir, se procurò todos aquellos medios santos, y piadosos, con que se assegura una buena muerte.

A una parienta de Fr. Angelico.

El Santo Fray Angelico, Religioso Capuchino, y despues Obispo de Tropea, y de quien yà hemos dicho, y hecho mencion, tenia una parienta, que se confessaba con el Padre Francisco de Geronymo: sucediò, pues, que estando ausente el Padre, esta señora se hallò tan atropellada de un grave accidente, que los Medicos juzgaron ser el ultimo de su vida, y que la llevaba à toda prisa à la sepoltura. Diole no-

noticia de eſto el Padre Fray Angelico, para que lograſſe el tiempo, y ſe diſpuſieſſe à morir; pero ſe quedò admirado, al vèr que la enferma le reſpondia con toda reſolucion: *Pariente mio, dexeſe de eſſo, porque yo no me muero ahora; yà ſabe que mi Confeſſor el Padre Franciſco eſtà en unas Miſsiones muy lexos de aqui, y eſte me aſſegurò al tiempo de partirſe, que yo no me havia de morir eſtando èl auſente.* Aſsi dixo, y ſu confianza le valiò, pues convaleciendo de aquella enfermedad, con admiracion de los Medicos, no vino à morir, haſta que bolviò à Napoles, y pudo aſsiſtirla en ſu muerte ſu Confeſſor.

CAPITULO VI.

MULTIPLICADOS VAticinios, que hizo el Padre Franciſco à la Familia de los Señores Comos.

MUCHAS Familias huvo en Napoles, y Nobiliſsimas, que honraron, y favorecieron mucho à nueſtro Miſsionero; pero entre ellas quien mas ſe ſingulariz̀o en quererle, y en venerarle, fuè la Familia de los Señores *Comos*; y aſsi, el Padre Franciſco la correſpondiò con ſingulares gracias, y particulares vaticinios. Quien le abriò la puerta al cariño que en eſta Familia ſe le tuvo, fue la Noble Señora Doña Leonor de Acuña Bramonte, Eſpañola de origen, y hija del Caſtellano de Bayas, que eſtà en el Puzòl, y caſada con Don Añelo *Como*, ſugeto de eſcogidas prendas, y de nobleza conocida. Eſta Señora, de genio naturalmente devota, huviera eſcogido en ſus primeros años, para cumplir con ſu genio, el eſtado de Religioſa; pero obediente à ſus padres, los complaciò en tomar el eſtado del matrimonio, en el qual ſe portò con una moderacion tal, que daba bien à entender haver ſido verdaderas ſus inclinaciones al retiro de un Convento. Su trage fue ſiempre modeſto: vivia retirada de las delicias, y diverſiones, y empleaba el tiempo que havia de perder con ellas, en intima union con Dios, de cuya comunicacion, y trato ſacaba las virtudes de piedad con los pobres, ſujecion à ſu marido, recato en ſus palabras, obras,

Noticia de la Señora Doña Leonor de Acuña y Bracamonte.

obras, y pensamentos, vigilancia prudente sobre su Familia; y en fin, todas aquellas, que constituyen à una señora perfecta, y agradable á los ojos de Dios, y objeto de veneracion à los ojos de los hombres.

Fué su Confessor el P. Francisco.

El modo de vida, que acabamos de pintar, en la mayor parte se le debiò Doña Leonor à la direccion del Padre Francisco, á quien escogiò, y tomò por Padre Espiritual, y con esta ocasion se le aficionaron à dicho Padre, no solo los parientes, sino tambien los Criados de sus dilatadas Familias; y esto supongo que el Padre se lo merecia con su religioso porte, y agradabilisimo trato, que con ellos tenia; pero no obstante, no se me ha de negar, que en este punto el Padre Francisco tuvo mucha estrella, por ser cosa muy dificultosa, que los Confessores de los Amos, por muy prudentes que sean, sean agradables à todos los dependientes del Señor, ò Señora à quien confiessan. El Padre Francisco supo componerlo todo, y que todos le amassen; pero qué mucho, si tenia à la mano, para los lances dificultosos, que se le ofrecian, claras profecias, y aun evidentes milagros, con que hacerse querer, y venerar de todos. Dexo para despues los que he llamado milagros, y hablando solo de sus vaticinios, digo, que quien principalmente los observò en la Familia referida, fué la Señora Doña Leonor, pues muchas veces, antes de confessarselas, el Padre la prevenia con anticipados avisos de las mas ligeras manchas de su conciencia. Admirabase de esto al principio, hasta que viendo que estos avisos eran muy frequentes, quedò en la firme suposicion, de que à su Confessor le descubria Dios todos los arcanos de su pecho; mas estas, como materias tan ocultas, à nadie se las revelaba: con esso Dios la ofreciò ocasiones, en que todos percibiessen el Espiritu Profetico, de que Dios havia dotado à su Director.

Lo que acaeciò en un parto de esta Señora.

Empecèmos esta materia por un caso raro, y en que intercedieron, no uno, ù otro vaticinio, sino muchos de este Santo Jesuita. Pariò dicha Señora una niña, con la rara circunstan-

cia de no haver experimentado en su parto el menor dolor. De esto hicieron los Medicos tristísimos pronosticos, y no se engañaron, pues à breve tiempo llovieron sobre aquella Señora gravisimas enfermedades: empezò à experimentar por todo el cuerpo dolores mas vivos, que los que pudiera haver tenido en el parto: estos se acompañaron con una maligna calentura, que postrandola del todo las fuerzas, se las quitó para todo movimiento; menos los combulsivos, que eran indicio de que caminaba à toda priesa á la muerte. En toda esta turbacion, y turbulencia de males, entendido esta, que se llamò al consuelo de aquella Señora, que era el Padre Francisco; pero este respondiò con gran paz, que iria à verla en acabando las funciones de sus Platicas en la calle, por ser dia de Fiesta. *Padre*, instaba quien fué à dàr el aviso, *V. Paternidad venga presto, porque los accidentes que padece mi Ama no dàn treguas. Vaya V. md. con Dios*, prosiguiò Francisco, *que si daran treguas, y no son tan necessarias mis prisas.* Concluyò sus ministerios, y luego fué à vèr à la Enferma: entrò en su quarto con semblante alegre, y diciendo: *Què bullas son estas, que ay en esta casa? Para què ha sido llamarme con tanta precision?* A estas voces no dexó de alentarse la enferma, y como si bolviera de un profundo letargo, le dixo: *Que queria hacer con èl la ultima confesion. La ultima?* Replicò nuestro Francisco, *pues què sabe V. S. si Dios la quiere ahora? Puede ser que no sea ahora, sino en otro tiempo.* Con esta obscuridad hablò, para disimular, que sus palabras eran profecìa, y luego le diò el gusto de confessarla; y en este acto sucediò otra cosa, digna de repararse, y fuè, que diciendole la enferma al Padre Francisco, que se passasse para oirla, al otro lado de la cama, pues ella se hallaba sin accion para moverse, y acercarse adonde el Padre estaba, este la respondiò con promptitud: *No harè yo tal, antes bien quiero, que V. S. se mueva, y que se acerque; y assi, en nombre de Dios, no se detenga, obedezcame.* A este imperio, aquella Señora se hallò tan otra, que pudo por sí moverse, siendo assi,

Parto sin dolores.

Sobrevienen graves enfermedades.

aſsi, que antes era menester concurrieſſen dos Criadas para qualquier ligero movimiento, que fueſſe preciſo, y aun eſſe le coſtaba mucha fatiga. A viſta de eſto, ſe empezaron à mirar, admirados los circunſtantes, unos á otros; pero Franciſco, para divertirlos ſus admiraciones, proſiguiò ſu converſacion con la doliente, animandola, y perſuadiendola à que obedecieſſe à los Medicos; pero que apoyaſſe toda ſu eſperanza principalmente, como debia, en el Medico Celeſtial.

Obſervando eſta receta, ſaliò la enferma de ſu peligro, y ſanò de tan complicados males; pero con la deſgracia de quedar de el todo ſorda: y aqui tuvo ſu lugar otra prediccion de el Padre, que haviendo ſabido el nuevo accidente en que los otros havian terminado, dixo ſonriyendoſe: *Pues yà mi Penitenta no oìrà haſta que llegue al Cielo*: Lo qual ſe cumpliò, aunque para que no ſe cumplieſſe, ſe hicieron, y ſe tomaron quantos medios, y remedios fueron poſsibles, conſultando los mas célebres Medicos, no ſolo los de Napoles, ſino los de otros diſtantes Païſes, pero ſin fruto alguno; y lo que es mas, aun haviendoſe aplicado dicha Señora una Reliquia del Padre Franciſco, (yà difunto) tampoco conſiguiò verſe libre de la ſordera.

Dà à entender vivirà poco una niña, que eſta Señora diò à luz, y ſe cumpliò.

No menos admirable fuè otro pronoſtico, que hizo de una hija, que diò à luz la mencionada Doña Leonor: Naciò la niña muy robuſta, fuerte, eſpirituoſa, y perfecta, mas yendo el Padre à darla la enhorabuena del parto, entrò diciendo con ſu acoſtumbrada gracia: *Que à eſta mi Penitenta ſe le haya pueſto en la cabeza llenar el Cielo de Angelitos?* Eſte modo de hablar no le ſonò bien à aquella Señora: puſola en grande ſuſpenſion, porque conocia bien, que las palabras del Padre decian mas de lo que ſonaban, y que entre las chanzas ſolìa diſſimular muchas veras; y aſsi, para aſſegurarſe ſi en lo dicho queria darla à entender, que aquella niña no ſe havia de lograr, le dixo: *Padre Franciſco, ruegue à Dios, que mi hija ſe crie con buena ſalud* (y con cuidado, añadiò) *y que ſea Santa à la vejèz. Linda coſa*, proſiguiò el Padre Fran-

ciſco, *bello afecto de madre, que ſea Santa, pero à la vejèz; y por què no deſde ahora? Si, si, ahora, ahora.* Aſsi dixo, y todos los que le oyeron quedaron en juicio, de que aquella niña havia de vivir muy poco: y no ſe engañaron, pues dentro de dos meſes, haviendoſe mantenido en ellos ſana, robuſta, y buena; como nacida para el Cielo, volò allà à 16. de Julio de 1708.

Anuncia à dicha Señora que tendrà otro hijo.

En otra ocaſion, hablando con la miſma, y ſiendo la materia de la converſacion, los grandes favores, y gracias, que à todos comunicaba San Cyro, le dixo la ſeñora Doña Leonor: *Padre, no dudo que el Santo comunica muchas gracias, y favores; pero tambien sè deciros, que à un hijo que tuve, y que por devocion al Santo le puſe el nombre de Cyro, eſtando aùn à los pechos del Ama, el Santo me le llevò. Si haria;* (reſpondiò Franciſco) *pero digame, eſſa no fuè gracia? Eſſe tambien no fue favor? Creame que ſi; pero aunque no ſe lo parece, mire, à otro hijo que tendrà, pongale tambien el nombre de Cyro.* A los quatro años ſe cumpliò parir aquella Señora un varon, y ſegun la havia dicho nueſtro Jeſuita, le puſo el nombre de Cyro: con eſta ocaſion, fuè el Padre à darla la enhorabuena de ſu buen alumbramiento, y tomando el niño en los brazos, dixo: *Entrarà en la Compañia, y ſerà en ella Predicador.* Los que oyeron eſtas propoſiciones, las creyeron, por ſer el Padre quien las decia; pero no dexaron de dificultarlas, viendo que el niño era de complexion dèbil, y enfermiza, y aſsi, en ſu infancia padeciò varias enfermedades; pero no obſtante, todas las venciò, de todas ſaliò: fuè recibido en la Compañia: ſiguiò ſus eſtudios con ſobradas fuerzas, y aſsi cumplida la primera parte del oraculo, eſpèramos que todo él ſe cumpla, pues el ingenio, y prendas, que haſta ahora deſcubre, perſuaden executarà con talento, y con aplauſo el oficio de Predicador.

Favor al hijo primogenito de eſta Señora.

Aun antes de lo referido, havia gaſtado ſus proſeticas luces el Padre Franciſco con el hijo primogenito de la ſeñora Doña Leonor, y en un caſo de bien particulares circunſtancias. Nacio el ſeñor Don Benito Maria *Como*, y la alegria, que

que ocasionò con su nacimiento, como Primogenito de la Casa, presto se convirtiò en desconsuelo; porque apenas tenia tres meses, quando se desesperò de su vida; la causa fué un accidente de orina, que en tan corta edad se mirò como summamente peligroso, y tanto, que aplicados todos los demàs remedios, que la Cirugìa practica en semejantes accidentes, determinaban passar à la incision, como ultimo remedio. En estas circunstancias se consultò al Padre Francisco, quien respondiò: *Que fiassen la salud, y la vida de aquel Niño à la proteccion de San Cyro, que èl esperaba, que aunque costasse algo, el Santo le favoreceria.* Creyòse este vaticinio, y hicieron bien en creerle, pues aunque aquella Criatura llegò à un estado deplorable, tanto, que ni aun para formar sus quexidos tenia aliento, los Cirujanos no passaron al remedio, que tenian ideado; pero executando otro muy ligero, fuè con tanta fortuna, que arrojò el Enfermo una piedra, mayor que una lanteja; con lo qual quedò tan desahogado, que desde entonces empezó à lograr una perfecta salud, que reconocieron todos deberse al favor, que de parte de San Cyro havia ofrecido el Padre Francisco de Geronymo.

A D. Ignacio Como.

El señor Don Ignacio *Como*, cuñado de la señora Doña Leonor, fué en una ocasion á buscar al Padre Francisco, y á pedirle, que le encomendasse à Dios, y muy de veras, porque se hallaba en un lance muy apretado, y muy congojoso; (aunque por justas causas no le quiso decir qual era) pero no fuè menester para que el Padre le supiesse, pues como si le leyera el corazon le hablò oportunissimamente sobre la materia, y le diò el remedio mas conveniente; mas queriendo al mismo tiempo ocultar el conocimiento que tenia, concluyò la conversacion, diciendo: *Assi he discurrido porque de este punto imagino, que querias hablarme*; y puntualmente era assi.

A D Francisco Xavier Como.

Con el señor Don Francisco Xavier *Como*, Canonigo de la Santa Iglesia de Napoles, le passó tambien un caso digno de nuestra memoria; y fuè, que por el mes de Octubre del año de trece, se hallò aquel Cavallero acometido con tanta vehemencia de un dolor nefritico, que cada instante juzgaba

ſer el ultimo de ſu vida. Acudiò por medio de el Padre Franciſco à los favores de San Cyro: y yà por aquel favor, yà por las oraciones del Jeſuita, arrojó entre muchas crecidas arenas una piedra baſtantemente crecida. Por eſto fuè à dàr las gracias al Santo á nueſtra Caſa Profeſſa, donde encontrandoſe con el Padre Franciſco, le dixo: *Padre mio, no me contento con haver ſalido de eſta; es meneſter pedirle à San Cyro, que eſte accidente no me repita. Bien lo puede hacer el Santo*, reſpondió Franciſco; *pero aora lo que conviene, es, que le pidais, que ſi han quedado algunas otras piedrecillas, las depongais, ſin nuevo dolor.* Eſtas palabras, que parecieron dichas acaſo, al dia ſiguiente reconociò, que ſe havian dicho con myſterio, pues en èl, aquel Cavallero arrojò otras dos, ó tres piedras, tan ſin dolor, que no pudo menos de reconocer el favor eſpecial, que en eſto le hacia el glorioſiſsimo Martyr, y que de èl havia tenido noticia adelantada el Venerable Franciſco.

A la Madre de eſtos Señores.

Concluyo eſte capitulo con otro favor que hizo à la ſeñora Doña Ana de Aprea, madre de los ſeñores Comos. Siendo eſta Señora de edad muy abanzada, la ſobrevino un fluxo de ſangre, tan copioſo, que puſo en conſternacion à los Medicos. Llamòſe al Padre Franciſco, para que aſsi à eſtos, como à la Enferma, les preſtaſſe algun aliento; y aſsi ſe conſiguió, pues deſpues de haver dado à la Doliente unas gotas de agua de San Cyro, y de haver confeſſado ſer graviſsimo el accidente, añadiò: *Pero mas poderoſa es la virtud de mi Santo Medico, con cuyo favor facilmente ſanareis, con tal, que con toda voluntad, y fee os pongais à la ſombra de ſu Patrocinio.* Dicho eſto, ſe deſpidiò, mas à los hijos de eſta Señora, que le ſalieron acompañando, les pagò eſta urbanidad, y atencion, con decirles: *Tengan Vueſeñorias buen animo, que no ſerà ſu madre la primer muger à quien San Cyro ha libertado de ſemejante enfermedad.* Aſsi dixo el Padre, y aquellos Cavalleros ſe empezaron à conſolar, y ſe conſolaron del todo, al vèr, que deſde aquel dia empezó à ceſſar el accidente, y à convalecer ſu madre.

CA-

CAPITULO VII.

CON LA APLICACION de la Reliquia de San Cyro, executa el Padre Francisco de Geronymo singulares maravillas.

NO solo ilustrò Dios el entendimiento de N. Santo Misionero con admirables luces, sino tambien sus manos, y sus voces con el explendor, y execucion de particulares prodigios. Es verdad, que para dàr gusto à su humildad modesta se valia de la Reliquia de San Cyro, como quien queria, que à ella sola se atribuyesen, los que no podia negar, que eran milagros. Pero haviendose observado, que estos el Santo los comunicaba con mas frequencia, quando era la mano del Padre Francisco la que aplicaba las Reliquias; todos quedamos en la persuasion de que aquellas maravillas las executaban los dos de mancomun, el Santo Martyr, y el Venerable Jesuita.

Favor à Fr. Angelico, Capuchino.

Para referir los singulares casos, que se pudieran contar, era menester formar un crecido volumen, donde los sucessos, aunque por harmoniosos diessen diversion, por muchos, pudiessen ocasionar fastidio; y assi, por ahora me contentarè solo con referir algunos, y doy el primer lugar, y con razon, à uno, que el Reverendo Padre Fr. Angelico de Napoles, Capuchino (y despues Obispo de Tropea) afirma en un Papel suyo, haver experimentado en su propia persona, y dice assi: *Atestiguo, que havrà quince años, que me combidaron con el Sermon Panegyrico de San Antonio el Grande, las Nobles Religiosas de Domna Romata; y que salì de mi Convento à predicarle estando lloviendo, y fuè la lluvia tan porfiada, que huve de subir mojado, y muy mojado al Pulpito. A los ocho dias me diò una calentura, la qual faltò, pero dexandome formada una postema mas arriba de un muslo, para cuya curacion me puse en manos del Cirujano Juan Antonio Vidal. Este, siguiendo los preceptos de su Arte, me repitiò una, y otra vez hondas sajaduras, cuyo efecto fuè ponerse la postema en peor estado, pues por ultimo reconociò, que à la violencia de las materias confluyentes se iba à toda priesa cangrenando: por lo qual, perdiendo la esperan-*

za de mi ſalud, mandò ſe me dieſſen los Sacramentos. Llegaron à entender el peligro en que eſtaba aquellas Religioſas, en cuya Caſa havia predicado; y compadecidas de mi, pidieron al Padre Franciſco de Geronymo, que me hicieſſe una viſita, la que me hizo con mucho guſto, por la benigna caridad, y amor con que me trataba. Entrò en mi Celda, y luego que me viò, me dixo: Buen animo Angelico, que no tiene peligro eſte mal, que te mortifica; todavia nos queda que trabajar. *Oile con complacencia, y como yo tenia tanta fee con ſu virtud, y ſu ſantidad, le pedì, que ſobre la poſtema me hicieſſe la ſeñal de la Cruz, lo que executò, aplicandome tambien la Reliquia de San Cyro; y aſſegurandome, una, y otra vez, que no tenia por què tener cuidado, ſe deſpidiò. Vino por la mañana mi Cirujano Vidal, y haviendo quitado las vendas, atonito, y fuera de sì, exclamò en eſtas voces:* Grande mejoria! ſeñal de ſalud! *Y el caſo fuè, que deſde la hora que el Padre Franciſco me diò ſu bendicion, la poſtema ſe puſo tan en otro eſtado, que à breves dias ſe cerrò, y yo perfectamente convalecì.* Fray Angelico de Napoles, Capuchino.

Mas admirable que la curacion dicha, fuè la improviſa ſalud, concedida por los miſmos medios a una Religioſa Franciſcana, en el Convento, que en Napoles ſe llama, *Santa Maria de el Explendor*: llamabaſe Maria Columba Cervina, y ſe viò afligidiſsima de dolores, repartidos por todas las articulaciones, y por conſiguiente, le quitaban tan del todo las fuerzas, que ni aun moverſe en la cama podia, ſin que la ayudaſſen las otras Religioſas. Era muy amada en ſu Comunidad, y aſsi ſe havian ofrecido por ella muchas oraciones; pero no por eſſo los dolores ſe remitian, ni las fuerzas ſe recobraban. Un dia, pues, el Padre de eſta Enferma ſe eſtaba lamentando, con otros amigos ſuyos, de lo que ſu hija padecia: oyòle uno muy devoto del Santo San Cyro, el qual le dixo: Amigo, ſi quereis vèr à vueſtra hija ſana, acudid à S. Cyro, que es el Santo de los favores; y para aſſegurar el del Santo, os haveis de valer del Padre Franciſco de Geronymo, de la Compañia, que tengo por ſin duda, que por eſte medio vueſtra hija lograrà la ſalud, aunque eſtè en eſtado tan lamentable como decis. El

Gracia à una Religioſa Franciſca.

Pa-

Padre recibiò con gran consuelo esta noticia, y al punto passò à ponerla en execucion, buscando al Padre Francisco, de quien consiguiò facilmente el ir à visitar à aquella Religiosa. Fuè, y en ocasion, que se havian avivado mucho sus dolores, y tanto, que à la pobre la tenian con summa inquietud; pero Francisco, con gran serenidad empezò á aplicar sus medicinas: Tocòla, lo primero la Reliquia de S. Cyro; despues mandò, que la ungiessen con el Aceyte del mismo Santo, la frente, los oidos, y el pecho; y ultimamente le diò por su mano, á beber un poco de agua, en que bañò primero la Reliquia; y concluidas todas estas diligencias, la animò à tener gran fee con su Santo Medico, y en su nombre la ofreciò que sanaria. Immediatamente se empezaron à verificar estas palabras, pues se mitigaron los dolores de modo, que la Enferma se quedò dormida, y mientras lograba el descanso del sueño, pidiò el Padre à las Religiosas, que estaban presentes se hincassen de rodillas, y rezassen con èl tres Padres nuestros, tres Ave Marias, y tres Glorias, en memoria de los tres Atributos de San Cyro, Medico, Anacoreta, y Martyr; y aqui la admiracion de el que lea este caso. Apenas se acabaron estas Oraciones, la Enferma despertò; pero como? Diciendo con alegres voces: *Yo estoy buena, yo estoy buena, denme mis vestidos, que quiero ir al Coro à darle à Dios las debidas gracias.* Las presentes, entre gozosas, y admiradas, se miraban unas á otras, mas no se atrevian à darla los vestidos, no acabando de creer, pudiesse tener fuerzas para ponerselos; pero clamando mas, y mas la Enferma, se los alargaron, y despues, con lagrimas en los ojos, la acompañaron hasta el Coro, donde con ella entonaron el *Te Deum.*

Varias diligencias para comunicar una salud

En el mismo Convento, me avisa el Doctissimo señor Julio Torno, Canonigo de la Santa Iglesia, sucediò caso semejante, el que referirè con las mismas frasses, con que me le comunica en un papel, firmado de su mano: *Havrà treinta años,* (dice) *pues acaeciò en el año de tres del presente siglo, que Maria Magdalena Esterlico,* (*que entonces tenia diez y seis años, y ahora quarenta y seis*) *Religiosa en el Convento de Santa Maria del Explendor, de la Regular, y Estrecha*

En el mismo Convento.

cha Observancia de S. Francisco de Assis, padeciò unos afectos hysthericos, tan vehementes, è impetuosos, que desde la cama la hacian saltar y levantar hasta el techo de su Celda. Contra este accidente no bastaron muchos remedios humanos, que le aplicò su padre Nicolas Esterlico, Professor de Medicina, y entonces yà Sacerdote. (Por haversele muerto su muger algunos años antes.) Viendo las Religiosas de aquella Casa, que su Enferma perdia el pleyto de su salud, aunque en èl era su Abogado su mismo Padre, apelaron al Padre Francisco de Geronymo, quien haviendo entrado, y saludado à la Enferma, la aplicò las mencionadas Reliquias; y añadiò, que tuviesse buenas esperanzas; pero no parò aqui, pues à breve rato mandò, que la vistiessen, y ayudandola el mismo Padre con su brazo, la llevò al Coro, cantando las Religiosas el Te Deum laudamus, *el qual concluido, hizo que tambien se cantassen otras Oraciones, en memoria de San Cyro; y ultimamente bolviò à la Celda con la Enferma, pero dexandola buena, y sana. Assi ha vivido por muchos meses, sin padecer repeticion alguna del accidente passado; y abora vive, aunque retirada à la cama, por haverle once años ha sobrevenido el accidente de perlesia; y todo lo dicho lo ha depuesto la misma Enferma a su Confessor delante de muchas Religiosas, que fueron testigos de oidas, y de vistas de la predicion, y del milagro.*

En el Convento del Divino Amor experimentò, no una, sino muchas gracias, y favores de San Cyro, pero por mano de nuestro Jesuita, la señora Doña Penelope Duce, hija del señor Don Scipion de Duce, y de la señora Doña Cecilia Capeche. Criabase esta niña en el sobredicho Convento, quando siendo de nueve años, se hallò acometida de una grave enfermedad. Fuè à visitarla el Siervo de Dios, y la Niña tuvo la gracia de asirle fuertemente con sus manecillas del manteo, y decirle con sobrado aliento: *Padre, yo quiero estàr buena, yo quiero vivir; y assi, sanadme, Padre, sanadme.* A explicacion tan viva, y tan inocente, el Padre se sonriyò, y en correspondiencia à ella, la dixo: *Pues ea, si quiere estar buena levantese de la cama.* A estas voces le siguiò la maravilla de que estando la Niña tan postrada, no obstante pudo ves-

En el Convento del Divino Amor.

Tres favores à Doña Penelope Duce.

veſtirſe, dexò la cama, y ceſsò del todo la calentura. Pocos años deſpues le diò à la miſma un fuerte dolor de coſtado, y como havia experimentado quan buen Medico havia ſido para ella el Padre Franciſco de Geronymo, no quiſo que la llamaſſen otro, que la aſsiſtieſſe en eſta ſegunda enfermedad. Pagòle Dios ſu feè con el Jeſuita, pues haviendola tocado la cabeza, y como por caſualidad la nariz, eſta, que pareciò caſualidad, fuè toda ſu medicina, pues de repente le empezò a ſalir de las narizes gran copia de ſangre, y con eſſo quedò ſana. Mas grave fuè otro accidente que padeciò, pues fueron unas biruelas malignas, que burlaron las aplicaciones de los Medicos, tanto, que la pobre Niña empezaba à agonizar. No sè porquè acudieron en eſta ocaſion tarde al Padre Franciſco, ſi no fuè diſpoſicion Divina el que, para que fueſſe mas crecido el favor eſperaſſen à que huvieſſe tomado tanto cuerpo la enfermedad. En fin, llegò Franciſco, y al vèr à la Enferma la dixo: *En verdad que aora he llegado a temer mucho de vueſtra vida, mas todo ſe compondrà; ſabed, que San Cyro, yà no quiere entrar mas (por vueſtra cauſa) en eſte Convento pero ahora manda, que quedeis buena.* Apenas creian eſtas voces del Padre las Religioſas, ſi ponìan los ojos en el eſtado laſtimoſo, que tenia la Enferma; y lo que es mas, ſus padres, que eſtaban llorando en el Locutorio, aunque ſupieron el anuncio del Padre Franciſco, tampoco ſe conſolaron con èl; tan tragada como eſto tenian la muerte de ſu hija! pero el tiempo (y no fuè muy largo) diò à entender, aſsi à aquellos Señores, como à las Religioſas, que ſe debia dàr entero credito à las propoſiciones de nueſtro Venerable, pues la Señora Doña Penelope, ſaliò de ſus biruelas con felicidad, y logra al preſente una perfecta ſalud.

Favor à Don Joſeph Rufo, Principe de S. Antonio.

Eſtos, y ſemejantes prodigios, que divulgaban los miſmos que los havian recibido: Llegaron à la noticia de Don Joſeph Rufo, Principe de San Antonio, en ocaſion, en que ſe hallaba aquexado de un fortiſsimo dolor de hijada, del qual no encontrò alivio en las repetidas medicinas, que le aplicaron: Con eſſo ſe dedicò à la devocion de San Cyro, y procuro, que el Padre Fran-

Francisco le traxesse, para adorarla, su Reliquia. Vino, y al lado dolorido se la aplicó, y tambien le diò flores, y Agua bendita de el Santo; y le aconsejò, que, como à gran Medico, Anacoreta, y Martyr, le embiasse seis hachas de quatro pabilos, à cuyas llamas correspondiesse tan buen Medico, con librarle la luz de la vida, de las sombras de la muerte. Ofreciò el Enfermo cumplir lo que se le mandaba, y el Padre Francisco se retirò. No solo ofreciò el Enfermo, sino que al punto cumpliò lo que havia ofrecido, embiando las seis hachas à que ardiessen en el Altar de el Santo. Bolviò al otro dia nuestro Missionero à visitarle, y no encontrandole mejor, exclamò como admirado, y dixo: *Ola, què es esto? Aqui no se porta San Cyro, como acostumbra, y assi es menester, que os buelva vuestras hachas.* Esso no, Padre, dixo el Principe, antes bien me obligo, con voto, à embiarle por todos los dias de mi vida cien libras de cera en el dia de su Fiesta, (para que esta sea mas lucida) con tal que yà que no me libre del todo de mi enfermedad, disponga, que yo arroje las piedras que me molestan, sin especial molestia, y sin tan acervo dolor. *Pues assi espero que lo execute mi Santo,* dixo el Padre Francisco, y bolviendole à aplicar las Reliquias, le alentò à que avivasse su feè, y que tuviesse buen animo. Concibiòle el enfermo, porque inmediatamente el dolor se templò; y à pocos dias se desvaneciò tan del todo, que no le bolviò à sentir el Principe; el qual (como se ha dicho) se contentaba con este favor; pero el favor passò mas adelante, pues à los quatro meses arrojò tanta cantidad de arenas, y de piedrecillas, y tan sin molestia suya, como si salieran de otro cuerpo, lo qual los Medicos lo miraron como cosa milagrosa, siendo assi, que regularmente es un milagro, que confiessen los Medicos, interceder milagros en sus curaciones. Pero esto lo fuè, y duro por toda la vida de aquel Principe, pues despues prosiguiò arrojando las piedrecillas, que le havian de mortificar, tan sin dolor, y pena, que solo al verlas, sabia haverlas arrojado; con lo qual agradecido à San Cyro, y tambien al Padre Francisco, Panegyrista de sus maravillas, embiò todos los años, para

el

el dia de su celebridad, la ofrecida cera.

La señora Princesa de la Rochela.

La señora Doña Hypolita Caltelmi, Princesa de la Rochela, padeciò un aborto al septimo mes de su preñado: sobrevinole calentura, con movimientos combulsivos, y dolores esparcidos por todo el cuerpo, y tan vehementes, que por espacio de dos dias no la dexaron descansar ni un quarto de hora. Viendo que la gravedad de estos accidentes vencia todo el cuidado, y aplicacion de los mas acreditados Medicos, hizo llamar al Padre Francisco, pidiendole llevasse consigo la Reliquia de su Santo Medico. Acudiò el Jesuita, y lo mismo fue verle la enferma, que decirle, y con grande ansia: *Padre mio, pedidle à Dios, ò que cessen estos dolores, ò que me quite la vida. No, no* (dixo con su acostumbrada apacibilidad el Jesuita.) *que le quite la vida? No, no, que yo quiero que viva, y que ahora no se muera, para esso la traygo aqui un Medico, no de la tierra, sino del Cielo; pero porque no basta que el Medico visite una vez, ò de priesa al enfermo, si no le hace una puntual, y continuada assistencia, se le dexarè aqui hasta que la sane.* Y al decir esto, le aplicò con toda reverencia la Reliquia, y añadiò: *Pero quiero, Señora, que me dè una palabra. Qual es?* Preguntò con toda promptitud la enferma: *Es,* prosiguiò el Padre, *la que ahora le dirè: Mire, oy es Domingo, dia de la Santissima Trinidad, y el Jueves, claro està, es la Fiesta del Corpus, ea pues, en esse dia quiero, que me dè palabra de restituirme en mi Casa, y por su propia mano, la Reliquia. No lo harà assi? Yo, Padre,* respondiò la Princesa, *no sè si puedo daros essa palabra, pues me hallo tan fatigada, tan falta de fuerzas, y en fin, tan mala, que me parece imposible, que dentro de tres dias, aunque Dios haga el milagro de sanarme, pueda salir, no solo de la cama, sino de mi casa, y ir a la Iglesia. Ea, tenga fè,* dixo el Padre Francisco, *que sì podrà: Dème la palabra, que me la cumplirà como muger de bien.* Diòla, è inmediatamente los dolores cessaron: toda la enfermedad se retirò: las fuerzas se acercaron; y en fin, en aquellos tres dias convaleciò de mo-

modo, que el Jueves pudo commodamente venir à la Igleſia, traer la Reliquia, ponerla en manos del Padre, confeſſarſe con èl, y recibir la Comunion en el Altar de San Cyro.

Favor à Doña Aurelia Imperiali.

No ſolo fue la Ciudad de Napoles teſtigo de eſtos maravilloſos ſuceſſos executados por San Cyro, y paſſados por la mano del Padre Franciſco de Geronymo; otras Ciudades, y otros Lugares del Reyno nos darán teſtimonios, ſi ſe los pedimos, y aun ſin haverſelos pedido nos los han embiado, de haver recibido favores ſemejantes à los que acabamos de referir. En *Ferunio*, Lugar recomendable de la Calabria, y perteneciente al Eſtado de los Señores Piñatelis, cayò gravemente enferma en el año paſſado de 15. la ſeñora Doña Aurelia Imperiali, (yà otras veces nombrada) Duqueſa de Andria. Llegò à eſtàr muy de peligro, y luego que eſte ſe deſcubrio, porque la enferma clamaba por el Padre Franciſco, ſe diò providencia para que paſſaſſe à viſitarla, y à aſsiſtirla: llevoſele conſigo el Padre Fray Luis Carrafa, Religioſo de los Conventuales de San Franciſco; y queriendo eſte fueſſen muy apreſuradas las marchas, nueſtro Franciſco le diò à entender, no era preciſo apreſurarſe mucho; lo que le repitiò varias veces en el camino; y con lo que inſinuaba, no ſer tan de peligro, como ſe decia, el accidente de la ſeñora Duqueſa. Mas en Avelino ſe explicò mas; pues hallandoſe alli la noticia (eſparcida por un Caleſero) de que havia muerto la ſeñora Doña Aurelia, (deſpues de un rato de ſuſpenſion) Franciſco conſolò á ſu Compañero el Padre Fray Luis, que ſe havia turbado ſobradamente con el aviſo, diciendole: *No hay que temer, que eſta voz es falſa, convalecerà, convalecerà ſin duda nueſtra enferma.* A la noche ſiguiente, que la paſſaron en *Arriano*, huvo de creer el Padre Fray Luis lo que le havia dicho el Jeſuita, pues alli recibieron Cartas, de que la doliente eſtaba mucho mejor. Llegaron en fin á *Ferunio*, y ſiendo á los ultimos de Enero, Franciſco, deſpues de ſus ordinarias ſalutaciones, dixo con devota animoſidad: *Què hay aqui que temer? El dia de San Cyro eſta muy cerca, y en eſſe dia no puede menos de*

de acabarse, à la eficacia de Medico tan Soberano, este pertinàz accidente. El Padre lo dixo, y San Cyro lo cumpliò, pues en su dia, que es à 31 de Enero, la señora Doña Aurelia amaneció tan de repente convalecida, que siendo assi, que antes padeciò una summa inapetencia, y un tullimiento, que no la dexaba mover en la cama; se desayunò con gusto; se vistiò, y hizo poner la silla para ir al Templo de Santo Domingo à darle à Dios las gracias por el milagroso favor, que acababa de recibir.

Favor singular à una niña de dos años.

En este mismo Lugar, y creo que en esta misma ocasion, con el sobreescrito de San Cyro, quiso el Padre Francisco ocultar otra milagrosa salud, que diò à una niña del todo desauciada de los Medicos: llamabase Luisa, y tenia solos dos años de edad, y padezia una perlesìa tan mordàz, que no solo le ocupò todo el cuerpo, sino que se le cubriò de gusanos, á lo que se añadia una total inapetencia, y assi havia vivido siete meses, admirados los Medicos, de que en tan corta edad huviesse tanta resistencia, pero formando siempre el juicio, de que no podia menos de morir. Sus padres Andrès del Pozo, y Angela de Zequia sentian mucho la muerte de su hija, y assi, aunque estaba hecha un esqueleto, porque tanta enfermedad, y la inapetencia al alimento la tenian consumida, logrando la ocasion, se la presentaron al Padre Francisco, el qual la mirò con agrado; y haviendola tocado la Reliquia de San Cyro, y despues hechola ungir con su Santo Oleo, les dixo á sus padres: *Que tuviessen buen animo, que se la llevassen à su casa, y que creyessen firmemente, que la niña sanaria.* Con este anuncio respiraron aquellos dos afligidos corazones, y en llegando à su casa, yà no les cabian de alegria, y jùbilo en los pechos, porque vieron, que su hija, que antes no podia moverse sino por agenos brazos, empezò à moverse, y andar algo por su pie, y no solo esso, sino que empezò con gana à comer algunos dulcecillos, que nuestro Francisco le havia dado: passò la noche, y la passò con quietud, y por la mañana, (aqui fué toda la admiracion, y todo el consuelo alegre de sus padres) vieron,

ron, que su hija, haviendose hecho vestir muy temprano, empezò à jugar, y à travesear por la casa, como si jamàs huviera estado enferma. Reconociò Francisco, que curacion tan milagrosa se la atribuian à èl los Vecinos de aquel Lugar, y hizo quanto pudo para que se la atribuyessen à Dios, y à su Glorioso Martyr San Cyro; pero no lo consiguiò: pues despues que èl se retirò de alli; assi los padres de la niña, como los Medicos, que havian procurado curarla, à voces, y à cartas publicaron, que el Padre Francisco de Geronymo havia sido el Autor de aquella curacion, que por muchos titulos debia llamarse milagrosa.

Raro prodigio executado à favor de una Criada de un Convéto de la Ciudad de Leche.

En la Ciudad de Leche sucediò un caso, en que San Cyro, y el Padre Francisco llenaron de admiracion todo un Convento de Religiosas, aunque executado con una Criada, que assistia à dos de las de aquel celebre Convento, hablo de el de San Juan Evangelista, que es de Religiosas de San Benito: En èl vivian dos Señoras de la Noble Familia Tesca, y tenian por Criada à Antonia Maria Montinara, natural de la Grotalia, y muger de hasta veinte y tres años. Año y medio las havia servido con enteras fuerzas, y con salud robusta, mas al fin de ellos le sobrevinieron unos accidentes de gotacoràl, que no la dexaban instante seguro, ni hora sin peligro: dabanle sin presentirlos, y con ellos caia à tierra, como si fuera de plomo, por lo qual vivia expuesta à que la diesse estando sobre el fuego de la Cocina, ò al subir, ò baxar alguna de las escaleras de piedra, que tiene dicho Convento, y esto tenia à las Religiosas en un continuado susto. A esto se añadian unos tumores, que vagueando por varias partes del cuerpo, aun quando no le daba su accidente, le daban mucha mortificacion. Las Religiosas á quien servia Montinara, tomaron todos aquellos medios, que les dictaron su caridad, y su nobleza, para mirar por la salud de un sugeto, de quien se havian hallado tan bien servidas: consultaronse muchos Medicos, y estos ultimamente determinaron, que aquella Moza saliesse de el Convento, y se restituyesse á los ayres naturales,

Convéto de Religiosas Benitas.

por

porque ſolos ellos juzgaban podian ſer el remedio de tan tenàz accidente. A viſta de eſta receta, las Señoras aviſaron à ſu madre para que vinieſſe por ella; pero porque no pareciesſe, que poco piadoſas, tenian mucho deſeo de apartarla de ſu compañia, añadieron en la Carta, que podia venir deſpues de dos meſes. Yà eſtaba reſignada la enferma à hacer lo que la mandaban, quando tuvo un ſueño, en que le pareciò, que el Gran Patriarcha San Benito la decia: *No ſalgas de mi Convento.* Con eſta eſpecie quedò conſolada; mas el conſuelo no le durò mucho, porque en la tarde del primer dia de Septiembre la repitiò ſu accidente con mas fuerza, que nunca: cayò à tierra, y quedò tan quebrantada, tan ſin aliento, que no pudiendoſe tener, ni poner en pie, como otras veces havia podido, fuè preciſo llevarla en brazos agenos à la cama.

En eſte medio tiempo la madre de la Enferma, ſintiendo, como era razon, la enfermedad de ſu hija, y que por ella perdieſſe la conveniencia, y retiro, que tenia en el Convento; eſcriviò à una prima hermana del Padre Franciſco, Religioſa Profeſſa en el Convento de las Capuchinas, rogandole pidieſſe à ſu primo, le conſiguieſſe de ſu amado San Cyro la ſalud para aquella pobre. Todo ſe executò: y ahora entran las maravillas, porque mientras la Enferma eſtaba en la cama tan quebrantada del padecido golpe (que diximos antes) ſe quedò dormida, y en el ſueño ſintiò, que una mano le tocaba, y apretaba la cabeza. A aquel contacto deſpertò aſſuſtada, y ſe aſſuſtò mas, viendo todo ſu quarto (en que no havia luz alguna material) bañado de un clariſsimo reſplandor: Aumentòſe ſu aſſombro, y ſu turbacion, porque reconociò, que la corrian la cortina de ſu cama, y que al lado de ella havia dos Religioſos veſtidos de negro (aunque deslumbrada con la intenſa luz, que havia en la pieza, no pudo diſtinguir por el trage, de què Religion fueſſen) y ſolo ſupo, atònita de tanta novedad, dàr un grito, para que la oyeſſe la ſeñora Doña Xaviera Viñez, que dormia en el quarto immediato; pero no fuè oìda. En-

Apareceſe el Venerable deſde Napoles en Leche, para curar à la enferma.

tonces uno de aquellos Religiosos, sacò de el pecho una cosa (como ella decia, y pintaba despues) redonda, y reluciente como el Sol, la que le puso sobre la cabeza; y executado esto, hicieron además de retirarse. Pero antes, quien llevaba aquella alhaja tan lucida, bolviendola à llamar la atencion, para que le viesse, le dixo: *Acuerdate de este Santo*; y para que no dudasse de qué Santo fuesse, añadiò: *Te digo, te acuerdes de San Cyro*; y con esto empezò á caminar, al parecer seguido del otro Religioso, el qual, haviendo dado solo un passo, bolviò á ella el rostro, y la dixo: *No ha hecho poco, ni trabajado poco por ti Francisco*: y despues desaparecieron los dos. La enferma quedò confusa, y temerosa, consolada, y alegre, y para todo tenia razon; pero entre estos afectos, prevaleciò el de la alegria, quando por la mañana viò, lo primero, que se hallaba con fuerzas de sana; lo segundo, que se le havian caìdo del rostro dos costrones, ò postillas, que en èl tenia, y se le afeaban; y lo tercero, desvanecidos del todo aquellos tumores, que vagueando por todo el cuerpo, la daban bastante cuidado. A vista de favores tan grandes, dexo à la consideracion del que leyere, que medite quantas serìan la devocion, y lagrimas, con que daría las gracias à sus bien hechores: quanta la viveza con que referiria á las Religiosas lo que le havia passado: y quantas las preguntas, y repreguntas, que le harian para informarse bien de todo; y passo à decir, que dentro de pocos dias se le bolviò à aparecer tambien en sueños una persona en habito de Monge, segun se suele pintar San Cyro, y la dixo: *Yo os harè otra gracia*; y fuè, librarla de una interior indispoficion, que podia ser de grave perjuicio á su salud. En fin, este caso fuè tan sonado, y á los Señores Medicos tan admirable, que dos de los mas sabios de Leche, se dedicaron à escribir de él dilatadas relaciones.

En el caso siguiente, y con que concluyo este Capitulo, es de admirar la piedad de San Cyro, pues hizo el favor, aun dando à entender el enfermo, que le re-

Salud comunicada con circunstàcias bien singulares.

ci-

cibiò, que mas que de ſu mano, le eſperaba de la del P. Franciſco. Fuè, pues, el caſo, que hallandoſe el ſeñor Don Franciſco Arcuche, Parroco de la Cathedral de la Ciudad de Capri, confeſſando el dia del Corpus à ſus Feligreſes, le acometiò un tan agudo dolor de hijada, que huvo de dexar el Confeſſonario, y caſi en brazos agenos retirarſe à la cama: en ella eſtuvo por treinta dias, ſin que huvieſſe intermiſsion, ò alivio en el accidente, ſino antes bien tanto incremento, que le conduxo à los ultimos terminos de la vida. Recibiò los Sacramentos, y hizo las demàs prevenciones utiles, y neceſſarias para hacer bien el viage à la eternidad. Mas à eſte tiempo tuvo la buena ſuerte, de que no sè por què motivo el P. Franciſco de Geronymo llegaſſe deſde Maſſalubrenſe à la Isla de Capri. Dixoſe delante del enfermo ſu venida, y eſta noticia diſpertò, aſsi en él, como en toda ſu parentela, la firme eſperanza, de que por ſu medio ſe havia de encontrar para ſu ſalud el remedio: buſcan al Padre, le dán la bienvenida, y le ſuplican de parte del doliente, que le hicieſſe el favor de viſitarle. Fuè al punto nueſtro Miſsionero, el qual, no ſolo comunicaba las gracias, ſino con la qualidad de no hacerlas deſear. Viſitò al enfermo, y eſte, deſde que puſo en èl los ojos, tuvo muchos motivos para admirarſe; porque lo primero dice, que quando le viò, no tenia el roſtro obſcuro, y toſtado, como ſolía, ſino claro, y luminoſo: circunſtancia, que ſe le repreſentò con tanta mageſtad, que le obligò à una profunda veneracion. Admiròſe tambien, de que un Gilguerillo, que tenia en ſu alcoba, deſde que entrò el Padre, haſta que ſe deſpidiò, no ceſsò de cantar con unos trinados, y gorgeos alegriſsimos, que nunca ſe le havian oido; y aſsi, al enfermo ſe le hicieron muy reparables. En fin, empezó ſu viſita nueſtro Franciſco, diciendole al doliente las palabras, que Chriſto le dixo al Paralytico de la Piſcina, preguntòle: *Viſanus fieri?* Quereis ſanar? A que reſpondiò con promptitud: *Claro eſtà que quiero; quiero la ſalud, y tengo eſperanza firme de que la he de conſeguir. Bien haceis* (proſiguiò el Siervo de

Dios) *que para eſſo os traygo yo un valiente, y poderoſo Medico, que es San Cyro. O, eſſe es Santo muy antiguo*, dixo el Sacerdote, *yo tengomi confianza en otro de mas acà.* Y en eſte otro entendia (como lo depuſo deſpues) al miſmo Padre Franciſco, el qual ſin entender; que por èl pudieſſe decir tal propoſicion, paſsò à alentarle à la fee, y devocion con San Cyro, refiriendole varios favores, que con otros havia executado; y por remate de la converſacion, le diò un poco de Agua del Santo, y le bendixo con ſu Reliquia. Concluídas eſtas diligencias, como quien yà queria deſpedirſe, le dixo: *Hà ſi, y como và de dolor?* Entonces el enfermo reconociò, que deſde que el Padre havia entrado, el dolor ſe havia ſuſpendido, lo qual no havia advertido antes, por lo divertido que havia eſtado con ſu viſta, y ſu dulce converſacion: diòle, pues, las gracias, por la que havia recibido; pero temeroſo de que el dolor no le repitieſſe, pidiò con llaneza al Padre, que le mandaſſe, que no le bolvieſſe mas. *No bolverà* (dixo) *pero para eſſo, en obſequio de mi Santo, rezareis todos los dias tres Padres Nueſtros, tres Ave Marias, y tres Glorias, en memoria de las tres prerrogativas, que tuvo de Medico, de Anacoreta, y de Martyr*: y dicho eſto, acabò ſu viſita, dexando tan conſolado, como favorecido à aquel buen Sacerdote, que en 16. de Agoſto del año de 23. depone todo lo referido, y que haſta aquel tiempo no le havia repetido el accidente.

CAPITULO VIII.

LAS ORACIONES, los contactos, las voces del Padre Franciſco de Geronymo obran tambien muchos maravilloſos efectos.

AUNQUE ſiempre procurò nueſtro Venerable Miſsionero ſobreeſcribir ſus obras extraordinarias, y maravilloſas con el nombre de San Cyro; no obſtante executò algunas, en las quales, ó no intercedió la aplicacion de las Reliquias del Santo; ò aunque intercedieſſe, los que las experimentaron, ò ſupieron, las atribuyeron ſolamente à los meritos de ſu virtud, como

lo

lo comprobarán los casos siguientes:

Una fistola curada de repente.

Sea el primero el de un Sacerdote, llamado D. Juan Cafaro, Administrador, y Sacristán Mayor de la Iglesia, y Monasterio de la Santísima Trinidad. Este sugeto, en fuerza de una ardiente fluxion, perdió del todo la vista del ojo derecho, y aun pasó la mordacidad de el humor á abrirle debaxo de él una fistola, la qual, aunque le mortificaba mucho, la mantenia abierta, por haverle dicho los Medicos, que si se cerraba, era muy de temer passasse el humor á quitarle la otra vista. Vivia, pues, el Sacerdote con la mortificacion de traer siempre un pegado, para mantener á la fistola su corriente: mas queriendo Dios librarle de aquella penalidad, y glorificar á su Siervo Francisco de Geronymo, dispuso, que á fines de Octubre del año de quince de el presente siglo fuesse á dár los Exercicios Espirituales á aquella su amada, y amante Comunidad. Con esta ocasion travó conversacion con Don Juan, y le preguntó, que què mal padecia, que le obligaba á traer en la cara aquel lunar? *Ah Padre* (respondió él) *esto es, que Dios me ha señalado en el rostro, para que los demás huyan de mi, porque soy un mal hombre, segun lo que dice en la Escritura, por el* cave á signatis meis. *No, no,* (respondió el Padre) *que tambien consta de la Escritura, que Dios señalará con el* Thau *las frentes de sus Escogidos; y assi creo, que lo ha executado con vos, que sois un Sacerdote de buena vida, y que cumplis con las obligaciones de vuestro estado.* Al oir estas palabras sintió D. Juan se le despertaba, ó se le encendia en el corazon una viva fee, de que si el Padre le tocaba la parte ofendida, se veria libre de su molestia. Fuè tan eficáz aquel movimiento, que casi sin libertad le tomó la mano, como para besarsela; pero en vez de aplicarsela á los labios, se la aplicó apretadamente á la fistola, y por entonces no huvo mas, que reñirle el Padre la demostracion que havia hecho. Retiróse el Sacerdote á su quarto, y bolviendo á avivarse la antes concebida fee, le pareció, que esta le persuadia á que yá estaba del todo sano. Quiso vèr si le engañaba su deseo: Quitóse el apósito, tomó un espejo, y hallò, no sin grave admira-

cion ſuya, que la fiſtola ſe havia cerrado y cicatrizado del todo. Diò cuenta de eſta novedad à los Medicos, y ellos lo llevaron mal, aferrados al dictamen, de que ſi aquella llaguela ſe cerraba, perderia las dos viſtas; mas haviendo entendido lo que con el Padre Franciſco havia paſſado, mudaron de parecer, y confeſſaron, que aquella curacion, por haver ſido tan repentina, ſe havia hecho por arte ſuperior, y muy ſuperior à la ſuya, y que aſsi podian aſſegurarſe, y deponer ſus temores. Agradecido el Secerdote, huviera publicado immediatamente el favor recibido, ſi dando antes quenta, y noticia de èl al ſeñor Arzobiſpo Cardenal Piñateli, no le huviera mandado ſu Eminencia prudentiſsimamente, que mientras viviael Padre le callaſſe, y que deſpues de ſu muerte le podria publicar. Aſsi lo obſervò el obediente Sacerdote, pues difunto ſu Bienhechor, refiere à todos lo que queda dicho, y enſeña la cicatriz de la cerrada fiſtola, rindiendo con ternura muchas gracias à Dios, y á ſu fideliſsimo Siervo.

Vaya ahora otro ſuceſſo, en mi juicio, ſi no mas admirable, mas harmonioſo, que el paſſado. Eſtando en Andria la ſeñora Doña Cecilia Eſpineli, Duqueſa de Atri, llegaron à Napoles noticias tan fatales de ſu ſalud, que aſſeguraban, que à dos dias yà havria muerto. Eſtos aviſos traſpaſſaron de dolor à la ſeñora Doña Angela Eſpineli, Princeſa de Tarſia, porque amaba à la Enferma, no ſolo como à hermana, ſino como à hija, porque la havia criado deſde muy pequeña. En tanta peſadumbre fuè à nueſtra Caſa Profeſſa á conſolarſe con el P. Franciſco, y tambien con viviſsima eſperanza de lograr por ſus oraciones el alivio de ſu crecida pena. Hablò al Padre, mas en quien eſperaba el mayor alivio, encontrò al principio el mayor deſconſuelo; porque deſpues de haverla oido el motivo de ſu afliccion, y haver viſto ſu dolor en ſus repetidas, y abundantes lagrimas, el Padre, encogiendoſe de ombros, (y con aquellas medias palabras de que ſolia uſar en ſus pronoſticos triſtes) empezò à exortarla à que ſe conformaſſe con la voluntad de Dios. No por eſſo cayò de animo la ſeñora Duqueſa, antes bien, con mas eficaces expreſsiones, y mas apretadas inſtancias, pro-

prosiguiò explicando el deseo que tenia de la vida de su hermana, y assi repetia con mas ahinco: *No, Padre mio, no tiene remedio, no ay que exortarme a la conformidad con la voluntad de Dios; vuestras oraciones me han de conseguir de su Magestad esta gracia. Señora, yo, què puedo hacer* (decia Francisco, cruzandose de brazos) *V. Exc. mire, que estos son los lances, que se han de lograr, sujetandose à Dios, que siempre quiere lo mejor para sus Criaturas. Si, Padre Francisco* (bolvia la Princesa) *pero yà he dicho, que no vengo à que me alenteis à llevar este golpe con paciencia, sino à que me consigais la vida, y la salud de mi querida hermana, que si ella muere, yo tambien morirè de la pesadumbre.* Viendo Francisco esta porfia, despues de haverse suspendido un rato, y haver levantado los ojos al Cielo, todo immutado el semblante, echò la mano al pecho, sacó de èl la Reliquia de San Cyro, y alargandosela à la Princesa, la dixo: *Ea, Señora, lo que V. Exc. executa aqui, sea, y valga, como si lo executasse la Enferma*; y añadió: *Apliquese V. Exc. essa Reliquia apretadamente al pecho, y luego lleguela à los labios, y besela con aquel afecto, y devocion, con que lo executaria su hermana.* La Princesa fuè obedeciendo en todo lo que se le decia, y en fin consiguiò el favor que deseaba, pues bolviendo el Padre Francisco de su transporte (si no le hemos de llamar extasis) yà con rostro risueño, le dixo: *Què es esto, Señora? No llore mas, consuelese, que su señora hermana, no solo vive, sino que à la hora de esta, yà està fuera de peligro.* Con lo qual el Padre se despidiò, y aquella Señora, dilatado el corazon, se bolvió á su casa, donde immediatamente recibiò la noticia de que la enferma quedaba yà sin calentura, y al Correo siguiente, la de que estaba yà perfectamente buena, segun, y como lo havia revelado el Padre Francisco.

Favor à una Religiosa de Santa Maria de Jesvs.

A la señora Doña Serafina Carrafa, Religiosa de Santa Maria de Jesvs, la acometiò una calentura aguda, y maligna, acompañada con un profundo letargo; tal, que à dos dias de haverla padecido, los Medicos mandaron que á toda priessa se la diessen los Sacramentos. Para este fin se embiò á llamar al Padre Francisco, siendo yà

entrada la noche, diciendole, que perdonaſſe, y vinieſſe, porque el mal de Sor Serafina no daba treguas, y temian, que no llegaſſe à la mañana. El Padre recibiò el recado, pero reſpondiò, que entonces no podia ir, mas que no temieſſen, que aquella noche murieſſe la enferma, que por la mañana iria á viſitarla. Recibieron aquellas Señoras con tal fee eſtas palabras, que no ſolo ſuſpendieron el darle los Sacramentos, ſino que aſlojaron en aquella cuidadoſa, y deſvelada aſsiſtencia, que en tales Comunidades ſe ſuelen tener con los Enfermos de mucho peligrò. Llegò la mañana, y el Padre Franciſco al Convento, entrò en la Celda de la Doliente: hincòſe de rodillas delante de ſu cama, levantò los ojos al Cielo, hizo breve oracion, y dixo: *Buen animo Sor Serafina, que Dios quiere dilatarla los dias de ſu vida: Aùn no eſtà madura para el Cielo, todavia le queda que trabajar un poco en eſta Viña del Señor; y ahora, quedeſe con ſu Mageſtad. Pero aſsi,* (añadiò) *mire, que me vaya à pagar preſto eſta viſita en el Confeſſonario.* Deſde aquel punto empezò à mejorar, con admiracion de los Medicos, aquella Religioſa, y en breves dias recobrò tan perfectamente la ſalud, que pudo baxar, como el Padre ſe lo havia dicho, à confeſſarſe con èl.

Gracia à una Religioſa del Convento de Santa Clara.

A la ſeñora Doña Cathalina Serſale, hija del Principe de Caſtel-Franco, y Monja Profeſſa en el famoſo Convento de Santa Clara, la hizo tambien el Padre Franciſco un favor muy parecido al paſſado. Eſta Religioſa, deſpues de ochenta y dos dias de una enfermedad eſtraña, la deſauciaron ſiete Medicos, que la aſsiſtian, aſſegurando, que no havia fuerzas en la naturaleza, ni medicinas en el Arte para vencer la violencia de ſu accidente. No obſtante tan fatal ſentencia, y firmada por tanto numero de Jueces, la ſeñora Doña Laura de San Felipe, Tia de la Enferma, embiò al Padre Fray Luis de Bolonia, Religioſo Franciſcano, (y fugeto, por ſu bondad baſtantemente conocido) no mas de à que dixeſſe al Padre Franciſco de Geronymo el eſtado en que ſe hallaba ſu ſobrina, para que la encomendaſſe à Dios. Oyòle nueſtro Miſsionero, y levantando immediatamente los ojos al Cielo, por el tiempo de un

Mi-

Miserere, los puso despues en el Padre Fray Luis, y con rostro alegre le respondiò: *Digale à la señora Doña Laura, que dilate el corazon, que su Sobrina yà està buena, que yà se acabò su enfermedad*; y concluyò repitiendo: *No ha sido nada, no ha sido nada.* Y lo que se experimentò, fue, que como si por estas voces revocasse el Padre Francisco la sentencia, dada por los siete Medicos, la Enferma perfectamente sanò.

Libra à un Enfermo de dos agudos dolores.

A Nicolàs Bruno, le curò el Padre Francisco un vehemente dolor de riñones, aplicandole las Reliquias de San Cyro; pero haviendole quedado otro dolor en el pecho, tan vehemente, que le parecia le llegaba al corazon, le manifestò este nuevo accidente al Padre Francisco, el qual, luego que le oyò, compadecido de èl, puestos en el Cielo los ojos, hizo una breve Oracion, pero tan eficàz, que su efecto fue, que tal dolor no bolviò à mortificarle mas.

Descompostura de estomago.

En Puzòl, Maria Magdalena Clara, Tercera de nuestra Señora del Carmen, llegò à tener tan estragado el estomago, que nada le paraba en èl: fuesse medicina, fuesse alimento, todo lo bolvia. Reconociò ser este accidente de mucho peligro; pero para impedir su execucion, tomò por medio, no consultar Medicos, sino ir à Napoles á confessarse con el Padre Francisco, y con ocasion de la confesion, le diò à entender la enfermedad que padecia; à que el Santo Missionero correspondió: *Pues de essa enfermedad se vera libre, si quisiesse ponerse el Habito de San Cyro.* Pusosele la buena muger, y luego al punto experimentò, que havia sido su total remedio, pues el estomago, antes tan descompuesto, y estragado, de alli adelante no le dió mortificacion alguna.

Favor bié singular à una Religiosa de Santa Maria Egypciaca la *Mayor.*

Contraria à esta podemos decir, que fue la enfermedad, que padeciò Soror Maria Thomasa Ouluchi, Religiosa de Santa Maria Egypciaca la Mayor, pues padecia unas hambres, que con nada se sossegaban, ni satisfacian. Corriase la pobre Señora de verse insultada de accidente semejante, y assi se lo explicò un dia al Padre Francisco de Geronymo, con quien se estaba confessando; y sin hacer el Padre mas diligencia, que darla su bendicion, formando sobre su cabeza la señal de la Cruz, desaparecieron aquellas ca-

Era la enfermedad unas hambres vehementes.

li-

lidades morbidas, que la ocasionaban aquellas hambres. En el mismo Convento, à una Lega, llamada Theodora Fortunata, se le abriò en los hombros una llaga, que la diò mucho que padecer por el tiempo de dos años: entendiòlo el Padre Francisco, y dandola unos polvos de San Cyro, despues de haver hecho fervorosa oracion por ella, la llaga se cerrò, y la dexò alegre, y contenta, por verse libre de aquel embarazo, que la estorvaba el servir, como quisiera, à su Comunidad.

En el mismo Convento favor à una Lega.

Un Joven, que vivia en la calle, que và desde nuestra Casa Professa, al Monasterio de los Padres Olivetanos, se hallò tan à los ultimos de su vida, que los Medicos un dia, le asseguraron, que moriria antes de ponerse el Sol; pero no fuè assi, porque llamado el Padre Francisco, despues de aplicarle las Reliquias de San Cyro, le dixo. *Que tuviesse buen animo, que dexasse miedos, y se quedasse con Dios.* Cosa maravillosa! aquel sugeto, que no havia de llegar con vida al anochecer, à las quatro horas de lo referido, se hallò tan bueno, tan robusto, y tan sano, que pudò vestirse, y salir de la cama; por lo que agradecido à Dios, que le havia concedido tan repentina salud, hizo proposito, y le cumplió, de gastarla en servicio suyo, tomando el Havito de la Esclarecida Orden de S. Francisco de Paula.

Salud milagrosa, comunicada à un Mozo.

Por todas circunstancias fueron admirables otros dos casos, que à este Santo Jesuita le sucedieron en el celebre Monasterio de Domna Romata. Havia en èl dos Religiosas Legas, la una llamada Francisca de Bono, y à asta la acudiò un vehemente dolor en el brazo derecho, que haviendole padecido un año, sin encontrar para èl algun alivio, viendose imposibilitada de cumplir en aquella Casa con los exercicios laboriosos de su estado, empezò à batallar con el pensamiẽto de dexar el Convento, y bolverse al siglo. Entendiò esto una Noble Religiosa, y se empeñò con el Padre Francisco, para que aquella pobre Enferma la remediasse. No fueron menester muchos ruegos, porque yà sabemos, q este hombre venerable, para las obras de piedad, era prontissimo: hizo que llamassen à la doliente, y despues

pues de haverla saludado, y consolado la preguntò, que si queria perseverar en aquel Convento: Respondiò, que sì, con tal, que recobrasse fuerzas para cumplir con las obligaciones, y exercicios de su ministerio: Entonces el Padre, entre mysteriosas suspensiones, levantò tres veces al Cielo los ojos; luego pidiò à las Religiosas, que havian concurrido, que le acompañassen en rezar tres Glorias à la Trinidad Beatissima, en memoria de los Dones, que concedió à el Santo Martyr San Cyro; y ultimamente, con sus Reliquias hizo la señal de la Cruz sobre el brazo dolorido; y esto bastò para que immediatamente aquel pertinàz dolor se retirasse, y para que la Religiosa partiesse alegre, contenta, y agradecida, à trabajar, y à servir en los empleos, que estaban à su cuidado. No le sucediò assi, aunque tambien fue ultimamente favorecida, la otra Lega, que se llamaba Polonia Cava. Esta, despues de quatro años de vida Religiosa, empezò à fastidiarse de ella, sirviendola de motivo el que en un dedo de un pie, (por vicio que hizo una uña) se le formò una llaga, que aunque no grande, no la dexaba dàr un passo, sin que la costasse un dolor. Pusose en presencia del Padre Francisco, informòle de su accidente, y en verdad, que el Padre no la tratò con blandura, como à la otra, sino con un pedazo de aspereza, rara vez vista en sus labios, pues la dixo: *Hermana, yo à vos no os juzgo enferma, sino tibia, y perezosa, pues por tan ligera causa pensais en dexar la Religion.* Estas voces, buelvo a decir, como tan desusadas en un hombre tan apacible en su trato, las admiraron todas las presentes; pero mas se admiraron despues que vieron, y supieron, que aquella reprehension havia sido un remedio eficàz para el accidente de aquella Religiosa; la qual, haviendo oido à el Padre Francisco, se retirò, sentida de haverle oido, y como para vengarse, se diò à los trabajos de la Casa, pero sin atreverse à descubrirse el pie, porque no se exacervasse el dolor al tiempo de quitarse el calzado. Assi se estuvo quatro dias, hasta que al quinto, con gran miedo (porque el dolor no la dexaba parar) quiso descalzarse, y lo consiguiò, hallandose con la maravilla, de que haviendose arrancado

do la uña, que tanto la mortificaba, tambien se havia cerrado, y cicatrizado la apostema, ò llaga, que havia sido la ocasion de su pena, y de su tormento; y entonces alabò à Dios, y à su Siervo el Padre Francisco, cuyas voces le havian servido de causticò para curarla de su accidente.

A Teresa Rufo se le formò un peligroso Escirro, que despues de vagar por varias partes del cuerpo, en un crecido tumor, se le fixò debaxo de una mexilla. Pero vino el Padre Francisco à visitarla, hizo breve oracion à Dios por ella; despues formò sobre el tumor la señal de la Cruz; y atestigua Cathalina Rufo, hermana de la Doliente, que repentinamente el tumor desapareciò, y que el dolor que ocasionaba, à breves dias faltò tan del todo, que no la ha repetido mas.

No una, sino dos, y tres veces se daba la enhorabuena de haver recibido gracias, y favores de nuestro Santo Misionero, Eugenia Rodriguèz, muger de Thomàs de Caropresa. El primer favor le logrò el año de dos del corriente siglo: Viò al Padre Francisco desde una ventana, que passaba combidando al Pueblo à la Comunion de el tercer Domingo, y con el afecto de madre, no queriendo perder aquella ocasion, le pidiò se dolieſſe de un hijo, que tenia yá de tres años, y con tal impedimento en la lengua, que ni podia, ni sabía articular una palabra. *Venga acà eſſè muchacho*, dixo el Santo Jesuita, y sin hacer mas que formarle la señal de la Cruz sobre los labios, se le bolviò à su madre, diciendola: *Tenga feè, que èl hablarà*; y esto se cumplio tan puntualmente, que aquel Niño, el dia de oy es Sacerdote Penitenciario en la Iglesia Cathedral, y sugeto, que hace mucho fruto en las Almas, por haverse dedicado à los santos exercicios de las Misiones. Dos años despues teniendo la dicha una hija tan impedida de los pies, q̃ no podia dar un passo, encontrò tambien en el Padre Francisco el remedio de esta desgracia: pues haviendola aplicado la Reliquia de San Cyro, y hecho oracion por ella, dentro de breve tiempo la madre tuvo el consuelo de vèr à su hija andar libremente por su casa. Con estas experiencias, en todo lo q̃ se le ofrecia, acudia Eugenia à su P. Francisco, en quien

Diò habla à un Mudo.

Y pies à una Niña.

quien encontraba el remedio para todo, y assi, en otra ocasion, en que estuvo preñada, pidiendole, que la encomendasse à Dios, y à lo que traia en el vientre, inmediatamente respondiò: *Ea, vaya, y à lo que naciere pongale el nombre de Cyro.* Eugenia tuvo un parto felìz, diò à luz un varon, y le puso el nombre, que el Padre le havia mandado. Y ultimamente atribuye à sus Oraciones, y benevolos influxos, el que todos los hijos que ha tenido, se han criado, buenos, robustos, y sanos, sin que le hayan costado aquellas regulares molestias, que traen consigo las niñeces de las criaturas.

Favor al hijo de la Duquesa de Calabriti.

La señora Doña Faustina Caracholi, muger del Duque de Calabriti, depone, que en su hijo Don Vicente Tutavila, empleò tambien nuestro Francisco un favor bien singular: Dice, que hallandose el niño tan enfermo, que los Medicos llegaron à abandonarle, fue llamado el Padre Francisco, el qual lo primero que hizo, fue preguntarle al enfermo, *si queria que le quitasse su mal?* Haviendo respondido, *que si*, le hizo encomendar à San Cyro: diòle despues un poco de Agua del Santo, y despidiendose de su madre, assegurò, que su hijo no moriria; y su Excelencia lo creyò, porque desde que al niño se le diò el Agua de San Cyro, empezò à mejorar, y tan aprisa, que à poco tiempo estuvo perfectamente sano, de lo que los Medicos se hacian Cruces, acompañadas con muchas admiraciones.

Favores al Marquès de Mascabruno, y à sus hijos.

La Noble Casa de *Mascabruno*, fue theatro de las gracias del Padre Francisco, por las que comunicò, assi à la persona del señor Marquès, como à las de los señores sus hijos. El año de 1711. le pusieron al Marquès un pleyto injusto ante el señor Regente Gascon Delgado, pidiendole gruessas cantidades, que no debia, pues antes bien él era acrehedor, y de grandes sumas de los sugetos, que le ponian la demanda. Bien conocia este Cavallero, que estaba à su favor la justicia; pero sin embargo, como esta suele obscurecerse en los Tribunales, pidiò al Padre Francisco, que encomendasse à Dios aquella dependencia, y el Padre varias veces le assegurò, no tenia que temer, porque

Le essegura saldrà bien de un pleyto de interesses.

sal-

ſaldria muy á ſu ſatisfaccion: lo que ſe verificò el dia 14. de Mayo del año de 15. pues en èl, el Conſejo Corateral diò la Sentencia como el Marquès la pedia, ſin que pudieſſen impedirla las extraordinarias diligencias, è irregulares paſſos, que hizo, y diò la Parte contraria. Eſto fue mirar el Padre Franciſco por los materiales intereſſes de aquel Cavallero; ahora le verémos trabajar à favor de la ſalud. En dos ocaſiones eſtuvo enfermo: en la una de una grande efervescencia de ſangre; y en la otra de una diſipula en una pierna; mas de una, y otra ſaliò felizmente, ſin mas medicina, que el Agua de S. Cyro, el contacto de ſu Reliquia, y las Oraciones del Padre Franciſco de Geronymo; quien proſiguiendo, y aun adelantando en ſus favores para con eſte ſu devoto, ſi haſta aqui ha mirado por ſus conveniencias, y por ſu ſalud; ahora le verèmos atender al explendor de ſu honra: alhaja para los hombres de bien mas eſtimable, que la hacienda, y que la vida. Fuè el caſo, que en el año de 79. unos emulos ſuyos, hombres ſin conciencia, le urdieron una trama, y una horrible impoſtura afianzada (para que hicieſſe mas fé) con Teſtimonio de un Eſcrivano publico. Era, quando menos, el delito, que ſe le imponia, que con dadivas, y ofrecimientos de dinero havia ſolicitado, y corrompido a un Medico, para que à un ſugeto de caracter ſuperior, à quien aſſiſtia, entre las otras medicinas, le dieſſe diſsimulado un veneno. Entendiò el Marquès (que eſtaba inocentiſsimo) una tan negra calumnia, y le pidiò, para verſe libre de ella, ſus Oraciones al Padre Franciſco, el qual, haviendole encomendado à Dios, le reſpondiò: *Señor Marquès, creo, que eſtà inocente, y aſsi no hay que temer, que el miſmo que le ha levantado eſſe teſtimonio, con el tiempo ſe deſdirà, y declarará eſſa falſedad, obligado del remordimiento de ſu conciencia.* Todo ſe verificò puntualmente, porque el impoſtor (de orden de ſu Confeſſor) con inſtrumento publico declarò, ſer falſo lo que del Marquès havia dicho; y diſpuſo, que ſe le dieſſe traslado del inſtrumento, en que ſe deſdecia, como de hecho ſe le

Librale de dos enfermedades.

Atiendele en un punto de honra.

le entregò, authorizado por el Notario Domingo Beneto; con lo qual la estimacion del Marquès quedò libre de aquella funesta sombra, que pretendiò obscurecerscla: y de todo diò al Padre Francisco repetidas gracias.

Gracia à Doña Margarita Curto Passo.

Yà hemos dicho antes de ahora, como estando en Nola, nuestro Misionero, diò el habla à dos hijos de la Noble señora Doña Margarita Curto Passo; y ahora añadirèmos, que de aqui le quedò especie para pretender del Padre el beneficio de la salud, en ocasion de hallarse con un grave pesado rehematismo, que le sobrevino algunos años despues: temiò, que tal enfermedad le quitasse la vida, como à otros à quienes aquel año les havia acometido; y assi procurò, que à toda prisa le llamassen al Padre Francisco, y este debiò de conocer, que era preciso acudir sin dilacion à socorrer à aquella Señora, porque luego al punto que recibió su aviso, (abandonando los demàs negocios, que tenia entre manos) partiò à la Ciudad de Nola. Llegò, visitó à la enferma, y sin mas remedio, que el que havia aplicado años antes à sus hijos, que fuè darle à beber un poco de Agua de su SantoMartyr configuiò, que el rehematismo repentinamente se desapareciesse con admiracion, assi de la enferma, como de toda su familia, que la havia visto padecer.

Sana à un Joven de una mortal cangrena.

En el año de 1714. à un Joven de algunas conveniencias, y hijo de una señora viuda, le diò de repente un dolor tan agudo en una pierna, que le obligò à no moverse de la cama. Passaron algunos dias, y aunque se aplicaron varios medicamentos, el dolor no cedia. Avisaron de aquel accidente al Padre Francisco, para que le confessasse: oyòle, y le ofreciò, *que convaleceria*; *pero que havia de ser despues de algun tiempo*; y añadiò: *Que si se encomendaba muy de veras à San Cyro, èl descubriria la causa, y el origen del dolor, que le molestaba.* El enfermo admitiò la receta, y à los dos meses de haverse encomendado al Santo, reconociò su efecto, que fue el apuntarle à la rodilla una cangrena, y de tan mala especie, que luego que la vieron los Medicos, le desauciaron. En este conflicto bol-

bolviò à acudir a ſu Padre Franciſco, el qual deſpues de darle los Sacramentos, haſta la Uncion, le bendixo con la Reliquia del Santo: diòle à beber algunos Polvos ſuyos, y los que ſobraron, los eſparciò ſobre la cangrena, lo qual executado, conſolò, aſsi al enfermo, como à ſu afligida madre, dandoles eſperanzas ciertas de ſu ſalud, y deſpues llamando aparte á ſu madre, la dixo: *El Señor ha embiado à vueſtro hijo eſte mal, porque le quiere bien; pues con èl le ha librado de un trabajo grande, con que ſe huviera encontrado en el proximo Carnavàl, ſiguiendo un penſamiento, que havia conſentido; pero yà, dad las gracias à San Cyro de que os ha conſeguido la gracia que deſeais.* Curioſa la madre con lo que havia oìdo, y no havia explicado el Santo Miſsionero, preguntò à ſu hijo, quales eran ſus ideas, y penſamientos para las proximas Carneſtolendas? y el enfermo con ingenuidad la reſpondiò, que ſu penſamiento no havia ſido otro, que el de aſsiſtir à las maſcaras, bayles, feſtines, diſfraces, y demàs entretenimientos de aquellos dias, por los quales ſuelen los Jovenes inconſiderados, hallarſe enmedio de muchos pernicioſos peligros para el alma, y para el cuerpo. Hecha eſta ingenua confeſsion, quando quiſo acordarſe de ſu cangrena, hallò, que ſegun lo ofrecido por el Padre, milagroſamente ſe havia deſvanecido.

Favor de particulares circunſtancias à la Duqueſa de S. Donato.

La confianza, y la fè, quando muy crecidas, ſuelen tener, y gaſtar unas expreſsiones, que ſi no ſon atrevimientos, lo parecen; mas en fin, aſsi ſuelen lograr los favores, que deſean: de eſta eſpecie fueron la fè, y confianza, que tuvo con el Padre Franciſco la ſeñora Doña Thereſa Jordàn, Duqueſa de San Donato, como dirà el caſo ſiguiente. Deſpues de un parto, que eſta Señora tuvo el año de 1715. quedò con unos dolores generales de todo el cuerpo, tan agudos, que aunque ſe le aplicaron muchos, y varios remedios, todos ſe dieron por vencidos à la violencia de los dolores: viòſe la pobre ſeñora reducida à la cama, y aun ſin poderſe mover en ella. Aſsi paſsò quince dias, quando deſeſperanzada de que los Medicos la aliviaſſen, hizo llamar al

Pa-

Padre Francisco, suponiendo hallaria en sus manos, y en sus oraciones la salud, y el alivio, que no hallaba en las medicinas. Vino el Padre, y le salió à recibir le señora Doña Margarita Ardi, madre de la enferma, y á suplicarle, se doliesse de ella, y la librasse de tan molestos dolores. Oyòla nuestro Francisco; pero encogiendose de hombros, y cruzando los brazos al pecho, entre compadecido, y sonroxado, respondiò: *Pues señora, yo, què puedo hacer en esto?* Estas palabras las oyò la enferma, y recogiendo las pocas fuerzas con que se hallaba, las passò à los labios, y le dixo en alta voz: *Què podeis hacer, Padre? Podeis mucho; podeis poneros en oracion hasta desollaron las rodillas* (fueron palabras formales suyas) *y conseguirme de San Cyro la salud.* No pudo menos el Siervo de Dios de sonreirse, al ver el denuedo, y eficacia con que la buena señora pedia; y aun parece que se diò por obligado à no negarla la gracia, pues se resolviò à aplicarla la Reliquia de San Cyro, è inmediatamente (cosa por cierta maravillosa!) se oyò del pecho de la enferma un crugido, como si se le huvieran roto dos costillas: Assustóse: registrò el pecho: reconociòle del todo sano, y que aquel ruido solo havia sido señal de despedirse todo el mal que padecia, pues de repente se hallò sin dolores, y con tal valentìa de fuerzas, que para levantarse de la cama pudo vestirse por sí misma.

Alcanza con las Oraciones succession para una Familia Illustre.

La señora Doña Ana Maria Adimara, digna esposa de Don Juan Francisco Blanco, Señor de Monteròn, havia dado à su Casa mucha succesion, pero toda femenina, y deseaba vivissimamente tener un varon, que llevasse adelante los Illustres apellidos de su Familia: estuvo muchos dias batallando con este deseo, quando en uno se le ofreciò con gran viveza, que para conseguir lo que deseaba, seria bien valerse de las oraciones del Padre Francisco de Geronymo. Luego que tuvo este ofrecimiento, embiò un Criado Mayor con su Carroza, para que al Padre se le llevasse à su Casa, y assi hacer con mas eficàcia la suplica, y el empeño. El Padre bolviò el Coche, y respondiò, que quanto antes pudisse, y

se lo permitiessen sus precisas obligaciones, iria á ponerse à su obediencia. Passaron ocho dias, y al fin de ellos fue à hacer su visita: oyò los deseos de aquella señora, y la consolò con buenas palabras, y con ofrecerla, que la encomendaria à Dios. Despidiòse; pero dentro de breve tiempo bolviò á verla, y con placentero semblante, como quien la llevaba una buena noticia, le dixo: *Señora, tenga buen animo, que el varon, que desea, yà por sus meritos se le ha conseguido de Dios el Gran Martyr San Cyro; y serà razon, que pues èl se le dà, en señal de su gratitud, le ponga su nombre.* Lo qual todo se cumpliò, pues aquella señora diò à luz un agraciado niño, à quien le puso el nombre del Santo Martyr, segun, y como lo havia ordenado el Padre Francisco.

Gracia hecha en casa de la Marquesa de S. Marcos.

A la señora Marquesa de San Marcos le sucedió, que estando preñada, y esperando dar à luz un varon, para comun consuelo de su Casa, antes que llegasse el parto, hizo traer una Ama de escogidas calidades, para que diesse el pecho à lo que naciesse. Llegò à Napoles Ursola Greca (este era el nombre de la Ama) pero apenas llegò, quando se viò acometida de una general contraccion de nervios, que la rindiò á la cama, sin permitirla el mas mìnimo movimiento, pues si queria hacer alguno, le costaba un excesivo dolor. En tan repentina desgracia, la Marquesa, para su remedio, hizo llamar al Padre Francisco, el qual viendo à la pobre Ursola en tan lastimoso estado, la dixo en alta voz: *Ea, muger, alientate, y consuelate, que fixamente darà el pecho al niño, que parirà la señora Marquesa.* Dicho esto se retirò, y el accidente tambien, y tan de priessa, que al dia siguiente aquella muger recobrò perfectamente la salud, y la señora Marquesa pariò con felicidad à su primogenito, que es oy el señor Don Trojano Onero Cavanilla, Duque, y Marquès de San Juan.

A la señora Duquesa de Cantalupo.

A principio del año de 16. del presente siglo, estando preñada la señora Doña Mariana Brancacho, Duquesa de Cantalupo, deseò que el Padre Francisco bautizasse la criatura que diesse à luz. Propusole su deseo, y temò todos los me-

medios posibles, para que el Padre se le cumpliesse. Francisco se escusò una, y otra vez de aquel que le parecia demasiado favor á su persona; mas viendo las instancias de aquella buena señora, en fin la escriviò un Villete (que oy se guarda por Reliquia en aquella Casa) en que la decia, que su Excelencia havia hecho una muy mala eleccion, pues la hacia de un hombre tan indigno como el, nada merecedor de tanta honra; mas que en fin, la serviria en lo que le mandaba, precediendo las debidas licencias de sus Superiores, especialmente del Padre General. Consolada con esta especie la señora Duquesa, sucediò la desgracia, de que à los ocho meses malpariò una niña: entristeciòse con el P. Francisco, pues para consolarse de su desgraciado parto, avia hecho llamar N. Anciano Jesuita, el qual entrò en su visita, diciendo: *Ea, señora, V. E. queria, que yo bautizasse una niña, y yo mas quisiera bautizar al niño, que ha de tener. Pero què se ha de hacer? Quando èl nazca, yo no estarè yà en el Mundo, porque soy viejo, soy viejo.* Con palabras tan claras predixo su muerte, que sucediò en el mismo año, y dentro de pocos dias. Cumpliòse tambien la segunda prediccion, que en esta ocasion se dexò caer; pues à dos años diò la señora Duquesa un hermoso niño à luz. Pero lo dicho toca à las predicciones, veamos ahora un gran favor, que à esta señora hizo, pues este es el assumpto del Capitulo presente. Al mal parto, yà mencionado, se siguiò una grande, y grave enfermedad de pasmos excessivos, dolor de costado, y tales pervigilios, que llegò à temerse su muerte. En lance tan apretado, claro està, que no havia de olvidarse de su Padre Francisco, ni el Padre dexar de ir à verla, por lo mucho que la estimaba. Entrò en su alcoba, y la dixo: *Señora, es menester hacer animo à padecer por Jesu-Christo*; y despues bolviendo la conversacion àzia las Assistentas, las dixo: *Esta Señora no morirà*; pero para ocultar lo que con tanta claridad decia, añadiò: *Porque quantas malparidas de criaturas de ocho meses sanan?* Despues aplicó à la enferma la Reliquia de San Cyro, poniendosela sobre el pecho; mas al tiem-

po de retirarla, se quedò sobre el pecho de la enferma, y el Padre solo con el bolsillo en que la traìa; circunstancia, que le obligò à decir con su gracia acostumbrada: *Ola, Santo mio, como ud està? Me dexais à mi por quedaros con la enferma? Sin duda, que como Medico quereis hacerle el favor, de que por vuestro medio recobre la salud.* En esto dió à entender Francisco anticipadamente lo que San Cyro havia de executar, porque la señora Duquesa salliò luego, luego de su peligro; aunque para que se verificasse tambien lo que la havia dicho, *de que era preciso padecer*, se fuè recobrando tan poco à poco, que la convalecencia se alargò al espacio de tres meses. Y ultimamente, la niña malparida (à quien el Padre puso el nombre de Angela del Paraìso) passò à poseerle dentro de muy pocos dias.

A un niño atropellado por una Carroza.

Matheo de Alexandro, Hermano antiguo de la Congregacion de la Misiòn, depone, que à su vista, y à vista de los demàs Congregantes, que assistian al Padre en sus Platicas, passò un caso, que à todos ellos los dexò llenos de muchas admiraciones. Sobre una mesa (dice) estaba platicando el Siervo de Dios à un numeroso Auditorio, quando se empeñò en passar, y con mucha velocidad por aquel mismo sitio una Carroza. La gente, que al Padre le estaba oyendo, para que no la atropellasse, le hizo lugar, estrechandose quanto pudo; pero no obstante, tropezò con un niño: derribòle à tierra, y con tal desgracia, que le passò una rueda por encima del pecho, y le dexò tan fin movimiento, como si estuviera difunto. Corriò al remedio su madre (que estaba en el mismo Auditorio) pero hecha una fiera, con la colera, y el dolor, echaba mil maldiciones, no solo à los cavallos, al Cochero, y à los que iban dentro de la Carroza, sino tambien al Padre que predicaba, pues à las apreturas de su numeroso Auditorio, atribuìa la mayor parte de aquel fracaso. Que haria en este caso nuestro Santo Misionero? Hizo lo que solia, no turbarse, interrumpir el Sermon, mandar que le truxessen al maltratado niño, hacer sobre èl la señal de

la

la Cruz, y con esto solo se le restituyò à su madre sano, bueno, y alegre, y luego prosiguiò con toda serenidad su platica.

Compone le à otro las piernas.

Estando en oracion en nuestra Iglesia, una pobre afligída muger le puso delante à un hijo suyo de seis años, pero con las piernas tan torcidas, y todo èl tan feamente desfigurado, que mas que Criatura racional, parecia un monstruo. No le dixo à Francisco nada, porque solo le hablò con las voces de su llanto; pero entendiòla muy bien nuestro piadoso Jesuita; y condolido, assi del hijo, como de la madre, empezò à favorecerlos, haciendo lo primero muchas veces la señal de la Cruz sobre el desfigurado Niño: luego aplicò sus manos à sus piernas, hasta que, como si fueran de cera, se las enderezò, y se las dexó tan dociles, y tan bien configuradas, que pudo immediatamente empezar, no solo à andar, sino à correr; mas para que no pareciesse, que aquella havia sido obra suya antes de bolver el Niño à su madre, le tocò cuidadosamente con las Reliquias de su amado, y gran devoto San Cyro. Todo este caso le viò Francisco Puglieffe, y assi le depuso, como testigo de vista.

Cura otro Niño en el Monasterio de Mondragòn.

Mas admirable aùn, que la passada fuè la curacion, que hizo en otro Niño; y si no mas admirable, por lo menos tuvo la circunstancia de executarla, sin dàr lugar à que se le pidiesse: Fue, pues, el caso, que estando un dia confessando en el Retiro de Mondragon, viò entrar en la Iglesia à otra pobre con otro hijuelo suyo, mas tan enfermo, tan maltratado, consumido, y falto de fuerzas, que no se podia tener en pie, y assi venia siguiendo à su madre arrastrandose por el suelo. Quiso su fortuna, que el Padre le descubriò, desde donde estaba, y movido de piedad, levantò la voz, y le dixo: *Hijo mio, vèn acà. Ojalà, Padre*, (respondiò su madre) *que èl pudiera ir à ponerse à vuestros pies; pero Padre, no puede andar.* Assi dixo; mas como si Francisco no la oyera, bolviò à repetir: *Hijo mio, vèn acercate acà.* Estas palabras se parecieron aquel soplo mysterioso, con que Dios le diò la vida à Adán, pues por ellas el muchacho experimentò, que por todo el cuerpo se le infundian unos alientos tan vivaces, y espirituosos, que luego al punto

se puso en pie, pudo andar, y aun ir corriendo ácia el Confessonario donde estaba el Padre, besòle la mano, y haviendo recibido su cariñosa bendicion, se bolviò à su madre, que extatica lloraba de consuelo à vista de aquel milagroso favor, que acababa de recibir, y tan de valde, que aun no le havia costado un ruego. Y yá que nos hallamos dentro de la Casa de Mondragon, no será razon passèmos en silencio otros favores, que nuestro Santo Missionero hizo à varias Señoras de aquella Casa. La señora Doña Isabèl Genaro solìa padecer frequentes dolores de hijada; pero el Siervo de Dios solo con la señal de la Cruz, la curò, de modo, que arrojaba las piedras sin experimentar dolor. La señora Doña Numcia Micheli tenia una penosa llaga en un brazo, y tambien la libró de ella, solo con aplicarle la Reliquia de San Cyro: y á este modo otras Señoras refieren, y dicen haver logrado semejantes favores de su mano, los que yo omito, por passar à referir otros de mayor bulto.

Otros favores à las Religiosas de el mismo Convento.

En el Templo, llamado *de la Escorciada*, governado por los Reverendos Padres Teatinos, una de las muchas grandes Mugeres, que allì viven retiradas del Mundo llamada Doña Beronica Ricardi, yá fuesse por efecto de alguna interior enfermedad, yà por otra no conocida causa, llegò à perder el uso de la razon. Hablaba, y obraba, como quien estaba fuera de sì, y esto ocasionaba gran lastima, grande pesadumbre, y grande desasosiego, y turbacion à las demas Religiosas. Vino llamado de aquellos Padres Reverendos (tal era el aprecio que hacian de su santidad) nuestro Padre Francisco, y con su venida todo se serenò facilmente, pues con solo tocar á la frenetica con su Crucifixo, la libró de el frenesí, y la restituyò à su primera quietud, y à toda aquella Comunidad á la paz, que deseaba. Testigos de lo referido fueron el señor Don Miguèl Guardia, que entonces era Cura en Napoles, y despues Obispo de Crotona, y el Reverendissimo Padre Don Juan Bautista Carachòlo, de la yá citada Familia; y estos añaden en sus deposiciones, que la curada Enferma, ni con los años, ni con las Lunas bolviò à experimentar el padecido accidente.

En el Còvento de la Escorciada.

Curacion de una Religiosa frenetica.

Buelva ahora mi pluma à Ma-

Maravilloſo favor à *Maria Caſier.*

Maria Alvina Caſier, aquella Muger Soldado, cuya hiſtoria dexamos dicha en el primero libro de eſta Obra. El año de noventa del paſſado ſiglo ſe hallò tan mortalmente enferma de ardientes calenturas, que los Medicos totalmente deſeſperaron de ſu vida. Juntabanſe las fiebres con vomitos de ſangre, por lo qual el Padre Franciſco, llamado para aſsiſtirla, le adminiſtrò los Sacramentos de la Penitencia, y Santa Uncion, pero el Viatico no ſe atreviò à darſele por la cauſa dicha. Yà con las calenturas, yà con los vomitos, padecia la pobre Enferma penoſas ſedes, y pidiò al Padre Franciſco, que la dieſſe un poco de agua. Los Medicos la negaban eſte alivio, porque juzgaban, que el agua podia aumentarla ſu accidente: con eſto el Padre Franciſco, con dulces palabras procurò conſolar à la Enferma, y exortarla à que padecieſſe con merito aquella penalidad; *porque agua* (concluyò) *no te la puedo dàr, por no faltar al orden de los Medicos.* Y dicho eſto ſe retirò à ſu caſa; mas à poco rato tuvo la enferma uno bien guſtoſo, porque viò entrar en la pieza donde eſtaba, un Niño, como de edad de ſeis años, muy hermoſo, muy galàn, muy bien diſpueſto, y muy deſpejado; el qual con un criſtàl grande, y lleno de agua, ſe llegò à la cama de la Caſier, y ſe le ofreciò, para que bebieſſe, añadiendo, que el Padre Franciſco ſe le embiaba; y aun corteſano, y piadoſo el Niño, por eſtàr la Enferma muy falta de fuerzas, por sì propio le aplicò el criſtàl à los labios. Hecha eſta diligencia, la dixo: *Mirad, que el Padre Franciſco manda, que quanto antes le vayas à buſcar à ſu Confeſſonario.* La Caſier eſtaba admirada, aſsi de lo que aquel Niño executaba, como de lo que la decia, y apenas ſe creia á sí propia; por lo qual reſpondiò, que como podia obedecer al Padre, hallandoſe tan falta de aliento? A que el Niño acudiò, diciendo: (deſpues de haverla aliviado la cabeza, para que la levantaſſe de la almohada) *Marìa, fuerzas tienes, no ay que temer, bien te puedes levantar; y à Dios, que yo voy à decir al Padre Franciſco, que le obedeceràs al punto.* Retiròſe el Niño, ò ſe deſapareciò, y la Enferma ſe hallò de repente tan convalecida, que levantandoſe de la cama, pudo ir à buſcar

al Padre. Encontròle, y apenas la viò, quando la dixo: *Què es eſto Caſiera, como và, ſupongo, que eſtàs muy alentada. Temiſte morirte de eſta enfermedad, pero te engañaſte, porque viviràs haſta vèr mi muerte, y las de mis Hermanos: y de todo eſto debes las gracias à San Cyro, por cuyos ruegos Dios te ha hecho eſtos favores.* Deſpues, haviendoſe informado de lo que la havia paſſado con aquel Niño, de como la havia dado aquel vaſo de agua, y de como havia pueſto, humano, y compaſsivo, ſu mano debaxo de ſu cabeza (gozoſo, y agradecido à Dios el Padre) la mandò, que todas aquellas eſpecies las ſepultaſſe en un profundo ſilencio. Aſsi lo executò, y à los que ſe admiraban de ſu repentina ſalud, ſolo reſpondia, que la havia logrado por ſingular beneficio de la Miſericordia Divina; pero luego que muriò el Padre, delante de legitimos Jueces, depuſo, y jurò el harmonioſo caſo, que queda referido.

Favor al Padre Fr. Juan de S. Paulino Carmelita Deſcalzo.

En el año de 1695. cayò gravemente enfermo en el Convento de la Madre de Dios, de los Padres Carmelitas Deſcalzos, el Padre Fray Juan Maria de San Paulino, y tomò la enfermedad tanta altura, que deſauciado de los Fiſicos huvo de recibir los ultimos Sacramentos; en eſtas circunſtancias pidiò al Padre Nicolàs Jurgo, de la Compañia de Jesvs, que era ſu hermano, que para morir conſolado, le traxaſſe al Padre Franciſco, que le hicieſſe una viſita antes de morir. Dióſele eſte guſto, y entrando en ſu Celda, el Siervo de Dios, con voz alta, y alegre ſemblante, le ſaludò, diciendo: *Què es eſto, què tiene vueſſa Paternidad? De què ſe aſtige? Porque eſte mal es nada, no es coſa de cuidado. El Domingo venga à decir una Miſſa al Altar del glorioſo S. Cyro: No lo promete aſsi? En verdad, que no me hallo con tal fee*, reſpondiò el enfermo, y eſto lo repitiò, por mas que el Padre Nicolàs, que eſtaba à ſu cabecera, le animaba à que la tuvieſſe, y à que dixeſſe, que sì. No obſtante, aun viſta la tibia reſpueſta del Doliente, el Padre Franciſco le diò un poco de agua de la bendita con la Reliquia de San Cyro, y aquella noche le ſobrevino un ſudor tan copioſo, que con èl hizo criſis la enfermedad, ſe limpiò de calentura, y empezò à convalecer: mas à breves

dias,

dias, queriendo San Cyro, que le tuviesse fee, la enfermedad bolviò, y con tal fuerza, que la recaidase tuvo (como lo era) por mortal. En este aprieto pidiò otra visita del Padre Francisco; y èl, que no sabia hacerse de rogar, se la hizo con mucho gusto; pero sin embargo, con rostro severo, y imperioso, le repitiò: *El Domingo venga à decir Missa à mi Santo, en hacimiento de gracias.* No le dixo mas pero esto fuè lo mismo, que comunicarle la salud, pues llegando el Domingo, el Enfermo, que hè pintado tan debil, se hallò perfectamente sano; levantòse de la cama, vino á decir su ofrecida Missa, y despues viviò muchos años bueno, y robusto, y con fuerzas sobradas, para hacer: como hizo, muchos viages largos, y trabajosos de orden de sus Superiores, y en obsequio de su Religion Todo lo contrario sucediò al Consejero Real de Santa Clara, Don Benito de Angelis, pues visitandole el Padre Francisco, por estár muy malo, solo le dixo: *Que se dispusiesse para morir*, y muriò dentro de muy pocos dias; y uno, y otro caso los depone, quien á ellos se hallò presente.

Gracia à una Religiola Carmelita Descalza, en el Convento de Santa Maria de la Paz.

En el celebre Convento de Religiosas Carmelitas Descalzas, llamado *Santa Maria de la Paz*, padeciò Soror Maria Carmela Polsone un grave accidente, del qual, aunque saliò, la que dò una ardiente calentura, que la ocasionò tanta debilidad en las rodillas, que la tenia aprisionada à la cama; diez meses la durò esta prision, y la huviera durado mas, si al fin de ellos, cansada de vèr, que no hacian efecto util las medicinas, no huviera pedido, y instado, que la traxessen para que la visitasse al milagroso Medico Jesuita Francisco de Geronymo. Nunca havia entrado el Padre en aquel Convento; y assi, admitiò á las Religiosas el que sin esperar á que le conduxessen se fue en derechura adonde estaba la Enferma, como si por toda su vida huviera sido Inquilino de aquella casa. Vista la Enferma, la confessò, y despues, llamando à las demàs Religiosas, para que con él hiciessen oracion à San Cyro, con su Reliquia la diò su bendicion y sacando del pecho un papelillo de polvos del mismo Santo, encargó, que los mezclassen con los medicamentos, que los Medicos, y

los

los Cirujanos aplicaſſen à la Doliente, à quien al deſpedirſe, la dixo: *Señora, tenga buen animo, mire que ha ſido Dios el que me ha embiado acà*, Voces fueron eſtas, por las quales aquella Religioſa concibiò vivas eſperanzas de que Dios la havia de conceder el favor que deſeaba, aunque no experimentò, ſi ſe le havia concedido, haſta el caer de la tarde, que empezò (aunque con timidèz) à hacer experiencia de ſi podia moverſe, y haliò, que no ſolo podia moverſe en la cama, ſino ſalir de ella, y ponerſe en pie, de lo qual dió noticia à las demàs Religioſas, y gracias à Dios, y al Padre, por lo que la havian favorecido, quexandoſe de sì miſma, y de ſu poca feè, pues decia, que ſi immediatamente à las voces del Padre huviera intentado el levantarſe, creìa firmemente haverlo conſeguido, pues deſde entonces la empezò à decir ſu corazon, que eſtaba ſana.

*** *** ***
*** ***
***

CAPITULO IX.

RESUCITÀ MUERTOS el Padre Franciſco de Geronymo.

NO ſolo concedió Dios á eſte Siervo ſuyo virtud, y gracia, para deſterrar enfermedades, ſino tambien para reſtituir á los muertos á los terminos de la vida, de lo qual doy por teſtigos los quatro caſos, que ſe ſiguen. Por el mes de Octubre tiempo en que à los Napolitanos no les es licito ſalir à experimentar otros ayres, por el miedo á las mutaciones, ſe viò preciſado Pompeyo, Prudente, Medico de profeſſion, en la Ciudad de Napoles, à hacer viage á la Ciudad de Capua à particulares dependencias ſuyas: y eſto fuè en el año de 1691. Aunque era Medico, las mutaciones no le reſpetaron: Pegaronle una calentura, que deſde luego manifeſtò ſer malicioſa; acompañada con fatales ſymptomas de deliquios, y otras ſeñales de muerte. Traxeronle á Napoles, y al nono dia tuvo una pequeña terminacion; y aunque eſta diò alguna eſperanza al ſeñor Carlos Prudente hermano del Enfermo, los demàs

Reſurreccion de un Medico.

más Medicos no la apreciaron, antes bien de ella infirieron, que perdia totalmente la vida. Llegò el dia decimo, y en el, à juicio de todos los circunstantes, espirò, porque se le enfriò todo el cuerpo, se igualò en la cama, empezò à agonizar, y dando tres perceptibles voqueadas, no diò mas señas de vivo. Mas: el señor Fortunato Prudente, para asegurarse de si vivia, ó no, hizo aquellas regulares experiencias de aplicarle á la boca una luz, y tambien un espejo, y ni en la llama se viò el menor movimiento, ni el crystàl se empañò con la respiracion mas minima. Mas: quedòse con la boca abierta, y en ella entraban, y salian con gran libertad las moscas. A vista de esto, todos los amigos que havian concurrido, y toda la Familia, rompieron en llanto copioso, porque no les quedò la menor duda de que havia muerto. Pero enmediò del general desconsuelo de aquella casa, un Sacerdote llamado Don Oroncio de Sapio, se acordò del Padre Francisco de Geronymo, y fuè à traerle, no ya por otro fin, ó motivo, que para que con sus santas, y eficaces razones templasse en aquella Famila el dolor de aquella pèrdida. Vino el Padre, y assi los Medicos, como los parientes, y amigos, le asseguraron (con los lienzos en los ojos) que ya havia espirado. *Ea, pues*, dixo entonces el Venerable, *encomendarèmos à Dios su alma.* Y hincandose de rodillas al lado de la cama, empezò à decir la Letania de nuestra Señora, invocò à la Trinidad Beatissima, y al llegar à decir *Santa Maria*, no sin algun susto de los circunstantes que le iban respondiendo, de repente se puso en pie, y preguntando como se llamaba el difunto, y oido su nombre, como si hablàra con un sugeto, que estuviesse muy distante, dixo por tres veces, en tono alto, y elevado: *Pompeyo Prudente, en nombre de este Santissimo Christo que tengo en mi mano, y de San Cyro, respondeme.* Al primero, y segundo llamamiento, Pompeyò no respondiò, ni se dió por entendido; pero al tercero abriò los ojos, y dixo: *Què quereis?* Y afirma, que no vió à otro alguno, sino solo al Padre Francisco. Esta respuesta ocasionò en los presentes aquella admiracion

cion, y eſtupor, que fuera natural, en quien oyeſſe hablar à un difunto; pero el Padre proſiguiendo con toda ſerenidad en procurarle ſu alivio, haviendole dado un poco de agua de ſu amado Santo, y dichole, que ſe alentaſſe, y tuvieſſe buen animo, ſe retirò de ſu viſta, aunque dexandole ſin haver buelto perfectamente en sì: mas deſde aquel dia fue recobrando ſus perdidas fuerzas, y al fin del mes ſe hallò perfectamente convalecido: lo que fue coſa admirable para lòs Medicos, y tan admirable, que no le aplicaron medicinas eſpecificas, para vencer las reliquias de la grave enfermedad, que le havia reducido al eſtado que hemos pintado, contentandoſe ſolo con darle aquellos fomentos, que podian ayudarle á convalecer, y à recocobrar las fuerzas, juzgando ſin duda, que el humor maligno, que le havia poſtrado à la cama, eſſe le havia vencido, y aun deſterrado el Padre Franciſco con ſus oraciones, y con el imperio de ſu prodigioſa virtud. Ultimamente, en el año de 25. del ſiglo preſente firmò la depoſicion de eſte caſo ſingular el miſmo Pompeyo Prudente, y la concluyò diciendo: Que à los treinta dias de la viſita, que el Padre Franciſco le hizo, ſe halló tan valiente, que pudo ir al Templo à dàr à Dios, y à ſus Santos las debidas gracias, y luego á viſitar ſus enfermos, cumpliendo con las obligaciones de ſu profeſsion.

Reſurreccion de una niña.

Mas admirable aùn que la paſſadá, por las circunſtancias, que en ella concurrieron, fue la reſurreccion, que hizo de una niña: tal fue, que previno à quien la ſupo, que no la dixeſſe, ſin duda alguna para librarſe de la tentacion de vanidad, que podia darle, por haver ſido tan ſingular aquella maravilla: la qual paſsò aſsi. Una pobre muger tuvo la deſgracia de vèr morir en ſus brazos à una hija pequeña; dióle un accidente, eſte no le permitiò tomar ni una gota de leche en dos dias, con que en tan tierna edad facilmente la acabò. Su madre, fuera del dolor de verla morir, tuvo otra grave peſadumbre, porque ſiendo pobriſsima, y honrada, ni tenia con que poder enterrarla, ni ſu empacho la daba aliento para pedir à nadie ſe la enterraſſe de limoſ-

mosna. Estas congojas padecia, quando le vino al pensamiento la caridad del Padre Francisco: determinò, y assi lo executò, valerse de ella, llevando escòndidamente aquel pequeño cadaver à depositarle en la silla de su Confessonario, para que sin saber de quien fuesse, ni quien le huviesse puesto alli, le hiciesse dàr sepultura. Llevada de esta idèa, al dia siguiente se levantò antes de amanecer, y con su difunta niña caminò à nuestra Iglesia, la qual por ocasion de ser las Quarenta Horas de Carnestolendas, estaba con poca luz, y esto favoreciò tambien à su intento, pues con todo dissimulo, y sin que nadie la reparasse, pudo depositar el pequeño cuerpo donde havia ideado, y luego à toda priessa se retirò à la puerta de la Iglesia; pero de modo, que pudiesse descubrir desde alli el Confessonario del Padre, y vèr què se disponia de su difunta. Baxò el Siervo de Dios, segun su estilo, despues de haver dicho Missa, à tomar su silla para oír à sus Penitentes: vió sobre ella aquel bulto: dexòle assi, è hincandose de rodillas, se puso à hacer oracion al Santissimo, que estaba yà descubierto, y quizás à pedirle la gracia, y favor, que comunicò despues. Levantòse de su oracion, y llegando en aquestas circunstancias su yà mencionada Penitenta Maria Alvina Casier, la dixo: *Maria, has llegado à lindo tiempo: mira, que en mi Confessonario han puesto una niña; tomala, y tenme cuidado de ella, mientras yo discurro donde la pongamos.* Obedeciò la Penitenta; tomò la niña; pero reconociò que estaba difunta, y assi bolviò, y le dixo: *Padre mio, què quereis hacer? que esta niña està muerta. No, no està muerta,* respondiò el Siervo de Dios, (valiendose de unas palabras dichas por la Magestad de Christo en ocasion semejante) *no està muerta, està dormida.* Hizo sobre ella tres veces la señal de la Cruz, y la muchacha al punto abriò los ojos. A todo esto estaba presente tambien Cataldo de Geronymo, hermano de el Padre Francisco, y à este le dixo: *Anda, traeme un poco de Agua de San Cyro, para que à esta muchacha la acabemos de despertar.* Vino el Agua, echole algunas gotas en la boca, ella las tra-

tragò, y entonces bolviò à decir: *No vèn como eſtaba viva?* Quedaronſe admirados Cataldo, y la Caſier, mirandoſe mutuamente, y tambien à la reſucitada niña, y creo que huvieran prorrumpido en voces, que dixeſſen, prodigio, y milagro, ſi el Padre no los huviera divertido con palabras que perſuadieſſen, que todo lo que veìan era, no reſucitar à un muerto, ſino deſpertar un dormido. Pero por mas que el Padre diſsimulò aquella maravilla, la confirmò con otras eſtrañas circunſtancias, que concurrieron deſpues, y con que eſte gran caſo ſe coronò; pues yà que la niña eſtaba en el eſtado, que acabamos de referir, le dixo à Maria Alvina: *Dexa aì eſſa muchacha, vè à la puerta de la Igleſia, y à vna muger que encontraràs llorando, cruzada de brazos, y el velo muy ſobre el roſtro, dila que ſe llegue acà, que la llamo yo, que tengo que decirla dos palabras.* Fuè Maria, y por las ſeñas que llevaba, diò facilmente con la afligida muger: diòla el recado del Padre Franciſco, y aunque al principio reſiſtia, obedeciò ultimamente, obligada del reſpeto que le tenia, vino à vèr què la mandaba, aunque con firme reſolucion de no confeſſar ſer la madre de aquella niña. Llegò, diſsimulò ſus lagrimas quanto pudo, y el Padre con roſtro apacible la dixo: *Ea, vea aì à ſu hija, lleveſela à ſu caſa. Mia no es*, reſpondiò turbada la pobre muger, *yo no tengo hija, y de las de los otros no me toca cuidar à mi. Ea, para què es eſſo?* Proſiguiò el Padre, *para què ſon burlas? tomela, que ſuya es, y eſtà viva.* Para que hicieſſen fè eſtas palabras del Padre, ſaltò la muchacha, diciendo al miſmo tiempo: *Mama, mama*; y aqui fue donde ſu madre, llevada de ſu natural afecto, confeſsò lo que antes negaba, pues abrazandoſe con ſu hija, exclamò diciendo: *Hija mia Tereſita*; y luego ſe poſtrò à los pies del Padre, pidiendole perdon de aquel engaño à que le havia obligado ſu neceſsidad, y ſu empacho; y el Padre, no ſolo la perdonò, ſino que para que ſe bolvieſſe mas alegre à ſu caſa, la ſocorriò con una buena limoſna, y quedandoſe con ſu Maria Alvina, y ſu Cataldo, les mandò ſeveramente un perpetuo ſilencio de lo que allì ha-

havian visto : á Maria Alvina principalmente la conminò , que si hablaba una palabra de lo que alli havia passado , se negaria á ser su Padre Espiritual , y la despediria de su Confessonario ; y la buena muger obedeciò con tanto respeto este orden , que hasta el dia 3. de Febrero del año de 18. veinte y un meses despues que el Padre havia muerto, no revelò este sucesso , por todas sus circunstancias prodigioso , y aun entonces no lo huviera dicho, si persona grave , y docta no la huviera assegurado , que no tenia que tener el menor escrupulo en publicar aquel caso , y que antes bien estaba obligada à decirle , para mayor gloria de Dios , y de su Siervo , à quien su Magestad havia querido honrarle , y glorificarle con èl.

Resucita à una madre de familias.

Los dos casos antecedentes escriviò el Padre Simon Bañati en la Vida, que diò á luz , de este Venerable Jesuita ; pero yo he tenido la fortuna de poder añadir en esta que escrivo otro muy semejante à los antecedentes , y que le depone el Padre Nicolàs Canati de la Compañia de Jesus , que por mucho tiempo acompañò en sus Missiones al Padre Francisco de Geronymo. Dice , pues , que el año de 95. muriò en Napoles à la violencia de un colico , Camila Amendola, muger de Nicolàs Gavaropoli, publico Comerciante. Hechas todas las experiencias , y examenes regulares con los que mueren , para saber si han espirado , toda la famila de Camila quedò en juicio , de que sin duda alguna havia passado desde esta mortal , à mejor vida. Con esto empezaron en aquella casa los alaridos, y los llantos , y estos fueron tan crecidos , que los vecinos passaron à toda priessa à buscar al Padre Francisco, para que serenasse quanto pudiesse el dolor , y el desconsuelo de seis hijas , y un hijo , que havia dexado la difunta , y sin poner en estado : alegaronle tambien la gratitud , que debia tener à aquella Casa , pues quando Alvina Cafier (yà citada) mudò de estado, y passò de Soldado à declararse por muger , la dicha Camila se la havia tenido, y por bastantes dias , por huespeda en su compañia. No necesitaban de estos alegatos , para moverse à compassion las piedades de Fran-

Franciſco ; y aſsi concurriò à aquella caſa, donde luego que entrò le rodearon las ſeis muchachas huerfanas, y le pidieron con las anſias que les enſeñaba ſu dolor, el que miraſſe por ellas. El tierno corazon de nueſtro Jeſuita, ſe conmoviò, como ſe puede crèer, con aquella deſgracia, y para empezar à remediarla, mandò, que todos ſe entraſſen con èl al Oratorio à hacer oracion à Dios, y à breve tiempo ſe puſo en pie, y acudiendo adonde eſtaba el cadaver, moviendole por tres veces, dixo: *Camila, Camila, en nombre de Dios te llamo, y quiero que me reſpondas.* Al primer imperio empezò la difunta à moverſe un poco, al ſegundo abriò los ojos, no ſin eſpanto de todos los preſentes, y deſde entonces las perdidas, y difuntas fuerzas ſe fueron recobrando por inſtantes ; y en fin, bolviò tan en sì, que no faltò quien le preguntaſſe, qué le havia paſſado, ò què le havia ſucedido en aquellas dos horas en que la havian tenido por difunta. A què reſpondiò : *Me parece que he eſtado divertida en unos jardines de mucha amenidad.* Convaleciò dentro de breves dias, y fuè à viſitar al Padre Franciſco, y à darle las gracias por el favor que havia recibido de ſu mano ; pero huvo de ſer muy breve en ſu agradecida expreſsion, porque luego que la empezò, el Padre la dixo : *Què haces Camila? gracias à mi, por lo que ha ſido un mero beneficio, y miſericordia, que Dios ha uſado contigo? El ha ſido quien ha querido que vivas ; que yo, mas que el dexarte en la tierra, quiſiera haverte paſſado al Cielo.* Aſsi atajò Franciſco las gracias, que empezò à darle aquella buena muger, la qual viviò deſpues veinte años, y ſiempre reconocida al Santo Jeſuita ſu bien hechor. Los teſtigos de eſte caſo lo ſon tambien, de que á tres años de la reſurreccion de Camila ſucediò caſi lo propio á una hija ſuya, llamada Ana Gavaropoli, la qual tuvo un parto tan dificultoſo, que à la fuerza de ſus dolores, mas que deſmayada, la tuvieron todos por difunta ; pero vino el Padre Franciſco, llamòla tambien por ſu nombre, bolviò en sì ; pariò con felicidad, y el año de 33. vivia aùn, y confeſſaba deber ſu vida à eſte gran Siervo de Dios.

Y à una hija de la antecedente.

CA-

CAPITULO X.

EXECUTANSE PRODIgios, y maravillas con Reliquias del Padre Francisco, aun viviendo.

YA hemos dicho, que assi en Napoles, como en otras Ciudades, y Lugares del Reyno, quando Francisco iba á ellas al exercicio de sus Missiones, tenian el buen gusto los Payssanos de cortarle pedazos de sus vestidos, ù de hacerle noche algunas de las alhajuelas de que usaba; y esta codicia no tenia otro fin, que el de assegurarse por aquellos medios, gracias, y favores, como les havia enseñado la experiencia. Que executassen esto los Seglares, no parece mucho; mas es el que los nuestros, aquellos mismos que vivian con el Padre, le llegaron à tener tanta veneracion, que se valian de Reliquias suyas para executar con ellas maravillas, y prodigios. Un Junior nuestro recogiò en una ocasion las migajuelas del pan, que al Padre le havian sobrado en una comida, y repartiendolas despues propiamente como Reliquia à algunos enfermos, no necessitaron de mas medicina para desprenderse de sus enfermedades: Entre estos enfermos cuentan con particularidad à una pobre muger, à quien un golpe de apoplexia la cerrò tan del todo la boca, que no la permitia passo, ni aun à una gota de agua; pero à pura violencia se le pudo introducir en ella una de las migajuelas dichas, y esto bastò para que desembarazandose de aquel impedimento, pudisse passar libremente la comida, y la bebida, y por consiguiente vivir. Apoplexia curada.

Viendo el cèlebre Medico Bacaro, que havia podido conseguir, algunas de estas Reliquias, y que se le iban acabando, y con ella los mejores especificos, con que daba salud à sus enfermos, dispuso, que las que le quedaban se amassassen con nueva harina, y aun assi lograban, y producian los mismos efectos, que antes. Un Medico se vale de estas Reliquias para curar sus enfermos.

Los mismos experimentaron otros con qualquiera cosilla, que huviesse passado por las manos de nuestro Santo Missionero. Buen testigo de esto fuè Antonia Treveta, la qual padeciendo una enfermedad tan estraña, que los Medicos no

Enfermedad no conocida.

la conocian, y assi no la pudieron poner nombre; haviendo recibido unos polvillos, que el Padre Francisco la embiò, con esto solo la enfermedad desapareciò, y salieron de cuidado, assi la enferma que la passaba, como los Medicos que no la entendian. Un pobre Sastre, llamado Andrés Tallo, depone, que à èl le sucediò lo propio con otros polvillos, que este Santo hombre le remitiò al padecer otra grave enfermedad. En Puzol, Joseph Ferrante, y Cesar Rufo, desauciados yà de los Medicos, tomando en un poco de agua de los dichos polvos, pudieron afirmar, que aquella agua, havia sido para ellos la de la vida, pues luego que la bebieron, empezaron à recobrar la salud, y dentro de breves dias se vieron perfectissimamente sanos.

Dos desauciados sanan con ellas.

Mas noble testigo en esta materia darè, citando por ella à la Illustrissima señora Doña Ana Catanea Cayetana, Condesa de Montoro. Esta Noble señora firma de su mano, que en estos polvos que recibia del Padre Francisco, lograba el remedio universal de las necessidades, y contra-

Dolor, y tumor en un pecho.

tiempos que ocurrian en su casa, yá fuesse en su persona, yà en la del Conde su marido; y para no explicarse solo con generalidades, especifica el caso siguiente: Estando en *Ayrola*, dice, que al principio de Junio delaño de trece le diò à su Excelencia un vehementissimo dolor en un pecho: formòsele despues un tumor tan obstinado, que no pudiendo vencerle con varios apositos que la aplicaron, determinaban yà los Cirujanos el abrirle à hierro. Tìmida la enferma con el horror de esta curacion, pidiò treguas, y que la suspendiessen, mientras daba noticia al Padre Francisco del estado en que se hallaba. Escriviòle, pintòle toda su enfermedad, y el miedo que tenia al remedio que la amenazaba; y ultimamente concluìa con pedirle, que la encomendasse à Dios. La respuesta de nuestro Francisco à esta Carta, fuè: *Que quedaba muy compadecido de lo mucho que la mortificaba su accidente: que sentia, que sus muchas ocupaciones no le diessen lugar à ir à hacerla una visita; pero que la embiaba una estampa de San Cyro, y tambien unos pol-*

polvillos suyos; y que si la estampa se le aplicasse con fe, y con la misma tomasse los polvos, creia firmemente que esto seria su total remedio, pues con èl, el tumor se desharia sin que fuessen menester las sangrientas operaciones de los Cirujanos. La enferma viò el Cielo abierto quando se hallò con tales alhajas, y mas luego que experimentò, que por su influxo el dolor, y el tumor se retiraron; sin dexar de sí ni la menor señal, ni la menor memoria.

Malos partos remediados

La muger de Juan Bernardino Garofalo padecia el grave desconsuelo de haver malparido quatro veces, siendo assi, que deseaba dàr à su casa succession. En esta pena acudiò al Padre Francisco á pedirle, que con sus oraciones se la evitasse: y este fue un lance, en que la caridad à Francisco le hizo ingenioso Boticario, pues ideò hacer un emplasto, en que como principal ingrediente iban los Polvos de San Cyro, y le dixo, que se le aplicasse à la cintura, y que con esso esperaba, que tuviesse partos felices. Obedeciò la buena señora, aplicòse aquel remedio; pero sintiendo al tiempo que solìa la novedad que otras veces, que havia malparido, avivando su fè, se le apretò mas à la cintura, y sin otra diligencia, la novedad, y los dolores se suspendieron, y prosiguiò en su preñado felizmente, hasta dàr a luz con alegria de toda su casa, un niño, à quien, por complacer al Padre Francisco su bien hechor, le puso el nombre de Francisco Xavier. Viendo este caso la señora Condesa de Cupresano, quiso lograr, y consiguiò un pedazo de esta vizma, y se cree, que à su Señoria tambien la aprovechò.

En el Convento de Santa Maria Visita Pauperes.

Siguese àora un caso parecido à los passados, aunque sobreañadiò en èl el Padre Francisco una prediccion, que como suya, no podémos dudar que se cumpliò. En el Colegio, ò Conservatorio, que en Napoles se llama *Santa Maria Visita Pobres*, se criò Ana de Belucho, quien tomò mucha aficion al Padre Francisco, que en aquel Conservatorio predicaba con mucha frequencia. Esta niña, pues, el año de diez casò con Francisco Antonio Resta; mas en su matrimonio empezó à tener la

Favor à otra Educanda.

desgracia de malograr sus preñados, á causa de sus abortos: dos veces malpariò, y quexandose de esto al Padre, la respondiò: *Tenga buen animo, que yo la embiarè un emplasto, que poniendosele, espero que ha de dar sus hijos con felicidad à luz.* Embiòsele, y al mismo tiempo la embiò à decir con claridad: *Que se aplique con fè esse remedio, y parirà un varon, el qual se llamarà Ignacio; y no le pesarà de haverle parido, porque serà bien inclinado, y de buenas costumbres.* Todo se cumpliò puntualmente, pues el dia de San Ignacio se desembarazò de un robusto muchacho, de el qual quiso su padre que fuesse su Padrino Don Marcos Antonio Garofalo Duque de Cossencia; y aqui se viò una cosa digna de notarse, y fue, que el sobredicho Padrino preguntò, que què nombre se havia de poner al niño? y haviendo respondido su padre, que el que su Excelencia quisiesse, que lo dexaba à su eleccion: ignorante el Duque del pronostico del Padre Francisco, dixo: pues si el nombre ha de ser el que yo quisiere, digo, que se le ponga el nombre de Ignacio. Assi se cumpliò la primera parte de la prediccion: y por lo que toca à la segunda, depone su padre, que el niño ha manifestado un genio modesto, docil natural, y aplicacion à la virtud; y ultimamente concluye su deposicion con decir, que no solo à su muger, sino à otras muchas preñadas, ha sido utilissima para librarse de abortos, la precitada vizma, pues no pierde su virtud, como los otros naturales medicamentos, con el tiempo, ni con su exercicio.

Favor à una Religiosa Carmelita.

Es digno de saberse, que el precitado remedio no limita su virtud á evitar solo los malos partos; sirve tambien para evitar otras enfermedades. Assi lo experimeniò una Religiosa Carmelita, que padeciendo unos vehementes dolores de estomago, en aquel remedio encontrò todo su remedio, pues tal dolor no bolviò à repetir, como tambien le havia assegurado el Padre Francisco, quando la dixo, que usasse de èl. En el mismo Convento padecia Teresa Bapiana unos vaidos tan repetidos, que no la dexaban cumplir con las obligaciones de sus ofi-

oficios, pero embiòla el Padre Francisco Estampa, y Polvos de San Cyro; y tomando los Polvos, y aplicandose la cabeza à la Estampa, toda su enfermedad se acabò.

Circunstancia digna de reparo, al repartir los Polvos de S. Cyro.

Por estos efectos tan utiles, y tan milagrosos, todos apetecian, y procuraban tener consigo estos Polvos, y estas Estampas, que el Padre Francisco repartia. Pareciales, (y pareciales bien) que quando el Padre estaba ausente les dexaba en estas alhajas sus poderes, para librar de enfermedades, y executar otras maravillas; y que Dios se agradasse de esta santa codicia, me parece que lo manifestò con el caso siguiente: Ponderaba en una ocasion, ò no ponderaba, sino referia delante de algunos estudiantes nuestros, los favores, que San Cyro comunicaba à todos, para promover entre ellos su devocion. De aqui naciò el que los presentes le pidiessen papelillos de aquellos Polvos: echò mano à la faltriquera, y les distribuyò todos los que tenia: sobrevinieron despues otros Estudiantes, y le pidieron tambien, que les diesse de aquellos Polvos: respondiòles Francisco, que se le havian acabado, porque los que traìa consigo, los havia repartido à los primeros: no obstante, por no dexarlos melancolicos, dentro de breve rato, levantando antes los ojos al Cielo, bolviò à echar la mano à la faltriquera, y sacò otro puñado de papelillos, no sin admiracion de los que los recibieron; pues haviendo dicho el Padre, que no los tenia alli, quedaron en el juicio de que se los havia traido algun Angel, para que lograssen aquel consuelo: admiraron mas, y fuè, que haviendo venido mas Estudiantes, y hecho la misma peticion, haviendo dado à todos con abundancia de los dichos Polvos, y papeles, huvo para todos, lo que no les parecia posible, si entre sus manos no se huvieran multiplicado.

Favores executados con la soga q̃ solia ponerse à el cuello.

Quien creyera, que aun aquella soga, que hemos dicho, que el Padre se echaba al cuello, y à quando andaba en sus Misiones, y à quando en su Congregacion assistia à sus espirituales Exercicios, la havia de tomar Dios tambien por instrumento, para executar maravillas, y comunicar favores? Pues assi lo experimentaron dos Nobles Mugeres; una, Emilia Romanela; otra, Antonia

Agiſi, en dos dificiles partos que tuvieron: vieronſe en ellos à las puertas de la muerte; pero traxeronles la mencionada ſoga, aplicaronſela, y ella las apartó de aquellas puertas, y las colocò muy dentro de los terminos de la vida. Con las antecedentes podèmos unir á Maria Nicolis, muger de Pedro Moreto; pues viendoſe, deſpues de un parto, ſumamente apeligrada, por no poder echar las pares, haviendola aplicado la ſobredicha ſoga, ſaliò de peligro, porque las arrójó ſin dificultad.

En el Convento de el Divino Amor.

El Convento del Divino Amor nos acuerda con ſus memorias otro prodigio, que por medio de letra ſuya executò el Padre Franciſco, y paſsò aſsi. A una Religioſa de aquella Caſa le diò una enfermedad el año de 709. de la qual el Padre Franciſco un año antes la havia aſſegurado, que ſanaria, como en la realidad ſucedió; pero haviendole repetido el miſmo accidente; yà fueſſe por conſejo de Maria Capeche, ſu Superiora, yà por memoria, que tuvieſſe del antecedente beneficio: Llena de confianza en el Padre Franciſco, ſu bienhechor, aun haviendo yà recibido los Sacramentos, tomò por medio, para quedarſe en la vida, tragarſe un poco de papel eſcrito de la mano de el Venerable; y en tan buena hora le tomò, que deſde alli empezó á convalecer, y à poco tiempo recibia enhorabuenas por ſu recobrada ſalud.

Sana una Religioſa tragando un pedazo de papel eſcrito por el Venerable.

Concluyo eſte capitulo con un caſo, que verdaderamente puede ſer corona de todos los referidos haſta aqui. Caſo, en que ſe diò ſalud à un cuerpo, y tambien ſe ganó un alma, y con Reliquia, no yá de S. Cyro, ſino ſolo del P. Franciſco de Geronymo; y fuè, que huvo en Napoles una Doncella de iluſtre nacimiento, pero que ſe olvidò de èl facilmente, pues ſe dexò aprisionar de un ciego, y deſatinado amor à un Joven, que le era muy inferior en la calidad. Y como un amor inconſiderado, é impetuoſo ſuele no reparar en puntos de decoro, ni en puntos de conveniencias, el de eſta apaſsionada Doncella la hizo olvidar tanto ſus obligaciones, que ſe empeñó, no ſolo en querer à aquel Joven, ſino en quererlo para ſu eſpoſo. El Mozo (que tenia mas juicio, que ella inconſideracion) para cerrar

Con unos cabellos del Padre Franciſco arrojó una muger un veneno, que havia tomado.

del

del todo la puerta á semejante delirio, dispuso el casarse con una muger igual suya, y prontamente executò su boda. Quando esto lo supo aquella Dama, vienpose burlada, y frustrado su deseo, passò de un furor à otro; de un furor amoroso, à un furor tan colerico, y tan loco, que despechada, tomò un veneno para quitarse la vida, sin reconocer, ni confessar la temeraria accion que havia executado, hasta que se viò en las agonias de la muerte: entonces se alborota toda la casa; acude turbada la familia, vienen Medicos, danle poderosos antidotos, y vomitivos eficaces; pero en aquel lance no lo fueron, porque el veneno se havia apoderado yà de los sòlidos, y de los liquidos, y havia vestido el rostro de amoratadas manchas. Moriase sin remedio, si Dios no huviera usado con ella sus acostumbradas misericordias; y el remedio estuvo, en que passando acaso por debaxo de las texas de aquel Palacio un Barbero (que havia quitado el pelo al Siervo de Dios, y le havia guardado por Reliquia) oyendo el estrepito, ruido, y confusion, que por las rexas salia á la calle, por aquel funesto accidente; subiò apresurado, entrò hasta la alcova de la Enferma, y inspirado ciertamente de Dios, que para este fin le havia conducido, echò algunos de los cabellos de el Padre en un vaso de agua, y se la diò á beber, diciendola al mismo tiempo la tomasse con viva fee, porque era Reliquia de un Santo. Obedeciò la moribunda, y (caso por cierto admirable, y maravilloso!) bebida el agua, à breves instantes vomitó, casi sin violencia, todo el tòsigo que havia tomado, y quedò sana, assi del amor, que la havia envenenado el pecho, como del veneno, con que se havia querido quitar la vida.

Sola la invocacion del Padre Francisco causa maravillosos efectos.

Quien por medio de sus alhajuelas, y desperdicios comunicaba tales gracias, no es mucho que las comunicasse solo con su invocacion: y que esto fuesse assi, lo depone Antonio de Roberto; el qual dice, que hallandose un dia agitadissimo de una vehemente tentacion, para defenderse de ella, invocò en su corazon al Padre Francisco de Geronymo; y añade, que immediatamente le parece que oyò su voz, y que le decia: *Buen animo Antonio, no des-*

confies, y que el efecto fuè experimentar una soſſegada calma, deſpues de la deshecha tormenta.

CAPITULO XI.

LAS COSAS INANIMADAS, è irracionales obedecen las voces de el Padre Franciſco de Geronymo.

UNA de las coſas, que ſuele acreditar entre los hombres à la virtud, y ſantidad, ſuele ſer el que ſe dèn por entendidas à ſus voces, y à ſus preceptos, para obedecerlos, las coſas, y criaturas inſenſibles, inanimadas, è irracionales; y à la ſantidad, y virtud de ſu gran Siervo Franciſco de Geronymo, no quiſo Dios, que le faltaſſe eſta calidad, haviendo ſido tan eſclarecido por ſus maravillas, y por ſus milagros. En otra parte de eſte Libro, me acuerdo haver dicho, que à ſu viſta, y à ſu voz ſe arrodillaron los Cavallos de una Carroza, y ahora digo, que lo miſmo ſucediò con dos Bueyes, que tiraban de una Carreta. Refiere el caſo un Noble Ciudadano de Leche, llamado Don Pedro Paladino, y dice, que en el año de 1705. el Padre Franciſco de Geronymo ſe puſo à predicar debaxo de las ventanas de ſu caſa, y que èl ſe puſo en un balcón para oirle. El Auditorio que el Padre tenia era copioſo, y la calle no muy ancha, quando llegò una Carreta, tirada de dos Bueyes, y governada por un ruſtico Aldeano, tan ruſtico, y tan groſſero, que haviendole dicho el Padre: *Hermano, eſperad un poco, que ya concluyo.* Reſpondiò: *Vos, Padre, eſtais bien; porque os vais a vueſtro Convento, y teneis ſeguro vueſtro Reſtorio; pero yo, para comer he menester no perder, ni un punto de tiempo en mi jornada*; y diciendo, y haciendo, aguijoneò al ganado, para que paſſaſſe por medio del Auditorio. Viendo eſta deſatencion el Padre, y el peligro de ſus Oyentes; á aquella groſſeria no reſpondiò palabra; pero baxóſe de el pueſto en que predicaba, y para que ſu gente no peligraſſe, la fuè eſtrechando, y apretando contra las paredes. Quien creyera, que por el corto tiempo, que en eſto ſe podia gaſtar, aquel barbaro no ſe havia de detener? Pues tan záfio era, que antes bien picò con mas violencia à los bru-

Arrodillaſe un os Bueyes.

brutos para que caminassen mas apriessa. Pero(cosa admirable!) quando los Bueyes llegaron donde estaba el Padre, con su Crucifixo en la mano, de repente, y à un tiempo, se arrodillaron los dos, y en esta postura se estuvieron immobles. El bruto Carretero, juzgando, que aquel arrodillarse havia sido caerse, lleno de colera, y echando juramentos, como lo que era, les repitiò muchos palos, para que se levantassen; pero ni a sus voces, ni á sus votos, ni à sus malos tratamientos se dieron los Bueyes por entendidos: quietos, y arrodillados estuvieron hasta que el Padre les diò su bendicion: entonces se levantaron, y bolvieron à caminar. El fruto, que de esto sacò el Missionero para las Almas, fuè grande, pues haciendo cotejo del respeto, que aquellos irracionales havian tenido à Christo Crucificado; con el desprecio que hacen de su Magestad los hombres que atrevidamente le ofenden; viò correr à arroyos las lagrimas de los ojos de sus Oyentes; viò poblarse el ayre con sus suspiros; y en fin, viò, que quebrantaban sus pechos à repetidos golpes de su contricion.

De los Bueyes passemos à los Bufalos, à quienes algunos llaman Bueyes de Egypto. Estos son unos animales, que en irritandose son feroces: sucediò, pues, un dia, que estando el Padre Francisco en las huertas que estàn fuera de Napoles, y que por la mucha agua, que las riega, han dado en llamarlas *la Laguna*. Estando, digo, el Padre Francisco en estas huertas, hablando con los Hortelanos, de quienes era muy amigo; yà por ser una gente humilde, y pobre, yà porque le cuydaban de las rosas, y flores, que ponia en el Altar de San Cyro; viò venir àzia donde estaban tres irritados Bufalos, corriendo, y bufando con tanta violencia, que aun los Hortelanos, (hechos à tratar con semejantes brutos) descoloridos, y assustados le dixeron: *Padre, retirèmonos, porque nos han de acometer, y nos han de atropellar, porque vienen de mala.* Francisco se sonriyò de ver su miedo; estuvose quieto, y les dixo: *No ay que correr, no ay que assustarse, que no llegaran aca.* Y assi fué, pues al llegar cerca, como si vieran contra sí las varas de los Baqueros, bolvieron la espalda, y se fueron

Suspendense, y se retiran, solo con su vista dos irritados Bufalos.

ron corriendo, y azorados por el mismo camino, que havian traido, y los Hortelanos se quedaron admirados, y con razon; porque aquella novedad no la havian visto otra vez en aquellos brutos; y assi, lo atribuyeron à la virtud, y santidad de su buen amigo, el Padre Francisco de Geronymo.

Favores executados en estas huertas.

Y yà que estamos con èl en estas huertas, antes que salgamos de ellas, sera bien que dexemos dicho, que à la buena gente, que las cultivaba, les dispensò muchas gracias, y beneficios. A Teresa Vital, muger de uno de los Hortelanos, la encontrò un dia con una fuerte calentura, y padeciendo muchos dolores, pero dixole: *Calle, calle, que esso no es nada*; y dandola despues un poco de agua de San Cyro, se la quitò la calentura, y se le desvanecieron los dolores. A un hijo de la immediatamente referida, se le formò en el dedo police de una mano un tumor peligroso, à quien los Cirujanos llaman *Espina Ventosa*. Creia su Madre, y lloraba, que su hijo se le moria de aquella enfermedad; pero el Padre la consoló, diciendo; *Quiere verle bueno, y aprieffa, pues dele este poquito de agua de San Cyro*. La madre se la diò con fee, el muchacho la bebiò; y aquel mal, que à la buena Teresa le daba mala espina, de entre las manos de su hijo se desapareciò. A este modo hizo Francisco otras muchas gracias à aquellos pobres, y yo las hè referido aqui, aunque no sean de la materia de este capitulo, por no tener que bolver despues à estas huertas, para referirlas, y con esto passo á decir las gracias, y favores, que hizo à las yervas, y plantas, que cultibaban estos pobres. Fuè cosa maravillosa vèr muchas veces, que los quarteles de estas huertas, que estaban perdidos, ò por infausta constelacion del año, ò por haverles dado oruga, fatal enemigo de la hortaliza; revivian, ò resucitaban solo con que el Padre las rociasse ò mandasse rociar con el Agua, ò Azeyte de S. Cyro. y de esto es buen testigo la citada Teresa Vital, que en varias ocasiones debiò à estos medios la resurreccion de las perdidas legumbres.

Gracias, hechas à las plantas, y legumbres.

Pero en esta materia, á mi juicio nada mas admirable, que lo que sucediò en el mismo sitio en que estamos, tres años antes que muriesse el Padre Francisco.

Yà

Caso admirable con unas rosas.

Yà hè dicho, que á la buena gente, que cultivaba estas huertas tenia encargado el Padre, que le criassen, y cultivassen rosas, y flores, con que adornaba la efigie del Crucifixo, que llevaba en la Procesion de la Mission, y tambien el Altar de San Cyro, donde se secaban, y de que se hacian despues los Polvos, que hemos dicho se repartian à los Enfermos. Era Francisco hombre tan capàz, que aunque tan ocupado, de nada se descuidaba, por minimo, que fuesse; y assi acudia al tiempo de sembrar, ó de plantar estas flores; y despues, para vèr como iban creciendo, las hacia sus visitas: Sucede, pues, que con este fin llegò un dia à la Laguna, y oyò, que muy desconsolado uno de los Hortelanos le dice: *Padre Francisco, este año se nos desgracian las rosas marbesças: ni han nacido, ni nacerán.* Francisco respondiò: *Es possible, que no han nacido essas rosas?* Y levantando los ojos al Cielo, mirò luego à la tierra, donde el hortelano decia haverlas sembrado, y con gran paz dixo: *Ea flores, nazcan en nombre de Dios.* Lo qual dicho, se retirò. Juzgaron los Hortelanos, que aquellas voces del Padre, no tendrian algun efecto, y que las havria dicho por divertirse solamente: pero presto se desengañaron, pues immediatamente empezò la tierra á producir vastagos, que à su tiempo se poblaron de aquellas rosas. Bolviò otro dia nuestro Francisco por aquel sitio, y alegre el Hortelano, que antes avia estado tan triste, le dixo: *Padre Francisco, Padre Francisco, que yà han nacido las rosas. Què me dice* (dixo el Padre) *ay cosa! estaban pertinaces, y fuè menester mandarselo, para que nacieſſen, è, yà sabemos lo que hemos de hacer en otra ocasion.* Con estas sales, y otras semejantes divirtiò humilde la atencion de aquellos pobres, que admiraban este caso como milagroso.

Manda à un arbol viejo, que prosiga en dar fruto, y lo consigue.

Desde las flores, y plantas passemos a los arboles, los quales no fueron menos obedientes à los imperios de el Venerable, que las plantas, y las flores. Haviendo ido en una ocasion (con el titulo de convalecer) à nuestro Colegio de Massalubrense, le combidaron à que un dia passasse à divertirse à una gran huerta, que en una Aldea, llamada Tizani, tienen los Señores de la familia *Parascandali*. Dexòse

rôse llevar Francisco, mas que por divertirse, por obedecer al Enfermero, que los Superiores le havian señalado, para que cuidasse de su salud. Passeó la huerta, y entre los demàs frutales reparò en un peràl (de pera, q̃ en Napoles llaman Rosada) el qual, yà por enfermo, y por anciano solo tenia una rama verde, las demàs estaban secas; preguntó al hortelano, que como aquel arbol estaba assi? *Padre mio* (respondiò èl) *es yà muy viejo, y essas son señas de que se quiere morir: y arto lo siento, porque ha llevado admirables peras. Pues no serà razon, que por viejo le dexèmos morir*, dixo el Padre; y poniendo los ojos en el arbol, añadiò: *Arbol, no quiero, que la vegèz te consuma, y te quite tu vida vejetable: en el nombre de Dios revive, y à tus Dueños dales todavia muchos frutos.* Este fuè el imperio, y el arbol le obedeciò, tan puntualmente, que vistiendose en los siguientes años de frondosos verdores, prosiguió en dàr colmados frutos, como si fuera recien plantado en la tierra.

No desemejante à esto fuè lo que le sucediò en el Convento de Religiosas de San Antonio de Padua: entrò en él à consolar à una Religiosa, que estaba gravemente enferma, y despues de haver cumplido con esta obra de piedad, otras Religiosas, deseosas de hablarle, y oirle, le detuvieron en conversacion, en la qual passando de unas especies à otras, se ofreciò la de preguntarlas el Padre Francisco: *Si era estylo de su Comunidad, servirles frutas en el Refectorio? No Padre,* (respondieron ellas) *solo algunos años nos han dado los higos, que produce una higuera, que ay en nuestra huerta; mas ellos son tan pocos, que apenas ay para probarlos una vez. Pues essa es lastima*, dixo Francisco: *donde està essa higuera?* Llevaronle à una ventana, desde donde podia descubrirla, y como si hablàra con algun racional, la dixo: *Ea, mire que de aqui adelante me regale con muchos frutos à estas devotas Esposas de Jesu-Christo.* Oyò la Higuera el encargo, y desempeñò tan bien la piedad, y palabra de nuestro Missionero, que aquel año rindió tantos higos, que pudieron servirle quatro veces à la Comunidad, quando antes, como se ha di-

Caso digno de memoria, sucedido con una higuera en el Cóvento de Religiosas de San Antonio.

dicho, apenas los probaba; lo que ocasionò grande admiracion en las Religiosas, juzgandò todas ser aquel un favor milagroso, debido à la virtud, piedad, y urbanidad de nuestro Santo Missionero.

Remedia milagrosamente en otra Comunidad de Religiosas la provision de trigo, que havia hecho para un año.

En el lance passado pretendiò, y logrò el regular à una Comunidad Religiosa; pero en el que ahora se sigue, asseguròl el sustento de otra Religiosa Comunidad. En el año de catorce del presente siglo, daba nuestro Francisco los Exercicios Espirituales à las Religiosas, que en Napoles llaman de *Santa Maria de la Pureza*, y por otro nombre *de Santa Maria Egypciaca la Mayor*. En uno de estos dias la Superiora, que se llamaba Maria Christina de S. Juan Bautista, le comunicò, se hallaba con grave desconsuelo, por haversele echado à perder, hasta podrirse, la mayor parte de la provision del Trigo, que havia comprado para el sustento de su Comunidad: dixole, que se havia plagado de gorgojo, y de otros gusanillos tan perjudiciales, que los Panaderos hoy no hallaban mas remedio, que el hacer presto harina una corta porcion, que se havia podido libertar. A que el Padre respondiò, que no se desconsolasse, ni entrasse en cuidados de comprar nuevo Trigo, que al fin de los Exercicios èl le echaria su bendicion, y que esperaba, que por los meritos, y oraciones de aquella Santa Comunidad, el Trigo bolveria à su antigua perfeccion. La Superiora se consolò, pero le parecia un siglo cada dia de los que se tardaba Francisco en ir à visitar las Troxes. Llegò en fin el dia, y à vista del perdido grano, Francisco rezò varias oraciones, las que concluyò diciendo: *Yo os pido, Señor, que este Trigo de que se han de sustentar vuestras Esposas, se libre de la podredumbre, que padece, y quede habil para que de èl se pueda socorrer esta vuestra Santa Comunidad.* Estas voces solo sonaron, manifestar el Padre, con pedirlo una buena voluntad, de que aquellas Señoras quedassen socorridas; pero al dia siguiente se reconociò, que havian sido un imperio eficàz, y milagroso: pues haviendo entrado en las Troxes hombres inteligentes en la materia, hallaron los montones de Trigo, que an-

antes havian visto podrido, y negro; tan sano, y tan blanco, y aun tan crecido, que dixeron parecia haverle escogido grano à grano, y que sin duda estaba mejor, que quando le havian traìdo de las Heras. Al oir esto, y al verlo tambien, no es facil explicar la alegria, que tuvieron todas las Religiosas: pero singularmente la Superiora, como la mas interessada en este favor, que casi sin libertad exclamaron, y prorrumpieron en alabanzas del Padre Francisco, las quales duraron todo el año, porque observaron, que cada fanega de aquel Trigo les dàba muchos mas panes, que los que en otros años les havia rendido el Trigo de la misma calidad.

Caso parecido al antecedente.

Esta curacion, que hizo el Padre Francisco en aquel enfermo grano, podémos decir, que la repitiò en otro no menos enfermo, como diràn las circunstancias. Hallabase en el Lugar de Juliano, que està cerca de Aversa, y donde nuestro Colegio de Roma tiene una Hacienda, y Casa para recoger sus frutos. En las Troxes de esta Casa sucedìò un año la desgracia de introducirse una gran copia de pequeñas moscas: pequeñas, pero tantas, que cubrian los montones, y tan perjudiciales, que los consumian, especialmente los de la Cevada. El Hermano, que cuidaba de aquella Heredad, llamado Pedro Patricio Estaca, estaba gravemente apesadumbrado, porque por varios remedios, que havia hecho, no havia podido librarse de aquella plaga, y temia, que durando ella, perderia toda la cosecha de aquel año, lo qual à un Labrador, aunque sea Religioso, no puede menos de darle pesadumbre. Con ella estaba batallando el buen Hermano, quando à fines de Septiembre quiso su fortuna, que se le entrasse por las puertas el Padre Francisco, que passaba à hacer Mision à otra parte. Recibiòle con la debida caridad; y como quien tiene un dolor, no suele saber hablar de otra cosa, que de la materia de su dolor, à pocas proposiciones, que intercedieron con el Padre, le diò noticia del sentimiento con que se hallaba: oyòle el Padre compadecido, y luego le dixo, que tuviesse buen animo, que despues de comer iria à vèr las Paneras,

y

y aquella plaga que le pintaba. Llegò la hora, subiò Francisco, y reconociò, que no havian sido ponderaciones las que el Hermano le havia dicho; pues viò exercitos tan densos de aquellas pequeñas moscas, que con ellas los montones parecia estàr cubiertos de negras bayetas, pero con sereno semblante le dixo: *Hermano Pedro, esta es materia muy digna de encomendarse à Dios: recemos aunque no sea mas que un Padre-Nuestro, y un Ave-Maria.* Acabada tan breve Oracion, y prosiguiendo su conversacion con el Hermano, le preguntò: *Y bien, donde querrà, que echemos estos inmensos enjambres? Padre*, respondiò el Hermano, *à esse vecino Monte se pueden echar con seguridad. No, no tanto*, prosiguiò el Padre Francisco, *contentese con que los echemos de aqui*; y sacando del pecho su Crucifixo, con èl echò varias veces su bendicion à aquella pieza. Al dia siguiente reconociò el Hermano quan poderosa havia sido aquella bendicion; pues hallò todos los montones libres de aquella peste, que le iba consumiendo: y en fin, en toda la Trox, con harto consuelo suyo, no descubriò ni una mosca. Admiròse de esto, y mucho mas se admirò quando oyò, y viò, que aquellos inmensos exercitos se havian quedado pegados a las exteriores paredes de los graneros de donde havian salido; como dando à entender cumplian perfectisimamente el imperio del Padre, que solo les havia mandado el que salieffen de aquellas piezas sin querer arrojarlas al Monte, ni al Campo, donde pudieffen hacer daño à otras Haciendas. Todo lo referido escriviò á el Padre Nicolàs Canati en el año de 29. el Hermano Pedro Pablo Chiochileno, que sucediò en su empleo de Labrador al Hermano Pedro Patricio, de cuya boca dice, que le oyò repetidas veces.

Otros dos favores à unas Religiosas.

En el Convento llamado de la Paz, executò el Padre Francisco otras dos cosas, que confirmaron este poder, que Dios le comunicò sobre las criaturas insensibles, é inanimadas. Tenia aquel Convento la conveniencia de venirle de un vecino Monte una vena de agua, la qual recogida en un almacen, se distribuia desde alli à todas las Oficinas

nas de el Convento, con grande utilidad de aquellas Religiosas; pero sucedió, que un año, por los muchos rigores del estío, la vena se secò, y aquellas buenas señoras tenian que pedir de afuera, assi el agua que havian de beber, como la necessaria para sus oficinas; mas esto solo duró el tiempo que tardaron en avisar al Padre Francisco la molestia que padecian, pues luego que la supo, haviendo hecho antes breve oracion, hizo àcia el monte la señal de la Cruz: y esto bastò para que al otro dia el monte bolviesse à servir, y regalar à aquellas Señoras con sus crystales. Pero parece que el demonio, embidioso de este favor que el Padre havia hecho à aquellas Esposas de Josu-Christo, ò deseoso de estorvarles sus devotos sosiegos; de alli à pocos dias dispuso se oyessen en lo profundo de un pozo de dicho Convento unos estruendos, y unos ruidos parecidos al que hacen muchos mosquetes quando se disparan à un tiempo. Havia mas, (y esto horrorizaba particularmente à aquellas Religiosas) y era, que quando intentaban sacar agua, mano invisible bolvia àcia arriba los calderos, ò los cubos, con tal furia, y tal violencia, que alguna vez se rompieron. Atusbadas, pues, como se puede pensar, aquellas Señoras pidieron al Padre Francisco, que las libertasse de aquellos miedos. El Padre las obedeciò, assomòse al pozo, y despues de una oracion breve, echò al agua un pequeño Relicario, formando al mismo tiempo la señal de la Cruz; y esto bastò, para que de alli adelante aquella Comunidad, ni oyesse mas ruidos, ni viesse otra cosa que la assustasse.

Remedia à unos pobres Pescadores.

No es mucho que le obedeciesse el agua recogida en un pozo, quando hallamos escrito, que tambien se estendiò su imperio sobre las ondas de el Mar. Caminaba un dia por la Marina correspondiente al Arrabál, que en Napoles se llama del Oreto: vieronle los pobres Pescadores que alli habitaban, y logrando la ocasion, salieron en tropas con sus mugeres, y sus hijos, y llorando se echaron à sus pies, y le dixeron: Padre Francisco, encomendadnos à Dios, que perecemos: pedidle, que no nos dexe mo-

morir de hambre, porque ha muchos dias, que ni con anzuelos, ni con redes podemos sacar un pez. Compadeciòse el caritativo Jesuita; pero siempre atento, y siempre deseoso del bien de las Almas, tomò de su quebranto ocasion para reprehenderles con abrasado zelo sus costumbres. Dixoles, que Dios los castigaba, porque estaba muy irritado con ellos, por las ofensas, que á su Magestad le hacian, especialmente con sus juramentos, y sus blasfemias: que nunca conseguirian el beneficio que deseaban, si primero no desterraban de sus bocas palabras, y expresiones tan indignas de la lengua de un Christiano. Sobre este punto se enardeció mucho, ponderando eficacissimamente la gravedad de tales culpas. Yà que los viò con estas voces arrepentidos, les pidiò palabra de enmendarse: ellos se la dieron à gritos, y entonces no hizo mas que echar al Mar su bendicion, y decirles que tuviessen fee, y se quedassen con Dios. A la mañana siguiente examinaron aquellos pobres, què fruto les havia producido el Sermon, y la bendicion del Padre. Toman sus redes, llegan al Mar, las tienden, y à breve tiempo las recogen; pero tan cargadas de crecida pesca, que cediendo al mucho peso, llegaron à temer, que se les rompiessen; con lo qual alegres, y contentos, alabaron todos al Señor, que es tan maravilloso en sus Santos; y se confirmaron, en que por las culpas de los hombres les retira su Magestad los temporales bienes; y que el arrepentirse de ellas, es el memorial mas poderoso para que su piedad se los restituya. Este caso le deponen Juan Bautista Imparato, Marcos Guarino, Francisco Antonio Amendola; y le concluyen con decir, que este favor le experimentaron, no por un dia solo, sino por mucho tiempo.

Virtud contra el fuego.

Echaba yo menos, que el Padre Francisco de Geronymo no huviesse exercitado tambien su virtud sobre el voràz elemento del fuego; pero al Padre Luis Guardato, Sacerdote de nuestra Compañia, le debì me sacasse de este cuidado, pues delante de muchos de los nuestros, dixo en una ocasion, que en el año de noventa y quatro fuè Com-

pañero del Padre Francisco en la Misión que hizo en Socibi, que es un Lugar de la Jurisdiccion de Aversa, y que allí sucedió, que concluída la Procesion ultima de la Misión, le avisaron, que no lexos de allí havia un grande incendio, y como era tan grande el de la caridad, que ardia en su pecho, este le obligò á que fuesse corriendo à apagar el otro, que podia ser para su proximo de pèrdida, y de pesadumbre. Llegò, y viò, que las llamas estaban apoderadas de un establo de Bueyes, donde el heno recogido para su comida, era, no solo facil pabulo para el incendio, sino tambien mucho material para que passasse adelante haciendo mas daños, y mas perjuicios; pero todo este peligro le atajò nuestro Misionero: pero como? Cosa admirable, y como suya! Apagò el fuego echando aceyte en las llamas; quiero decir, que las rociò con un poco de aceyte bendito de San Cyro, è immediatamente el fuego se apagò.

*** ***

CAPITULO XII.

DEXASE VER AL MISmo tiempo en diversos Lugares.

UNA de las singulares prerrogativas, que Dios ha concedido à los grandes amigos suyos, ha sido el que emulando de algun modo su inmensidad, se hayan hallado, y dexado vèr à un mismo tiempo en diversos lugares. Que esta nobilissima calidad se dignasse su Magestad de comunicarsela à nuestro Santo Jesuita, lo dicen tantos, que no lo podémos dudar, y á mi se me culpára (si no lo escribiera) de que le usurpaba esta gloria: y assi recibame mi Lector los casos siguientes:

Apariciones à una Religiosa

Cierta Religiosa, que en Napoles le tomò por su Director, depone, que en tres ocasiones, estando el Padre distante, se le puso muy presente. En la primera se hallaba congojada, y combatida de molestos escrupulos, que no la dexaban sossegar. En esta afliccion executò lo que el Padre la havia aconsejado, que hiciesse en semejantes lances, y fuè encomendarle al Angel

gel de su Guarda, que al Padre le avisasse de lo que passaba en su corazon: el Padre en aquel tiempo estaba haciendo Mision en Avelino; pero apenas havia hecho al Angel de su Guarda la encomienda que hemos dicho, quando sin saber como, se hallò con el Padre Francisco en el Confessonario, quien con sus dulces, y eficaces palabras, no solo quietò sus turbaciones, sino que la dexò llena de espirituales consuelos. En la segunda ocasion, dice, que le sucediò lo mismo, y por la misma causa de sus escrupulos. En la tercera afirma, que estando el Padre en la Pulla, se dividiò su Comunidad en diversidad de pareceres sobre un punto grave, que en ella se consultò; y que no sabiendo à què partido aplicarse, pidiò en su corazon consejo al Padre Francisco (que, como he advertido, estaba ausente) pero al punto para responderla se la puso delante, y la dictò lo que en aquellas circunstancias debia executar, y el voto que debia seguir; y añade, que siguiendole, experimentò despues haverse encontrado con el acierto.

Apvicio à Theresa de Jesvs.

Desde el principio de esta Vida dexamos dadas noticias de aquella Religiosa Theresa de Jesvs, à quien el Padre profetizò havia de ser Carmelita Descalza, y Fundadora de un Convento de dicha Orden. Llegò, pues, el caso de que la profecìa se cumpliesse, y de que el tal Convento se fundasse; mas estando dicha Religiosa empleada en esta empressa, el Demonio, que debia de sentirla, procurò estorvarsela, llenandola de desconfianzas, y de pensamientos tales, que la hiciessen levantar la mano de la obra. Deciala: *Temerarias acciones son las tuyas, y mal consideradas. Què piensas, que fabricas Casa para recogimiento de Virgines? Pues te engañas, que esta obra la verás convertida en un establo de bestias; Ea, trabaja ahora, que despues te llenarán de rubor los dichos de los hombres, viendo quan lucida quedas de tu trabajo. Què piensas, que te has de quedar aqui? Presto te mandarà tu Superior, que te buelvas al lugar de donde saliste.* Con estas tristes especies la buena Religiosa se deshacia en

lagrimas, y al mismo tiempo se viò inclinadissima à desistir de su fabrica; pero el Padre Francisco (que como hemos dicho) havia dias que se havia encargado del consuelo de esta Alma escogida, se le apareciò, y serenò sus miedos, y sus lagrimas; pero riñendole las con estas voces: *Què es esto Theresa?* (la dixo) *Como te dexas caer tanto de animo? No vès, que essos pensamientos son engaños, con que procura turbarte el Demonio? No le oygas, no le creas, prosigue, y no dudes, que la Casa que haces serà un Relicario de Sagradas Virgines.* Assi Francisco, oponiendose Angel de Luz, al Angel de las Tinieblas, que queria amilanar aquel Religioso corazon; pero Theresa quedò, aunque consolada, temerosa de esta visita, y favor, que là havia hecho el Padre Francisco, sospechando si acaso esta seria ilusion reflexa del demonio; por lo qual determinò escribir al mismo Padre, y preguntarle, si era suyo aquel dictamen, y si en la realidad havia venido à darsele? Y èl francamente respondiò, que sì: que Dios assi se lo havia mandado, para que tuviesse algun consuelo en la turbacion que padecia, y para que prosiguiesse hasta concluir la fabrica con todo fervor, pero que mientras èl viviesse, no dixesse à nadie lo que con èl havia passado. Muriò el Padre, y entonces Theresa refiriò à sus Compañeras el caso como él queda referido; y assi lo atestiguò delante del señor Don Antonio San Felice, Obispo de Narno, el Reverendissimo Padre Fray Manuel Basta, de la Ilustre Casa, y Familia de Predicadores, que por mucho tiempo manejò la conciencia de dicha Religiosa; y del mismo dice haver oido este caso el Reverendissimo Padre Fr. Nicolàs Thomàs Farina, en la Vida que diò à luz de esta prodigiosa, y favorecida Virgen.

Al testimonio dado, podèmos añadir otros de sugetos clasicos, y de authoridad, que deben hacernos mucha Fè. El señor Don Domingo Florilo, Consejero de Santa Clara, y bien conocido por otros empleos, que ha manejado en la Curia Napolitana, embiò en una ocasion un Criado Mayor à buscar el Padre Francisco, y à pedirle, que se

Estando auséte de Napoles, le vèn en Napoles en dos distintos lugares.

se llegasse à su Casa. Bolviò el Gentilhombre, diciendo, que en nuestra Casa Professa le havian respondido, que estaba fuera de Napoles, y bien lexos. Hallabase presente un Cura de una de las Parroquias de esta Ciudad, y dixo: Esso no puede ser, porque yo le oì esta mañana predicar en la Iglesia de San Antonio el Grande. Y no puede ser (añadiò otro Cavallero, que tambien estaba presente) porque yo tambien le vì, y le oì esta mañana en el Arrabàl, que llaman del Arado, combidando à la gente para la Comunion del mes. Pues Señores, dixo entonces el Criado, vaya otro, è informese de si es verdad lo que yo he dicho. Fuè otro, respondieronle en nuestra Casa Professa lo mismo que al primero; con lo qual, dexando de oponerse le, los que antes le contradecian, passaron todos à admirarse, y à creer, que al mismo tiempo sabia este Grande Hombre componer, para trabajar mas, el hallarse en lugares muy distintos, y muy distantes.

Aparicio à un pobre Oficial con particulares circunstàcias.

Esto mismo confirmarà un pobre Oficial, è Individuo de la Congregacion de la Mision del Padre Francisco, llamado Carmine Diamante, y que el año de 25. contaba setenta de edad. Este, pues, depone, que el dia 2. de Octubre de el año de 98. se le muriò una hija, que tenia, llamada Petronila, la qual se confessaba, y era hija espiritual de el Padre Francisco de Geronymo. Sintiò mucho Carmine la muerte de su hija; porque, fuera de ser su hija, la amaba con ternura, por sus buenas prendas, y virtuoso natural. Y como en esta vida, rara vez suele venir un mal solo, aquella muerte se acompañò con la amarga circunstancia de hallarse Carmine tan pobre, que no tenia con que poder hacer los gastos de el entierro. En esta afliccion, se le ocurriò al pensamiento acudir à la caridad del Padre Francisco, de la qual yà tenia algunas experiencias. Embiò, pues, à Ignacio Diamante su hijo à nuestra Casa, diciendole, buscasse al Padre, le refiriesse el ahogo en que se hallaba, y le pidiesse por amor de Dios algun socorro, para remedio de aquella urgente necessidad. Fuè el Mozo, pero bolviò bien presto con la desconsolada noticia de que el Padre Francisco estaba fuera de Napoles, haciendo Mission en la Diocesis de Aversa.

Con este aviso creciò, como se puede considerar, la pena, y congoxa de el desgraciado Carmine; y se diò tanto à su dolor, que como si el Padre Francisco fuesse la causa de su pesadumbre, y como si le tuviera presente, prorrumpiò contra èl en amargas quexas, porque en tal ocasion le desamparaba. Proseguia en sus lamentos, porque en esto hallaba algun alivio, quando oyò, que llamaban à su puerta; acudieron à vèr quien era, y le avisaron, que era el Padre Francisco de Geronymo. *El Padre Francisco?* (dixo entonces admirado à su hijo) *pues si me dixiste, que estaba fuera de Napoles, como està ahora aqui?* El Muchacho no tuvo que responder, sino arquear las cejas, y encogerse de ombros. Entrò el Siervo de Dios, y sin hablar à nadie palabra, se encaminò derecho donde estaba la Difunta, y despues de haver hecho oracion por ella, hablò à su padre, y le consolò con la noticia de que tenia yà en el Cielo una bella Alma, que le encomendasse á Dios. Despues, retirandole aparte, le preguntò, que què disposiciones tomaba para enterrarla? Aqui diò Carmine un profundo suspiro, y le respondiò: *Ah Padre! que esse es mi mayor dolor, porque no tengo con què; y por esso embie à mi hijo à pedir à V. Reverencia algun socorro; y me respondio, que estaba fuera de Napoles. Ea hombre* (le dixo entonces Francisco en alta voz) *tèn fee, tèn fee.* Y al mismo tiempo le puso en la mano, embueltos en un papel, veinte ducados, y sin hablarle mas palabra se retirò, ò se desapareciò. Carmine, sin duda divertido en el consuelo de la limosna, no reparò entonces en el prodigio, pero empezò à reconocerle, haviendo ido al Jesvs (concluido el entierro) à dàr las gracias à su bienhechor: porque se certificò (à dicho de todos los de Casa) de que el Padre Francisco no estaba en Napoles, sino en la citada Mision de Aversa. Con esto se bolviò á su casa lleno de admiraciones, porque no podia dudar de lo que los Padres le havian dicho, ni tampoco de que el Padre havia estado con èl, ni de que havia recibido la limosna, con que se havia costeado el entierro de su hija. Estas especies le tuvieron confuso, hasta que haviendo buelto nuestro Jesuita de su Mision, fuè con prompt-

prómptitud à agradecerle el beneficio recibido. Empezò à explicarse, haciendo memoria de èl, pero Francisco le atajò, y poniendole el dedo en la boca, no solo le dixo, pero le mandò, que con nadie hablasse de esta materia. Obedeciò Carmine, mientras viviò el Padre, pero despues de su muerte depone con juramento todo lo referido, y no ày persona, à quien con tiernas, y agradecidas lagrimas no se lo cuente; compensando con estas multiplicadas relaciones el tiempo que le ha tenido callado.

Aparicio à su Hermano Cayetano.

Nada inferior à la sobredicha piedad, y quizàs mas milagrosa fuè la que usò con su hermano Cayetano, estando yà en los ultimos terminos de su vida. Obligòle à hacer cama una ardiente calentura, que tomando cada dia mas fuerza, le fuè quitando las precisas para vivir. Dispusose para hacer su jornada à la Eternidad; y aunque estaba muy conforme con las disposiciones Divinas, sentia no obstante no despedirse para hacer aquel viage, de su buen Hermano el Padre Francisco, á quien sus indisposiciones le tenian fuera de Napoles; porque atendiendo los Superiores à una salud, tan digna de ser atendida, le havian mandado passar à experimentar, si podia recobrarla con los ayres de la campaña *Recale*, que es un territorio divertido, de ayres, y aguas saludables, y que dista de Napoles diez y seis millas, immediato al Lugar de Caserta. Esta era la causa de que Cayetano juzgasse, y sintiesse no poderse despedir de su Hermano; pero dos dias antes de su muerte, Maria Casier, que al Enfermo le tenia en su Casa, le oyò dàr voces, y gemidos alegres: temiò si le havia dado algun accidente, y acudiò apresurada à vèr què se le ofrecia, quando huvo de pararse atonita, porque se encontrò con el Padre Francisco, sin que huviesse sido preciso abrirle las puertas de la casa, que estaban cerradas. Viò, què caritativo el Padre, le estaba consolando con dulces memorias de la Patria Celestial, para que llevasse con conformidad las amarguras de la muerte; y ultimamente, concluyò su coloquio, diciendo: *Ea, hermano mio, camina, que te estàn llamando Dios, y los Celestiales bienes del Paraiso; camina, que yo no tardarè mucho en seguirte.* Assi pre-

dixo la muerte de su Hermano, como la suya, que sucediò un año despues. Mas bolviendo à las piedades, que usò con el Enfermo, digo, que le diò por su propia mano tres cucharadas de sustancia; despues, llamando aparte à Maria Alvina, la encargò estuviesse con mucho cuidado, porque la hacia saber, que su Hermano iba caminando à largas jornadas à la muerte: *El Viernes* (dixo) *morirà à las ocho de la noche, y ahora por no hacer mala obra à mi Compañero, me retiro; pero todavia espèro, que antes de morir, me ha de bolver à vèr Cataldo.* Con esto, sin permitir, que le acompañassen hasta la puerta, se aulentò; pero dexandoselas cerradas, como estaban antes; porque ni para entrar, ni para salir huvo menester que se las abriessen; de todo lo qual, Maria Alvina quedò llena de pasmos, y de assombros: assi lo depone la misma, añadiendo, que se cumplieron puntualmente los vaticinios que havia dexado dichos, pues el Viernes citado, á las ocho de la noche diò el alma á Dios Cataldo; pero con la circunstancia de que antes se vistiò el rostro de una grande alegria, y estendió los brazos, y despues los estrechò, como quien abrazaba à algun amigo, y con voces ya tremulas, y poco inteligibles, diò á entender, que el sugeto á quien abrazaba era el Padre Francisco, que cumpliendo su palabra, havia buelto à visitarle antes de morir. Todo lo referido lo depone despues de la muerte del Padre la citada Casier, la qual se afirma, en que en este lance multiplicò presencias, y se dexò vèr en dos lugares distintos, pues preguntados los dos Hermanos, Jnan de Giore, (que havia ido acompañando al Padre para assistirle) y Felipe Impastari, que era el Administrador de aquella hacienda, de si el Padre Francisco havia faltado de Recale? Respondieron, que no, y que ni sus fuerzas se lo permitian.

***

*** *** *** ***
*** *** ***
*** ***
***

J H S.

LIBRO QUINTO
DE LA VIDA
DEL VENERABLE PADRE
FRANCISCO DE GERONYMO.

CAPITULO PRIMERO.

PREDICE EN VARIAS OCASIONES LAS CERCANìAS de ſu muerte.

EN las acciones referidas, y dirigidas todas a la gloria de Dios, y utilidad de las Almas: Paſſaba ſu vida eſte Jeſuita fervoroſo, quando nos aviſaron de ſu muerte proxima, y vecina, no ſolo ſu edad abanzada, y ſus gaſtadas fuerzas; ſino tambien la prieſſa que ſe daba à trabajar mas, y con mayor fervor; bien, aſsi como la piedra, que camina con mayor velocidad, quando ſe mira mas cercana à deſcanſar en ſu centro. Deſde el principio de el vivir en la Compañia eſte Hombre heroyco, olvidandoſe de ſu propia vida hemos viſto, que no perdonò à trabajo alguno: de modo

tuè

fue esto, que yà en Nopoles, aunque tan singulares, no se admiraban sus tareas, por que aunque singulares, fueron tan frequentes, y tan repetidas, que su singularidad no ocasionaba admiracion; siendo assi, que solo la partida de sus Sermones hizo tanto eco en el animo de un forastero, que llegó à la Ciudad de Napoles, que entre otras cosas, que le parecieron admirables, y dignas de notarse, puso en su Libro de Memorias: *Item, en esta Ciudad vi a un Jesuita, que por donde quiera, y adonde quiera que yo fuesse, me lo hallaba predicando.* Hallandose yà pesado, assi por haver entrado en los setenta años, como porque las fuerzas, con tanta fatiga, se le havian ido disminuyendo; sin hacerse cargo de nada de todo esto, para procurarse algun descanso, todo su cuydado le ponia en que no le encontrasse perezoso, y descuidado la muerte. Fuè esto tan conocido, que muchas de las llamaradas mas vivas, que en los ultimos años diò esta luz, profetizaron estar cerca de apagarse.

Gracioſa nota, que un Forastero puso en su Libro de Memorias.

Pero no fuè menester acudir à las congeturas para adquirirse estas noticias, porque el mismo Padre Francisco diò muchas de ellas à varios sugetos, desde quatro años antes de morir. Uno de ellos fue Don Geronymo Sabino, Contador de la Real Hacienda del Reyno de Napoles, el qual haviendo buelto à esta Ciudad (desde la de Barcelona) el año de 1712. despues de tres años de ausencia, le dixo el Padre estando en su Confessonario: *Geronymo, quanto hà que no nos hèmos visto? Padre, tres años hà*, respondiò èl; y Francisco añadiò: *Pues de aqui a tres años nos bolveremos a vèr en esta Iglesia.* Oyò Sabino la Proposicion, pero no la entendiò, ni alcanzò, por què se la podia decir el Padre. Llegò el año de 14. y bolviendose à encontrar los dos; el Santo Missionero, le dixo: *Ya han passado dos años*; pero à Sabino, la inteligencia de estas voces tambien se le passò por alto. Finalmente, el año de 15. que fuè el immediato al de la muerte de el Siervo de Dios, le dixo: *Ya estamos al fin.* Y ya esta proposicion al buen Sabino le metiò en cuidado, porque empezò à dudar, si el Padre le hablaria de su muerte, ò de la suya; pero saliò de este cuidado, quando el año de 16. oyò

Predice su muerte, tres años antes de morir.

oyò decir inconcusamente à todos, que el Padre se moria. Entonces acudiò, como otros muchos, á besarle la mano, en señal de la reverencia, y del respeto, que siempre le havia tenido: besòsela, como havia deseado, quedando lleno de consuelo su corazon, y le tuvo singularissimo, quando viò, que el Padre le diò su vendicion en el nombre de la Trinidad Beatissima, porque en esto le leyo el pensamiento con que havia llegado á besarle la mano, pues aunque no se atreviò à explicarse, quiso pedirle le favoreciesse con su bendicion, con que assi al vèr que el Padre se la daba, como si èl la huviera pedido, la recibiò con mas crecida accion de gracias.

Dixose la al P. Fr. Angelico

Con mas claridad se explicò con su amado Padre Fray Angelico, Capuchino, de quien yà hemos dicho, que muriò Obispo de Tropea. Assistieron los dos al Bautismo de un hijo de la Señora Princesa de la Rochela, que tuvo el buen gusto de que el Padre Francisco se le bautizasse, y que Fray Angelico fuesse el Padrino, para vèr si poniendo á su hijo en tales manos, podia conseguir el que no se le muriesse, como desgraciadamente havia sucedido à otros, que havia tenido su Excelencia. Concluyòse la funcion del Bateo, y al baxar juntos por la escalera de Palacio, se despidiò nuestro Francisco de su Compañero, y le dixo: *Esta sera la ultima funcion, que harèmos juntos.* El Padre Fray Angelico lo oyò, pero no penetrò lo que le queria decir, hasta que su muerte, que fué immediata, le abriò el sentido de aquellas voces.

Y cõ mas claridad a la Marquesa de Brienza.

Aún diò mas claras noticias de su muerte à la señora Doña Teresa Pinto Campeche Bozuto, Princesa de Atena, y Marquesa de Brienza, al despedirse esta señora del Padre Francisco, para hacer viage desde Napoles á sus Estados; pues en esta ocasion la dixo con claridad *Vaya V. Exc. con Dios, que esta sera la ultima vez, en que nos hablèmos, y nos veamos.* Estas voces pusieron en cuidado à aquella Dama, por no saber, por qual de los dos lo decia, y se verificaria aquella proposicion; y assi, para salir de su curiosidad, le preguntò con algun miedo, que quien de los dos moriria antes? *De mi muerte hablo* (respondiò el Missionero) *yo morirè pri-*

primero que V. Exc. no ay que dudarlo. Por este mismo tiempo, haviendo Marcos Antonio Estasi, Impressor Napolitano, oido la muerte de Cataldo, hermano de el Padre Francisco, dandole à este el pesame, añadiò: *Y Dios nos guarde à V. Reverencia por muchos años.* A lo que el santo Jesuìta, despues de darle las gracias por aquella expresion de benevolencia, le dixo: *Dentro de un año irè yo à vèr à mi Hermano.O! no Padre,* (replicò Marcos) *no quiera Dios, que sea tan presto*; mas Francisco repitiò: *Assi serà; para bolver à vèr à mi Hermano, no me falta mas que un año.*

Otra prediccion.

A hacer verdaderas todas estas proposiciones llegò en fin la enfermedad, que le sacò de esta vida; pero mientras ella durò, iba Francisco dando avisos mas frequentes, y mas claros de su cercano fin. Diòle la primera calentura de su ultimo accidente, estando predicando los Exercicios en el Colegio de Nobles, y se despidiò de ellos, dandoles bastantemente à entender, que desde alli partìa à disponerse, para dar sus quentas en el Tribunal de Dios. Despues, dando algunas treguas su dolencia, passò à hacer una pequeña Mision à la Isla de Capri, donde al despedirse de los Reverendos Padres Cartujos, que le havian favorecido, (como ellos saben à todos los Jesuitas) les pidiò con todo encarecimiento, que le encomendassen mucho à Dios para otro largo viage, que le quedaba que hacer; y haviendo llegado à Napoles, en carta, que escriviò á Estevan Manfredo, Monge de la dicha Cartuja de Capri, è insigne Poeta Italiano, la concluyò, diciendo: *Disponed, amado Padre, que nos veamos juntos en el Sagrado costado de Jesu-Christo; y en el interin favorecedme con vuestras oraciones, para que yo me disponga, como debo, para morir.*

En los Padres de la Cartuja de Capri.

Al salir de Puzol, donde passò de orden de los Superiores, para vèr si podia conseguir alguna mejoria de su accidente con los vapores sulfureos, que exhala aquella tierra, le dixo (y con bastante alegria) al Hermano, que le acompañaba: *Ea Hermano mio, bolvamos à nuestra Casa, à encontrarnos con la muerte. Padre* (le dixo el Hermano) *puede ser, que V. Reverencia se recobre, pues assi le sucediò el año pas-*

Al Compañero cò quien havia ido à Puzol.

Mas vivas expressiones, desde que empezò su ultima enfermedad.

En el Seminario de Nobles.

passado. No, Hermano mio, (prosiguiò Francisco) *este año no serà assi, que yà estoy tocando las puertas de la eternidad.* Llegò en fin à Napoles, y haviendole puesto en la Enfermeria, à la primera visita, que le hizo el Medico, Nazario de Caro, sin olvidarse el Enfermo aùn en aquellas horas, de su natural gracejo, le dixo al tomarle el pulso: *Ea amigo, yà puede V.md. seguramente sentenciar à muerte al Padre Francisco.*

Al Medico, que le visitaba

Sabidas por los Jesuitas las referidas predicciones, y viendo que se iban verificando, con arto dolor suyo, por las fuerzas que iba tomando la enfermedad, y las que iba perdiendo el Enfermo, le dixeron, que como no acudia á su Santo Protector San Cyro, para que le comunicasse la salud, à que no parece alcanzaban yà las humanas medicinas. Oyòlos Francisco, y agradeciendoles la buena voluntad, que en esto le manifestaban, les respondiò: *Padres mios, yà està dispuesto entre Dios, y San Cyro lo que mas me conviene; y fuera yo un atrevido, y un loco, si quisiera oponerme, ù ir contra lo decretado en el Cielo.* Y prosiguiendo sobre esta materia, ultimamente prorrumpiò en una proposicion, dignissima de un hijo fervoroso de Ignacio de Loyola; la proposicion fuè esta: *Y no nos cansemos, Padres, que si un Jesuita ha de desear, que se le dilate la vida, sólo ha de ser por tener mas tiempo para trabajar por Dios.* Voces, con que explicò, que yà deseaba morir, pues le faltaban las fuerzas para trabajar. Que havia recibido de el Cielo noticias de su muerte, y de las grandes fatigas que havia de padecer antes de morir, lo explicò tambien con toda claridad, con la ocasion siguiente. Assistiale en las ultimas horas un Cavallero Napolitano, amigo suyo; el qual, con voz baxa se explicò compassivo con los nuestros, que estaban presentes, y se lastimò de la fatiga, que à el Enfermo le ocasionaba la opresion del pecho. Dixolo tan baxo, que no creyò, que el Enfermo lo oyesse; mas lo oyò, y con alentada voz respondiò á sus lastimas: *Es verdad, que padezco, no lo negarè; pero yà, desde las Carnestolendas passadas me lo tenia avisado.* No dixo quien, si Dios, ò San Cyro; pero sì dixo con claridad, que lo que havia de padecer,

Dió à entender sabia la certania de su muerte, por revelacion de S. Cyro.

y

y paſſar en aquella hora; mucho tiempo antes ſe le havia revelado deſde el Cielo: Y en fin, nada hizo, nada executò, ni dixo en aquel ultimo lance, en que no manifeſtaſſe ſer ſabidor, y Profeta de lo que en él le iba ſucediendo.

Aſſegurò, que no havia de morir, haſta que vieſſe acabada la Eſtatua de S. Cyro

Sea confirmacion tambien de eſta verdad lo que acaeciò con la Eſtatua de plata de San Cyro (que hemos dicho, que tenia mandada hacer.) Tardabaſe en concluirla el Artifice, y con eſto algunos le dieron à entender, que ſentirian mucho, no viſſe acabada aquella Obra antes de morir. A que reſpondiò, con grande ſeguridad: *No ay que temer, que antes de morir, tengo de vèr concluìda la Eſtatua de mi Santo.* Y aſsi ſuccdiò, como verèmos deſpues; mas entonces encomendò à uno de los nueſtros, que mandaſſe hacer Relicarios de plata, en que colocar Reliquias de San Cyro, para repartirlos, en ſeñal de agradecimiento, à los que con ſus limoſnas le havian ayudado á la mencionada Eſtatua. Y viendo el ſugeto à quien ſe le hizo eſte encargo, que à Franciſco ſe le havian dado yà los Sacramentos, daba prieſſa à quien

Y los Relicarios que repartiò con Reliquias del Santo.

hacia los Relicarios, para que tuvieſſe el guſto de repartirlos en vida. No dixo nada de eſto al Enfermo; pero él le oyò eſte penſamiento, aunque no ſe lo dixo, pues con grande paz ſe expreſsò, diciendole: *No es neceſſario dar al Artifice mucha prieſſa por eſta Obra, que no tengo de morir tan preſto, que èl no tenga tiempo para concluìrla antes que yo muera.* Con eſta ocaſion, quien le oìa hablar con eſta ſeguridad, queriendo averiguar quando ſeria ſu tranſito, con diſsimulo, quiſo examinarlo, diciendole: *Segun lo que vèmos, Padre Franciſco, podemos eſperar, que haveis de vivir haſta la Fieſta de San Cyro, que es en el mes de Mayo?* À lo qual reſpondiò al punto: *No, no ſerà aſsi; aquel dia yà no eſtarè yo en la Tierra; pero eſpero diſponga Dios, que deſde el Cielo vea como ſe feſteja à mi Santo.*

Ultimamente aſſegurò, que yà havria muerto el dia de la Fieſta de San Cyro.

No eran meneſter diſsimulos, para reconocer, y ſaber de el, quando havia de ſer ſu partida, porque conforme ſe iba acercando, el Padre lo iba diciendo. No era preciſo, que los Medicos le ſeñalaſſen los plazos, porque èl à los Medicos ſe los decia; y aſsi, à ſu amigo

Na-

Nazario de Caro, despues de darle gracias, por la fineza con que le havia asistido el Domingo por la tarde le previno, que no tendria que bolverle à visitar: *Porque mañana Lunes* (dixo) *será el ultimo de mi vida.* Llegò aquel dia, y haviendo querido el Enfermo, que su Compañero hiciesse, no sè què cosa, mudando de consejo repentinamente, le dixo: *Pero no, dexelo, que à tres horas de haver yo muerto, esso lo hará el Enfermero.* Tan por dias, y tan por horas fue conociendo, y aun explicando este Santo Hombre la de su muerte!

Ultimo aviso al Medico, que le asistia.

CAPITULO II.

REFIERE SU ULTIMA enfermedad, y feliz transito.

LAS distantes noticias, que de su muerte nos havia dado el Padre Francisco, nos las acercaron dos Correos suyos, que fueron una calentura, y un dolor de costado, que le acometieron en el mes de Marzo del año de 15. estando ocupado en dàr tercera vez los Exercicios Espirituales en el Seminario de Nobles. Entròle el accidente con tanta violencia, que fue preciso prosiguiesse otro Jesuita aquel ministerio, y que el Padre Francisco se retirasse à la cama. Mas este acometimiento tuvo mas de susto, que de peligro, pues venciendole el vigor de su espiritu (aunque siempre quedò endeble) se restituyò à un estado, en que pudo proseguir sus Apostolicas, y acostumbradas tareas; y aun podemos decir, que las emprehendiò de nuevo, con tanto fervor, que fue necessario, para que no acabasse quanto antes consigo, que le tirasse del freno el imperio de la obediencia. Con el titulo de convalecer consiguiò, no obstante, de los Superiores, que le permitiessen ir à hacer una ligera Mision à la Isla de Capri. Fue, pero alli se afervorizò tanto en dàr los Exercicios de nuestro Padre San Ignacio, yà à los Seglares, yà al Clero, y à los Conventos de Religiosas, que exausto de fuerzas bolviò à Napoles por el mes de Diziembre del mismo año, sin esperanzas de poder proseguir mas en sus amadas fatigas, pues apenas intentaba alguna, quando se la embarazaba con sus acidentes su principal enfermedad. Visto esto por

Acometiòle la ultima enfermedad al dàr unos Exercicios.

Recobrase algo de su accidente.

Y hace ligera Mision en la Isla de Capri.

por los Medicos, y que eran ineficaces las otras medicinas, que le aplicaban, para dilatarle algo mas la vida, determinaron embiarle à los ayres de Puzol: mas haviendo experimentado, q̃ aquellos ayres le eran tan poco favorables, que antes bien con ellos tomaba cada dia mas aumento la calentura, se bolviò à Napoles à los fines de Marzo del año de 16. Desde este tiempo podemos decir se dedicò à vivir solamente para sì, aplicando todo su estudio, y todo su cuydado en disponer su alma, para que recibiesse dignamente à su Señor, quando viniesse por ella. Retirôse absolutamente del comercio con las Criaturas, de modo, que no se permitiò à visitas, sino es quando lo pedia, ò la urgente necesidad, ò el caracter de los sugetos, que venian à favorecerle, y á visitarle.

Embianle à los ayres de Puzol.

No le aprovechan, y buelve à Napoles

Y se retira de todo, por disponerse à morir.

Las congojas, y las fatigas, que le ocasionaba su accidente al pecho, apenas se pueden explicar, sino es diciendo, que cada respiracion le costaba un ahogo, de donde se seguia, que las noches las passaba en una vigilia continuada, pues si algun rato se trasponia, le dispertaba immediatamente la violencia de la tòs: juntabase á esto una inapetencia, y un fastidio à la comida, y à la bebida, tal, que al verlas delante de sì, le parecia ver los tormentos de su martyrio; y en fin, por estos passos vino à declararse su enfermedad en una deplorable pulmonia. Los que en esta ocasion le vieron, tuvieron que admirar la valentía, y constancia de su espiritu, enmedio de tantas, y tales indisposiciones como padeciò su cuerpo, pues ni con el semblante, ni con la voz, jamàs se quexò de lo mucho que padecia: antes bien se mantuvo con una serenidad, y una paz, enmedio de tantos dolores, como si no fueran suyos, ò como si en ellos encontrara su mayor descanso. Arrojose plenamente en los brazos de Dios, resignado de el todo en su santissima voluntad, no deseando, ni el vivir, ni el morir, sino solo lo que su Magestad quisiesse, de donde nacio el que varias costosas medicinas, que le ofrecieron algunos Cavalleros sus aficionados, no las quiso admitir, y en una de estas ocasiones prorrumpiò en estas palabras: *Dexenme, que yo quiero morir, como, donde, y quando Dios quisiere.*

Accidente al pecho, que terminò en pulmonia.

Padece con admirable sufrimiento y conformidad cò la voluntad de Dios.

A uno de los nuestros, que se compadecia de verle padecer, y que procuraba alentarle, y consolarle, tambien le dixo con natural valentia de corazon: *Padre mio, estos dolores, que Dios me embia, los recibo con tanto gusto, que deseo que crezcan à millares.* Mirabalos como prendas del amor que Dios le tenia, y assi queria, no que se disminuyessen, sino que se le aumentassen. Prosiguió, no obstante, el Jesuita, diciendole, que por mas que disimulasse, bien se conocia ser excessivos los dolores, que le mortificaban; y aqui, con voz entèra, y clara, respondiò: *Ah, Padre mio, dolores excessivos, solo Christo los padeciò, y quiso, que nosotros nos avergonzassemos de la delicadèz con que amamos nuestra vida, y de lo que nos quexamos en nuestras penas, quando nos dixo: Non est dolor sicut dolor meus.* Con esta respuesta diò à entender, que uno de los medios con que suavizaba sus penas, era la frequente memoria de las penas, y Passion del Hombre Dios. Meditaba tambien, como con aquellos dolores, padecidos por el Salvador, se havian abierto las puertas del Cielo, para que en èl entrassen los hombres; y assi amaba lo que padecia, porque sus dolores, acompañados con los de Christo, los miraba, como medio para entrar en el descanso de la felicidad eterna. Por esto mismo leyò por aquellos dias, con grande dilatacion de su espiritu, el Libro de Oro, en que nuestro Belarmino trata de la eterna felicidad de los Santos; y al cerrar el Libro, solia decir con alegria las palabras de el Psalmo 117. *Aperite mihi portas justitiæ: hæc porta Domini justi intrabunt per eam.* Con estos pensamientos, no solo se alentaba à padecer, sino que podèmos decir, q̃ en su padecer empezaba yà à desfrutar los consuelos, y delicias de la Gloria.

No por esto negarè, que las mencionadas serenidades, permitiò Dios, que algunas veces se las turbassen los miedos, y los temores de las justicias, que Dios sabe executar, segun los rigores de su Juicio. Solian afligirle tanto estas especies, que se veìa precisado à acudir à la Madre de los pecadores, y de las piedades, y à los demàs Santos devotos suyos à pedirles con lagrimas, se interpusiessen con

Y aun có deseo de que se aumenten sus dolores.

Suaviza sus penas con las memorias de las de Christo.

Y con la consideracion de las delicias de el Cielo.

Mortifica le Dios con sustos y miedos de su rigurosa justicia.

Acude en estos miedos à Maria Santissima.

la Mageſtad Divina, para que le perdonaſſe ſus ingentes maldades (como èl decia) y aun para eſte fin pedia ſus oraciones à aquellos ſugetos, que mas familiarmente le trataban. El cuidado de la cuenta, que havia de dàr á Dios, le obligò tambien à tomarſe à ſi miſmo eſtrechas cuentas de todas las palabras, obras, y penſamientos las que preſentaba à ſus Confeſſores en Confeſsiones generales, pidiendoles, que con ſus abſoluciones ſe las borraſſen, para que con eſſo no le detuvieſſen por ellas en el Tribunal Divino. Una de eſtas Confeſsiones generales hizo (en la ultima ocaſion que eſtuvo en Puzol) con el Padre Nicolas Canati, que le fuè à hacer una viſita, y á vèr ſi con aquellos ayres lograba algun alivio en ſu enfermedad. Otra hizo en nueſtra Caſa Profeſſa con el Padre Simon Bañati, que era ſu ordinario Confeſſor. Quando la hizo con el P. Canati, le explicò particularmente los miedos con que ſe hallaba del Juicio Divino: y procurando quien le oìa alentarle con la memoria de lo mucho que havia trabajado por las Almas, y por eſtender la Gloria de Dios, le reſpondió humilde, y deſconfiado de ſi miſmo: *Ha, Padre mio, toda eſſa memoria no aquieta mis ſuſtos, ni me aſſegura de mi Bienaventuranza; porque sè, que dice el Apoſtol, que no ſon condignas las paſsiones de eſta vida, de la futura Gloria, que guarda Dios à ſus Eſcogidos.* Eſtos miedos, que permitiò Dios à eſte ſu Siervo, para exercicio ſuyo, no por crecidos le derribaron de la eſperanza, que ſiempre tuvo de conſeguir ſu felicidad eterna, favorecido, y amparado de la conſideracion de la bondad, y de la clemencia Divina; antes bien, quando ſe ofrecia ocaſion de hablar de eſta virtud, deſconfiando de el todo de ſi miſmo, y de ſus meritos, y apoyandoſe en los meritos infinitos del Redemptor, ſe explicaba tan altamente, y con unas expreſsiones tan vivas, y de tanta ſeguridad, que ſe conocia bien, que ſu confianza era la que le daba alientos, aſsi para padecer, como para padecer con alegria, y jùbilo ſus fatigas: con que debèmos quedar perſuadidos à que eſtos miedos, y ſuſtos que padeciò, fueron de aquella raza, de que han ſolido ſer los que han tenido algunos grandes

Examina toda ſu vida, y hace Confeſsiones generales

Acòpaña ſus miedos con la virtud de la Eſperanza.

San-

Santos, en los quales, no por sus sustos se disminuía su esperanza, sino que se inflamaba mas, considerando, que mas que sus defectos, eran las benignidades de Dios.

Prosiguiendo, pues, el curso de la enfermedad de este Santo Jesuita, digo, que haviendo passado, desde los fines de Marzo, hasta los principios de Mayo entre los accidentes de su dolencia, y las molestias de las medicinas, que para ella le daban; llegò el tiempo de que viesse entrar por las puertas de su Aposento la Estatua de plata, que havia mandado hacer de S. Cyro, y de que havia profetizado, que la veria concluìda antes de morir. Entrò la Estatua, y con ella se alborozò tanto, que saltando de la cama, y hincandose de rodillas, exclamò en estas voces: *O Señor! no sea para mi la gloria, sino solo para vuestro Santissimo Nombre.* Creyeron muchos, ò todos los presentes, que con la venida de Medico tan Celestial, nuestro enfermo, que le havia hecho tantos obsequios, y le havia procurado tantos cultos, sin duda alguna empezaria à mejorar, pero se engañaron; porque San Cyro en esta ocasion no vino à darle à su grande amigo Francisco de Geronymo la salud de el cuerpo, sino à assistirle, y acompañarle hasta conducir su espiritu adonde descansasse con él, y assi se viò, que desde aquel dia empezò à decaer el enfermo, y à llevarle con mas viveza su indisposicion à la sepultura. Reconocido esto (porque mas que su accidente se lo avisaban las noticias que le iba dando el Cielo) y tomando antes licencia de sus Superiores, distribuyò, por no faltar à la virtud de el agradecimiento, los Relicarios, que havia mandado hacer con Reliquias de San Cyro à aquellos sugetos, que con mas gruessas limosnas havian concurrido, para que se hiciesse la Estatua. Despues, en señal del amor que tenia à los Congregantes de su Mision (supuesta la licencia dicha) embiò à cada uno una medalla, pidiendo, que le encomendassen à Dios. No se olvidò en estos piadosos Legados, ni de su Hermano Compañero, ni de los Hermanos Enfermeros, que le assistian, pues tambien los agassajò, pidiendoles mil perdones por lo que les havia dado que hacer, y otras tantas gracias, por lo

Llega à su vista la Efigie de S. Cyro.

Distribuye los Relicarios.

Reparte medallas à los Congregantes de la Mision.

Agassaja à su Compañero, y al Enfermero.

bien que le asistian. Cumplidas estas agradecidas obligaciones, pidiò, que le diessen el Viatico; y juzgando los Medicos se le podia dàr, atendiendo, assi à su deseo, como al estado en que se hallaba su enfermedad; se le concedieron, y aqui fuè donde se portò tan edificativo, que todos dixeron, no podia haver puesto punto de mayores virtudes à toda la plana santissima de su vida.

Pide el Viatico.

Para que esto no parezca ponderacion, atiendase à lo que passò, quando este moribundo Jesuita se viò en presencia del Augustissimo Sacramento. Recogiò las fuerzas que pudo, y con alentada voz, mas de lo que permitia la indisposicion de su pecho, se confessò delante de aquel Eterno Juez, por Reo de muchas culpas; pero añadiò, que por esso mismo alentaba su confianza en las piedades Divinas, porque sabia, que era muy propio de ellas, emplearse, y manifestarse mas, donde se hallaban mayores los delitos. Executado este acto de esperanza, de contricion, y de humildad, puso los ojos en los Nuestros, y principalmente en el Superior, que havian ido acompañando al Santissimo, y hablando con todos, dixo: *Que daba immortales gracias à la Compañia, porque tan caritativamente havia tolerado en su gremio, à un villano, à un imprudente, à un hombre sin prendas, sin virtud; y finalmente, à un hombre tan indigno como èl.* Y esto lo decia con tales lagrimas, y con tales veras, como si fuera verdad; y prosiguiò en sus humildes sentimientos, pidiendo, que yà que havia sido indignissimo de vivir entre los Nuestros; despues de difunto le hiciessen la justicia de no enterrarle con ellos, sino que le sepultassen, ò en la Huerta, ò en el lugar de las inmundicias de la casa; y que esto ultimo seria lo mejor, porque era el lugar, que con mas propiedad le convenia. Despues, serenando un poco los ojos, y el semblante, añadiò, que no tenia otro modo de agradecer à la Compañia los beneficios, y favores, que havia recibido de su mano, sino es pidiendo à Dios, (como lo hacia:) *Que mantuviesse en sus Hijos el fervor, y constancia de la disciplina Religiosa, y el zelo ardentissimo del bien de las Almas, con el qual las llevassen à Dios, vibrandoles à sus corazones flechas encendidas en el fuego del*

Su disposicion, y fervor al recibirle.

Heroycos actos de humildad.

Pide en la ultima hora à Dios aumente el zelo, y fervor de los Jesuitas.

del Espiritu Santo, desde los Confessonarios, y los Pulpitos. Mas huviera dicho enardecido yà su valiente corazon, y mas le huvieran oído los presentes, si el Superior, atendiendo á la fatiga de su pecho, no le huviera hecho señas para que cessasse. Calló al punto, como verdadero obediente, y conmutò las voces que havian de haver proferido los labios, en veneraciones à la Soberana Eucharistia: por todos sus sentidos respiraba devocion à aquel amabilissimo Mysterio, tanto, que para recibirle mas dignamente, se arrojó de la cama, y se hincò de rodillas, y assi le recibiò, no solo en esta ocasion, sino en otras dos en que se alimentò de este Sagrado Pan, antes de morir: pidiendo à la debilidad, que le ocasionaba su cercania à la muerte, licencia para emplear las casi ningunas fuerzas, que le dexaba, en el exercicio de esta devocion.

Recibe el Viatico de rodillas.

Recibe la Extrema Uncion

Llegò el dia 9. de Mayo, y en èl se halló tan congojado, que se determinaron à darle la Extrema-Uncion, la que recibiò muy en su acuerdo, haciendo fervorosissimos actos de virtudes, correspondientes à las acciones, con que por medio de aquel Sagrado Oleo quiere excitarnos nuestra Madre la Iglesia. Desde aquella hora se retirò tan del todo al trato con Dios, con quien esperaba verse dentro de breves instantes, que pidiò à todos los de Casa, y aùn à su Confessor, que le dexassen solo; añadiendo, que si á este ultimo le necessitasse, le llamaria; y que en todo caso, para su ultima hora no dexaria de tenerle presente. Haviendo logrado la soledad que deseaba, passò los dos dias, y noches, que huvo hasta su muerte en fervorosas jaculatorias, que aunque le recreaban su espiritu, como eran en voz bastantemente elevada, le secaban de modo las fauces, que fuè preciso, que muchas veces se las refrigerasse el Enfermero con un lienzo mojado en agua; y haviendo tomado de esto ocasion para decirle, que podia entenderse con Dios, no con exteriores voces, sino con actos internos, para no incomodarse tanto, Francisco respondiò: *Hermano mio, perdoneme, que de Dios nunca podèmos, ò pensar, ò hablar dignamente, por mas que en esso procurèmos em-*

Pide que le dexen solo.

plear todas nueſtras fuerzas.

Arrecian ſele las fatigas, y los dolores.

En eſtas circunſtancias ſe le arrecíaron tanto los dolores, y fueron tan extraordinarias ſus fatigas, que aunque tan paciente, no pudo menos de clamar à Dios, pidiendole à ſu Mageſtad alientos, y tolerancia para padecerlas; y para conſeguir lo que pedia, ſe valió de la interceſsion de San Francíſco Xavier, de ſu amado Padre San Ignacio de Loyola, y de la Reyna de los Santos Maria Santiſſima: eſtos nombres tuvo en ſus labios haſta que ſe le paſſaron aquellas mortales anguſtias, y entonces dixo: *Ea, gracias à Dios, todo và bien, todo và bien*: y proſiguiendo las alabanzas Divinas, y de la Reyna de los Angeles, pidiò al Enfermero Pedro Milleta, hombre de probada virtud, que alternaſſe con èl el Hymno del *Te Deum*, y el Cantico de la *Magnificat*.

Para que fueſſe mas cumplida ſu Corona, permitiò Dios, que no le faltaſſe una moleſta lucha con el enemigo comun de las Almas. Eſto ſe reconociò, en que en la ultima noche inmediata à ſu tranſito, una, y otra vez ſe le oyò exclamar, diciendo: *Idos de aqui: me quereis turbar? Idos.* Creyò el Enfermero, que eſtas voces naciеſſen de deſvanecimiento de la cabeza, que es tan natural en un moribundo; pero ſe deſengañò oyendo, que proſeguia, y que hablando con èl, le pedia, que rociaſſe con agua bendita, aſsi ſu cama, como el apoſento; lo que executado, ſe quedò en una admirable tranquilidad de eſpiritu, y por la mañana à uno de los nueſtros, que le preguntò, como ſe hallaba, le confeſsò la batalla que havia tenido, pues le dixo: *Hijo mio, peleo: Dios lo quiere aſsi, batallo.* Voces por donde el Enfermo acabò de conocer, que las que le havia oìdo la noche antecedente, no havian ſido delyrio, ſino ſeñas de ſu combate; porque quiſo Dios ſin duda, que à eſte gran Soldado ſuyo, no le faltaſſe la que fuele contarſe por gloria de los buenos Soldados, que es morir con las armas en las manos. De eſte ſentir fuè aquel cèlebre Maeſtro de la Vida Myſtica, yà otra vez citado por nì, el Padre Marcos Martoreli, pues à un ſugeto, que ſe le pintaba muy medroſo, y timido de

Lucha cõ el demonio.

las

las congojas, y batallas, que padeceria al tiempo del morir, quando constaba, que tambien las havia padecido un hombre tan santo, como Francisco de Geronymo: Martoreli le respondiò, y consolò dandole esta doctrina: Mira, hijo, no temas, le dixo, porque has de saber, que no somos todos unos, y que Dios nos trata con diversos modos; à los hombres esforzados, de gran virtud, de gran fee, y de grande perfeccion, para coronarlos mas, permite Dios, que sean mas combatidos, y que se hallen en mas prolixas batallas; pero los que somos en su exercito unos pobres Soldados rasos, ò unos pobres vivanderos, creo que tendrèmos menos que pelear.

Sentencia del P. Martoreli.

Bolviendo à nuestro Enfermo, cuya partida vá muy apresurada, reconociendolo esto él mismo, como por despedida, puso los ojos en el Enfermero, con la ocasion de haver llegado à refigerarle las fauces con un poco de agua, charidad, que le pagò con una accion, que nunca havia executado hasta alli, que fuè echarle su bendicion, formando sobre el la señal de la Cruz. Despues, poniendo los ojos en el Cielo, se le puso el rostro (como advirtieron algunos) mas candido, que la leche; y à vista de la Comunidad, que havia concurrido à decirle la recomendacion del Alma, diò unas placidas, y quietas boqueadas, por medio de las quales, dexando la amada compañia de su cuerpo, volò su espiritu à los eternos descansos el dia once de Mayo, poco antes del medio dia, y del año de mil setecientos y diez y seis, à los setenta y quatro de su edad, y quarenta y seis de Religioso de la Compañia. Heroe verdaderamente admirable por todas sus virtudes; pero principalmente por los grandes trabajos, y tareas, con que se tomò, por el amor à su Dios, y por el bien de sus proximos: de modo, que con toda propriedad se puede decir de él, el elogio que se halla en las Divinas Letras, y que dice: *Honestavit illum in laboribus, & complevit labores illius.* Pues en este hombre vimos, no otra cosa, que tareas santissimas; y que á estas se las llenò, y coronò la Magestad Divina con singulares gracias, y con una muerte preciosissima.

Dà su bendicion al Enfermero.

Inmutasele con hermosura el semblante

Muere.

Sentimiéto, y jùbilo de los Jesuitas en esta muerte.

Murió, en fin, el célebre Jesuita Francisco de Geronymo, y en su muerte puedo decir, que se recíprocaron las lagrimas, y las alegrias. Lloraron sus hermanos, porque con èl se nos ausentò el refugio de los pobres, el consuelo de los enfermos, el alivio de los necesitados, el explendor, y la defensa, assi de esta Ciudad, como de todo el Reyno; y ultimamente, el mas vivo exemplo de la Santidad mas heroyca, que veneraban las paredes de nuestra Casa Professa. Pero las lagrimas de tanta ausencia, y de pèrdida tanta, se mezclaba con el jùbilo, que introducia en nuestros corazones la consideracion de que havia passado à rayar, y à lucir Astro benigno, no entre, sino sobre las Estrellas del Firmamento; y de aqui nacia, el que nos dàbamos alegres enhorabuenas por su fallecimiento, pues desde entonces creimos lo que despues hemos experimentado, y es, que aun en tanta altura, no nos ha perdido de vista; como Hermano nos ama; como Hermano nos favorece, y juzgo, que tiene por parte de su gloria, el que en su gloria puede mas, para comunicarnos con mayor abundancia sus favores.

Revelacion de su gloria.

He dicho, que passò Francisco de Geronymo à descansar à la Gloria, y en esto no quiero adelantarme al juicio, que de esto debe formar nuestra Madre la Iglesia, sino solo referir una revelacion, que tuvo aquella celebrada Virgen Theresa de Jesvs, con quien otras veces se ha encontrado yá mi Pluma. Poco antes de morir esta esclarecida Religiosa, tuvo, sino un rapto, una admirable suspension de los sentidos, y aun de los movimientos de la ärteria, el que le durò por tanto tiempo, que yà las demàs Religiosas de su Casa la lloraron por difunta: no obstante, apretandola unas ligaduras, por consejo de los Medicos se consiguiò el que bolviesse en sì; y preguntandola sus Confessores, si aquella suspension havia sido solo natural desmayo, respondiò, que no, que havia sido un favor, que Dios la havia hecho, pues en brazos de su Angel de Guarda la havia puesto à la vista de una hermosissima Ciudad (la qual describiò despues) y que en ella viò varios sugetos, que

que havian sido Confessores suyos; conviene á saber, à Luis Calco, y Juan Pedro de Alexandro, Dominicos. A Pedro Antonio de Alexandro, Obispo de San Marcos en Calabria; y à mi Jesuita (assi dixo ella) Francisco de Geronymo, y estos dos (añadiò en su relacion) me dixeron: *Hija, consuelate, porque aqui te està esperando mayor felicidad de la que puedes aprender; pero todavia es necessario, que padezcas algo mas los dolores, y penalidades de tu vida mortal.* Estas noticias debemos á las memorias de el Padre Manuel Basta, comunicadas à el Padre Nicolàs Thomàs Farina, para la vida, que en Italiano escriviò de la esclarecida, y citada Virgen Teresa de Jesvs de Narno.

CAPITULO III.

RUIDOSO ENTIERRO del Padre Francisco de Geronymo.

Cuidado de los Superiores por ocultar su muerte.

LUEGO que muriò este Ilustre Jesuita, tomaron los Superiores dos acordadas providencias: la una dar aviso immediatamente à nuestras Casas, y Colegios, para que no se le retardasen las Oraciones, y Sufragios, que estila la Compañia ofrecer à Dios en las muertes de sus difuntos. La segunda fuè mandar, que no se tocassen las campanas, sino que se disimulasse, que havia muerto el Padre Francisco; temiendo, que si las campanas lo decian, havia de ser demasiado el concurso del Pueblo à vèr difunto à aquel Hombre, à quien todos miraban como Padre, por los favores, que le havian debido; y de donde podia seguirse, no sin fundamento, que nuestra Iglesia, y nuestra Casa se turbassen, de modo, que no nos dexassen hacer con quietud los Oficios, y buenos Oficios, con que la Iglesia socorre à las Almas de los que salen de esta vida. Con esto, callando las campanas, y disimulando los nuestros, se le amortajò, poniendole, como se debia, en trage Sacerdotal; y assi se reservò en la misma pieza en que havia espirado, hasta el tiempo oportuno de su entierro, y de sacarle à la Iglesia, y encomendarle à la sepultura. Pero todas estas precauciones no fueron bastantes para lograr el secreto, que se deseaba; pues linces de cuidadosos en esta materia, los Ciudadanos de Napo-

poles, arguyeron lo que los nuestros no decian, de los mismos disimulos con que lo callaban; y assi se divulgò en todo Napoles, y en brevissimo tiempo, la muerte del Venerable Padre. El primero que se aprovechò de esta noticia, fuè un Cavallero, que en vida le havia professado estrechissima amistad; el qual traxo consigo un Pintor, y este un imprimado lienzo, para sacar su retrato. Entrò, dandonos à entender, que yá en Napoles se sabia la muerte de aquel Hombre, de aquel Santo, à quien havian venerado todos; y que assi, nos dexassemos de disimulos, y à èl le hiciessemos el agassajo de permitirle se le sacasse un retrato, para que nunca su buen Amigo se le perdiesse de la memoria. Dixolo esto con intrepidèz, (aunque cortesana) tan eficáz, que los nuestros (atendido tambien el caracter de su persona) le abrieron la puerta, y al Pintor le dieron lugar para que empezasse el manejo de sus pinceles.

Acude el primero un Cavallero con un Pintor para que le retrate.

A este tiempo sucedio una cosa bien admirable, y fuè, que el Enfermero, que le havia assistido, y sabia que el difunto tenia un crecido callo en la planta de el pie, quiso à escondidas cortarsele; y en fin se le cortò, para guardarle por Reliquia. Creyò, que su hurto, por haverle hecho con cautela, nadie le sabria; pero no le sucediò assi, porque el mismo difunto le descubriò, pues de la herida, ò cortadura estuvo por espacio de once horas goteando tanta sangre, que despues de haverse recogido mucha en paños, y lienzos, se pudo resguardar en una redoma de vidrio la cantidad de tres onzas; la qual, por espacio de tres meses, (y de los de mayor calor del año) se mantuvo liquida, y encendida, como si fuera un rubí; y este color le mantiene aún, aunque yà se ha condensado dentro de el referido cristàl: y falta que añadir, para dàr perfecta noticia de esta maravilla, que los pedacillos de los lienzos, que se tiñeron con esta sangre en la Italia, y principalmente en Alemania, han sido medios, por donde se han comunicado saludes milagrosas, como verémos en su lugar.

Cortanle un callo, y por once horas corrio abundante sangre de la herida.

Recogieronle en un vidrio tres onzas desta sangre.

Determinòse en fin; y à cerca de anochecer, baxar el cuerpo, para depositarle en la Sacristia, desde donde havia de salir a la Iglesia para hacerle el entierro; mas assi

Concurre tanta gente, que fue preciso valerse de Soldados, que hiciessen

Empieza-ſele à cantar el Oficio.

Pero ſe interrumpe, para acudir à defender el Cadaver de la devocion tumultuaria de el Pueblo.

Sacaſe con gran dificultad el cuerpo à la Igleſia.

Sin paſſo, para poder poner el cuerpo en la Sacriſtia.

aſsi el paſſo para la Sacriſtia, como tàbien para la Igleſia, ſe hallò ocupado de tanta gente de bien, y de tan immenſo Pueblo, que no nos dexaban dàr un paſſo; y nos fuè preciſo valernos de una Guardia de Alabarderos, que ſe le pidiò al ſeñor Virrey. Concedìòla ſu Excelencia, y cumpliendo los Soldados con ſu obligacion, y jugando con habilidad, y deſtreza ſus cuchillas; pudimos conſeguir reſervar el cuerpo, y llegar con èl à la Sacriſtia, donde ocupando los Soldados la puerta, ſolo ſe diò entrada á perſonas de tanta diſtincion, que no ſe les pudo negar; las quales nos ſirvieron de grande edificacion al vèr la devocion, y ternura con que beſaban los pies, y las manos del Venerable Difunto, y la ſanta codicia, con que recogian en ſus lienzos la ſangre, que corria de ſu planta.

Haviendo llegado la hora de que ſacaſſemos el ſanto Cadaver al Templo, para hacerle los Oficios, no lo huvieramos conſeguido, ſi haviendoſe aumentado el numero de Soldados, no nos huvieran hecho calle con ſus armas entre el apiñado Pueblo. Con eſte favor ſe logrò poner indemnemente ſobre el feretro el ataud, y empezamos á decirle à coros el Oficio de Difuntos; pero fuè muy breve, porque apenas ſe havian rezado tres Pſalmos, quando nos vimos preciſados à cerrar los Breviarios, deſamparar los bancos, y acudir á defender el cuerpo, que temimos, que la intrepida devocion de el Pueblo, no contentandoſe con deſnudarle de ſus veſtidos, le deſtrozaſſe, para enriquecerſe con ſus Reliquias: tal fuè el tropèl de gente, que de repente ſe arrojò ſobre el feretro, que pudimos temer prudentemente lo que acabo de referir. La cauſa de eſtò fuè la ſeñora Princeſa de la Rochela; la qual, por los muchos favores que havia recibido del Padre Franciſco, aſsi en ſu perſona, como en las de ſu familia, quiſo agradecida à ellos, deſpedirſe de ſu Bien-hechor, y beſarle la mano antes que ſe le ocultaſſe la tierra. Acercòſe, pues, con eſte motivo al ataud; los Soldados, atendiendo à quien era, no la impidieron la cercanìa; como ni á otras piadoſas Mugeres, que fueron à hacer el miſmo obſequio al Difunto, aſsi por ſu natutal piedad, como por el exemplo, que les daba la

Prin-

Princesa. Con esto, como si se huviera dado general licencia, y aun hecho seña, para que acudiesse toda la gente del Pueblo: todos se echaron en confuso tropèl, y con clamorosa griteria, sobre el Cadaver; lo que visto por los Nuestros, para defenderle huvieron de dexar el Oficio, como tengo referido, y à fuerza de brazos, y implorando el auxilio de los Alabarderos, se determinò alli de repente poner en seguro aquel precioso Tesoro en la Capilla de la Santissima Trinidad, que està al lado izquierdo de el Altar Mayor, y defendida de fuertes berjas de hierro, las que luego que entrò en la Capilla el Cadaver, se cerraron, lograndose con esto à un tiempo, que el Cadaver quedasse resguardado, y el Pueblo pudiesse verle, y venerarle. He pintado lo que se executò, pero no he pintado la dificultad, que nos costò esta mudanza, que fuè grande, porque inquieto yà el immenso concurso, y teniendo por acto de devocion pretender cercanías al cadaver del que à boca llena llamaban Santo: es indecible lo que por lograrlas nos oprimian. Sudòse mucho, pero en fin se reservò el Venerable Cuerpo, y aun el vestido (menos el bonete, el qual se le llevò un Sacerdote, que como pudo, por encima de los mas immediatos al Cadaver, se abalanzò, y alargando el brazo, se le quitò, y para que no le obligassemos à la restitucion echando à correr, se nos desapareciò.)

Depositase en la Capilla de la Trinidad.

Hurtale un Sacerdote el Bonete.

Colocado yà el Venerable Cuerpo en la Capilla, dire, que nuestra Iglesia no parecia Theatro de funebres Exequias, sino de una festiva celebridad, donde el Panegyrico se formaba de las voces de la gente que iba concurriendo. Unos se hacian lenguas, ponderando la santidad de el Difunto; otros se expressaban en lagrimas, y suspiros, por la falta que les havia de hacer aquel Apostol: otros clamaban por sus favores; y otros en fin dabà vòces de alegria por los beneficios que allí recibieron de su mano, y de q̃ nosotros harèmos despues alguna memoria. Huvo muchos, que viendo no serles licito romper la respetosa Carcel en que havian puesto à su Bien hechor; para enriquecerse con sus Reliquias, acudieron à su Confessonario, y le huvieran del todo destrozado; si avisado de los

Acude la multitud à su Confessonario para repartirle en Reliquias.

los golpes, que en èl daban para deshacerle, no huviera acudido el Padre Prefecto de la Iglesia à quitarsele, aunque con mucha dificultad, de entre las manos: consiguiòlo, y le colocò en parte donde pudiessen verle, sin maltratarle, y donde luego executò varios prodigios, de que se dará noticia en el Capitulo siguiente.

El Cadaver, aunque reservado de la intrepidèz de el Pueblo, no estuvo solo en su Capilla, pues fuè preciso dar entrada en ella à varios Cavalleros, y Señoras Ilustres, que pidieron con instancia entrar à contemplar desde mas cerca el movimiento de los brazos, y manos del Difunto: las quales se mantuvieron tan flexibles, que se doblaban como se queria, y estaban mas blandas, y suaves, que las havia tenido en vida; y despues de haver admirado esta novedad, y besadole los pies, se aplicaron, con harta embidia de los que los miraban desde las rexas, à recoger en sus cambrayes la sangre, que de su planta corria.

En las faenas, y cuidados dichos, se nos passò el tiempo tan sin sentir, que quando acordamos, ya era muy entrada la noche, y entonces tuvimos que bolver à trabajar en despedir la gente, para cerrar las puertas de la Iglesia: digo, que bolvimos a trabajar, porque con una santa porfia, no havia medo de apartar al Pueblo de las berjas, desde donde descubria à su amado Padre; pero en fin, vencimos: cerròse la Iglesia, y nos quedamos solos, y de esta soledad se aprovecharon varios Pintores, que pidieron licencia, y se les diò para vaciar en yesso, y cera el rostro del Difunto, à fin de sacar despues con perfeccion sus Retratos. Al Martes siguiente, apenas fuè de dia, quando se bolviò á llenar de gente de todas esferas, nuestro Templo. No podemos decir, que entrabàn unos, y salian otros; porque ninguno salia, y eran muchisimos los que entraban. Entre estos vinieron varios Enfermos à pedir al Santo Difunto remedio para sus dolencias; y estos fueron tantos, y levantaban tanto sus clamores, que perturbaron á los Sacerdotes, que estaban en los Altares diciendo Missa; pero al tiempo de perturbarlos, les consolaban las voces alegres de los que daban à Dios, y

Buelve el concurso al dia siguiente.

à su Siervo las gracias, por las saludes, que acababan de recibir milagrosamente. No sucediò esto solo por la mañana, pues todo el dia estuvimos divertidos, yà en oìr súplicas, yà en percebir acciones de gracias. Y en fin, pareciò nuestra Iglesia Templo, donde se ganaba algun generalisimo Jubileo: pues à todas horas se viò tan lleno de Pueblo, y de Nobleza, que ni al medio dia se pudieron cerrar sus puertas. Llegò la noche, y pudieron cerrarse, porque se estendiò la voz de que al dia siguiente estaria tambien expuesto el Venerable cadaver, para que pudiessen verle los forasteros, que viniessen de los vecinos Lugares, donde el Padre havia sido tan conocido, como amado. Creyòse facilmente esta voz, sirviendo de argumento, de que esto seria assi, y de que aquella noche no le enterrarian; el que despues de treinta y seis horas de difunto, no despedia el Cuerpo mal olor; antes bien, muchos asseguraron haver percebido, que exhalaba una fragancia suavisima; y assi, consolados con esta esperanza, se retiraron todos à sus casas, aunque yà muy entrado el tiempo de la noche. Haviendo, pues quedado desembarazados, y cerrada toda la Casa, assistiendo solamente nuestra Comunidad, se puso el Cuerpo en una Caxa de plomo, dentro de otra de madera fuerte, y se enterrò en nuestra Bobeda comun, en el sitio que corresponde, al lado del Evangelio del Altar Mayor. Dentro de la Caxa se puso en pergamino, para conservar à los Posteros la memoria de quien fuesse aquel Cadaver, la siguiente inscripcion:

Sepultase en Caxa de Plomo y de madera.

Pater Franciscus de Hieronymo feliciter obijt in Domo Professorum, die XI. Maij, M.DCC.XVI. Annos agens, LXXIV. Natus die XVII. Decembris, M.DC. XXXXII.

Que quiere decir: Este Cuerpo es de el Padre Francisco de Geronymo, que acabò felizmente sus dias, en la Casa professa, en once de Mayo de mil setecientos y diez y seis, siendo de setenta y quatro años de edad Nació a diez y siete de Diciembre de mil seiscientos y quarenta y dos.

Esta demostracion de sepultar al Padre Francisco, no solo en una, sino en duplicadas Caxas, quiero que sepan mis Lectores (que es-

tèn

Honròle la Compañia singularissimamente sepultandole como le sepultò

tén poco informados de los estilos de la Compañia) que fuè un grave testimonio con que authorizò la Casa Professa la eminente virtud de este su hijo; porque tal singularidad no la practica la Compañia, sino es con Sugetos de Santidad indubitable. A los demàs los sepultan en la desnuda tierra; y es digno de ponderarse, que no huvo, entre tantos Sugetos tan mirados, como los que en aquella Casa concurrian alguno, que à Francisco le disputasse este honor. Pero como, si las Apostolicas fatigas, y los glorioſos trabajos, padecidos por Christo, y los prodigios con que, à vista de todos, los acompañò este Hombre feliz, introduxeron en los corazones de todos, bien fundadas seguridades de que su muerte havia sido un transito inmediato, desde esta vida à las eternas delicias de la otra? Y de estas seguridades nacieron unas gustosas esperanzas, de que algun dia elevarán sus meritos à este grande Jesuita, à la eminencia de los Altares. Sepultòse en fin; y si su Cadaver està incorrupto, no lo podémos saber; porque desde que se hiò à la tierra, no se ha buelto à descubrir.

Ya que la muerte nos robò à este Hombre, y la tierra nos le escondiò, quiero concluir este Capitulo, con dár, del modo que pudiere, un verdadero retrato suyo. Pintarè sus señas, segun las mantengo en la memoria; lo primero, para que no le perdamos de ella; y lo segundo, para satisfacer, y dár algun consuelo à la curiosidad devota de los que no tuvieron la dicha de conocerle. Fuè, pues, Francisco de Geronymo, de estatura bien dispuesta, y proporcionada, mas alta, que baxa: el cuerpo enjuto, y de pocas carnes: de buenas fuerzas, pero no correspondientes à tantas, y tan graves fatigas como en su ministerio tolerò. La cabeza no grande, ni redonda, sino puntiaguda, y en su ancianidad falta de pelo: la frente ancha, y espaciosa, pero que se estrechaba àzia las sienes, y estas eran algo undidas: la barba, y el cabello negro, mezclado con algunas canas: las cejas grandes, y bien pobladas: los ojos negros, y algo retirados pero vivos, y espirituosos aun en su abanzada edad; y que tenian un no sè què, que manifestaba las Celestiales luces de que abunda-

Su Retrato.

ba

ba su corazon : las mexillas flacas : la nariz, al medio elevada, y al fin algo estendida : el color obscuro, como tostado del Sol : el cuello delgado, y descolorido: la voz no muy sonora, pero sì muy corpulenta en el Pulpito ; mas en la conversacion baxa, y modesta : la boca algo grande ; pero le daba gracia este, que parece defecto : la dentadura corta, y escasa : los brazos quando iba por la calle, los llevaba recogidos debaxo del mantèo : en casa, regularmente los tenia cruzados al pecho : la cabeza la traia descubierta, y el bonete servia de ocultar las manos: su conversacion alegre, sazonada, nada fastidiosa ; y en fin, todo èl por todas sus señas, era amable, y tanto, que por solo su exterior, se hallaba entrada facil en las voluntades de los Sugetos, que trataba.

Dada esta pintura, que espero sea bien recibida, passaremos à vèr las extraordinarias circunstancias, y singulares prodigios conque honrò Dios el Funeral de este su Siervo, que fueron tales, que ya he dicho, que el dia de su Entierro, mas que dia de Exequias, pareciò dia dedicado à la celebridad de un Santo.

CAPITULO. IV.

ILUSTRA DIOS EN multiplicados prodigios, el Entierro de su Siervo Francisco de Geronymo.

QUATRO Cosas especialmente concurrieron à publicar, y à ennoblecer la Santidad prodigiosa deste amable Jesuita, luego que muriò. La primera fuè, aquella universalissima mocion, que huvo en toda la Ciudad, y el atropellado concurso de toda suerte de personas, que vino à visitar, y venerar su Cadaver ; porque à la verdad, conmoverse todos, sin que huviesse nadie, que los avisasse ; y aun haviendo hecho positivas diligencias, para que esta muerte no se supiesse ; y no obstante esso, despoblarse todo Napoles, para concurrir à nuestro Templo, à vèr (como decian) à su amado Padre, y hallarse tanto gusto en vèrle, que solo por este fin se estuviesse, aun la gente muy ocupada, muchas horas en la Iglesia : esto què pudo ser, sino un grito, con que quiso Dios manifestar, que la Santidad de este su Sier-

Siervo, era dignissima de que la celebrassen los hombres? La segunda circunstancia fuè, la amable hermosura, y hermosa amabilidad, de que se vistiò su rostro; tal, que no ocasionaba horror, sino antes bien suspendia las atenciones, y las aprisionaba, para que no apartassen los ojos de un Cadaver, que no parecia de hombre muerto, sino de un Santo dormido. La tercera, fuè la flexibilidad, que se experimentò en todo aquel Venerable Cuerpo; y que para hacerse mas admirable, se juntò con exhalar fragrancias, y tan buen olor, que èl solo bastaba para detener à su vista por mucho tiempo à los que la empezaron à percibir. La quarta, y ultima, fuè aquella viva, y encendida sangre, que por tantas horas estuvo manando de la herida, que recibiò en el pie, sobre lo qual es digno de ponderacion, que esta sangre no la comunicò Francisco con igualdad à los que llegaron à recogerla; pues à unos les tiñò mucho sus lienzos, á otros menos, y à otros nada, aunque estuvieron tiempo bastante esperando á que les hiciesse aquel favor; pero se quedaron con su deseo, experimentando, no sin dolor suyo, que para ellos no corria aquella milagrosa fuente: El mysterio, que en esto se encerraba, aunque le podemos discurrir, no nos le ha revelado el Difunto.

Circunstancia digna de notarse, en el modo de correr la sangre.

Fuera de lo referido, aun mayores, y mas ilustres maravillas fueron las que honraron este Entierro, y yo no debo callarlas, pues el mismo Padre Francisco, aunque en confuso, diò noticia de ellas, luego que muriò, á un Alma muy espiritual, que vivia fuera de Napoles. Apareciòsele bolando por el ayre, y rodeado de soberanas luces, y con voz llena de magestad, la suspendiò, diciendola: *Milagros, milagros*, è imediatamente desapareciò, reconociendose despues, que sin duda la quiso dar noticia de los prodigios con que se sirviò Dios de honrar, y celebrar su muerte, y dar à entender, que como muerte de Santo, havia sido à sus ojos tan preciosa, que se la pagaba à la tierra con los milagros, que en recompensa suya se hacian.

Aparecese luego que muere.

Passando con esto à especificar algunos de estos milagros, pongo en primer lugar, la gracia hecha en este

Sana de repente à una Niña tullida.

dia á una muger, llamada Gracia Negra, casada con Domingo de Philipo: Esta fuè una de las muchas, que concurrieron à vèr en el Ferretro al Padre Francisco; pero no fuè solo à vèrle, sino à desfrutar sus favores. Llevò consigo à una hija suya, llamada Teresa, que tenia seis años de edad; pero tan enferma (por un pertinàz humor, que la havia corrido à las piernas, y à las rodillas) que havia ocho meses, que la pobre Criatura no podia tenerse en pie, y mucho menos dár un passo; y si acaso se movia de una parte à otra, era arrastrandose por la tierra. En este estado se hallaba, y su madre desconsoladissima, por vér, que de nada servian las medicinas, y fomentos, que se la aplicaban. Pero llegò el dia en que se divulgò la muerte del Padre Francisco, y su corazon sin duda la dixo, que aquel era el dia de lograr la salud, que à su hija la deseaba. Creyòlo, y con esso tomandola consigo en brazos (que de otro modo no podia ser) partiò con ella à nuestro Templo. Su deseo era, que su Enferma tocasse inmediatamente al Venerable Cadaver; pero esto le fuè imposible, porque le fuè imposible hacerse lugar entre la mucha gente, que havia concurrido. Viendose, pues, con esta dificultad, se le ofreciò llevar à su hija al Confessonario, que havia sido del Siervo de Dios, y sentarla en èl, con viva feé, de que esto bastaria, para que quedasse buena, y sana. Como lo juzgò, assi le sucediò, pues inmediatamente que la Enferma tomò possession de aquella Silla, pudo mover las piernas, que hasta alli la havia tenido aprisionadas la enfermedad; è inmediatamente clamò, diciendo: *que havia recobrado la salud.* Su madre, apenas la creia; pero viendo las veras con que la muchacha se lo afirmaba, hizo la prueba de apartarla del Confessonario, y ponerla en pie; y reconociò, que no solo podia mantenerse, sino que libre, y suelta, pudo correr todo el espacio de Templo, que le permitia la multitud, la qual admirada de tan repentino milagro, le aplaudiò con confusa griteria, deshaciendose en alabanzas à Dios, y à su fiel Siervo el Padre Francisco; siendo particular testigo de este gran caso, el Reverendissimo P. Fr. Bernardino Coluchi, Religioso

Mi-

Minimo, gran Theologo, y Predicador insigne.

Sana à un Niño tullido.

Aquel mismo dia logrò favor semejante al passado, y por el mismo medio, otro Niño de seis años, llamado Antonio, hijo de Nicolàs de Armiño, y de Ana Miñone. Esta Criatura, de un fuerte rehumatismo, que havia padecido siendo de tres años, quedò con las piernas torcidas, descompuestas, y tan debiles, que de nada le servian; pero haviendole aplicado, y sentado en el Confessonario dicho, à breve rato saltó de èl sano, y bueno, publicando, con cada passo que daba, que por lo milagroso, nadie dudasse ser aquel el Confessonario de el Padre Francisco.

Sana tambien un hombre tullido, y casi ciego

De estas dos tullidas Criaturas, passemos á un tullido de cinquenta años de edad. Este se llamaba Angel Felice; y en el mismo dia logrò tambien el poderse sentar en el Confessonario dicho, invocando en alta voz el nombre, y auxilio de el Padre Francisco, y pidiendo le favoreciesse desde el Cielo, donde ya le suponia. Hecha esta deprecacion, pudo ponerse de rodillas, y fixando la cabeza en la silla, en que havia estado sentado (persuadido à què con aquel contacto quedaria sano perfectamente) halló en esto tanto consuelo, que no creo se huviera apartado de allì, si no le huvieran obligado las nuevas oleadas de gente, que sobrevenia à interessarse en los Beneficios, que se despachaban en aquella tienda de milagros, y maravillas. Levantòse, y se hallò tan mejorado en su accidente, que pudo bolver, y bolviò sin muletas à su casa; pero no fuè solo esta la gracia, que aquel dia se le hizo: Era tambien tullido de los ojos, (quiero decir, que era casi ciego) mas con aquel contacto, que tuvo á la silla mencionada, se le aclaró la vista de modo, que dandole el Prefecto de la Iglesia un Breviario, para que leyesse, leyendo en èl, sin dificultad; hizo vèr à todos la perfeccion con que veia.

Sana à un Muchacho de 8. años.

Tan liberal estuvo en comunicar gracias este dia el Venerable Difunto, que hizo otra bien singular à un pobre Muchacho de ocho años, cuya madre, no pudiendo llegar, ni aun à el Confessonario, por el apiñado Pueblo que le rodeaba, se contentò con hacer oracion al Padre Francisco desde un rincon retirado de

la Iglesia; y el Venerable la oyò tan por entero, que siendo assi, que el Muchacho, llamado Añelo Scipion, havia ocho meses que no se podia mover, à causa de una poderosa fluxion, que le cogia todo el cuerpo; desde aquel dia en que su madre hizo oracion por èl, no solo pudo moverse, sino salir de el Templo, dando saltos de placer, y correr hasta llegar à su casa. Assi lo depone su madre Ana Mañese, natural de Cremona.

Sana à un hombre de una hernia de 23. años.

Tambien logrò en este dia la salud, y de mas penosa, por mas envegecida enfermedad, Raymundo Quintana. Trece años havia, que le mortificaba à este infeliz una crecidissima hernia; pero haviendo sido uno de los infinitos, que concurrieron à la ruidosa aclamacion de el difunto Padre Francisco, y oyendo las voces, que de quando en quando se repetian de *Milagro*, *milagro*, por las gracias, que se iban haciendo: Raymundo alentò su fè, y haciendo oracion al Siervo de Dios, aunque desde lexos, porque las cercanias, ni al Cadaver, ni al Confessonario eran possibles; experimentò, que no eran necessarias, para que le oyessen, y le curassen, pues immediatamente se hallò libre de su embarazosa enfermedad.

Sana un Niño de quatro meses de una pena la hernia.

Mas admiracion debe causar, que en este dia Francisco arrojaba (digamoslo assi) sus favores, y piedades, aun fuera del Templo, à los que no podian entrar en èl, por el innumerable Pueblo, que le ocupaba. Testigo fue de esto Alexandra Curta, la qual estaba criando un Niño, que tenia quatro meses, y se llamaba Juan Esposito, hijo de Domingo Esposito. Esta buena muger acudiò à nuestra Casa Professa, no solo à vèr el Difunto, que todos llamaban Santo, sino tambien á pedirle para su criatura (que padecia desde que naciò, una hernia carnosa) uno de dos favores, ò que le librasse de aquella enfermedad, ò que se le llevasse Dios. Esto pidiò la candida muger, pero desde la calle, y puerta de la Iglesia: porque entrar en ella, no se lo permitiò el inmenso gentìo, que en los casos antecedentes hemos pintado. No quiso meterse en estrechuras, temiendo no le ahogassen la criatura, que llevaba en los brazos; y assi hecha la Oracion, como hemos dicho, desde la puerta

tra-

tratò de bolverse á su casa, donde deseosa de vèr, si havia logrado algun efecto su visita; delante de su madre desembolviò à la criatura; à lo que se siguiò, dàr las dos, sin libertad, un grito lleno de admiracion; porque ni señal descubrieron en el Niño de la enfermedad, que padecia, y con que havia salido de su casa. Tan perfecto fue, y tan cumplido este milagro, que aun unas llaguelas, que al delicado Niño le havian hecho las ligaduras, que le ponian para corregir la hernia; no solo se hallaron sanas, sino cicatrizadas tambien. Lo agradecidas, que quedaron ama, y madre á este favor, lo manifestaron, en venir al dia siguiente à nuestra Casa, y andar todo el Templo, no solo de rodillas, sino arrastrando, y barriendo el Pavimento con sus lenguas.

Sana à una Muger baldada.

Don Francisco Estevan, Sacerdote Napolitano, tenia consigo una hermana, llamada Gracia Estevan, la qual le ocasionaba mucha lastima, y mucha pesadumbre; porque de una apoplegia, que dicha señora havia padecido, havia quedado tan maltratada, que apenas se podia mover. Este Sacerdote, no solo acudiò à la veneracion universal, que Napoles hizo à nuestro Jesuita en los numerosos concursos, que vinieron à verle antes de entregarle à la tierra, sino que tuvo la fortuna de poder recoger en un lienzo algunas de las gotas de la sangre, que Francisco comunicaba de su planta. Con aquel theforo, se bolviò contentisimo à su casa: Entrò en ella, y lleno de fee, y confianza, le dixo à su Enferma; *Ea, hermana mia, aqui viene à curarte Sangre del Padre Francisco de Geronymo; por què no esperarèmos que su Sangre à ti te favorezca, quando aun su Confessonario queda executando prodigios? Y assi, hermana, aplicate con fee esse lienzo à esse lado, que tienes impedido.* Obedeciò la Enferma, y su fee la pagò el PadreFrancisco tan cumplidamente, que aquella noche, entre los descansos del sueño, la regalò los movimientos que la faltaban. Tan libre, y despejada dispertò, que no esperando à que amaneciesse, fue á dàr noticia à su hermano de la salud repentina, que havia recibido; y los dos dieron, como debian, á Dios, y à su Siervo repetidas gracias. Mas para que no se olvidas-

se, ni pusiesse en duda, que aquel prodigio le debian à nuestro Venerable: sucede, que à pocos dias experimentò la Enferma, que el estupor, y falta de movimiento, que antes havia tenido en un lado, se le havia passado al otro. Desconsolòse con esta novedad, como se puede creer; mas su hermano la bolviò à alentar, diciendola: *Hermana mia, tèn fee, que quien te quitò de un lado el accidente, por el mismo medio te lo puede quitar del otro; y assi, aplicate esse lienzo, juntamente con esse canelon, que he podido conseguir de las disciplinas con que se mortificaba aquel Santo; y verás como el primero le acompaña con otro segundo prodigio.* Assi dixo el Sacerdote, y assi lo experimentò la Enferma; pues passando otra noche de por medio, como en la primera ocasion, se hallò restituìda à una tan perfecta, è igual salud, que immediatamente pudo empezar, y proseguir las haciendas mas laboriosas de su casa.

Buelve el accidente

Repitese el favor.

Quiero cerrar este capitulo con la relacion de un caso, que en este mismo tiempo passò à todos los sugetos de nuestra Casa Professa, y à muchos Seculares, que fueron testigos de èl. Al tercero dia de la muerte de nuestro Venerable, quando yà se enriquecia con aquel teforo, que ocultaba, el Campo de su sepultura, llegò à nuestro Templo Añelo Simione, un hombre, que se podia llamar el Varon de Dolores, por los muchos, que le ocasionaban las duplicadas enfermedades que padecia. Tenia las piernas tan torcidas, y tan debiles, que le era preciso para moverse, traer ajustadas dos muletas desde debaxo de los brazos. Sentia tanta fatiga en el pecho, que le oprimia las respiraciones, à lo que se juntaba tener tan hinchado el vientre, como pudiera un hydropico. Con esta carga de males se vino el buen hombre, como he dicho, al Padre Francisco, porque las voces que avia oìdo de sus muchos milagros, y prodigios, le entraron en tanta confianza, que creyò, que aunque sus males eran tantos, no le faltarian al Difunto milagros, y maravillas, para curarle de todos. Vino, pero como el Padre estaba sepultado yà, aunque se desconsolò un poco; se entrò en la Capilla de la Santissima Trini-

Sana otro hombre de duplicadas enfermedades.

ni-

nidad, donde el Cuerpo havia estado depositado, y como si le tuviera presente, se empezò à encomendar à él con oracion fervorosa, y acompañada de tiernas lagrimas; pero presto se las serenò nuestro amable Jesuita, pues antes de salir de la Capilla reconociò, que se le havia comunicado (para decirlo en una palabra) una total salud; porque se le enderezaron, y fortificaron las piernas: se le dilatò el pecho, antes afligido: se le desvaneciò la hinchazon de el vientre; y enfin, se hallò tan otro, que cogiendo sus muletas, no ya debaxo de los brazos, sino debaxo del brazo, alborotò la Iglesia con las voces de su alegria, y se restituyò à su casa, donde los vecinos acudieron à darle sus enhorabuenas; à que èl correspondia, pidiendoles, le ayudassen à dar gracias à su Santo bien-hechor, por tantos favores, como de una vez le havia comunicado.

***

CAPITULO V.

REPENTINA, Y ADMIrable curacion, que en una Noble Niña executò, estando en el Feretro, el Venerable Padre Francisco.

AUNQUE han sido tan admirables, y tan maravillosos los casos dichos en el Capitulo antecedente, el que voy à referir ahora, es tan superior à todos por sus circunstancias, que se le hiciera injuria, si de èl no se hiciera Capitulo separado; y passò assi.

Doña Teresa de Ulloa, hija de los Ilustres Señores Duques de Lauria, D. Adrian de Ulloa, Consejero de el Corateral de Napoles, y Doña Elena de Guevara, padeciò desde muy niña tan complicados accidentes, que fueron el martyrio de los Medicos, que no se los pudieron curar; y mayor martyrio de sus amantes Padres, que se los vieron padecer. Empezaron estos por unas malicioſas viruelas, las que terminaron en unos symptomas, tan extraordinarios, que, como he dicho, por no encontrarseles medicina, que los venciesse, fueron el tor-

Accidentes, que la Niña padecia.

mento, y la confusion de los Physicos, que la visitaban. Todos los dias, à horas determinadas, le sobrevenia un amargo copioso llanto, sin que se le diesse para él motivo alguno; y no bastando las lagrimas, que derramaba, para dar alivio à su apasionado corazon: despues de tanto llorar, se apoderaba de ella el humor melancolico, con tanta violencia, que muchas veces parecia frenetica: tal era la fuerza del humor! A esto se añadia darle con frequencia mal de corazon, que la obligaba à estraños movimientos: arrojar mucha espuma à la boca: apretarsele con tenacidad los dientes, y contraersele los nervios, hasta torcerle todo el cuerpo. Despues passò à estar muda, pues en todo el dia no se le oia articular una palabra, sino es tal qual, que solia proferir al tiempo de comer. Con tanta junta, y complicacion de males, y en tan corta edad, vino à quedar tan flaca, descaecida, y sin fuerzas, que no podia moverse, ni dar un passo. Bolvamos aora à los Medicos, yà que hemos visto el estado lastimoso de la Enferma. Los Medicos, pues, perdieron las esperanzas de su salud, y assi la deshauciaron; porque la Niña aborreciò de modo los medicamentos, que la recetaban, que en muchos meses no fué posible vencerla à que recibiesse alguno; y los que con total repugnancia suya se le aplicaron, se experimentaban del todo inutiles.

Deshauciala los Medicos.

Durante el tiempo de accidentes tan penosos, y viviendo el Padre Francisco, la Duquesa acudia à pedirle encomendasse à Dios à su hija, hasta conseguirla alivio, yà que no la salud, en tan extraordinarias dolencias; y añadia, que para perfecto consuelo suyo, y conveniencia de su Casa, le alcanzasse tambien de Dios un hijo. Oyòla el Padre; pero siempre la respondiò: *Señora, conseguirà los dos favores, que desea: Sanarà su hija, y V. Exc. darà à luz un varon, pero no aora.* Con estas esperanzas se alentaba à llevar su presente mortificacion la Señora Duquesa, la que la durò muchos años; porque otros tantos tardò en mejorarse la Enferma.

Pidese al P. Francisco el remedio, y tambien hijo varon.

Respuesta del Venerable.

Muriò el Siervo de Dios el Lunes 16. de Mayo, como yà hemos dicho: llegò la noticia desta muerte à Casa del Señor Duque de Lauria;

Visita la Duquesa con su hija al Difunto.

y la señora Duquesa esperó al dia siguiente Martes, para ir à visitar al Difunto, temiendo el confuso tropèl de el immenso Pueblo, que concurriò à venerarle. Vino, pues, por la tarde del dicho dia, trayendo consigo, en brazos de una Dama, à su enferma hija, que de otro modo no podia venir: pretendió, y logrò entrar en la Capilla de la Trinidad, donde estaba expuesto, y resguardado el Venerable Cadaver: Concurrieron tambien alli muchos Señores, y varios Padres de Casa, que fueron testigos de vista de lo que sucediò; y fue, que la señora Duquesa se postrò en tierra delante del atahud, y animò à su hija à que pidiesse al Padre Francisco con todo corazon, y con toda confianza la salud, que le tenia prometida. La Enferma assi lo hizo; orò su madre; ayudaron tambien con sus oraciones los presentes; y despues se determinò, que la Niña, en brazos de quien la llevaba, passasse à besar la mano del Santo Difunto; ocasion en que el Padre Prepósito, Antonio de Angelis, que estaba presente, tomando la mano flexible del Siervo de Dios, formò con ella en la frente de la Niña la señal de la Cruz. Immediatamente (aqui toda la admiracion!) la Enferma, que antes como muda, no havia hablado una palabra, alzò la voz clara, despejada, y sonòra, y dixo: *Baxenme, baxenme, ponganme en el suelo.* Obedecieronla, y vieron todos, que como si en la Caxa de el Difunto se huviera dexado todos los antes referidos males, empezò à moverse por sì, siendo los primeros passos que diò à besar la mano de su madre, que puesta de rodillas, aun perseveraba en oracion. Despues corriò toda la Capilla, respondiendo à los que la preguntaban, que como se hallaba, *que buena, buena*; y se confirmaban estas voces con los buenos colores de que se vistiò su semblante: Ofrecieronle algunos dulces para experimentar, si havia perdido tambien las inapetencias que havia tenido en su enfermedad, y ella diò à entender, que sì, pues immediatamente, y con sobrado donayre se los comiò. Su madre, apenas creìa lo mismo que miraba; y assi, al principio la dexò atonita lo que havia visto: por lo qual, para hacer mayor examen de las fuerzas de su hija, la sacò de la Capilla, para que

Sana de repente de todas sus indisposiciones.

que anduvieſſe todo el Templo; y haviendo experimentado, que le anduvo todo, ſin que nadie la ayudaſſe, proſiguiendo en dulces lagrimas, convirtiò ſus admiraciones en hymnos de alabanza de el Siervo de Dios, que tan cabalmente la havia favorecido; de donde ſe ſiguiò, que no ſolo ſus domeſticos, ſino todos los circunſtantes llenos de ternura, reconociendo la benevola ſantidad de aquel Difunto, la publicaron, en accion de gracias, que tambien le dieron, por la execucion de aquel patente prodigio.

Modos con que los Señores agradecieron eſte favor

Hemos hablado de los efectos, que ocaſionò eſta maravilla en el corazon de la madre de nueſtra Enferma, y ahora es preciſo hacer mencion de los que ocaſionò en el pecho de ſu padre. Eſte eſcogiò por medio para manifeſtar ſu gratitud, el publicar en todo Napoles el motivo que tenia para ella; y para eſto, en los dias ſiguientes, tomando ſu mejor Carroza, y à ſu hija à ſu lado, paſſearla por todas las calles de la Ciudad, para que ſu viſta fueſſe Panegyrico, que à todos dixeſſe la virtud milagroſa de ſu tan conocido, y amado Padre Franciſco de Geronymo, y que aun difunto, vivia, para comunicar ſus gracias, y ſus favores. Puedo decir, que con eſtos paſſeos diò a todos los Napolitanos el guſto, que pudieron tener los Corteſanos de Jeruſalèn, al vèr reſucitado à Lazaro; porque à nueſtra Señorita la miraban con viſos de reſucitada, de donde ſe ſeguia (deſpues de darle duplicadas enhorabuenas) paſſar à dàr las debidas gracias à Dios, que en ſu tiempo ſe manifeſtaba tan maravilloſo en aquel Santo.

No paró aqui la expreſſion del agradecimiento de eſte Cavallero para con el Padre Franciſco; quiſo, que de caſo tan ſingular fueſſe perpetua la memoria, y para eſſo fundò una memoria, que el dia de oy le dice, y eſpéro que le dirà. Supo, que ſu Eſpoſa havia ofrecido à Dios (para quando le dieſſe la deſeada ſalud à ſu hija) formar una Eſtatua de plata, del miſmo peſo que tuvieſſe la Enferma al tiempo de recobrar la ſalud; y debaxo de eſte ſupueſto formò ſu meditada, y agradecida idéa el ſeñor Duque: Dixole á la Duqueſa, que haviendo ſido el Padre Franciſco en vida tan amante de los pobres, le parecia, que le ſeria mas agra-

agradable, que la plata que se havia de emplear en la Estatua, se pusiesse por capital, de cuyos reditos, todos los años se pudiesse dàr Dotes para casar dos Huerfanas. Pareciòle bien el pensamiento à la Exc.ma señora Duquesa, y assi, immediatamente se pusieron en el Monte de Santiago, y de la Victoria, en moneda Napolitana, ochocientos y quatro pesos (que eran los que se havian de emplear en la Estatua, porque no pesò mas la Niña.) Puesto este dinero, se escriturò con el Padre Prepòsito de la Casa Professa, que havia de emplear sus reditos en dos Dotes, que se diessen todos los años à dos Huerfanas con las condiciones siguientes: La primera, que assi en los Recibos, como en las entregas que se hiciessen de aquellos maravedises, se pusiesse la clausula formal, de que los imponia la mencionada señora Duquesa de Lauria, en memoria de tal favor recibido por la difunta mano del Padre Francisco de Geronymo. La segunda, que los intereses, ò reditos del capital mencionado, partido en dos iguales porciones, se aplicassen por Dotes à dos Doncellas pobres, honradas, y huerfanas, á lo menos de padre. La tercera, que para que no quedasse totalmente al arbitrio de los Patronos de esta Memoria la assignacion de las Doncellas, que havian de recibir este beneficio; se echassen en la Urna los nombres de siete, y que los Dotes se diessen à las que Dios, por medio de la suerte, quisiesse señalarselos. La quarta, que el dia en que se haga esta eleccion, y consignacion, sea la Vispera de la gran Fiesta, que en nuestra Casa se celebra todos los años al Glorioso San Cyro, de quien fuè sumamente devoto el Padre Francisco; y que à este Sortèo estén presentes, para authorizarle, el Padre Prepòsito, que es, ó fuere de la Casa Professa; y el Padre, que subcediesse à dicho Padre Francisco en el empleo de las Missiones. La quinta, y ultima, que en el Despacho, ò Cedula, que se dè para la percepcion de dichos Dotes, se expresse el nombre del Padre Francisco de Geronymo, y el favor, y beneficio executado con la Excelentissima Casa, en cuyo reconocimiento se havia fundado aquella Obra Pia.

Pìa fundacion q̃ se hizo en memoria de esta gracia.

Condiciones de esta pia Memoria.

Esta fuè la expresion de agra-

agradecimiento, que aquellos Señores hicieron à su Bien-hechor; y no se puede dudar, que el beneficio que recibieron fuè grande; pero tampoco se puede dudar, que con tan piadosa, y bien circunstanciada Fundacion, dieron á su gratitud un nobilisimo desempeño. Ahora falta, que veamos como agradeciò este favor la misma interessada en el; y digo, que le agradeciò aun mejor, que sus Ilustrisimos Padres, pues la salud, que recibiò tan milagrosamente, juzgò con gran discrecion, que no debia exponerla á que se la malograssen los engaños, y vanidades del Mundo; y assi se la consagrò à Dios, entrando Religiosa en el cèlebre Convento de SantaMaria Egypciaca la Mayor, donde oy vive muy contenta de haver conmutado las delicias, y conveniencias de su Casa, por las desnudeces, y santas mortificaciones de la Religion. Llamase Maria Theresa; y en este año de treinta y quatro, contando once de Profession, no ay dia en que no haga memoria de su amado el Padre Francisco: confessando, que no solo le debiò entonces la salud, sino tambien las robustas fuerzas, que logra al presente. Ya haviamos concluido la relacion de este caso, si no huvieramos dicho al principio de ella, que el Padre Francisco ofreciò á la señora Duquesa, no solo la salud de su hija, sino que tendria succession masculina en su casa; y para que no quede en duda el que esta palabra Francisco la cumpliò, resta decir, que despues de el prodigio referido, le alcanzò de Dios à aquella señora, no solo uno, sino tres felicisimos partos, en que diò à luz tres varones hermosisimos. Lo que reconocido por su Madre, al primero le puso el nombre de Francisco de Geronymo, al segundo de Cyro, y al tercero Francisco de Geronymo.

Agradece la interessada el favor, tomando el estado de Religiosa.

Cumplese la Profecìa de la succesion masculina por aquella Casa.

CAPITULO VI.

OTRAS PROFECIAS, y promessas del Padre Francisco, cumplidas despues de su muerte.

NO solo llevò en la memoria el Padre Francisco, quando muriò, la Casa de el Duque de Lauria, para favorecerla, y cumplir la palabra, que le havia dado en vida, sino es que tam-

tambien otros Sugetos fueron testigos de que no los olvidó, aun despues de haver passado de esta vida. Sea quien primero deponga en esta materia Ana de Santis, ò de Amato, (como quieren otros) vecina, y natural de Puzol. Padecia esta infeliz el penoso accidente de vomitar la comida, acompañada con mucha porcion de sangre. Dabase yà por incurable, pues este accidente la havia mortificado por espacio de ocho años, sin poder lograr en todos ellos medicina, con que se le quitasse, ò corrigiesse. Pero en estas circunstancias de tanto desconsuelo, le compuso Dios su remedio de la enfermedad de el Padre Francisco de Geronymo; porque por ocasion de ella, le embiaron los Medicos, y Superiores à tomar los ayres, y los humos de la Solfatara de Puzol. Llegò allà, y luego que la Enferma tuvo la noticia de que aquel Santo (que assi le llamaban) estaba en su tierra, passò à visitarle, y à pedirle sus oraciones, para verse libre de un accidente tan peligroso, tan obstinado, y tan envegecido. Hizo su súplica, y el Siervo de Dios la respondiò: *No dudes, que dentro de poco tiempo recobrarás la salud.* Retirose el Padre de aquellos ayres, que no hicieron el efecto que se deseaba: Bolviòse à Napoles, y à poco tiempo sucediò su muerte: Supose en Puzol; pero no por esso perdiò Ana la confianza; antes bien avivandola mas, dispuso passar à Napoles, para reverenciar al Padre en su Sepulcro, y allì, no sin lagrimas, le reconvino con la palabra, que la havia dado, y le bolviò à suplicar, que se la cumpliesse. Hizo su viage con algun trabajo, pero no le hizo en valde, ni pudo quexarse de que el Santo Jesuita (aun difunto) no fuesse hombre de su palabra; pues desde aquel dia se hallò restituida à una perfecta salud, sin que bolviesse mas, ni à vomitar sangre, ni à provocar la comida.

Vomitos de sangre

Mas penosa fuè otra enfermedad, que padecio Sor Victoria Ludovichi, Religiosa en el Convento de San Geronymo de la Giotalia: Mas peligrosa he dicho, porque si la antecedente tenia que padecer en el cuerpo, estotra era enfermedad de el alma. Viòse acongojada de penetrantes escrupulos, tan molestos, que no la dexaban descansar,

Remedia à una Religiosa, q padecia escrupulos.

ſar, ni de dia, ni de noche. Eſto era en el año de 1709. y en èl, con la ocaſion de la Miſsion, que hizo el Siervo de Dios en la Grotalia, platicò los Exercicios en aquel Convento; y haviendoſelos oído Soror Victoria, fué à echarſe á ſus pies, y à deſcubrirle la turbacion de ſu eſpiritu, con viva fee de encontrar en ſus palabras el remedio de ella; y aſsi le ſucediò, pues deſpues de eſcucharla el Padre con gran paciencia, quanto le quiſo decir, la reſpondiò: *Tened fee firme de que yà ſe os han perdonado vueſtros pecados; y tambien firme eſperanza de que conſeguireis la gloria del Paraìſo.* Apenas acabò de pronunciar clauſulas de tanto conſuelo, quando ſe deſaparecieron de aquel afligido corazon todas las congojas de los eſcrupulos, y ſe cambiaron en una jamàs experimentada calma, y tranquilidad de conciencia, la que le durò por muchos años; pero haviendo muerto el Padre Franciſco, ceſsò aquella bonanza, y ſe bolviò à hallar oprimida de ſu antigua tormenta, y aun aumentada con las triſtiſsimas aprehenſiones, de que tenia perdida ſu ſalvacion. Llegò à ſer tan violenta eſta aprehenſion, que muchas veces la obligaba à dàr voces, y ſin reparo de que las otras Religioſas la oyeſſen, clamaba: *Yo no me puedo ſalvar; es impoſsible que yo no me condene.* Aſsi decia, y aſsi padecia, frenetica, y fuera de sì, quando ſe encontrò acaſo con una Eſtampa de el Padre Franciſco de Geronymo, y excitandoſele con ella la memoria del alivio, que en enfermedad ſemejante la havian dado las palabras de aquel amable Jeſuita, le empezò à hablar aſsi, como ſi le tuviera preſente: *O Padre mio! Què ſe ha hecho aquel ſoſsiego, y aquella tranquilidad, que me diſteis con vueſtras voces? Yà ſe acabò aquella eſperanza, que entonces concebì de ſalvarme; yà no puede ſer: no tengo meritos para entrar en el Paraìſo; yà ſolo veo en mi ſobradas cauſas, y culpas para padecer por toda una eternidad en el Infierno; y en fin, Padre mio, ſi no me bolveis à amparar, yo para ſiempre pereciì, y ſolo puedo tener algun conſuelo en que venga preſto la muerte à ſacarme de eſta vida.* En eſte caſo fué coſa maravilloſa, que al concluir eſtas quexas, ſe deſapareciò toda aquella triſtiſsima obſcuridad,

Aſſegurò la, que ſe le havian perdonado ſus culpas, y que ſe ſalvaria.

Lograſe con eſtas voces el alivio.

Pero buelve la afliccion deſpues de muerto el Venerable.

Hallabaſe una Eſtampa de el Padre Franciſco

Habla cõ ella.

dad, que las ocasionaba: se descubriò el Sol de la paz interior sobre aquella Alma tan perfectamente, que bolviendo sobre sì, y examinando una, y otra vez, qual havia sido la causa, ò la materia de sus escrupulos, y de sus desconfianzas, no encontrò en su conciencia materia, ni causa, en que pudiessen fundarse, ni sus desconfianzas, ni sus escrupulos; y assi bolviò à vivir, con un inalterable sossiego, y siempre agradecida à aquel tan insigne Bien-hechor suyo, que la havia assistido con su favor, no solo en vida, sino despues de su muerte. En el año de 1719. enfermò esta Religiosa, y estando yà desahuciada de los Medicos, revelò à Soror Teresa Brauna, y à Soror Teresa Piñateli, todo lo que queda referido; y llena de viva, y sossegada esperanza de lograr la Gloria del Paraìso, como la havia dicho nuestro Jesuita, entregò con gran quietud su Alma en las manos de su Criador.

Y por este medio logra total consuelo hasta el fin de su vida.

Solo aquellos Sugetos à quienes Dios permite la cruz, y la tribulacion de escrupulos, y de miedos de condenarse, podrán estimar justamente la grandeza del favor, ò favores, que à la mencionada Religiosa hizo el Padre Francisco: pone aquella cruz al Alma en un estado, que no sabe diferenciarle del que se padece en el Abysmo: Es un desconsuelo, que no tiene comparacion con los mayores, que se pueden encontrar en esta vida, porque nace del funesto pensamiento de tener perdido á su Summo Bien, y la Bienaventuranza de la otra. De todo lo qual se infiere, que librar al corazon humano de semejantes congojas, es como sacarle de entre dolores de Infierno: Pues sepan aquellas Almas; à cuyas manos llegare esta Vida, que si Dios las embiare semejantes tribulaciones, el Venerable Francisco de Geronymo sabe alcanzar de Dios, que se huyan, y que se desaparezcan: Tomenle por su Abogado, y experimentarán estos, y aun mayores favores de su milagrosa intercesion.

Util reflexion sobre el caso antecedente.

Supuesto lo dicho, prosigo con el assumpto de manifestar, que aun despues de sus dias cumple nuestro Venerable Difunto lo que en vida prometiò; y doy por tercer testigo de esta verdad à el señor Don Carlos Blanch) Marquès de Pizonio. A este Cavallero, por serlo tanto, y

Ofrecimiento hecho, y cúplido à el Marquès de Pizonio.

y porque havia ſido muy amigo, y eſtimador de el Padre Franciſco, no ſe le pudo negar la entrada en ſu Apoſento, quando eſtaba en los ultimos dias de la enfermedad, que ſe le llevó. En una de eſtas viſitas le dixo el Marquès, oyendole hablar con gran ſerenidad de ſu jornada para la otra vida: *Padre Franciſco, pues mire, que pues hemos ſido tan amigos, aun deſpues de ſu muerte, no me ha de olvidar. No olvidarè* (reſpondió el Enfermo) *eſtarè à vueſtro lado en todas las ocaſiones, en que me ayais meneſter.* No havia paſſado mucho tiempo deſpues de la muerte del Padre, quando aquel Cavallero experimentò le cumplia el ofrecimiento hecho. Diòle deſpues de comer un dia un vehemente dolor en un lado, tan agudo, que le ocaſionò un ſudor frio, que le ocupò todo el cuerpo, y (lo que es mas, en mi juicio) le obligò à dar elevados gritos, ſiendo aſsi, que el Marquès era un hombre muy ſufrido. A ſus voces acudieron todos ſus Domeſticos, trayendole cada uno ſu remedio, como en tales caſos ſuele ſuceder; mas Don Carlos, no admitiendo ninguno de ellos, y acordandoſe de la palabra, que le havia dado ſu buen Amigo, tomò una firma ſuya, que tenia colocada en ſu Dosèl, y ſe la aplicò à el lado dolorido: y no fuè meneſter mas, para que immediatamente el dolor ſe acabaſſe, y empezaſſe un ſueño tan dulce, y tan ſuave, que al tiempo de deſpertar de èl, afirmò, no haver tenido otro tan ſuave, y tan guſtoſo en toda ſu vida. Quedò con eſto contento, alentado, y agradecido; mas para que tomaſſe otra experiencia de que el Padre Franciſco deſde la otra vida no le olvidaba, al dia ſiguiente, y à la miſma hora ſe bolviò à hallar acometido del miſmo dolor; pero no le diò cuidado, porque yà ſabia ſu eficàz remedio: tomò la mencionada firma, y aplicandoſela, dixo con toda confianza: *Amado Padre Franciſco, yo quiero que eſte dolor ſe me quite para ſiempre, y que me deis otro ſueño, como el de ayer.* Admirable llaneza, y propia de quien hablaba con un intimo Amigo ſuyo! Pero mas admirable fuè, que à ella correſpondiò Franciſco, executando tan del todo lo que ſe le pedia, que apenas

aquel

aquel Cavallero finalizò su breve suplica, quando se quedò dormido, y se acabò para siempre su dolor.

CAPITULO VII.

POR MEDIO DE SUS Reliquias remedia Francisco, despues de su muerte, muchas, y varias necessidades.

PUDO temer alguno, que las manos de el Padre Francisco, llegando à la tierra, havian de cerrarse, para no comunicar beneficios, y favores, como los havia comunicado en vida; pero en tener este miedo, se engañarà gravemente, como se vè por los que hemos referido hasta aqui, haver executado despues de su muerte, y por los muchissimos, que faltan por decir aùn: tantos son, que si no fueran tan harmoniosos, temiera, y con razon, cansar, y fastidiar con su relacion à mis Lectores; pero pudiendo conseguirse, de contar todas las maravillas, que prosigue executando este benignissimo Espiritu: que los necessitados sepan donde pueden acudir, para conseguir (y estaba por decir seguramente) alivios en sus contratiempos, fatigas, y enfermedades, tengo hecho proposita de escrivirlos todos, aunque procurarè, que sea con brevedad, y repartiendolos en varios Capitulos.

Sea el assumpto de este, los que este Venerable ha executado por medio de sus Reliquias; y pongo en primer lugar à la Señora Doña Diana Vitoreli, Napolitana, y hermana del Padre Ignacio Vitoreli, de la Compañia de Jesvs. A esta Señora la sucediò, que, ò fuesse por destilacion, que la baxaba de la cabeza, ò fuesse por otra qualidad maligna, le fluyò à lo interior del parpado inferior del ojo derecho un humor tan viscoso, y denso, que se convirtió en un tumor, no muy crecido, pero sì muy duro: el qual, fuera de ocasionarle mucho dolor, la inflamaba la pupila, y la ofuscaba la vista: tanto, que aun no podia vèr la luz de una vela, sino como una cosa confusa. Sufrió este penoso accidente casi por un año, sin encontrar el menor alivio en los anodinos que se aplicaban: por lo qual juzgaron el Medico, y Cirujano, que era preciso valerse de el hierro, para manifestarle el tumor,

Tumor en un parpado.

y para que la materia, alli concretada, ſe rindieſſe à la medicina. A eſta operacion, ſiempre digna de temerſe, tenia aquella Señora una ſumma repugnancia; y aſsi, paſsò à comunicarle ſu aflicion à ſu Padre Eſpiritual, que era el Padre Simon Bañati, el que de orden de los Superiores, eſcrivió en Italiano la Vida de nueſtro Santo Miſsionero: con eſſo, enamorado, y devoto de aquel Hombre, de quien eſcriviò tales Prodigios, le aconſejò à Doña Diana, que ſe encomendaſſe à èl, y le diò, para que ſe la aplicaſſe, una Reliquia de ſu veſtido. Tomòla en la mano la Enferma, aplicòſela ligeramente, aunque con mucha fé, à la parte ofendida, é inmediatamente ſintiò, que ſe movia, y empezaba à caer al carrillo, en pequeñas particulas, el obſtinado tumor, y con eſto ſolo ceſsò del todo ſu mal, quedando la viſta deſpejada, y la pupila mas clara, y limpia, que antes: lo que viſto, y aun admirado por el docto Medico Joſeph Sybila, depuſo, que curacion ſemejante no ſe podia atribuir à ſolas las fuerzas de la naturaleza.

Caſi la miſma enfermedad moleſtò en el Convento de Santa Maria Egypciaca la Mayor, á una Hermana Lega, llamada Theodora Fortunata. Un año havia, que tenia perdidos los ojos, con una tan violenta inflamacion, que tampoco la dexaba vèr la luz; pero haviendo conſeguido un pedazo de lienzo de los teñidos en ſangre de el Padre Franciſco, y poniendole ſobre ſus ojos, luego al punto ſe deſapareciò la inflamacion, y pudo lograr el comun beneficio de la luz, de que antes carecia, con el deſconſuelo, que ſe puede conſiderar; pues le ocaſiona grande en qualquiera Religioſa el vèrſe, por ciega, inutil para ſervir à ſu Comunidad. Fluxion à los ojos.

Por el miſmo tiempo le diò à Chriſtina Eſtante, un fluxo de ſangre, que haviendola durado tres dias, puſo en conſternacion à los Medicos; de ſuerte, que deſconfiaron de ſu vida; pero ceſsò el peligro, y ceſsò el fluxo, ſolo con tomar en un poco de agua, con los polvos de San Cyro, unos pequeños hilos de la camiſa del Santo Difunto Franciſco de Geronymo. Fluxo de ſangre.

En Coſencia, ſiendo de veinte meſes Genaro Boba, hijo de Pablo Boba, de Exercicio Calentura con vomitos, y curſos.

cicio Albañil, se hallò el dia 21. de Julio acometido de una aguda calentura, acompañada con vomitos, y cursos: visitanle los Medicos, y viendo, que la enfermedad venia tan de espada en mano, juzgaron, que se acabaria dentro de dos horas. Los pobres padres del Enfermo sentian entrañablemente su muerte. Llorabàn tan alto, que oyeron sus lagrimas unas señoras vecinas suyas de la Familia *Squetina*, las quales havian recibido de Napoles algunas Reliquias de el Padre Francisco, y piadosas, y condolidas se las remitieron à la afligida madre, diciendola se las aplicasse con mucha feè à su moribundo; y fuè cosa maravillosa, que al tiempo de querer aplicarselas, el Chicuelo las agarrò con sus manecillas, y con tanta ansia, como si entendiera, que en ellas iba su remedio; y no le engañó su instinto; pues luego que las dexò de la mano (lo que no fuè sin alguna violencia) se hallò tan bueno, tan robusto, tan sano, y en fin, tan desterrados los antecedentes males, que su madre pudo sacarle, y le sacó al dia siguiente á la calle, para que viessen todos aquel prodigio.

A mayor admiracion obliga el caso siguiente, porque es estrañissimo, y su relacion se ha sacado del testimonio, dado por Marcos Antonio Romano, Cirujano de la Ciudad de Molfeta, donde sucediò en el año en que muriò el Padre Francisco à los 19. de Mayo, y fué, que à Juana del Caputo, muger de Gaetano Mesina: Le dieron (sin saberse el motivo) diez y seis penetrantes heridas, con instrumento de dos cortes, y en las principales partes de el cuerpo, como son, la cabeza, el pecho, las espaldas, y el vientre. Llamase à toda priessa el Cirujano, y este, viendo aquel destrozo, y à aquella pobre muger toda bañada en sangre, que por tantas bocas salia, con tanta abundancia, que haviendo calado la cama, havia llegado à regar el suelo; no supo que hacerse, ni por donde empezar la curacion. En fin, hizo lo que pudo; pero haviendo observado, sobre todo, que la havia entrado calentura, diò el caso por desesperado, y assi plenamente la desahuciò. Llegò à saber esta desgracia el Hermano Masulo, de la Compañia, y movido de caridad, le remitiò à la En-

Recibe una muger diez y seis heridas.

ferma un Lienzo, de que havia usado el Padre Francisco, y que èl santamente se le havia hurtado, para tenerle por Reliquia. Embiòsele, y recibiendole ella con grande fee, embuelto en un tafetàn, no se le fuè aplicando por las heridas, contentòse solo con atarsele à un brazo; pero esto solo bastó para que, assi à ella, como à una Criatura de quatro meses, que tenia à sus pechos, quando le sucedió su desgracia, y à quien le alcanzò parte de ella, las encontrasse el Cirujano, quando bolviò à visitarlas, tan otras, que solo supo admirarse; pero aun no supo explicar su admiracion: Havianle faltado à la madre la calentura, y los dolores, quando temia el mencionado Marcos Antonio de hallarla agonizando; y en fin, el Santo Missionero le hizo cumplido el favor, pues à pocos dias, como si tales heridas no huviera recibido, tuvo sobradas fuerzas, para emplearse en las haciendas de su casa, y para proseguir criando à la Criatura, la qual tambien repentinamente sanò.

Y sanò de ellas, con la aplicacion de una Reliquia de el Venerable

Doña Antonia Persico, hermana de Don Isidoro Antonio Persico, Canonigo de la Metropolitana Iglesia de Napoles, padeciò por espacio de doce años, un vehemente dolor en una pierna, que parò en abrirle en ella una llaga, la que la puso en el ultimo riesgo; porque aconsejada de su modestia, y natural empacho, no quiso descubrirla a los Cirujanos, de donde se siguiò, que difundiendose el humor à las partes intimas, è inmediatas, havia abierto en ellas muchos senos, que eran otras tantas postemas: las quales para que tuviessen algun remedio, era preciso se sujetasse à las violencias del hierro; mas como ni aun descubrirlas queria, llegò à vèrse en un estado tal, que en su casa solo se pensaba yà en las disposiciones para su entierro. No obstante, su afligido hermano, haviendo adquirido un pedazo de Lienzo teñido en sangre del Padre Francisco, alentò à su Enferma, para que se la aplicasse con confianza; y fuè con tanta fortuna, que desde que se le aplicò, empezò á convalecer; y con tanta felicidad, que a breve tiempo dexò la cama, empezò á passearse por su casa, y aun salir de ella, y llegar sin el menor miedo, y sin el menor

Llaga incurable en una pierna

nor embarazo, á oir Miſſa á un vecino Templo.

Dolor vehemente.

Don Thomàs Zarro, Canonigo de Benevento, hallandoſe en una ocaſion con vehementiſsimos dolores en los vacios. No quiſo, que lo viſitaſſen Medicos: aplicòſe unas Reliquias del Padre Franciſco, que pocos dias antes havia experimentado, que à un Sobrino ſuyo le havian quitado unas ardientes calenturas; y lo que ſucediò, fuè, que luego, que à ſi miſmo ſe las aplicò, inmediatamente le le quitaron tambien ſus dolores; y aſsi lo eſcriviò deſde Benevento à Napoles.

Ardientes calenturas.

Calenturas maliciosas.

Joſeph Fianò, que vivia en el Territorio de San Severino, ſe hallò al principio del Octubre, con unas malicioſas calenturas; y como eſtas en el Otoño, ſegun el axioma de los Medicos, ò ſon muy dilatadas, ò ſon mortales, las que èl padecia, le ocaſionaron grande miedo: por lo qual, havièndo entendido, que un pedazo del Veſtido de nueſtro Santo Jeſuita, que andaba en aquel Territorio, havia comunicado feliciſsimos ſuceſſos, aſsi à Mugeres preñadas, como à otros Enfermos; hizo diligencia para buſcarle; y encontrado, ſe le aplicò à un brazo con toda fee; y el Venerable correſpondiò à ella con tanta piedad, que al punto la calentura ſe templò; y quien la padecia, dentro de quatro dias eſtuvo del todo ſano.

En el miſmo Lugar, pocos años deſpues, y por el miſmo medio, ſe libertò Joſeph Pacileo, de un peligroſo dolor de coſtado. Bebiendo en un poco de agua unas Reliquias del Padre Franciſco, ſe libertaron Donato Campanile, y Benito Rago: aquel, de una malicioſa calentura, acompañada con lethargo; y el ſegundo, de otra, acompañada con un fuerte delirio. Ultimamente, Corſio Petrone, ſolo con poner debaxo de la almohada el Libro, que ſaliò de la Vida del Padre Franciſco, depuſo un grande dolor de eſtomago, que por venir con otros particulares ſymptomas, le puſo en mucho cuidado.

Dolor de coſtado.

Calentura, y lethargo.

Calentura, y delirio.

Dolor de eſtomago

Gracia Piſquera, natural de Napoles, padeciò por eſpacio de tres meſes, un penoſo accidente en los pechos; mas haviendoſe aplicado à ellos un pedazo de Veſtido del Padre Franciſco, dentro de una hora

Dolor de pechos.

estuvo perfectamente sana. De esta misma Reliquia usaron Jayme Pacifico, y Beatriz Bontempòn: aquel, al padecer un dolor de ceatica; y esta, al hallarse acometida de dolores en los hypocondrios, y los dos se encontraron inmediatamente los alivios, que deseaban.

Zeatica.

Dolores hypocondriacos.

En los ultimos vales de la vida se hallaba en Salerno Hypolita de Simoni, muger de Domingo Antonio Rosa; y quien le daba la muerte, era una malicioſisſima calentura, que le entrò en el Agosto del año de diez y siete, y que sin remedio la iba acabando; porque no se havia encontrado para atajarla, eficàz remedio; pero le encontró en una Sobreropa, de que en Invierno usaba el Padre Francisco: Embiòsela un Sugeto de nuestro Colegio: recibiòla Hypolita con fervorosa feè, y con ella la usò muchas veces, encomendandose al mismo tiempo al Venerable; y el efecto fuè, que quando todos temian, y la Enferma tambien, que aquella noche seria la ultima, que viviesse, à la mañana siguiente vinieron los Medicos, y declararon, que estaba fuera de peligro; y con tanta verdad lo dixeron, que en brevisſimo tiempo pudo ir à pagar à sus Amigas las visitas, que la havian hecho en el tiempo de su enfermedad.

Maliciosa calentura

Con el contacto de la mencionada Ropa, se hallò tambien sano Genaro Landi, aunque llegò à oìr la sentencia de su muerte de la boca de varios Medicos, que le desahuciaron. Lo mismo sucediò à Don Joseph Chiareli, Sacerdote en Andria, de donde era natural: solo con la diferencia, de que à este le sirviò de defensa contra la muerte, que le amenazaba, no yà la mencionada Ropa, sino solo un pedacillo del sombrero de que havia usado el Venerable.

Desahuciado.

Otro.

Leon Petronio, hijo del Jurisconsulto Antonio Petronio, tuvo en la pierna derecha un tumor, de tan mala calidad, que Medicos, y Cirujanos le dieron el nombre de Cirro: era tan duro, tan obstinado, y tan rebelde, que no solo se defendia de los medicamentos que le aplicaban, sino que los vencia; mas no pudo resistirse à una Reliquia, que se le aplicò de nuestro Jesuita Venerable; pues lo mismo fuè aplicarsela, que in-

Tumor cirroso.

me-

mediatamente desvanecerse el tumor, disponiendo Dios, que estuviesse à la vista de este prodigio el Medico Don Domingo Rico: el qual, por inteligente en la materia, pudo reconocer mejor la grandeza de aquella maravilla.

En el año de diez y siete, escriviò desde Cremona el Padre Francisco Brumano, de la Compañia de Jesvs, tambien casos estupendos, debidos à las Reliquias de nuestro Santo Misionero. Y pone, en primer lugar, à una Muger Noble, que por terminacion de una enfermedad, que havia padecido, quedò lastimosamente frenetica. Pero añade, que luego que se le aplicò una pequeña Reliquia del Vestido del Padre Francisco, se restituyò á su perfecta razon, y juicio, con admiracion de todos.

Frenesi.

Tambien dice el mismo Brumani, que teniendo una hermana, tocada del mismo accidente, que la del antecedente caso, con el mismo contacto de aquella Reliquia, aunque no tan de repente, sino poco à poco, se vió restituida à su perfecta salud. Y ultimamente, añade, que tambien èl fuè participe de los favores de el Padre Francisco; pues haviendole dado una disipula en la pierna derecha, que se havia resistido à todos los remedios, se rindiò, y le dexò libre, solo à la aplicacion, y contacto de la mencionada Reliquia.

Otro.

Disipula.

Domingo Calvo, y su muger Clara Rosa Escardina, tuvieron una hija, que siendo ya de seis años, manifestò ser del todo muda, pues hasta aquel tiempo no havia articulado una palabra. Con el dolor, que les ocasionaba esta enfermedad, acudieron à varios Santos de su devocion, pidiendoles los favoreciessen, librando aquella Niña de el referido accidente. Pero teniendo Dios guardado este triunfo para Francisco de Geronymo: no quiso, que à aquellas oraciones, y sùplicas respondiesse alguno de los invocados Santos. Viendo esto una Tia de la Muchacha, hermana de su Madre, que havia conseguido un pedazo de ropa usada del Padre Francisco, le remitió à su hermana dos hilos de ella, diciendola, que con mucha feè se los hiciesse tragar en un poco de agua à la Niña muda; y assi se executò: diòsela en dos veces la Reliquia, y à la se-

Una Niña muda.

grada, en que la bebiò, se le soltò de repente la lengua, siendo las primeras voces, que pronunciò los nombres de su Padre, y de su Madre, quienes agradecidos al recibido favor, la dictaron, para que prosiguiesse hablando, gracias, y alabanzas del Padre Francisco.

Grave enfermedad de un Niño.

Don Antonio Lavagio Roso, Sacerdote, atestigua, que habiendo ido (de comission, que para ello tuvo) à casa de la Señora Doña Magdalena Mocha, muger del Cavallero Don Carlos Capecholatro, à recibir la informacion de un favor, que havia comunicado el Padre Francisco à un hijo pequeño de dicha Señora: atestigua, que esta le dixo estas formales palabras: *A un hijo mio de tres meses le dieron unos acervos dolores, los quales, ni de dia, ni de noche le dexaban sossegar, y mucho menos tomar el pecho. Creciò tanto la indisposicion de este accidente, que con la inquietud que le ocasionaba, se quitaba las faxas, haciendo para esso tal fuerza, que con ella se quebrò, y contraxo una hernia: con lo qual todos los de casa, le dimos por muerto. Hicieronse todas las diligencias, y aplicaronse todas las medicinas, que dictaron los Medicos; pero haviendo salido todas vanas, tomando un pedazo del Vestido de el Padre Francisco de Geronymo, le toquè con èl, y de repente el Niño se aquietò, y sossegò, haviendole cessado del todo los dolores: lo que se conoció, en que tomò con ansia el pecho; y enfin, prosigue bueno, y sano: todo por los grandes meritos de el citado Siervo de Dios. Y lo referido lo asseguro debaxo de juramento.*

Tumor en la garganta.

Haviendo concluido, segun nuestros estilos, su tercera Probacion en el Colegio de Masalubrense, el Padre Ignacio Maria Paraiso, bolvió à la Ciudad de Napoles; pero trayendo en el cuello un tumor, ò bulto del tamaño de una avellana; y de tal dureza, que no haviendo aprovechado para vencerle varias unturas, y otras medicinas, que se le aplicaron, querian los Cirujanos passar à abrirle à hierro, y fuego: mas de todo esto se librò, solo con ponerse sobre el tumor unas Reliquias del Padre Francisco; pues haviendo llegado, como he dicho, à Napoles, le alentò uno de los nuestros, à que se valiesse de la intercession de este Grande

Her-

Hermano ſuyo, que por medio de ſus Reliquias hacia tantos favores, y beneficios à los de fuera de caſa. Creyòle el Padre Ignacio, esforzò ſu fee; aplicòſe una Reliquia del Venerable, y dentro de breve tiempo aumentò el numero de ſus muchos favorecidos, pues immediatamente à aquel contacto ſe mitigò el dolor, que el tumor le daba, y dentro de breves dias el tumor tambien ſe deſvaneciò del todo. Aſsi lo afirmò en relacion, que eſcriviò de ſu mano, à 9. de Abril del año de 18.

Para poder ſacar con mas propiedad, y viveza el retrato de eſte Venerable, pidiò parte del cabello ſuyo, Nicolás Moreno, Pintor de profeſsion. Conſiguiò lo que pretendia, pero aquel pelo, mas que para imitarle con ſu pincèl, le ſirviò para executar con èl favores muy utiles, aſsi para ſu caſa, como para otras. En ſu caſa librò con dicha Reliquia à un hermano, y à una cuñada ſuya, de unas calenturas mortales. Fuera de ſu caſa favoreciò à una muger, llamada Roſa Pergameno, y que lo era de Salvador Grueſſo; pues paſſando por la puerta de el mencionado Salvador, y haviendo atendido, y entendido de èl, que ſu muger eſtaba de parto, y que eſte venia tan reveſado, y dificultoſo, que aſsi la madre, como la criatura eſtaban de ſummo peligro; le diò el pelo del Padre Franciſco, que conſigo traìa ſiempre, para que ſe le aplicaſſe; y fuè en tan buen hora, que luego, luego, y con admiracion de todos los circunſtantes, diò à luz la criatura, y quedò fuera de todo peligro.

Calenturas.

Parto peligroſo.

El ſeñor Don Antonio de Aricia, natural de Taranto, y Canonigo Magiſtral de la Cathedral de Monopoli, tuvo en el mes de Agoſto del año de 19. una enfermedad mortal, que ſin remedio (porque no los admitia) le llevaba à la ſepultura: La congoja, que eſto le daba, le excitó la memoria del Padre Franciſco, y aun la eſperanza de conſeguir, enmedio de tanto accidente, ſu ſalud; con eſto paſsó à pedirſela con fervoroſa oracion. Hizoſe poner à la viſta una Imagen del Venerable, y ſe aplicò por todo el cuerpo un pedazo de lienzo de los teñidos en ſu ſangre; à lo que Franciſco ſe diò tan por obligado, que à breves dias le librò de ſu enfermedad, con eſtraña admiracion

Enfermedad mortal.

de

de los Medicos, como èl miſmo dice, en un papel, ò relacion, en que lo depone, firmado de ſu mano.

Tercianas dobles.

El ſeñor D. Nicolàs Antonio Oroncio, Cura, ò Arcipreſte de Malpiñano, empezó à padecer en el mes de Septiembre de el año de veinte, unas tercianas dobles, ò por mejor decir, continuas, porque ſe alcanzaban las unas à las otras: acompañabanſe, para ſer mas moleſtas, con deſenfrenados decubitos al eſtomago, vomitos, y fluxos de ſangre; por todo lo qual, deſpues de tres meſes de tanto padecer, ſeco, arido, y conſumido de fuerzas, parecia, no ſolo que iba à eſpirar, ſino una viva imagen de la muerte. En tan laſtimoſo eſtado ſe hallaba,

Lee el enfermo la Vida del Venerable.

quando tuvo noticia de que havia ſalido á luz la Vida de el P. Franciſco, eſcrita por el Padre Carlos Stradioti. Deſeò verla el Enfermo; huvola de mano de un amigo ſuyo; leyóla como pudo, y como le permitian ſus graves accidentes, y experimentò, que las clauſulas

Tomòle devocion.

por donde paſſaba los ojos, le inſinuaban al corazon una confiada devocion con el Venerable: de aqui naciò el invocarle con ternura, y encomendarſe à èl con fervoroſas lagrimas. Aplicòſe el Libro apretadamente al pecho, y le ſuplicó, que pues havia favorecido tanto á otros, à èl tambien le hicieſſe partícipe de ſus gracias, librandole de tan perniciosas tercianas. No ſe hizo Franciſco ſordo à aquella ſùplica, pues al punto que el Enfermo la concluyò, le embiò un plàcido ſueño, que le durò muchas horas, en las quales deſvaneciò, ſin duda, los malignos humores, que le aquexaban; pues deſpertò de aquel ſueño, tan otro, que ſe hallò enteramente ſano de los tres accidentes que padecia. Quanto fueſſe ſu guſto, ſu jùbilo, ſu conſuelo, á viſta de tan repentino, y abultado favor, le dexo à la conſideracion de quien leyere; y añado, que agradecido à ſu Bienhechor, compuſo un hymno en ſu alabanza, y traxo deſpues ſiempre conſigo ſu Imagen; y ſi acaſo bolvia á experimentar algun acometimiento, ò repeticion de la paſſada calentura, no le daba cuidado, pues con aplicarſe un pedacito de lienzo, teñido en ſu ſangre (que havia podido conſeguir) la calentura ſe bolvia à retirar.

Aplicaſe el Libro al pecho, y hace oracion.

Es oìdo, y ſana de repente.

Su gratitud al favor.

Repeticion del beneficio.

En

Dolores agudos.

En el mismo año de 19. un pobre Zapatero, llamado Bernardino Siciliano, despues de haver padecido un grave dolor en el lado izquierdo, se hallò con la novedad de que el lado derecho se le incomodasse, y con mayor vehemencia, el mismo dolor; no le dexaba sossegar, hasta que se aplicò un poco de pelo de el Padre Francisco de Geronymo, entonces logrò algun sossiego, porque amaynò la fuerza de su accidente: Amaynò dixe, porque à poco tiempo bolviò à tomar el dolor la altura que antes, lo que visto por el infelíz, reconociò, que para lograr el total alivio, le era preciso hacer mas fervorosa oracion: hizola, clamò con veras; instò con energìa, aplicandose las Reliquias al mismo tiempo con mayor fee, y con esso se desvanecieron de el todo los agudos dolores que le havian mortificado.

Grave enfermedad.

Pedro Antonio Padulo, Sacerdote, diò una astilla del Confessonario del Padre Francisco à Joseph Nicolàs de Vita, el qual, en ocasion que yà los suyos le lloraban por muerto, avivando su fee, bebiò un poco de agua, y con ella un pedacito de la Reliquia mencionada, y à esto se siguiò immediatamente la mejorìa, y à breves dias su perfecta salud. Assi lo declarò un tio suyo Sacerdote, llamado Añelo Copola.

Caìda cõ grave peligro.

Dos Sacerdotes caminaban en este mismo año en los dias de Carnestolendas à predicar una Quaresma; (no se dice donde) pero sì se dice, que llegando à un parage muy peligroso de el camino, la Calesa se les bolcò, y tan desgraciadamente, que sus varas cogieron debaxo el brazo del uno, y el cuello del otro; y assi, temieron el morir, como huviera sucedido, si se huvieran movido los Cavallos; pero se evitò todo el peligro, solo con invocar al Padre Francisco de Geronymo, de quien uno de ellos guardaba como Reliquia un pedazo de su vestido: invocaronle, con la viveza que les enseñaba el riesgo en que se veían, y à su invocacion atribuyeron el que los Cavallos se huviessen estado quietos, y el haver podido sacar indemnes debaxo de las varas, el uno su brazo, y sus cervices el otro.

Calènturas ardièntes, y malìciosas.

En la Isla de Capri se hallaba Don Nicolàs Pagano, Arcediano de aquella Cathedral, quando le sobrevi-

no.

no una calentura, tan ardiente, y tan rebelde à los medicamentos, que aunque los Medicos apuraron toda su habilidad, no pudieron vencerla con las armas de sus medicinas: Viendo esto la señora Gracia Etera, madre de Don Nicolás, que havia sido muy devota de el Padre Francisco, y que como tal le hospedaba en su casa, quando aportaba á aquella Isla; se hallò movida à valerse con grande confianza de su poderosa intercesion, para vèr libre à su hijo de su molesta enfermedad: Al tiempo que tuvo este ofrecimiento, se le ofreciò tambien tomar unas sabanas, y una colcha, sobre que el Padre se havia recostado, ò inclinado la cabeza una de las noches que havia estado en su casa, y en aquella ropa embolver à su Enfermo; y assi lo executò, repitiendo al mismo tiempo estas palabras: *Padre Francisco mio, sanadmele.* Don Nicolás, acompañando con viva fee las confianzas de su madre, se abrigò con mucha devocion con aquella bendita ropa, y immediatamente (cosa admirable!) sintiò por todo el cuerpo un sudor, que le durò una hora; pero tan copioso, y abundante, que toda la ropa la calò. Acabòse el sudor, y con el la enfermedad, tan del todo, que al dia siguiente le hallaron los Medicos fuera de la cama, bueno, y sano; pero admirados, le dixeron, que tal terminacion la contasse por milagrosa, pues, segun sus reglas, no havia podido ser natural.

Thisica mortal.

Un birrete de lienzo de los que havia usado el Padre Francisco, le guardaba con grande estimacion el Padre Don Joseph Casela, Monge de la Ilustre Familia de San Basilio el Magno; y bien podia guardarle como alhaja preciosa, pues en el año de 21. por el mes de Agosto, poniendosele en la cabeza á un Pintor, llamado Domingo de San Martin, le libertò de una thisica, tan fatal, que le havian asseguràdo los Medicos, seria el cuchillo, que le quitasse la vida; pero como he dicho, luego que tuvo en la cabeza el mencionado lienzo, suspendiendosele la mucha materia, que arrojaba por la boca, recobrò tan del todo las perdidas fuerzas, que los Medicos mudaron de sentir, y yà no le decian que moriria; pero tambien añadian, que diesse las gracias à los mi-

milagros del Padre Franciſ-
Diſipula. co. A un Medico, llamado Domingo Capellàn, le diò en el mes de Febrero de el miſmo año de 21. en lo inferior de el vientre, y con una fuerte calentura, una grande eriſipela; temiò padecer con eſtos principios una dilatada enfermedad; pero no fuè aſsi, pues haviendo ſabido el mencionado Caſela ſus miedos, y ſu peligro, le acudiò con ſu guardado birrete, y luego que ſe le puſo, tuvo que admirar, que haviendole dado un copioſo ſudor, con èl ſe libertò el Enfermo perfectamente de la eriſipela, y de la calentura.

Dolor de eſtomago A Juan Leonardo Trani, que padecia en la Grotalia (de donde era natural) un vehemente dolor de eſtomago, le diò Franciſco Pancera una aſtilla del Confeſſonario del Padre Franciſco, la que hauia traìdo de Napoles, y la que guardaba, como un precioſo theſoro: aplicòſela el Enfermo, encomendandoſe muy de veras al Venerable, quien por aquel medio le favoreciò, de modo, que deſterrandole el dolor, que le afligia, pudo immediatamente aplicarſe à las Reugma tareas de ſu exercicio. En la miſma Grotalia acaeciò, que Cathalina Giuri, por haverſele deſtemplado la cabeza, le cayeſſe tanta reugma à la garganta, que ſe hallaba impoſsibilitada à tomar, no ſolo alimento ſòlido, pero ni una gota de agua; mas de eſta opreſsion ſe libertò, animandoſe à tomar un pedazo de hilo del manteo del Padre Franciſco: Eſte le pudo beber en un poco de agua, y à eſto ſe ſiguiò deſembarazarſele las fauces, poder comer, y beber libremente, y à pocos dias ſuſpenderſe la deſtilacion, ò fluxion tan del todo, que quedò perfectamente ſana.

Perleſìa. En Tropea, Ciudad de la Superior Calabria, ay una celebre Igleſia Cathedral, y tambien un Colegio de la Compañia; de eſte era morador el año de 22. el Padre Alexandro Galupi, el qual à 18. de Mayo, padeciò una epilepſia, la que tomando cada dia mas fuerza, le embargò del todo el uſo de los miembros, dexandole incapàz de todo movimiento, menos de los combulſivos, que eſtos eran continuados, con terribles ruidos, y temblores en la cabeza: Viſitabanle los Medicos, pero no le aliviaban; porque por mas que hacian, las medi-

nas,

nas que le recetaban, no hacian efecto; lo que visto por el Enfermo, buscò en el Padre Francisco de Geronymo el consuelo, que no hallaba en los Medicos de la Tierra. Sintiò en su corazon una grande confianza, y seguridad de que havia de conseguir este favor de su mano; señal cierta de que el Padre se le queria conceder. Con esto dispuso, que le llamassen al Padre Marcos Antonio Lanza, sugeto del mismo Colegio, y que tenia un birrete de los que havia usado el Padre Francisco de Geronymo: Pidiòsele, y tambien el que se le pusiesse en la cabeza, porque estaba tan impedido, que ni aun esta accion pudo executar por sí; mas al punto que experimentò aquel contacto, experimentò tambien hallarse tan otro, que empezò á hacer experiencias de su mejoria: La primera, fuè probar à abrir una carta; y hallò, que los movimientos de las manos se le havian restituído, de modo, que pudo abrirla, y bolver à cerrarla facilmente: animado con esto, passò à la segunda experiencia, que fuè incorporarse en la cama, sin que le ayudassen, y tambien lo consiguiò. Con la noticia de esta novedad, acudiò el Padre Esquemici, Rector de aquel Colegio, el qual, à vista de tan favorables principios, le alentò à que se acabasse de vestir, y diesse un passeo por el transito; y aqui fue donde acabò de conocer el Doliente, que el Padre Francisco le havia hecho perfectamente la gracia, que le havia suplicado, pues pudo andar todo el transito con agilidad, y sin embarazo alguno. Resuelto, pues, en tiernas lagrimas, se hincò de rodillas, y diò afectuosas gracias à su Bienhechor, cuyo Retrato hizo llevar á su Aposento, para tenerle siempre à la vista de su memoria, y empezò à gozar una tan perfecta salud, que à dos meses de lo sucedido, pudo predicar, y predicò, con gran despejo, el Panegyrico de Santa Dominga, Protectora de Tropea.

Fluxo de sangre.

A una pobre muger, de mas de setenta años; y que no obstante ellos, servia de Demandadera en el Convento de Religiosas, que en Napoles llaman del Espiritu Santo; le sobrevino un fluxo de sangre por la boca, muy copioso, y que le durò quatro dias; pero al fin de ellos cessò, solo con apli-

car-

carse à los labios un Pedazo de Lienzo, de que havia usado nuestro Santo Jesuita.

No fuè menos maravilloso el efecto, que logrò la viva fee para con el Padre Francisco de Andrès Conforto; y assi le libró de otro accidente, que le mortificaba mucho. Este fuè un violentissimo dolor de hijada, que le obligaba à dàr gritos para su desahogo, y aun con esso no le conseguia. Ofreciòle su muger cierto Aceyte, muy celebrado en Napoles, que llaman de la Cruz, y que dicen ser un especifico milagroso, para los que padecen el mencionado dolor, pero impaciente el Enfermo, respondiò, que no le queria. *Pues querràs* (dixo ella entonces) *aplicarte una Reliquia del Santo Francisco de Geronymo? O! Essa sì* (respondiò el Doliente) *Venga la Reliquia enhorabuena.* Truxeronsela: hincòse de rodillas sobre la cama: rezò tres Padres Nuestros, tres Ave Marias, y tres Glorias à S. Cyro, como el Padre Francisco solia hacer, y al instante (dice el mismo paciente) le cessaron del todo los dolores; y de alli á pocas horas, sin dolor alguno, arrojò tres piedras, y hizo la declaracion de esta gracia ante Notario Publico, en señal, y paga del agradecimiento, que debia á su insigne Bien-hechor.

Dolor de hijada.

En otro Lugar, llamado *Frata Menor*, ò *Frata Picola*, sanò milagrosamente una Muger, que se sintió acometida de una apoplexia mortal, solo con haverse tocado con devocion, un Pedazo de Lienzo de que havia usado el Padre Francisco. Con el mismo, se hallò, en el mismo Lugar, aliviada de un vehemente dolor de estomago, Ana Chrisspina, despues de dos años, que le havia padecido, sin que la huviesse aprovechado alguna de las medicinas, con que procuraron favorecerla los Medicos. Y de esta gracia, que recibiò del Venerable Jesuita, le quedò especie, para pedirle otra, de que necesitò su marido Domingo Parolise, en circunstancias de haverle mordido un Perro, tocado de rabia; pues sin mas diligencia, que ponerle sobre la herida la Reliquia mencionada, sanò perfectamente de tan peligrosa herida.

Apoplexia.

Dolor de estomago de dos años.

Mordedura de Perro rabioso.

El Padre Pedro Phelipe Mazarosa, de la Compañia de

de Jesvs, y Predicador de mucho nombre en la Italia, escribiò desde Bolonia, con fecha de siete de Octubre, del año de veinte y tres, al Padre Luis de Ana, tambien de la Compañia, el caso que se sigue. Un Sobrino mio, Monge Olivetano, contraxo una hidropesìa, al juicio de los Medicos, incurable. Remitìle un pedazo de Camisa, que yo tenia, del Padre Francisco de Geronymo, exortandole à que leyesse su Vida, y se encomendasse à èl muy de veras; y la respuesta, que tengo en Cartas, que acabo de recibir suyas, es: *Que la hidropesìa del todo se desvaneciò, y que quedaba yà con una perfecta salud.* Lo que deseo, que en Napoles se sepa, y se divulgue, para gloria de Dios, y del Padre Francisco.

Hidropesìa incurable.

Su cura milagrosamente, leyèdo la Vida del Venerable.

El Jurisconsulto Don Miguèl Angel Castellano, estuvo en el año de veinte y quatro, desde el dia primero de Febrero, por espacio de cinco dias, padeciendo un colico terrible, que juntandose con un continuo temblor de todo el cuerpo, y con una total inapetencia, y perpetua vigilia, casi apurado de fuerzas, le puso à las puertas de la muerte; pero le retirò de ellas el Virrete de lienzo del Padre Francisco, y de que otras veces hemos hecho mencion; pues à media hora de tenerle puesto, se hallò sossegado, y enteramente libre del dolor, y accidentes, que tan gravemente le havian afligido. Enseñado por este favor, de la eficacia, y virtud de tan santa Medicina, la repetia siempre, que se le exaltaba alguna de sus antecedentes indisposiciones; y experimentaba, que al contacto de aquella Reliquia (fuesse la indisposicion que fuesse) al punto se retiraba.

Dolor colico.

La muger de Antonio Silvati, Escrivano Publico, se desembarazò de un tumor, que se le formò en los pechos, solo con el contacto de un pedazo de la Ropa del Padre Francisco; y si acaso presentìa, que se le queria bolver à formar, con repetir la misma diligencia, se daba por obligado à no passar adelante. Isabèl Roca lloraba, el que siendo moza, carecia de los dos brazos, pues los tenia tan dèbiles, que no los podia mover; pero serenò las lagrimas, solo con passar por ellos la immediatamente mencionada Ropa; pues con

Tumor en los pechos.

Brazos impedidos.

con aquel contacto, los brazos recobraron sus perdidas fuerzas, y movimientos.

Dolor de oidos.

Antonio Azibelo, padeciò un tan fuerte dolor de oídos, que ni de noche le dexaba dormir, ni de dia le dexaba capáz, para asistir à sus dependiencias; pero en un pedacillo de Ropa de el Padre Francisco de Geronymo encontrò, no solo su alivio, sino un total remedio; pues poniendosele en el oido, en lugar de algodones, le rompiò una postema, que le ocasionaba el dolor; y assi, haviendo arrojado la materia, que la componia, le dexò curado, y sano de raiz.

En *Crispano*, Lugar corto, poco distante de la Ciudad de Napoles, le diò en un brazo, y acompañada con calentura, una fuerte erisipela, à Domingo Blanco, que era Carnicero del Lugar: Aplicòse un pedazo de Lienzo, teñido en sangre de nuestro Venerable Francisco; y con esto solo, le quedó el brazo sano. Y à Juan Bautista Servilò, à quien le mortificaba un dolor de hijada, que le tenia en un grito, el mismo Lienzo le favoreciò de modo, que no solo le mitigò el dolor, sino que se le quitò de repente.

Disipula.

Dolor de hijada.

En Napoles, à diez y nueve de Abril del año passado de veinte y seis, dia de Viernes Santo, pariò Dominga Ruso un Niño, y una Niña; pero con una notable diferencia. Saliò primero à luz la muchacha, y sin costarle à su madre especiales dolores: Seguiase à nacer el muchacho; pero se atravesò en el vientre de modo, que por mas diligencias, que la Partera hizo, no pudo ponerle en el sitio debido, y natural, para salir desde el puerto, al mar amargo de esta vida. En fin, el lance fuè tan apretado, y tan dificultoso, que perdidas las esperanzas, la Comadre desahuciò, y condenò á muerte à la madre, y à la criatura; mas en este peligro, acordandose la paciente, de que tenia en su casa una de aquellas Cedulillas, que el Padre Francisco solia dar à las mugeres de juicio, y de virtud, para que con ellas combidassen à las de su vecindad, para la Comunion de los Terceros Domingos del mes: avivò su feé, y aplicandose al vientre la dicha Cedula, se encomendò muy de veras al Padre Francisco, el qual la

Parto dificultoso.

oyò tan sin hacerse de rogar, que luego al punto la criatura mudò sitio, y saliò con felicidad à luz. Y para que no se dudasse, que este era beneficio de nuestro Venerable, huvo la circunstancia, de que la muchacha, cuyo parto havia sido feliz, y que havia nacido primero, à pocos meses muriò; pero el muchacho, à quien se le puso el nombre de Miguèl, aunque su parto fuè tan dificil, vive oy sano, y robusto, como si assi nos dixera, haver sido su vida debida à especial milagro de nuestro Venerable Jesuita.

Grave enfermedad.

El Padre Jacobo Vereri, de la Compañia de Jesvs, y Procurador del Colegio de Ferrara, procurò, y consiguiò varias Reliquias del Padre Francisco, y con ellas el remedio de varias enfermedades; pues estando en una de las Haziendas de su Colegio, en el año de veinte y ocho, le diò una tan grave à Antonio Forlano, que los Medicos llegaron à darle los Sacramentos. En estas circunstancias, le aplicò Bereri las Reliquias, y le dexò una pendiente de el cuello, è inmediatamente empezò à experimentar mejoria en sus accidentes. Pero huvo mas; y fuè, que haviendo separado de si el Enfermo la Reliquia, con la ocasion de mudarse ropa, al punto repitiò, y aumentada su enfermedad: lo que visto por èl, bolviò à tomar, y con ansia, su Reliquia; y tambien inmediatamente se hallò segunda vez aliviado, y à breves dias logrò una perfecta salud.

Este caso, sucedido en la Aldèa, llamada *Rho*, llegò à noticia de Isabèl Panigala, que vivia en otra Aldèa cercana, que tiene por nombre, la *Hoya del Arbol*. Llegò, pues, la noticia del favor hecho à Forlano, en ocasion, que Isabèl padecia un mortal dolor de costado; y como en los Enfermos es tan natural el deseo de aquellos medicamentos, que son mas eficaces para libertarlos de sus dolencias, sabiendo Isabèl, que el remedio de la de Forlano, havia sido la Reliquia del Padre Francisco de Geronymo, embiò al punto un Mozo de su casa, à pedirle dicha Reliquia al Padre Vereri, quien se la embiò; pero por mano del Alcalde de la Aldèa Miguèl Marcelo: al qual, luego que la Enferma la viò en su casa, llena de confianza,

Dolor de costado.

y de lagrimas tambien, exclamò, diciendo: *Gracias à Dios, que ha venido mi remedio.* Y no se engañò; pues estando en el sexto dia de su enfermed, à dos horas de haverse aplicado las Reliquias deseadas, entrandole un copioso sudor, al fin de èl se hallò casi limpia de calentura, y con una mejoria tal, que al dia siguiente el Cirujano, Carlos Antonio Bolonès, y el cèlebre Medico de Ferrara Jacinto Añela (ignorantes del remedio, que la Enferma se havia aplicado) à una voz dixeron: *Que tal mejoria, y en el sexto dia de tal enfermedad, se debia mirar como un milagro de la naturaleza.* Voces, en que solo erraron la mitad de lo que dixeron, pues sì fuè milagro: pero no de la naturaleza, sino de el Padre Francisco de Geronymo, el qual le perficionò; porque haviendo quedado la Enferma, despues del mencionado sudor, con algun dolor aùn en el lado, y con alguna dificultad en la respiracion, con otra aplicacion de las mencionadas Reliquias, quedó perfectamente convalecida, y sana.

Un Sacerdote de nuestra Compañia, llamado Casimiro Cavalo, al tiempo de padecer, en el año passado de treinta, unas perniciosas tercianas dobles, en una de ellas le sobrevino un delirio y al mismo tiempo un estupor, y pasmo tal, que en dos dias no oyò, ni viò à los que le asistian. Por esto empezaron los Medicos à sospechar, que dichas tercianas le llevaban sin remedio à la sepultura; pero no fuè assi; porque llegando otro Sugeto de Casa à aplicarle unas Reliquias de nuestro Venerable, al punto el Enfermo, como si bolviera de un profundo letargo, recobrò el uso de los ojos, y los oìdos; y aun de la razon tambien. No cessò aqui el prodigio; pues haviendo passado con quietud, y serenidad aquella noche, en los dos dias siguientes, solo tuvo dos amagos de calentura, con los quales parece vinieron à despedirse las tercianas, pues no le bolvieron mas.

Tercianas dobles, con especiales accidetes.

En el año de treinta y uno, por el mes de Junio, diò una caida Ursola Califana, viuda de Luis de San Pablo: debiera haverse sangrado, para evitarse las resultas, que suelen tener tales caidas; pero omitiò esta prevencion, por hallarse yà

Caida peligrosa.

à los sesenta años de su edad. Mas esta omisiòn la pagò; pues à poco tiempo sintiò un fuerte dolor en el lado derecho; y los Medicos hicieron juicio, de que pararia en una molesta zeatica: Aplicaron con esto todos aquellos especificos, que les parecieron mas oportunos, assi para vencer el dolor, que la mortificaba, como el de la zeatica, que ellos tenian; pero ninguno de los medicamentos tuvo eficacia; y assi la pobre Enferma llegò à estado de no poderse mover en la cama, ni aun bolverse de un lado, para tomar el preciso alimento. A vista de esto, un hijo, y una hija suya, con quienes vivia, la persuadieron, à que se valiesse del patrocinio del Padre Francisco de Geronymo: Assi lo executò el dia diez y ocho de Agosto: invocòle con todo afecto, y fee; y con la misma, y fervorosa oracion, se aplicò al lado dolorido una Astilla del Confessonario del Venerable Padre; y luego, luego experimentò, que el dolor se iba apaciguando, y poco à poco retirandose de modo, que aquella noche inmediata, pudo dormir con quietud, y á la mañana siguiente se hallò del todo libre de la violencia con que antes la mortificaba: assi se lo dixo al Medico, y al mismo tiempo le despidiò: y ultimamente, haviendo passado mes y medio, sin que el dolor la bolviesse à molestar, hizo relacion por escrito de todo lo referido, y la firmò en el dia primero de Octubre de dicho año de 31.

CAPITULO VIII.

PRODIGIOS EXECUTADOS por medio del Bonete, y Antoojos del Venerable Padre Francisco.

LA devocion, que todos tuvieron à este Venerable, deseosa de sus Reliquias, de ningunas otras se pudo enriquecer tanto como de los Bonetes, que gastaba; porque le fue facil hurtarle los que traia, poniendole otros en su lugar; y assi se executò muchas veces, sin que pudiesse evitarlo el Padre, porque estos trueques se hacian seguramente al tiempo, que decia Missa. Como la materia de estos hurtos era un deposito de prodigios, y maravillas, nadie se arrepentia de haver hurtado, ni se hacian propositos de restituir, ni de no hur-

hurtar mas; y assi fueron muchos los Bonetes, que à este Santo Varon se le desaparecieron. Uno de ellos, y muy sudado (y por esso mas apreciable) vino à las manos, tres años antes que el Padre muriesse, de Domingo Antonio Taglia Cocio, y hizo de èl tanto aprecio, que le tenia guardado como en Relicario, en una caxa, primorosamente bordada: à lo qual le obligaron, assi los favores, que por medio de aquella alhaja consiguiò, como un olor suavissimo, que de sí despedia; y un olor, no pegado, ni supuesto; pues lo primero no havia estado en lugar de donde se le pudiesse haver comunicado tal fragrancia; y lo segundo, porque era de distinta especie de los que exalan los aromas de nuestro suelo. Pero dexando esta materia para mejor ocasion, voy à referir ahora algunos de los prodigios, que con este Bonete se consiguieron.

Caida de un Niño de 6. años, de mas de 42. palmos de alto.

El año de 1618. dia 20. de Noviembre, un Niño de seis años, llamado Genaro, hijo de Juan Bautista Sartori, y de Carmina Taglia Cocio, se assomò à una ventana del quarto alto de su casa, y desde ella cayò desgraciadamente à un patio, de mas de quarenta y dos palmos de altura. Al ruido del golpe, acudieron sus Padres, y otros de la familia, tan turbados, como se puede considerar: fueron à levantarle, y le hallaron como muerto, sin movimiento alguno, y arrojando gran copia de sangre por la boca: por lo qual, todos los presentes juzgaron, ò que estaba ya difunto, ò que le faltaba muy poco para espirar: Vinieron los Medicos, pero bolvieron presto las espaldas; porque hicieron el mismo juicio. En lance de tanta afliccion, claro està, que no havia de faltar el abuelo de aquel Niño, el mencionado Domingo Antonio, el qual, acudiendo à su guardada Reliquia, y estimado Bonete, le traxo, è invocando con gran feè al Padre Francisco, cuyo era, se le puso en la cabeza á su nieto; y fuè cosa maravillosa, que de repente el muchacho (assi lo dicen los testigos) bolviò de muerte à vida; porque inmediatamente á aquel contacto, se le suspendiò el vomito de sangre, y bolviò en sì, con ojos tan despiertos, tan alegres, y con color tan de sano, que poco despues de medio dia se pu-

ſo à jugar, y à entretener, ſegun lo pedia ſu corta edad. Los que vieron eſta maravilla, aunque lloraban de gozo, no acababan de creerla, ni de perſuadirſe, que el Niño, deſpues de tal frangente, eſtuvieſſe tan ſano como parecia; y aſsi llamaron otra vez à Domingo Cavaſino, Cirujano, y à Nicolàs Barile, Medico, para que le examinaſſen: los quales, cumpliendo con ſu obligacion, hicieron deſnudar al Niño; y regiſtrandole todo el cuerpo, parte por parte, no hallaron, ni quebradura, ni diſlocacion, ni contuſion alguna; y aſsi, confeſſaron, que el Padre Franciſco, por medio de ſu Bonete, no ſolo havia hecho aquel prodigio, ſino que le havia dado al prodigio una entera perfeccion.

Otra caida ſemejante.

Caſo muy ſemejante á el referido, ſe repitiò en la Ciudad de Molfeta, en el Abril del año de 23. pues un hijo de Paſca Careveleſe, de edad de quatro años, eſtando jugando en otra ventana, ò balcon de ſu caſa, que diſtaba del ſuelo veinte y cinco palmos, cayò inadvertidamente, y diò con la cara en una piedra, con rieſgo conocido de perder la vida, ò por lo menos de quedar eſtrañamente desfigurado. Por los gritos, y llantos de ſu madre, ſupo la deſgracia ſucedida la ſeñora Doña Chriſtina Chiurlia, muger del ſeñor Don Joſeph Gadaleta; y luego al punto le embiò un Bonete del Padre Franciſco, encargando, que con mucha feè ſe le puſieſſen al Niño. Como en tales caſos, eſtos encargos ſe obedecen facilmente, ſe executò con prontitud el que hizo aquella buena Señora, y en eſſo eſtuvo el total remedio de aquella criatura; pues al punto, ſin que nadie le dieſſe la mano, ſe puſo en pie ſano, y bueno; tanto, que empezò á reir, y à pedir à ſu madre de merendar, ſin que ni en el roſtro, ni en el cuerpo quedaſſe ſeñal alguna, como ſi tal caida huviera ſido, no verdadera, ſino ſoñada. Caſo tan maravilloſo, ocaſionò à toda aquella vecindad, y aun en la Ciudad toda, la admiracion que ſe puede conſiderar, y que yo no pinto, por paſſar à referir otro ſuceſſo, no menos maravilloſo.

Llagas en laspiernas

En el año en que muriò el Padre Franciſco, que como hemos dicho, fuè el de 1716. Don Lucas de Lolebano, Sacerdote de la Ciudad de Barleta, padeciò en una

una pierna unas molestísimas llagas. El dolor que le ocasionaban era tan violento, tan vehemente, y tan continuo, que por mas de un año que las tuvo, no cessò de dàr gritos, y de llorar, sin poder conseguir, ni de dia, ni de noche, ni un instante de quietud, ni algun alivio en los remedios, que le aplicaban. Como en aquel año sucediò la muerte de nuestro Venerable, y á ella se siguieron las voces de la fama de los milagros que hacia, concibiò nuestro Enfermo una grande confianza de ser èl tambien participe de sus favores. Supo, que otro Sacerdote, llamado Don Natàl Candido, tenia un Bonete de aquel Jesuita tan milagroso, y afamado, y se le embiò á pedir; el que conseguido, se le aplicò con gran fee á sus venenosas llagas, è immediatamente experimentò un efecto, para èl, bien extraordinario, que fuè quedarse dormido, y con un sueño tan suave, y dilatado, q ué le durò doce horas; pero no fue esto lò mas, sino que al despertar de aquel dulce sueño, no bolviò à sentir mas dolor. Vino el Medico, dixole el Enfermo la mejoria con que se hallaba, que havia cessado el dolor: y que en fin, le parecia que estaba del todo sano. Pues veamos, dixo el Medico, descubramos las ulceras, quitò las bendas, levantò los apositos, y immediatamente, sin libertad, exclamò con voces elevadas: *Què es esto que veo? Esta sanidad, y esta curacion, no es cosa de la Tierra; esta ha venido del Cielo!* Assi dixo, porque las encontrò tan del todo sanas, que estaban cicatrizadas tambien. Este caso, como tan singular, se authorizò por mano de Notario Publico, en presencia de el Vicario, *Sede vacante*, el señor Don Tiberio Carcani, siendo testigos dos fidedignos Sacerdotes, Don Domingo de la Machia, y Don Vito Caputi, y los deponentes, el favorecido Lolevano, y el Medico, que le havia assistido Don Thomàs Azzariti.

Repentinamente curadas.

En la misma Ciudad de Barleta, una Niña de dos años, hija de Francisco Esconegia, y de Angela Espera, se hallò tan indispuesta por una fluxion, que la acudiò à los ojos, que ni de dia, ni de noche tenia la infeliz mas exercicio, que llorar. Visitòla el Cirujano, y reconocida la mordacidad

Fluxion à los ojos.

del humor, dixo francamente, que la curacion seria muy larga, y que, aun despues de esso, no podia assegurar quedasse buena. Sus Padres desconsolados con esta noticia, se dexaron de colirios, y de los demàs medicamentos, que con su hija se executaban, y embiaron à pedir al mencionado D. Natàl Candido, el Bonete del Padre Francisco: Aplicaronsele con viva fe, y à ella se siguiò una grande admiracion, pues immediatamente se quedò dormida, no yà por doce horas, como el Sacerdote Lolevano, sino por veinte y quatro: despues del qual sueño, despertò alegre, contenta, despejada, porque totalmente se havia disipado el humor, que tan duramente la mortificaba. Vino el Cirujano, que se llamaba Joseph Faticati; y viendo, que ya alli no havia que hacer, se ofreciò à ser testigo, y à deponer donde quiera, que se le mandasse: que curacion tan repentina, y de tan particulares circunstancias, no se podia deber à las fuerzas de la naturaleza. Y para que no bolvamos à repetir despues otra curacion semejante à la passada, dexarè dicho aqui, que à Antonia Ramosini, hija de Afeanio Ramosini, y de Laura Persica, le diò otro fluxo de sangre à los ojos, tan copioso, que absolutamente la cegò, y esto por espacio de quatro meses, en los quales, ni los colirios, ni las otras medicinas, fueron de alguna utilidad; pero esta la encontrò en el breve contacto de un pedazo de el Vestido de el Padre Francisco de Geronymo: pues lo mismo fuè ponerse le sobre los ojos, que empezar la Niña à hallarse mejor, mitigandosele la fluxion: lo que visto por sus Padres, repitiendo las aplicaciones de la Reliquia, lograron vèr los ojos de su hija perfectamente limpios, y perfectamente sanos.

Otra peligrosa fluxion.

El Padre Ignacio Maria Misudi, de la Compañia de Jesus, y natural de la Isla de Malta, pudo conseguir uno de estos Bonetes, y por su medio, estando en Benevento diò una repentina salud à Bartholomè de Leon, que en aquella Ciudad tenia el empleo de Notario Publico. Su indisposicion consistia en unos dolores, que difundidos por todo el cuerpo; pero singularmente en la cabeza, le tenia gravemente mortificado. Visitòle el Padre Ignacio, y no pudo menos de com-

Vehementes dolores, principalmente en la cabeza.

compadecerse de verle tan postrado, y tan caìdo, que no podia levantar la cabeza de la almohada. A las compasiones se siguiò el deseo de procurarle algun alivio, y para esso se valiò del Bonete, que hemos dicho guardaba como Reliquia. Traxosele al Enfermo, y le exortò á que concibiesse una viva esperanza, de que Dios, por los meritos del Venerable, de quien era aquella alhaja, le havia de libertar de sus dolores, y darle una perfecta salud. Hecha esta exortacion, le aplicò aquella Reliquia al pecho; y inmediatamente empezò à correr de èl un sudor tan copioso, que bañò la ropa de la cama. Visto este efecto tan admirable, tomó animo el Enfermo, y pidiò al Padre le pusiesse el Bonete en la cabeza, en la parte donde sentía el mayor dolor, y para recibir aquel contacto con mas reverencia, pudo, no solo incorporarse, sino ponerse en la cama de rodillas; y es de notar, que por donde el Bonete iba passando, corria el sudor con abundancia: à esto se siguió, quedarse dormido con un suave sueño, qual no le havia visto de sus ojos, desde el principio de su enfermedad, y de èl despertò, no solo con alivio, sino perfectamente sano; limpio de calentura, espedita, y despejada la lengua; la cabeza libre; desvanecidos todos los dolores; y en fin, sin señal alguna de la passada dolencia. Por todo lo qual, reconocido à su bienhechor el Padre Francisco, quedò con la devocion de rezar todos los dias tres Padres nuestros, tres Ave Marias, y tres Glorias à la Santissima Trinidad, en accion de gracias de la que por mano de su Siervo se dignò comunicarle, á que añadiò despues, traer siempre consigo un pedazo de ropa, que pudo conseguir de nuestro Santo Jesuita; y ultimamente, para que no se perdiesse la memoria de tan singular, y repentino beneficio, trabajò de su mano una relacion, que autenticò con su firma el Notario Juan Palomo de Campovaso, suponiendose las deposiciones de muchas personas, que fueron testigos de este maravilloso suceso.

Curaronle con un repentino sudor.

Gratitud à este favor.

No fuè menos ilustre otro favor, que por el mismo medio comunicò el Padre Francisco en nuestro Colegio de Benevento à un pobre

Grave accidente de quebradura.

bre Donado, que en èl ſervia. Llamabaſe Iſidro de Amato, y padecia habitualmente una moleſta rotura; pero en una ocaſion, no sè con qué motivo, ſe le baxaron las tripas, y con tanta inflamacion, y circunſtancias tan extraordinarias, que no haviendo baſtado los medios que ſe puſieron para bolverſelas à introducir, los Cirujanos le condenaron à muerte. Fuè tan de veras la ſentencia, que ſe confeſsò generalmente con el Padre Domingo Antonio Moſcati, al qual, deſpues de haverle oìdo ſu confeſsion, ſe le ofreciò con viveza traerle, para que ſe le aplicaſſe el Bonete, de quien en el lance paſſado hicimos mencion. Conſintiò el Padre Domingo en eſte penſamiento; y para que le fueſſe fructuoſo, paſsò à exortar al Enfermo à que tuvieſſe mucha fee con la interceſsion de aquel Siervo de Dios, por cuyos meritos havia repartido, y repartia ſu Mageſtad tantos favores. El buen Iſidro executò todo lo que el Padre le dixo, y al tiempo de aplicarſe la Reliquia, hizo la oracion ſiguiente: *O Santo Padre Ignacio mio! Y ò, mi Santo Padre Franciſco de Geronymo! que poco tiempo hà ſubiſteis al Cielo, aſsiſtidme, amparadme, y alcanzadme la ſalud que deſeo; no permitais que muera de eſta eſpecie de enfermedad un hombre, que (aunque yo lo digo) ha ſido buen criado de vueſtra caſa. Yo pudiera haver muerto ſoterrado en el paſſado terremoto, y me libraſteis, para que pudieſſe favorecer, y ſervir à los pobres Padres, que eſtaban debaxo de las ruìnas; pues pagadme ahora eſſe obſequio en librarme de eſte accidente, ò vos, Ignacio, y vos, milagroſo Hijo ſuyo, P. Franciſco.* Apenas acabò de pronunciar eſtas tan candidas, como doloridas palabras, y ſin apartar el Bonete de donde le havia pueſto, quando empezò à decir con otras bien alegres: *Gracias à Dios me han oìdo; gracias à Dios yà ſe han entrado.* Y ſaltando de la cama con el jùbilo correſpondiente al ſuſto que havia tenido, fuè à diſponer por sì propio algun alimento que tomar, y al dia ſiguiente baxò à la Igleſia à dàr à Dios las debidas gracias, no ſin admiracion de los Medicos, que confeſſaron, que curacion tan ſingular, y tan repentina, no havia podido deber-

berse à la medicina, sino à la virtud milagrosa, y poderosa intercesion del Venerable Padre Francisco. Lo que oído por el Eminentisimo señor Cardenal Arzobispo, que era entonces de Benevento Fray Vicente Maria Ursino, despues Summo Pontifice Benedicto XIII. diò orden, y comision *in scriptis* al Doctor, y Canonigo de su Iglesia Don Carlos Marone, para que este caso le autenticasse, y assi se executò con las firmas de muchos testigos; y para perpetua memoria, se mandò guardar dicha informacion, assi en el Archivo de la Santa Iglesia, como en el Archivo de la Ciudad. Y no contento con esto, se dignó su Eminencia de predicarle, y publicarle en un Sermon, que hizo dia de S. Pedro en un Convento de Religiosas.

Garrotillo. Un Joven, Platero de Oro, padeciò un tan fuerte garrotillo, ò inflamacion á la garganta, que en mucho tiempo solo pudo passar algunas gotas del manà prodigioso, que destilan los huessos de S. Nicolàs de Bari; pero tocandose la garganta con el sobredicho Bonete, arrojò de ella gran cantidad de materia, y con esso el garrotillo se acabò. El mismo Bonete aplicò un Sacerdote á una hermana suya, posseìda del Demonio, y tambien luego al punto se despidiò aquel mal huesped de la casa que havia ocupado. **Espiritada.**

Accidente epileptico. En la Grotalia el año de 22. à 13. de Junio, una Moza de veinte y cinco años, llamada Ana Lucìa Falamingo, se hallò acometida de un accidente epileptico, tan fuerte, y tan poderoso, que los Medicos, luego que la vieron, la echaron el fallo, el qual le confirmaron con la noticia que tuvieron, de que en menos de diez horas le havia repetido quince veces; de aquì infirieron la gran copia de humor que le ocasionaba, y de aqui passaron à desconfiar, pudiesse haver medicina que le venciesse. Estas desconfianzas, y desmayos de los Medicos avivaron la confianza, y fee en el Padre Francisco de Geronymo, de un Sacerdote, llamado Juan Bautista Esporteli, tio de la Enferma, y que havia visto los accidentes que le havian dado. Desde su fee, passò á la oracion, la que hincandose de rodillas, hizo con mucho fervor, pidiendo à los circunstantes, que le acompañassen en ella. Todos oraron; todos pidieron,

y Francisco no pudo menos de oìr à tantas, y tan unidas voces; y que las oyò, y que correspondiò favorablemente à ellas, no se pudo dudar, pues al contacto de un Bonete suyo, que el mencionado Sacerdote aplicò à las cervices de la Perlatica, vieron, assi èl, como el Medico Geronymo Vacaro, y los demás circunstantes, que la enfermedad, del todo havia desvanecidose; y assi esto, como el que no havia repetido el accidente, lo depuso cinco meses despues en la Ciudad de Napoles.

Yà he dicho, que el Padre Domingo Moscati, de la Compañia de Jesvs, tenia un Bonete de los del Padre Francisco de Geronymo, y como alhaja preciosissima, no la separaba de sí: llevòsela consigo, passando à ser Rector de Sulmona el año de 26. Supieron los Ciudadanos, que llevaba aquel Tesoro, y santamente codiciosos procuraron aprovecharse de èl. El primero fuè un Joven, llamado Francisco Maria Araña, al qual estando yà agonizando, con Sacerdotes à la cabecera, que no cessaban de auxiliarle, para su mejor disposicion en aquella hora; su madre, llamada Juana Espada, le hizo aplicar el mencionado Bonete, aunque su marido lo repugnaba; pero con aquella diligencia consiguiò la mejoria de su hijo, y dentro de pocos dias su perfecta salud; y tambien el que su marido, à vista de esta maravilla, se arrepintiesse de la repugnancia necia, que poco antes havia tenido; y aun se la castigò, obligandole á que comprasse una alhaja de plata, la que vino à traer juntamente con el Enfermo à nuestros Altares, en señal de agradecimiento al P. Francisco, y para perpetua memoria de el beneficio recibido de su mano.

Moribundo.

Otro de los que se aprovecharon del referido Tesoro, fuè Joseph Campereti, hijo de Juan Bautista Campereti, natural de Milàn, y residente en Sulmona: este, siendo niño, estuvo tan malo, que yà su padre prevenia lo necessario para su entierro; pero ofreciòsele el probar fortuna, y vèr si le podia conseguir la salud à su hijo por medio del Bonete dicho: con esto se le aplicò, y la tuvo tan felìz, que à aquel contacto se siguiò una perfecta salud para el Enfermo, la que agradeció, haciendo decir tambien en nuestros Altares algunas Missas.

Otro moribundo.

Sien-

Siendo anciano el Padre Francisco, se viò precisado à lo que suelen todos los ancianos, que es à suplir con anteojos la vista, que los años les vàn robando; y yo creerè, que en nuestro Jesuita, el gastarlos fuè providencia particular, para que nos dexasse mas alhajas suyas, para el logro de sus favores, y beneficios: por lo menos assi se experimentò en dos casos, que ahora referiré. El primero sucediò en el mes de Septiembre del año de 21. en el qual, Matheo Nacarela, Cavallero Salernitano, y de la Familia de los Marqueses de Mirabèl: Tuvo la desgracia de que la muerte le arrebatasse de los ojos à su muger, à quien tiernamente amaba; y como no se pierde sin dolor lo que con amor se posee, luego que la perdiò de vista, tuvo tanta pesadumbre, que commoviendo esta el humor hypocondriaco, le excitò una ardiente, y malicioſa calentura, que à toda prisa le iba consumiendo. Pero saliòle al passo una hermana de su perdida muger, que haviendo logrado unos anteojos de el Padre Francisco, encargò al Enfermo, que con mucha fee, y devocion se los atasse à la frente. Assi se executò, y el efecto fuè, que immediatamente se quedó dormido: Durmiò una hora, y al despertar se hallò bañado en un copioso sudor, con el qual arrojò todo el veneno que daba fomento à la calentura; y assi, desembarazado de èl, à breves dias se viò convalecido, y sano. Como con este remedio le havia ido tan bien, no le perdiò de la memoria; y assi ocho años despues le bolviò à repetir, con ocasion de otra grave enfermedad, que le acometiò, tanto mas grave, quanto mas disimulada, pues consistia, en que con una calenturilla lenta se juntaba mucha falta de fuerzas, gran desmayo, mucha inapetencia, mucha falta de sueño; y en fin, mucha debilidad en la cabeza: Los Medicos por estas señales entraron en grave sospecha de que debaxo de aquellos accidentes venía una enfermedad de mucha sustancia; y assi querian prevenirse, saliendole al encuentro con eficaces medicinas, de las que llaman mayores. Oyòles en su consulta el Enfermo, pero consultandose con su devocion al Padre Francisco, resolviò no executar nada de lo que los Medicos discurrian, sino acudir al remedio

Calentura maligna.

Segundo favor.

ex-

experimentado de sus anteojos, los que segunda vez le pusieron en fuga su enfermedad, aunque à costa de una fluxion, en que terminò, y con que arrojó todo el humor, causa de sus indisposiciones.

Otro grave peligro.

En el mes de Febrero del año de 28. se viò en peligro de muerte Barbara de Osso, muger de Antonio Gaboropoli; porque despues de un parto que tuvo, se le suspendieron aquellas evaquaciones, que son el alivio, y la seguridad de las mugeres paridas; de la suspension, se le originò un vehementissimo dolor de vientre, y una calentura tan pernicioſa, que los Medicos juzgaron seria la guadaña, que la cortasse la vida. Viendose en tanto desconsuelo Barbara, se acordò de que entre sus Reliquias tenia un pedacito del haro de unos anteojos del Padre Francisco, mandò, que se le traxessen, y se le bebiò en un poco de agua de San Nicolàs de Bari, encomendòse à los dos à un mismo tiempo con grande fee; y los dos la favorecieron, de modo, que haviendola dado un copioso sudor, y corriendo al mismo tiempo la detenida sangre, le quitaron la causa de su enfermedad, y la dexaron en el goze de una perfecta salud.

CAPITULO IX.

APARICIONES DE EL P. Francisco de Geronymo despues de su muerte.

LA caridad de este gran Siervo de Dios, y su piedad con sus proximos, no se ha contentado con que sus pobres alhajuelas ayan sido instrumentos para comunicarles favores, sino que le ha obligado à que muchas veces venga en persona à repartirles sus beneficios; de modo, que assi como el Apostol decia de sì, que el amor à Dios le apremiaba: *Charitas Dei urget nos*, assi discurro, que à nuestro Apostolico Jesuita la caridad para con los hombres, le apremia, le inquieta, no le dexa sossegar, aun estando entre los sossiegos de la otra vida, para que venga al mundo à trabajar por si propio en favorecer à los hombres. No me crea à mi el Lector, hasta que lea los muchos casos, que le ofrezco en este largo capitulo.

En el mes de Febrero, año de 16. el mismo en que muriò

Aparecimiento à una Religiosa.

rió nuestro Santo Misionero, se viò assaltada de un accidente apopletico Soror Maria Angela Rispoli, Religiosa en el Observante Convento de la Annunciata de la Ciudad de Massa Lubrense. No fué el accidente solo amago: vino tan de recio, que la quitò el habla, la embargò todos los sentidos, la usurpò todo el vital movimiento; y en fin, la atropellò tanto, que no pudiendo recibir otro Sacramento, le dieron, y de prieſſa, la Santa Uncion. Recobròse, no obstante, de aquel primer insulto: restituyòsele el habla, y uso de los demàs sentidos; pero quedòse valdada del lado izquierdo tan del todo, que no se podia mover, ni aun en la cama, sin que la ayudassen las Enfermeras. Assi estuvo padeciendo, desde el Febrero, hasta el dia once de Mayo, que fuè en el que passó à mejor vida el Venerable Francisco; y como por todas partes se estendiò promptamente la noticia de sus prodigios, se dispertò en la Enferma una gran confianza de recobrar por sus meritos la salud. Con esta fee, le aplicaron varias Reliquias, que de sus vestidos havian recibido desde Napoles algunas Religiosas de aquella Casa. Creyò la Enferma, que lo mismo havia de ser experimentar el contacto, que hallarse buena; pero no fué assi (cosa por cierto mysteriosa!) pues antes bien aquel contacto, parece que le truxo el nuevo accidente de un vehemente dolor de hijada, que le acudiò al lado derecho. Con esto se desconsolò Soror Angela, como se puede considerar; y discurriendo, que con aquella novedad, el Padre Francisco la queria dàr à entender, que no le invocasse, para que le consiguiesse la salud, sino la paciencia en sus dolores; llamò à una hermana suya, Religiosa en el mismo Convento, llamada Soror Maria Felicha Rispoli, y la dixo, que las Reliquias, que hasta alli havia tenido debaxo de la almohada, se las llevasse, y que las guardasse. Assi se executò; pero haviendo, poco despues, tomado un poco de agua de San Cyro, bendita por el Padre Francisco de Geronymo, y experimentado, que con esto se le havia quitado el dolor de hijada, pidiò à su hermana, le bolviesse à traer las Reliquias, entrando en nueva fee, de que tambien le ha-

havia de quitar el tullimiento, y eſtupor del lado. De eſte modo, entre confianzas, y amoroſas quexas, que de en quando en quando daba al Padre Franciſco, llegò al dia quince de Junio, en el qual Dios tenia determinado, que por los Meritos de ſu Siervo, lograſſe aquella doliente Religioſa todo ſu alivio. Eſte empezò, por hallarſe eſſe dia embargada de un dulce ſueño; y tan guſtoſo, que en èl vió al Padre Franciſco en ſu trage regular de Jeſuita, y hincado de rodillas al lado de ſu cama. Y no olvidandoſe (aunque dormida) del trabajoſo tullimiento, que la mortificaba, le pidiò con anſias fervoroſas, que la acabaſſe de alcanzar de Dios, ſino total ſalud, por lo menos la baſtante, y fuerzas ſuficientes, para poder cumplir con las obligaciones, y exercicios de ſu Religion. Hecha eſta ſùplica, y proſiguiendo ſu ſueño, viò, que el Padre la tocaba ligeramente por tres veces el lado impedido, llenando al miſmo tiempo ſu corazon de un jùbilo tan extraordinario, como celeſtial, aunque luego tuvo que ſentir, que el Padre immediatamente ſe le auſentò. Eſte ſentimiento la diſpertò; y para que no creyeſſe, que ſu ſueño havia ſido ſolo ſueño, al diſpertar ſe hallò tan alentada, tan vigoroſa, tan recobrada de fuerzas, que á sì miſma no ſe creia; y aſsi paſsò á tomar experiencia de lo miſmo, que le parecia que ſoñaba. Probò à veſtirſe por sí ſola, y lo conſiguiò. Veſtida yá, intentò ſalir de la cama, ponerſe en pie, y paſſearſe por la Celda; y todo lo pudo executar, como quando eſtaba ſana: Por lo qual, aſſegurada yà, de que ſu ſueño havia ſido un evidente milagro, ſin que nadie la ayudaſſe, ſaliò de ſu Celda, y ſe fuè callando al Coro. Al verla las Religioſas (que à aquella hora eſtaban en èl) al principio ſe quedaron de aſſuſtadas aturdidas, ſin atreverſe à creer lo miſmo que veìan; ò creyendo, que veìan otra coſa de lo que miraban; y al fin, prorrumpieron en gritos, que no decian mas, que ſu admiracion, ò ſu eſpanto, haſta que la antes enferma las recobrò, y ſoſſegò, informandolas del prodigio que havia experimentado; y entonces, llorando yà de gozo, de ternura, y de devocion, cantaron el

Te

Te Deum, en hacimiento de gracias.

Aparicio à un *Medico.*

Aunque el caso antecedente se celebrò como milagroso, con repique de Campanas de la Comunidad en que se executò; mas ruydoso fuè, assi en toda la Italia, como en Alemania, el que voy à escribir aora. Fuè el sugeto de èl, Juan Ambroseli, Medico de Profession; y que como tal, lo havia sido de la Congregacion de la Mision del Padre Francisco. De este empleo se separò; porque resolviò irse à su Tierra, y Patria, que era Castel-Novo. Para executar esta retirada, fuè à despedirse del Padre Francisco; y aunque este le dixo, que sentia mucho saliesse de Napoles, y que à èl algun dia le pesaria tambien, no hizo caso de estas palabras; y assi levantó su casa, y executò su partida. Llegò à Castel-Novo, y presto experimentò, que debia haver tenido mas respeto à las palabras que se le havian dicho; pues al dia catorce de Septiembre, al salir de visitar à un Enfermo à la caida de la tarde, se hallò en la Plaza del Lugar una sangrienta riña entre sus Paysanos. Dixe sangrienta, porque acudieron à las bocas de fuego; y fueron tantas las que de una, y otra parte se dispararon, que las valas se encontraban en el ayre. Nuestro Medico procurò retirarse de la refriega; pero no lo pudo conseguir, por mucha priessa que se diò, sin que le alcanzassen una vala, y dos postas, que le hirieron el brazo, y la mano derecha. Eran peligrosas las heridas, y le ocasionaron tan vehementes dolores, que temiendo los Cirujanos, y los compañeros Medicos le diesse una irremediable cangrena, fueron de sentir, que se le cortasse el brazo. Esta operacion, ocasionò tanto horror al Enfermo, que se determinò à recibir los Sacramentos, y à morir antes, que permitir que el brazo se le cortasse. Hecho este animo, el dia veinte y tres del mismo mes (y septimo de haverle entrado calentura) al tiempo de la siesta le venciò el sueño, y en èl le pareciò, que veìa al Padre Francisco, y que le decia: *Juan, tèn buen animo, no tèmas morir, que assi te lo digo yo.* Y que despues con la orla de su vestido, le tocaba, assi el brazo, como la mano herida, y maltratada; y que luego, en ademàn de quien se des-

pedia, añadió estas voces: *Voy à visitar à los Turcos: Et evellam lapides à fundamentis*; (esto es: arrancaré las piedras desde los fundamentos) *y bolverè de allà en este mismo Otoño. Tu reza todos los dias un Padre Nuestro, una Ave Maria, y un Gloria Patri à la Trinidad Beatissima; y mira, que en esto no seas omisso, ni perezoso.* Para inteligencia de estas palabras, antes de passar adelante, à concluir la narracion de este sucesso, hemos menester hacer alto, y presentarnos en la Ungria, donde entonces las Armas del Imperio tenian puesto sitio à la Ciudad de Belgrado, mandandole el Glorioso Heroe, y Principe Eugenio de Saboya. En este Sitio sucedió por los mismos dias, en que el Padre Francisco habló à Ambroseli, que un devoto Bombardero de el Exercito Imperial, haciendo antes fervorosa oracion à Dios, dió fuego à una bomba tan felizmente, que vino à caer en el Almacèn de la Polvora de la sitiada Ciudad; y este accidente ocasionó à los Enemigos tal estrago, que arrancó desde los cimientos la Torre del Monte; y reduciendola à un confuso monton de piedras, sepultó con sus ruynas muchos millares de Turcos: accidente à que se siguió la rendicion de la Plaza. Assi se verificó la proposicion, que el Siervo de Dios dixo, de que arrancaria en la Tierra de los Turcos las piedras de los fundamentos. Y prosiguiendo aora la relacion de la aparicion hecha à Ambroseli, resta decir, que dispertó de su gustoso sueño; y para que no creyesse, que el favor havia sido soñado, examinando sus heridas, las hallò, no solo en estado de mejoria, sino del todo cicatrizadas; y en fin, se viò tan bueno, y sano, que saltò de la cama, para ir à dar gracias à Dios en su Templo, por tan cabàl beneficio; y despues le dibulgò, y se le hizo saber à todos sus Paysanos, sin callarles ninguna de las circunstancias, que le hicieron tan admirable. Y no pareciendole, que con esto cumplia bastantemente, determinò passar à Napoles, à visitar, y agradecer al Padre Francisco la merced tan cumplida, que le havia hecho. Mas llegando à esta Ciudad, y viendo, que havia ya fallecido, y que todos se hacian lenguas en referir sus ala-

banças

banzas, y las maravillas, que executaba difunto; contando èl la que con èl havia executado, aumentó el numero de ſus aplauſos, y de ſus Panegyriſtas.

Aparicion con eſpeciales circunſtancias.

En el miſmo año favoreciò tambien el Padre Franciſco á la ſeñora Doña Maria Amorrea (Noble de la Ciudad de Cantazaro, que es en la Superior Calabria) y la viſita que la hizo, fuè con circunſtancias bien ſingulares. Sucediòle à eſta Señora la deſgracia, de que baxando por una larga eſcalera de ſu caſa, la falſeaſſe un pie, y cayeſſe, dando con la cabeza tan recio golpe, que ſe tuvo por pródigio, que de èl no quedaſſe muerta. Llevaronla á la cama; pero tan deſcompueſto, y laſtimado todo el cuerpo, que los Medicos, antes de aplicar medicina alguna, la mandaron recibir los Sacramentos. Recibiòlos, y fuè paſſando unos diez, ù doce dias con mucho trabajo, haſta que ſe acordò, que tenia entre ſus Reliquias algunos Cavellos, y un poco de camiſa del Padre Franciſco, havido de mano del Padre Franciſco Xavier Piſòn, de la Compañia de Jesvs, el qual, haviendo ido à viſitarla, la exortò, y alentò à que uſaſſe de aquellas Reliquias; y que ſe encomendaſſe con gran fee al Siervo de Dios, cuyas eran. Aſsi lo executò la doliente: tomòlas en la mano, y con fervoroſa oracion le ſuplicò al Padre Franciſco, le alcanzaſſe de la Bondad Divina la ſalud; y añadiò, para moverle mas, que tenia quatro hijas, y tres hijos, que con ſu muerte, quedaban deſamparados. Aſsi clamaba, quando viò delante de sì un Jeſuita; y juzgando fueſſe San Franciſco Xavier, con devota alegria, exclamò, diciendo: *O Padre mio, San Franciſco Xavier! No ſoy yo eſſe* (reſpondiò el Jeſuita) *ſino el Padre Franciſco de Geronymo, à quien te has encomendado; y vengo à decirte, que por la fee que has tenido conmigo, Dios ſe ha ſervido de concederte la ſalud.* Y con eſto, hizo ademàn de retirarſe: lo que viſto por la Enferma, quiſo detenerle, diciendole: *Eſperaos un poquito, que antes que os auſenteis, quiero contaros como fuè mi cayda. No, Hermana* (reſpondiò el Padre) *No es neceſſario me refirais el caſo, que yà le sè.* Alentada la Enferma, yà que el Jeſuita no queria oirla,

probò á incorporarse, y à sentarse en la cama ; y entonces el Padre Francisco, añadiendo favores à favores, la ayudò, dandola la mano, y diciendola al mismo tiempo : *Ea, hermana, tèn buen animo, y dale gracias à Dios, de que te dilata los terminos de la vida* ; y con esto desapareciò. El efecto de esta visita, y de estas voces, fuè hallarse la antes doliente, tan alentada, fuerte, y vigorosa, que con voz entèra, pudo llamar á sus hijas, y decirlas : *Yo estoy sana: yo estoy yà buena: he visto al Padre Francisco de Geronymo.* Vinieron por la mañana los Medicos, y la encontraron tan fuera de los terminos de su jurisdiccion, que admirados, se despidieron, para no bolver à visitarla mas. Todo lo dicho lo atestiguó, con juramento, la misma que avia recibido los favores. A que se añade, para conclusion de este sucesso, que haviendosele escrito esta Señora à su hijo el Canonigo D. Francisco Amorrea, y pintadole todas las señas del semblante, y estatura del Padre Francisco, dicho Señor Canonigo (que al Padre le havia conocido, y visto en Napoles) dice, que eran, ni mas, ni menos que como su madre se las pintaba.

Aparicio à Doña Candida Brancati.

No fuè menos benigna otra visita, que el Siervo de Dios hizo à Doña Candida Brancati. Padecia esta Señora un catarro tan fuerte, que estrechandola las fauces el tenàz humor, que à ellas caía, estaba en gran peligro de ahogarse, ù de morir por falta de alimento, pues no podia passar alguno, ni sòlido, ni liquido. Viendola en este estado el Medico, previno à Don Domingo Orsino, hijo de la Enferma, que viesse si se la podia dàr los Sacramentos, que èl para cumplir con su obligacion, no podia menos de recetarselos. Candida oyò tambien esta sentencia ; pero apelò de ella à mas poderoso Medico, que era el Padre Francisco. Acudiò al tribunal de sus piedades, diciendole à su hijo le traxesse un Retrato suyo, que tenia en su casa. Alcanzaronsele, y con gran ternura, y devocion se le aplicò apretadamente al pecho. No parece si no que con esta accion obligò al Padre Francisco à que viniesse en persona à socorrerla, pues immediatamente le viò junto à si: el rostro apacible, y risueño : el manteo sobre los ombros, è hincado de

de rodillas delante de su cama. A semejante vista, dixo, aunque en voz baxa, por su indisposicion; pero de modo, que lo oyò su hijo: *O bienaventurado! O que bello que sois! Què hermoso que estais!* Y al mismo tiempo se sentò en la cama, y yà con voz despejada, y libre, pidiò, que la traxessen un caldo, añadiendo: *Que assi me lo ha dicho el Padre Francisco, y aùn me ha assegurado, que en toda esta tarde se acabarà mi mal.* Traxeronla el caldo, y pudo passarle sin impedimento alguno, y creyendo con esto su hijo Don Domingo, que era verdad, y no desvarìo lo que su madre decia, la preguntò por dos veces: si aùn estaba allì el Padre Francisco? A que ella respondiò, que sì, añadiendo siempre: *Y què bella cara que tiene; què magestuosa!* En consequencia de todo esto, y en cumplimiento de lo que el Padre la havia ofrecido en aquella tarde se le desembarazaron las fauces, pudo comer, y beber, recobrò del todo la voz; y en fin, se levantò de la cama, sana, y buena, y bolviò à referir muy por estenso todo lo que havia visto, y oido, y su relacion la firmò, para que hiciesse fee el mencionado Don Domingo, que fuè testigo ocular, assi de la enfermedad, como de la milagrosa, y repentina salud.

Aparicion en q̃ assegura una cobranza de maravedises.

No solo para materia de tanto interes, como es la vida, sino para otras de menores intereses, sabe gastar sus visitas à favor de sus devotos este Venerable Jesuita; buen testigo fuè de esto un Medico, que huvo en la Ciudad de Benevento, llamado Antonio Viteli. Deseaba este cobrar una summa de dinero, que le debia la Camara Apostolica; hacia sus diligencias, pero en vano, pues si no le negaban la deuda, nunca llegaba el tiempo de que se la pagassen; tomò, pues, otro medio, que fuè encomendarse fervorosamente al Padre Francisco, pidiendole le facilitasse aquella cobranza; y el Padre hizo tan buen Agente, que una noche (que no se acuerda qual fuesse; pero sabe de cierto, que fuè en el mes de Abril del año de 17.) se le representò en sueños en trage de la Compañia, y le assegurò, que dentro de breve tiempo, darian à su credito la debida satisfaccion: y assi fué, pues à la mañana siguiente le hizo saber el señor Chanciller Pizella, que

havia recibido orden apretado de Roma, para pagarle cierta cantidad, que se le debia, y que assi acudiesse luego por ella; y añadió (para que no se dudasse, que el Padre Francisco havia hecho la diligencia) haverle escrito el señor Thesorero de la Reverenda Camara, que se havia sentido, movido interiormente à hacer aquella paga, por un poderoso impulso, que havia experimentado, aunque ignoraba de donde nacia. Tambien assegura dicho Medico, que haviendo padecido su muger por espacio de ocho años un peligroso fluxo de sangre, que le ocasionò tal deliquio, que la puso à las puertas de la muerte: èl, dexandose de otras medicinas, la aplicò con gran fee un poco de paño de cosa usada del Padre Francisco, y con esto solo, de repente cessó con la fluxion el desmayo; y de aquel mal cronico quedò para siempre libre.

Aparicion aun sin la circunstancia de ser llamado.

Al señor Canonigo Juan Antonio Gioyosi, natural de la Grotalia, se le apareciò tambien su Paysano el Padre Francisco (aun sin la circunstancia de haver sido llamado) para librarle de una grave, penosa, y molesta enfermedad que padecia, que fuè un accidente de retencion de orina, tan obstinado, que le mortificò por espacio de quarenta dias, y en tres de ellos arrojò sangre, con horribles dolores, y con grandes desconfianzas de los Medicos, de que pudiesse vivir. Yà he dicho que este Enfermo no acudiò à pedir remedio al Padre Francisco de Geronymo; mas no por esso dexò su gènio piadoso de venir à darsele; pues un dia, al tiempo del amanecer, le pareciò se quedaba dormido, y que entonces se le dexaba vèr el mencionado Padre, en trage propio de Jesuita: Conocióle el Enfermo, porque se havian criado juntos en la Comunidad, de que hicimos mencion al principio de esta Vida, y en ella le parecia se hallaba, quando el Padre se le apareciò; al dexarse vér, añadiò el hablarle, y le dixo: *Por què no me haveis llamado antes, y yà estuvierais libre; y no os sucediera lo que sucede a Don Joseph de la Grota?* Estas voces le despertaron, y acordandose, que tenia una Medalla (que el Padre, quando vivia, le havia dado de su propia mano) la tomò, y se la aplicò à la cabeza, con viva

viva fee de haver conseguido la salud: y assi lo experimentò, pues se hallò sano, sin quedarle la menor reliquia del grande mal que havia padecido. Y en quanto à la obscura proposicion, que de D. Joseph de la Grota dixo el Venerable, solo se ha averiguado, que dicho sugeto muriò en el mes de Agosto de el mismo año de 1718.

Apariciò à una Religiosa Benedictina.

En el Convento de Santa Cathalina de la Ciudad de Vicencia, cayó enferma de grave cuidado la señora Octavia Josepha Scrofa, y sobreviniendo á su accidente un delirio, que la durò tres dias, y tres noches, sin dexarla pegar los ojos, el Medico la diò por muerta. A este tiempo una Religiosa, que con otra assistia à la moribunda, sintiò en su corazon un eficàz impulso de valerse de la intercession de el Padre Francisco, cuya fama estaba yà estendida por las Provincias de Italia. Comunicò este pensamiento con su Compañera, y las dos convinieron en dár á la Enferma, en un poco de agua, un hilo de ropa del vestido de el Siervo de Dios, sin que nadie, ni aun la misma Doliente lo entendiesse; y assi lo executaron, pues al tiempo del comer, la dieron, y bebiò el agua con la Reliquia. Luego immediatamente, despues del largo pervigilio que havia padecido, se quedò dormida, y durmiò quieta, y sossegadamente por espacio de una hora, al fin de la qual despertò alegre, y risueña, diciendo à grandes voces: *Yo estoy buena, me ha sanado.* Quien? (preguntaron las dos Enfermeras) Y ella respondiò, mirando fixamente à los pies de la cama, como si alli viesse à alguna persona: *El Padre Francisco de Geronymo: El se me ha aparecido, me ha puesto la mano en la cabeza, me ha dicho su nombre, y que tenga buen animo; y ahora se retira, venle alli, ahora està à la puerta*; y fuele siguiendo con los ojos, y con el movimiento de el cuerpo, hasta que desapareciò; y al mismo tiempo se desapareciò todo su mal, tan del todo, que sana, buena, robusta, y muy en su acuerdo, se levantò de la cama. Este caso le juraron, no pocas Religiosas, que la assistieron, y su Confessor, Don Camilo Zampieroni, Cura de San Faustino, y Jovita, que se hallaba presente: por lo qual se autenticò, y se legalizò ante Monseñor Ve-

nieri, Obiſpo de Vicencia, y el traslado le embiò à Napoles el Padre Angelo Porro, de la Compañia de Jesvs.

A Angela Colucho.

El dia de Navidad de el año de 19. Angela Colucho tuvo la dicha de que el Padre Franciſco tambien la viſitaſſe, con ocaſion de haverle invocado, y llamado para ſu alivio, en un dolor vehementiſsimo, que le cauſaba el haverſele quebrado un hueſſo de los que principalmente depende el movimiento del pie. Apareciòſele el Venerable, y le dixo: *Tèn buen animo: de què te quexas? Te parece que ſon grandes tus trabajos, y tus dolores? Pues en realidad, nada ſon.* Eſtas breves palabras fueron baſtantes para que, en la realidad, nada fueſſen, ò ſe reduxeſſen à nada los dolores que la pobre padecia, porque immediatamente ſe deſvanecieron, y ſe acabaron.

Aparicio en Genova.

Carlos de Giacomo padecia en Genova un agudo dolor de coſtado, pero tan eſquiſito, que los Medicos juzgaron, que le meteria en la ſepultura. Viſitòle el Padre Alexandro Maineri, el qual le encargò tuvieſſe mucha confianza con el Venerable Padre Franciſco de Geronymo, y que ſe encomendaſſe à èl muy de veras, mientras que le aplicaba al lado del dolor un papel eſcrito de ſu mano. Hecha eſta diligencia, el Padre Alexandro ſe retirò, y el Enfermo en dos dias, y dos noches no encontrò el alivio que deſeaba, y que havia pedido; antes bien, todo eſte tiempo le paſsò en una perpetua vigilia, pero al fin de ella durmiò media hora con gran deſcanſo, y con gran guſto, porque en èl viò al Venerable Padre, que le dixo: *Proſiguieſſe en tomar los remedios que le daban, que con eſſo recobraria la ſalud.* Obedeciò el Enfermo, y cumpliòſe la palabra de el Padre.

A Maria Roſa, y la libra de la muerte.

Por todos capitulos quedò obligadiſsima al Padre Franciſco una muger llamada Maria Roſa; uno, por el favor que la hizo en venir à viſitarla; y otro, porque la viſita fuè para comunicarla la ſalud, en ocaſion de eſtàr deſauciada por un abſceſſo, que la havia ſobrevenido á la cabeza, y que dilatandoſe por las partes interiores, y delicadas del celebro, puſieron á los Medicos en una total deſconfianza de ſu vida, y mas viendo, que los varios, y po-

poderoſos remedios, que la aplicaban, la ſervian de tormento, pero no de alivio. En eſte deſconſuelo, la Enferma tratò de encomendarſe fervoroſamente al Padre Franciſco, de quien fuè oída con tanta promptitud, que aquella miſma noche vino à reſponderla. Apareciòſele, y formandole con el dedo police de la mano derecha la ſeñal de la Cruz ſobre la cabeza dolorida, la dixo: *Mira, tu mal te debia ſacar de eſte Mundo; mas por haver oido el Señor tus oraciones, y haverme invocado de corazon, te reſtituye à tu antigua ſanidad.*

A la ſeñora Alzamoro.

La Señora Doña Camila Vidal Alzamoro, cayò en la cama por el mes de Enero del año de 21. Rindióſe, no à una enfermedad ſola, ſino à muchas enfermedades juntas: calenturas malignas, diſſenteria, inapetencias con nauſeas del eſtomago, dolores acerviſsimos, y otros accidentes, que la cogian todo el cuerpo. Los Medicos, como veian multiplicadas las enfermedades, multiplicaban tambien las medicinas; pero con el deſconſuelo de vèr, que las medicinas eran vencidas de las enfermedades: por lo qual, deſpues de haverla mandado dar los Sacramentos, poco deſpues paſſaron à deſahuciarla. Mas una tarde, en que ſus continuos dolores ſe avivaron mas; oprimida de tanto peſo la naturaleza, y buſcando ſu deſahogo, prorrumpiò en un amarguiſsimo llanto, en el qual, ſin ſaber por què, ſe le excitò viviſsima la eſpecie de encomendarſe al Padre Franciſco de Geronymo, á quien havia conocido en vida, y miradole ſiempre con grande veneracion; pidiòle, que ſi era gloria de Dios, la alcanzaſſe de ſu Mageſtad la ſalud. Hecha eſta oracion, quedò muy eſperanzada de que havian ſido oìdos ſus ruegos, y vino à ſer aquella eſperanza, como noticia alegre, que la adelantò el Padre, de que conſeguiria el favor, que deſeaba; pues quedandoſe dormida, deſpues de muchos dias, y muchas noches de un continuo pervigilio: luego que deſpertó, oyò la voz del Padre Franciſco (la qual ella conocia muy bien) que la decia: *Yà por mis ſùplicas te he conſeguido la ſalud, que deſeas.* No dixo mas; pero eſtas pocas voces fueron muchas para ſu conſuelo; pues empezando deſde aquella hora à retirarſe la tropa de

ma-

males, que la llevaban à la muerte, sobrevino (para dexarla en la vida) una perfecta salud, la que empezò à disfrutar, viniendo à nuestra Iglesia à confessarse, y recibir la Eucharistia, en accion de gracias à nuestro Señor, por el beneficio que havia recibido de su mano, por la del Padre Francisco.

A una Religiosa de la Visita Pobre.

Semejante fue la aparicion hecha, y la salud concedida à Soror Ursola Lancheta, Religiosa en el Real Conservatorio, dicho *la Visita Pobre*, de quien el Siervo de Dios tuvo, viviendo, particular cuidado, para adelantar en perfeccion aquellas Almas, y despues de muerto las favorece con especiales gracias, para las Almas, y para los Cuerpos. A la dicha Soror se le estrechò la garganta por una esquinencia, de modo, que muchas veces se viò en proximo riesgo de sufocarse: De aqui se siguiò otro peligro de morir de falta de alimento; porque cerradas las fauces, no daban passo, ni aun à los licores, y assi estuvo ocho dias; los quales se puede decir, que los passò agonizando, sin experimentar el menor alivio. Viendola, pues, vivir muriendo, las Sorores Antonia de Arsio, y Rosa Citale, recurrieron con viva fee à su conocido Padre Francisco; y alentando a la Enferma à que se encomendasse à él con grande confianza, la ataron à la garganta una Imagen suya, lo que executado, se retiraron a descansar un poco de las fatigas de su assistencia, porque era yà entrada la noche. Poco les durò su descanso, porque oyendo á breve tiempo ruido en la pieza de Soror Ursola, bolvieron apresuradas à ver, què la havia sobrevenido; y la hallaron en accion de arrojar por la boca una gran porcion de materia, y sangre: Desembarazòse de ella, y con semblante, yà vivo, alegre, y espirituoso, las dixo: *Yo estoy yà sana. Hè recibido esta gracia por la intercession del Padre Francisco, el qual en un breve rato, que me quedè dormida, se me ha dexado vèr en trage de Jesuita, pero con Roquete; y me dixo: Confia, que yà estas buena; y luego, tocando con su mano derecha la Imagen suya, que tengo assegurada à la garganta, à aquel contacto, se siguiò este vomito, en el que he arrojado, à mi juicio, toda la causa de mi enfermedad*; y no se engañò en este juicio, pues executado

do el vomito, quedò perfectisimamente sana. Atestiguaron este sucesso las sobredichas Religiosas, y otras, que llegaron despues; y sobre todas, la Madre Abadesa, llamada Ana Celentano, quien en su deposicion dice, que no le hizo mucha novedad, que el Padre Francisco huviesse otorgado à aquella Religiosa el referido favor; porque ella avia experimentado en sì otro muy semejante; y fuè, que haviendosele atravesado en la garganta una espina, que la puso en peligro manifiesto de perder la vida; solo con aplicarse la Imagen de el Siervo de Dios, la espina se desapareciò, sin saberse como, y ella quedò libre de su peligro.

Otras dos apariciones à otra Religiosa de la misma Casa.

No fueron menos utiles para otra Religiosa de aquella Casa, otras dos apariciones, que la hizo el Padre Francisco, como se verà en la narrativa de ellas. Llamabase esta Religiosa Marta Guarracino, y tenia à su cuidado una Muchacha seglar, de tan irregulares, y travièssas costumbres, que era una quotidiana turbacion, assi de Soror Marta, como de la Comunidad: por lo qual, despues de haver tomado varios medios, pero en vano, para que por sus parientes se la llevassen: Acudió con toda confianza al difunto Padre Francisco, pidiendole, que la librasse à ella, y à aquella Casa de semejante embarazo. Oyòla el amable Jesuita, pues un dia (en que passeandose por el Claustro, le repetia en su corazon esta sùplica) se le dexò vèr con Roquete, como si fuera à predicar, y encarandose con ella, la dixo: *Hija, pon en paz tu corazon, sossiegate, que essa Muchacha passarà à otra parte.* Movida Soror Marta de el afecto, y gusto que la diò tal vista, iba apresurada à besarle la mano; pero no pudo, porque de repente se la desapareciò. De todo lo referido fuè testigo de oìdas Soror Christina Fiore, que en estas circunstancias estaba en el mismo Claustro, y oyò sus palabras, pero al Padre no le vió. Mas señalada fuè la otra aparicion, hecha à la misma Soror Marta, dos meses despues de la referida. Al tiempo dicho, cayò gravemente enferma, recurriò à su experimentado Bien-hechor, con la confianza que la daban los favores antes recibidos: quedòse dormida, y le bolviò à vèr, tambien con Roquete, como en la primera ocasion,

sion; alentò sus oraciones, pidiendole su salud; pero el Siervo de Dios la respondiò: *Ni no ay mas tiempo de vida; y assi te he conseguido la Gracia para el Alma.* Oido esto, la buena Religiosa se retirò de los pensamientos, y deseos de vivir: abrazò su muerte con dulce conformidad con la voluntad Divina, y dentro de tres dias, recibidos todos los Sacramentos, hizo su viage à la Eternidad.

A otra de el mismo Convento.

La misma Soror Marta, al tiempo del morir, dexò à su confidente, y amiga, Soror Christina Fiore (ya nombrada) treinta ducados, para que se los hiciesse decir de Missas; mas aunque era amiga de la Difunta, se descuidò de executar lo que la havia encargado. Se olvidò, ò emperezò en mandarla decir las Missas; pero en castigo de su tibieza, dentro de pocos dias la embiò Dios una calentura, tan maligna, que à passos largos la iba acercando à la muerte. Encomendòse al Padre Francisco, y este se le apareciò en sueños; tocòla el cuello, que le tenia elado, y añadiò: *Mandad decir aquellas Missas, y por ahora no temais morir.* Vino por la mañana el Medico, el señor Genaro de Alexo, y fiada la Enferma en la palabra del Padre, le dixo, que se queria vestir: recibiòse con risa su proposicion, pero lo que sucediò, fuè, que dentro de tres dias se levantò sana, y robusta.

Otra con especiales circunstancias.

Onofre Como, Mercader de Telas de Oro, y su muger Teresa Poderica, tenian una hija, yá de ocho años, y estaban sumamente lastimados, porque una larga enfermedad la havia reducido tan à los ultimos terminos de la vida, que à cada instante la temian la muerte. Aun en lance tan desesperado, la pusieron en manos del Padre Francisco de Geronymo, pidiendole, que si à aquella Muchacha le convenia, la alcanzasse de Dios, saliesse de tanto peligro, à una perfecta salud. Quisieron aplicarle una Reliquia del mismo, que tomaban por intercessor, pero no tuvieron à la mano otra, que un Agnus, que el mismo Padre havia dado al mencionado Onofre, en uno de los Domingos, en que havia assistido à la Comunion General. Este Agnus se le aplicó su madre à la Enferma, con mucha fee, y afervorizando su oracion, para conseguir lo que deseaba, y esto fué à la entrada de la noche. A

la mañana siguiente, estando Teresa à la cabecera de su moribunda hija, oprimida, mas què del sueño, del dolor, viò al Padre Francisco en su trage regular, quien la dixo: *Tèn buen animo, y alegrate, que te traygo la salud, que deseas para tu hija.* Mas como su hija estaba (como he pintado) yà casi dando las boqueadas, Teresa no diò à estas palabras el debido credito. Dudò, permitiendola Dios quizàs esta duda, para que sobresalièsse mas el favor, que se le queria comunicar; pues reconociendo el Padre Francisco su duda, añadiò à las dichas, las siguientes palabras: *No temas, ni dudes; y para que no dudes, ni temas, toma estas flores, en señal de la salud, que he de dàr à tu hija; y te mando, que me dès las gracias, y que publiques, y digas à todos este beneficio que te hago.* Con lo qual, inmediatamente desapareciò. Quedò Teresa atonita, à vista de esta dichosa representacion; pero desprendiendose de la suspension, que la havia ocasionado; passò à observar, aunque con timidèz, el estado en que se hallaba su Enferma. Observòla; y fuè cosa maravillosa ver, que la que poco antes daba los ultimos alientos, estuviesse ocupada de un quieto, y suave sueño; y tan saludable, que al dispertar de èl, pareciò, que con èl se havia dexado toda su enfermedad; pues dispertò de tan buena disposicion, que pidiò de comer, con ojos tan despejados, y con color tan de sana, que su madre al punto se resolvió, en lagrimas de alegria, y de agradecimiento, assi à Dios, como à su Siervo Francisco, à quien obedeciò puntualmente en publicar, y decir à todos el favor, por tantos titulos grande, que acababa de recibir.

Nota, que el Siervo de Dios quiere, q̃ sus favores se publiquen.

Algunas veces he insinuado en esta Historia, que la amabilidad de este Venerable Jesuita, es tan subida de punto, que no espera à que se le pidan los beneficios, y gracias; sino que, ò èl viene combidando con ellas, ò viene avisando, y moviendo à que se las pidan. De esto es confirmacion, un caso bien singular, que acaeciò à 23. de Abril del año de 26. en el Venerable Monasterio de Santa Clara de Napoles: en èl era Religiosa Doña Querubina de Flores, Española, y natural de Madrid. A esta Se-

Otra à una Religiosa de Santa Clara.

ño-

ñora, le dieron unas tan mortales calenturas, que la obligaron à recibir hasta el Sacramento de la Extrema-Uncion. Ya en su Convento la lloraban como difunta. En este estado se hallaba Doña Querubina, quando el Padre Francisco (à quien no havia invocado) se le apareció en sueños à Francisco Xavier Oviedo, Ayuda de Camara de Don Francisco Xavier de Florio; y le mandó, que dixesse à Antonia de Florio, Enfermera en el mencionado Convento: *Que estaba prompto, y que podia facilmente dàr la salud à aquella Enferma, si le llamaba con viva feè, para que se la diesse.* Y aun añadiò: *Que para que no dudasse la dicha Enfermera ser cierta aquella noticia, le daba por señas, que tenia en su poder un Libro de su Vida; y que tambien le mandaba, que le pusiesse debaxo de la almohada de la Enferma.* Quien creyera, que con tantas señales, y en materia en que no se iba a perder nada, no se huviera executado al punto lo que havia insinuado el Venerable? Pues no se executò; porque la Enfermera lo juzjò todo por una idea soñada, à que no debia darse credito. Sin embargo, viendo que la doliente iba à cada instante de mal en peor, la llevò el Libro: la exortò à que con grande feè invocasse al Padre Francisco; y ella, no solo le llamò, para que la favoreciesse, sino que le ofreciò, que en todo el tiempo, que la concedieesse de vida, traeria al pecho un JESUS, que es la insignia de la Compañia. Y lo mismo fuè hacer este ofrecimiento, que empezar à sacudirse de la enfermedad, que padecia: convaleció en breves dias; y al fin de ellos se hallò con perfecta salud, y comprobò no haver sido soñada, sino verdadera la aparicion, que el Santo Jesuita havia hecho al mencionado Xavier de Oviedo.

Prosiguen los favores del P. Francisco à esta Religiosa.

No se niegue, que fuè admirable el antecedente caso; pero mas admirable es sin duda, el que se sigue; pues en èl, intercediendo visitas del Padre Francisco, no solo se hizo un favor, sino se lograron muchas gracias, y muchos beneficios: los que haviendo empezado à 15. de Septiembre del año de 27. duraban aun en el de 34. en que se escrivió esta Historia, siendo testigos de ellos todos los individuos de

de una Comunidad Religiosa: Esta es, la que en Napoles llaman de *Domna Romata*, Casa donde viven unas grandes, y fervorosas Mugeres. En este Convento, pues, era Religiosa Lega Gracia Andrieta, que desfrutando buenas fuerzas, y robusta salud, sabia emplearlas, segun las obligaciones de su estado, en servir à Dios, y à su Comunidad; pero quiso su desgracia, que diò una cayda tan desgraciada, que se le quebrò un brazo; y aunque se le aplicaron todos los medios, y diligencias, que sabe executar la Cirugia (y esto por espacio de dos años) el brazo no tuvo remedio, quebrado se le quedó; y por consiguiente, la pobre Gracia inhabil para los laboriosos oficios. Esto lloraba con grande desconsuelo; porque à la verdad, es mortificacion muy grave para qualquier Religioso, ò Religiosa, verse sin fuerzas para cumplir con las tareas de su estado, y de su profesion. Para divertir sus melancolias, tomò esta Religiosa el entretenimiento santo de leer la Vida del Padre Francisco de Geronymo, y encontrandose en ella, que viviendo el Padre, havia favorecido à otras dos Religiosas de su Casa, libertandolas de largas, y graves enfermedades, para que pudiessen servir los oficios del Convento: haciendo comparacion de la felicidad, que aquellas lograron, con la desgracia, que ella padecia, empezò à dàr amargas quexas al Padre Francisco, de que à ella tambien no la sanasse; y mas quando por su edad, podia haverse movido à hacerle el favor, pues no era tan vieja, que todavia no pudiesse trabajar. Que por què, y por què (prosiguiò diciendo) havia de estàr tan sordo con ella, quando aunque no tuviesse otros meritos, para que la amparasse, bastaba el que fuesse hija de una Casa, que èl havia querido tanto? A este modo se explayò en otras expresiones, que si no tuvieran su raìz en una candida confianza, pudieran acreditarse de atrevimientos. Mas que el P. Francisco de Geronymo no los tuvo por tales, le verificò, en que estando dicha Religiosa durmiendo, en la noche inmediata al dia, en que se havia quexado tanto, sintiò, que la havian tocado en el brazo, con tanto impetu, que la obligaron à

dis-

diſpertar; y fuè, para que vieſſe delante de sí al Padre Franciſco, que ſe le repreſentò en ſu trage Jeſuita, puesto el Bonete, y con una Cruz abrazada al pecho, quien la dixo, con ſemblante todo celeſtial: *Mira, que de aqui adelante no me hables palabra, ni me pidas por tu maltratado brazo; porque has de ſaber, que no quiere Dios, que del todo te libres de eſſa mortificacion. Pero mira, ſiempre que neceſsitaſſes de fuerzas para las ocupaciones, y oficios de tu Convento, llamame, que no dexarè de oirte, y de ayudarte.* Que eſta no fuè eſpecie ſoñada, no ſolo lo experimentò entonces dicha Religioſa, ſino que el dia de oy lo eſtà experimentando; pues ſiempre que quiere emplearſe en alguno de los oficios laborioſos, y de ajobo de ſu Comunidad, en llamando al Padre Franciſco, el brazo (en lo demàs del tiempo debilitado, y dolorido) le ſirve con fuerzas, y ſin ningun dolor, como ſi del todo eſtuviera ſano. Mas en acabandoſe las taréas, le buelve ſu moleſtia, y ſu fatiga: de donde ſe ſigue, que para lograr alivios, procura eſtar todo el dia trabajando. Y eſto es tan notorio en aquel Convento, que de eſta maravilla ſon teſtigos todas ſus Religioſas; y para que conſtè à los Seglares, ſe ha hecho authentica informacion de eſte continuado prodigio, ante Octavio Balotta, Sacerdote, y Notario Apoſtolico.

Al fin de eſta Informacion, dice la favorecida Gracia Andrieta, que el Padre Franciſco de Geronymo la mira con tan piadoſos ojos, que no ſe acuerda haverle invocado en ocaſion alguna, en que no haya experimentado las dulces eficacias de ſu patrocinio, lo que confirmò con el caſo ſiguiente. Tenia eſta Religioſa un hermano pobre, que vivia en una Aldèa cerca de Napoles, bien conocida por ſu amenidad, y por ſu nombre, que es *Secundiliano*. Era pobre eſte pobre; porque ſiendo de Oficio Texedor, no tenia que trabajar en ſu Oficio. Vino à contar ſus laſtimas à ſu hermana Gracia, como ſuelen los Seglares; que aunque no ſean parientes, ſus penalidades las vienen à partir facilmente con los Religioſos, y Religioſas; pero ſus dichas, y ſus fortunas, no tanto. Nueſtra Gracia oyò à ſu

Remedia à un hermano ſuyo, que no tenia que trabajar.

su hermano ; y no solo se compadeciò , sino que le procurò su alivio, empeñando para él à su gran Favorecedor el Padre Francisco. Tomò una Estampa suya, y con confianza , y llaneza , le hablò assi : *Padre Francisco, yo no quiero, que dexèis vuestro Cielo ; pero quiero , que passeis à vivir con mi hermano a su casa , y à su Aldèa, para que le traygais muchos , que dandole que trabajar , le asseguren el comer.* Hecha esta Oracion , le diò la Estampa á su hermano, y le despidió , diciendo : Hermano mio , venera mucho essa Efigie; porque con ella te asseguro, que vàs remediado. Ella lo dixo, y el Padre Francisco lo cumplió ; pues desde que entrò en la casa de aquel Oficial , concurrieron tantos à darle que hacer , que huvo menester buscar otros Oficiales , para poder cumplir con todos.

Otro favor , con aparicion à la misma.

No se acabaron aqui las buenas correspondiencias del Padre Francisco para con esta Devota suya ; pues seis años despues de lo referido ; esto es, el año de 33. experimentó segunda vez su particular patrocinio; aunque antes de comunicarla el favor , le diò lugar à que adelantasse sus meritos, ofreciendole à Dios la mortificacion, que la daba, otro penoso accidente con que su Magestad la visitó. Fuè el caso , que el dia doce de Mayo del año referido , cayó la buena Gracia por una escalera de piedra ; y del golpe se descompuso los huessos de una rodilla : de modo , que se le dislocaron ocasionandole vehementissimo dolor. Havia en el Convento otra Religiosa Lega, llamada Isabèl Guarana, que preciada de Algebrista, acudiò al punto , à componer los dislocados huessos; pero no logrò su assumpto, pues aunque la Enferma sintiò algun alivio en su dolor, inmediatamente, á la manipulacion de la Guarana: aviyandosele al dia siguiente , fuè preciso ponerse en otras manos , para que los huessos se compusiessen. Pero ni aun esto bastò , para que el dolor no prosiguiesse con tanta vehemencia , que no la dexaba mover , ni dàr un passo ; y assi , huvo de estar ocho dias reducida à la cama , y puesta una almohada debaxo de la pierna , para poder lograr algun descanso. En este tiempo , el dia 23. de Mayo, Vispera de Pentecostès , se

animò à ir con las Religiosas à Comulgar, y se halló tan impedida, que se viò precisada à Comulgar en pie, y à oir sentada la Missa de la Comunion; y en fin, de este corto exercicio, bolviò casi arrastrando, y desmayada à su Celda, donde passò, reducida, al lecho los tres dias siguientes de Pasqua. Al fin de ellos, quiso probar, à vèr si podia aplicarse à algunas de las tarèas proprias de su oficio; pero lo que sacò de esta animosidad, fué, el que se le exacervaron los dolores de modo, que perecia; porque à la parte dolorida le acudiò una fluxion maliciosa. Passò con ella el dia trabajosissimamente; y temiendo, que la noche fuesse como el dia, apelò por su remedio à su Devoto el Padre Francisco. Tomò una Estampa suya; y apretandosela fuertemente al pecho, empezò à decirle con su acostumbrada llaneza: *Què es esto, Padre Francisco, como no favoreces à esta tu Devota; ò por mejor decir, à esta tu hija? Como no tienes lastima de esta rodilla, que me està mortificando?* Apenas articulò estas amorosas quexas, quando le sobrevino un apacible sueño, en el qual oyò la voz del Padre Francisco, què inmediato à su cama, la decia: *Gracia, què ociosidad es essa? Levantate, y acude à los oficios de tu Comunidad.* A este imperio, sintiò aquella Religiosa tan retirado todo el accidente, que la havia tenido por tantos dias tan postrada, que de repente saltò de la cama, y puesta de rodillas, pudo dàr, y diò las debidas gracias à su Bien-hechor: sintiendo solo el dolor de que se le desapareciesse immediatamente de los ojos; y sin libertad, empezò à llamar, con alegres voces, á las Religiosas, y à contarlas, que acababa de vèr á su Amado Padre Francisco, que havia venido à visitarla, y librarla de su enfermedad; y en feè de esso, empezò à dar passeos con grande desembarazo dentro de su Celda; y tan fuera de sì con el gozo, que si no se lo huvieran advertido las Religiosas, que estaban presentes, huviera salido medio desnuda à dar noticia de su felicidad à otras, que estaban en uno de los Claustros del Convento. Y en fin, todas, viendo aquella novedad, la alegria de su voz, y que andaba sin la menor seña de dolor, ni la menor desigualdad en

sus

ſus paſſos, clamaron feſtivas, y alegres, diciendo: *Milagro, milagro*; y dexando de las manos las labores, paſſaron al Coro, donde cantaron el *Te Deum*, en accion de gracias à Dios, y para publicar, la que el Padre Franciſco havia conferido à aquella ſu amada Devota.

Aparicion en que cura una corrupcion de hueſſos.

Iſabèl Gallo, muger de Aguſtin de Averſa, Saſtre de exercicio, por el mes de Agoſto del año de 33. padeciò en el dedo police de la mano derecha un panadizo, de humor tan mordáz, que le pudriò el hueſſo del inmediato nudillo: lo que viſto por Phelipe Palumbo, Cirujano de los muy acreditados de Napoles, juzgò bien, ſegun los principios de ſu Arte, ſer preciſo ſacar aquel hueſſo, para que ſu podredumbre no cundieſſe, è inficionaſſe à los demas de la mano. Governado por eſte dictamen, fuè aplicando los medicamentos preparatorios para la extraccion meditada; y yà una tarde viò al hueſſo en tal diſpoſicion, que ſi huviera tenido à mano los debidos inſtrumentos, ſin duda ſe le huviera ſacado; pero no llevandolos conſigo, dixo à la Enferma, que dexaba aquella accion para la mañana ſiguiente. Pero no fuè neceſſaria; porque adelantandoſe el Padre Franciſco con ſus favores, al amanecer del dia ſiguiente, ſe le apareciò en trage de quien iba à predicar; y haciendo la ſeñal de la Cruz ſobre el dedo, á quien la doliente havia arrollado una Eſtampa ſuya, quedó perfectamente ſano; de lo que ſe aſſegurò al rayar la luz del dia; pues reconociò deshinchada la mano, y el dedo en ſu eſtado natural, y en fin, tan ſin dolor, que pudo aplicarſe inmediatamente à ſus comunes, y acoſtumbradas labores. Dando eſtaba de eſto las gracias á Dios, quando entrò el Cirujano, que ſegun lo convenido el dia antecedente, venia muy armado de ſu eſtuche, para lograr la evulſion del hueſſo; pero la Enferma le dixo: *Tenga uſted, ſeñor Phelipe, que ninguno de eſſos inſtrumentos es neceſſario: el dedo yà eſtà bueno, gracias al Padre Franciſco de Geronymo, que eſta mañana me le ha curado, como uſted vè: lo que falta ſolo es, que uſted aplique algun unguento para cicatrizar eſta llaga.* De todo lo referido ſe maravillò el Cirujano; pero mas ſe maravillò al dia ſiguiente, re-

conociendo, que à toda prieſa, el antes deſnudo hueſſo, havia empezado à veſtirſe de viva, y perfecta carne. Y en fin, para que concluyamos, dentro de tres dias eſtuvo el dedo tan en ſu perfeccion, que no parecia haver padecido tan peligroſo accidente.

CAPITULO X.

REFIERE VARIOS PRODIGIOS, executados por las Imagenes del Venerable P. Franciſco de Geronymo.

GRandes han ſido las maravillas, que Franciſco ha executado en ſus Apariciones; pero ſi no mayores, mas numeroſas, y repetidas han ſido las que ha hecho por medio de ſus Eſtampas, y ſus Pinturas. Tanto guſto parece que tiene en eſto eſte piadoſo Jeſuita, que aun à los que ſolo han deſeado tener una Imagen ſuya, les ha pagado ſu deſeo, con algun ſingular, y grande beneficio. Sea el primer teſtigo, que deponga en eſta materia, el Ill.mo Señor Don Domingo Antonio Cyrilo, primero Obiſpo de Cariñola, y deſpues de Teano. Eſte Cavallero, fuè uno de los primeros, à quien la veneracion, y eſtimacion que tenia del P. Franciſco, le obligò à tener en ſu caſa ſu Retrato: conſiguiòlo, y el Venerable le correſpondiò al cuidado que avia tenido, librandole de una gran moleſtia, que le ocaſionaba una vexiga, que ſe le formò debaxo de la lengua: la qual, yà llenandoſe de humor, yà deſhaciendoſe dèl, yà bolviendoſe à llenar, le impedia, aſsi el hablar, como el comer. Conſultò ſu Illuſtriſsima à varios Medicos, para que le aliviaſſen de aquella penalidad, y ellos le recetaron varios medicamentos, pero nada utiles; porque guardaba Dios eſta curacion, para que con ella el Padre Franciſco pagaſſe à ſu Devoto el obſequio de tener conſigo ſu Retrato; y aſsi ſe viò, que apenas el Illuſtriſsimo puſo los ojos en èl, rezò tres Glorias à la Trinidad Beatiſsima, y ſe aplicò à la lengua un pedazo de lienzo, que havia uſado el Venerable, quando al momento la vexiga ſe rompiò, arrojando gran copia de materia; pero con la circunſtancia de ſer la ultima; porque no ſe bolviò à llenar de otra: con lo qual quedò ſu Ill.ma tan aliviado, como agradecido.

Favorece à quien tiene ſu Retrato.

Ana

Ana Eſcoto, que vivia en Napoles, caſada con un Notario, llamado Vicente Pablo, fué apaſsionadiſsima del Padre Franciſco, quando vivia, y deſpues de difunto le mantiene una finiſsima correſpondiencia de confianza, y amor: Eſta, pues, tiene una Eſtampa del Venerable, à quien ella llama el remedio de todo ſu Barrio; y bien puede, pues remitiendola à los Enfermos, y neceſsitados, por ſu medio ſe experimentan continuos, y prodigioſos efectos. El primer favorecido por eſta Eſtampa, fuè Benito Juanini, que eſtando con una calentura maligna, y con una apretura de pecho, tan fatàl, que à cada hora temia ahogarſe; al punto que ſe aplicò al pecho la Imagen, ceſsò la fatiga, pudo alentar, y reſpirar libremente, y no mucho deſpues dió gracias al Padre Franciſco, porque ſe vió perfectamente convalecido, y ſano.

Eſtampa milagroſa.

El ſegundo à experimentar las gracias, que el Venerable Jeſuita comunicaba por la mencionada Eſtampa, fuè un Niño, que el año de 21. diò à luz Magdalena Valeta, muger de Mario Arena: dióle à luz, pero parece que fuè para que no la vieſſe, pues à cauſa de no sè què violento accidente, cerrò el Niño tan del todo, y tan apretadamente los parpados, que fuè preciſo para abrirſelos, valerſe del Arte de la Cirugía. Abrieronſele, pero ſe aumentò el deſconſuelo de ſus padres, pues ſe vieron en los ojos dos nubes blancas, tan eſtendidas, y tan denſas, que abſolutamente le impedian la viſta. Tuvo noticia de eſto la mencionada Ana Eſcoto, y compadecida de la afliccion de los Padres de el Niño, les embió ſu Eſtampa: Aplicòſela ſu madre con viva fee, y à la noche ſiguiente ſoñò, que el Padre Franciſco ſe le aparecia, y que la daba eſperanza de que conſeguiria la gracia, que deſeaba para ſu hijo. Deſpertò, y al punto quiſo hacer experiencia de ſi el ſueño havia ſido ſolamente ſueño, y hallò, que las nubes que ocupaban los ojos de ſu hijo, ſe iban deſvaneciendo poco à poco. Alentando con eſto ſu fee, repitiò mas fervoroſas ſus ſùplicas, y con ellas ſe moviò el Padre Franciſco à perficionar el favor, pues dentro de breves dias las nubes deſaparecieron de el todo, dexando los ojos de la tierna Criatura, claros, lim-

Raro mal de ojos.

limpios, vivos, y eſpirituoſos, y los corazones de ſus Padres llenos de conſuelo, y de devocion al Padre Franciſco, la que expreſſaron, deponiendo todo lo referido con juramento.

Genaro Eſpaſiano, hijo de Joſeph Eſpaſiano, fuè el tercer favorecido de la ſobredicha Eſtampa. Siendo de trece años, ſe le pegò una calentura, que juntandoſe con arrojar la ſaliba muy teñida en ſangre, en breviſſimo tiempo le conſumiò, y le puſo hecho un eſqueleto, ſin mas que los hueſſos, y la piel. Los Medicos llegaron à decirle claramente à ſu padre, que ſu hijo ſe moria, ſin que ellos hallaſſen yà medio alguno para impedirlo. El padre recibiò eſta noticia con grave deſconſuelo, porque le amaba, como á ſu hijo unico; pero alentando ſu corazon, à correſpondiencia de ſu peſadumbre, fuè la confianza, con que acudiò al Padre Franciſco, pidiendole, que à ſu Genaro le embiaſſe remedio de el Cielo, yá que no ſe havia encontrado alguno util en la tierra, para libertarle de ſu enfermedad. Hecha eſta oracion, embiò à toda priſa à pedir à caſa de Ana de Eſcoto la Eſtampa del Venerable. Vino, exortò à ſu hijo á que tuvieſſe grande fee, aplicòſela al pecho, y el doliente, con anſia fervoroſa, ſe abrazò con ella, y eſto baſtò para que al punto, cediendo la calentura, empezaſſe la mejoria, la que proſiguiò con tanta felicidad, que dentro de poco tiempo ſe andaba paſſeando por Napoles, gordo, ſano, de buenos colores; y en una palabra, ſin reliquia, ni ſeñal alguna de el padecido accidente.

Niño thifico.

Dos años deſpues la madre del poco ha mencionado Genaro, que ſe llamaba Roſa Leca, padeciò un fluxo de ſangre por la boca, y con un grave dolor al pecho, y no por un dia, ù otro, ſino por el eſpacio de diez y ſiete dias, en los quales ſufriò todas las medicinas, y amargos medicamentos, que los Medicos le recetaron; pero los miſmos Medicos, viendo que ſus medicamentos eran ineficaces, le dixeron recibieſſe el Sacramento de la Penitencia, ſiempre util, y provechoſo para el alma. Viendo la Doliente, que eſto era, en buenos terminos, aviſarla, que ſe moria, hizo oracion fervoroſa al Padre Franciſco de Geronymo, pidiendole, le al-

Fluxo de ſangre.

alcanzasse de Dios la vida, si acaso esto havia de ser para gloria suya. Esta oracion tan cuerda, la hizo teniendo al pecho la mencionada Estampa de Ana Escoto; y el efecto fué cessar al punto el fluxo, cessar la calentura, cessar el dolor, convalecer en breves dias, y en los mismos, llegar à la possession de una perfecta salud.

Una casi resurreccion, con otras maravillas.

Juan Domingo de Todaro, natural de Taranto, y de exercicio Pescador, podemos decir, que debiò à una Imagen del Padre Francisco, no solo la salud, sino la vida; pues en una enfermedad que tuvo, se viò desahuciado de los Medicos que le asistian. Debiòle (buelvo à decir) à una Imagen del Padre Francisco, el salir de tan peligroso estado; pero intercedieron en este favor extraordinarias circunstancias, dignas de saberse, y por esso las refiero, sin temor de que me tengan por prolixo. Viendose, pues, el Enfermo en el estado infeliz, que hemos pintado, pidiò una Imagen del Padre Francisco; y haviendosela aplicado con tierna devocion á la cabeza, la puso sobre la almohada, para tenerla mas cerca; pero con algun movimiento, que el Enfermo hizo, la Imagen se deslizò, y cayò en el suelo. Acudieron los assistentes à levantarla (y aqui el prodigio) pues vieron, no sin admiracion, el rostro de la Imagen encendido, y rodeado de un extraordinario resplandor. Fuera de esto, un hijo del Enfermo, de edad de ocho años, aquella misma noche soñò, que estaba en una Iglesia, en que estaba tambien el Padre Francisco: el qual, haviendo hecho abrir una sepultura, le dixo: *Mira, que yo te restituyo à tu padre, llevatele.* Y que esto no fuesse sueño vano, se coligiò del efecto favorable, que à èl se siguiò; pues en breve tiempo, el pobre moribundo recobrò la salud contra la opinion, y juicio de los Medicos.

Resplandores en el rostro de la Estampa.

Mysteriosa aparicion.

La señora Domingà Verini experimentò tambien la favorable assistencia del Siervo de Dios, por medio de otra Imagen suya, en una hija que tenia, de edad de quince meses. Cayò esta Niña, y cayò de cabeza por una escalera de su casa, tan desgraciadamente, que luego que la levantaron del suelo, se le conociò una contusion, entre la sien izquierda, y la futura coronal: à esta correspon-

Caida peligrosa.

pondia otra al otro lado, con hinchazon, y un tumor, muy crecido, y entre las dos una herida, que por mas de dos dedos dexaba descubierto el casco de la cabeza. El Padre de esta Niña, que se llamaba Octaviano Giraldi, y era Cirujano de profession, perdiò el animo, y no le tuvo para hacer por sì esta cura. Consultòse con Compañeros suyos peritos en el Arte; y conviniendo, en que era preciso manifestar con el hierro aquellos tumores, se determinò esta operacion, para la mañana siguiente. Pero en el interin la afligida madre se valió de mas poderoso remedio, que fuè la proteccion del Padre Francisco de Geronymo. Entróse en una pieza, retirada de su casa, donde tenia un Retrato suyo: Pusose de rodillas delante de èl: postròse en tierra, y con lagrimas, y suspiros, le hizo cargo del antiguo conocimiento con su Familia; y en consequencia de esto, le suplicò, le diesse à su hija la salud. Oyòla benignamente nuestro Francisco, y la hizo cumplido el favor; pues por la mañana los Cirujanos, que venian muy prevenidos para executar lo que la tarde antes se havia resuelto, quitaron las vendas; pero se quedaron sin accion absortos, y admirados; porque se havian desaparecido los tumores, que venian buscando; y aun temiendo hallarlos mas crecidos, por el concurso de las materias. Passaron despues à registrar la herida, y tuvieron nuevo motivo para su admiracion; pues advirtieron, que sobre el hueso desnudo, y descubierto, se iba criando carne, y se criò con tanta priessa, que dentro de dos dias, ya estaba cubierto de ella: por lo qual, atonito el Giraldi, gritò: *Milagro, milagro*, confessando (como testificó despues) y reconociendo en este caso dos maravillas; una, haverse desvanecido por sì los tumores, yà maduros, y sazonados, para abrirse; y la segunda, el criar cutis el hueso descubierto en solos dos dias, quando, segun las experiencias de su Arte, y las leyes de la Naturaleza, se requieren dos meses para este efecto.

Dolor agudo.

Tambien fuè maravillosa la gracia, que recibió, librandose de un obstinado dolor, Victor Campanino, Natural de Nivano, tierra vecina à la Ciudad de Aversa. Este hombre, pues, por un

un humor maligno, que le fluìa al hueſſo, que llama Sacro la Anatomia, padeciò por todo un año un dolor, tan continuo, y tan violento, que no le dexaba moverſe, ni dàr un paſſo. Viendo que los apoſitos, y aceytes, que le aplicaron, no ſurtian efecto, que las unturas ſe repetian, y que el dolor no ceſſaba, buſcò entre algunos parientes ſuyos una Eſtampa de papel de el Padre Franciſco; aplicòſela con tierna confianza à la parte dolorida, y ſin mas diligencia, el que antes no podia moverſe, empezò à dàr ſaltos de placer, por haver conſeguido el deſeado favor. Aſsi ſe lo ateſtiguò la muger del dicho Victor al Padre Nicolàs Canati, de la Compañia de Jesvs, en preſencia de otras mugeres, vecinas ſuyas.

En toda forma ſe autenticò en el año de mil ſetecientos y veinte y cinco la ſanidad maravilloſamente recobrada de Bartholome de Vita, natural de Populi, en el Abruzo, y morador en Napoles, con el exercicio de Caleſero. Eſte hombre cayò tan gravemente enfermo, que el ſeñor Dotor Juan Ambroſeli (yà otras veces nombrado en eſta Hiſtoria) le

Un Caleſero deſahuciado.

recetò los Sacramentos, y le exortò à que ſe diſpuſieſſe para el viage de eſta vida à la otra. No le ſonò eſto bien al Enfermo, porque aunque eſtaba acoſtumbrado à hacer jornadas, de eſta no tenia experiencia; y aſsi ſe contriſtò; pero quiſo ſu fortuna, que fueſſe à viſitarle Alexandro Moro, el qual, viendole afligido ſe moviò à piedad, y le ofreciò, que le traeria de ſu caſa para ſu conſuelo un Retrato del Padre Franciſco; traxoſele, y encargandole tuvieſſe una grande confianza, ſe le entregò, para que ſe le aplicaſſe: tomòle el Enfermo, puſole ſobre el pecho, eſtrechòle con los brazos, quanto permitieron ſus rendidas fuerzas, y con tiernas lagrimas le pidiò la ſalud. Oyòle el benefico Franciſco, pues inmediatamente ſe quedò dormido, quando antes no havia podido conſeguir la menor quietud. Paſsò placidamente la noche, y à la mañana ſiguiente le hallò el referido Medico tan mejorado, que ſe podia decir eſtaba ſano perfectamente; mirabale con atencion, una, y otra vez, pueſta ſiempre la mano en el pulſo, y à cada inſtante arqueaba mas las cejas, admirado de aquella no-

novedad, haſta que haviendole dicho la aplicacion de la Imagen, ceſsò ſu admiracion, y dixo, como quien en ſu caſa havia experimentado yà los favores del Padre Franciſco: *Nò podia venir de otra parte, que de aquel Venerable tan maravilloſa novedad.* Y concluyò con deſpedirſe del Enfermo, diciendole, que podia veſtirſe quando quiſieſſe; y deſpues authorizò con ſu firma la relacion de eſte ſuceſſo.

Pierna quebrada por dos partes.

Haviendo dado una grave caìda Nicolàs de Roberto, ſe le quebrò por dos partes una pierna. Supolo Antonio de Roberto ſu hermano, y con grande confianza ſuplicò al Padre Franciſco, que le alcanzaſſe de Dios, lo primero la ſalud del alma, y deſpues la del cuerpo; de modo, que no quedaſſe cojo. Llevòle al Enfermo el Retrato de el Siervo de Dios, encargandole tuvieſſe con èl una grande fee. Executòlo Nicolàs, como ſu hermano ſe lo decia; aplicòſe el Retrato à la pierna yà fajada, y (atencion à lo que ſe ſigue) immediatamente le ſobrevino un dolor tan exceſsivo, que penſando morir à ſu violencia, pidió, que à toda prieſſa le llamaſſen un Confeſſor. Confeſsòſe; y aſsi mirò el Padre Franciſco por la ſalud de ſu alma, como ſe le havia pedido, y deſpues, en breve tiempo ſe le curò la pierna, tan perfectamente, que quedò ſin leſion alguna.

Rara circunſtancia, digna de notarſe.

Fiſtula en un ojo.

Al Padre Vicencio Pichi, de la Compañia de Jesvs, y morador de el Colegio de Liorna, le acudiò al ojo derecho un humor, tan acre, que debaxo de èl, le abriò una llaga, que los Medicos declararon ſer fiſtula, y aun incurable, por eſtàr en tal ſitio, ſi no ſe ſujetaba à la violenta operacion, ò de el hierro, ò del fuego. Pero el Padre ſe valiò de Medico mejor, que fuè el Padre Franciſco; y para conſeguir ſu interceſsion eficàz, por nueve dias ſe encomendò à èl, aplicandoſe todas las mañanas ſu Imagen à la cabeza, y haciendo con ella ſobre la ofendida viſta la ſeñal de la Cruz, y ſin mas diligencia, ceſsò el humor, ſe cerrò la fiſtula, y todo el mal terminò en arrojar un poco de ſangre por las narices. Agradecido à tan claro favor, embiò ſu relacion á Napoles, y ſu ſuplica à un Sugeto de Caſa, que en nombre ſuyo viſitaſſe el Sepulcro de el Siervo de Dios,

Por nueve dias ſe encomienda el Poliente al Venerable, tocandoſe ſu Eſtampa.

Y al fin de ellos queda perfectamente ſano.

Su gratitud al favor.

y

y le diesse rendidas gracias.

Grave tropèl de males.

Semejante á la sobredicha fuè la salud que logrò Francisco Burdillo, de la Ciudad de Andria; el qual se hallaba molestado de calentura continua, congojas, dolores por todo el cuerpo; y en fin, con todos aquellos antecedentes, que suelen serlo de una muerte muy immediata. Tuvo esta noticia la señora Doña Aurelia Imperiale, Duquesa de Andria, y por el amor, y piedad, que gasta con sus Vassallos, embiò al Enfermo un quadro del Siervo de Dios, encargandole, que con grande confianza se valiesse de de su interceſsion. Assi lo executò, è instantaneamente empezò á sentir alivio: A la mañana siguiente hizo decir tres Missas, y de repente se hallò perfectissimamente sano; y depuso la gracia recibida, que fuè en el año de 1719. con publico testimonio.

Peligro de muerte.

El caso que acabo de referir, sucediò à los principios de Agosto, y à los fines de èl, se renovò el antecedente prodigio, en otro Sacerdote, tambien de Andria, llamado Marco Antonio de Mico, quien depone, que à beneficio de la misma Imagen (que se aplicò con mucha fee) se librò de una obstinadissima calentura, que le puso en peligro conocido de morir. Lo mismo dixo haverle sucedido à un hijo suyo en la Ciudad de Napoles (con otra Imagen de el Padre Francisco, que le aplicò) Domingo Visanti, Escribano en la misma Ciudad; y añade, que con la aplicacion de la dicha Efigie, y de un pedazo del vestido del Siervo de Dios, no solo convaleciò de la calentura, sino de unas grandes desganas de comer, que le havian durado catorce dias.

Calenturas malignas.

Especie de garrotillo.

El señor D. Domingo Jordàn refiere, que á la muger de un criado de su casa, la viò en peligro de ahogarse por una estraña contraccion de nervios, que à la garganta la sobrevino: pero tambien dice, que no sin grande admiracion suya, viò, que al aplicarle una Estampa de el Venerable Francisco, se librò de la opresion, que padecia, y pudo respirar con toda libertad.

Peligro de muerte.

Bolviendo à la Ciudad de Andria, verèmos, que en ella, Vicencio Zafarano se librò tambien de la muerte en el año de 19. solo con ponerse al pecho una Estampa del Padre Francisco, con la circunstancia de haverse le aparecido en sueños un hom-

hombre, que le dixo (al proponerle sus ruegos, y suplicas) que tuviesse buen ànimo, que de aquella enfermedad no moriria; esta especie gustosa le despertò, y le obligò à decir à voces, que el Padre Francisco le havia sanado, y todos huvieron de creerlo, porque à toda priessa le vieron convalecer.

Postemas en la garganta.

Una muger de la Familia de la señora Duquesa de Cantalupo, llamada Angela Rea, se libertó tambien de la muerte, que la amenazaban dos postemas, que se le formaron en lo interior, y exterior de la garganta, tales, que ni la permitian comer, ni hablar; però con el contacto de la referida Imagen, de repente las postemas se desaparecieron, la garganta quedò libre, y desembarazada, y assi pudo hablar, y pudo comer. Igual maravilla se experimentò en dos Niños, de tan pequeña edad, que el uno, aùn estaba à los pechos de su madre: Era hijo de Don Diego Gentile, Patricio de la Ciudad de Vitonto: diòle una fuerte alferecìa, y tan fuerte, que reduciendole à la figura de cadaver, para llegar à serlo daba yà las ultimas boqueadas. Viendole en este estremo su padre, clamò, que le aplicassen un Retrato del Padre Francisco. Assi se executò, y de repente el Niño antes muerto, mas que muribundo, abriò dos ojos, tomò el pecho, y al dia siguiente estuvo tan bueno, como si no huviera padecido accidente alguno. No fuè menos favorecido el otro Niño, hijo de el señor Don Anelo Bracamonte de Acuña, Sargento Mayor de la Plaza de Capua. Este Angel tenia tres años, quando le diò una calentura, tan violenta, y tan maliciosa, que su padre temiò, que le quitasse la vida; porque por su tierna edad, y debil complexion, no tenia fuerzas para defenderse de tan poderoso enemigo. No obstante, tomando con viva, y alentada fee, una Estampa de el Padre Francisco, se la diò à besar al Niño, aplicandose quanto pudo, para darle à entender como se havia de encomendar al Siervo de Dios. El chicuelo hizo del que obedecia, y su padre, yà muy esperanzado, para asegurar mas el prodigio, le dexò la Estampa debaxo de la almohada, y en aquella noche el Padre Francisco tomò tan de veras el corresponder à su devocion.

Alferecìa en un Niño.

Maligna calentura de otro Niño.

y fee, que à la mañana siguiente el Niño dispertò sano, bueno, y alegre, sin que el pulso conservasse alguna noticia de la padecida calentura. Y no fue esta la ocasion sola en que el referido Niño experimentò la virtud prodigiosa de las Estampas de este Venerable; pues otra vez, con el contacto de una de ellas, se libertò de otra grave enfermedad.

Dolores de estomago.

Mas crecido en edad, que los antecedentes, era un Muchacho, llamado Matheo Casino, el qual se viò afligido de unos vehementes dolores de estomago, que por juntarse con calentura maligna, los juzgaron los Medicos mortales; y assi al pobre Matheo le desauciaron, sin dexarle la menor esperanza de que pudiesse assirse para su consuelo. No obstante, le encontrò cabal en el Padre Francisco de Geronymo, cuya Estampa se la aplicò apretadamente al estomago: à lo que se siguieron luego, luego, dos efectos, que fueron su total salud. El uno fue, repetidos cursos; y el otro, un vomito copioso, en que arrojò gran cantidad de gusanos; y como esta era la causa de su mal, depuesta esta, cessò el dolor, cessò la calentura; y con grande admiracion de todos los de su familia, à pocos dias estuvo perfectamente convalecido, y sano.

Vomito de gusanos.

Malos partos.

Varias Mugeres preñadas hallaron tambien en las Estampas del Padre Francisco, el remedio de sus dificiles, y peligrosos partos. Una fue, Ana Esposita, muger de Nunciante Farinacio, à la qual, despues de haver parido, se le encendió una ardiente calentura, que la obligaba à movimientos tan estrañamente combulsivos, que los Medicos, dandola poquissimas horas de vida, mandaron, que à toda priesa recibiesse los Sacramentos. Pero mejor Medico, que fuè el Padre Francisco, la sacò de tanto riesgo, sin mas medicinas, que aplicarse á la cabeza una Estampa, y una Firma suya. Tres dias estuvo Ana de Amato, muger de Cayetano Cypriano, con vehementissimos, y fuertes dolores de parto, y sin poder dàr à luz la criatura. Clamaba, que se moria; y en la realidad se reconocia, que sus congojas, y sus ansias eran de muerte. Pero en medio de tanta desgracia, lograba la fortuna de tener una buena suegra; pues

Parto dificultoso.

sin-

sintiendo su peligro, fuè apresurada; y desclavando de la pared una Estampa del Padre Francisco, la puso sobre el vientre de su apeligrada Nuera, diciendo al mismo tiempo: *Padre Francisco, favorecednos, que yo os ofrezco no olvidar, ni ser desagradecida al beneficio que nos hagais; antes bien le publicarè, para que os alaben todos.* Pagòse sin duda alguna el Padre Francisco de este innocente ofrecimiento, pues el eco de estas voces, fueron los lloros de un Muchacho, que diò à luz la pobre afligida Ana de Amato. Mas admirable es en esta materia, lo que le sucediò á Angela Clara, muger del Abogado Don Francisco Antonio Reco. Tuvo esta señora un parto infeliz; lo primero, porque fuè à los ocho meses; lo segundo, porque pariò una Muchacha; y lo tercero, porque fuè tan revesado, que los Medicos juzgaron, que la costaria la vida; que de la niña, assi ellos, como la Comadre, suponian, como cosa fixa, que no podia vivir. Pero hicieron la cuenta sin el Padre Francisco de Geronymo: el qual, por medio de una Estampa suya, que Angela se aplicò, lo compuso todo; pues madre, y hija se libraron de la muerte tan temida, y tan assegurada de los Medicos que la assistian.

Otro mui peligroso.

En el Convento de Santa Maria Magdalena, que està cerca de Pontecorvo, hacia los Exercicios de San Ignacio Maria Carmela del Santissimo Sacramento. Y para que tuviesse en ellos exercicio de paciencia, y materia que ofrecer à Dios, la visitò su Magestad con un vehemente dolor de estomago: Sufriòle quanto pudo; pero oprimida yá de su violencia, invocò al Padre Francisco, para que se le mitigasse; y se aplicò una Estampa suya, con tan feliz sucesso, que arrojando al punto gran porcion de colera, el dolor, no solo se le mitigò, como havia pedido, sino que del todo se le quitò.

Una Religiosa: vehemente dolor de estomago

A dos pobres Carniceros, se estendieron tambien los beneficios, y favores del Padre Francisco, por medio de sus Imagenes. Llamabase el uno Carmine Calvino; y el otro, Carlos Antonio Pagano. Uno, y otro, con un año de diferencia, padecieron una misma enfermedad, que fuè una pestilente calentura, originada de no haverse sabido resguardar, como debian, en el tiempo de las

Calenturas pestilentes.

las mutaciones. Cebòse en ellos la calentura, de modo, que los Medicos los desauciaron; pero acudieron con fervorosa oracion al Padre Francisco de Geronymo, valieronse de sus Estampas, y con esso burlaron las sentencias de los Medicos; pues convalecieron de su calentura, y perfectamente sanaron.

Favor à una Religiosa, con particular circúnstancia.

Mas harmoniosa fuè la curacion, lograda por una Religiosa, que desgraciadamente diò una caìda, de que se descompuso todos los dedos de una mano; y con tal dolor, que no la dexaba sossegar. Esto sucediò à tres de Marzo del año de 26. y digo, que fuè su curacion mas harmoniosa; porque intercediò en ella esta particular circunstancia. Viendo Soror Theresa Celestina, (assi se llamaba esta Religiosa) que los cocimientos, y emplastos, que le daban, y que le ponian, no le mitigaban su dolor, tocò con quatro dedos de la mano lisiada, una Estampa del Padre Francisco, diciendole al mismo tiempo: *Amado Padre, terrible es este dolor; pero por esso mismo serà mas proprio de tu piedad el librarme de èl.* Dixo, y à breve rato cogiò el fruto de su oracion en un suave sueño, con que empezò à recrearse aquella fatigada naturaleza; mas á una hora de aquel sossiego, bolvió à dispertarla el dolor de la mano, con la advertencia, de que era solo uno el dedo que la dolìa. Admiròse de esta novedad; y examinando qual podia ser la causa de que aquel dedo solo la doliesse, quando los demàs no le daban molestia alguna, cayò en la cuenta, de que aquel dedo no havia tocado la Estampa, quando havia aplicado à ella los demàs. Con esto, conocida la causa, le buscò el remedio. Levantòse à escuras de la cama: buscò à tiento la Estampa del Padre Francisco su bien-hechora; tocò à ella el dedo dolorido, è inmediatamente quedò tan sano, y tan sin dolor, como los otros sus compañeros. Diò las gracias enternecida al Venerable, y se bolviò à dormir; sueño tan gustoso, que al dia siguiente pudo manejar la mano libremente; porque, no solo se hallaba sin dolor en ella, sino que los hueSSos bolvieron à sus encages; y tambien se havia desaparecido la hinchazon, ò tumor, que en la mano se le havia formado con la caìda.

Un

Dolores nefreticos ù de hijada.

Un Capitán de Cavallería, llamado Thomás Bonomi, estando en el Territorio de Vivona, y haviendo oído en él grandes prodigios, y curaciones milagrosas, que executaba el Padre Francisco, por medio de sus Imagenes, en *Campo-Basso*, Lugar no despreciable de aquel mismo Territorio; entrò en deseos de leer su Vida, y de lograr alguna Imágen, y algunas Reliquias suyas. Fuè su deseo eficàz; y assi, por el mes de Abril, escriviò à Don Matheo Japoce, Doctor en ambos Derechos, amigo suyo, y residente en Napoles, que le embiasse la Vida, que havia salido del afamado Jesuita Francisco de Geronymo; y añadiò en la Carta, que tendria gran consuelo, si le remitiesse alguna segura Reliquia suya, junto con su Estampa.

Mientras esta Carta llegò à Napoles, se le avivò à este Cavallero un dolor de hijada, que havia dos años que (à dias) le maltrataba. Mas como estaba con las especies promptas de los beneficios, que el P. Francisco de Geronymo hacia à los que en sus males se le encomendaban, acudiò à su invocacion, para que le librasse de su accidente: rezòle lo que se le ofreciò; y quedandose dormido, experimentò, que le dispertaba una voz, que le decia: *Francisco, Francisco.* Esta voz, no solo sirviò de dispertarle, sino tambien de adormecerle tanto sus dolores, que desde que ella lisongeò su oìdo, no bolviò à sentir sus molestias, ni su quebranto. Con esto repitiò Carta, y con mayor instancia, à su amigo en Napoles, para que no se descuidasse en embiarle el Libro, que le havia encargado. El Amigo se desempeñó; pues no solo le embiò la Vida, y su Estampa, sino tambien un Pedazo del Vestido, que pudo conseguir del Venerable. Todo lo recibiò con suma veneracion, y consuelo Don Thomás: leyò la Vida; y la Reliquia, engastada preciosamente, junto con la Estampa, la colocó, como un rico theforo, en un escaparate. Todo esto passò à 8. del mes de Agosto; y en esse mismo dia experimentò, que el Padre Francisco de Geronymo le pagaba cumplidamente su devocion, y la veneracion con que le havia tratado; pues en èl se hallò acometido de un repentino, y continuado dolor de vientre,

tre, que correspondiendose con el de la hijada, le afligiò tanto, que siendo hombre de sobrado valor, se arrojó de la cama, y medio desnudo, empezò à rebolcarse por el suelo, como si en esto, y en dar lastimosos quexidos, pudiesse encontrar algun alivio à su accidente; mas viendo, que para este fin, aquellas acciones no eran utiles, acudiò à la Imagen, y Reliquia del P. Francisco, y se las aplicò donde era el dolor mas vivo, diciendo al mismo tiempo con ansia: *Aora, Padre Francisco: aora, que yà no tengo fuerzas para sufrir este dolor, os pido, que como podeis, me favorezcais.* Estos gemidos, mas que voces, que se dieron quando el dolor estaba en su mayor auge, fueron bastantes, para que inmediatamente se desvaneciesse del todo, y quedasse quieto, sossegado, y pacifico, el que poco antes se andaba arrastrando por la tierra. Tan sano se hallò, que pudo hincarse de rodillas, y estendidos los brazos al Cielo, dàr alegres gracias à su Imagen, è insigne Bien-hechor. Y no contento con esso, poniendo se luego en pie, prosiguiò sus agradecidas voces, dando saltos de jubilo, y de placer. La muger de este Cavallero, llamada Doña Isabèl Pestillo, al vèr saltando, y cantando al que poco antes havia visto arrastrarse por la tierra, con quexidos, que los ponia en el Cielo: se assustò, creyendo que su marido se havia buelto loco, ò que le havia entrado algun delirio, con la vehemencia de su accidente. Esto temiò; porque no creyò, fuesse favor milagroso esta repentina mudanza. Mas observando despues, que el Enfermo, concluida la alegre accion de gracias, bolviendose à la cama, se havia quedado dormido, haviendo arrojado antes, sin dolor alguno, dos asperas, y crecidas piedras: Ya creyò, que todo lo sucedido, havia sido un claro milagro, con que el Venerable Francisco havia favorecido à su Esposo, y le publicò, no solo con sus voces, sino tambien con todas las de su dilatada familia; principalmente haviendo experimentado, que en quatro meses no le havia repetido, ni el menor amago de un achaque, que todos los dias con mas, ò menos gravedad, le mortificaba.

Vehementes dolores.

En una de las ocasiones en que el Padre Francisco hizo Misiones en Nola, y

ſus cercanias; experimentó los prodigios de ſu mano, Dominga Calabria, muger de Felix Calabria, que moraba en *Saviano*, Lugar de aquel Territorio. Conſiſtiò el favor, en que haviendole llamado à ſu caſa, para que la libraſſe de unos agudos dolores, que padecia, lo conſiguiò, ſolo con haver ido el Padre à viſitarla, y bendecirla con la Reliquia de San Cyro, añadiendo de ſu parte los ruegos de ſu poderoſa oracion. De aqui ſe ſiguiò, que no olvidandoſe del beneficio recibido deſpues de haver muerto el Venerable; procurò, y obtuvo algunas Reliquias ſuyas; y con el contacto de ellas, ſanò à una hermana de ſu marido, de otra grave enfermedad. Con eſto, hallandoſe ella por el mes de Marzo del año de 26. con un vehemente dolor à los pechos, que le ſobrevino deſpues de un parto, y que ſe juntó con malicioſa calentura: temiendo de eſtos principios, que los pechos ſe le ſecaſſen, ó que lo que havia parido no encontraſſe en ellos, todo el alimento preciſo, acudiò al Venerable Padre Francíſco, aumentando ſu fe, y ſu devocion, con la memoria de las gracias antes recibidas, y referidas. Conſiguió una Eſtampa del Venerable: hizo ante ella fervoroſa oracion: aplicòſela deſpues à los pechos, y al punto admiró vérſe libre de la moleſtia, y dolor, que en ellos padecia; y para dar las gracias à ſu Bien-hechor, ſuplicò al Padre Fray Buenaventura de Roma, Religioſo de San Franciſco, (que aquel año predicaba la Quareſma en Sabiano) que de ſu puño formaſſe la Relacion de eſte admirable ſuceſſo, y que le firmaſſe de ſu mano, para que hicieſſe mas feè; y todo lo executò el ſobredicho Religioſo, el dia ocho de Mayo.

Doloragudo en los pechos de una parida.

Para el caſo que ſe ſigue, no puedo menos de pedir duplicadas las atenciones del que leyere; porque en una miſma accion, hizo dos papeles muy diverſos el Padre Franciſco, por una Eſtampa, ò Retrato ſuyo. Por el mes de Marzo del año de 27. llegó caſi à vèrſe deshauciado de una violentiſsima calentura, Nicolàs Marciano, vecino de Napoles. Tenia à ſu cabecera una Eſtampa de papel del Padre Franciſco; y para que le oyeſſe mejor, pidiò à ſu muger, llamada Iuès, y à una hermana ſuya, que ſe llamaba Ana, ſe

En una miſma Eſtampa, ſe vè con roſtros y figuras muy diſtintas.

Calentura maligna.

se la prendiessen en la almohada con un alfiler. Hecha esta diligencia, clamó con fervorosa oracion al Venerable, le sacasse del peligro de morir. Pero aunque se le havia puesto tan cerca, como hemos dicho, el Padre Francisco no parece que le oía; porque la enfermedad se fuè agravando. Con esto, desazonadas, è impacientes las dos hermanas, llegando à mullir la almohada del Enfermo, se encararon con la Estampa del Padre Francisco, y le dixeron mil necedades; pues la Inès, como mas interessada en la vida de su marido, y por esso mas dolorida, exclamó en estas voces: *Cierto, Padre Francisco, que lo haceis muy bien: No ay Casa afligida en Napoles à quien no consoleis, ò por vuestra mano, ò por la de vuestro San Cyro, y solamente la mia no os merece vuestras piedades, ni poneis en ella los ojos? Pues con esto, quien os ha de tener por Santo, ni quien ha de querer, que como à Santo, os pongan en los Altares?* Aqui acabaron las inconsideradas quexas de Inès; y aqui empezaron las de su hermana, quien prosiguiò, diciendo: *Padre Francisco, què haceis? Os haveis ido à Alemania, à hacer favores; y aca nos tratais con tanto rigor? Ea, haya favores para todos, y concedednos el beneficio, que os pedimos.* A estas demasiadas candideces, respondió el Venerable, no olvidandose de la tolerancia, que en vida havia tenido para disimular sus injurias. Pero respondiò, no de un mismo modo à las dos; porque à Inès la diò la respuesta, manifestandose en su Imagen con rostro alegre, placentero, y benigno; y estendiendo un brazo, con que tocò la cama del Enfermo, como si le quisiera decir: que pues estendia la mano, quedasse cierta, de que recibiria el favor. Assi le vió Inès; pero en verdad, que Ana no le vió assi; antes bien en la misma Estampa, y al mismo tiempo se le representò con una estatura tan crecida, y tan gigante, que la aterrò; y la obligò à que sin libertad se hincasse de rodillas, y en aquella forma se estuvo, hasta que la pobre Ana le pidiò humildemente perdon del atrevimiento con que le havia hablado; que entonces se bolviò à la misma figura con que antes le representaba la Estampa. Y ultimamente las dos, quedaron en breve tiempo consoladas, y vo-

vorecidas, pues ſu Enfermo deſde aquella hora empezò à mejorar, y en breves dias pudo dàr cumplidas gracias al Padre Franciſco; porque al fin de ellos ſe hallò robuſto, ſano, y perfectamente bueno.

Manca, y tullida.

En el año de 28. ſe viò Nicoleta de Licio, muger del Notario Domingo Añelo, ſin manos, y ſin pies; porque ſe hallò manca, y tullida. Su deſconſuelo en tales acidentes, fuè qual ſe puede conſiderar; pero duròle no mas, que el tiempo que tardó en aplicarſe à los pies, y à las manos una Eſtampa del Padre Franciſco; pues luego que puſo eſte devoto penſamiento en execucion, ſiendo teſtigo ſu marido, ſaltò de la cama, logrando en ſus paſſos, y en ſus acciones la libertad, que antes le quitaba el humor que havia confluído à las manos, y à los pies.

Eſtampa hallada.

En el año ſiguiente de 29. diſpuſo la Divina Miſericordia, que fueſſe fecundiſsimo de gracias, concedidas por las Eſtampas de eſte Venerable. En primer lugar, me lleva la admiracion lo que le ſucediò à Carmina Eſtayana, muger de Manuel Galeoti, y fuè que una hija ſuya ſe encontrò á la puerta de ſu caſa una Eſtampa de papel de eſte Venerable Jeſuita. Quitòſela ſu madre, creyendo que Dios en aquel papel, le embiaba firmados muchos favores; y aſsi fuè, pues por ſu medio, no huvo en ſu familia, y parentela accidente alguno penoſo, que inmediatamente no dexaſſe de ſerlo. Mas no es eſto lo mas reparable; mas ſe debe ponderar, que la miſma Eſtampa ſe curaba de los malos tratamientos, que padecia: quiero decir, que como andaba de mano en mano, ſolia bolver deslucida, y rota à las de Carmina; pero en invocando eſta al Padre Franciſco, la Eſtampa ſe mejoraba, y quedaba tan ſana, como ſi acabàra de ſalir de la Prenſa. Con eſta experieneia (ſin que yo lo diga) queda entendida la veneracion con que miraria aquella milagroſa Efigie. Pero eſta llegò à lo ſumo, con tres particulares beneficios, que de ella recibiò en el miſmo año; los dos, en ſu perſona; y el tercero, en una hija ſuya. De los ſuyos, el primero fuè, libertarſe de un dolor colico, tal, que ſin que los Medicos ſe lo dixeſſen, ella conociò, que à largos paſſos, la llevaba

Executa varios prodigios.

Prodigio en la miſma Eſtampa.

ba à la sepultura: pero acordandose de su Estampa, se la aplicò: hizo oracion à la Trinidad Beatissima; y à estas diligencias se siguiò la muerte de la enfermedad, pues del todo se acabò. El accidente de la hija fuè en los ojos, y en los pies: quisiera llamar Cirujanos, para que la curassen; pero se arrepintiò presto de este pensamiento, creyendo, que hallaria Cirujano, y remedios mas promptos, mas seguros, y de valde, en su amada Estampa: acudiò con ella à su hija: rezò, y la hizo rezar, y esto bastó para que el Padre Francisco mandasse à los accidentes, que se retirassen, y ellos puntualmente le obedecieron. Ultimamente, en el mes de Septiembre del mismo año, se viò Carmina acometida de muchos males juntos: gran dolor de cabeza: grande descomposicion de estomago: vehemente dolor de hijada, que haciendo eco al brazo izquierdo, casi se le baldó, pues no le dexaba libre sus movimientos: todo este tropèl de indisposiciones la ocasionaron, como era natural, una summa inapetencia, y una continuada vigilia. Quien creyera, que hallandose assi, no

Accidente en los ojos, y en los pies.

Muchos males juntos.

clamára al punto, para que la traxessen Medicos; pero lo creerà quien huviesse hecho digno concepto de que en su favorecedora Estampa juzgaba, y juzgaba bien, tenia el mejor Medico, y la mas util medicina: Tomòla, pues, en la mano; y pareciendola, que era mucho pedir, pedirle al Venerable, que la libertasse de tanta caterva de males, solo le pidiò, que la reduxesse à una determinada parte de su cuerpo el venenoso humor, que se las mortificaba todas. Acabada esta oracion, fuè llevando la Estampa por las partes doloridas, y experimentò, que à la eficaz virtud del Padre Francisco, se iba retirando el dolor, hasta que llegò à la pierna izquierda, donde ella havia deseado, que el humor se recogiesse. Este fuè el efecto; pero el modo con que se logrò, es digno de ponderarse, pues al tocarse con la Estampa la cabeza, la saliò por las narices gran copia de sangre: de las demàs partes del cuerpo, por donde la Estampa passaba, corriò un sudor abundante; y con estas dos evacuaciones, el humor se disminuyò tanto, que aunque la quedò alguno recogido à la pierna (como

he dicho) fuè en tan corta cantidad, que no tanto le daba moleſtia, como le excitaba la memoria del favor ò favores, que havia recibido.

Tumor con dolor vehemẽte.

Juan Trudo, natural de *Rengoliſio*, logrò en el miſmo año otra gracia, por medio de otra Eſtampa de nueſtro Venerable; pues al fin del mes de Septiembre ſe le formò en el pie izquierdo un tumor, que con dolor vehemente, no le dexaba ſoſſegar, ni de dia, ni de noche. Sobrevinole calentura, y con ella ſe inflamó la pierna; de modo, que ſe ennegreciò, lo que le diò ſobrado fundamento al Medico para temerſe una fatal cangrena; mas de eſte ſuſto ſe libró el Enfermo, aplicandoſe la referida Eſtampa: puſoſela en el pie, é immediatamente ſe mitigò el dolor: Durmiò aquella noche con deſcanſo, y à la mañana ſiguiente ſe empleò en dar alegres gracias al Padre Franciſco; porque aſsi el tumor, como las demás ſeñales de cangrena, las hallò deſvanecidas, de modo, que bueno, y ſano, pudo ſalir à la calle.

Amenaza cangrena.

Jacinto Granado, de exercicio Harriero, y morador de San Anaſtaſio, Lugar ſituado en la Campaña de Nola: Desfrutò al principio del Octubre del miſmo año otra gracia, en que tuvo parte, por medio de una Eſtampa ſuya, el Padre Franciſco de Geronymo. Dióle à Jacinto una tenaz, y malicioſa calentura, que no ſolo le obligò á hacer cama; pero ſe declarò ſer manifieſto peligro de ſu vida. Ay cerca del mencionado Lugar un Convento de Religioſos Dominicos, donde ſe venera una Milagroſa Imagen de la Virgen, con el nombre de *Nueſtra Señora del Arco*. A eſta ſe encomeedò el Enfermo, tomando por Medianero, para con ſu Mageſtad, al Padre Franciſco de Geronymo, en una Eſtampa ſuya, que le aplicò un Religioſo de los del Convento, al miſmo tiempo de darle un poco de Agua de la Bendita en nombre de la Celeſtial Señora, cuya Eſtampa tambien ſe la aplicò, haciendole antes rezar tres Ave Marias, y la Letania, pidiendo à la Gran Madre de Miſericordia, que le concediеſſe la ſalud, por los meritos, y eſpecialmente por la ſingular humildad del Siervo ſuyo Franciſco de Geronymo. Hecha eſta oracion, bebida el agua, y con la Imagen de el P. Franciſco, muy apretada

Ardiente calentura

tada al pecho, passò el Enfermo una noche muy apacible; y al despertar al dia siguiente, se hallò del todo desvanecida su enfermedad.

Desahuciada.

Una Muchacha, llamada Rosa Espanola, en el año de 30. estuvo desahuciada de los Medicos, por una maligna calentura, y un mortal abscesso, que en breves horas la pusieron en los brazos de la muerte; pero apenas se valiò de una Estampa de papel del Padre Francisco, encomendandose à èl con oracion fervorosa, quando se le abriò una postema, y vomitando el maligno humor, empezò à mejorar, y dentro de pocos dias (con admiracion de los Medicos) estuvo perfectamente sana.

La Ciudad de *Amancia*, que està en la Superior Calabria, nos avisò, que en el año de 30. se vió en una Estampa del Padre Francisco de Geronymo una circunstancia, que hizo mas admirable, y mas singular el favor, que se comunicò por ella; y fuè el caso, que en aquella Ciudad cayò gravemente indispuesto en la cama Felipe de Mirabèl, sugeto tan conocido, como dice la Nobleza de su apellido: Aquexabale una maligna, y ardiente calentura, y para librarse de ella, acudiò al patrocinio del Padre Francisco de Geronymo; y para conseguir mas facilmente el favor de su mano, mandò, que le pusiessen à su cabecera una pequeña Estampa del Venerable. Executòse assi, y à breve tiempo sucediò una cosa, hasta alli nunca oìda de dichas Estampas, y fuè, empezar à dar unos golpes ligeros, pero muy repetidos, al modo que suelen ser los que dà el volante de un Relox. Suspendiòse con esta novedad el Enfermo, y porque tenia tambien à la cabecera otra Estampa de San Pasqual Baylon, (de quien dice su Historia, que con semejantes golpes suele avisar á los Enfermos) para averiguar con certidumbre quien daba los que èl sentia, mandò, que la Estampa de San Pasqual se la retirassen; y hecha esta diligencia, prosiguieron los mencionados ruydos, no solo por aquella noche, sino por todo el dia siguiente, con admiracion, assi del Enfermo, como de varios Sugetos de su casa, y de fuera de ella, que concurrieron à vèr esta maravilla, quedando todos asseguros, y certificados de que dichos golpes nacian de la

Maliciosa calentura.

Daba la Estampa golpes, y hacia ruidos, como los de el volante de un Relox.

Estampa del Padre Francisco. El efecto de esta novedad fuè feliz; pues el Enfermo se limpiò de la calentura, haviendole sobrevenido un copiosísimo sudor. No es esto lo mas admirable, sino que concurriendo en los dias siguientes varios Amigos de Don Felipe, yà á visitarle, yà à informarse curiosos, de si era verdad lo que de aquellos golpes havian oìdo: el Enfermo, ò el ya convaleciente, hacia oracion al Padre Francisco, pidiendole, por su amado San Cyro, que los bolviesse à dar; y el Venerable inmediatamente le obedecia, y los repetia con admiracion alegre de los que los escuchaban; y pagaban el salir de su curiosidad, haciendose pregoneros de semejante prodigio. Con esta ocasion se supo, que una Religiosa del Convento de Santa Clara, de la misma Ciudad, llamada Hypolita Valdaquina, havia oido tambien, estando enferma, golpes semejantes, nacidos tambien de otra Estampa del Venerable Francisco; y aun añadiò en su deposicion, que una noche estos golpes fueron tan crecidos, que no la dexaban dormir; y assi, para poder descansar, le pidió, que los suspendiesse, y tambien en esto la diò gusto, pues inmediatamente cessaron.

Lo mismo experimentò una Religiosa de Santa Clara.

En *Capracotta*, por el mes de Abril del año de 1731. cayò tan gravemente enfermo en la cama Pedro Pablo Mosca, que ya havian llegado los Medicos (viendo que las temporales no tenian eficacia) à recetarle las espirituales medicinas de los Sacramentos: y como estos avisos de muerte cercana, suelen excitar en los Enfermos mayores deseos de la vida, acudiò à varios Santos de su devocion, y con copiosas lagrimas, à pedirles, le alcanzassen de Dios, que no le sacasse tan presto de este mundo. Los Santos á quien implorò en esta ocasion, se dieron por desentendidos; porque esta gracia havia determinado Dios, que passasse por mano del Padre Francisco de Geronymo, lo que se compuso assi. Havia en el mismo Lugar un Sugeto literato, Doctor en ambos Derechos, llamado Gerardo Bacaro: Este havia leido la Vida, que yá corria del Padre Francisco; y para hacerse participe de sus favores, havia adquirido algunas Reliquias suyas. Con su Libro, pues, y con sus Reliquias, fuè à hacer una.

Grave enfermedad.

una visita al Enfermo; alentòle, y tambien à su familia á que tuviesse grande devocion con aquel Venerable, refiriendoles algunas de las grandes maravillas, que ha executado; y luego añadiò, hablando particularmente con el Enfermo, que ofreciesse rezar todos los dias un Padre Nuestro, y una Ave Maria, si se le sacaba bien, como deseaba, de aquel mortal accidente. Pedro Pablo, con aquellas especies se alentò, y ofreciò (de el modo que pudo) cumplir lo que se le aconsejaba, y con la confianza debida se aplicò à la cabeza la Estampa de el Venerable, que estaba al principio de el Libro, y besò con toda devocion las otras Reliquias. Lo que à esto se siguiò, fuè, que en los tres dias siguientes, el Enfermo no mejorò, pero tampoco tomò incremento su enfermedad; mas al fin de aquellos tres dias, la dolencia fuè perdiendo sus fuerzas, y recobrandolas el Doliente, con tanta brevedad, que poco despues pudo dexar la cama, tan sano, y tan robusto, que de su proprio puño escribiò todo este caso, y authorizado con la firma del Notario Salvador Jano, le remitiò à Napoles, para que se publicasse, á mayor gloria de Dios, y honra de este su amado Jesuita.

Ofrecimiento, que hizo el Enfermo.

En el mismo año de 31. à 13. de Agosto, padeciò Ana de Alexo un tan fuerte reugmatismo, que despues de incomodarla todas las articulaciones de su cuerpo con vehemente dolor, la robò de el todo los movimientos de un brazo. Para encontrar remedio á tan general indispoficion, consultò muchos Medicos, y padeciò muchas medicinas, que le recetaron; pero sin utilidad ninguna, pues su tullido brazo se estaba assi, y los dolores de las coyunturas tambien. Con esto se valiò de una Estampa de el Padre Francisco, la que se fuè aplicando por todas las partes doloridas; y este fuè tan prompto medicamento, que immediatamente se viò libre, assi de sus dolores, como del impedimento del brazo. Esta maravilla fuè principio, ó causa de otra, que dentro de quince dias executò el Venerable con Nicolàs Basili, marido de la dicha Enferma: Diòle un fortissimo dolor de vientre, tal, que aun no le permitia aliento para decir sus culpas al Cura, que havia

Reugmatismo.

Dolor de vientre.

via llamado para que le confeſſaſſe; y aqui fuè quando, acordandoſe de la gracia, que ſu muger havia recibido con ſolo el contacto de la Eſtampa, èl tambien ſe la aplicò, logrando por efecto de ſu buena fee, que immediatamente el dolor ſe templaſſe, de modo, que pudo hacer ſu confeſſion, la que concluìda, à medio quarto de hora, el dolor ceſsò del todo, y Nicolas empezò alegre à dàr à Dios, y à ſu Siervo las debidas gracias.

Lance de ſumo peligro.

En Napoles à 26. de Enero del año de 33. ſe hallaba Ines de Arguelles en dias de parir; y haviendo llegado ſu hora (aunque ſe buſcò) no ſe encontrò Partera que pudieſſe aſsiſtirla; por lo qual ſe aplicaron à ayudarla en aquel lance algunas vecinas ſuyas, con muy buena voluntad, pero ſin practica en aquel exercicio; de donde ſe originò, que aunque el parto fuè feliz, no obſtante Inès ſe viò en peligro de muerte, porque ſus Ayudantas no acertaron á ſacarla las pares. Fue el lance ſummamente peligroſo: Temioſe, que eſta deſgracia le coſtaſſe à aquella muger la vida; pero ſe quedò con ella, y ſaliò de ſu peligro, ſolo con aplicarſe al vientre una Eſtampa de el Padre Francisco.

CAPITULO XI.

EN QUE SE REFIEREN maravillоſos favores, conſeguidos, ſolo con invocar al Venerable Padre.

DE Dios dixo ſu Apoſtol S. Pablo, que es tan rico, y tan dadivoſo, que al precio ſolo de ſus invocaciones comunica ſus beneficios, ſus gracias, y ſus favores. Y en eſta materia el Venerable Padre Franciſco es muy ſemejante à Dios, pues gracias, que muchos han logrado, ò por ſus Eſtampas, ò por ſus Reliquias; otros muchos las han conſeguido ſolo con llamarle, è invocarle en ſus afliccio-nes, y ſus ahogos, como ſe verá en los caſos ſiguientes:

Reſurreccion de un Niño.

En la tierra de San Georgio, de la Dioceſis de Taranto, vivia la ſeñora Fortunata Corelli, caſada con Don Carlos Vagalli, Doctor en ambos Derechos, la qual devotiſsima del Padre Franciſco de Geronymo, ſiempre que ſe hallaba preñada ſe encomendaba à èl, y rezando

do todas las noches un Padre Nueſtro, y un Ave Maria, le ſuplicaba, que favoreciesſe, y libraſſe de rieſgos, y de peligros, aſsi á ſu perſona, como à la criatura, que traía en el vientre. Sucediò, pues, en el año de 19. del preſente ſiglo, tener dicha Señora un parto, que ſe pudo llamar felíz, y deſgraciado à un tiempo; porque haviendo dado à luz una Niña, arrojò luego un Niño, pero todo denegrido, ſin movimiento; y en fin, tal, que juzgandole la Partera difunto, dixo, que le apartaſſen à un rincon de la ſala, para darle luego tierra. Entendido eſto por los padres de aquel Niño, empezaron à quexarſe del Padre Franciſco de Geronymo, y à decirle con ternura, y con reſpeto, que no ſentian tanto, que aquella Criatura no vivieſſe, quanto el que no huvieſſe logrado el agua del Bautiſmo, para entrar en la Vida Eterna; y que aſsi, ſolo para que obtuvieſſe eſte biẽ tan importante, le pedian la vida de ſu hijo. Hecha eſta oracion, acuden, entre temeroſos, y eſperanzados, al lugar en que le tenian pueſto; deſembuelvenle de la ſabana, y le hallaron del todo mudado, y del todo vivo: el color cardeno, y denegrido, la falta de movimiento, y las demàs ſeñales de muerte, havian deſaparecido; y en ſu lugar ſe ſubſtituyeron lagrimas, vivacidad, eſpiritu, y hermoſura. A viſta de eſta mudanza, ſin libertad exclamaron todos en alegres voces, diciendo: *Milagro, milagro*; y à toda prieſſa le echaron agua, y puſieron el nombre de Franciſco. Dixe à toda prieſſa, porque juzgaron, que, ſegun havian pedido, ſolo vivieſſe aquella Criatura haſta recibir el agua; pero ſe engañaron, pues el Venerable concediò aquella gracia con tanta perfeccion, y extenſion en ella, que el Niño, no ſolo tuvo vida para lograr el Bautiſmo, ſinò que aun oy la desfruta, haviendo crecido ſano, y robuſto, excitando cada dia glorioſas memorias de ſu Bien-hechor el Padre Franciſco, pues nadie le vè, que no ſe acuerde del ſingulariſsimo beneficio, que recibiò de ſu mano, el qual ſe autenticò ante Juez competente, jurando eſta relacion Don Marcos Oroncio Vagali, Sacerdote, tio ſuyo, y Aguſtina Mola, que havia ſido la Matrona, que havia aſsiſtido al parto. Y para con-

conclusion de este maravilloso sucesso, dirè, que nuestro Venerable tomò tan à su cuenta la conservacion de la referida Criatura, que una noche, en que estandose criando, le metieron sus padres en su cama; Fortunata oyò unas voces, que la despertaron; y reparò, que dormido su marido havia echado un brazo sobre el rostro de el Niño, con peligro conocido de sufocarle; libròle del riesgo, y rindiò gracias al Padre Francisco, quien creyò, que le havia dado el aviso, para que se conservasse aquella vida, à que havia dado el sér.

Otro favor.

Asma repentinamente curada à un Cavallero Parmesano.

No desdice mucho de el passado prodigio, el que repitiò Francisco en la salud repentina, que logrò el señor Conde Octavio Bayardi Noble de la Ciudad de Parma, Preposito de aquella Cathedral, y Rector de una piadosa, y exemplar Congregacion de virtuosos Ciudadanos, que ay en ella. Este Cavallero, deseoso de aprender las Ciencias con perfeccion, passò à estudiar à la celeberrima Universidad de Paris, donde por la viveza de su ingenio, y continua aplicacion à los Libros, mereciò, y logrò en pocos años ser contado entre los Doctores de la Sorbona; pero no pudiendo la delicadez de su complexion à tener à la mucha tarea de su entendimiento, contraxo el accidente de asma al pecho, y à los pulmones, tal, que despues de muchas consultas de los Medicos, y de varias medicinas, que le aplicaron, pero todas ineficaces, le aconsejaron fuesse à Napoles, y à Puzòl, à tomar aquellos ayres sulfureos, que son tenidos por utiles para la enfermedad que padecia. Resistiase el Enfermo (no se sabe por què motivo) à este medicamento, hasta que le amenazaron, que moriria muy en breve, si se detenia mas en Paris. Esta amenaza le obligò à que bolviesse à Napoles, despues de haver estado en Puzòl, cuyos ayres le aliviaron un poco; pero tan poco, que à la entrada del Invierno, que aquel año de 1722. fuè muy aspero, y frio, empeorò tanto, que impedida la respiracion, à cada hora parecia que agonizaba. Viendose en tanto aprieto, llamò à un Padre Olivetano (en cuyo Convento se hospedaba) para que le dispusiesse; porque yá solo pensaba en el viage à la Eternidad; pero por especial disposicion del Cielo,

y particular fortuna suya, se le ofreciò al Padre sugerirle, que se encomendasse con gran confianza al Padre Francisco de Geronymo; y que no dudasse, que con esso solo conseguiria la salud. Estas palabras le dispertaron al Enfermo la memoria, de que una hermana suya, Religiosa en Parma, tambien le inculcaba en sus Cartas, se valiesse del mismo Siervo de Dios, cuya fama de conseguir favores del Cielo, se havia ya esparcido por toda Italia, aunque no havia llegado à la noticia del doliente; y assi preguntò: quien era, ò què hombre havia sido este Padre Francisco de Geronymo? Respondiòle promptamente el Religioso, que havia sido un Sugeto de una eminente santidad, y muy poderoso para conseguir gracias, y favores del Cielo: lo que confirmò con varios casos, que havia sabido suyos; y concluyò, bolviendole á exortar, que si queria la salud, se encomendasse à el con toda confianza. Cosa admirable! Al punto mismo sintió en sì el Enfermo una repentina mudanza del corazon, y un eficáz interno impulso de encomendarse al Venerable Padre.

Assi lo executò, invocandole con grandes veras, y particular fervor; y el piadoso Jesuita le oyò, pues inmediatamente le sobrevino un profundo, pero suave sueño, que le durò cerca de tres horas, al fin de las quales, dispertò. Pero como? Con disposicion, y fuerzas de hombre perfectamente sano, haviendo cessado el afàn, la fatiga, el ahogo, y la apretura del pecho: de modo, que llamò al criado, y le pidiò los vestidos para levantarse. Creyò el Criado, que su Amo deliraba, y assi se daba por desentendido, hasta que viendo que repetia las instancias, y que le hablaba con resolucion, y con voz entèra, despejada, y de hombre sano; le obedeciò, y le sirviò su ropa. Vistiòse, y aquel dia, temiendo su debilidad, y no acabando de creer su perfecta salud, no saliò de su quarto; pero al siguiente baxò à la Iglesia, y dixo Missa en accion de gracias à Dios, y al Padre Francisco, despues de siete meses en que su accidente no le havia permitido celebrar. Al otro dia caminò à pie, agil, despejado, y sin incomodidad alguna, desde el Monte Olivete,

hasta San Juan de Carbonara. Toda esta distancia anduvo, el que por tanto tiempo no havia podido dàr un passo. En fin, no le quedò señal alguna del mal, como si nunca le huviesse padecido; y en tres meses, que se detuvo despues en Napoles, prosiguiò gozando una perfecta salud. Publicóse la fama de tan prodigioso sucesso; y à innumerables personas, que concurrieron à visitarle, y à verle, él se le referia con todas sus circunstancias, glorificando à boca llena à Dios, que con tales maravillas honra tanto à aquellos Siervos suyos, que han honrado à su Magestad con sus Obras, y sus Virtudes.

Un conjunto de males.

En la Ciudad de Nola, fuè muy celebre la prodigiosa salud, concedida por este Siervo de Dios al Sacerdote Don Andrès Groseti, de un mal muy inveterado, que padecia. Un mal he dicho, y mejor dixera una complicacion de males; pues sentia un vehemente ardor à la orina, acompañado de agudissimos dolores: padecia dos llagas tan obstinadas, que no havian cedido, ni à los medicamentos suaves, ni à los asperos à que se havia sujetado: padecia dos fistula; y en fin, las molestias, y penalidades, que consigo traen tan embarazosos accidentes. Padeciòlos por mucho tiempo este Cavallero, hasta que haviendo desesperado de su curacion los Medicos, y Cirujanos, diciendole ser imposible; recurrió à la intercession del Padre Francisco; tomò, y continuò la devocion de rezar todos los dias tres Padres Nuestros, tres Ave Marias, y tres Glorias à la Santissima Trinidad suplicandola, que por los meritos, virtudes, y gracias, conferidas con tan larga mano, à su Siervo, su Magestad se dignasse de concederle la salud que deseaba. Cosa maravillosa por cierto! Oyòle, y favoreciòle Francisco; pues conforme iba caminando en su devocion, se le vino acercando la mejoria: Cerraronse las llagas: desaparecieron las fistulas: cessaron los ardores dolorosos de la orina; y en una palabra, quedó entera, y perfectamente sano. Este caso; por tantas circunstancias maravilloso, se authenticò ante el Illustrissimo Mon-Señor Carrafa, Obispo de Nola, y le testificò el mismo favorecido Enfermo, con juramento en caso necessario: y

Medio para conseguir el favor.

acae-

acaeciò en el mes de Febrero del año de 1721.

Accidente apoplectico.

Tambien manifestò su gran piedad este insigne Jesuìta, con un pobre Carpintero, llamado Carmino Sarnella. Este, siendo de 52. años, en el mes de Marzo del año de 1724. se halló acometido de un accidente apopletico, que le baldó todo un lado. Aplicaron los Medicos todas las medicinas, que saben para tales ocasiones; pero en ninguna encontrò alivio el Enfermo; el qual, viendose en tan lastimoso estado, en que no era posible valerse de su oficio, para tener que comer; invocò muy de veras al Padre Francisco, pidiendole, ò que le diesse la salud, ò que le alcanzasse de Dios la muerte: pues si le duraba la vida con aquella indispocion, quedaba condenado á pedir de limosna por las Calles de Napoles, un pedazo de pan, para sí, y para su familia. Hecha esta oracion, la dixo à su muger Angel del Gozo, y à su hermana Victoria Sarnella, que pues èl no podia en persona, fuessen à la Iglesia del Jesvs à hacer oracion, y en su nombre, esta misma suplica al Sepulcro del Siervo de Dios. Executòse assi; pero despues de trece dias de hecha esta piadosa diligencia: todos los de su casa (menos el Enfermo) perdieron la esperanza de que recobrasse la salud; porque le repitiò con toda fuerza una, dos, y tres veces el accidente. Llevaronle con esto al Hospital de Santa Maria del Populo, donde luego que le vieron los Medicos, le deshanciaron, y le mandaron dar todos los Sacramentos. Mas aunque por todas aquellas señas, se veìa el pobre Carmino conducir tan por la posta à la muerte, fuè cosa maravillosa, que no perdiò su confianza, ni desmayò su fervor en pedir al Venerable Padre su sanidad. Clamaba con mas ahinco, al passo que veìa ser mas crecido su riesgo; y el Padre Francisco parece que esperò à que fuesse el riesgo mas crecido, para que su gracia fuesse mas reparable, y de mas bulto; pues quando el Enfermo llegò al estado que hemos pintado, empezò à mejorar sensiblemente: recobrò sus perdidas fuerzas: restituyeronsele los movimientos perdidos, ò robados por el accidente; y en fin, viendole en el Hospital tan sano, le despidieron de èl, y bolviendo por su pie

Agravase la enfermedad, hasta desahuciarle.

Y no por esso pierde el Enfermo su confianza.

à

à su casa, continuó en las ordinarias tareas de su exercicio. Este favor le depuso por mano de Notario, siendo testigos Thomàs Pepè, y Onofre Arnesse.

Peligrosa cayda de un Cavallo.

A Zelenza de Valsortore, caminaba el año de 21. dia 19. de Junio, Antonio de Fiore, Napolitano: Iba à cavallo, y quiso su desgracia, que al baxar un Valle cayesse del bruto, que le conducia, pero con sumo peligro, pues cayò de cabeza, quedandosele los pies enredados en los cordeles, ò correas del albardon: de modo, que el Cavallo empezaba à dexarsele caer encima, con manifiesto riesgo de oprimirle, y de matarle. En sin, la cayda, y la postura con que quedò el infelìz, fuè tan extraordinaria, que como atestigua el señor Don Miguel Fusaro, Cura de Carlentino (que acaso se hallò presente) parecia haver sido por arte diabolico, en lo que se confirmò, viendo que al mismo tiempo de caer Antonio, saltò una de las erraduras del Cavallo, y saltò tan alta, y con tanta violencia, como si fuera una piedra disparada de una onda. Mas bolviendo à contemplar à nuestro caydo, viendose entre los pies del bruto, y sin poder valerse, ni desenredarse, empezò à clamar, diciendo: *Ayudenme: socorranme: Confession: O, Padre Francisco de Geronymo! A ti me encomiendo. O, Padre Francisco! En ti confio, y de ti espero el socorro en este lance.* No se hizo sordo à estas voces el Siervo de Dios; pues le librò de aquel peligro, aunque por segunda mano, dando valor, y piedad al referido Sacerdote, para que corriesse à favorecerle, y ayudarle, como lo hizo en tan evidente riesgo de la vida, y assi atestiguaron despues los dos, que tal gracia, y tal beneficio, se debia solo à la intercession del Venerable Padre Francisco de Geronymo.

Estrangurria.

Un Sacerdote Napolitano, de los Assistentes à la Capilla Real, llamado Romualdo de los Arcos, en el año tambien de veinte y uno, al principio del Abril, invocò à nuestro Venerable Jesuita, para que le librasse de unos insufribles dolores, que le ocasionaba una mortal estrangurria; y el Padre le oyò de tan buena gracia, que al punto le mitigò del todo los dolores; y atestigua, que no los ha buelto à sentir mas.

En

Favores en Roma. Grave accidente.

En Roma (que tambien alla han llegado los favores de este piadosissimo Espiritu) el Illustrissimo Prelado Casalio, viendose mortificado de un grave accidente, con solo invocar al Padre Francisco, encontrò para èl su total remedio. Lo mismo sucediò en dicha Ciudad à una Niña, cuya enfermedad consistia en vomitar el alimento luego que llegaba al estomago; mas de esto convaleciò solo con tomar en la boca, antes de tomar la comida, el suavissimo nombre del Padre Francisco.

Molestandisposicion de el estomago

Niño desahuciado, por un fluxo de sangre.

Otro Niño, ya desahuciado en la misma Santa Ciudad, por un fluxo de sangre, y de materia; solo con tocarle con un poco de sangre del Padre Francisco, è invocarle al mismo tiempo: el fluxo se restañò, y consiguientemente à pocos dias el Niño estuvo robusto, y sano.

Furioso frenesi.

Mas bolviendonos à Napoles, admirarèmos aun mayor prodigio, executado con una muger de la Noble Familia de Ardizona: Padecia esta Señora una tan fuerte, y tan furiosa destemplanza de la cabeza, que era preciso tenerla assegurada con ligaduras à la cama. Sintiendo su familia aquel accidente, que todos padecian, porque à todos los mortificaba, pidieron con instancia el alivio al Padre Francisco; y con estupor, y pasmo de los presentes se viò, que la respuesta à las oraciones, fuè cessar del todo aquel delirio, y restituirse aquella buena Señora al perfecto, y sossegado uso de su razon. Assi dicen, que lo vieron dos Cavalleros, llamado el uno, Don Bernardo Bermudez, y el otro, Don Joseph Ardia.

Desahuciada.

Concluyo este Capitulo, con otro caso bien maravilloso, que sucediò en *Francolino*, Lugar del Ferrarès, en el año de 1732. Alli vivia Margarita Carsoli, muger de Antonio Boloñese, y alli cayò en la cama, con una enfermedad tan mortal, que los Medicos aun tiempo la desahuciaron, y la mandaron recibir los Sacramentos. Intimaronla esta sentencia; porque juntandose con su principal enfermedad, una inflamacion al pecho, no hallaban las medicinas virtud para poder socorrerla. Viendose la Enferma en lance tan desesperado azia lo humano, buscò el socorro Divino, valiendose del Padre Francisco de Geronymo. A este fin embiò à pedir Reliquias suyas al Padre Vere-

rio, Procurador del Colegio de Ferrara, el qual las buscò con toda diligencia, pero no pudo dar con ellas; y por no detener al Propio, embiò à decir à la Enferma, que las Reliquias del Venerable no las hallaba; pero que creyeſſe, que ſolo el invocarle baſtaria para que le comunicaſſe la ſalud; y aſsi, que le llamaſſe con toda ternura, y confianza de corazon. Al dicho de el Padre Vererio, correſpondió el Padre Franciſco; pues como ateſtiguaron deſpues el marido de la Enferma, y el Cura de el Lugar, llamado Don Juan Titsio: al invocar Margarita con feè, y devocion à nueſtro Jeſuita Venerable, ſe ſiguieron inmediatamente la mejoria; y poco deſpues, el uſufructo de una perfecta ſalud.



CAPITULO XII.

DESPUES DE DIFUNTO proſigue el imperio de el Venerable Padre Franciſco de Geronymo, ſobre los Demonios, ſobre los Elementos, y ſobre las Criaturas inanimadas.

AQUELLA gran virtud, y poderio, que Dios comunicò à eſte ſu Siervo en el tiempo de ſu vida, ſobre los Demonios, los Elementos, y las demàs Criaturas inanimadas, y que nos han dado tanta materia, aſsi á la admiracion, como à la pluma: hà querido ſu Mageſtad, que deſpues de ſu muerte, ſe haya quedado heredado en ſus Eſtampas, y en ſus Reliquias, y que eſtas logren los miſmos efectos, que en ſu vida conſeguia el Venerable con ſu mano, y con ſu voz. Y por lo que reſpeta à los Eſpiritus Infernales, puede ſer, que haga novedad à quien leyere, que no haviendo Franciſco querido en vida hacerles guerra con los conjuros, contentandoſe con la que les hacia en la converſion de las Almas: deſpues de difunto, no ſe haya

haya negado à perſeguirlos, haſta arrojarlos de los cuerpos, de que teniàn tomada dilatada poſſeſsion. Eſto, no dudo, que puede hacer novedad; pero tambien digo, que eſta novedad ſe debe creer, porque la ateſtiguan los maravilloſos ſuceſſos, que ſe ſiguen.

Endemoniada de quatro años.

Leonarda Antonia de Nucara, natural de la Grotalia, y muger de Franciſco Eſpañol, por quatro años eſtuvo moleſtada de un mal eſpiritu, que la maltrataba tanto, que la ſacaba de si, y la hacia prorrumpir en eſtrañiſsimas acciones: Algunas veces daba eſpantoſos ahullidos: otras, ſe dexaba caer impetuoſamente al ſuelo: ſe arraſtraba por èl: ſe mordia los brazos: ſe arrancaba el cabello: ſe raſgaba los veſtidos; y en fin, executaba todo lo que pudiera aconſejar un deſeſperado frenesì. Eſtas locuras, ò eſtas diabluras, tenian turbada à toda ſu familia, y aun à toda ſu vecindad; y deſeando ſu alivio, acudieron á la devocion de varios Santos; pero quiſo el Señor reſervar eſta gloria para ſu humildiſsimo Franciſco de Geronymo, que en aquel año, que fuè el de 16. havia paſſado á mejor vida. Una tarde, pues, en que lograba algun ſoſsiego, ſe reſolviò Leonarda, à ir à caſa de el ſeñor Don Thomàs de Geronymo (hermano, como hemos dicho, del Venerable Padre) y en cuyo poder havia un Retrato, y algunas Reliquias ſuyas. Empezó aquella muger à hablar con gran juicio; y muy en ſu sèr, le refiriò el trabajo que padecia. Moviòſe à piedad el dicho ſeñor Arcipreſte, y la alargò ſu Relicario, en que havia un pedazo de Sotana, y otro de Lienzo, teñido en ſangre de ſu Santo Hermano: la dixo, que ſe le tocaſſe; pero apenas la Enferma le tomò en la mano, quando bolviendo de repente à ſus furias, le arrojò echandoſe ella tambien à tierra, con ahullidos, y eſtrepitos tan eſpantoſos, que atemorizados, acudieron à vér, què ſucedia en caſa de Don Thomàs, todos los vecinos de aquella Calle. Procuraron ſujetarla entre todos, y à viva fuerza la aplicaron la Reliquia. El efecto de eſte contacto fuè, que deſpues de medio quarto de hora, que eſtuvieron bregando con ella, finalmente ſe aquietò: bolviò en sí, besò el Relicario, diciendo al miſmo tiempo: *O què olor*

de Paràìso ! ò què olor de Paruſo ! Con lo qual quedaron los concurrentes alegres, y deſcanſados. Don Thomàs la diò un pedacito de la Sotana, y una Eſtampa del Siervo de Dios, encargandola, que la traxeſſe ſiempre conſigo. Tomò las Reliquias, y el conſejo; y por el ciempo de veinte meſes gozò, en una perfecta quietud, de las dulzuras de ſu natural, ſin incurrir en las locuras, que antes executaba. Pero en la mañana del dia 7. de Agoſto de el año de 1718. haviendo ſalido de caſa ſu marido, viò entrar por ſus puertas (como ella miſma refiere) una muger, la qual la dió à puño cerrado un golpe en las caderas, tal, que ſe las dexò llenas de cardenales. El dolor, que aquel golpe la ocaſionò, no la dexaba mover, y la bolviò à ſacar de sì; pues reſtituyendoſe à caſa ſu marido, ſe halló con fuerzas para acometerle, y aun para ahogarle. Porque ſe levantò con indecible furia, ſe abalanzò à èl, y le echò las manos á la garganta. Quiſo Dios, que acudieſſe prompta la demàs gente de la familia, y la impidieron aquel deſacierto de ſu furor. Entonces Tereſa la Padula, tia de la Enferma, tomò la Eſtampa del Padre Franciſco, y pidiendo à todos los preſentes ſe hincaſſen de rodillas, y rezaſſen tres Padres Nueſtros, y tres Ave Marias, tocò con ella à la Furioſa, è inmediatamente ſe ſerenò, y bolviò à lograr el ſoſsiego que antes havia tenido; y en el año de 25. vivia, deſfrutando el favor recibido por medio de la Eſtampa de el Venerable Siervo de Dios.

No ya por una Eſtampa, ſino por ſola una aſtilla de ſu Confeſſonario, ſe viò, y ſe logrò ſemejante prodigio y triunfo contra el Demonio, y tambien en la Grotalia. Vivia alli una Muger, llamada Cathalina Romano, padeciendo la deſgracia de eſtàr poſſeida del Demonio: de lo qual nadie dudaba, por las extraordinarias ſeñas, que en ella ſe veìan. Un dia ſe la retirò el maldito hueſped al dedo police de un pie, y la mortificaba tanto, que la obligò à dar deſentonados gritos: Acudiò à ſu alivio una hermana ſuya; y ſin que lo advirtieſſe, la aplicò al pie la mencionada Reliquia; mas como ſi eſta fueſſe una aſqua ardiendo, la Doliente retirò el pie, y con un eſpantable clamor, ſe aplicò por ſus la-

Otra poſſeſſa.

labios el maligno Espiritu, diciendo: *Què me quiere esse Viejo? Li me manda, que salga de aqui: oy es su Fiesta.* Y en esto no mintiò; pues este caso sucediò en el tercer Domingo de Mayo, dia en que se celebraba en Napoles la gran Fiesta, que à San Cyro dexò fundada el P. Francisco de Geronymo.

Caso de harmonio fascircunstancias, en el Colegio de Sulmona.

Mas admirable aùn, es lo que se avisò à Napoles haver sucedido en nuestro Colegio de Sulmona, en el mes de Febrero del año de 27. de este presente Siglo. Avisaron nos, que estando en dicho Colegio disponiendose las Fiestas, para celebrar la Canonizacion de los dos Jovenes Jesuitas, Luis Gonzaga, y Stanislao de Kostka, puestos en el Cathalogo de los Santos, por la Santidad de Benedicto XIII. se oyeron, por noches repetidas, en la Bodega de dicho Colegio unos ruidosos estruendos, ocasionados del Enemigo Comun: lo que no se dudò, porque antecedentemente havia sido arrojado de otra pieza de la casa, en fuerza de los Conjuros, y Exorcismos de la Iglesia. Y para arrojarlos en la ocasion presente de la Bodega, desde donde turbaban con sus espantos toda la Comunidad: dispuso el Superior baxar à ella Processionalmente, cantando la Letania de Nuestra Señora. Assi se executò; pero (bufon el Diablo en este lance) empezò à disparar por las bocas de las Tinajas gran cantidad de crecidas piedras à los de la Procession; pero piedras blancas, como la nieve, y como copos de lana; porque à los que daban, no los ofendian: assustabanlos, mas no les hacian daño alguno. Viendo esto uno de nuestros Viejos, que iba en la Procession, y que no cessaba el juguete de el Demonio, aunque se repetian Exorcismos, y se ponian en las Tinajas Estampas de los dos Santos nuevamente Canonizados: enfadado santamente de aquel infernal descoco, levantò la voz, y dixo: *Bien està, yo pondrè à la puerta de la Bodega la Estampa de aquel, que sabeis que en vida fuè vuestro mortal Enemigo.* No expresso mas, ni el nombre del Padre Francisco; porque para que el Demonio le entendiesse, no era preciso expressarle; pues ni aun fuè preciso el llegar à poner su Estampa, para que el Demonio se retiraffe de aquella pieza, co-

mo inmediatamente se retirò, aunque aumentando sus ruidos espantosos, y descargando, en señal de que se despedia, una fuerte nube de las mencionadas piedras. No obstante, la Estampa se puso donde se havia dicho; y haviendo ya quatro años, quando esto se escrive, que este lance passó, no se ha buelto à sentir en el Colegio el menor ruido, ni à padecer el menor susto de los que sabe ocasionar el Maligno.

Dominio sobre el Fuego.

Passemos ahora à vèr algunas maravillas, que pongan à los ojos el dominio, que Dios ha concedido à este gran Siervo suyo sobre los Elementos. Entre ellos, el menos dominable, es el Fuego; pues sepase, que con sola una sombra suya, defendiò el Padre Francisco de un voràz incendio, el Convento de Religiosas de Santa Clara, en la Grotalia, el dia 17. de Mayo, del año de 1719. y passò assi. Celebrase en el Lugar la Fiesta de San Cataldo; y disparandose (como es costumbre en semejantes Festividades) muchos fuegos artificiales: un cohete cayó en el Convento: baxò encendido, y vino à dar en un cobertizo, donde estaban

En el Convento de Religiosas de Santa Clara.

azinados quarenta Carros de Sarmientos, para el gasto de la Comunidad. En materia tan dispuesta, pegó el fuego facilmente, y en breves instantes creciò con tal furia la llama, que como si fuera un Rio impetuoso, vieron las Religiosas, que se entraba por la ventana grande de su Dormitorio. Como se quedarian à vista de este peligro: quan assustadas, quan temerosas, quan faltas de aliento; mas es para que se considere, que para que yo lo pinte; y solo dirè, para decirlo todo de una vez, que llegaron à temer quedar, con todo el Convento, reducidas à pavesas. En este comun desmayo, se le ofreció à una Religiosa, llamada Soror Theodora Gravina, recurrir al Padre Francisco de Geronymo. Esforzóse, y fuè corriendo al Coro, donde havia un pequeño Retrato suyo: tomóle, y poniendose enfrete de donde mas violenta se enfurecia la llama, clamò con lagrimas, y voces: *Padre Francisco mio, ahora es tiempo de que nos favorezcais; y conforme acudis à los estraños, socorred à vuestras Paysanas.* Dixo, y al mismo tiempo levantò el Quadro delante

del

del fuego, que ya se venia acercando; pero (cosa maravillosa!) al punto que executò esta accion, vieron claramente todas las circunstantes, que de repente las embravecidas llamas retrocedieron, y se retiraron, de modo, que dexaron el Convento libre. No se acabò aqui la maravilla; pues se notò tambien, que si dicha Religiosa baxaba el Quadro, las llamas bolvian con nuevo impetu, como si las faltàra el freno, que las detenia. Esto sucediò por dos veces: por lo qual, tomando este por aviso de lo que debia executar, para conseguir enteramente el favor, mantuvo en alto, quanto pudo, el Retrato; y pudo hasta que, mudandose el viento de Poniente à Levante, este se llevò el fuego, no solo fuera de las tapias del Convento, sino de los muros de el Lugar: con lo que quedaron consoladissimas las Religiosas viendose libres de tan funesto peligro. Dieron por esto las debidas gracias à su Bienhechor, y luego se las bolvieron à dar de nuevo; porque haviendo subido al parage, en que estaba la leña, pordonde empezò el fuego, descubrieron arrojados al campo algunos de los haces encendidos, sin saber por quien, ni como se pudieron arrojar alli. Este prodigio se autenticò ante Juez competente, con los dichos Jurados de todas las Religiosas.

Yà que hemos visto rendido al Elemento voràz del Fuego à una Estampa, ò Efigie de este Venerable, passemos à vèr al Elemento del Agua, amansando sus enfurecidas olas, solo à el contacto de sus Reliquias. Testigo fuè de esto un Barquero, llamado Andrès Ametrano: el qual, caminando desde Mecina á Napoles, padeciò un viento borrascoso, y que creciò tanto al llegar al Puerto, que aun en èl no estaban seguras de peligrar las Naves; pues chocando unas con otras, à las violencias del Ayre, involuntariamente se maltrataban, con grave dolor de sus Dueños. Andrès temiò el total destrozo de su Barca; porque tenia sobrados años; y como mas vieja, temió, que à tanta enfermedad perdiesse presto la vida, y que se la sepultasse el Agua. Este miedo tan bien fundado, le hizo acordar, que tenia consigo algunas Reliquias del Padre

Franciſco de Geronymo, y ſacandolas à toda prieſſa de el pecho, mandò à un hijo que tenia, llamado Juan, que las aſſeguraſſe á un cordèl, para recogerlas luego que las arrojaſſe al Mar. Aſsi ſe executò; y fuè coſa maravilloſa, (que como àChriſto en otra ocaſion) reſpetaron à eſta Reliquia los Mares, y los Vientos; pues el Viento, inmediatamente ceſsò, y con èl la tempeſtad, quedando Andrés muy conſolado, y muy contento, por vèr con vida à ſu Barquilla; y beſando devoto las recogidas Reliquias, las guardò con todo cuidado, para que le libraſſen de otros peligros, que andando en la Mar, le podian ſuceder.

Remedia el Vino en un Colegio de Virgenes.

Deſde el Agua, paſſemos al Vino, que ſuele tener con ella mucho parenteſco, aunque no por naturaleza, ſino por malicia de los hombres. Quien creyera, que el Padre Franciſco de Geronymo ſe havia de introducir, deſde las quietudes glorioſas, que ſuponémos goza en el Cielo, al cuidado de reſervar el Vino de una Comunidad de Virgenes? Pues aſsi ſucediò en *Serino*, Lugar famoſo de el Principado Superior: hay alli un Colegio, dedicado, y conſagrado à la Virgen Coronada, y que obſerva la Regla de San Franciſco. A eſte Covento havia ya llegado el nombre, y fama de eſte Santo Jeſuita, y le havian cobrado las Religioſas una grande aficion, por los Milagros, que de él ſe referian, y preſto conocieron por la experiencia, que quando ſe los contaban no ſe los fingian; pues en el mes de Agoſto del año de 26. experimentaron, que una Tinaja, donde tenian la proviſion del Vino, para lo reſtante de el año, no ſolo ſe torcia, ſino que ſe havia torcido del todo, y que de un buen Vino, ſe havia hecho un fortiſsimo Vinagre. Eſto diò mucha peſadumbre, aſsi á la Superiora, como à la Religioſa, que tenia à ſu cargo aquella proviſion; por que ſe hallaban ſin medios para ſuplir aquella falta, haſta las futuras vendimias. Eſte ſentimiento las traxo à la memoria los Prodigios, que havian oido contar del Padre Franciſco de Geronymo, y creyeron firmemente, que quien havia defendido, y mejorado el Trigo, quaſi perdido de otras Comunidades de Religioſas, podria tambien favorecerlas à ellas, retornandolas el Vino: Con eſte penſamiento, y con mucha

cha fee la Abadesa, que se llamaba Cathalina Matea, con la otra Religiosa, pusieron, y fixaron à la tinaja una Estampa del Venerable Jesuita. Buelven al dia siguiente á vér, què efecto les havia producido su fee, y hallaron, que les havia producido el que havian deseado, pues llamando hombres inteligentes de la materia, para que probassen aquel Vino, estos le hallaron tan grato à su paladar, que despues de haver cabeceado á uno, y otro lado, y arqueado mucho las cejas, dixeron, que aquel Vino era un ambar; y se les pudo creer, porque yà he dicho, que en esta materia eran muy inteligentes. Con este testimonio, alegrissimas las Religiosas, gastaron aquel licor, que les durò dos meses; y aun las hezes de èl se pudieron aprovechar, y se aprovecharon à gusto de los q̃ las bebieron. A este prodigio se siguiò otro en la misma casa, y con solo un mes de diferencia, pues el passado fuè por Agosto, y el que voy à referir fué en el inmediato Septiembre. En este mes, por los excessivos calores de aquel Verano, llegò à faltar el agua en tres pozos q̃ tiene aquel Convento. Esta falta era de grave incomodidad, y de mucho gasto para aquellas Religiosas, porque les era preciso traer de fuera toda la necessaria para sus Oficinas. Mas como havian empezado yà favores del P. Francisco, y hecho el concepto de que no le dolía el hacer favores, acudiò tambien á èl la señora Abadesa, y le pidiò, que pues les havia detenido el Vino, ahora les traxesse el agua, y tomando una Reliquia de su vestido, la echò en un pozo; y fuè tambien cosa maravillosa, que inmediatamente concurriò à él tanta agua, como si yà huvieran empezado las lluvias, y aguaceros de el Otoño.

Trae tambien agua à sus pozos.

Cosas muy parecidas à estas refiere tambien la Illustrissima Comunidad de el Convento, ò Relicario, que en Napoles se llama de Mondragòn. Fuè esta Casa muy favorecida en vida del Padre Francisco, porque aquellas Señoras, con la estimacion que le tuvieron, le empeñaron à que hiciesse particularmente suyos sus favores, y beneficios; y este empeño parece que le dura, aun despues de haver passado de esta vida, segun las gracias que les comunica difunto. Allì, Doña Aurelia de Evoli,

En el Cõvento de *Mondragòn.*

en

Dolor de dientes. Tumor en un pie.

en una ocasion se librò de un acerviſsimo dolor de dientes; y en otra, de un tumor que se le formò en un pie, solo con tocarse un pedazo de lienzo teñido en sangre del Padre Francisco.

Dolor colico.

Allí, Doña Josepha de Cordova, en dos diferentes tiempos se viò libre de un vehemente dolor colico, y

Dolor de oidos.

por el mismo medio. Allí, Doña Inès Bulcano, que padecia un dolor de oidos, con el mismo remedio le apartò de sí. Allí, Doña Ana Sanfelicia depuso, invocando

Afliccion del corazon, jaqueca, llaga en un pie.

al Padre Francisco, tres penosas indisposiciones, como fueron, una grande afliccion de corazon, un crecido dolor, que la cogia la mitad de la cabeza, y una pestilente llaga en un pie. Mas dexando estos favores, hechos à los Individuos de aquella Comunidad, vengamos à otro, que fuè general para toda ella, y repeticion del que viviendo Francisco hizo en el Convento de Santa Maria Egypciaca la mayor. Fuè, pues, el caso,

Restituye se à una perfecta bondad un trigo del todo perdido.

que haviendo el año de 21. comprado se la provision de trigo necessario para el consumo de aquella Casa, à poco tiempo le hallaron las Señoras, que le tenian á su cuidado, tan immutado, que estaba negro, de mal olor, y en fin, echado à perder, à causa de unos animalillos negros, que baxando à tropas por las paredes del Granero, yà fuesse con su contacto, yà con el aliento de las bocas, le pusieron à breves dias en el estado lastimoso que he referido, y por consiguiente aun inutil, para que dèl se hiciesse pan para los pobres, y sirvientes de aquella Casa. Sintiò aquella Comunidad, como era natural, aquel accidente; pero la desgracia despertó en la señora Doña Aurelia Evoli, entonces Priora, el pensamiento de recurrir por el remedio al Padre Francisco de Geronymo. Con este mismo ofrecimiento vino una mañana Don Santos Lubelo, Procurador, ò Mayordomo de aquella Comunidad; y comunicandole con las Religiosas, otras dos, con la dicha Priora, le asseguraron, que havian tenido la misma inspiracion: con lo qual, de comun consentimiento, la Priora, el Sacerdote Don Santos, y las demàs Religiosas, fueron à la trox, se hincaron de rodillas, rezaron tres Padres Nuestros, tres Ave Marias, y tres Glorias à la Beatisima Trinidad, suplicandola, que por los me-

meritos de ſu Siervo Franciſco de Geronymo, ſe dignaſſe de reſtituirles aquel trigo à la bondad que antes tenia. Hecha eſta oracion, puſieron ſobre el Grano algunas Reliquias del Venerable, con una Eſtampa ſuya, y ſe retiraron, con gran confianza de lograr aquel favor; y no las engañò ſu buena fee, pues bolviendo (y bien preſto) á vér, que efecto havia hecho ſu ſuplica, hallaron con gran conſuelo, y admiracion correſpondiente, todo el trigo, no ſolo tan bueno como antes, ſino mejorado, aſsi en el color, como en la cantidad, pues vieron, que havian crecido los montones. Quanto ſeria el guſto explicado en tiernas lagrimas de aquellas Señoras al recibir la milagroſa limoſna, que el Padre Franciſco les hacia, lo dexo à la conſideracion de el que leyere; y concluyo con decir, que eſte caſo, verdaderamente admirable, le depuſieron, como teſtigos de viſta, el mencionado Sacerdote Don Santos, y la dicha ſeñora Priora Doña Aurelia.

Hallaſe el trigo, no ſolo mejor, ſino aumétado.

Aunque en materia de menos monta, no fuè menos admirable, y cariñoſo otro favor que hizo eſte Venerable Jeſuita à la Comunidad de Santa Maria Egypciaca la Mayor. Es eſtylo en ella el paſſar Ciruela, para el conſumo de las Religioſas, entre las demàs frutas de que, para el miſmo fin, hacen ſus prevenciones. Un año, pues, de eſtos paſſados, dos Hermanas Legas, Clara del Santiſsimo Sacramento, y Margarita de Jesvs, reconocieron, no ſin grande peſar, que la Ciruela paſſa ſe les perdia, porque ſe les podria, y ſe havia llenado de guſanos. La Clara no diò tanto el corazon à la peſadumbre, que no dexaſſe lugar en èl para que entraſſe una viva confianza, de que el Padre Franciſco de Geronymo podia remediar aquella perdida; y aſsi, tomando una Eſtampa ſuya, y poniendola ſobre el maltratado Genero; le encargó impidieſſe el daño que padecia, y ſe le reſtituyeſſe, bueno, y ſano. Y el Venerable Jeſuita, piadoſo, y compaſsivo, lo hizo tan bien, que al bolver al dia ſiguiente la dicha Clara con ſu Compañera, vieron ſu hacienda tan mejorada, como ſi no huviera padecido los referidos accidentes: los guſanos havian deſaparecido, y la podredumbre tambien; y en fin, la

A las Religioſas de Santa Maria Egypciaca la Mayor.

la Comunidad en aquel año no tuvo fruta de mejor gusto de que poderse servir; y esto se ha sabido, porque este suceso se ha depuesto, y jurado por aquellas Religiosas en Tribunal competente.

Tambien por los mismos medios se ha asegurado la verdad de otro caso, bien harmonioso, que sucedió en el Convento, ó Conservatorio, que en Napoles se intitula: *Santa Maria Visita Pauperes.* En aquella Casa se levantó un falso testimonio à la que tenia à su cuidado distribuir el pan à los Individuos de ella. Deciase, que a cada uno de los panes que debia pesar veinte onzas, se le sisaban quatro, y que assi, solo eran de diez y seis. No se quedó este falso testimonio dentro de las paredes de aquella Casa, pues los genios discolos, que le havian fomentado, passaron à dàr cuenta al Superior de la Comunidad, para que tomasse providencia, y castigasse à Christina de Flores, (que assi se llamaba la que tenia el empleo de distribuir el pan) porque à cada uno le mermaba quatro onzas. Hecha esta relacion, el Superior resolviò, muy á lo Juez, ir à informarse de si era assi lo que le decian, y castigar el hurto de que aquellas mugeres se quexaban. Christina, que estaba inocente, y ignorante de como se trataba su estimacion, y su credito; lo llegò à entender, porque se lo dixeron unas muchachas bien intencionadas, deseando, que estuviesse prevenida para quando viniesse à hacer su pesquisa el Superior. Luego que tuvo este aviso, aunque estaba inocente, no dexò de turbarse, y de entrar en algun miedo; mas con èl acudiò al Padre Francisco à pedirle, que mirasse por su honra, y con santa, y fervorosa candidèz, le hablò en esta conformidad: *Padre Francisco, bien veis desde el Cielo, que estoy libre de esta falsedad, que se dice de mi; y assi, por el amor que tuviste a los hombres, te ruego, y pido, que para que conste mejor la realidad de mi proceder, dispongais, que cada pan, no solo pese veinte onzas, sino dos mas.* A esta suplica respondió el amable Jesuita al deseo de aquella buena muger, pues llegando el caso de que el Superior con peso en mano examinasse el que tenia cada pan, hallò, que cada uno pesaba puntualmente veinte y dos on-

Falso testimonio, levantado à una Religiosa Lega.

Añadele à cada pá milagrosamente dos onzas

onzas. Admirôse; pero para que se vea lo que suelen ser primeras impresiones en los Superiores, y en los Jueces: este, que debia castigar à las que le havian hecho tan maliciosa informacion, descuidò de esto, y prosiguiendo su enojo contra la inocente Christina, le hizo cargo de la demasía que hallaba en el peso de los Panes, y quiso passar à castigarla, como dissipadora de los bienes de la Comunidad, diciendole, que fuera grave falta, que los Panes estuvieran faltos; pero que tambien lo era, el que estuviessen sobrados, pues si aquel fuera hurto à los Particulares, estotro era hurto, que se hacia à la Comunidad. Entonces Christina, para evadirse de este segundo cargo, declarò, que el mayor peso que havia tenido el pan, no se le havia dado ella, sino milagrosamente el Padre Francisco de Geronymo, à quien se havia encomendado, y pedido, que para que constasse con mas claridad su innocencia, hiciesse el prodigio de añadirle dos onzas à cada pan; y que para que constasse, le bolviessen à pesar, y hallarian, que cada uno no pesaba mas que las veinte onzas de la ley; y assi se executò, retirandose de esto dos veces maravillado el Superior, y quedando avergonzadas, y confusas las que à la pobre Christina le havian levantado el testimonio.

Prodigiosa restitucion que hizo un Gato de un Pez, q̃ se havia comido.

En el Real Colegio, que en Napoles tiene el nombre de *Santa Maria de la Charidad*, libertò tambien el Amable Francisco, à una pobre Criada, de otra grave pesadumbre, con modo bien admirable. Servia Francisca Santoro en aquel Colegio, el oficio de la Cocina: Con esta ocasion, una Doncella de aquella Casa, le diò un Pez, para que se le guisasse, y se le sirviesse à la cena. La buena Francisca tomò el Pez, pero no le guardò como debia: dexòsele à mal recado; y con esso vino un Gato, y se le pescò, y fuè à comersele à un texado, como lo vieron varias Doncellas. La Cocinera reconociò el robo; mas no pudiendole remediar, empezò à llorar amargamente, temiendo la riña de la Doncella, que le havia hecho el encargo; y deseando encontrar algun alivio à su afliccion, fuè à contarsela à otra piadosa Doncella, lla-

llamada Angela de Simone, la qual era de tan buen natural, y de corazon tan compassivo, que al vèr à la Criada con lagrimas en los ojos, se empeñò en pedir al Padre Francisco de Geronymo, que la consolasse. Dixole con gran confianza: *Padre mio Francisco, mientras vivisteis, todo vuestro cuidado fuè consolar à los afligidos; y assi, aora que por tus Virtudes te supongo en el Cielo, te pido, y suplico, que prosiguiendo en vuestras piedades, libreis à esta pobre de la pesadumbre con que se halla.* Dixo; y el benignissimo Francisco la oyò tan bien, que inmediatamente, à vista de las demàs compañeras, el Gato ladron restituyò sano, y bueno el Pez, que havia robado, y que se havia comido. A novedad tan estraña, no faltò quien la llamò prodigio, digno de referirse entre los demàs que executa este milagroso Jesuita.

Librase de un incèdio un Convento de Religiosos, y con especiales circunstàcias

En el año de 1733. quando se estaba imprimiendo yà esta Vida que traduzco, se escribiò à Napoles desde Taranto, un caso sucedido con una Estampa del Padre Francisco, tan digno de saberse, que aunque este no sea su lugar, me ha parecido, por no passarle en silencio, escribirle aqui Ay en Taranto un Convento de Religiosos, que alli llaman *Conventuales*. En este Convento, al lado derecho del Coro, ay dos aposentillos, por donde se sube à la pieza de la Congregacion, consagrada á los Cultos de Maria Santissima, Concebida en Gracia; y los dos estàn llenos de Almarios de madera, en que se guardan las Alhajas, y Ornamentos, assi del Templo, como de la referida Congregacion. En uno de estos Aposentillos, se alvergaba, y dormia un pobre Viejo, muy torpe, é impedido, assi por sus años, como por sus enfermedades; y se puede inferir, quan debil estaba, de que en la mitad de Julio, todavia gastaba brasero de lumbre, como pudiera en Diciembre; y este brasero fuè la causa de una desgracia, que à no remediarla el Padre Francisco de Geronymo, huviera reducido à pavesas todo el Convento. Porque el Viejo, la noche del veinte y quatro de Julio, puso, sin reparo, el brasero debaxo de un Almario, y se retirò à dormir al aposentillo inme-

mediato : la lumbre debia de ſer baſtante : el Almario de madera anciana ; y con eſſo preſto, no ſolo ſe encendiò, ſino levantò llama tan crecida, que haviendo abraſado la puerta, y la ventana, ſalió por ella, y avisò de ſu peligro à la vecindad. Los Religioſos, por eſtàr ſu habitacion al otro lado del Templo, no conocieron ſu rieſgo, haſta que los vecinos les aviſaron de èl, diciendoles : *Padres, que ſe queman, que ſe abraſan.* A eſtas voces, deſpiertan deſpavoridos : vèn el fuego, temen que el Templo ſe les queme ; porque entre èl, y el fuego, ſolo mediaban unos texados de caña ; y faltos de conſejo, no penſaban en apagar el incendio, ſino ſolo en los medios de ſalvar ſus vidas. Mas quiſo ſu fortuna, que el Maeſtro de Novicios, Juan Bautiſta Barberio, huvieſſe, pocos dias antes, leìdo la Vida del Padre Franciſco, y en ella el caſo, verdaderamente admirable, que noſotros hemos eſcrito yà, de haver libertado, con una Eſtampa ſuya en la Grotalia, de un funeſto incendio, un Convento de Religioſas; y alentado con eſta eſpecie, acudiò à ſu Celda, y tomando una Eſtampa, que tenia del Venerable ; y en lugar de ſus Reliquias (que aunque tambien las tenia, con la turbacion no pudo dàr con ellas) tomò las de otro Sugeto Venerable de la Seraphica Familia, llamado Joſeph Cupertino ; y con eſtas Eſpirituales Armas, haviendo mandado antes à ſus Novicios, que rezaſſen à la Trinidad Beatiſsima tres Padres Nueſtros, tres Ave Marias, y tres Glorias: partiò intrepido, y llegò adonde eran mas furioſas, y mas crecidas las llamas (y invocando el Nombre del Venerable Franciſco) arrojó á ellas ſu Eſtampa, y deſpues las Reliquias del otro Venerable. Y aqui ſe vió el prodigio de que la Eſtampa, que era de papel, fuè caminando por el ſuelo de la pieza, por mas de tres palmos ; y al miſmo tiempo, como ſi las llamas fueran huyendo de ella, ſe retiraron, y recogieron à un angulo, ó rincon de la pieza, que tenian ocupada, ſin que tomaſſen mas altura, aunque en aquellas circunſtancias, ſe levantò un viento, con que pudieron crecer. Viendo, pues, arrinconado el fue-

fuego, se atrevieron los concurrentes á apagarle con tierra, y agua; y de esse modo se salvó el Convento de su amenazada ruina. Bien es verdad, que fué à costa de la Estampa, y Reliquias, que se arrojaron al fuego; porque perecieron en èl, no sin mysterio, pues parece que assi quisieron dàr à entender los Venerables à aquella Comunidad Religiosa, que porque ella se librasse de aquel estrago, no havian reparado en, que se quemassen sus Reliquias. De todo esto nos avisa el mencionado Padre Fray Juan Bautista Barberio; y añade, que lo jura à mayor gloria de Dios, y de su Siervo el Padre Francisco de Geronymo.

CAPITULO XIII.

ATIENDE EL PADRE Francisco desde el Cielo, al bien espiritual de las Almas.

COrto triumpho fuera para la charidad de este Varon verdaderamente Apostolico, cuidar desde la Gloria (donde le suponèmos) de libertar de las enfermedades, y trabajos corporales à sus Proximos: lo que mas les importa, es, que los assista en las materias de su mayor importancia, que son las que miran al punto gravissimo de su salvacion; y assi en este punto se han experimentado sucessos maravillosos, que serán la materia de este Capitulo.

Un Sacerdote, Sugeto digno de toda fee, afirma, que haviendo sido llamado à assistir à un Moribundo, le encontrò tan ciego, tan obstinado, y tan endurecido, que no se le daba nada de morir sin confessarse. Valiòse de todas las razones que pudo, y aplicò todos los medios, yà asperos, yà suaves, que su prudencia, su espiritu, y su zelo le dictaron; pero el Enfermo à nada se daba por entendido. Llevaba consigo dicho Sacerdote, una Reliquia del Venerable Padre Francisco, y se le ofreciò mandar interiormente al Demonio, en nombre de aquel Siervo de Dios, que dexasse de endurecer, y obstinar el corazòn de aquella criatura infeliz. Y el efecto fuè, que al punto el Enfermo, buelto al Sacerdote, le dixo con voz turbada, y medrosa: *Echad de aì essos Perros, que me quieren arrojar al fuego eter-*

Un Moribundo obstinado.

eterno. Repitiò con esto el Sacerdote, y con mas feè su precepto, viendo que havia tenido tan buen principio; y hizo bien, pues por este medio consiguiò el bien que deseaba; pues bolviendo á breve rato el obstinado doliente sobre sì, y en su perfecto acuerdo, dixo: *Yo quiero confessarme.* Confessòse muy à satisfaccion del que le oia, y en ocho dias, que viviò despues, repitiendo sus reconciliaciones, logrò una admirable tranquilidad de animo, sin bolver á experimentar las negras sugestiones del Enemigo.

Oracion à N. Señora de los Dolores, por mano del Padre Francisco

Otro obstinado.

Haviendo ido el mencionado Sacerdote en otra ocasion al Hospital de los Incurables, se encontrò en èl un Mozo, mas enfermo en el alma, que en el cuerpo; porque acostumbrado á callar pecados en las Confessiones, no havia reparado en cargarse de sacrilegos delitos, en el Sacramento, que es el medio de borrar las culpas. Exortóle el Sacerdote à que se confessasse; pero èl claramente respondiò, que no queria. Ea, pues, le dixo entonces el Ministro de Dios, supuesto que no quereis confessaros, solo os pido, que os encomendeis à la Santissima Virgen de los Dolores; y que para con esta Señora tomeis por Intercessor al Padre Francisco de Geronymo, y mañana bolverè à visitaros. Cumplió el Enfermo lo que se le mandò, y el Confessor tambien cumpliò su palabra; pues bolviò al dia siguiente, y le hallò tan mudado, que le pidiò con ansia, que le confessasse. Confessòse generalmente; y en el tiempo, que le quedó de vida, prosiguió dando señales de verdadero dolor, y de sòlida penitencia.

Tentacion contra la Castidad.

Otro Sacerdote padecia una grave tentacion contra la Virtud de la Castidad: tomò, para vencerla, aquellos medios asperos de silicios, y disciplinas, con que se suelen vencer semejantes tentaciones; mas viendo, que estos medios no retiraban aquella sugestion de su pecho, como deseaba, se determinó à dar quenta de ella al Sacerdote arriba mencionado, quien le dixo, que si se encomendaba à la Reyna de los Angeles, y le pedia su patrocinio, por la pureza de alma, y cuerpo de su Siervo Francisco de Geronymo, tenia por sin duda, que se veria libre de aquella tormenta; y assi su-

cediò ; pues tomando el consejo el afligido Sacerdote, à breve tiempo confessò, que por favor de la Reyna del Cielo, y el patrocinio del Padre Francisco de Geronymo, se havia libertado de las funestas sombras, que le perseguian.

Historia de un Mozo, que le librò de culpas, por favores del P. Francisco vivo, y difunto.

Mas admirable, y mas perceptible fuè el espiritual favor, que hizo à un Mozo, à quien en vida havia confessado ; y passó assi. Este Mozo, que era de Exercicio Zapatero, vino à Napoles, à buscar que comer, acosta de su Exercicio. Era temeroso de Dios ; y assi, para alexarse de las ocasiones de perderse, procurò, y consiguiò aloxarse en una Comunidad Religiosa. Mas no le bastò el resguardo de una Casa Santa, y Religiosa, para no caer lastimosamente en la culpa. Y consistiò, en que un dia de Fiesta saliò de aquella Casa, para respirar de sus tareas, passeandose, y divirtiendose por las Calles de la Ciudad ; y en una de ellas quiso su desgracia, tropezasse con una Muger perdida, con la qual se enredò de modo, que le parecia imposible separarse de ella. Pero porque le echaba azibar en sus gustos el remordimiento de su conciencia, se determinò, aunque con grande dificultad, à romper aquellos lazos, acudiendo à los pies del Padre Francisco, que entonces vivia. Recibiòle el Padre, con su acostumbrada benignidad : mandòle hincar de rodillas : hizole la Señal de la Cruz en la frente, con la Reliquia de San Cyro, con cuyo contacto sintiò el Penitente mudarsele el corazon, y caersele à los pies, como rendida, aquella passion malvada. Confessòse ; y despues frequentando los Sacramentos, y procediendo con mas cuidado, y mayor advertencia, entablò una vida muy temerosa de Dios.

Para ponerse mas lexos de las ocasiones de recaer, se retirò de los bullicios de Napoles : fuesse á su Tierra, y tomó el estado del Matrimonio. Vivia con quietud ; mas nuestro comun Enemigo, que ya una vez le havia tenido en su cadena, le formò de otra segunda muger, otro precipicio, en que lastimosamente se despeñò, siendo ya sus culpas mas graves, que las passadas, por acompañarse con la circunstancia del adulterio. Pero Dios, que no quiso abandonar à este Alma, repitiò de nue-

nuevo en su corazon mas vivos, mas eficaces, y mas agudos los remordimientos: con lo qual, zozobrando el pobre entre la passion, y la razon, determinò bolver à Napoles, para consultarse, y buscar el remedio en su experimentado Espiritual Medico el Padre Francisco. Hizo su viage; mas llegando á nuestra Casa Professa, se desconsolò, porque alli supo, que ya havia muerto; y para no perder del todo su viage, buscò, y comprò la Vida del Siervo de Dios, que ya se havia impresso, y con ella se bolviò à su casa, donde todas las noches leìa un Capitulo, en compañia de su muger, y de su pequeña familia. Concluido este exercicio, rezaba un Padre Nuestro, y un Ave Maria, como èl decia, à honor de aquel Santo; pero tambien con la buena segunda intencion de conseguir por su medio, la libertad de aquel lazo, que le oprimia. La tercera tarde, despues de la acostumbrada letura, se quedó dormido, y soñò, que oìa passar por la calle al Padre Francisco, que con los golpes de la Campañilla, iba combidando al Pueblo à la Comunion General. Pareciòle, que le venia acompañando un Hermitaño; y que assomandose èl à la ventana, el Padre desde la calle le decia: *Tèn buen animo, que yà has conseguido la gracia.* Con estas especies dispertò, y experimentò en sì la feliz novedad de haverse su corazon desembarazado de su pesada cadena, y puestose en libertad del depravado afecto, que le dominaba, *como si* (son palabras suyas) *una gran cantidad de agua, arrojada sobre un fuego en un punto le apagara.* Con esto, sin dilacion, bolviò à Napoles, á darle al Padre Francisco en su Sepulcro, las debidas gracias; y al Confessor, à quien dixo sus culpas (que fuè el Padre Nicolas Canati, de la misma Compañia) refiriò menudamente todo este caso; y quiso se supiesse, para honra, y gloria de Dios, y de su Amado Siervo. Y esto aconteciò à 8. de Julio, del año de 1720.

Utilidad de leer la Vida del P. Francisco.

A Antonio Barbarone, le dexò su padre, como una preciosa herencia (y en la realidad lo fuè) un Libro escrito de mano propria del Padre Francisco, del qual se valiò para gran bien suyo pues hallandose una noche assaltado de un vehemente dolor de vientre; su muger

Dolor de vientre.

Gracia Vernier, lo mismo fuè aplicarse el Libro, que desaparecerse el dolor. Pero mas provecho hizo à dos hermanos de la dicha Gracia, llamados Juan, y Nicolàs Vernieri, los quales havia tiempo que vivian enemistados; y deseando su hermana verlos acordes en las voluntades, sin que ellos lo entendiessen, les puso el Libro debaxo de las almohadas en que dormian; y el efecto fuè, hallarse sus corazones tan trocados (cambiandose el rencor en cariño) que de alli adelante fueron mas hermanos por la amistad, que lo eran por la sangre.

Enemistad de dos hermanos

En el caso que se sigue, huvo una circunstancia, que enseña, como se han de conseguir los favores de este gran Siervo de Dios; y por esso pido se lea con reflexion. Un Niño de un año, y tres meses, hijo de Joseph de Carolis, y de Ana Contini, naturales de la Grotalia, cayò enfermo de un accidente tan grave, que à pocos dias que el Medico le visitò, dixo à sus Padres fuessen disponiendo lo necessario para enterrarle. El padre, viendose tan destituìdo de los medios humanos, buscò el favor del Padre Francisco, su Compatriota; y con fervorosas lagrimas, le encomendò la vida de su hijo. Mas al tiempo de hacer su suplica, se le ofreció un pensamiento, ciertamente inspirado del Siervo de Dios; y fuè, que para conseguir la gracia que deseaba, debia primero ponerse en gracia de su madre, hermanos, y hermanas, con quienes havia dias que estaba reñido, de modo, que no se hablaban, por algunas desazones que havian tenido, y que entre parientes inmediatos suelen ser tan ordinarias, como nacidas de motivos muy ligeros. Al principio Carolis no hizo mucho caso de este buen ofrecimiento; porque suele cegarnos tanto la pasion, que querèmos, que Dios nos haga favores, al mismo tiempo que no querèmos dàr la debida obediencia à sus Preceptos. Mas la inspiracion fuè tomando tanta fuerza, que al fin le rindiò; y assi, hablando en su corazon con el Venerable Padre, le dixo estas formales palabras: *Basta, basta, mi Amado Padre Francisco, yà os oygo, yà os entiendo. Concedeme la gracia que os suplico, que yo os ofrezco ir mañana à hacer las*

Disposicion para conseguir el beneficio.

las amistades con mi Madre, mis Hermanas, y mis Hermanos. Hecho este propósito embiò à pedir la birreta del Padre Francisco, que se conservaba en casa de su Hermano D. Thomàs. Aplicòla à la cabeza de su hijo, que estaba yà, como èl mismo depone, hecho un cadaver; pero de repente bolviò en sì, y como si resucitàra, empezò alegre, vivo, y espirituoso à llamar à su padre, y à su madre: Tomò el pecho, le desfrutò muy bien, y con gusto de sano; y desde entonces (que fuè el año de 23.) hasta ahora, no ha buelto à sentir, ni un amago de su passada dolencia.

Apareciòse à un Sacerdote, ofreciendole, no se apartarà dèl hasta morir.

En la Ciudad de Nola huvo un Sacerdote, que hallandose sumamente afligido de una superior enfermedad, y sin esperanza de vida, segun la sentencia de los Medicos, tomó por ultimo remedio encomendarse à el Padre Francisco, y ararse al brazo unas Reliquias suyas. No tardò mucho tiempo en corresponderle à esta fee el Venerable Padre, pues apareciendosele, le hablò assi: *Yo te favorecerè, no en darte la salud del cuerpo, sino en procurarte el mejor bien de tu alma. No temas, que hasta el ultimo aliento no me apartarè de tì: y ahora lo que quiero es, que te digas à tu Confessor esta, y esta culpa que has cometido.* (y se las expresò.) Por un gran rato estuvo muy dudoso el Enfermo, sobre creer, si lo que le havia passado havia sido revelacion, ò sueño. En esta duda llamò à uno de los nuestros, para consultarsela, y salir de su confusion. Oyòle el Jesuita, y haviendole respondido, que no dudasse, que aquel havia sido verdadero, y sòlido favor de el Padre Francisco, logrò el que el Sacerdote, separandose del deseo de vivir, se aplicasse à dàr mayores purezas à su alma, recibiendo con toda devocion los ultimos Sacramentos. Añaden los que escriben este caso, que el tal Enfermo se viò en las ultimas horas muy congoxado de ilusiones del Demonio; pero se debe creer, que cumpliendo el Padre Francisco la palabra que le havia dado, le ayudaria en aquella lucha, para batallar, y vencer, y para que llegasse con mas merito (despues de una muerte feliz) à coronarse de mayor gloria en la Eternidad.

Una Doncella, hija de una Casa de las honradas de Napoles, tuvo la desgracia

Favorece à una Dócella, para que venza una poderosa paſsion.

de poner los ojos en un Mozo, (que ſervia en ſu caſa) tan ciegamente, que deſpreciando los conſejos, y reprehenſiones de ſu Confeſſor, llegò à decir, ſerle impoſsible ſepararſe de aquel amor: por eſto alguna vez el Confeſſor no quiſo abſolverla, pero ni aun con eſto aquella Niña abriò los ojos à la luz de la razon. Parecia-la, que no podia vivir ſin amar à aquel Joven, y por tanto, no reparaba en llevar adelante ſu cariño, aunque fueſſe (como lo llegò à ſer) con nota de toda ſu familia. Sus padres quiſieron tomar el remedio de echar de ſu caſa al Mozo, aunque con el titulo honeſto de darle mayor conveniencia; pero apenas oliò eſto la Doncella apaſsionada, quando le diò una lenta calentura, nacida de el ſentimiento de perder de viſta à ſu Amante, y la calentura tomò de ella tanta poſſeſsion, que haviendola robado el color del roſtro, la enfermò, y enflaqueciò de modo, que llamados los Medicos, la dieron à entender, que ſe moria. Eſte aviſo llenò de provechoſo miedo à aquella pobre infelíz. Aſſuſtoſe de verſe en peligro de perder la vida del cuerpo; pero mucho mas ſe congojò de verſe en rieſgo de perder la vida del alma. Mas quiſo ſu fortuna, que al viſitarla algunas Amigas ſuyas, para divertirla, la dixeron muchos de los prodigios, y favores, que hacia (ſegun contaba la fama) el inſigne Jeſuita Padre Franciſco de Geronymo. Con eſtas eſpecies ſe alentò la Enferma, y reſolviò valerſe de ſu patrocinio, pidiendole: *Que reconociendo ſer indigna, por ſus culpas, de que la alcanzaſſe de Dios la vida temporal; humildemente le ſuplicaba, la favoreciеſſe, para no perder la Eterna; y finalmente, que deſterraſſe de ſu corazon, y quanto antes, la ciega paſsion que tenia à aquel Mozo.* Hecha eſta oracion tan cuerda, ſe recogiò á dormir, y ſiendo yá muy entrada la noche, le pareciò, que veia, rodeado de celeſtiales reſplandores, al Padre Franciſco, y que le decia al Compañero que traia à ſu lado: *Eſta pobrecilla neceſsita de prompto ſocorro, porque eſtá muy al caer, y con todas veras deſeo favorecerla.* Luego ateſtigua, que llegandoſe mas cerca, le oyò decir: *Todo ſe ha compueſto; yà eſtas ſana.* Si eſte fuè ſueño, ò ſi fuè realidad, la Doncella no lo pu-

pudo por entonces distinguir; pero que havia sido un especialissimo favor del Padre Francisco, lo conociò por la mañana, luego que dispertó, pues se hallò tan otra, que se viò libre de la calentura, y tambien apagado aquel incendio, que malignamente le abrasaba el corazon. Tan apagado hallò aquel fuego, y tan mudada su voluntad, que ella misma fuè Agente, para que sus padres apartassen quanto antes de su casa aquel Mozo, por quien antes havia estado tan perdida: y en su ausencia logrò tal serenidad, y tal quietud, como si nunca le huviera amado: y lo que es mas, haviendo, despues de algun tiempo, buelto el Mozo à su casa (porque sus padres lo quisieron assi) ella prosiguió en mirarle con tanto despego, como si nunca le huviera querido. Tan cumplidos hace sus favores, y comunica sus beneficios este amable Jesuita.

*** *** ***
*** ***
***

CAPITULO XIV.

AUN DESPUES DE LA muerte, parte con San Cyro el Padre Francisco sus prodigios, gracias, y maravillas.

ESTE Santo Hombre, que en vida se acompañó con el Nombre, y Patrocinio de San Cyro, para executar milagros, y maravillas à favor de sus proximos, creo, que puedo decir, que aun despues de haver passado à la Gloria (donde piadosamente le suponemos) inquieta suavemente al Glorioso Martyr, para que prosiga en las gracias, que antes comunicaba à los Mortales. Discurrolo assi, porque en varias ocasiones le ha visto (despues de su muerte) acompañarle los dos, para comunicar gracias, y beneficios à sus Devotos.

De esta verdad sera el primer testigo Francisco Mari, Criado del Principe de Muscetola: el qual depuso en el año de 20. que haviendo padecido un gran tumor, que se le formò sobre una de las costillas, por haverselo curado mal, passò à ser un absceso incurable, segun el juicio de los Cirujanos, y Me- Meribua-do.

Medicos. Sajaronsele, pero de aqui resultò estenderse le el humor por toda la espalda, donde abrió dos bocas, que por ser obliquas, se negaban à todo remedio, y principalmente, quando todas las bebidas, que le daban para vencer el humor, no podian tener efecto, porque el Enfermo al punto las bolvia. Con esto, posseido de la calentura, y molestado del tenesmo, se diò por difunto, y à no tener mas exercio, que esperar acabasse de llegar la muerte à cortarle la poca vida, que le quedaba. No obstante, en lance tan desesperado se le ofreciò, que por el mismo caso, que era tan dificultoso, seria bien acudir al Celestial Medico San Cyro. Concebido este pensamiento, se le alentò el Padre Francisco de Geronymo, que se le dexò ver, y le insinuò acudiesse tambien à las piedades de Maria Santissima Señora nuestra, y que ofreciesse vestirse el trage de Anacoreta, en obsequio de San Cyro, por todo el tiempo, que le durasse la vida. En todo convino el Enfermo, y luego que hizo su voto, bolviendole á assegurar el Padre, que sanaria de su enfermedad, se le desapareciò. A la mañana siguiente vinieron cuidadosos los Medicos, pero de cuidadosos, passaron à admirados, viendo tan otro al Enfermo, que para que acabasse de convalecer, solo le recetaron, que passasse à tomar los baños saludables de la Isla de Naria.

Estrañissima curacion deun Enfermo.

De accidente casi tan peligroso como el passado, podemos decir, que se libertò, y por el mismo medio, el Jurisconsulto Juan Antonio Ocinino, quien de su proprio puño escriviò el caso, pintando el principio, progresso, y fin de su accidente, y yo le refiero abreviandole, pero sin apartarme en lo substancial de su relacion. Dice, pues, que empezó su enfermedad por una debilidad de cabeza, tal, que en aplicandose con alguna intension à los Libros, le acudian unos desmayos tan fuertes, que no le dexaban proseguir. El dolór en ella era continuo, y à veces se le agravaba, con tal vehemencia, que à un mismo tiempo le caian ardientes lagrimas de los ojos, y lo demàs del rostro se bañaba de un friisimo sudor. Llegò en fin, este Cavallero à hallarse tan falto de fuerzas, que le pedia à Dios, que si era gus-

to

to suyo, le quitasse la vida, pues la que tenia era un penosissimo agonizar. Los Medicos le ordenaron muchos medicamentos, ventosas picadas en las espaldas, vaos, ò vapores de azeyte hirviendo à los oìdos, y à otros semejantes; pero todo en vano. Su padre, y sus parientes, viendo, que los remedios humanos no surtian efecto, acudieron à los Divinos, y assi escrivieron à el Padre Don Estevan, Maestro de Novicios de la Cartuja de San Martin, que pidiesse à Dios fervorosamente la salud de aquel Enfermo. El dicho Padre lo executò, y un dia, diciendo Missa à este fin, sintiò un impulso interior de embiarle al paciente un vaso de oleo de San Cyro, que viviendo el Padre Francisco, le havia dado de su propia mano: Embiòle, encargando mucho, que se encomendasse muy de veras, y con viva fee al Santo, y al Siervo de Dios; y añadiò, que con esso esperaba conseguiria el favor, que pretendia. Aplicòle el dicho oleo con una pluma el señor Don Barthòlomè, tio del Enfermo, alentandole mucho à la confianza; pero disponiendolo Dios assi, el dolor se le aumentò tanto, y con tanta viveza, que por espacio de once horas estuvo el pobre en un grito; mas creyendo, que el Santo queria probar su fee, no por esso perdiò la esperanza de conseguir el favor: Quando (son palabras formales suyas) senti, que me caia del cerebro, como si se desprendiera de èl una cosa como una saeta, la qual se me detuvo en las narices, de donde ayudandome yo con el tosèr, logrè, que baxasse à la boca, y me diò en los dientes, como si fuera una piedra; escupila en una palancana, y pedì à los circunstantes, que examinassen què dureza era aquella, que havia arrojado. Registraronla, y hallaron ser como un clavo duro, y que remataba en tres puntas: immediatamente cessò del todo el dolor, y el Favorecido se hallò tan otro, que en su Papel se llama *Resucitado*. A tan repentina novedad, y tan prodigiosa, fuera de sì todos los presentes, empezaron à gritar: *Milagro, milagro*; y por tal lo tuvieron los Medicos, que declararon, que efecto tan maravilloso no podia atribuirse à causa natural. Refiere tambien dicho señor Orimino, que haviendole su tio apli-

ca-

cado el aceyte, puſo los ojos en el Retrato del Padre Franciſco, y que le viò con riſueño ſemblante, y como ſeparado del lienzo. De un favor tan grande, como eſtraño, fuè immediatamente el enfermo à dàr las debidas gracias; y ſucediò en el mes de Diciembre de el año de 1722.

Maravillà la aparicion.

No debo paſſar en ſilencio lo que ſucediò en el Monaſterio, que en Napoles llaman de San Potito Martyr, à mediado de Mayo del año de 26. caſo, en que ſe verà, que el Padre Franciſco de Geronymo ſe introduxo à Agente de los favores de San Cyro, à favor de una Religioſa; y en que tambien manifeſtò ſentimiento de que otra, à èl no le quiſieſſe bien, porque de eſſe modo ſe ponia diſtante de que èl la comunicaſſe ſus particulares gracias. Fuè, pues, todo el caſo aſsi: Una Religioſa de dicho Convento, llamada Doña Angela Como, y Acuña, padecia unos vehementes dolores de vientre, por otro nombre, accidentes hiſtericos: havia tenido eſta la fortuna de haver ſido bautizada por el Padre Franciſco; pero eſta eſpecie no fuè baſtante para que ſe acordaſſe de invocarle, aun viendoſe aquexada de ſu accidente, el qual en la ocaſion dicha la apretò tanto, que eſtuvo por dos dias fuera de sí; y quando al tercero bolviò de èl, apenas probaba la comida, quando la lanzaba del eſtomago. Havia en el miſmo Convento otra Religioſa, Maeſtra de Muſica, la qual, viviendo el Padre Franciſco, le havia tenido deſaficion, y aun deſpuès de difunto hablaba con deſdèn de ſu virtud. A eſta, pues, una noche ſe le repreſentò un Jeſuita, que con algun enfado, decia aſsi: *O buen Dios! Què es lo que aqui paſſa? Què pereza, y olvido hay en eſte Convento, para no hacer oracion à Cyro? Si le conocen, como no le invocan? Y tu* (diso ſonriendoſe à la Muſica) *y tu, por què à mi no me quieres bien?* Voces fueron eſtas, que no dudò ſe las decia el Padre Franciſco de Geronymo, porque por ſu ſemblante le conociò; y aſsi, à la mañana ſiguiente diò noticia de ſu ſueño à las otras Religioſas: lo qual entendido por Maria Joſepha Como, hermana de la Enferma, valiendoſe de la eſpecie, tratò de acudir al Patrocinio de San Cyro, para que favorecieſſe à ſu hermana; y aſsi, luego que

la

la viò reſtituìda, y recobrada del deſmayo, que havia padecido, aplicandole la Eſtampa del Santo, la diò ſus polvos en un poco de agua; y fuè coſa maravilloſa, que la què no podia retener, ni la mas ſuave bebida, que le daban los Medicos: El agua con los polvos, no ſolo la retuvo, ſino con el buen efecto de que ceſſando immediatamente el dolor, deſpues pudo comer, como perfectamente ſana. Que eſta curacion ſe havia debido, como milagroſa, al glorioſo Medico San Cyro, ultrà de lo dicho, ſe reconociò, en que repitiendole antes cada ſemana à Sor Angela ſu accidente, deſpues en un mes, no le bolviò à repetir, aun haviendo dexado cuidadoſamente los ſuccinos, y los demàs olores con que ſolia precaverſe. Y què dirèmos de la Maeſtra de Capilla, à quien el Padre Franciſco ſe apareciò? Dirèmos lo que ſucediò, y fuè, que con ſus voces quedò tan mudada, què tomandole una gran devocion, deſpues fuè grande, y ſonòra Panegyriſta de ſus virtudes, y de ſus prodigios.

Pechos amenazados de abrirſe à hierro.

Antonia Marino, muger de Juan Conſejo, en el año de 27. por el mes de Julio, tuvo la deſgracia, de que eſpeſandoſele la leche en los pechos, ſe le endurecieron de modo, que con ningunos medios pudieron los Medicos ablandarſelos; por lo qual, para evitarle mayor peligro, determinaban abrirſelos con hierro. Medroſa de eſte tormento la Enferma, ſe encomendò muy de veras à el Padre Franciſco, quien correſpondiò, como ſabe, á las oraciones de ſus Devotos: pues el dia 23. de Julio, al tiempo de la ſieſta, ſe le dexò ver, acompañado de un Venerable Anciano, de quien le dixo que era Medico. A eſtas voces deſpertò Antonia, y acordandoſe de la curacion, de que eſtaba amenazada, clamò, diciendo: *Eſtoy perdida, porque yà ſe me acerca la lanceta.* Mas Franciſco, diciendola, que no temieſſe, la hizo la ſeñal de la Cruz ſobre los pechos, diciendo al miſmo tiempo: *En nombre de Dios*, lo qual executado, deſapareciò con el Compañero que havia traìdo. No pudo dudar la Enferma de la realidad de el favor, pues immediatamente experimentò, que de los pechos le havia ſalido tanta cantidad de agua, y podrida materia, que huvo de ſaltar de la ca-

ma

ma para mudarse ropa, y acabar de purificar los pechos con exprimirlos; à lo que se siguiò, que como faltaba yà la causa del dolor, y de la enfermedad: enfermedad, y dolor todo faltò à un tiempo, y ella diò gracias à Dios de verse perfectamente sana.

Parotidas mortales.

Con otra semejante aparicion se viò libre de unas mortales parotidas Feliciana Policina, muger de Carlos de Pacis, pues aplicandose Reliquias à las oprimidas fauces, y haviendose quedado dormida, le pareciò, que tomando Francisco unas flores (que le daba San Cyro, que le venia acompañando) y aplicandoselas ligeramente à la garganta; el efecto fuè despertar, y arrojar una postema, con la qual quedò assegurada, assi de su salud, como de aquel favor, que havia debido à San Cyro, y al Venerable Jesuita.

CAPITULO XV.

VOTOS, Y PROMESSAS hechas, y cumplidas al Padre Francisco de Geronymo.

HAVIENDO referido los muchos favores, y gracias, hechas por este Hombre Venerabilissimo, serà razon que digamos los medios de que para conseguirlas se valieron los mismos que las alcanzaron, que fueron hacer votos, y ofrecimientos, que cumplieron puntualmente; y que si se descuidaban en cumplirlos, el Padre se lo acordaba; y à veces con bastante costa suya.

Apoplegia en un Niño.

Pongo en primer lugar al yà otras veces mencionado Doctor Juan Ambrosoli: Este tuvo un hijo, llamado Domingo Maria, quien siendo de quince meses, à 10. de Marzo de el año de 21. padeciò un accidente apopletico, que haviendole durado quatro horas, à juicio de todos, le acabò, dexandole, no solo frio, y yerto, sino sin respiracion. Para desengañarse de si estaba vivo, ò muerto, se le aplicò por dos veces à la boca una luz, sin que en ella se percibiesse la mas ligera turbacion. Afligido su padre, acudiò al Padre Francisco, y hizo voto de vestirle de Jesuita, y de llevarle, y llevar unas hachas à nuestra Iglesia de Napoles, y dar limosna para que se dixesse una Missa. Immediatamente que el Padre acabò de proferir su voto, el Niño empe-

Al parecer muriò de ella.

Voto que hizo su padre.

Sana, ò resucita el Niño.

zò

zò à gorgear, y á dàr saltos en los brazos de su madre, alegre, vivo, y espirituoso, como si las quatro horas del accidente huviessen sido de un plàcido sueño. Visto esto, fuè Don Ambrosio con toda su Casa, à cumplir su Voto, publicando, y diciendo á todos los que encontraba, que aquel Niño havia resucitado por los meritos del Venerable Padre Francisco de Geronymo. Y yà he advertido, que Don Ambrosio era Medico.

Dolores de vientre

Don Jacome Orlando, Sacerdote en la Grotalia, padeciò unos vehementes dolores de vientre, que no le dexaban sossegar en la cama, ni fuera de ella. Si havia de andar, ò dàr algun passo, havia de ser encorbado, y arrimado à una muleta; y à veces se arreciaban tanto, que le ponian en terminos de morir. Encomendóse à varios Santos, Abogados suyos; pero ninguno le respondió, porque la salud, que deseaba, queria Dios concedersela por mano de Francisco de Geronymo, que havia muerto aquel año. Excitandosele, pues esta especie, con la circunstancia de los muchos milagros, que de èl se contaban, y ser los dos de una misma Tierra, se resolviò à invocarle, como lo hizo, por esta expresion: *Padre Francisco, mi Paysano, librad-me de estos dolores, ò por lo menos passadmelos à otra parte, donde sean mas llevaderos; que yo, aunque pobre Sacerdote, os ofrezco hacerme sacar vuestro Retrato, si me haceis este favor.* Dicho esto, se echò en la cama, donde le sobrevino un apacible sueño, que le durò seis horas, al fin de las quales le dispertò un golpe, que le dieron en el brazo izquierdo; y assi, no dormido, sino despierto, vió claramente, porque le viò à la luz del velon, que estaba encendido, al Padre Francisco, en trage de Jesuita (conociale bien, porque le havia oìdo Predicar en su Tierra una Mision) y con voz muy perceptible, le dixo: *Yà te he alcanzado la gracia, que pides: cumple la promessa hecha, y prosigue como has empezado.* Con tal vista, claro està, que havian de cessar inmediatamente los dolores. Hallóse el Enfermo alentado, vigoroso, y tan robusto, que aquella mañana pudo decir Missa, y la dixo sin dificultad. Consultòse despues con su Confessor, sobre el sentido de aquellas palabras:

Voto de tener un Retrato del Venerable.

Duermeseis horas el Enfermo, y al fin dellas le dan vn golpe, para que despierte.

Y vè al P. Francisco

Acepta el Voto, y le exorta à que prosiga en su devocion, y le dexa perfectamente sano,

bras: *Profigue como has empezado*, que el Padre le havia dicho: Y preguntandole el Confeſſor: que què era lo que hacia? Le reſpondiò: *Yo le rezo un Padre Nueſtro, y un Ave Maria todos los dias, deſde que tuve la noticia de ſu muerte: con que no dexarè eſta devocion, mientras me durare la vida.* Hareis muy bien (le reſpondiò el Confeſſor con quien ſe conſultaba) porque eſſo, ſin duda juzgo que fuè lo que el Venerable os quiſo decir. Aſsi lo executò el buen Sacerdote, ſin olvidarſe de cumplir la promeſſa de hacerſe ſacar el Retrato, como tambien al Venerable le havia dicho ſin duda, para que viendole otros, ſupieſſen à quien havian de acudir à pedir los favores de que neceſsitaſſen.

Caìda peligroſa, de cuya reſulta ſe teme cãgrena.

El ſeñor Don Ignacio Maria *Como*, hijo de la Iluſtre Familia, yà otras veces citada en eſta Hiſtoria, y devotiſsimo del Padre Francisco de Geronymo, haciendo jornada fuera de Napoles à 22. de Marzo del año de 17. cayò tan deſgraciadamiente del Calès, que le conducia, que del golpe ſe le hizo una contuſion en el vientre, de que ſe le originò una peligroſa eriſipela, que diò mucho cuidado à los Medicos; porque juntandoſe con haverſe llenado de manchas negras, como un carbón, las demàs partes del cuerpo, temieron, ſegun los principios de ſu facultad, que paraſſen en una irremediable cangrena. No dudaron de decirle ſus miedos al Enfermo, y con ellos le deſconſolaron; pero tambien le avivaron la devocion, para que acudieſſe à los Santos, ſus amigos, à pedirles el remedio. Aſsi ſe executò, pero principalmente llamò el doliente en ſu ayuda, al Padre Franciſco de Geronymo, de quien tòmò en un poco de Agua Bendita, una pequeña Reliquia de lienzo, teñida en ſu ſangre; y le ofreciò, que ſi le alcanzaba la ſalud, haria pintar el favor, para que no ſe perdieſſe ſu memoria. Dicho, y hecho; pues à pocas horas de bebida el agua, ſe fué ſoſſegando, ſe quietò la fatiga, y empezò à deſcanſar, yendo ſiempre á mejor, haſta que en breve tiempo ſe perdiò la diſsipula de viſta, y tambien ſe perdieron los temores, y ſuſtos de los Medicos. Pero no fuè eſto lo mas admirable; mas fué, que el Siervo

Ofrece hacer pintar el favor.

de

de Dios ſe portò con tanta liberalidad, y galanteria con ſu Devoto, que no ſolo le libertò del rieſgo referido, ſino tambien de otro mal oculto, que años havia le mortificaba, y que debia de tenerle por incurable; pues no hizo mencion de èl en ſus antecedentes ſuplicas, y Oraciones.

Gracia, q̃ hizo el Venerable, aunq̃ no ſe le avia pedido.

Por depoſicion de Antonio de Roberto, Sugeto tambien en otras veces citado en eſta Vida, ſabèmos, que Carmina Smitli, ſu muger, por una indiſpoſicion interna, que padecia, era tan infeliz en ſus partos, que no daba à luz, ſino que paria muertas todas las Criaturas, coſtandola antes de arrojarlas tan acervos dolores, que tambien ella, en cada parto, ſe veìa en terminos de morir. Con eſto, la ſeptima vez que ſe hizo preñada, temiendo los dos Conſortes la miſma deſgracia, ſe previnieron, acudiendo à la interceſsion del P. Franciſco; y con viva fee le ofrecieron, que á la Criatura que ſalieſſe, ſi era varon, le pondrian el nombre de Franciſco; y ſi hembra, el de Franciſca. Hecha eſta promeſſa, tan poco coſtoſa, quedaron muy conſolados, y eſperanzados, de que el Venerable los havia de favorecer; y aſsi fuè: pues aunque llegando el ſeptimo mes (que era el fatal de ſus abortos) ſintiò los dolores grandes, y grave indiſpoſicion, que havia ſentido en los antecedentes preñados; aplicandola Reliquias del Siervo de Dios, immediatamente los dolores ceſſaron, y proſiguiò ſin novedad haſta el nono mes, en el qual tuvo los dolores ordinarios, y naturales de un parto feliz. Pero aun eſtos, porque ſe apliçò tambien las miſmas Reliquias, fueron tan breves, que ſin dàr lugar á que llegaſſe la Partera, pariò una Niña viva, y tan bien diſpueſta, y proporcionada, como ſi huviera paſſado por las manos de la Comadre mas dieſtra. Y eſto ſe mirò como complemento, que el Padre Franciſco daba aquella gracia que hazia. Sus padres cumplieron el ofrecimiento que havian hecho. Puſieronla el nombre de Franciſca; pero el Venerable parece que quiſo, que aquella Criatura tuvieſſe, no ſolo ſu nombre, ſino tambien ſu ſobrenombre, pues diſpuſo que naciеſſe el dia 30. de Septiembre, dia dedicado á San Geronymo: con lo qual ſus padres

Parto feliz de una Muger, q̃ los tenia ſiempre deſgraciados.

Promeſa que ſe hizo.

dres llamaron à la Niña Franciſca de Geronymo; y aſsi le vinieron à dar el Nombre, y el Apellido de ſu inſigne Bienhechor, y recibieron eſte acaſo, como feliz anuncio, de que el Padre tomaba à la reciennacida particularmente debaxo de ſu proteccion. Pero dexando eſta conſideracion aqui, paſſo à decir, que haviendo ſabido otra Muger preñada el feliz ſuceſſo de Carmina, ſu vecina, ſe valió del miſmo medio, para tener un parto dichoſo; porque en los que haſta alli havia tenido, havia eſtado á rieſgo de perder la vida; mas aplicandoſe las Reliquias, que Carmina la preſtò, la fuè tan bien con ellas, que apenas ſintiò los dolores del parto.

Otra gracia, como la paſſada

En Caſtelamare, vivia un tal Diego Conde, de Patria Genoves, el qual oyendo las grandes alabanzas, que todos daban al Nombre, Virtudes, y Milagros del Jeſuita Franciſco de Geronymo, entrò en deſeos de informarſe puntualmente de todo lo que publicaba la fama, leyendo ſu Vida: conſiguiòla, y conforme iba leyendo, iba ſintiendo mas el haverſe tardado tanto tiempo en procurar ſaber las acciones prodigioſas de un Hombre, que havia ſido Luz de la Republica Chriſtiana. Peſabale de no haver hecho diligencias para haverle conocido en vida; y mucho mas lo ſintiò, deſpues que empezó à experimentar ſus beneficios. Diòle en el año de 19. à nueve de Agoſto, un vehemente dolor á un coſtado, que juntandoſe à una penoſa eſtrangurria, le mortificò de modo, que los Medicos llegaron à perder las eſperanzas de ſu vida; y viendoſe deſhauciado (por no tener otra à la mano) tomò la Eſtampa del Venerable, que eſtaba al principio del Libro de ſu Vida; y alentando quanto pudo ſu fee, hablando con ella, dixo aſsi: *Aſsiſtidme deſde el Cielo, ò tarde conocido mio, Padre Franciſco de Geronymo, que ſi me favoreceis, yo ofrezco ir mañana à Confeſſar, y Comulgar, en honor de vueſtro Devoto San Cyro.* Lo miſmo fuè acabar eſta Oracion, que deſvanecerſe del todo las fatigas, como ſi todo lo que havia padecido antes huviera ſido un mero ſueño. En fin, tan otro ſe hallò el doliente, que alborotó toda ſu familia, clamando con voz alegre: *Mila-*

Dolor de coſtado, y eſtrangurria.

Ofrecimiento hecho.

Salud repentina.

lagro, *milagro*; y se confirmò en estas voces; porque arrojò despues, y sin dolor, una piedra, que segun su magnitud, y su figura, sin milagro, no la huviera podido arrojar, sin padecer acervísimos dolores. Y de todo esto resultò, no solo el Confessar, y Comulgar, en obsequio de San Cyro, sino publicar en el mismo mes, con juramento, todo lo referido.

Quartana

Inès de Pazzis, viendose con unas quartanas, que le duraron todo un año, pidió al Padre Francisco, que por el amor, que havia tenido à San Cyro, la librasse de aquel molesto accidente; y añadió, que si conseguia este beneficio, ella le publicaria. No fueron menester mas remedios, para que se retirasse el humor de la quartana, y quedasse perfectamente buena; y assi cumpliò su ofrecimiento, tomando de lo dicho un publico testimonio.

Ofrecese publicar el favor, y se quitan las quartanas

Dolor vehemente.

Lo mismo le sucediò en el mismo año, à Ignacio Cacazè; pues haviendo padecido un dolor acervo en un lado, solo con tocarse las Reliquias del Padre Francisco, y ofrecerle, que publicaria el beneficio, si se le hacia inmediatamente: en el mismo dia se hallò libre de su dolor; pero andando al dia siguiente con negligencia, para cumplir lo ofrecido, el Venerable le avisò, haciendo que se le renovasse el dolor; y este aviso le entendiò el Enfermo, pues bolviendo a renovar su Voto, empezò á ponerle en execucion, con lo qual se librò inmediatamente de las molestias de su enfermedad.

Hacese el mismo ofrecimiento.

No se cúple, y buelve el dolor,

Buelve à ofrecer, y el dolor se quita.

Estrañísima fuè la dolencia, y por esso mas admirable la salud comunicada á un Niño de seis años, hijo del Señor Carlos Pagano, vecino de la Ciudad de Capri, y por esso, sin que yo se la pida, supongo la atencion del que leyere este caso. A tres de Mayo del año de 1723. cayò enfermo este Niño, que se llamaba Genaro, con una enfermedad tan irregular, y extraordinaria, que para los Medicos fuè nueva, y desconocida; y no lo estraño, porque sus symptomas eran los siguientes: Al entrarle la calentura, que era muy ardiente, se le ponia el rostro obscuro, cardeno, y denegrido: al mismo tiempo se le hinchaba todo el cuerpo, y de èl arrojaba un humor sanguineo, que se le bañaba

Estrañísima enfermedad.

todo. Conſultaronſe muchos Medicos, aun de los mas afamados de Napoles; y todos reſpondieron, que por ſer el Enfermo de tan corta edad, y el accidente tan irregular, y tan rebelde, debia darſe por muerto, y fuera de toda eſperanza de vida. Eſtas deſconſoladas reſpueſtas, las oia una Tia del Niño, llamada Theodora; pero ſentia mucho la muerte del Niño, y no queria creerlas, por mas que los Medicos ſe las aſſeguraban, ò fuè porque la decian otra coſa ſu corazon, ſu fee, y ſu confianza en el P. Franciſco. Acudiò à èl: tomó ſu Imagen, y con grande fervor, levantando los ojos al Cielo, dixo eſtas formales palabras; *Padre Franciſco mio, ſanadmele, que yo le llevarè à vueſtro Sepulcro.* Tocò deſpues con la Imagen à ſu Sobrino, y deſde aquel punto ſe ſecò la vena del maligno humor: ſe mitigò la calentura, y dentro de breves dias ſe le quitò del todo; y en el año de 1725. lograba una perfecta ſalud: con lo qual la Tia cumpliò ſu Voto, trayendole à Napoles, à que en ſu Sepulcro le dieſſe al Siervo de Dios las debidas gracias.

Voto de llevar al Enfermo al Sepulcro del Venerable.

Dos meſes, de dia à dia, eſtuvo padeciendo un acerviſsimo dolor à una muela. Sor Angela Serafina de San Juan Evangeliſta, Religioſa Capuchina en el Convento, que en Napoles ſe llama de *Pontecorvo*; y aunque à quien le duele la muela, le dà el proloquio comun el remedio de que ſe la ſaque: eſta Religioſa no podia aplicarſe eſte remedio: porque los Medicos no querian, temiendo que de él ſe le ſiguieſſe mayor enfermedad. En eſtas circunſtancias, la doliente ſe encomendò al Padre Franciſco de Geronymo, ofreciendole, que ſi ſin experimentar la violencia del gatillo, le quitaba aquella muela, y conſiguientemente los dolores, que ella le daba, publicaria con authentico teſtimonio eſte favor. Eſte fuè el ofrecimiento, y tuvo el logro de èl, el dia 15. de Julio del año de 26. pues diſpertandola aquella noche el vehemente dolor de ſu dolorida muela, echò la mano à la boca, como para aliviarſe con el contacto de los dedos: eſte fuè ſu fin; pero el del Padre Franciſco fuè el de aliviarla del todo de la moleſtia que padecia; pues diſpuſo, que ſe quedaſſe con la muela entre los dedos, ſin ſa-

Dolor de muelas una Religioſa Capuchina.

Ofrecimiento que hizo.

Como cõſiguiò el favor.

saber como, y sin experimentar dolor alguno: lo qual le hizo tanta novedad, que à aquella hora dispertó à las demàs Religiosas, para que la acompañassen à ir al Coro, à dar las gracias à Dios, y à su Amado Siervo Francisco.

Calentura y mal de pecho.

En el mismo año, se viò Antonia Troysio, que vivia en *Putiniano* (Lugar no muy distante de Bari) en la Provincia de la Apulia, aquexada de una ardiente calentura, y de una tan molesta opresion del pecho, y falta de respiracion, que sin que pudiessen detenerla en el camino las medicinas, y los Medicos, llegò à tocar las puertas de la muerte. No es lo dicho ponderacion; pues ella depone, que recibidos los Sacramentos, estuvo agonizando por espacio de tres meses. Al fin de ellos, se le ofreciò tomar una Estampa del Padre Francisco, apretarsela al pecho; y al mismo tiempo, hablandole con todo el fervor de quien se veia en tanto peligro, le dixo: *Padre Francisco mio, si me quitàrais esta calentura, y este ahogo, que padezco, yo lo dependrè publicamente delante de los Juezes, que estàn destinados para hacer las informaciones de vuestras Virtudes, y de vuestros Milagros.* Hecho este Voto, inmediatamente fuè poco à poco remitiendose, assi la calentura, como la fatiga: de modo, que dentro de algunos dias, dixeron los Medicos estar fuera de peligro. Y si lo estaba; pero de quando en quando se le bolvia à encender la calentura; mas para que se desaparecieste presto, se hallò oportuno el remedio en invocar el Nombre del Padre Francisco; porque à esta invocacion, la calentura tenia tal respeto, que al punto se despedia. Amaneciò, en fin, el dia en que queria cumplir su Voto, y hacer su juridica declaracion; y en èl (cosa bien singular!) dispertò especialmente indispuesta de sus passados accidentes; pero no se acongoxò, pues hablando con el Venerable, y diciendole: *Padre Francisco, oy os importa à Vos el que yo estè buena*, se vió de repente tan buena, y tan sana, y de tan buena disposicion, que pudo ir ante los Juezes ya mencionados, à hacer con los Testigos suficientes, su ofrecida declaracion.

Ofrece publicar el favor.

Singular circunstancia.

En Napoles, en el año de 24. cayò enferma de ma-

licioſas calenturas, Agueda Mathei, la qual ſiendo niña, ſe havia criado en el Colegio del Eſpiritu Santo, donde havia conocido al Padre Franciſco de Geronymo. La enfermedad, que padecia, le hizo acordar de la poderoſa virtud de aquel Hombre Venerable, para deſterrar de los cuerpos las enfermedades, y las dolencias; y al miſmo tiempo la alentò, para que ſe encomendaſſe à el, ofreciendole, que ſi la daba la ſalud, que deſeaba, depondria, con publico teſtimonio, las coſas ſingulares, que le havia obſervado quando eſtuvo en el ſobredicho Colegio. Hecho eſte Voto, inmediatamente empezò à experimentar, que ſe le inſinuaba, y comunicaba ſu pretendida ſalud. Mas ſucediòle lo que es muy comun à los que hacen ofrecimientos quando enfermos que es dexar de cumplirlos quando ſanos. Agueda anduvo muy perezoſa en cumplir lo que al Padre Franciſco le havia ofrecido; pero el Venerable la diſpertò de ſu pereza, aunque bien à coſta ſuya, pues en el miſmo año, por el mes de Marzo, ſe bolviò à vèr apriſionada en la cama con un dolor de coſtado, tal, que los Medicos la hicieron recibir los Sacramentos. Eſta eſpecie, y eſte rieſgo la diſpertaron, è hicieron arrepentir de ſu tibieza, en cumplir lo ofrecido; y aſsi, bolviendo à repetir ſu Voto, tomò un poco de Agua de la Bendita por el Padre Franciſco, con la qual inmediatamente arrojando por la boca gran porcion de materia, ſe vió libre del dolor de coſtado. Quien creyera, que con eſta experiencia, Agueda no trataria de cumplir al punto lo prometido? Pues no fuè aſsi; antes bien olvidò del todo el cumplimiento de eſta obligacion, dandole con eſſo lugar al Venerable, para que ſegunda vez la aviſaſe, como lo executò; pues al ſexto dia de ſu enfermedad, quando ya ſe juzgaba convaleciente, le picó con tanta furia el dolor, que la puſo en el miſmo rieſgo, que havia tenido al principio, quando la mandaron Sacramentar. Con eſte aviſo, ſe diò por vencida ſu negligencia, y empezò à declarar lo que quarenta años antes havia reparado, y admirado en el Padre Franciſco. Dixo lo primero, que haviendoſe excitado entre ella, y otras Doncellas de

ſu

Mala voluntad de una Colegiala con otra.

su Colegio algunas inquietudes, y discordias por cosas de poca monta, como suele ser muy comun entre muchachas: ella passò à tener una declarada enemistad con una de sus Compañeras. De esta enemistad, passò à concebir deseos de venganza, y del deseo facilmente à la execucion. Compusose con otras amigas suyas, y entre todas, y firmandole todas, escrivieron un Memorial, lleno de amargas quexas, y de especies no muy veridicas, contra la otra Doncella, con animo de entregarsele al Superior del Colegio, para que, segun aquella delacion, la castigasse. Este Memorial le guardaba consigo Agueda, para ponerle con seguridad en las manos de el Superior, quando inopinadamente fuè el Padre Francisco à hacer una Platica à aquel Colegio: la qual concluida, entre otras Niñas, que alli eran sus Penitentas, llamò tambien à Agueda, para que se confessasse. Agueda, que, como hemos dicho, tenia ocupado el corazon de los deseos de su venganza, conociendo, que si se confessaba, el Padre la havia de obligar à que rasgasse el papel, y depusiesse su rencor, respondiò con sobrada intrepidez, que por entonces no queria confessarse. Instó Francisco con eficaces razones; pero Agueda se mantuvo en su terquedad: Lo que visto por el Venerable, con grande paz, y serenidad le dixo: *Hè, bien està: no quieres confessarte, pues anda, que mañana nos verèmos.* Lo que en esto la quiso decir, se lo explicaron las primeras sombras de la noche siguiente; pues luego que se recogiò, la diò un tan extraordinario, tan vivo, y penetrante dolor en el costado, que al venir los Medicos por la mañana, lo primero que la recetaron (luego que tomaron el pulso) fuè, que recibiesse à toda priesa los Sacramentos. Mucho sintiò Agueda esta sentencia; pero à fuer de Christiana huvo de empezar à obedecer la. Vino el Confessor, y haviendola exortado, como prudente, á que depusiesse la citada enemistad, y á que le entregasse el papel, que tenia escrito, y guardado debaxo de la almohada, ella debidamente se rindiò, y assi se dispuso para que la pudiesse absolver; y fuè cosa maravillosa, que conforme el Sacerdote iba profiriendo las palabras de la absolu-

Profecia.

Conocela con superior espiritu el Padre Francisco, y quiso impedirlo.

cion, el dolor, hasta alli tan inhumano, se iba disminuyendo; y tanto, que absolucion, y dolor se acabaron á un mismo tiempo. Al medio dia bolviò cuidadoso el Padre Francisco à aquella casa, y sabidor de lo que havia passado, encontrandose con Agueda, sonriendose la dixo: *Agueda, yà sè que te has confessado: yo te doy la enhorabuena; pero mira que te encargo, que de aqui adelante seas mas caritativa para con tu Dios, y para con tu proximo.* No la dixo mas; pero la muchacha entendiò esta proposicion, que el Padre no la dixo: *Porque sino, me serà muy facil embiarte otro dolor, con cuya violencia te rindas à la razon, yà que no quieras rendirte à mis razones.* Lo segundo que

Segundo caso.

depuso haver observado en el Padre Francisco, fuè, que tenia conocimiento claro de las cosas mas ocultas; pues baxando un dia por una escalera del mismo Colegio, donde se havia executado, no sé què accion inmodesta Caminando el Padre, al parecer, divertido con las que le iban acompañando; de repente se parò, y aun las assustò, pues dando una gran palmada en la pared inmediata, con voz alterada dixo: *O sagradas paredes, como os quexareis, y quan sentidamente, en el dia del Juicio delante de el Supremo Juez, dirèis, y tendreis razon, que en ninguna parte se puede pecar, porque en todas està presente Dios.* Estas dos cosas depuso Agueda, para cumplir el Voto hecho, y para libertarse, como se libertò del todo, de su passada dolencia.

Victoria de Angerio, que havia leido la Vida, que saliò impressa del Padre Francisco; y que, como Reliquia suya, la guardaba con veneracion; experimentò por su medio un favor bien singular. Diòle un colico de aquellos fuertes, y que obligan al Enfermo à arrojarse de la cama: procuraron apaciguarsele con los anticolicos, que enseñan los Libros de Medicina; mas viendo, que eran inutiles, buscò su fee remedio mas eficàz: tomò la Vida del Padre Francisco, aplicòsela, y con aquel contacto, se acabò toda la violencia de su dolor. Diòle alegre las gracias à su Bienhechor; pero no haviendo tenido la fortuna de conocerle en vida, deseò verle siquiera en algun Retrato, que se le representasse con viveza, y perfeccion. Oyòle

Efecto de haver leido la Vida deste Venerable.

Dolor colico.

Aplicase, como Reliquia, el Libro de la Vida, y sana de repente.

este

Aparicion bien singular.

este deseo el amable Jesuita, y à la noche siguiente vino á cumplirsele, pues estando dormida, le pareció, que se le ponia delante, y que tomandola de la mano, la llevaba desde la alcova en que dormia à la pieza immediata, y que la daba una Imagen de Christo Crucificado, con lo qual la dexò despierta, y llena de jubilo celestial. Todo esto sucediò en el año de 25. por el mes de Diciembre; y al año siguiente, por el mes de Agosto, haviendole dado á la misma Victoria una malicioſa calentura, no hizo otro remedio para sacudirla, que ofrecer ir à visitar el Sepulcro del Padre Francisco de Geronymo, el qual voto pudo cumplirlo luego luego, porque immediatamente le faltò la calentura. Vino, pues, desde *San Vitaliano*, Lugar en la Diocesis de Nola, donde vivia, y entrando en nuestra Casa Professa, y informada donde caìa la sepultura del Venerable, allì se estuvo mucho tiempo dandole gracias por todos los beneficios recibidos de su mano.

Ofrecimiento en otra enfermedad.

Tumor, y postema en el rostro.

El año passado de 30. en esta Ciudad de Napoles, á un Niño de seis años, hijo de Gracia Mayorga, se le formò en el rostro un tumor, que parò en una peligrosa postema, con la qual no sabian que hacerse los Cirujanos; porque si se rompia àzia adentro, temian, que la abundante materia, que de ella salieſſe, al Niño le ahogaſſe: si se la abrian por la parte de afuera, temian, que la cicatriz le afeaſſe sobradamente. Viendo esta perplexidad los parientes de el Muchacho, pusieron este caso en manos de el Padre Francisco, y le ofrecieron, que como à aquel pobre Niño le sacaſſe de estos riesgos felizmente, divulgarian, y dirian á todos el favor, que le havia debido. Cosa por cierto admirable, y digna de que se predicaſſe, aunque no lo huvieran ofrecido. Pues què sucediò? Lo que sucediò, fué, que solo con passarle al Enfermo por el rostro una Estampa del Padre Francisco, la Estampa se debiò de llevar consigo la postema, pues del todo faltò de la cara de aquel Niño, ni rompiò por la parte de adentro, ni por la parte de afuera, sino que del todo se desvaneciò. Con esto, llenos de alegria todos los parientes del favorecido Enfermo, no fueron libres en cumplir su oferta, pues el

Ofrecen publicar el favor.

Y le consiguen.

gusto, que havia ocupado sus corazones, se la hizo cumplir sin libertad.

Dolor al pecho.

En la misma Ciudad de Napoles, padeciò por un año entero Nicolasa Calfia Corlea, un continuado dolor al pecho; con el desconsuelo de que las medicinas, que la aplicaban, no podian darla la salud; porque los Medicos confessaban ingenuamente, que no descubrian qual fuesse la raìz de su enfermedad; con lo qual, pareciendola à la Enferma, que aquel caso, como desesperado, ya tocaba al Padre Francisco de Geronymo, le llamò, como à Medico de mas poderosa sabiduria, y delante de una Estampa suya, le ofreciò, como en pago de la visita que la hiciesse, que daria publico testimonio de el favor que recibiesse de su mano. Debe de gustar el Venerable de semejantes ofrecimientos: pues luego que Nicolasa le hizo, el dolor que padecia, al punto la dexò libre, y desembarazado el pecho; por lo qual se diò por obligada à cumplir su voto; pero hablando un dia de esta diligencia, que tenia que hacer delante de un Sugeto, de aquellos, que suele haver en todas partes, que poco temerosos de Dios, suelen, sino burla, hacer chanza de las cosas de devocion; se riyó de la de Nicolasa, y la entibiò en su buen proposito, de modo, que yà estaba resuelta à no hacer la relacion ofrecida; pero en verdad, que el Venerable la obligó à que estuviesse à lo prometido, disponiendo, que el dolor la bolviesse à afligir con la misma, y aun mayor fuerza, que al principio. Entonces revalidó su voto, y pidiò perdon de el animo, que havia tenido: y como à esto havia venido la indisposicion, se retirò ella, luego que el voto se repitió: y escarmentada la Enferma, luego luego hizo su declaracion delante de el Notario Nicolàs Palombo, y su fecha en el año de 1731.

Ofrecimiento.

Entibiasse la Enferma, y determina no cumplir lo ofrecido.

Repitese el dolor.

Y cumplese lo prometido.

En la misma Ciudad de Napoles huvo una Muger Noble, que acosada de importunas imaginaciones, y de tenaces escrupulos, la destemplaron tanto la cabeza, que diò en la mania de que para ella no havia salvacion, y de que yà estaba condenada a las llamas eternas. Hablaronla, y procuraron bolverla à su juicio varios Sugetos, doctos, y espirituales, que la comunicaron; pero nada fuè bastan-

Funestos delirios, nacidos de escrupulos.

te,

te, para que no prosiguiesse en su funesto delirio, el qual muchas veces la acercò à los balcones de su casa, para que se echasse por ellos, y lo huviera executado, segun lo pesarosa que estaba de vivir con tanta fatiga; pero suspendiase de cometer tales arrojos, solo con ofrecersela al pensamiento la afabilidad, que havia reconocido en el Padre Francisco, quando vivia, y la benignidad, que desde el Cielo explica en prodigios con los que se valen de su proteccion. Estas especies quiso Dios, que fuessen el medio, que la impidiesse los desaciertos à que su tetrica imaginacion a impelia. Pero à mas passò la Misericordia Divina; y fuè, inspirarle, que acudiesse à aquel Espiritu, que conocia ser tan maravilloso, y que le llamasse en su favor, assi lo hizo: encomendòsele muy de veras, y le ofreciò, que en consiguiendo, como esperaba, la serenidad de su conciencia, y la quietud de su alma, iria quanto antes á darle las gracias à su Sepulcro; y añadiò, que tambien divulgaria el favor, que recibiesse à honra de Dios, y gloria suya. La primera parte de este voto la cumplió, aun antes de vèrse favorecida, pues fuè al Sepulcro del Venerable al dia siguiente, donde no solo se hincò de rodillas, sino que besò su lapida con la frente, de donde sacò, el que luego al punto, desvaneciendose los pensamientos, y escrupulos melancolicos, que hasta alli la havian tenido tan en borrasca el corazon, quedasse en una dulce sossegada calma, empezando à respirar alegre, la que hasta alli solo havia alentado ayes, suspiros, furias, y congoxas. Pero como con los gustos suele olvidarse el cumplimiento de las obligaciones, que han de costar algun trabajo, esta buena Señora, dilatandolo de dia en dia, casi vino à olvidar la segunda parte de la promessa que hizo de publicar el favor que recibiesse de la mano de nuestro Jesuita: Ya con un pretexto, ya con otro, de falta de tiempo, de sobra de ocupaciones, se suspendia. No negaba la deuda, pero diferia tanto la paga, que casi parecia no tener animo de satisfacerla. Un dia principalmente, passando en una Carroza con su madre, y con una hermana suya por nuestra Casa Professa, las citadas le dixeron, que aquella era buena ocasion de entrar à cum-

Encomiéndase à el Siervo de Dios, y hace dos promessas.

Cumple la una, y sana perfectamente.

Empereza cumplir la segunda.

cumplir el voto que tenia hecho ; pero aun à eſta memoria, ò aviſo ſe reſiſtiò, diciendo, que queria para eſta diligencia tiempo mas deſembarazado; aſsi reſpondiò, pero pagò bien preſto ſu renitencia, pues entrando ſu Coche por la Calle Angoſta, que eſtà cerca de nueſtro Templo, otra Carroza, que venia con ſobrada priſa, diò tal golpe en el cubo de la rueda de el Coche en que iba la Reſiſtente, que aſſuſtada ſe arrojò por el eſtrivo, y y cayendo à tierra, ſe hizo ſobrado mal en una pierna, y en una rodilla, y al punto cayò tambien en que aquel golpe ſe le embiaba el Padre Franciſco, en caſtigo de ſu negligencia ; por lo qual, deſde ſu caſa, delante de una Imagen del Venerable, revalidò ſu voto, pidiendo al miſmo tiempo, que la libraſſe de un tumor, que ſe le havia hecho en la rodilla, y de las conſequencias, que ſe podian temer de èl. Hecha eſta revalidacion, y eſta nueva ſuplica, tocandoſe con la Eſtampa la rodilla maltratada, logrò el favor de que el tumor ſe humillaſſe tan del todo, que immediatamente pudo venir à dàr ſegundas gracias al P. Franciſco, y à relacionar los favores que le havia debido, y aun procurò, que eſte caſo ſe imprimieſſe en el Libro de ſu Vida, para que con eſſo ſe publicaſſe mas, procurando compenſar con eſta activa diligencia la pereza ingrata, de que ſe havia dexado vencer.

Pero la obliga el Venerable con un raro accidente.

En Codigoro, Lugar del Territorio de Ferrara, le ſucediò al Governador de el mencionado Pueblo, Chriſtoval Tarlacio, Ciudadano de Cotiñola, à 9. de Noviembre del miſmo año; darle una enfermedad mortal, que ſe reducia á una calentura ardiente, acompañada de vomitos, y delirio, de donde temiò el cèlebre Medico Galotino ſe originaſſe una inflamacion de cerebro, que ſin remedio alguno le echaſſe en la ſepultura ; por lo qual executò, y con gran deſtreza, todo lo que para aquel lance pudieron enſeñarle ſus libros, y ſu diſcurſo; pero todo en vano, porque la enfermedad venciò toda el arte del Medico, y toda la virtud de las medicinas : Diòſe aviſo à los parientes de Cotiñola del peligro en que Don Chriſtoval ſe hallaba : y ellos vinieron, pero à ſer teſtigos de que ſu pariente ſe moria, pues paſſando brevemente, deſde el

Enfermedad mortal.

el delirio à un profundo letargo, el Medico le desauciò, aunque antes le mandò hacer una sangria, con la qual le despertò solo lo bastante, para que recibiesse los Sacramentos; mas despues, haviendo perdido el habla, y aun la facultad de poder tomar alimento alguno (aunque le aplicò unas sanguijuelas à las sienes) viendo que estas no surtian favorable efecto, le confirmò la sentencia de muerte, desauciandole del todo. Con esto los parientes que havian concurrido (como en caso desesperado) se dieron à las lagrimas, y à los sentimientos, precisos en los fallecimientos de los parientes utiles, y que como tales se quieren bien. Todos se lamentan menos un Religioso de la Tercera Orden de San Francisco, hermano del Enfermo, llamado Fray Luis Tarlacio, sugeto de prendas, las que le havia premiado su Religion, haciendole Maestro de Theologia del Convento de San Antonio de Ferrara. Este Religioso, pues, viendo yà à su hermano abandonado del Medico, y acordandose del Padre Francisco de Geronymo, de quien, viviendo en Napoles, havia oìdo maravillas, alentò à su madre, y demàs parientes á valerse de su patrocinio, y prodigiosa piedad: ofreciendole, que si daba salud à aquel enfermo, darian de ello publico testimonio, para que viniesse à noticia de todos un tan singular favor. Hizose el ofrecimiento, y con grande fee, y devocion; pero como si se huviera hecho, porque el Enfermo se muriesse mas apriessa, desde que se hizo empezò à decaer, y à caminar por la posta à la muerte: acometiòle un sincope, con el qual se puso yerto, y en las ultimas agonìas, tan postrado, que para morir, solo le faltò el acabar de espirar. No por esta novedad desmayò la fee de el fervoroso Religioso, antes bien, tomando aliento de tan declarado peligro, le hablò al Venerable con esta eficacia: *Padre Francisco, yo quiero deberos la vida de mi hermano; y assi, inspiradme què podrè hacer para librarle de la muerte.* Y immediatamente se le ofreciò pedir un poco de vino generoso, y mojando en èl un hyssopillo, se le puso al Moribundo en los labios, y le dixo: *Hermano, en nombre del Padre Francisco de Geronymo, chupa esse vino.* Obedeciò el Enfer-

Promessa que hizo un Religioso, hermano del Enfermo.

Sobreviene un sincope.

fermo, abriò los ojos, puſolos en ſu hermano; lo que viſto por él, avivando ſu fee, proſiguiò en recrearle, y alentarle, repitiendo ſorvos de aquel licor; y eſtas diligencias le ſalieron tan utiles, que retirandoſe las fatales ſeñales de muerte, de que havia eſtado tan acometido el Enfermo, pareciò à todos los circunſtantes, que empezaba à vivir de nuevo; y aſsi, embiaron à llamar al Medico, que ſe havia deſpedido, creyendo, que ſegun el eſtado en que le dexaba, no tendria que hacerle otra viſita. Vino Galotino, y al verle tan otro al Enfermo, y oyendole hablar con deſpejo, explicó ſu admiracion, diciendo: *Señores, cierto que me parece que oygo hablar à un difunto.* Y deſde aquel dia, que fuè el primero de Diciembre, fuè recobrando las perdidas fuerzas poco à poco, pero con tanta felicidad, que al dia 12. de el miſmo mes, no ſolo eſtaba fuera de peligro, ſino que pareciò no haver tenido tan peligroſa enfermedad. Quiſo con eſto el Padre Fray Luis, que ſe hicieſſe la declaracion ofrecida al Venerable, en el caſo que ſu hermano recobraſſe la ſalud; pero á eſto ſe le opuſo el Medico, el qual dixo, que en aquel caſo lo que havia havido, à lo mas, era un favor, pero no prodigio, ni milagro, pues la curacion no havia ſido repentina, y que ſe podia atribuir à las evaquaciones de ſangre, que ſe havian hecho. No obſtante eſtas repugnancias, el Religioſo cumpliò ſu ofrecimiento; porque viò, que ſu hermano bolviò à recaer en ſu paſſada enfermedad, y creyò, que con aquella demoſtracion el Padre Franciſco daba à entender, que no ſe dexaſſe governar por el dictamen del Medico. Dixole, pues, à ſu hermano, que tuvieſſe buen animo, que con ſangrarſe un poco, y revalidando el propoſito hecho, el Padre Franciſco le daria cumplida la ſalud. Aſsi ſe experimentò; y ultimamente tomò el Religioſo à ſu cargo hacer en nombre ſuyo, y de todos ſus parientes la relacion ofrecida, y la firmó de ſu propio nombre, ſin omitir ninguno de los titulos, que condecoraban ſu perſona, para que ſe le dieſſe entera fee.

Convalece, y ſana el Enfermo.

Oponeſe el Medico à que ſe haga la ofrecida publicacion.

Recae el Enfermo; pero ſanò porque ſe repitiò el ofrecimiento.

Y ultimamente ſe cumple.

CA-

CAPITULO XVI.

HONORES, DONES, y Obsequios tributados al Sepulcro del Venerable Padre Francisco de Geronymo.

AUNQUE para que no se le diesse Culto publico, segun los Decretos de la Iglesia, se sepultò, y escondiò en la tierra el Cadaver de este Venerable Jesuita, no se ha podido impedir, el que la privada devocion de muchos, acuda à todas horas, por mañana, y tarde à visitar su Sepultura, yà para pedirle favores, yà para agradecerle los recibidos. De aqui se ha seguido, el oirse Oraciones á su Sepulcro: echar sobre èl fragrantes flores: encenderle ceras: embiarle Tablas, y otros Dones de este genero: con los quales, no solo los Napolitanos, sino toda Italia, y aun las Provincias mas remotas de Alemania, manifiestan el aprecio, y veneracion en que le tienen. De aqui ha nacido tambien, que se digan muchas Missas en el Altar Mayor de nuestra Iglesia, debaxo de cuya Peana viene à caer su Sepultura; y estos Sacrificios se ofrecen à la Trinidad Beatissima, por los beneficios recibidos de su mano; pero interceciendo los Meritos de este fidelissimo Siervo suyo, las ceras se ofrecen en obsequio de la Beneficencia Divina, mientras las Missas se celebran, ò se hacen arder en el Altar de San Cyro, para que de este modo se evite todo Culto publico, que no puede darsele al Venerable, hasta que la Iglesia se le decrete. Con los demàs Dones, y Presentallas, que se le hacen, se procede aun con mas cautela, pues se esconden en la Sacristìa.

Quienes, y quantos hayan sido los que se han esmerado en hacerle á Francisco estos obsequios, y estas significaciones de honor, han sido tantos, que no me es facil referirlos todos: algunos dirè, para que de ellos se pueda inferir todos los que callarè.

Pongo, pues, en primer lugar, à la Noble Señora Maria Cavaleria, madre del Ilustre Señor Juan Marifiola. Esta Señora, para librarse de un molesto dolor de ceatica, vino desde Nola à Napo-

Romeria al Sepulcro del Venerable

Cura milagrosamente un dolor de ceatica.

poles, à presentarse al Sepulcro del Padre Francisco. Visitòle repetidas veces; y haciendo alli sus Oraciones, y sus plegarias, sacò de aquel Terolo el bolverse à su casa sana, y libre de el accidente, que la havia sacado de ella; y con la circunstancia de que no la repitiesse mas.

Visita al mismo Sepulcro.

No le fuè menos felíz à otra Señora, tambien de calidad, otra romeria semejante à la passada. Era esta muger del Noble Cavallero Don Francisco Ortíz Sanchez de Luna, el qual por espacio de tres años, padeció un violento mal de orina, tal, que llegò à arrojarla teñida en sangre. Accidente tan penoso, y tan dificil en su curacion, que aunque à beneficio de las medicinas, le diesse algunas treguas al menor exceso que hiciesse, ó en la comida, ó en la aplicacion à sus dependiencias, bolvia, y con mayores fuerzas. Estas reversiones le avisaron, que necesitaba de superior remedio su enfermedad; y assi le buscò en Maria Santissima Señora Nuestra, à quien se encomendò con grandes veras, tomando por Medianero, para conseguir esta gracia, al Padre Francisco de Geronymo. Con esta ocasion, su citada Esposa Doña Feliciana Bapiblanca, natural de Benevento, amante de su marido; y por consiguiente deseosa de su constante salud, ofreció, que iria con el à pie desnudo, à visitar el Sepulcro del Venerable, si le consiguia la pretendida gracia. Apenas cumplió el ofrecimiento hecho, quando logrò el fruto de la deseada mejoria de su Enfermo, no sin grande admiracion de Amato Guerruchio, que era el Medico que le havia visitado, el qual le fué observando; y viendo que su mejoria no podia provenir de naturales principios, le mandò, que se tratasse como sano; esto es, que no guardasse la rigurosa dieta que antes; y que trabajasse en sus dependiencias del modo que solia quando estaba bueno; y de hecho se saliò con estarlo, sin que le quedasse la menor duda, de que el Padre Francisco le havia pagado con aquella no esperada salud, assi su devocion, como la visita que le havia hecho en su Sepulcro su muger Doña Feliciana.

Visita al Sepulcro con los pies descalzos.

Al antecedente serà razon,

Dolor de hijada.

zon, que se siga un Sacerdote, llamado Don Andrès Mineda, natural de Solofra, porque le imitò mucho en la especie de la enfermedad que padeciò, y de que tambien se librò, por medio de un Voto, que cumpliò en el Sepulcro del Venerable. Este Sacerdote adoleciò de un fortisimo dolor de riñones por el mes de Junio del año de 19. y se libertò de èl con la aplicacion de unas Reliquias del Padre Francisco. Pero al Agosto immediato, se viò afligido de una retencion de orina, que le apretò tanto, que el dia 26. del mencionado mes, creyò, que era su hora llegada, y que sin remedio se moria. No obstante, acudiò à su Padre Francisco: pidiò sus Reliquias, apretòlas en la mano fuertemente, como si aquel aptieto huviesse de ser quien à èl le sacasse del suyo; y no se engañò, pues haviendo tomado el orinal, arrojò una piedra, semejante en su forma, y en su magnitud, al hueso de una aceytuna Sevillana, con lo qual quedò libre del dolor, y del evidente peligro de morir. Diò la gloria à Dios, y las gracias à su Siervo, no solo publicando el beneficio, por mano del Notario Francisco *Como*, sino embiando al Sepulcro del Venerable un Voto, que oy se guarda en la Sacristia.

Vomitos de sangre.

Lo mismo executò otro Sacerdote, que padecia frequentes vomitos de sangre; y à veces tan copiosos, que en algunos temieron los Medicos llegasse à perder la vida. Supo la Señora Duquesa de Sermoneta el accidente, que padecia este Sacerdote; y movida à piedad, le remitiò algunas Reliquias de nuestro Venerable, que havia recibido de mano de la Señora Duquesa de Andria: Aplicòselas el Enfermo, en ocasion en que le havia empezado el vomito; y al punto se le suspendiò, y quedò tan assegurado de que no le havia de repetir, que en accion de gracias de su perfecta salud, embiò otro Voto al Sepulcro del Venerable, el qual reservò tambien en la Sacristia el Prefecto de nuestra Iglesia.

Vehementes dolores de cabeza.

La misma Señora Duquesa de Andria Doña Aurelia Imperiali (poco ha, y mucho antes citada en nuestra Historia) como especialmente favorecida del Padre Francisco quando vivo, le experimentò muy propicio, aun

aun despues de difunto; pues en el año de 22. se vió tan atormentada de dolores de cabeza, que ni en la Pasqua de Navidad la permitieron salir de su Palacio á oir Missa. Pidióle al Padre Francisco (haciendo Oracion delante de una Imagen suya) que por sus meritos le alcanzasse de Dios la mitigacion, y templanza de sus dolores. Y el Venerable lo hizo tan bien, que aquel mismo dia pudo salir à visitarle en su Sepulcro, como lo havia ofrecido. Siendo lo admirable en este caso, que conforme se iba acercando á nuestra Iglesia, sus dolores se iban diminuyendo; y se le acabaron de quitar del todo, quando estuvo à vista del Sepulcro del Venerable. Con esto aprendiò el Narcotico, de què debia usar, si la repetia semejante accidente; y assi lo executò en varias ocasiones, pues en dandole aquellos dolores molestos, hacìa poner su Carroza, y venia à visitar á su buen Amigo, y con esto solo, bolvia buena, alegre, y contenta á su casa.

Visita à su Sepulcro.

Onofre de Pedro, y Margarita Barreta, traxeron en una ocasion à un hijo suyo, à nuestro Templo, para dàr las gracias à San Cyro, y tambien al Padre Francisco de Geronymo, por un gran favor que havia recibido de sus manos; y para que se perpetuasse su memoria, traxeron con el Muchacho una Pintura que representaba el beneficio recibido: y el caso passó assi. Estos buenos casados, viendo à su hijo en peligro de morir, y costandoles esta pesadumbre muchas lagrimas, tomaron por medio, para librarse de aquel pesar, poner en su casa dos luces delante de una Imngen del Padre Francisco; y al mismo tiempo embiar à nuestra Casa unas velas, que ardiessen en el Altar de San Cyro. Saliòles tan bien su devocion, que al tercero dia tuvi ron mucho que admirar los Medicos, por la mejoria que reconocieron en el Muchacho; pues haviendo acudido el humor à la pierna, y al brazo derecho, se le hicieron alli dos bultos, los quales con toda la enfermedad, se desvanecieron solo con una sangria, que le hicieron en el brazo. Mientras esto passaba, y todavia ardian las velas puestas al Venerable, entrò en aquella casa, accidentalmente, Ana Chealone, pobre

Pintura ofrecida al Sepulcro.

Por un Niño gravemente enfermo.

Caso maravilloso.

bre muger, que havia tenido el exercicio de Labandera; pero ya no le tenia, porque havia año y medio, que la havia dado una enfermedad en la mano derecha, que no ſe la dexaba mover; y haviendoſe conſultado con los Cirujanos, quien mas conſuelo la diò, la dixo, que dentro de tres meſes la daria curada, pero haviendola cortado la mitad de la mano. Con eſto, la infeliz ſe veia obligada à pedir una limoſna; y quizàs à eſte fin, fuè à la caſa donde dexamos dicho que entrò; y reparando en la Imagen del Padre Franciſco, que tenia delante dos luces, con un impetuoſo movimiento de devocion, aplicò ſu mano á la Pintura del Venerable, y con todo aliento, le dixo aſsi: *Padre Franciſco, yo os doy eſta mano, que no me puede ſervir para trabajar, y comer; y aſsi eſpero, y pido me deis la vueſtra, para que gane mi comida trabajando.* Acordòſe el Padre Franciſco de Geronymo, de que havia ſido Padre de los Pobres, y mas Padre de los mas pobres, y neceſsitados; pues à aquella tan neceſsitada muger la diò inmediatamente de limoſna la ſalud: *Tan inmediatamente*, que al ſiguiente dia, ſe hallò con ſu mano ſana, buena, y expedita: lo que à la pobre la ocaſionò tan alegre novedad, que ſaliò à la calle, (como fuera de sì, con el contento) à referirles à todos lo que la acababa de paſſar, y pedirles, que la ayudaſſen à dar las gracias (porque ella no baſtaba ſola) à ſu InſigneBien-hechor, y Santo Jeſuita Franciſco de Geronymo. Y bolviendo noſotros aora à vèr al Niño enfermo, con cuya ocaſion ſe hizo eſte ſegundo beneficio, dirè, que haviendo tambien ſanado perfectamente, ſus Padres cumplieron lo que havian ofrecido, trayendole en perſona, y en Retrato, al Sepulcro de eſte Hombre maravilloſo.

Otra Pintura ofrecida al Sepulcro.

Tambien traxo otra Pintura, en obſequio al Padre Franciſco, ſu grande Amigo, y venerador de ſu ſantidad, Don Andrès Aflito, Preſidente del gran Conſejo de Napoles. Y la Pintura decia, con rethoricos colores, que Franciſco Xavier Aflito, ſu hijo amado, ſe havia librado de un largo accidente de alferecia, ſolo con beber un poco de agua en que havian bañado algunas Reli-

quias del Padre Francisco de Geronymo.

Lamina de Plata.

Tambien guardan nuestros Sacristanes una Lamina de Plata, ofrecida por Voto à la Sepultura del P. Francisco, por un Señor Canonigo de la Iglesia de Sarno; y en dicha Lamina, se vè tallado un Canonigo; y junto à èl un Atahud: con lo que no se duda, quiso dar à entender, que al Padre Francisco debia el no estar ya sepultado.

Otras dos de la misma materia.

Semejante à esta, ay tambien otras dos Tablas de la misma materia, remitidas por la Noble Señora Duquesa de Beytre, como Memorias de otros dos beneficios recibidos de la misma mano. Y no nos hizo harmonía viniessen los Votos à pares; porque estamos muy hechos à vèr, que en el Padre Francisco es muy comun el comunicar à pares las gracias, y los favores.

Otra ofrecida, y embiada por un Principe de Alemania.

La Excelentissima Señora Condesa Daun, Virreyna de Napoles, embiò à nuestra Sacristia otro Voto, tambien de Plata mas crecido, y demàs peso, que los antecedentes, diciendo, se le remitia un Principe de Alemania al Venerable Padre Francisco, por un singular, y extraordinario favor, que le havia hecho su piedad. No quiso su Excelencia expressar quien fuesse este Principe; y assi, me es preciso partir con mi Lector la curiosidad con que nos quedamos nosotros al tiempo de recibirle.

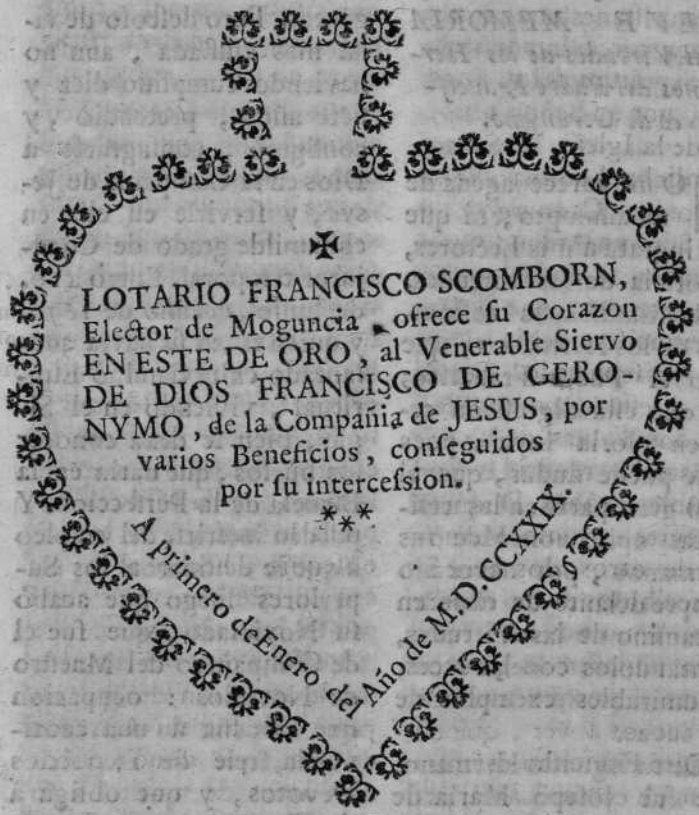
Otra Pintura de otro Aleman.

Otra Pintura traxo otro Cavallero Aleman, y la entregò, declarando ser Dón de un Hombre de bien, que le havia debido al Padre Francisco, el que le huviesse librado de una mortal enfermedad. Esto dixo quien la traxo; y la Pintura expressa lo mismo. A mayor obsequio, hecho al Sepulcro de este Venerable (assi por su materia, como por la Persona que le hizo) llamo la atencion del que leyere.

Corazon de Oro, embiado del Elector de Moguncia.

Este fuè un Corazon de Oro, que donò (pocos dias antes de morir) à su gran Devoto el Padre Francisco de Geronymo, el Excelso, è Illustrissimo Señor Elector de Moguncia, en el qual Corazon puso el Padre Phelipe Flousen, de la Compañia de Jesvs, y Confessor de este Principe, un Epygraphe, que declara la voluntad de aquel Excelentissimo Señor; pues dice assi:

Basta



Basta lo dicho por aora, para que se forme juicio, de que Dios està empeñado en hacer Glorioso el Sepulcro de este su Siervo, que despues se ofrecerán à la pluma otros testimonios, que comprueben esta verdad; pues cada dia prosiguen las demonstraciones, de los que haviendo recibido favores de su mano, manifiestan en ellas sus rendidas gratitudes.

***

CAPITULO XVII.

BREVE MEMORIA de las Virtudes de los Hermanos del Padre Francisco de Geronymo.

NO me parece agena de mi assumpto, ni que será ingrata à mis Lectores, la noticia de las Virtudes, y christianissimas costumbres de los Hermanos, que tuvo el Padre Francisco; por què esta digression cede en gloria suya; pues no se puede dudar, que èl tuvo gran parte en las religiosas operaciones de sus Hermanos, por haver ido siempre delante de ellos en el camino de las Virtudes, alentandolos con las luces, y admirables exemplos de las suyas.

De su segundo Hermano, que fuè Joseph Maria de Geronymo, y à quien èl se traxo consigo desde su Patriá à la Ciudad de Napoles, sabemos, que luego que llegò á ella, entrò en la Congregacion de la Annunciata, donde se aplicò con singular fervor à los Exercicios, que en ella se practican de devocion, y de piedad: de modo, que se hizo reparable, aun en aquella edad, assi al Prefecto de la Congregacion, como à los demàs Congregantes. Pero deseoso de vida mas ajustada, aun no haviendo cumplido diez y siete años, pretendiò, y consiguiò, consagrarse à Dios en la Compañia de Jesvs, y servirle en ella en el humilde grado de Coadjutor temporal. Entrò à 20. de Junio, del año de 1670. y quien tanto se havia adelantado en el Camino Espiritual, viviendo en el Siglo, bien se dexa conocer los buelos, que daria en la Escuela de la Perfeccion. Y pueden inferirse del empleo à que le destinaron los Superiores luego que acabò su Noviciado, que fuè el de Compañero del Maestro de Novicios: ocupacion que empeña á una continuada serie de Exercicios Devotos, y que obliga à dar singulares exemplos de todas las Virtudes á los Jovenes Novicios, como à Sugetos atentissimos siempre à imitar quanto miran en el Hermano, que los dirige, y en su distribucion los governa. Durole este oficio todo el tiempo, que le durò la vida, siendo aprobada su conducta de quantos fueron sus Superiores, que fue-

fueron muchos. Todos se hallaron muy bien con èl; porque fuè un Jesuita prudente, avisado, siempre igual y à quien jamàs se le viò turbado en los contratiempos, ò accidentes enfadosos, que se le ofrecieron (y se le ofrecieron algunos.) Era de genio melancolico, y por esso algo austèro; pero refrenaba su natural, y venciò su genio de modo, que para con todos era su trato jovial, alegre, y amable. Passaba las noches sin entrar en cama: con lo qual le hallaba siempre prompto, y vigilante, para dar las providencias convenientes, à los extraordinarios, è impertinentes ofrecimientos, que suelen tener los Novicios. Despues de cinquenta y ocho años de edad, y quarenta y uno de Religion, enfermò de una pulmonia tan desenfrenada, que à pocos dias de padecerla, los Medicos le desahuciaron; y aunque à vista del rigor de sus accidentes, se creyò acabaria su peregrinacion muy presto; èl, no sin alguna superior luz, dixo: *No, hasta 4. de Enero, à las tres horas de la noche, no morirè*; y assi, puntualmente se verificò: como tambien otra proposicion, que dixo el dia antes de su fallecimiento: Era entonces el tiempo del Triduo, que se reduce à tres dias de especial retiro, que guardan nuestros Escolares, para disponerse à la Renovacion de los Votos: Por esta causa se creyò, que no pudiessen venir desde el Colegio, para assistir al Entierro del Hermano Joseph; porque en aquellos dias no se les permite à los que renuevan, salir de casa. Entendiò el Enfermo esta especie, y dixo con gran serenidad: *Bien pueden prevenir Velas para mañana; porque con licencia de los Superiores, vendràn los Estudiantes, y otros del Colegio, para assistir à mi Entierro.* Todo, buelvo à decir, se cumpliò puntualmente, como el Hermano lo dixo; pues el Padre Provincial, movido de interior particular impulso, y atendiendo à la buena correspondencia, que nuestros Estudiantes debian al Hermano Joseph, por haver sido en el Noviciado sus alumnos juzgò debia dispensar en el ordinario estilo, y assi vino toda la Escuela, para assistir à su Entierro. Quedò el Cadaver blando, y flexible, lo que se juzgò favor, y premio de su virginal pureza. Sacòse de pincel su Retrato:

honor, que no le da la Compañia, sino à los Sugetos de quien hace, por singularmente virtuosos, especial estimacion; y debaxo de el Retrato se puso un Elogio, que explica con viveza, y hermosura, todo lo que queda referido, compuesto por el Padre Provincial, que era entonces el Padre Mauricio de Antonelis.

De Cataldo de Geronymo, segundo hermano del Padre Francisco, tenemos pocas noticias; pero no obstante sabemos, que si no fuè igual en sus Virtudes à su Santo Hermano, no le fuè muy desemejante. Venido á Napoles, y haviendo entrado en la Congregacion de la Mision, se dedicò à ser perpetuo Compañero de su buen Hermano el Padre Francisco en todas las Misiones que hizo, y en todas las demas Apostolicas tarèas en que se empleò, assi en Napoles, como en todas las Ciudades, y Villas de todo el Reyno: de modo, que se puede afirmar, que de aquel Pablo fuè Cataldo el Bernabè, y que nada emprehendiò el Padre Francisco en gloria de Dios, à que su Hermano Compañero no pusiesse el ombro. Cataldo era de quien fiaba las secretas ideas de su espiritu fervoroso. De Cataldo se valia para reconciliar enemistados: Cataldo era quien disponia el retiro de las Mugeres Perdidas, que su Hermano sacaba del mal estado: Y en fin, buelvo à repetir, que en todo, y por todo, fuè un Hombre de tan buen juicio, que el Padre Francisco se consultaba con él, y entre los dos asseguraban los felices sucessos, assi de la honra de Dios, como de el aprovechamiento de las Almas. Este tenor de vida fué mas admirable, por recaer en un Sugeto Seglar, que por serlo, parece havia de haverse inclinado mas á buscar sus conveniencias, y adelantamientos temporales, y mas con el favor de un Hermano tan aplaudido en Napoles, como el Padre Francisco; pero su sòlido espiritu le apartò de este cuidado, y se contentò con ganarse el Cielo por el camino de una tan escasa fortuna, que nunca le sacò de pobre. Fué, ultra de esto, un hombre tan devoto, que todos los dias oía quatro Missas; y tan penitente, que ninguna noche dexó de tomar una rigurosa disciplina. En los Viernes, en memoria de la Passion de la Magestad de Christo, se aplicaba al pe-

pecho punzantes silicios, y cadenillas. A varios Sugetos, à quien havia prestado algunos maravedises, y despues se los negaron, nunca los mortificò, valiendose de la Justicia para cobrarlos; y à otros, que por esto le reprehendian, respondia con gran serenidad, que aquellos Deudores à èl no le agraviaban, sino à sí mismos. Por el mes de Marzo de el año de 1715. cayó enfermo de unas violentas calenturas, al mismo tiempo, que su Hermano el Padre Francisco se viò acometido de el dolor de costado: y haviendo entendido, que el Padre havia dicho, que à uno de los dos llamaba Dios: Cataldo pidiò à su Magestad, que à èl le sacasse de esta vida antes que à su Hermano, pues la vida de este, era tan util, y tan importante para el bien de las Almas. En fin, tuvo una muerte, que pudo ser dignamente embidiada de los Religiosos, y Sugetos mas retirados del mundo, pues en aquellas ultimas horas no tuvo otro exercicio, que el de hablar con Dios, ó hablar de Dios: encomendarse à la Reyna del Cielo, y gastar sus alientos en decir sus alabanzas, las que interrumpia con fervorosos actos de Amor de Dios. Despues que espirò, se descubrieron, al tiempo de amortajarle, los silicios con que se havia mortificado en vida, y de que no quiso desnudarse, aun en el tiempo de su penosa enfermedad.

El tercer Hermano, Thomàs de Geronymo, siguiò el estado Eclesiastico, y cumpliò con sus obligaciones tan esmeradamente, que ordenado de Sacerdote, fuè promovido à la Dignidad de Arcipreste, ò Cura de su Tierra la Grotalia. Hallaronle sus Superiores con merito para este empleo; porque en Napoles se aplicò al estudio de la Philosophia, y de la Jurisprudencia, y despues al del Moral, por un poco de tiempo, que acompañò à su Hermano en el exercicio de las Misiones, que hacia en los Lugares circunvecinos de la Ciudad. Escrivense de èl singulares Virtudes, en que le vieron florecer sus Paysanos, y Subditos, assi de las que tienen por objeto immediato à Dios, como de las que se exercitaban en beneficio de los Proximos. Era muy frequente en el exercicio de la Oracion, y Meditacion. Promovia, y adelantaba con fervor,

vor, y zelo la gloria, y honra Divina, procurando desterrar con sus Sermones los abusos introducidos en el Pueblo, y atraerle à la inteligencia de la Doctrina Christiana, particularmente à los Niños, con quienes trabajaba incessantemente, en hacerles entender la Ley Divina, para que la observassen despues. Fuè sumamente caritativo con los pobres, cuyas calamidades le herian el corazon. Recibia injurias, y las pagaba con beneficios: Era tan conocida para con los necesitados su piedad, que los Hombres acomodados ponian en su mano las limosnas, que ellos havian de hacer, para que èl tuviesse el gusto de repartirlas. Las injurias que le hacìan las oìa con tal modestia, y respondia à ellas con tal blandura, que algunos llegaron à atribuìr su sufrimiento à timidèz natural. Por estas, y otras escogidas calidades suyas, fué muy estimado siempre de los Arzobispos de Taranto; y esta estimacion logrò su aumento, con el credito, que siempre tuvo de saber componer con actividad, y prudencia los negocios arduos, è intrincados, que en su tiempo se ofrecieron en el Arzobispado. Por tres años padeciò, y con summa tolerancia, el accidente de la gota, del qual falleciò à 19. de Abril, dia de Viernes Santo, en el año de 1721. Muriò en el dia que havia deseado, pero su muerte costò muchas lagrimas à sus conterraneos. Y que fuè agradable à Dios la integridad de sus virtudes, y de su vida, se manifestò, en que su cadaver, despues de dos años de sepultado, se halliò del todo incorrupto, y flexible, y sin que causasse horror, como suelen otros cadaveres. A esto se añade; que estando el Sacerdote Don Vito Domingo Mele, natural tambien de la Grotalia, temeroso, y con fundamento, de contraer el accidente de hydropesìa, dicen, que se encomendò à su buen Paysano Don Thomàs de Geronymo, y que este (no se sabe si dormido, ò si despierto) se le dexò vèr; y que con semblante risueño le assegurò, de que no padeceria tal accidente; y que no le sobrevino, fuè cierto.

Que estos Santos Hermanos, no solo lo fueron en la sangre, y en las virtudes, sino que tambien ahora viven hermanados en el Cielo,

se

se puede inferir de lo que executaron el año de 1729. con el otro Hermano suyo, (que aùn vive) llamado Domingo de Geronymo, pues vinieron los tres, antes citados, à favorecerle, y sacarle de una grave enfermedad que padecia. El caso passò, segun le escriven de la Grotalia, de este modo. El dia primero de Diciembre, el mencionado Domingo se halló tocado de una ardiente calentura (que juntandose con otros penosos symptomas) el dia 29. de el mismo mes, le apretò tanto, que por la intercadencia de los pulsos, por el hipo que le sobrevino, y por la depauperacion de fuerzas, que en el Enfermo reconocieron los Medicos, le desauciaron; y con tanta razon, que se anduvo muy de priessa, para que pudiesse recibir el Viatico, porque le diò despues un desmayo, que le embargò tan del todo, que ni sintiò la Santa Uncion, que le dieron, ni unas ventosas que le sajaron; pero à la noche siguiente, recobrado un poco, viò à sus Hermanos, el Padre Francisco, Joseph, y Cataldo, los que le dixeron: *Tèn buen animo, Domingo, que yà te hemos conseguido la vida*; y dado este aviso gustoso, de repente desaparecieron. Y desde aquel punto empezò à mejorar; tanto, que el Medico Oroncio Cafario, que havia formado juicio de que el Enfermo no saldria de aquella noche, al verle al dia siguiente, no solo vivo, sino alentado, y casi limpio de calentura, y que de esta, al otro dia del todo se limpiò, no acababa de admirarse; mas al decirle el Doliente, que sus tres Hermanos se le havian aparecido, y que le havian assegurado de su salud, dixo: *Acabàramos; yà lo decia yo, que tan repentina mudanza, solo podia atribuirse à causa muy superior.* Pocos dias despues, viendose yà Domingo sano, bueno, y con cumplidas fuerzas, escribiò lo que queda referido; y añade, que lo que le parece mas admirable, y prodigioso en este sucesso, es, el que no haviendo havido en aquel año enfermo de la enfermedad que èl padeciò, que no recayesse; èl, ni el menor susto tuvo de que le repitiesse su dolencia.

*** *** ***
*** *** ***

CA-

CAPITULO XVIII.

TESTIMONIOS QUE dieron los Hombres de la virtud, y santidad del Padre Francisco en vida, y despues de su muerte.

AUNQUE temerosa de el vano aplauso de los Hombres, procura ocultarse la sólida santidad: nunca puede ocultarse tanto, que no lleguen à admirarla, y à tributarle sus veneraciones, y sus alabanzas, principalmente aquellos, que se hallaren obligados de sus favores, ò que ayan visto alguna maravilla, ò milagro suyo. De aqui nacen los obsequiosos respetos con que suelen hablar de ella, aun los que no la conocen de vista. De aqui aquellas honras, y aquellas estimaciones con que la suelen poner en el Cielo, no solo los Pueblos rudos, sino los Hombres mas doctos, y de mayor caracter. Y finalmente, de aqui nace, no ser facil determinar, si los Hombres Santos son mas celebres, por la admiracion, y aplauso que excitan, ò por el desprecio que hacen de sus estimaciones, y de sus aplausos.

Quanta fuesse, y de quanta magnitud la estimacion, que logrò el P. Francisco, puede arguirse facilmente de lo que hemos referido hasta aqui; y assi, solo con acordarlo cumpliremos sobradamente en este assumpto. Con què honras no le trataban, assi en Napoles, como en las Ciudades, y Lugares de el Reyno, quando en ellos hacia sus Misiones? Al ir, le recibian en procesion, como pudieran à un Santo Canonizado: Al bolver, le despedian con palmas en las manos; y no sabiendo separarse de el olor suavissimo que respiraba su virtud, le acompañaban à tropas los Pueblos, de un Lugar à otro. Muchos, al encontrarle, estilaron saludarle, pero de rodillas: Aun estando vivo cuidaron algunos de hacer sacar su Retrato: las alhajuelas, que passaban por su mano, eran codiciadas como preciosas joyas. Muchas veces los cuchillos, las tixeras, y aun los dientes, se emplearon en cercenarle sus vestidos: El bonete, en varias ocasiones se le quitaron, sobstituyendo otro, con que se dissimulasse el hurto. Sus papeles, cartas, y firmas, con todo cuidado se guardaban; y en fin, aun las mi-

migajuelas de su mesa huvo quien las reservasse, para usarlas como Reliquias, quando la necessidad lo pidiesse.

No piense alguno, que estas estimaciones eran de menos estimacion, por haver nacido de gente de el Pueblo, ignorante, y ruda; ù de sugetos de demasiada credulidad; pues tambien se las tributaron los hombres de mayor nota, de mas conocida prudencia, y que saben dàr sòlido aprecio à las materias pertenecientes à la virtud, y à la santidad. Entre los nuestros (para que empecèmos por aquellos cõ quienes viviò, y que fueron testigos oculares de sus acciones) tuvo Francisco tantos Panegyristas, como Compañeros: todos le veneraron: y no es mucho, pues jamàs le notaron la mas minima falta en el cumplimiento de nuestras menudissimas Reglas, ù de las que señala en el camino de la perfeccion el Evangelio; y de aqui nacian las alabanzas reflexas, que le daban todos; pues siempre se mirò, como materia de grave admiracion, que de tantos hombres, tan perspicaces, y advertidos en materias de espiritu, ninguno tuviesse que censurar accion alguna de este singularissimo Jesuita.

Jesuitas, quanto estimaró al P. Francisco en vida.

El P. Andrès Vecel, aquel hombre, que por sus grandes taréas, fué dignamente llamado Apostol de la Calabria, fuè su Confessor en los primeros años, que Francisco viviò en la Casa Professa; y (segun ateftigua el Ilustrissimo Señor Sanfelicio, Obispo de Narno) no le daba otro nombre, que el de *Angel*. Preguntados dos de los nuestros; el uno el Padre Francisco Paterno; y el otro Domingo Mancini, del juicio que hacian de el porte, modo, y virtudes del Padre Francisco, quando vivo; dieron los testimonios siguientes, que oy se guardan en el Archivo de nuestra Provincia. Paterno dixo: *Es un hombre de integerrima virtud en todo, y en todas partes conocido, por la publica fama de su santa vida. En Casa, solo se emplea en Dios, y en su propio aprovechamiento; fuera de Casa, se difunde con sus Sermones, zelo Apostolico, y con todas las Artes, que le dicta la caridad, en el mayor bien de los proximos. Es insigne en la humildad, pobreza, mansedumbre, obediencia; y finalmente, en todo grado de la perfeccion Religiosa.* Com-

El P. Andrès Vecel.

Francisco Paterno, y Domingo Mancini.

pa-

palabras, no menos ſonantes, y traſſes, no menos ruidoſas ſe explica Mancini, pues dice: *Es un Santo; y ſi los Superiores no le fueran à la mano, excediera los limites de las externas mortificaciones. Es humildiſsimo, pobriſsimo, ſufrido; y en fin, hombre que ha logrado el dominio de ſus paſsiones. Es increible la obediencia, que gaſta con ſus Superiores; y exerce el oficio de Miſsionero con ſumma alabanza, y excelencia de ſantidad.*

Dicho de otro Jeſuita.

A eſte concepto ſe puede reducir lo que otro de los nueſtros, virtuoſo, y docto dixo, haviendo viſto, y contemplado bien la vida, y operaciones de nueſtro Venerable. Dixo, pues, que en eſte Franciſco, y en ſus virtudes, ſe le figuraban à èl los Franciſcos celebres, que ha tenido la Igleſia. El de Aſsis en ſu humildad; en ſus prodigios el de Paula; en ſus trabajos Apoſtolicos Xavier; en la ſuavidad, y dulzura en traer las Almas à Dios, el de Sales. Y à eſta honorifica comparaciõ (que pareciò bien, y apropiada) no faltò quien la adelantaſſe, diciendo, que Franciſco de Geronymo, tambien ſe parecia al de Borja, por ſu amor al Sacramento: A Juan Franciſco Regis, por ſu aficion à los pobres; y ultimamente, à S. Franciſco Solano, pues trabajò infatigablemente en ganar à los Hombres para Dios en el Reyno de Napoles, como Solano, en el de Tucuman, de las Indias Occidentales, ſegun nos dicen las Coronicas de ſu Orden.

No por eſto negarè, que entre los muchos Propoſitos de la Caſa Profeſſa, que fueron Superiores de Franciſco, huvo dos, que creyeron, que el aplauſo, que eſte Hombre lograba, era mayor, que el que ſus virtudes merecian: Los pareciò, que ſu ſantidad no era tanta, como la que de èl ſe predicaba, y por eſſo quiſieron probarle con ſus reprehenſiones, deſdenes, deſvios, y aſperos tratamientos. Eſto no lo negarè, porque yà lo tengo eſcrito; pero tambien he eſcrito, que de eſte error, que los dos padecieron, no ſolo ſe deſengañaron, ſino que ſe arrepintieron ſobradamente. El uno (convirtiendo ſus deſpegos en admiraciones) fuè deſpues un inſigne Predicador de ſu ſantidad. El ſegundo, para darle ſatisfacion mas cumplida, fuè el primero que tomò la pluma

Dos Propoſitos, q̃ le fueron cõtrarios, fuerõ deſpues ſus mayores Panegyriſtas.

pa-

para escribir su Vida, y dar à todos noticia de su grandeza: y aun se añade, que esto lo hizo, obligado de un beneficio, que le comunicò el Siervo de Dios, como fuè libertarle de una enfermedad, y continuarle una perfecta salud. Fuera de estos dos, que como he dicho, se arrepintieron tan de veras de su padecido engaño, los demàs Superiores, que Francisco tuvo, hicieron tanto aprecio de sus eximias virtudes, que en sabiendo que alguna cosa la havia hecho el Padre Francisco, la daban por buena, y hacian escrupulo de oponersele, ò de repugnarsela; porque llegaron à conocer, que no era licito medir con las reglas de la prudencia humana, las operaciones de un Hombre, tan asistido de las luces de la Celestial Sabiduria. Antes bien, quando se les ofrecian materias arduas, ò puntos dificultosos en su govierno, passaban à consultarse con èl, y oian sus respuestas, como voces de un Oraculo, ò como palabras de un Profeta. Esto, que era comun en los Sugetos de la Provincia Napolitana, se estendiò à otros muchos Sugetos de otras Provincias, los quales vinieron à Napoles à comunicar con el Padre Francisco; unos, por la curiosidad de tratar, y conocer à un Santo; y otros, à consultarle sobre materias de su propia perfeccion.

Los demàs Superiores le estimaron sobremanera.

Fuera de esto, quan grandes, y quan ilustres han sido los testimonios, que de la virtud, y santidad de este Venerable han dado, delante de legitimos Jueces, despues de su muerte, los Sugetos nuestros, mas authorizados, por sus letras, por sus empleos, y por sus virtudes? Confiesso con ingenuidad, que haviendo passado los ojos por las informaciones que se han hecho en Napoles, y que se han dado à la Estampa, para conseguir à este Hombre tan favorecido de Dios los supremos honores que le puede dàr la Iglesia; he llegado à hacer juicio, de que se escribieron à un tiempo, à impulsos de la verdad, y tambien de la admiracion. Hable por todos el que entonces era dignissimo General de toda nuestra Familia, el Padre Miguèl Angel Tamburino, el qual dice, le consta la eximia virtud, y dilatada fama de singulares maravillas de este Subdito suyo. Y en consequencia de esto, añade, que

Despues de muerto.

El General Tamburino.

estando vivo le pidiò por sus Cartas repetidas veces sus Oraciones. Despues de difunto, mandó al Padre Prepósito de Napoles, el Padre Antonio de Angelis, le remitiesse à Roma el Vestido de que ultimamente havia usado, para que se guardasse en perpetua memoria de la Santidad de Varon tan excelente; y tambien le sirviesse à su P. de prenda para conseguirse del Cielo favores, y beneficios. Estos testimonios tan particulares, diò el General de este Hombre, luego que muriò; y doce años despues le tenia tan en su memoria, que sobreviniendole un grave accidente al pecho, y tan grave, que haviendo recibido los Sacramentos, yà por instantes temiamos su muerte; saliò de aquel peligro, y convaleciò; y se dice, que se debiò su mejoria al Patrocinio del Padre Francisco de Geronymo, à quien se encomendò, y cuya Estampa tuvo consigo siempre que se le aplicaban las medicinas que le recetaban los Medicos: Por lo qual, quien antes havia sido tan venerador de las Virtudes de aquel Santo Misionero, despues, con mas razon, y obligacion, fuè, mientras le durò la vida, un perpetuo Panegyrista suyo.

Referir aora las magnificas expresiones con que se explican en sus Deposiciones, no yá los nuestros, sino los estraños, fuera un proceder *in infinitum*: Temiera fastidiar à mis Lectores; y assi me contentarè con transcribir los dichos de los Hombres de mayor caracter, y Dignidad. El Illustrisimo Señor Phelipe Alvino, Beneventano, hijo de la Nobilissima Familia de este Apellido, y Obispo de Santa Agueda de los Godos, nunca nombrò al Padre Francisco, sin añadirle el Titulo de *Santo*. El Illustrisimo Señor Obispo de Andria, Nicolàs Adinolphi, aun antes de oir sus Misiones (ocasion en que observò assi los fondos de su Doctrina, y de su Santidad) le estimò tanto, que lo que el Padre Francisco de Geronymo decia, ò por escrito, ù de palabra lo hacia obedecer, como si fuessen sus voces voces venidas del Cielo. Al Illustrisimo Señor Obispo de Narno, Antonio San Felicio, aun siendo muy niño, le pareciò tan admirable la virtud de este Varon Apostolico, que le pareciò tam-

El Obispo de Santa Agueda de los Godos.

El de Adria.

El Obispo de Narno.

tambien, que no cumplia con ſu obligacion, ſino firmaba de ſu nombre (como lo executò) un Panegyrico de las tareas, de los ſervores, y de los demàs Dotes Apoſtolicos, que en èl havia reparado. El Arzobiſpo de Theſalonica, y deſpues Nuncio de ſu Santidad en el Reyno de Napoles, Geronymo Alexandro Vicentini, movido de las voces, que la fama eſparcia de la gran ſantidad de eſte Hombre, le honrò, haciendole una viſita, y aviendo recibido de ſu mano, con eſta ocaſion, unas Reliquias de S. Cyro, deſeando tener una Firma del P. Franciſco, ſe valiò de la ſtucia de decirle, que para que conſtaſſe ſer Reliquias autenticas de S. Cyro las que recibia, lo firmaſſe de ſu mano. Aſsi lo executò el humildiſsimo Franciſco; y deſpues el ſeñor Nuncio dixo: *Muy bien ſe ha diſpueſto; pues oy he ganado dos Reliquias.* El Iluſtriſsimo ſeñor Obiſpo de Averſa, y Cardenal de la Santa Igleſia, Don Yñigo Caracholi, no leia las Cartas, que recibia frequentes del Padre Franciſco, ſin haver hecho antes la demonſtracion, de ponerlas ſobre ſu cabeza: lo qual ſiendo accion de profunda humildad ſuya, no ſe puede dudar, que era tambien clafico argumento de quanto eſtimaba al Sugeto, que ſe las eſcrivia. Aun mayores honras debiò el Padre Franciſco à aquella Luz clariſsima de la Familia de Predicadores, y deſpues Sol de toda la Igleſia Catholica, Vicente Maria Urſino, que ocupando la Silla de San Pedro, ſe llamò Benedicto XIII. Eſte Hombre tan grande por ſu nacimiento, y mayor por ſu Dignidad, viviendo Franciſco, le hizo mil honras; y deſpues de difunto ſe las hizo tambien, pues muchas veces le citaba en ſus Sermones; y aun en uno de ellos predicò, que con un Bonete ſuyo, ſe havia librado un Enfermo de un grave accidente, que padecia.

El Arzobiſpo de Theſalonica.

El Obiſpo de Averſa Cardenal.

Cardenal Urſino, deſpues Pontifice.

Semejantes á los referidos, fueron los juicios, que hicieron, y publicaron de eſte gran Religioſo, los Sugetos graves, y doctos de otras Religioſas Familias. A todas las eſtimó con ſingular veneracion nueſtro Franciſco, y ellas le pagaron con eſtimarle ſiempre, y publicar deſpues de muerto, lo mucho que le havian venerado. El Padre Fray Angelico, Capuchino, Obiſ-

Religioſos.

po

El P. Fr. Angelico Capuchino, y Obispo de Tropea.

po de Tropea, escriviò de su mano, que en èl havia reconocido muchos singulares Dones, con que le havia dotado la Mano Divina. Hablando del todo de sus Virtudes, vino à decir lo mismo el Padre Fray Geronymo Laurino, de la Orden de los Menores, y Varon muy atendido de los suyos, por sus singulares Letras, y por sus heroycas piedades. En la Ilustrisima Familia de Predicadores, huvo un graduado Maestro, que afirmò, que por el gran concepto, que tenia formado de la sòlida, y grande santidad del Jesuita Francisco de Geronymo, le fue à visitar en una ocasion, en que se hallaba acosado de funestisimos pensamientos, que no le dexaban respirar; y añade, que haviendoselos consultado, le dilatò de el todo el corazon, solo con decirle: *Maria, que es Consuelo de Afligidos, asistirà, y ayudarà àV. Rma.* Y estas palabras, dice, que como un viento suave, pero eficàz, inmediatamente dissiparon la obscura niebla, que le afligia. De este mismo conocimiento de la heroyca virtud de nuestro Francisco, naciò la amigable quexa, que nos diò otro gran sugeto de la misma Orden: Quexòse, de que algunas veces huviessemos dexado al Santo Misionero andar solo por muchas Aldéas, y Lugares de las cercanìas de Napoles; porque con esso (dixo) hemos perdido muchas noticias de las maravillas, que executaria en ellas, un hombre, que apenas daba passo, que no le acompañasse con una maravilla. Dos Hijos de San Francisco de Paula, Calixto de Avelino el uno; y el otro, el insigne Theologo, y Predicador Bernardino Calucho, dixeron eximias alabanzas, assi de la constancia invencible en los exercicios de la virtud, y empleo de el Apostolado del Padre Francisco, como tambien de su espiritu profetico, con el qual asseguraba los aciertos en los consejos, que se le pedian. Mas se dilataron en la recomendacion de su Santidad, dos individuos de el Excelente Orden de Clerigos Regulares Theatinos, Casimiro Palmerio, y Casimiro Maria Forti; pues llegaron à decir, que siempre les pareciò mayor de lo que cabia en terminos naturales: ò

Religioso de S Fran. cisco.

De la Familia de Predicadores.

Minimos de S. Fran. cisco de Paula.

Clerigos Regulares de San Cayetano

que

que el Padre Francisco les parecia mas que hombre, por sus excelentes Virtudes. De aqui passò Palmerio, à compararle con aquella Excelentissima Luz de la Iglesia, y gloria mucha de su Sagrada Familia, San Andrès Avelino; y Fotti concluyò su dicho, afirmando, que en sus passos, en sus voces, en sus consejos, y sus Cartas, exhalaba nuestro Francisco olor suave de perfectissima Santidad; y assi lo firmò en Roma en su Casa de San Silvestre, à 29. de Octubre del año de 1717.

Para callar las singulares alabanzas, que de nuestro Francisco han dicho, en manifestacion de la veneracion, que siempre le tuvieron los grandes Conventos de Religiosas, que ay en Napoles, tenia dos motivos. El primero, porque à vista de lo que han dicho Hombres tan graves, como los que quedan citados, no parece, que pueden hacer falta sus dichos.

El segundo, el que la malicia regularmente no admite testimonios de señoras mugeres, y los tachan con la suposicion de ser nimiamente credulas. Pero porque en esta materia, y en el punto de que vamos hablando, no se les puede poner esta tacha, pues no pueden haver sido sino prudentemente credulas, dando assenso à lo que le han dado tantos Hombres de maduro juicio: tocarè tambien algunas de las demonstraciones, que los individuos de dichas Casas Religiosas hicieron, en obsequio de este Venerable Jesuita, que siempre las quiso mucho, y en quanto pudo las sirviò, como su fidelissimo Capellàn. El Convento del Amor Divino (tantas veces alabado por mi) no le supo al Padre Francisco otro nombre, que el de *Padre, Consuelo y Refugio de los Pobres.* En el Real Convento de Santa Clara, huvo dos Religiosas, que le miraron siempre con tanto respeto, que una de ellas, en una ocasion, en que no havia modo de obedecer à lo que su Abadesa la mandaba: haviendola dicho, que lo hiciesse por el Padre Francisco de Geronymo, luego al punto obedeciò. La otra tenia un pleyto dentro de su casa, con el qual, aunque tenia justicia, no dexaba de ocasionar alguna turbacion; pero al punto que oyò

Religiosas de el Convèto del Amor de Dios.

Convèto de Santa Clara.

oyò el conſejo de el Padre Franciſco, de que en aquella materia atendieſſe à la paz, deſiſtió de ſu demanda, y cediò de ſu derecho. Coſas ſemejantes nos dicen haver ſucedido en todos los demàs Conventos, que eſte Varon Apoſtolico viſitaba. Pero para que ſe diga todo, no callarè, que huvo uno, y muy obſervante, donde ſe reparò, que ſus Individuos, aun miſmo tiempo al Padre Franciſco no le querian en ſu Pulpito, porque decian ſer muy aſpero en ſus Sermones, pero le pretendian para que las viſitaſſe, y dieſſe alivios en ſus enfermedades; y para eſte miſmo fin, deſpues de difunto nos pidieron dichas Religioſas, con mucha anſia, ſus Reliquias. No dirè yo por eſto, lo que à algun malicioſo pudiera ocurrirſele; y es, que en aquella Caſa, menos amor ſe tenia à la ſalud de las Almas, que à la ſalud de los cuerpos; pero sí dirè, que aun el vano miedo, que manifeſtaban à las voces de eſte Santo Miſſionero, no impidiò el que le veneraſſen, y que le veneraſſen como à Santo, pues le llamaban para ddsfrutar ſus favores en el tiempo de ſus dolencias.

Otro, que no ſe nombra.

Haviendo ſido tanta la eſtimacion del Padre Franciſco en todo el Reyno de Napoles, donde le conocieron menos: no ſerá dificil de perſuadir, que el amor, la eſtimacion, y veneracion, que la Ciudad de Napoles, que le tratò mas, tuvo à eſte gran Sugeto, no cabe en las fraſſes de la Rethorica mas valiente. Viò eſta Ciudad ſu continuado trabajo, empleado en el comun bien de todos ſus Individuos: viò ſus coſtumbres inculpables: vió ſu afabilidad, y ſu corteſania libre de engaños, y de falacias: viò, y oyò ſus vaticinios, cada dia mayores, y en mayor numero; y en fin, por eſpacio de quarenta años experimentò ſus favores, y ſus prodigios: y de aqui no es mucho, que naciеſſe la mayor celebridad de ſu nombre, y que le aplaudieſſen en las Plazas, en las Calles, en las Caſas particulares, y en las de mayor elevacion: No es mucho, que los Enfermos deſeaſſen con anſia ſus viſitas, ſi experimentaban en ſus palabras, en ſus oraciones, y en ſus vaticinios, ò el total remedio, ò mucho alivio de ſus males. No es mucho, ſi en ſus conſejos reconocian luces tan ſuperiores, que muchas veces ſe adelanta-

ban

ban ſus acertadas reſpueſtas à las dudas que le querian proponer. Y en fin, no es mucho, quando ſe ſabia (por mas que el Padre lo procuraba ocultar) que à muchas caſas pobres, y honradas las ſocorria con ſus caritativas limoſnas. De todas eſtas buenas obras, buelvo à decir, no podia menos de nacer un comun aplauſo, aunque ſea tan comun en la naturaleza humana, el que ſe paguen con ingratitudes los favores, y beneficios.

Eſtas heroycas operaciones referidas, no ſolo le hicieron à Franciſco afamado, ſino tambien, tan bien quiſto, y tan amado, que ſe puede decir, que ſu cariño era el que mandaba en los corazones de todos. De eſte cariño ſe originaba, el que quando corrian voces falſas de que en ſus Miſsiones fuera de eſta Ciudad le havian quitado la vida; todo Napoles ſe llenaba de una conſternacion tan melancolica, que para conſolarla, ſe veian precisados los Superiores à traerle de donde eſtaba; à hacerle paſſear las Calles, y aun muchas veces preſentarle al Virrey, para que ſu viſta deſterraſſe las lagrimas de ſus devotos, y apaſsionados. De eſte miſmo amor ſe originò tambien, que quando el año de 88. ſe cayò la Media Naranja de nueſtra Igleſia, donde perecieron algunos de los nueſtros. Todo era preguntarnos, ſi la ruyna havia cogido al P. Franciſco de Geronymo? Eſte era el objeto de ſu principal cuidado, porque lo era de ſu principal cariño.

Un Joven ſe convierte à Dios, ſolo con ſaludarle el Padre Franciſco

Dos caſos bien ſingulares referirè ahora, en los quales ſe verà, que eſta comun veneracion, y benevolencia, que todos le tenian, fueron cauſa de la ſalvacion de dos Almas. Un Noble Joven, à quien el Padre no trataba, llevado de los ardores ciegos, que ſuelen ocupar los pocos años, determinò entrar en un empeño amoroſo, cuyo fin avia de ſer un abominable adulterio. Iba ya al logro de tan funeſto fin, quando quiſo ſu fortuna, que ſe encontrò con el P. Franciſco. Yà he dicho, que el Padre, antecedentemente no le comunicaba, pero en eſta ocaſion le ſaludò, con eſpecial atencion, y corteſanìa, y no huvo mas; pero haciendo el Joven ſobre eſto reflexion, y eſtrañando la novedad, de que el Padre que nunca le havia conocido, ni tratado, le huvieſſe

con tanta expresion saludado, diò en aprehender, que el Padre havia conocido su oculta intencion, y que aquella cortesìa havia sido reprehension de su delirio; y esta aprehension pudo tanto con èl, que en lugar de ir à verse con quien le esperaba; fuè à ponerse à los pies de un Confessor, haviendo cobrado tal horror à su meditada culpa, que olvidado de su propia fama, testificò publicamente, que á una sola salutacion del Padre Francisco, havia debido el dexar de cometer torpes, y mortales culpas. Mas singular es aun el segundo sucesso, quanto es mas dificultoso templar las violencias de una colera, en la misma ocasion de tomarse la vengnza. Otro Jover, pues, resentido de que el Padre Francisco le havia retirado à una Mugercilla, con quien vivia torpemente; se resolviò ciego á matar al que llamaba Ladron de sus gustos: A este fin se previno de un agudo puñal, y empezò à buscar al Padre, para quitarle la vida, donde quiera que le encontrasse. Encontròle varias veces; pero al verle, aterrado con la consideracion de su enorme meditado delito, se convertia todo su odio en profunda veneracion, la que llegò à tanto, que buscando e antes para quitarle la vida, le buscò despues para que se la diesse à su alma, oyendole de penitencia. Pusose à sus pies, derramó abundantes lagrimas, y entre ellas arrojò de su corazon las culpas, dandonos à entender con esta mudanza, que Francisco se tenia ganada de todos tanta veneracion, que solo el vèrle, bastaba para que se refrenassen los mas arrojados intrepidos apetitos.

A otro le detuvo su respeto, para no quitarle la vida.

Lo que en su muerte executó en su obsequio, y en su aplauso toda la Ciudad de Napoles, concurriendo à nuestro Templo, queda dicho yà, y no es menester repetirlo; pero ciertamente, que lo que passò en aquellos dos dias, que tardamos en sepultarle: aquel venir a vandadas, aun los hombres de mayor distincion, à rodear su Feretro, y à no apartar de èl los ojos: aquellas mezcladas voces, que se oyeron, ya de ruegos para pedir favores, ya de gracias, por haverlos conseguido; esto verdaderamente fuè tanto, que la historia que quiera explicarlo dignamente, me temo, que la posteridad juz-

juzgue, que paſſando los terminos de la verdad, ſe roza con los del hyperbole, y de la exageracion.

Abrenſe Laminas, y multipli canſe ſus Retratos.

Añado, que para que Franciſco, retirado de los ojos de los mortales, no ſe retiraſſe del todo de ſu memoria, caſi todos los Ciudadanos ſe empeñaron en que ſe multiplicaſſen ſus Eſtampas, y ſus Retratos; y eſtos fueron en tanta copia, que aun ſiendo muchos los Artifices en eſta Facultad, no baſtaban à dar plena ſatisfacion à los vivos deſeos de los que los mandaban trabajar: por lo qual un Pintor, llamado Nicolàs Murena, dixo con gracia, que el Padre Franciſco de Geronymo, deſpues de muerto, le havia enriquecido; porque no ſe daba manos à ſacar Retratos ſuyos, y ſe los pagaban muy bien; y aun añadia, que el que eſtando vivo (por ſu humildad) havia eſtorvado, que le retrataſſen, y quitado eſta grangeria à los Pintores, deſpues de difunto, quando ya no tenia peligro de que le tocaſſe el viento de la vanidad, ſe la compenſaba tan abundantemente, que los Pobres de aquel Gremio no tenian de què quexarſe, de que no los ſocorria, como quando vivo havia ſocorrido à los otros Pobres.

Gracioſo dicho de un Pintor.

Aunque por lo dicho, apenas ay Caſa en la Ciudad de Napoles, ò Secular, ò Religioſa, en que no ſe halle Eſtampa, ò Pintura del Padre Franciſco, y adornada con un breve, pero expreſſivo elogio, que como Juez de la Curia, mandò ſe le puſieſſe el ſeñor Don Andrès de Aſlito: Quien mas ſe eſpecificò en eſta materia de tener ſu Retrato, y quien fuè en eſte punto la primera, fué la celeberrima Congregacion de Peregrinos, y convalecientes; ſus fervoroſos Individuos puſieron dicha Imagen en ſu Coro, y debaxo de ella, de comun conſentimiento, ſe puſo eſte agradecido Epigraphe:

En todas las Caſas ſe halla Eſtampa, ò Retrato del Venerable.

A Franciſco de Geronymo, de la Compañia de Jesvs,
Inſigne por ſu Religion, Caridad, y demàs Virtudes.
La Confraternidad de la Santiſsima Trinidad
De Peregrinos, y Convalecientes,
Le puſo eſta Memoria, en ſeñal de ſu amor, y agradecimiento,
Por haverla adelantado en fervor, y en ſantidad,
Aſsi con ſus Sermones,

Como con la Administracion de los Sacramentos:
Y en fin, le pone aqui,
Para que excitandola à una perpetua piedad,
Prosiga en aprovecharla, aun callando, en su Pintura.

Todo lo dicho se puede vér en la Italia Sacra, que en el año de 20. impressa en Venecia, sacó à luz Fernando Ugelio, aumentada por Nicolàs Coleto, al tom. 6. column. 214.

La Ciudad de Napoles, en forma de Ciudad và à pedir al señor Arzobispo, mande, q̃ se hagan juridicas Informaciones de las Virtudes, y Milagros del Siervo de Dios.

Todas estas demonstraciones, y toda esta general conmocion de general aplauso, que se vió en la Ciudad, movió à su Magistrado á hacerle al Padre Francisco la mayor honra, que puede hacer una Ciudad (y mas una Ciudad tan Noble, tan grave, y tan respetosa como la de Napoles) al mas amado Individuo suyo: Este fuè, tener su junta, y determinarse en ella, que en forma de Ciudad, con sus Maceros delante, fuesse (como se executó) à pedir al Eminentisimo Cardenal Piñateli, Arzobispo de Napoles, que convinieſſe, y mandasse, que se hiciessen publicas Informaciones, sobre las Virtudes, y Milagros del Padre Francisco de Geronymo, poco antes difunto: Añadiendo, que no podia menos la Ciudad de hacer esto por un Hombre, à quien havia debido tanto con sus Oraciones para con Dios, y por sus continuadas incessantes fatigas, empleadas en el mayor bien de las Almas. Esta sùplica de tanto honor para el Padre Francisco, fuè para el señor Arzobispo de summo gusto; y assi respondiò à la Ciudad, que la daba las gracias, de que se empeñasse en assumpto tan piadoso, y que à su Eminencia le daba motivo para expressar tambien lo que sentia de aquel Hombre tan benemerito, no solo de Napoles, sino de toda la Iglesia; y que assi, no dudasse la Ciudad, de que la complaceria muy gustoso, y aun como interessado en la gloria de aquel excelente Misionero; porque havia tenido la fortuna, de que fuesse Subdito suyo, por haver nacido en la Grotalia, Diocesis de Taranto, de donde su Eminencia havia sido Obispo, y desde donde vino á ser Arzobispo de Napoles.

Lo que respondiò su Eminencia.

El motivo q̃ diò el Senado

Siguiendo este exemplo del gravissimo Senado Napolitano la Ciudad de Benevento, y la de Nola, embiaron

Mueveſe à hacer la misma sùplica la Ciudad de Beneveto

Y la de Nola.

ron tambien ſus Comiſſarios al Iluſtriſsimo ſeñor Arzobiſpo, pidiendo, y ſuplicando, dieſſe orden, para que en ſus Territorios ſe hicieſſen tambien informaciones de las heroycas fatigas, y de las maravillas ſingulares, que en ellas havia tenido, y executado, para que remitidas al Romano Pontifice, pudieſſe paſſar à conferirle aquellos honores, que por ſus Oraculos dà à los Bienaventurados la Silla Apoſtolica; y concluìan, diciendo,

Los motivos que dieron.

que ſe movian à eſto, porque juzgaban, que todas las Ciudades de la Italia debian ſer agradecidas à un Hombre, que con las luces de ſu Doctrina las havia iluſtrado à todas.

Hacenſe las Informaciones

Con eſto, ſupueſto el orden del Eminentiſsimo, ſe hicieron en Napoles las Informaciones pedidas, y tambien las de *non cultu*; las que concluidas, ſe remitieron à ſu Santidad, acompañadas de muchas Cartas de los primeros ſugetos de la Italia, y de fuera de ella, en que ſe publicaba à ſu Beatitud, que mandaſſe ſe promovieſſe la Cauſa de eſte Venerable, para que quanto antes, llegaſſe à verſe en el Catalogo de los Santos. Hé dicho, que eſcrivieron los primeros ſugetos de la Italia, y de fuera de ella; y para que ſe vea que fuè aſsi, contarè algunos de los que eſcrivieron deſde Italia, reſervando para deſpues referir los que eſcrivieron deſde Alemania. Eſcriviò el Duque de Parma, y de Plaſencia, y Dorothea Sophia, viuda del antecedente Duque. Eſcrivieron deſde el Reyno de Napoles quatro Cardenales; el yà citado Eminentiſsimo ſeñor Franciſco Piñateli, Arzobiſpo de Napoles; el Eminentiſsimo Miguel Federico Altan, entonces Virrey; el Eminentiſsimo Nicolas Caracholi, Arzobiſpo de Campaña; y el Eminentiſsimo Iñigo, tambien Caracholi, Obiſpo de Averſa: con cuyas Cartas ſe acompañaron las de los ſeñores Obiſpos, Principes, y Cavalleros, los Magiſtrados, y Juſticias de las Ciudades, y de los Pueblos, y no pocos Prefectos de las eſclarecidas Congregaciones, que ſirven de adorno, y de exemplo en las Ciudades. Encomendòſe al Eminentiſsimo Cardenal Belluga, que regiſtraſſe, y examinaſſe dichas Informaciones; y ſe huviera paſſado à hacer otras nuevas de Comiſsion Apoſtolica, ſi ſucediendo la muerte de Be-

El Duque y Duqueſa de Parma.

De quatro Cardenales. Piñateli. Altan. Nicolàs Caracholi. Y Iñigo Caracholi.

Eſcriven tambien los Obiſpos, los ſeñores, las Ciudades, los Pueblos, y las Congregaciones.

Recibe las Informaciones el Eminentiſsimo Belluga.

nedicto XIII. (y por su causa estàr vacante por muchos meses la Santa Silla) no huvieran cessado los Expedientes de la Curia Romana. A Benedicto hà sucedido Clemente XII. y de tan gran Pontifice, tan vigilante, y tan activo, esperamos, y esperan todos los deseosos de las glorias de Francisco de Geronymo (que despues de haver mandado, que ante legitimos Juezes, señalados por su Santidad, se hagan las nuevas Informaciones) llegue esta Causa á ponerse en estado de que pueda, con toda seguridad, la Santa Sede concederle el Culto publico, que se le desea, y que se supone, que, mediante Dios, logrará muy presto. En esta suposicion murió el señor Don Francisco Bassan, Señor de los Tusilos, en el Abruzo; pues á los dos años de haver muerto el Padre Francisco, haciendo las ultimas disposiciones dicho señor, tambien para morir, mandò, que en su Testamento se pusiesse la clausula siguiente: *Item: Porque no dudo de que llegará dia, en que se ponga el Nombre de Francisco de Geronymo en el Catalogo de los Santos, mando, que mis Herederas pongan la suma, y suerte de mil doblones en el Monte de San Salvador, en nombre de la Compañia de Jesus Napolitana; y que dicha Compañia se haga cargo de ellos; pero con la condicion, y ley, que por espacio de cinquenta años los reditos, è intereses se apliquen à aumentar el Capital; y que en llegando el dia de Beatificar el Romano Pontifice, como lo espero, al Padre Francisco de Geronymo, en dicho año se gaste todo el aumento, que dicho Capital huviere tenido, en celebrar una grande Fiesta en la Casa Professa, y con la mayor solemnidad que se pudiere, à dicho Beatificado: Y que despues, en los siguientes años, se gasten los reditos de solo el Capital de los mil doblones, en hacer al mismo, su Fiesta todos los años.* Por esta clausula se reconoce bien, quan desde luego pensò este Cavallero, tan piadoso, como prudente, que al Padre Francisco, por sus heroycas virtudes, y prodigios milagrosos, le son debidas las Ceras, y debidos los Altares.

Honrada Clausula del Testamento de D. Francisco Bassan, Señor de los Tusil.

Dexa en ella mil doblones impuestos para la Fiesta de la Beatificacion del Padre Francisco

J H S.

LIBRO SEXTO
DE LA VIDA
DEL VENERABLE PADRE
FRANCISCO DE GERONYMO.

CAPITULO PRIMERO.

DESDE SU MUERTE SE EMPIEZA à eſtender ſu nombre, y ſu fama, aſsi en Alemania, como en ſus Provincias circunvecinas.

NO creìmos cierto los Napolitanos (al morir el Padre Franciſco de Geronymo) que ſu credito, Nombre, eſtimacion, y alabanzas, ſe eſtendieſſen à mas que al Reyno de Napoles; ò creímos, que ſi ſe dilataba algo mas, no ſaldria de los terminos de la Italia; porque quien havia de creer, ni eſperar cuerdamente, que un Hombre, que ſolo havia piſado, y cultivado eſte terreno, ignorado de otras Regiones diſtantes, havia de

de llegar á vencer las distancias, para atraer los Paises Estrangeros à su obsequio, à su veneracion, y à su aplauso? En este juicio estabamos, quando nos hallamos con la novedad de escribir el Padre Nicolás Poter, de la Compañia de Jesvs, al Padre Mauricio de Antonelis, de la misma Compañia (en Carta, con fecha de 17. de Diciembre de el mismo año de 16. en que el Venerable muriò) las clausulas siguientes: *El Venerable Francisco de Geronymo ha inundado con la fama de su santidad, y de sus milagros à toda la Europa, y especialmente à toda la Alemania.* Esta noticia, no esperada, llenò de gozo, y admiracion los corazones Jesuitas. De donde (nos preguntabamos unos á otros) puede haver nacido ser tan aplaudido en Alemania un Hombre, que no saliò de los terminos del Reyno de Napoles, sino es à visitar la Santa Casa del Oreto? Qual havrà sido el origen de que mas allà de los Montes se haya sabido tan prontamente su heroyca santidad? Quien llevò allà sus noticias, quando todavia las Imprentas no han tenido lugar de darlas à luz? Quien havrá sido el primero, y como Autor, que haya abierto el camino, para valerse de su intercesion, y desfrutarle sus milagros? Assi nos preguntabamos; pero nuestras preguntas se quedaron sin respuestas, pues no pudimos saber, ni averiguar cosa fixa en este punto; pero sì hemos experimentado, que la Alemania se ha hallado tan ocupada yá de frequentes prodigios, yà de repetidos favores del P. Francisco, que el mirar por sus glorias, pretende, que le toca mas particularmente que à la Italia: aunque para mirar por ellas acude à nosotros, pidiendonos, que (como testigos que fuimos de sus admirables obras, y virtuosissimas costumbres) le digamos quales fueron los principios, quales los medios, qual su glorioso fin; y en fin, quales los Dones del Cielo, con que se adornò toda la hermosa tela de su vida. De aqui naciò el quexarse de nuestra tardanza en escribirla; y no fueron las quexas tan vulgares, que no fuessen de los primeros Principes de Germania, y dadas à nuestro Padre General; el qual, por esso dispuso, y mandò, que luego luego se escribiesse

un

un Epitome de la Vida de este Venerable, para entretener á sus Devotos, mientras se daba al publico, en Historia mas dilatada. Sacò este Epitome el P. Francisco de Franchis, de la Compañia de Jesus; y haviendose empezado à estender por las Provincias de Italia, los Alemanes le recibieron con tantas ansias, y con tanta alegria, que al punto, traducido en Latin, y en Alemàn, le imprimieron, y le estendieron aun por las Provincias, y Reynos circunvecinos, para que leyendose en todos, todos se aprovechassen, assi de sus favores, como de sus Religiosos Exemplos.

En el punto de sus Imagenes, y Estampas, tambien se nos adelantaron los Alemanes; pues luego que huvieron à las manos el colorido Retrato de este Venerable, abrieron Laminas suyas, poniendo al pie de ellas, como parte de su adorno, el siguiente Elogio:

VENERABLE P. FRANCISCO DE GERONYMO, Sacerdote Professo de la Compañia de Jesus, insigne en la Caridad con Dios, y con los Proximos, en la Humildad, en la Obediencia, en el Zelo de las Almas, y en todas las demàs Virtudes. Muriò en Napoles dia 11. *de Mayo de* 1716. *De* 74. *años de edad, y* 46. *de Religion.*

Fuè tal la codicia, y el deseo, que manifestaron todos los Pueblos de conseguir estas Estampas, que nos escriben Sugetos de acreditada fee, que à los tres años de haver muerto este Hombre tan amado, passaban de seis mil las que de diversas formas, y tamaños se havian repartido á los que con ansia las pedian. Mas no por esto se olvidaron los Alemanes de enriquecerse con mas inmediatas Reliquias suyas, como eran sus Cartas, sus Firmas, sus Borradores, sus Vestidos, ò qualquiera otra cosa, que al Padre huviesse tocado. Con estas peticiones recibimos muchas Cartas; pero principalmente se nos hizo muy recomendable, la que sobre esta materia, escribiò desde Viena su Arzobispo, el Eminentissimo Cardenal Coloniz: y tambien la que escribiò al Cardenal Ptolomei, un Ilustrissimo Obispo de Baviera, quien decia, que ha-

hacia eſtas inſtãcias, porque dichas Reliquias eran utiliſſimas, aſsi para el alivio de los Catholicos en ſus trabajos, y enfermedades; como para convencer á los Hereges, que tienen por uno de ſus Articulos, el deſprecio de las Reliquias de los Santos. Prendiò tambien el fuego fervoroſo de eſta devocion entre las Iluſtres Señoras del Palacio Ceſareo, lo que ſabido por la Señora Condeſa de Daum, muger del que entonces era Virrey de Napoles, regaló à la Auguſta Emperatriz Iſabel, un exquiſito Relicario, cuyo contenido eran el Retrato del Padre Franciſco, y un pedazo de ſu veſtido.

Eſtos fueron los fundamentos del obſequio, aplauſo, y veneracion, que en Alemania tiene el P. Franciſco de Geronymo, y ſobre que ſe han aumentado tanto con los prodigios, y favores hechos à los que ſe los han pedido, que no dudarán los Napolitanos de dár la Palma, en eſta materia, à los Alemanes; y mas haviendo paſſado (ſin eſperar licencia, ò permiſſo de la Curia Romana) à darle, à boca llena, los nombres de *Venerable*, y aun de *Thaumaturgo*. Voces con que explican, haſta donde llega el aprecio, que hacen de eſte Hombre ſingular.

Fuera de eſto, la muger del Coronél del Regimiento de Annover, embiò deſde Bruna, Ciudad de la Sileſia, una eſpecial Moneda de Oro, fabricada en Venecia, para que en nueſtra Caſa Profeſſa ſe mandaſſe decir de Miſſas, en hacimiento de Gracias à Dios, por los beneficios recibidos de ſu Poderoſa Mano; pero por los meritos, è interceſſion del Padre Franciſco, à quien ſe havia encomendado para conſeguirlos.

La Excelentiſsima ſeñora Maria Leonor, Condeſa de Herbeſtein, Superiora del Real, y Celeberrimo Convento de Hala, mandò hacer un grande Corazon de Plata, engarzado en Oro, el qual embiò à Napoles, para que ſe colgaſſe en el Sepulcro del Padre Franciſco (creyendo, que yà ſe le podia dàr eſte honor:) expreſſando, que el motivo que tenia para hacer eſta demonſtracion, era, porque con el contacto de una Reliquia de eſte Venerable ſe havia libertado en tres ocaſiones de un grave acci-

den-

dente, que la havia acometido; y que queria, por medio de aquel Corazon, manifestar el agradecimiento del suyo. Llegó este corazon à Napoles, y se recibiò con la estimacion debida; pero se le diò al Sacristan, para que le reservasse, hasta que el Oraculo de la Iglesia le determine algun Culto à este grande Hijo suyo, que se esmerò tanto en servirla.

Tambien es grande testimonio del alto juicio, que en Alemania se forma de la Virtud, y Obras heroycas de este afortunado Jesuita, una Obra, que diò à luz, sobre los Libros del Derecho Canonico, otro Sacerdote de la Compañia, llamado Vitor Picher. Imprimiòse esta Obra en Augusta; y su Autor, no solo no buscò otro Mecenas, que al Padre Francisco para dedicarsela, sino que en su Portada puso su Efigie, adornada al canto, con varios Emblemas, alusivos al Derecho Pontificio; y al pie colocó este Epygraphe breve, pero que dice quanto para su aplauso puede, por aora, decir la pluma; pues dice assi:

VENERABLE PADRE FRANCISCO DE GERONYmo, de la Compañia de Jesus: Sacerdote, Doctor en ambos Derechos antes de entrar en la Religion: Despues, zelosissimo Operario de la Viña del Señor; y antes, y despues de su muerte, por sus executados Prodigios, clarissimo Thaumaturgo de estos tiempos. Muriò poco ha en Napoles à 11. de Mayo del año de 16.

Siendo constante este gravissimo empeño, que ha tomado la Alemania en glorificar (del modo que puede) al Padre Francisco, por los beneficios, que à cada passo de su mano experimenta; y considerando, que esto no puede ser acaso: Aquel grande Principe del Romano Imperio, Clemente Augusto, Duque de Baviera, y Obispo de Munster, y de Paderbona, se dignò de concurrir, con la piedad de los suyos, à las glorias del Padre Francisco, empeñando en esto toda su authoridad: por lo qual dispuso, que por medio del Theologo, que tiene en Roma (el Padre Alexandro Pollioni, Sacerdote de la Compañia de Jesus) se acudiesse en su nombre, ante la Santa Sede, y se pidies-

dieſſe, ſeñalaſſe Jueces, que recibieſſen Informaciones, y formaſſen Proceſſos de las Obras maravilloſas executadas en aquellos Territorios, por el Padre Franciſco de Geronymo, para que examinados deſpues dichos Inſtrumentos (con la exactitud que ſe eſtila) pueda facil, y ſeguramente proceder la miſma Silla Romana, à poner, quando le parezca, à un Varon tan eſclarecido, en el numero de los Santos. La Carta, que eſte gran Principe eſcribiò ſobre eſte aſſumpto, me ha parecido ponerla aqui à la letra, y traducida, con toda fidelidad, para que ſe vea por ſus fraſſes, la grande eſtimacion que eſte Iluſtriſsimo Arzobiſpo hace, y tiene de nueſtro Venerable Jeſuita.

CLEMENTE Auguſto, por la Gracia de Dios, y de la Santa Sede Apoſtolica, Obiſpo de Munſtèr, y de Paderbona, Coadjutor de Colonia, Duque de la una, y otra Babiera, y del Palatinado Superior, Conde Palatino de Rhin, Principe del Sacro Imperio, &c. A Nueſtro Amado Padre Alexandro Pollioni, de la Compañia de Jeſus, y nueſtro Theologo en Roma.

Corriendo tan conſtante, y apoyada, ſobre graves fundamentos, la fama de las Gracias, ò Milagros frequentes, y caſi quotidianos, que aqui ſe vèn, y ſe logran, por los Merecimientos de el grande Siervo de Dios Franciſco de Geronymo: y creciendo por eſſo cada dia mas ſu veneracion, tanto, que à honra ſuya ſe hacen Votos, ſe eſtampan Imagenes, ſe aplican ſus Reliquias; y aun el Agua, que con ellas ſe bendice, porque por todas ellas ſe conſiguen ſaludes, no eſperadas, y prodigioſas: Todos eſtos Pueblos, vivamente deſean, y eſpèran con anſia, que à dicho Venerable Padre ſe le decrete Culto publico por la Santa Sede, con authoridad Apoſtolica. Y por quanto eſte Culto no ſe concede, ſin que examinados, y aprobados los Milagros de comiſsion ſuya, aſsi authenticados ſe remitan à Roma, para que con la authoridad Apoſtolica ſe aprueben, y authoricen: Noſotros, y el nueſtro Ad-

Administrador Apostolico in Spiritualibus, *nombramos à Vuessa Paternidad por nuestro Procurador à la Silla Pontificia, con facultad de substituir en otros, y otros, en caso de hallarse impedido. Y confiamos, que proponiendo, con toda solicitud, en un Memorial esta nuestra suplica à su Santidad, consiga los Despachos necessarios de la Sagrada Congregacion de Ritus, y las Remissorias à los Jueces* in partibus, *de la Diocesis de Munstèr, y Paderbona, Delegados, y Subdelegados, y quanto es menester en causas semejantes, para que despues de la verificacion authentica de los Milagros, se dè principio al Processo de la Canonizacion, ò Beatificacion, y conducirle al debido fin. Todo lo que en este negocio hiciere, y adelantare Vuessa Paternidad, lo tendrèmos por bien, y lo recibirèmos con gratitud. En fee de lo qual, escribimos esta, y la sellamos con nuestro Sello. Munstèr de Vestfalia, à 30. de Enero de 1723.*

Lugar del Sello.

Clemente Augusto.

Buelven à escribir los Principes.

Toda esta diligencia puso este Catholico Principe, para adelantar al Padre Francisco sus Glorias; y para que constasse quan de corazon se movia en este piadoso assumpto; en el año de 28. repitiò su empeño, en Cartas escritas desde Bona, al Glorioso Benedicto XIII. y en el mismo año las repitieron tambien desde Gratz, Carlos VI. Emperador Augusto; y desde Monaco, el Elevadissimo Carlos Alberto, Elector de Baviera. Todos estos Principes escribieron con tanta eficacia, sobre esta materia, qual pudieran sobre la de su mayor importancia, y creyendo, que en esto hacian obsequio à toda la Europa, y aun à toda la Christiandad.

Las causas que tuvieron los Alemanes para hacer tan buenos oficios por el Padre Francisco, fueron los muchos favores, que de su mano recibieron, y reciben, los que son tantos, que no puede con todos ellos mi pluma; y assi, tocarè en los Capitulos que se siguen, los que me han parecido mas dignos de saberse.

CA-

CAPITULO II.

ALGUNOS PRODIGIOS del Padre Francisco de Geronymo en la Austria Superior, è inferior, y en otras Provincias de Alemania.

Favor à la Señora Archiduquesa de Austria, Duquesa de Saxonia.

DEmos el primer lugar, como es razon (por el alto caracter del Sugeto, que la recibió) à la gracia conferida por este Venerable Jesuita, á la Serenissima Señora Archiduquesa de Austria, y Duquesa de Saxonia, Doña Maria de Austria. Y para que la relacion sea mejor oida, advierto, que la hizo su Alteza de su propria mano, en Idioma Latino; y tan de su propria mano, que haviendo querido quitarle à su Alteza esse trabajo, y formarla el Confessor (que era un Jesuita) su Alteza le respondió: No, Padre, yo quiero tomarme esta gustosa tarèa; assi por tributar este obsequio à mi Bien-hechor, como porque, por la gracia de Dios, espèro poder hacer la narrativa de la gracia recibida con bastante claridad, y propriedad en el Idioma Latino. Assi pudo responder su Alteza; porque entre otras, la lengua Latina la posee con perfeccion. Y para que no parezca lisonja, doy la Copia de lo que escribiò su Alteza, y dice assi:

Refierele su Alteza de su propia mano.

AD perennem Dei, qui glorificatur in Sanctis suis, honorem, ac gloriam, gratamque accepti beneficij memoriam profiteor, ac testor, quod anno MDCCXVIII. ad curandam, quæ mihi tunc sub linguâ nata erat, Ranunculam, Medicorum, Chirurgorumque consilium, & opem pluribus mensibus adhibuerim: eodemque tempore, malo pertinaciter resistente, ac identidem recrudescente, præter alia medicamenta manum, ac ferrum Chirurgorum non semel sustinere coacta fuerim: parata insuper, quod communi consilio jam decretum erat, ultimum ab igne applicito remedium experiri; licèt nec in hac difficilij cura spem, aut certam, aut magnam collocandam esse Chirurgi ipsi edixissent. Verum dilata in tempus aliud consilij executione, sensi me interius commoveri, ut à Deo salutis omnis Auctore sanitotem postulem per merita Venerabilis Servi eius P. FRANCISCI DE HIERONYMO, de cujus Virtutibus Heroicis, san-

ſancto fine, & acceptis ejus interceſsione beneficijs maxima in Terris Auſtriacis fama erat. Quare voto me obſtrinxi annum integrum, inchoando à die ejus emortuali xi. *Maji, reliquias ejus, id eſt particulam veſtis, & telæ ejus ſanguine tinctæ, quas Authenticas Neapoli acceperam, collo alligatas geſtandi, & quotidie brevi oratione per hujus Venerabilis Viri merita petendi, ut à malo hoc liberer omnium opinione periculoſo. Placuit Divinæ Bonitati preces meas exaudire: nam poſt aliquot hebdomadas, reverſi Medici, & Chirurgi mirati ſunt malum propè evanuiſſe, nulloque medicamine indigere; id unum curiosè ſciſcitantes, quid remedij adeò efficacis interim adhibitum fuiſſet? Quibus cum me ulla humana ope intereà temporis uſam fuiſſe negarem, ſtupore pleni abiere. Ego verò beneficium, intercedente Venerabili P. FRANCISCO DE HIERONYMO, deſuper acceptum recognoſcens, non multò poſt citrà ullius naturalis Medicinæ uſum integræ ſanitati me reſtitutam gaviſa ſum, qua etiamnum, Deo gratiæ, ac laudes, conſtanter fruor. In cujus rei fidem manu mea teſtimonium hoc ſcripſi, ac Sigillo munivi.*

Dreſde 20. Julij 1722.

Locus ✠ Sigilli.

MARIA
Archid. Auſtr. Dux Sax.

Relacion del accidente.

QUIERE decir. A perpetua Gloria de Dios, y memoria agradecida de un beneficio recibido, ateſtiguo, y declaro, que haviendoſeme formado el año de 1718. un tumor, llamado *Ranuncula*, debaxo de la lengua, para curarle, me valì, por muchos meſes, del conſejo, cuidado, y aplicacion de los Medicos, y Cirujanos; pero creciendo, y obſtinandoſe mas en eſte tiempo el tumor, me vì preciſada, deſpues de otras medicinas, à que ſe me abrieſſe con lanceta. Y aun no baſtando eſto para mi alivio, me rendí tambien à à experimentar penoſos cauterios de fuego, los quales me decretaron por ultimo remedio; aunque ni por eſto me daban cierta, ni grande eſperanza los miſmos que, como por ultimo remedio, me los recetaban. Por varias circunſtancias, que intervinieron, eſta ope-

racion se difiriò à tiempo mas oportuno; y en el interin, me senti interiormente mouida à pedir al Señor, Author de toda Salud, que me la concediesse à mi, por los Meritos, è Intercesion de su Venerable Siervo el Padre Francisco de Geronymo, cuya fama corria por los Estados Austriacos, publicando sus Virtudes, su Santa Muerte, y las Gracias, que despues de ella, concede à los que se valen de su Patrocinio. Y à este fin me obliguè, con Voto, à traer pendientes del cuello, por espacio de un año (que ha de empezar à once de Mayo, dia de su fallecimiento) sus Reliquias, que son un pedazo de su Vestido, y un poco de Lienzo teñido en su Sangre, las que he recibido de Napoles, con su authentica; y de rezar todos los dias alguna breve Oracion, en que pida, como he dicho, vèrme libre, por sus Meritos, de un accidente, que era, à juicio de todos, peligroso. Hecho este Voto, se dignò la Bondad Divina, de oir mis sùplicas; pues bolviendo los Medicos, y Cirujanos, al tiempo señalado, para la decretada operacion del fuego; y queriendo passar à executarla, se quedaron suspensos, y admirados, viendo que el tumor se havia casi desvanecido de modo, que no havia necesidad de aplicar medicamento alguno. Con esto, passaron curiosos à preguntarme: que de què medicina me havia valido? Y respondiendoles, que no havia usado de algun remedio humano, llenos de nueva admiracion, se despidieron. Yo, pues, reconociendo, que este beneficio le he recibido de la mano de Dios, pero por la intercesion del Venerable Padre Francisco de Geronymo, empezè el cumplimiento de mi Voto, y à breve tiempo (sin haver usado alguna otra medicina) me halle restituida à una perfecta salud, de la qual gozo al presente, gracias à Dios. Y en feè de este suceso, doy este testimonio, firmado de mi mano; y le firmè, y sellè en Dresdà, à 20. de Julio, año de 1722.

Voto que hizo su Alteza.

Configue el favor.

Lugar del Sello.

Maria, Archiduquesa de Austria, Duquesa de Saxonia.

A tan

A tan clasico, honorifico, y authorizado testimonio, se siguirán las Relaciones de otros admirables sucessos, por la mayor parte sacados de las Cartas annuas de las Provincias de Austria, à quienes se dà entera feé, y dicen assi.

Dolor colico repetido.

En la Ciudad de Kramburg, en Alemania, el Reverendo Señor Don Thomàs Gramos (por la violencia de un colico) se vió en tres ocasiones, reducido à los ultimos terminos de la vida. Mas en todas tres se recobrò, á beneficio de los medicamentos, que se le aplicaron. No le sucedió assi à la quarta vez, que le repitiò el mismo accidente; pues entonces, ò por hallarse el Enfermo con menos fuerzas, ò por ser mas poderosas las del humor, entre vehementisimos dolores, llegò á perder las esperanzas de poder vivir, y se prevenia para el amargo trance de la muerte. Llegò à noticia del Señor Vicario de aquel Lugar, el deplorable estado en que se hallaba aquel Cavallero: fuè à visitarle, y deseandole su aliviò, le sugiriò, que pues desesperaba de los remedios humanos, acudiesse à los Divinos; y que para assegurarlos, se valiesse de la intercesion del Venerable Padre Francisco de Geronymo, de quien la fama publicaba tantos favores, y tan singulares prodigios; y al mismo tiempo le puso al cuello una Reliquia de su Sotana. De esta conversacion, sacò el Enfermo una grande confianza en el Siervo de Dios. Pusose en sus manos, y con alentado fervor, le pidiò le favoreciesse; pero ofreciòsele la duda, de si aquella Reliquia, que le havia aplicado, sería verdaderamente suya. Con este pensamiento batallaba, quando sintió, que por las espaldas se le introducia un soplo de un ayre suave, el qual templò sus dolores, y le dexò tan quieto, y sossegado, que el Vicario se retirò, creyendo, que le dexaba dormido. En este tiempo, yá fuesse de sueño, yá de sola quietud, viò delante de sì al Padre Francisco, con un papel en la mano, en que con letras bien claras, y perceptibles, estaban escritas estas palabras: *Habe patientiam; nam Christus pro te plura patienter toleravit; & confide in ejus*

Aplica la Reliquia.

Primera circunstancia del favor.

Aparecese el Venerable, y encarga, q̃ se use de sus Reliquias.

ejusque Divinæ Matris misericordia : utere Reliquijs meis. Esto es : *Ten paciencia ; porque Christo por ti tolerò con paciencia mayores penas : Confia en su misericordia , y en la de su Divina Madre , y usa de mis Reliquias.* Todo estò leyò con atencion el Enfermo ; y llegando à las ultimas palabras , dixo : *Y donde encontrarè yo , Amado Padre Francisco , Reliquias vuestras verdaderas? Verdaderas son* (le respondiò el Padre) *las que teneis pendientes del cuello,* y con esto desapareciò. Y recreado el Enfermo con visita tan celestial , depuesta toda duda , sobre la verdad de la Reliquia , y desvanecidos del todo sus dolores , se bolviò à quedar dormido. Sueño felìz ; pues en èl bolviò á vèr al Padre Francisco de Geronymo , el qual le dixo : que se levantasse de la cama, y que anduviesse. Y añadiendo à las palabras , las obras , le alargò la mano derecha , y le ayudó a salir de la cama , y à ponerse en pie. Dispertò de sueño tan apacible , y se hallò fuera del lecho ; y no solo sin el menor eco de sus passados dolores , pero con fuerzas tan enteras , y robustas , quales jamàs las havia tenido en el tiempo de su perfecta salud : con lo qual toda aquella noche la gastò en accion de gracias , entre lagrimas dulces , y amorosas expresiones à su cortès , y caritativo Bien-hechor ; y aora prosigue desfrutando cumplidamente el recibido favor. Todo esto lo escrive, y depone en dichas annuas el mencionado Señor Vicario de Kramburg , como testigo de vista ; y añade, que està prompto à deponerlo , con juramento , en qualquier Tribunal , que se le pida.

Buelvese à aparecer , y le dà la mano al Enfermo, para que se levante.

A una Niña ciega de los dos ojos , solo con una vez, que se le aplicò la Reliquia del Venerable Padre , se le diò repentinamente la vista.

Niña de todo ciega.

En la Ciudad de Lavaco, una Religiosa Professa , por el mismo medio , se librò de vehementes dolores de zeatica.

Una Religiosa se libra de agudos dolores de zeatica.

En Lints , à un Varon, que tenia una hernia duplicada , con la aplicacion de las mencionadas Reliquias , se le desvanecieron tan penosos embarazos.

Hernia.

En la Ciudad de Zagabria estàdo la muger del Medico,

Grave accidente en el pecho de una muger.

que

que asistia en nuestro Colegio criando à un hijo suyo, padeció la desgracia de detenersele, y condentarsele la leche en el pecho derecho, de modo, que se le hinchò, y con dolores tan vehementes, que la ocasionaban mortales parasismos: Los que la visitaban, executando todo lo que les dictaba el Arte; y viendo, que nada aprovechaban, resolvieron abrir el pecho, para supurar la leche, que à èl havia concurrido, y que era preciso estuviesse convertida en materia. La Enferma concibiò grande miedo à vista de las disposiciones, y preparaciones, que iba haciendo el Cirujano, para tan penosa operacion; pero antes de llegar à executarla, quiso la fortuna de la doliente, que le diessen un pedazo de el vestido del Padre Francisco, el qual se aplicó con mucha feé à su dolorido pecho, formando sobre èl con aquella Reliquia la señal de la Cruz; pero apenas havia acabado de hacerla, quando clamò con voz alegre, corpulenta, y sonora: *Milagro, milagro, que yà estoy sana.* A estas voces, dexando de la mano la lanceta, acudiò el Cirujano, y reconociò, no sin grave admiracion suya, que el pecho, no solo estaba deshinchado, sino tan igual al otro, tan natural, y tan flexible, como si en el no huviera padecido el referido accidente. Assi lo escrive el Padre Miguél Fait, de la Compañia de Jesvs, desde Ruremunda; y dice haver sucedido à 15. de Junio del año de 17.

Aplicase la Reliquia, y sana con modo maravilloso.

En el año siguiente de 18. favoreciò en Grazt, el Padre Francisco, al señor Lendi-Mair, Primer Secretario de la Provincia de Stiria; y le favoreciò tan à manos llenas, que le libertò de la sentencia de muerte, que havian yà firmado tres Medicos, que le assistian. En estas circunstancias podèmos decir, que una Estampa del Venerable le diò la vida, pues luego que se la aplicò, inmediatamente sintiò mejoria, la que no paró hasta coronarse de una perfecta salud; por lo qual mandò le traxessen de Napoles un verdadero Retrato de su Bien-hechor, y le colocò en parte publica de su Palacio, para agradecerselo, y tener siempre à la vista quien le excitasse la memoria del recibido beneficio, y tambien para que le conociessen otros, y passassen à desfrutar sus favores.

Desahuciado, sana con el contacto de una Estampa.

Paga el favor con poner en publico el Retrato del Venerable.

Desahuciada, sana tomando en las bebidas polvos de una astilla del Confesionario del Padre Francisco

Desde la misma Ciudad de Grazt escriviò en el mismo año Francisco Xavier Zehpirs, Alumno de nuestra Compañia, el caso siguiente al Padre Juan Bautista Rechpach, Confessor de el Conde Daùm, Virrey de Napoles: Dice, pues, que una hermana suya havia estado por espacio de quatro meses reducida à la cama, por la violencia de una enfermedad, que se burlaba de las armas con q̃ los Medicos procuraban, ò vencerla, ò retirarla; mas viendo, que ella no se daba por vencida, ellos se rindieron, hasta llegar al estado de desahuciar à la Enferma. Mas en estas circunstancias no faltò quien le aconsejasse, que en las bebidas que los Medicos la daban, mezclasse unos polvos, hechos de una astilla del Confessonario del Padre Francisco de Geronymo, y que se encomendasse à él con mucha fee. Assi se executò, y desde entonces las medicinas, que hasta alli havian sido inutiles, tomaron tanta eficacia, que inmediatamente saliò del peligro la doliente, y à breves dias se dexò vèr por la Ciudad buena, y sana, con admiracion, y pasmo de los que havian sabido haver estado quatro meses enferma, y no solo enferma, sino desahuciada.

El año de 19. diò mucho que hablar el difunto Padre Francisco en las Provincias de Alemania, con los favores, y gracias, que en ellas hizo, por medio de sus Requias. En Tirnavia favoreciò à dos Jesuitas, que padecian ardientes calenturas. En Clagenfurt, à la Abadesa de las Ursolinas se le sossegaron unas combulsiones frenecticas, que la tenian fuera de sì. En Viena, un Joven recobrò la vista, del todo perdida. Otro en Luschoria, estando yà dexado de los Medicos, sanò de una disenteria, y se librò de la muerte, que esta le amenazaba.

Ardientes calenturas

Una Religiosa convalece de un grave frenesi.

Un ciego

Disenteria.

Siguiòse el año de 20. el qual se ennobleciò con tres favores hechos à un mismo Sugeto de mucha representacion, y caracter, cuya relacion se guarda en el Archivo de nuestra Casa Professa de Viena, y dice assi: *Yo (el que despues firmo) atestiguo, à fee de Noble, y de Prelado, que padecì, por espacio de tres dias, el accidente de retencion de orina, tan obstinado, y tan molesto, que el Medico me llegò à decir, que era muy de temer se huviesse roto algun vaso in-*

Testimonio de un Prelado, que refiere tres favores conseguidos por intercession de el Venerable. Retencio de orina.

interno; y aun añadiò, que ſi fueſſe aſsi, dieſſe por acabados mis dias. Eſte melancolico aviſo ſirviò, para que alentaſſe mas mi confianza en el Venerable Padre Franciſco de Geronymo, de quien tenia algunas Reliquias. Encomendeme à èl fervoroſamente; y el efecto fuè, que deſpertando à media noche, hallè diffuelta la mortal opreſsion, que me aquexaba; y en fin, me vì reſtituido à mi antigua ſalud. Deſpues de paſſado un año, me bolvieron à acometer tan fieros dolores de piedra, que tambien me puſieron en peligro proximo de morir: Mas bolviendo de nuevo à mi refugio, y amparo el Padre Franciſco, de nuevo me libertò de los referidos dolores. Tercera vez me vì en grave rieſgo de contraer una thiſica; y tercera vez vencì aquel rieſgo, con el favor del miſmo Venerable, a cuyo honor hice voto de rezar algunas Oraciones todos los dias. Todo eſto depongo, y ateſtiguo, à fin de que ſe aumente la devocion, y afecto à dicho Padre Franciſco de Geronymo; y authorizo lo referido con mi nombre, y con el Sello de mi Dignidad. Del Monaſterio de San Jorge, llamado vulgarmente Herfocenburg, *de Canonigos Reglares de San Aguſtin, en el Auſtria Inferior, à 12. de Febrero del año de* 1720.

Dolores de piedra.

Thiſica.

Paga de eſtos favores.

Lugar del Sello.

Guillelmo, Prelado Herfocemburg.

En Trieſte una Religioſa, haviendo caìdo deſde un lugar muy alto, ſe maltratò mucho, aſsi la cabeza, como el brazo derecho; pero immediatamente ſe puſo de rodillas delante de unaImagen de el Padre Franciſco: Hizo oracion à Dios, para que por losMeritos de aquel Siervo ſuyo la ſanaſſe, y la oracion la concluyò con aplicarſe à la cabeza, y al brazo una Medalla de el miſmo Venerable, que entre otras traìa pendiente de ſu Roſario: hechas eſtas piadoſas diligencias, ſe recogiò à dormir, y á la mañana ſiguiente, antes de tocar à deſpertar à la Comunidad, ella las deſpertò con las alegres voces que diò, publicando hallarſe perfectamente ſana, y pidiendo, que la acompañaſſen al Coro, para dar gracias à Dios, y à ſu Siervo Franciſco de Geronymo, por el favor tan repentino, que havia recibido de ſu mano.

Crida peligioſa de una Religioſa.

Caso admirable con otra Religiosa

En Grazt, en este mismo año, otra Religiosa estuvo por espacio de nueve dias, agonizando, y batallando, mas que con la enfermedad, con la misma muerte. No ignoraba quien fuesse el Padre Francisco de Geronymo, pues havia sido antes Panegyrista, assi de sus Virtudes, como de sus favores; pero en este lance se olvidò de acudir à èl, para que la librasse de la muerte, que tenia tan inmediata. Las demàs Religiosas, que la assistian (sentidas de perder tan buena Compañera) discurrian, que podrian executar para su alivio: Reconociò estos cuidados piadosos un Jesuita, que havian llamado, para que à la Enferma la ayudasse à bien morir; y este las dixo, que probassen fortuna, y que en un poco de agua la diessen algunos hilos del Vestido del Padre Francisco de Geronymo. Este consejo (que al punto se puso en execucion) fuè tan util, y tan eficaz, que inmediatamente, al tomar el agua con la referida Reliquia la Doliente, quedò embargada de un plàcido, y suave sueño, en el qual la pareciò, que oia una voz, que la decia: *Que en aquel peligro se valiesse del Padre Francisco de Geronymo, y que colocasse en èl sus confianzas, pues no ignoraba, que à muchos los havia favorecido, y que ella, en otras ocasiones havia experimentado la eficacia de su intercession: Que ofreciesse, supuesta la licencia de su Superiora, que le mandaria pintar su Retrato: Y en una palabra, que entendiesse, que en lance tan apretado, como en el que se hallaba, nadie, sino es Francisco de Geronymo, la avia de libertar.* Estas especies la dispertaron del sueño; y reconociendo, que no podian ser casuales, se encomendó con toda feè al Padre Francisco: hizo su Voto, è inmediatamente se hallò tan otra, que en el mismo dia, en que los Medicos juzgaron verla difunta, la declararon, con singular admiracion suya, fuera de todo peligro.

Voz myssteriosa, q oyò, estando dormida.

Hace voto de hacer sacar Retrato del Venerable y al punto cobra valentia.

De riesgo semejante á el antecedente, se viò libre tambien una Muchacha, en el Lugar, llamado Campo-Biserano, en el Territorio de la Styria: Por espacio de tres meses padeciò esta infeliz unas freneticas combulsiones, que la pusieron en tan deplorable estado, que ya havian llegado á dar por ella las campanadas, que

Desahuciada, por quien se havian dado las campanadas de agonizar.

sue-

suelen darse al tiempo de agonizar los moribundos, para que los encomienden à Dios. Por espacio de tres dias estuvo tan desfigurada, en frente, ojos, y boca, que al verla se podia juzgar, no que agonizaba, sino que yà havia espirado. En este tiempo, al Jesuita que la asistia à la cabecera, se le ofreciò con gran viveza traerla à la memoria el Nombre del Padre Francisco de Geronymo, y aun alentarla à que se valiesse de su intercession, y le invocasse con viva fee. Aunque la Enferma parecia estaba enagenada de sus sentidos, no dexò de percibir (como asseguròdespues) lo que el Padre la decia, y assi le obedeciò, encomendandose con mucha confianza al Venerable, è inmediatamente experimentò, que las combulsiones se le iban retirando, y con este principio, aunque poco à poco, se bolviò á vèr en su entera, y perfecta salud, la que empleó en dàr muchas gracias al EsculapioDivino, que la havia curado.

Muda. Una Doncella tuvo perdida el habla por mas de diez dias, y sin esperanza de que se la recobrasse con sus medicinas el Arte; pero la halliò en un poco de agua, que bebiò con algunas Reliquias del Padre Francisco de Geronymo, y esto sucediò en la Corte de Viena.

Dos locos. En Casovia, Ciudad de la Ungria, padecieron dos Sugetos á un tiempo mismo tal destemple de cabeza, que salieron fuera de si, executando declaradas locuras, ò manías; pero tambien al mismo tiempo se acabò su accidente, solo con aplicarles, sin que ellos lo entendiessen, à las cabezas Reliquias de nuestro Venerable.

Parto dificultoso. En Clagenfurt, Ciudad de la Carintia, executaron en el mismo año las mencionadas Reliquias tres favores recomendables; el primero le logrò una Muger, que haviendo estado tres dias de parto, y parto muy peligroso, luego que se las aplicaron, diò à luz la criatura, y ella quedò sin especial indisposicion. El segundo se executò con un Cavallero, que tenia mucho que padecer, à causa de haversele cerrado una fuente, que tenia en el pie, con unos baños, que havia tomado, para libertarse de otro accidente: El humor, pues, no encontrando la salida, que antes le daba la fuente, se retirò; pero à parte, que ni de dia,

Especial accidente

ni

ni de noche le dexaba ſoſſegar, ni aun poderſe mover; mas de toda eſta moleſtia ſe viò libre, ſolo con el contacto de las mencionadas Reliquias. El tercer beneficio le conſiguiò un Iluſtre Joven, que muchos años havia padecido unas penoſas alferecias: Eſte aſervorizò ſu feè, ſe obligò à rezar todos los dias algunas oraciones, en honor de nueſtro Venerable; y ultimamente, ſe aplicò ſus Reliquias, y un año deſpues de haver hecho eſtas diligencias, depuſo, no haverle repetido, deſde entonces, aquel penoſo accidente, que antes le daba con mucha frequencia.

Alferecias

Otro Joven, que no havia cumplido aùn los quince años, vivia en Paſſavia muriendo, pues padecia mas enfermedades, que los años que contaba. Llevaba en paciencia ſus regulares indiſpoſiciones; pero haviendoſe originado dellas caerle mucha copia de materia à los muſculos del cuello, ſe conſternò; porque reconociò, que ſe le iba empodreciendo el epiglotis, y que paſſaba la infeccion al laringe, ò la que llamamos campanilla; à lo que ſe ſiguiò, que un dia, queriendo arrojar una flema tambien con ella, la arrojò. Por todas eſtas circunſtancias, juzgaron ſus Cirujanos, y Medicos, que no ſolo moriria de eſte rieſgo, ſino que caminaria à la muerte muy de prieſa: por lo qual dixeron, que ſin perder tiempo ſe llamaſſe un Confeſſor, que le diſpuſieſſe para morir chriſtianamente; ya haciendole recibir los Sacramentos; ya esforzandole, y animandole para la ultima lucha. Vino un Jeſuita para eſtos piadoſos oficios, el qual, haviendo primero atendido al alma del Enfermo, eſtendió ſu caridad á procurarle algun alivio para la ſalud del cuerpo: A eſte fin le exortò à que puſieſſe ſu confianza en el Venerable Padre Franciſco, por cuya mano parece eſtaba empeñado Dios en llover beneficios, y favores; y añadiò, que le ofrecieſſe leer ſu Vida, y aplicarſe Reliquias ſuyas, y haviendole entregado eſtas, y la Vida del Venerable, el Jeſuita ſe retirò. El Enfermo le oyò con guſto, y le obedeciò con promptitud, y logrò, por premio de ſu obediencia, y ſu devocion, el hallarſe al dia ſiguiente, en que ſuponian todos, caminaria de ſu caſa à la ſepultura,

Sugeto muy achacoſo.

Cayòſele la campanilla.

Hace voto de leer la Vida del Venerable.

Y ſana milagroſamente.

ra, con una mejoria tan declarada, que nadie la pudo poner en duda, pues le vieron respirar sin fatiga, y le oyeron hablar con claridad, y perfecta articulacion. De este modo prosiguiò, pero con passos tan alentados, que al quinto dia admirò, assi à los nuestros, como á otros, que le vieron subir con total desembarazo la escalera de nuestro Colegio, de donde infirieron la perfecta salud, y robustèz con que nuestro Venerable le havia favorecido.

Fistula peligrosa.

En Posega, uno de los principales Cavalleros de aquella Ciudad, y por esso uno de sus Senadores, padeciò por dos años una penosa fistula en el pie izquierdo, de la qual se supuso, que moriria, porque el fluxo de el humor havia empezado à dár muestras de convertirse en el que llaman Fuego Sacro; pero se depusieron estos temores, luego que se aplicò Reliquias del Padre Francisco, pues su virtud fuè tan eficàz, que desvaneciendose el tumor, y la inflamacion se restituyò aquel Cavallero à una perfecta salud.

Quebradura de muchos años.

En Viena, un hombre noble, llamado Joseph Francisco del Sol, padeciò, por espacio de once años una quebradura, ò rotura en la ingle izquierda, que desde el principio le fuè muy penosa, pero à los ultimos años le era de mayor molestia: sin que para ella se encontrasse mas remedio (segun decian los consultados Cirujanos) que el de las sajaduras hechas á hierro; mas quiso la fortuna del doliente, que en el año de 21. viniesse à sus manos la Vida impressa de nuestro Jesuita; leyòla, y al encontrarse alli con el *Maremagnum* de sus prodigios, y de sus maravillas, le sucediò, lo que creo que sucederà à qualquiera que la lea, y fuè entrar en una grande confianza de lograr por su medio la salud, aun despues de una tan antigua enfermedad; movido de esta confianza, ofreciò, que todos los dias le haria alguna oracion, y que daria publico testimonio del favor que recibiesse; y dicho esto, y aplicada una Estampa à la parte afecta, se recogiò á dormir. Passò la noche muy sossegada, como prenda de la felicidad, con que se havia de hallar al dia siguiente, pues en èl despertò tan libre de su inveterada indisposicion, que quitandose las ligaduras, salió de casa, y por los nueve dias siguientes

Lee la Vida del Venerable.

Ofrecimiento.

tes pudo andar por la Ciudad con toda libertad, como si tal accidente no huviera padecido. Mas como somos los mortales, por lo regular, tan fragiles de memoria, para cumplirles, à Dios, y à sus Santos, los ofrecimientos, que les hacèmos; este buen Cavallero se olvidò de ir en aquellos nueve dias à deponer delante de alguno de los nuestros, el favor que havia recibido, y que havia ofrecido publicar; pero presto pagò su negligencia, pues al decimo dia le bolviò á oprimir, y con mayores fuerzas, su passado accidente. Conociò el delito de su ingratitud, y para darle satisfacion, hincandose de rodillas, repitiò su promessa con vivo animo de cumplirla: Y con esto solo se diò tan por satisfecho el Venerable Francisco, que al mismo punto el doliente bolviò à hallar el alivio perdido, recogiendosele las tripas à sus debidos lugares, de modo, que al tercero dia pudo ir à presentarse al Padre Francisco Molindes, Rector de nuestro Noviciado de Viena, ante quien depuso, y publicó todo lo que queda referido. Y desde aquel tiempo, hasta 20. de Abril del año de 1730. en que bolviò à hacer por escrito esta relacion, añade, no haver buelto à sentir la menor indisposicion, ni amago de su passada enfermedad; y ultimamente concluye su dicho, afirmando, que desde entonces, nada ha pedido à este amable Jesuita, que no lo haya conseguido à medida de su deseo.

Olvidase de cumplir, y repitese la enfermedad.

Repite la promessa, y sana.

En Jndemburgo, Lugar de la Stiria, se viò una Muchacha en el año de 22. tan oprimida, y maltratada de malicioſas ardientes calenturas, que sus padres huvieron de llamar sugeto, que la confessasse, y ayudasse à bien morir. Eligieron á un Jesuita, el qual, despues de cumplir con su principal obligacion, de darla los Sacramentos, y exortarla à la conformidad con la voluntad Divina, la dixo, que podia esperar la salud, si apartando su confianza de los remedios humanos, llamasse en su favor al Padre Francisco de Geronymo. No sabèmos si la Enferma lo executò assi; pero sabèmos, que llegando el dia 11. de Mayo, dia en que passò à mejor vida el Venerable Jesuita, se hallò especialmente movido el citado Confessor à

Y confiessa, que nada le ha pedido al P. Francisco, que no lo haya alcanzado.

Moribundo.

á socorrer à la Enferma con una Estampa, y Reliquia suya: llegò à la casa, y à la doliente la encontrò tan aletargada, y fuera de sì, que no pudo decirle, ni exortarla à nuevas confianzas; por lo qual, hablando con sus padres, les pidiò, que suplissen con grande fee, la que no podia tener su hija, y que en un poco de agua la diessen una pequeña parte de aquella Reliquia de el Siervo de Dios; el qual anduvo tan piadoso con aquella Criatura, que á los dos dias, la fiebre empezò à ceder, hasta apagarse, y dexar à la pobre doliente en un estado de salud perfecta, y á ella, y à sus padres, con una seguriſsima persuasion de que al Padre Francisco de Geronymo, totalmente se le debia beneficio tan singular.

Maleficio de raras circunstancias.

En Stira, Ciudad famosa en el Austria, y celebre por su comercio en toda Alemania, sucediò un caso tan particular, que se me ha de permitir le diga con alguna estension la pluma. En esta Ciudad, pues, huvo un Muchacho, nacido de honrados padres, pero tan pobres, que le aplicaron al Oficio de Sastre, para que pudiesse passar la vida; y como si para este infeliz no fuesse bastante trabajo verse destinado à tan corta fortuna; no faltò una mala voluntad, que sin saberse por què, le diò un hechizo, de tan extraordinarios efectos, que lo mismo era oir el Nombre de la Virgen, ver sus Imagenes, ò percebir alguno de los Titulos, ò sobrenombres, con que la apellida la piedad Christiana; que sobre venirle un repentino desmayo, que le desfiguraba el rostro, le hacia torcer feamente la cabeza, le paraba yerto como un marmol; y finalmente, como si estuviera difunto le derribaba à la tierra. Su Maestro, que era un Alemàn de una grande candidez, y que al Muchacho le tenia cariño, (porque fuera de los ratos, que le embargaban estos accidentes, le servia con grande habilidad en su Exercicio) acudiò á varios Santos, y les pidiò libertassen à aquel Niño de tan desusado maleficio; con estas suplicas acompañaba el contacto de sus Reliquias; mas por alto juicio de Dios los Santos no respondian, ni à sus invocaciones, ni à sus deseos. Visto esto, fuè un dia á consultar aquella desgracia con el Padre Rector de nuestro Colegio de

Stira,

Stira, llamado Andrès Lentner. Llevò consigo al Muchacho, hizo su informe al Rector, y le pidió, le aconsejasse, què podria hacer para libertar de tanto mal à aquel pobre infelìz. El Rector quiso tomar experiencia de la verdad de aquel informe, y para esso, hablando con gran cariño al Muchacho, nombrò, como por casualidad à Maria Santissima Señora nuestra, è inmediatamente, como si le huvietan tirado un caravinazo cayò à tierra, frio, como un yelo, y torciendo feìsimamente la cabeza, y assi estuvo por espacio de un quarto de hora. Al bolver en sí, le preguntò el Rector, si havia visto, ò havia experimentado alguna cosa extraordinaria en el tiempo, que havia estado enagenado de sus sentidos? A que respondiò, que havia visto un grande, è intenso resplandor, que haviendo entrado por la ventana, poco à poco havia dado buelta al aposento, hasta bolver à salir por la ventana, y que èl se havia visto obligado à seguirle con su vista, y que de aì havia nacido el torcer tanto la cabeza. Oyendo esta relacion, uno de los circunstantes admirado, exclamò, tomando el Nombre de Maria Santisima en sus labios; y al punto el pobre Muchacho bolviò à sentir el mismo efecto, el que tambien se le repitiò al ponerle delante una Imagen de nuestra Señora.

Persuadido con esto el Rector à que no era ficcion lo que le havian dicho, ni el informe que le havian hecho, reconociò, que era menester tomar tiempo para encomendar à Dios aquel negocio, y pedirle à su Magestad luz de lo que se debia executar, para libertar aquel pobrecillo de tanta mortificacion. Assi se lo dixo à su Maestro, y para despedir al Muchacho con algun agassajo, quiso darle una monedilla, que en lengua Alemana se llama *Groſſo*; pero el Maestro le dixo: *Padre, no hagais tal, porque estando en essa moneda impressa la Imagen de la Virgen; al verla el Muchacho, le exponèmos à que le repita el accidente. Bien*, (dixo el Rector) *pues dexeme, que le dèmos una vitela.* Tomò en las manos algunas, que tenia en su aposento, y diò, como acaso, en una del Padre Francisco de Geronymo; y creyendo, que aquel no fuesse acaso, sino querer el Venerable hacer

cer à aquel Niño el favor, que deseaba, se la diò, encargandole mucho se encomendasse muy de veras à aquel Venerable Jesuita, diciendole al mismo tiempo (para que tuviesse con èl mucha feé) que supiesse, que èl le debia la vida, por haverle sacado, en una grave enfermedad, de las garras de la muerte; y que un Hermano Coadjutor, en aquel mismo Colegio, solo con haverle rezado tres Padres nuestros, y tres Ave Marias, se havia puesto sano, despues de haver padecido gravisimos dolores de piedra. Con estas especies le iba el Rector alentando; pero como si la Estampa del Padre Francisco fuera alguna Efigie de Nuestra Señora, el Muchacho se viò otra vez acometido de su accidente. Acudiò el Maestro à quitarle de la mano la vitela, porque no la maltratasse; mas no pudo, porque el Mozo la tuvo tan asida, que venciò los conatos de su Maestro; y no solo no la soltò, pero levantando, aunque con mucha dificultad, la mano en que la tenia, no parò hasta ponerla sobre su cabeza, y al punto se reconociò ser aquel el remedio, que le destinaba el Cielo, pues inmediatamente bolviò tan en su acuerdo, que desde entonces pudo nombrar libremente, y rezar sin molestia el Ave Maria à Nuestra Señora; y assi passò por espacio de todo un año.

Pero al fin de èl, queriendo sin duda el Padre Francisco hacer mas sensible, y mas perceptible su favor, sucede, que el accidente le repite, nombrandole, con cuidado, ò con descuido, los demàs Oficiales, y aprendices sus compañeros, el Nombre de la Soberana Reyna, pues al oirsele, le acaeciò lo que al principio de su enfermedad, aunque con la diferencia de que al tiempo de empezar à inmutarse, repararon, que havia invocado al Padre Francisco de Geronymo: con lo qual se movieron à buscar la Estampa, y aplicarsela à la cabeza; à lo que se siguiòbolver luego al punto en sì. Visto esto, passò su Maestro à dar noticia puntual al Padre Leutnet de todo lo sucedido, y observando el Rector todas estas circunstancias, resolvió darle una Reliquia del Padre Francisco, que fuè un pedazo de su Vestido, mandando, que se le cosiessen en el Escapulario, que tenia de la Virgen del Carmen; y

que

que pendiente del cuello, nunca le apartaſſe de sí. Eſta fuè inſpiracion del amable Padre Franciſco, pues obedeciendo el Enfermo, y poniendo en execucion lo que ſe le havia dicho, deſde entonces, haſta el año de 33. dice alegre, y agradecido, que ſe librò de tan eſtraño accidente.

Combulſiones. En Clagenfurt, una Señora Noble, con haverſe aplicado por un quarto de hora Reliquias del Venerable, ſe viò libre de varias combulſiones, que por muchos dias la havian mortificado.

Varios dolores, y enfermedades. En Grazt, en eſte miſmo año, otra Muger, que padecia acerviſsimos dolores, con otras enfermedades, en un punto convaleciò de todas, mediando el contacto de las miſmas Reliquias. Y

Deſahuciado. lo miſmo ſucediò en Leobio con admiracion de los Cirujanos, à otro Enfermo, à quien ellos havian deſahuciado ya, viſta la gravedad de los accidentes que padecia. El Iluſtre Cavallero, Adminiſtrador de las Rentas Ceſareas, ſe viò acometido

Dolor de coſtado. de un dolor de coſtado, y de un catarro tan peſtilente, que (á juicio de los Medicos) como enemigos tan poderoſos, le debieron quitar la vida; pero entrò de por medio el Padre Franciſco, à quien el Enfermo ſe encomendó, y lo miſmo fuè tomar ſu Nombre en los labios, que empezarſe à retirar los referidos males, haſta dexarle en ſu lugar una perfecta ſalud. Tambien ſe mirò como prodigio en la Corte de Viena (y con razon) el que las Reliquias de eſte Jeſuita Venerable, dieron al miſmo tiempo la vida á quatro Niños, á quienes con grave deſconſuelo de ſus Padres, amenazaba la muerte, para llevarſelos en flor.

Sanan quatro Niños.

Niño hechizado, ò ahojado. Ultimamente, haciendo viage uno de los Nueſtros por Paſſabio, Lugar de la Babiera, hallò à un Muchacho, à quien oculto maleficio, ò ahojo, le tenia ya á las puertas de la muerte. Pidieronle ſus Padres al Jeſuita algun remedio para tanto peligro; y haviendoles dado una Reliquia del Padre Franciſco, luego que ſe la aplicaron, añadiendo el voto de veſtirle el trage de la Compañia, experimentaron no ſin algun conſuelo, que al Niño ſe le reſtituyan el

Hacen ſus Padres Voto de veſtirle de Jeſuita, y ſana. ſueño, y las ganas de comer, alhajas, que antes eenia perdidas, y por cuyo defecto iba caminando à toda priſa à la ſepultura.

En

Maleficio

En Planſtoff, Aldèa poco diſtante de Judemburg, havo una Muchacha, que el año de 23. padeciò una lenta calentura, originada tambien, ſegun las ſeñas, de oculto maleficio: por lo qual ſus Padres la preſentaron al Cura del Lugar, hombre de bondad conocida; y le ſuplicaron, que aplicaſſe à ſu hija los eſpirituales remedios, que para ſemejantes accidentes tiene prevenidos la Igleſia. El Parroco los oyò, como debia, con piedad, y con agrado, y les diò con un poco de Tierra del Sepulcro de San Juan Nepomuceno, Reliquias tambien del Padre Franciſco de Geronymo, encargandoles, que la Enferma no las apartaſſe de sì; y que ellos la encomendaſſen muy de veras à aquellos dos Eſpiritus, que han comunicado, y comunican tantos favores à los mortales. Obedecen los Padres tan buen conſejo: ponen las Reliquias pendientes del cuello de ſu hija; y de repente (lo que otras veces no havia ſucedido) la diò un furor tan vehemente, que ſe queria arrojar de la cama: diò deſhuſados buelcos en ella, y unos anſiados gritos, que ſe oian en toda la caſa. Quiſo ſu madre ſoſſegarla; pero la Muchacha, furioſa, havia tomado tantas fuerzas, que ſolo las de ſu madre no fueron baſtantes para aquietarla; y aſsi, huvo meneſter llamar quien la ayudaſſe. Por algunas horas la durò eſte furioſo delirio; pero à la media noche ſe quedò dormida; y á la quietud del ſueño, ſe ſiguiò el deſpertar, y proſeguir tan libre de la paſſada moleſtia, que el Cura, que la havia preſtado las Reliquias, pudo bolver por ellas; y en eſte lance, aunque la favorecida le dió las gracias, porque ſe las havia dado, manifeſtò grave repugnancia para bolverſelas, temiendo le repitieſſe el accidente, ſi las ſeparaba de sì. Mas, enfin, cediò: bolviò las Reliquias, y el accidente no la bolviò á moleſtar mas.

Rara circunſtancia

Por nueve horas eſtuvo en Grazt, un Sugeto poſſeìdo de una apoplexia tan fuerte, que ni aun por el pulſo daba alguna ſeñal de vida; pero quiſo ſu fortuna, que haviendoſele quedado abierta la boca, pudo percibir, en un poco de agua, una Reliquia del Padre Franciſco; y eſto baſtò, para que al punto, con admiracion de todos los cir-

Apoplexia.

cunſtantes, ſe deshicieſſe, y deſembarazaſſe de una enfermedad tan mortal, que aun eſtando vivo, le havia hecho parecer un difunto.

Herida mortal.

En Styra, le dieron à otro un golpe, de que reſultò una herida tan peligroſa, que no huvo modo, ni ſe encontrò medio de reſtañar la ſangre, haſta que le puſieron en la mano una Eſtampa de papel del Padre Franciſco. Eſta fuè de tal virtud, que paſſandola deſde la mano à la parte herida, no ſolo la ſangre ſe ſuſpendiò, ſino que la herida quedò perfectamente curada.

Dolores vehementes.

En Cremiſsio, Ciudad del Auſtria, en eſte miſmo año de 23. dos Mugeres tuvieron que aplaudir dos favores, que recibieron de nueſtro Santo Jeſuita. La una ſe havia viſto moleſtada de vehementiſsimos dolores de cabeza; y eſtos ſe la dexaron libre, luego que ſe aplicò las Reliquias à la frente. La otra, no mucho deſpues, y con el miſmo remedio, ſanò de una grave enfermedad, que por eſpacio de ſeis meſes, la havia tenido aprisionada en la cama.

Grave enfermedad y tan dilatada, que durò ſeis meſes.

Tumor peligroſo en la garganta.

A eſtas dos, añaden los que de allá nos eſcriven, otra tercera, à quien un tumor, que ſe le hizo en la garganta, la impedia el comer, y el reſpirar. Por eſto, los Medicos la anunciaron la muerte; pero acudiò con ſus piedades el Padre Franciſco de Geronymo; y haviendole tocado con ſus Reliquias, luego, luego le quitò el dolor, y à breves dias el tumor ſe deſapareciò del todo.

Infeliz ſobrepato.

En la miſma Ciudad de Cremiſsio, en el año de 25. deshauciaron tambien los Medicos à una recien parida, ſiendo la cauſa, el que fuera de hayerle ſobrevenido frequentes deſmayos; en ſiete dias deſpues de ſu parto, havia padecido tan continuada vigilia, que ni por un quarto de hora, pudo pegar los ojos. Mas el remedio, en peligro tan declarado, fuè ponerle debaxo de la almohada, una pequeña Reliquia de el Veſtido de nueſtro Venerable: pues inmediatamente à eſta diligencia, ſe quedò dormida; y al diſpertar, ſe hallò tambien libre de ſus deſmayos, y por conſiguiente puesta en ſeguro camino de encontrarſe con ſu perfecta ſalud.

En eſte miſmo año de 25. executò nueſtro Franciſco, en compañia de ſu Venera-

do

do Padre Ignacio de Loyola, y de su Amado Hermano Francisco Xavier (porque à todos tres los invocaron à un tiempo) tres prodigiosos favores en la Corte de Viena. El primero, le logrò una Muger, à quien le diò un pertinàz fluxo de sangre, que quitandole el uso de los demàs miembros, solo le dexò libre el de la lengua: con ella se encomendò à los tres referidos, les hizo sus Votos (que despues cumpliò) y con esto quedò inmediatamente sana. El segundo favor, ò beneficiò, se comunicò à otra Muger Noble, à quien le cayò tan peligroso humor à los ojos, que despues de haver padecido, por espacio de muchos años, penosas curaciones, que en ella Medicos, y Cirujanos executaron, solo avia sacado dellas, quedarse sin vista, y sentir gravisimos dolores. Mas de toda esta indisposicion, encontró, no solo el alivio, sino el total remedio en las fervorosas Oraciones, que hizo, y Votos que ofreciò al grande Ignacio, y à sus dos Celeberrimos Hijos, Francisco Xavier, y de Geronymo. El tercer favor, le consiguiò otra pobre Muger, que de resultas de un mal parto, experimentò, no solo una enfermedad, sino muchas enfermedades; como fueron, dissentheria, perlesia, demencia, y aun furor: enemigos, que como tan poderosos, la estuvieron trabajando por el tiempo de diez y siete semanas; admirando los Medicos, que durasse tanto una naturaleza dèbil, y combatida de enemigos tan poderosos: con lo qual, queda dicho, que muy al principio de tantos males la desauciaron. Pero ella se burlò de los males, de los Medicos, y de sus vaticinios, solo con encomendarse, y hacer sus Votos à sus tres invocados Jesuitas: los quales, assi como la havian conseguido de Dios bolviesse de su delirio, para que se encomendasse à ellos, y los invocasse, assi tambien la favorecieron, con poner en fuga accidentes tan mortales, y que triunfasse de ellos la salud que se les havia pedido.

Fluxo de sangre.

Grave mal de ojos.

Muger desauciada por 17 semanas.

En el año de 26. dieron mucho que decir, y que admirar, en la célebre Ciudad de Buda, otros tres singulares casos, en que jugaron las Misericordias del Venerable Padre Francisco de Geronymo. Objeto del

primero fuè, una Noble Niña, hija de uno de los Senadores de aquella floridiſsima Republica, la qual llegò à eſtado de verſe deſauciada de los Phyſicos; porque padecia un vehemente dolor de coſtado, que ellos no podian vencer con las armas de las mas eficaces medicinas. Un Jeſuita, que como á moribunda, la eſtaba aſsiſtiendo, la alentò à que puſieſſe ſu confianza en nueſtro Venerable, y que le pidieſſe la ſalud. Obedeciò la Niña; y aun añadiò al conſejo dado, obligarſe á pagarle algun piadoſo tributo todos los años, ſi le comunicaba el favor que le pedia. A eſte miſmo tiempo ſu Padre, que eſtaba retirado à otra pieza, donde no pudieſſe vèr las ultimas congoxas de ſu hija, le hizo tambien Voto, de que ſi ſe la dexaba en la vida, le dedicaria una Eſtatua, que mudamente publicaſſe aquel beneficio. A eſtos ofrecimientos, ſe añadiò darle à la Enferma, en un poco de agua, una Reliquia del Veſtido de eſte piadoſo Venerable; y al punto (coſa por cierto prodigioſa!) ſe le quitaron los dolores: cobrò fuerzas, ſe deſpejò, y empezò à hablar, como ſana, à todos los preſentes, diciendoles: *Que no ſolo eſtaba mejor, ſino abſolutamente buena.* Deſpues de eſto, ſe quedò dormida: tuvo un ſuave, quieto, y ſoſſegado ſueño, del qual diſpertò con tanta alegria, y con tal esfuerzo, que ſe viſtiò, con animo de ir à dàr gracias à nueſtro Templo; y lo huviera executado, ſi los Medicos ſeriamente no le huvieran impedido ſalir de caſa. A viſta de tan repentino prodigio, atonito el Padre, luego que ſe deſembarazò de las lagrimas de guſto, que ſe le vinieron à los ojos, empezò á cumplir ſu Voto, dando orden, para que ſe empezaſſe la ofrecida Eſtatua. Eſtas noticias llegaron à la de otra Muger, tambien moribunda; y alentando ſu confianza, y tomando, como la antecedente, unos ſorbos de agua, con parte de otra Reliquia, caſi con la miſma promptitud, ſe libertò de la muerte, y de la enfermedad, que ſe la daba. Finalmente, el tercer caſo, paſsò con un Niño, tan abandonado yà de los Medicos, que ſu madre empezò á dàr ordenes, y à tomar diſpoſiciones para ſu entierro. Eſtas las percibiò el moribundo (que en aquellas

Dolor de coſtado.

Ofrecimiento.

Moribunda.

Niño deſauciado.

llas horas suele estàr muy despierto este sentido) y le pidiò à su madre, que yà que la muerte le sacaba de esta vida, sin permitirle, el que creciendo, entrasse en la Compañia, como lo deseaba; por lo menos le diesse el consuelo de mandarle enterrar en nuestra Casa, y con la Sotana, trage proprio de nuestra Religion. Esta suplica no pudo oirla, sin lagrimas de ternura, el Jesuita, que estaba à su cabecera; y compassivo à vista de sus piadosos deseos, le alentò, à que por medio de nuestro Santissimo Patriarcha, y por la intercession de su Santo Hijo Francisco de Geronymo, le pidiesse à Dios su salud, ofreciendo, si la consiguiesse, vestir por un año la Sotana de la Compañia. No solo el Niño, sino su madre tambien, hicieron con gusto este Voto; y el fruto de èl (conseguido el favor) fue poder cumplirle; pues dentro de breves dias, el Niño estuvo bueno, recobrò la salud, y se vistiò la Sotana.

Tierna suplica, que hizo à su madre.

Voto de vestir la Sotana.

Consigue el favor.

En este mismo año en Cremisio, un Joven, criado en nuestros Estudios, se viò acometido de unas ardientes calenturas, que por haver hecho rapto à la cabeza, y ocasionadole delirio, desconsolaron mucho à los Medicos, pues llegaron à desconfiar poder vencerlas con las cuidadosas medicinas, que le aplicaron; pero el Enfermo, aunque delirante, los sacò de este desconsuelo, pues pidiendo, muy en su acuerdo, Reliquias del Padre Francisco, y haviendoselas aplicado, à breve tiempo recobrò sus perdidas fuerzas; porque la calentura, y sus malignos efectos, promptamente se retiraron.

Tabardillo con delirio.

En la Goricia lograron el mismo beneficio (y con mas brevedad) no uno, sino dos enfermos; pues lo mismo fuè aplicarse las enunciadas Reliquias, que quedar buenos, y sanos de las malignas calenturas, que los afligian. En Viena consiguieron la misma felicidad otros dos Sugetos; el uno Noble, y el otro Plebeyo, pero iguales en el peligro de morir à la violencia de las enfermedades, que los aquexaban. El Cavallero, despues de haver gastado, en vano, muchos maravedises en las visitas de los Medicos, encontrò de valde su deseada salud en el Patrocinio del Padre Francisco, solo con aplicarse sus

Dos Enfermos en la Goricia.

Otros en Viena.

Reliquias, y ofrecerle no sè que Voto. El segundo, por descuido del Medico, tuvo, por remate de su enfermedad, el quedar absolutamente ciego; pero bolvió à lograr su perdida vista, solo con invocar, y llamar en su favor al Venerable Padre Francisco de Geronymo.

Moribunda. En el año de 28. cayò enferma en Judemburgo, una muger, à quien los Medicos la desahuciaron, y los que la asistian tambien; mas yendola à visitar el Agente de nuestro Colegio, la alentò à que se valiesse del Santo Jesuita milagroso, cuya Estampa la aplicò con gran feè, aunque la viò en terminos de espirar; y fuè Dios servido de honrar à su Siervo tanto en esta ocasion, que á los tres dias de la aplicacion de la Estampa; la moribunda estuvo perfectamente convalecida; y las recobradas fuerzas las emplea en engrandecer, y referir à todos esta gran piedad, que logrò de la mano del Santo Jesuita, que en el Cielo no parece tiene otro empleo, que acudir con promptitud à favorecer à los que le llaman, como le sucedia quando estaba en la tierra.

CAPITULO III.

BENEFICIOS, Y FAVORES executados por el Venerable P. Francisco de Geronymo en el Reyno de Bohemia.

LA ruidosa fama de los beneficios, yà comunes, ya extraordinarios, que el Padre Francisco repartia en Alemania, se dexò oir con brevedad en el floridissimo Reyno de Bohemia; y no queriendo perder sus Habitadores la ocasion oportuna, que se les ofrecia, de interessarse tambien en sus piedades; deponen, que las encontraron tan en su favor, que no tienen numero las maravillas, que de su poderosa intercesion han recivido. Yo, segun mi estilo, referirè solamente algunas.

Aflicion de escrupulos. Desde Praga, avisa en una Carta suya, el Padre Francisco Barbi, de la Compañia de Jesus, un admirable favor, que hizo el Padre Francisco de Geronymo, à una Doncella pobre de bienes temporales; pero rica de merecimientos, y de virtudes; y dice assi. Esta era una Alma muy adelantada en el Camino Espiritual; porque con

con las armas de las Virtudes, havia conseguido de sí misma muchas victorias. Pero por esta misma causa, irritado el demonio (permitiendoselo Dios, para que bolasse en el camino comenzado) la embistiò con estraño furor, llenandole la fantasìa de tan horribles especies, è inquietando su voluntad, con tan violenta rebelion de las pasiones, que parecia llegar à faltarle la lumbre de la razon, y acabarsele todo el vigor, y fuerzas para resistir. De quando en quando havia alguna pausa en esta quasi continua bateria; y entonces haciendo reflexion sobre lo que por ella havia pasado, lloraba su desgracia; pero conocia (y assi lo protestaba) que havia padecido; mas no admitido, ni querido ninguna de las especies, que se le havian propuesto en tan estrañas reboluciones, de pasiones, y pensamientos. No obstante temiendo su Padre Espiritual, que diesse en alguna locura, ò en alguna desesperacion su trabajado espiritu, recurriò a la intercession del Padre Francisco de Geronymo, y procuró introducir en el corazon de su Penitenta una confianza con el Venerable Padre, igual à la que èl tenia: Aplicòle sus Reliquias, y al punto empezò à gozar alguna tregua. Luego, poniendole delante una Imagen suya, su vista produxo en su alma tal sossiego, quietud, y serenidad, que ella propria no se conocia à sì misma. Duròle esta tranquilidad diez dias; y al undecimo se le dixo: que en reconocimiento de su gratitud, publicasse el favor que havia recibido, para gloria de Dios, y honra de su Siervo. Pero fuesse efecto de un femenil empacho, fuesse sugestion del enemigo, al oìr lo que la aconsejaban, se turbò, dificultò; y finalmente, mostrando sobrada displicencia, se negó á executar lo que la decian. Hizo mal, pues al dia siguiente bolviò à experimentar una turbacion de pensamientos, y una tempestad de fantasìas, tan funestas, y tanto mas impetuosas, que las pasadas, que estuvo yà resuelta à arrojarse desesperadamente en el Rio Moldavò; y huviera incurrido en esta temeridad, si una persona (ciertamente avisada de su Angel de Guarda) no huviera acudido con toda velocidad, à de-

Con devocion, y vista del Retrato, se serena.

Dicesele, que publique el favor, y no quiere.

Pero buelven los escrupulos tan fuertes, que saliò de su casa para arrojarse à un Rio.

tenerla. Entonces conociò el Padre Eſpiritual, y tambien la Penitenta conociò, que aquella novedad no podia haver ſido acaſo, ſino declarado caſtigo de la ingratitud, que havia tenido con ſu Bien-hechor: por lo qual llorò arrepentida, propuſo obedecer, y obedeciò à lo que ſe la havia mandado; y con eſto ceſsò la tormenta, bolviò à gozar ſu deſeada ſerenidad; y ſe eſpera, que eſta ſerà conſtante, y que aquella no bolverà à zozobrarla otra vez.

Arrepientese: publica la gracia y logra ſu quietud.

Otras dos gracias, apunta en la miſma Carta, el referido Padre; la una, hecha à una Perſona, que moleſtada de un mal oculto, que por empacho, y modeſtia, no havia querido manifeſtar, ni aun à los Medicos, para que ſe le curaſſen; ſe liborò de èl, ſolo con haver por tres dias, implorado, poſtrada en tierra, el auxilio del Siervo de Dios. La otra, la logrò un Sacerdote, que invocando tambien al Venerable Padre, ſe halliò con valor para vencer cierto humano reſpeto, que le impedia el debido cumplimiento de ſu oficio, y adelantarſe en el Camino de las Virtudes.

Mal oculto ſe remedia.

Con tres dias de Oracion al Venerable.

Favor eſpiritual

Deſde la Ciudad de Schemnitz, Capital de un Ducado de la Sileſia Superior, eſcrive el Padre David Bergèr, de la Compañia de Jesvs, dos gracias bien ſeñaladas, conferidas por eſte Venerable Varon, à dos Mugeres de la miſma Ciudad. La primera, llamada Ana Nibetin, eſtando gravemente enferma, con deſeo de recobrar la ſalud, partiò de Leoberg, donde eſtaba caſada, à la la Ciudad de Schemnitz, donde havia nacido, y donde vivian ſus padres. Empezò ſu viage; y añadiendoſe penas à penas, quiſo ſu deſgracia, que malpariò en el camino; y la criatura, no ſolo ſaliò muerta, pero aun empezada á podrir. De aqui ſe ſiguiò, que, ya fueſſe por los dolores padecidos, ya por la agitacion del camino, ſus humores ſe maliciaron mas; y haciendo rapto à la cabeza, la quitaron el uſo de la lengua, y aun de la razon; pues quedò, no ſolo muda, ſino inſenſata. Aſsi llegò à la caſa de ſus padres; y facilmente ſe puede diſcurrir, de quanto luto llenaria aquella caſa, y à ſus padres; de quanto ſentimiento, al verla en eſtado tan laſtimoſo. Llamados los mas mas acreditados Medicos, la apli-

Caſo ſingular de una muda è inſenſata.

aplicaron quantos remedios les dictó su facultad, pero todos fueron inutiles. En estas circunstancias la visitó el Padre Rector de el Colegio, llevando consigo una Reliquia, y una Estampa de el Padre Francisco: exortò à la Enferma del mejor modo que pudo, (para que le entendiesse) à que con viva fee se encomendasse al Siervo de Dios, y luego le diò à beber un poco de agua, y en ella un pedazo de la Reliquia, y la restante con la Estampa se la colgò al cuello; y estas dos diligencias solas bastaron, para que de repente, al punto, la enferma empezasse à hablar, y muy en razon; porque no solo recobrò el uso de la lengua, sino tambien la rectitud de el entendimiento. Viendose tan milagrosamente sana, vino à nuestra Iglesia, donde, en accion de gracias de tanto beneficio, confessò, y comulgò, acompañandola sus padres con devotas alegrias, y todo el Pueblo con alegres admiraciones.

Otro bié particular de un mal parto.

La otra fuè la Señora Ana Feliciana, muger del señor Senador Ludovico Felice, entrambos naturales de la Ciudad de Schimnitz. A esta Señora, estando proxima à un parto, le dieron, por muchos dias, unos dolores tan fuertes, y tan insufribles, que todos los que la veian, y assistian, llegaron à temer, se les quedasse entre las manos difunta. Llamaron à toda priessa al dicho Padre Rector, para que la confessasse, y se le diesse el Viatico: A tales terminos como estos llegò la afligida Señora! Mas despertando en ella el Padre Rector, una viva confianza en la intercession del Santissimo Patriarca San Ignacio, cuya Fiesta estaba proxima, y en la de su Hijo el Padre Francisco de Geronymo; le diò à beber en un poco de agua un pequeñito pedazo de su vestido. Luego que esto se executò, la criatura, que venia atravesada (y que por esso la ocasionaba tan fieros dolores) se moviò, y se puso en su sitio natural; pero de modo, que no pudiendo echar fuera la cabeza, sacò solamente un brazo, sobre el qual la advertida Comadre le echò agua, y pronunciò las palabras de el Santo Bautismo. Hecho esto, la criatura bolviò à retirar el brazo, de fuerte, que desvanecida toda esperanza de vida, assi para el hijo, como para la madre, juzga-

ron

ron preciso el darle la Estrema Uncion. No por ver tan agravado el peligro desmayò la fee del Padre Rector, antes bien, con mas ardor, y mayor eficacia, bolviò à exortarla à la confianza en los meritos de San Ignacio, y del Padre Francisco; y el efecto fuè, que à la primera uncion la pobre Señora arrojò un muchacho, pero muerto: quedóse dormida, y se observò, que en aquel sueño, moviendo blandamente los labios, se sonriyò. Esto ocasionò curiosidad en los circunstantes, y assi, luego que despertò, la preguntaron, que què causa havia tenido para aquella risa, y respondió: *Que havia visto un Venerable Personage en trage de Jesuita, que animandola à esperar, la havia prometido feliz sucesso.* Y assi fuè, pues recobrò una salud perfecta, con que llenò à todos de una devota alegria, con la que dieron las debidas gracias à Dios, dador de todos los bienes, y à su fidelissimo Siervo, por cuyos meritos quedaron persuadidos à que el Niño, bautizado à tiempo, lograba la Vida Eterna, y su madre la temporal. Assi lo escribe el Padre Rector del Colegio de aquella Ciudad, que es juntamente Parroco de los Catholicos, que hay en ella, que no son muchos, por estàr quasi toda infestada de la Heregia.

Aparició.

El favor que voy à referir ahora, fuè muy sonado, porque le recibiò una Señora de alto caracter, la Señora Princesa de Diechtrestein. En el mes de Octubre de 1717. le diò à esta Señora una enfermedad, tan grave, que los Medicos que la assistian, del todo la desauciaron. Con esto se llamó à gran priessa al Padre Luis Sicbert, de la Compañia de Jesvs, para que la confessasse, y la diesse el Viatico, como se executò; pero mientras se le aplicaban estas espirituales medicinas, se le despertò con particular viveza al señor Principe su marido la memoria de la prodigiosa virtud de las Reliquias del Padre Francisco, de cuyas admirables gracias, y favores corria yà impresso en Viena un no pequeño Catalogo. Movido, pues, de esta especie, le pidiò al Padre Sicbert alguna Reliquia del Siervo de Dios, la que por sí mismo aplicò à la Enferma, exortandola, y animandola à que tuviesse una viva fee con el Venerable; y que la Enferma la tuvo,

La Princesa de Diechtrestein desauciada.

tuvo, se reconociò en que, desde aquel punto, calmò la fuerza de la enfermedad, y llegò tan brevemente à conseguir perfecta salud, que haviendo ido dos dias despues à visitarla con el dicho Padre Sicbert el Padre Rector del Colegio, no solo la hallaron vestida, sino oyendo Missa; y luego, sentada à la mesa, la vieron comer como sana. El Principe Gualtero Diechtrestein, su marido, atestiguò, que podia afirmar con juramento, que tan no esperada, y pronta sanidad, se debia atribuir, no à otra causa, que a la intercesion de el Padre Francisco, que por medio de su Reliquia, la havia buelto de muerte á vida.

Postema en el pecho.

Desde el Colegio Regino-Hradense avisò el Padre Starzmoky, de la Compañia, al Padre Maximiliano Smerouski, Capellan de el Regimiento Cesareo, en Napoles, el caso siguiente, sucediò en su misma persona. Dicele, pues, que haviendo padecido por espacio de tres meses del año de 19. una postema en el pecho, que se acompañò con empedernidas obstrucciones en los hipocondrios; llegò à verse en estado tan deplorable, que desesperados los Medicos de su vida, le mandaron recibir los Sacramentos; mas haviendose valido de la intercesion de el Padre Francisco, y hechole un voto, convaleciò, con admiracion de todos, y especialmente de los Medicos, que juzgaron seria indefectible su muerte; porque por haver estado, por cinco semanas, arrojando materias (no sin peligro de sufocarse) havian temido estàr tocado el pulmon; pero de todo sacò à este Enfermo, y hermano suyo el Venerable Padre Francisco.

Desde el año de 22. nos dán aùn mayores noticias del thesoro de gracias, que el Padre Francisco reparte allí, las cartas que se reciben de aquella Provincia, porque fuera de algunas de menor monta, logradas en Jutemberga, Limci, Novadomo, Schimnitz, Uratislavia, y Znoima, no se pueden omitir (como mas recomendables) las siguientes. En Opavia la noble Señora Doña Rosina Jakoliana padeciò fortissimos dolores, que la daba una postema, y que no la dexaban descansar, ni de noche, ni de dia; pero con solo aplicarse una Reliquia del Venerable, arrojò la postema,

Postema.

y ceſſaron los dolores. En Regino Hradenſi, ſe admirò en eſte miſmo año, que con ſolo invocar al Padre Franciſco de Geronymo; á un hombre ſe le alivió un dolor grave, è intenſo, que le mortificaba un pie: Otro ſe libertò de un tumor, que ſe le havia formado en e pecho, y de que reſultaba arrojar por la boca grande porcion de ſangre. Y finalmente, otro, con ſolo rezar un Padre nueſtro, y un Ave Maria, ſalvò la vida de la guadaña de la muerte.

Dolor vehemente en un pie.

Tumor arrejando ſangre por la boca.

Muriendo.

El caſo ſiguiente le dirè mas deſpacio, porque es de aquellos, que ſuelen tener dificil remedio; pero eſte le tuvo por mano deSan Ignacio de Loyola, aunque acompañado de ſu amable, y amado Hijo Franciſco de Geronymo; y paſsò aſsi: Una Muger, que criaba à ſus pechos un Niño, reconociò, que todas las noches venia una Bruja, y ſe le chupaba; con lo qual la criatura, ni medraba, ni crecia. Afligida por eſto, le pidiò à uno de los nueſtros, le dieſſe algunas Reliquias, con que defender à ſu hijo de la maldita Hechicera. El Jeſuita la diò Reliquias de San Ignacio, y una Eſtampa de el Padre Franciſco, y le mandò, que ſe las colgaſſe al Niño de la garganta. Executòſe aſsi; bolviò la Bruja, y encontrando al Niño tan defendido, no le tocò; pero irritada, y vengativa, el mal que no havia podido hacer al hijo, ſe le hizo à la madre, mordiendole una mano, y un pie tan fuertemente, que al ſiguiente dia vieron todos las ſeñales, que havian dexado los dientes, teñidas en ſangre. Eſto obligò à la buena muger à partir con ſu hijo las Reliquias, para defenderſe tambien con ellas, y aſsi ſe libertaron los dos de aquella malvada ſanguijuela, que ſe alimentaba de ſangre, y de leche.

Gracia cóntra una Bruja.

En el año de 23. viò *Glogavia* à dos Nobles Moradores ſuyos libres de dolores de piedra; y *Oegra* reſtituidos los movimientos à un pobre tullido. En Kutemberg, bebiendo un poco de agua, en que ſe havian bañado unas Reliquias de el Padre Franciſco, y haciendoſele un voto, convaleciò una muger de unos vehementiſsimos dolores, que le ſobrevinieron à un mal parto, que havia tenido, y que la apretaron tanto, que la puſieron frenetica, y caſi en eſtado de deſeſperacion.

Males de piedra.

Tullido.

Mal parto.

En

Hernia de 14. años.

En Nova-Domo, huvo otros dos Sugetos, de los quales el uno, por catorce años, se havia visto mortificado con el accidente penoso de una hernia; y el otro, à pique de morir à la violencia de freneticas convulsiones. Pero uno, y otro sanò aplicandose Reliquias de nuestro Venerable.

Convulsiones freneticas.

Caìda peligrosa, en que se arrojaron 3 libras de sangre.

En Praga, al Barrio de San Clemente, el Ilustre Cavallero Norberto Miladota, diò una peligrosa caida, de que resultò arrojar por la boca tanta sangre, que llegò à tres libras Bohemicas; y pareciendole, que havian de ser inutiles las otras medicinas, que tomasse para remedio de tanta desgracia, se curò solo con hacer un Voto al Padre Francisco, y tomar el Agua Bendita con sus Reliquias. Con esto, despues de nueve dias de un grande desvelo, y desgana de comer, empezò á hallarse mejor: añadiò à estas diligencias la Confession, y con esso sanò perfectamente, y cumpliò el ofrecido Voto.

Hueso de muslo quebrado

En lo alto de Praga, al Barrio de San Ignacio, en el año siguiente de 24. un hombre diò una caìda, de que se quebrò el hueso de un muslo; y viendo que los Medicos, y Cirujanos daban à entender seria muy dificil el bolverse le à unir, èl tomò por medio, para vencer esta dificultad, aplicarse Reliquias de nuestro Venerable; y fuè cosa maravillosa, que à una sola aplicacion, se uniò perfectamente el hueso, y quedò perfectamente firme.

Moribundo.

Con el mismo medio, y tambien en Praga, al Barrio de San Nicolàs, otro hombre se libertò de la guadaña de la muerte, que le amenazaba, como fin de una grave enfermedad. Y lo mismo sucedió à otro, al mismo tiempo, y tambien en Praga, pero en el Barrio de San Ignacio.

Otro.

Ofrecimiento hecho al V. se cumple con San Xavier.

Casos semejantes nos escriven: Briga, Ziccinio, y Nova-Domo, haver sucedido á sus Paysanos. Y Hisberga añade, que una piadosa Muger, por un singular favor, que recibiò de nuestro Padre Francisco, dispuso, que le pintassen su Efigie; y mandò hacer una Corona de Oro, para adorno de su Cabeza, y que assi se colocasse en nuestro Templo. Pero haviendole dicho, que esta especie de Culto publico no le permitia la Iglesia à los que no estaban Canonizados, se con-

contentò con quedarse con el Retrato en su casa, y embiar un Corazon de Plata à San Francisco Xavier; pero en obsequio de Francisco de Geronymo, que tanto le havia imitado en sus Virtudes, y tanto le imitaba en los Milagros.

Asiste el Venerable à la muerte de un Devoto suyo.

El Padre Arnesto Geyer, que fuè un Sugeto devotissimo del Padre Francisco de Geronymo, y de cuya intercesion se havia valido para convertir (como convirtiò) mas de ciento y cinquenta Hereges de varias Sectas: Llegando à la hora de morir, preguntò à los que estaban presentes: *Que què Jesuita era aquel, que estaba hincado de rodillas, en el Adoratorio de su Aposento, porque le parecia ser el Padre Francisco de Geronymo.* Si estas especies fueron de aquellas que suele formarse la debilidad de la aprehension de un moribundo; ò si en la realidad el Padre Francisco vino à favorecer en aquella hora à su buen Amigo, y Devoto Arnesto, no lo pudimos averiguar, porque ninguno de los presentes viò lo que èl preguntaba, y èl, à poco tiempo, muriò.

Sorda.

En la misma Ciudad, en el año de 25. una Muger, que tenia una hija sorda, la restituyò el oìdo, solo à costa de nueve dias de Oracion, que hizo à nuestro Venerable, pidiendole este beneficio.

Parto peligroso.

Otra pobre Muger, que en un parto se vió en peligro de perder la vida, y tambien la de la criatura, por los gravissimos dolores que la dieron, se salvò à si, y à la criatura, dandola à luz con felicidad, despues de haverse favorecido con las sobredichas Reliquias.

Mal en los pechos.

En Nova-Domo, otra Muger, à quien despues de otro parto, se le echaron à perder los pechos, por el mismo medio, se los restituyò á la sanidad, y perfeccion debida.

Hidropesía.

Otra, en Gutember, se libertò de una hydropesía.

Fluxo de sangre.

En Sznoima, un Voto hecho al Padre Francisco, suspendiò un copioso fluxo de sangre, que padecia un Pobre.

Religiosa moribunda.

Con semejante obsequio (esto es) haciendo tambien otro Voto, assegurò su vida, sacandola de las manos de la muerte, en que se la havia puesto una grave enfermedad, una Religiosa del Convento de Santa Ursola, de la Ciudad de Schinizt.

En

Dos Doncellas logran el estado Religioso, encomendádole al Venerable.

En Olmuz, deseando unas Doncellas tomar el Estado Religioso, y encontrando en ello grandes dificultades, encomendandose al Padre Francisco, las hallaron facilmente vencidas, y pusieron en execucion sus buenos deseos.

Fuego en un Monte.

En Jibniz, se prendió en un Monte un excessivo fuego; y tan voráz, que los Vecinos moradores desesperaban de poder apagarle; pero acudiò un Jesuita, que andaba en Missiones, por los Lugares circunvecinos. Pusose de rodillas à vista de el incendio; è invocando á Santa Juana de la Cruz, y al Padre Francisco de Geronymo, arrojò à las llamas Reliquias de este, y una Quenta de aquella Santa: con lo qual, inmediatámente el fuego se fuè apagando, y dexò libre lo restante del Monte, que en juicio de los Labradores, huviera tambien lastimosamente perecido.

Se apaga con una Quenta de S. Juana de la Cruz y una Reliquia del Venerabl.

Parto feliz.

En la misma Ciudad, el año de 26. una Muger tuvo un parto feliz; y un hombre se libertò de unas mortales calenturas, y todo por el Patrocinio de nuestro Venerable, à quien llamaron en su favor.

Ardientes calenturas

Otras.

Lo mismo sucedió en Praga, en el Varrio de San Clemente, à uno de nuestros Jovenes, que padecia unas ardientes calenturas, que no havian querido templarse con la eficacia de las medicinas.

Niño gravemente enfermo.

En Hisberga andavo vestido de Jesuita un Niño; cuyos Padres le pusieron esse trage, para dar à entender, especialmente à los Herejes, que ay en aquella Ciudad, que por gracia del Jesuita Francisco de Geronymo, aquel Niño se havia libertado de la garganta de la muerte en una gravissima enfermedad, que havia tenido.

Dolor de costado.

Al año siguiente de 27. tuvo la Ciudad de Nissa motivo, para celebrar al Padre Francisco; pues en ella sacò con sus Reliquias, à un Enfermo de un vehemente dolor de costado.

Deshauciado.

Tambien Regina Adrecio aplaudiò, que à otro individuo suyo, Francisco le favoreciesse, estando ya en los ultimos vales de la vida, solo à costa de un Voto, que se le hizo, y de una aplicacion de sus Reliquias.

Hidropesia en los Pies.

Uno de los Señores de Yglavia, haviendo sabido en el año de 28. que dos años antes un Pobre, que padecia en un pie un peda-

zo de hydropesia, se havia deshecho de ella, solo al contacto de las Reliquias de nuestro Venerable, se valiò de esta noticia, en ocasion de padecer el mismo accidente en el año referido; pues en èl se le hincharon los pies de modo, que no le dexaban dar un passo; pero acudió á las Reliquias dichas: tocòse con ellas, y tuvo que admirar, el que con sola esta diligencia, à la mañana siguiente todo el humor se havia transpirado, y los pies por consiguiente, recobraron la libertad de sus movimientos.

Voto de un Jesuita deshaucia do, se libra de la muerte.

En Praga llegó el Rector de nuestro Colegio tan à los ultimos, en una gravisima enfermedad que tuvo, que los Medicos le contaban por horas la vida. En estas circunstancias, acudiò á su Venerable Hermano Francisco; y le ofreciò, que si le alcanzaba de Dios la vida, todos los años le pagaria un piadoso tributo. Hecho este ofrecimiento, se le ocurriò al Medico, que le asistia, llamar à un Cirujano, de quien tenia mucha satisfacion, y de quien esperò, que con algun arcano, pudiesse socorrer à su Enfermo; y assi sucediò, pues por medio de las aplicaciones, que el Cirujano hizo, bolviò el Rector à recobrar su perdida salud; mas reconociendo, que el Autor principal de ella havia sido el Padre Francisco, le hizo agradecido dos obsequios; uno, poner en un precioso Relicario una Camisa, que havia podido conseguir del Venerable; y el otro, procurar, que se reimprimesse su Vida, escrita por el Padre Carlos Stradioti, para que por este medio se estendiesse mas la fama, y la devocion de este nuevo Thaumaturgo.

Cumplimiento agradecido del voto.

Con esta misma Camisa, en el año de 29. en Praga, otro de los Nuestros alcanzó su salud, estando ya sin esperanza de ella, segun los Medicos le decian; pero tomò la mencionada Reliquia, y se la aplicò al pecho, con fervorosa devocion; y oy depone, que inmediatamente sintiò tanta mejoria, que con brevedad suma se vió libre de su mortal accidente

Jesuita deshaucia do.

Lo mismo escriven desde Yglavia, haverle acontecido à otra moribunda; y de Regina Drecio nos avisan, que no á uno, sino à dos Enfermos deshauciados, les sucediò lo mismo.

Otra muger.

Otros dos deshaucia dos.

CA-

CAPITULO IV.

FELICISSIMOS SUCceſſos executados por el Venerable Padre Franciſco en la Provincia del Rhin Inferior.

Eſtiendeſe la devocion de el Venerabl. por las Provincias de el Rhin.

LOS Habitadores de la inferior Ribera de el celebrado Rhin, donde la Compañia tiene varios Colegios, que forman la que llamamos Provincia de el Rhin Inferior, no ceden à los Moradores de las demàs Provincias de Alemania, ni en el numero de los beneficios, que confieſſan haver recibido de la mano del Padre Franciſco de Geronymo; ni tampoco en los agradecidos aplauſos, que por ellos le tributan. El principal Autor, que con ſus noticias podemos decir, que diò principio à los beneficios, y à los aplauſos, fuè el Hermano Bruno Roelèn, Coadjutor Temporal de nueſtra Compañia, y Boticario en nueſtro Colegio de Colonia. Eſte vino á Roma, por Compañero de el Padre Schitmàn, que llegò à aquella Corte à la Congregacion de Procuradores, que en ella ſe tuvo; y donde concurriò, como Procurador de la Provincia de Napoles, el Padre Antonio de Angelis, que ſe hallaba Prepoſito de la Caſa Profeſſa el año antes de 16. en que muriò el Padre Franciſco. Con eſta ocaſion el Hermano Roelèn tomò muchas noticias de nueſtro Venerable, y adquiriò quantas Reliquias ſuyas pudo buſcar ſu actividad: traxoſelas à Colonia, y ſe las repartiò principalmente à los Padres Miſſioneros, que andan en perpetuo gyro, ſembrando la Palabra Divina por los Lugares de aquella Provincia. De aqui naciò, el que en breviſsimo tiempo ſe ganaſſe el Padre Franciſco las voluntades de aquellos Payſanos: los quales, à viſta de las maravillas, que por medio de dichas Reliquias, ſe executaban, las pretendian con anſia; y quando no podian conſeguirlas, ſe contentaban con tener Eſtampas ſuyas, las quales ſe imprimieron en gran numero, como dirèmos deſpues; porque el buen Hermano tuvo cuidado de que en Roma le abrieſſen Lamina, y ſe la llevò conſigo. Por aquellas ſeñas, los Cavalleros, y Señoras de primer caracter, procuraron que ſe ſacaſſen tantos coloridos Retratos, que al Pin-

Quien fuè el medio de que ſe eſtendieſſe.

Qual el modo.

tor cèlebre de Colonia, Van-Damm, le hicieron rico los Lienzos, que pintò sobre este assumpto; ya para que se quedassen en Colonia; ya para que passassen á otras partes, donde los deseaban, y los pagaban con estimacion. Las Estampas de papel, que se distribuyeron, passaron de veinte mil; á lo que se siguiò el imprimirse tambien en Lengua Alemana el Epitome, que saliò de la admirable Vida de nuestro Venerable: esto fuè en el año de 17. Assi consta de la impresion hecha por Juan Mayèr; y dos años despues se imprimiò la escrita en Italiano, por el Padre Stradioti (traducida en Alemán) en Augusta, à costa de Jorge Sthglutèr, y Martin Appach. Tanta fuè la veneracion, y devocion, que desde luego se tuvo à este Hombre, tan favorecido de el Cielo, y tan favorecedor de los Hombres en la Tierra en todo aquel Territorio.

Empiezan los favores de el Venerable por el Hermano Roelèn, que era algo sordo.

Vióse empeñado el Padre Francisco, en corresponder á los que assi le obsequiaban, y empezó el exercicio de sus maravillas, siendo el primero que las desfrutò el que havia sido el primero para obsequiarle: este fuè el mismo Hermano Roelèn, el qual padeciò una fluxion à un oido, de donde resultò quedar algo sordo: viendole con aquel impedimento, se ofreciò à quitarsele facilissimamente uno de aquellos Curandèros, que suele haver en todas partes, llenos de ignorancia, y ligeros de lengua, que ofrecen mucho, pero aprovechan muy poco, sino es para poner de peor condicion el accidente, que toman entre manos. Assi lo experimentò el buen Hermano Roelèn, pues à pocas medicinas, que le aplicò el sobredicho, si antes era algo sordo, despues se hallò sordissimo, en tan superlativo grado, que ni oìa Campanas, ni otro qualquier ruido, aunque fuesse muy grande, y aunque se hiciesse muy cerca de èl. Sintiò su desgracia: condenò la credulidad, que havia tenido, despidiò à quien le havia puesto en aquel estado; y empezò à consultar los mas sabios, y acreditados Medicos de Colonia: Estos le recetaron poderosos especificos; mas viendo, que ninguno prestaba el efecto que se pretendia; uno de ellos le desengañò, de que su sordera era incurable, no hablandole; porque ya he dicho, que no oìa ni una pa-

Consulta sabios Medicos, y le deshauciã

palabra, sino tomando una pluma, y escriviendo en un papel esta proposicion: *Melior est surditas, quam cæcitas.* Amigo, consolarse con que es menos mal ser sordo, que ser ciego. Pusieronle el papel en las manos, y luego por señas se despidieron todos. Viendose el Hermano desahuciado de los hombres, sintiò en sì un interior eficàz impulso de valerse, con grande confianza, de los meritos del Padre Francisco: cediò al impulso, y empezò su pretension, haciendole al Venerable voto de ayunar todos los años á pan, y agua la vìspera de su muerte: comulgar al dia siguiente, y rezarle todos los dias un Padre nuestro, una AveMaria, y un Gloria Patri. Este voto le hizo con aprobacion de su Superior; y al otro dia reconociò, que le pagaban el ofrecido obsequio con un repentino favor, que fuè faltarle aquella grave pesadissima sordera, que le impedia el comercio humano, y solo le quedó el antiguo defecto de ser algo sordo, y que no le daba especial molestia: por lo qual baxò al punto à la Iglesia à dar à Dios, y al VenerablePadre repetidas gracias, diciendo el Hymno de el *Te Deum*, en que alternaron con èl los demas Sugetos de Casa, y no sin lagrimas de ternura, y de devocion. Todo este caso le escriviò el mismo Hermano, en Carta de 8. de Febrero del año de 21. assi al P. Francisco Fernandez, como al P. Adolpho Niertz, que entonces estaba estudiando en Napoles; y al fin de la Carta les pedia, que en su nombre visitassen el Sepulcro de su Bien-hechor, y que allì le repitiessen las debidas gracias. Desde entonces este Hermano hizo la contrata con la Provincia de Napoles, de que le fuesse embiando muchas Reliquias de el Padre Francisco, y que èl las pagaria en Cartas, que avisassen los Prodigios. que executasse en Alemania; y assi lo cumpliò mientras le duró la vida, que fuè hasta el año de 23. en este murió, ò se le quiso llevar para sì, para que descansasse de lo que en obsequio suyo havia trabajado nuestro Venerable; pues aunque en los ultimos alientos le pidiò el Enfermo, que le alargasse la vida; no tuvo remedio, no le debiò de convenir, y assi muriò.

Encomiédase, y hace votos al Venerable.

El qual le quitò lo sordissimo, pero le dexò lo sordo.

Despues deste caso, verdaderamente harmonioso,

Caso verdaderamente admirable.

pondrè otro mas admirable, de que fuè teſtigo el Padre Scolèr, Sugeto dedicado al Sagrado Miniſterio de las Miſsiones, y que con las Reliquias de nueſtro Venerable Franciſco executò raros prodigios, como deſpues verèmos. Dice, pues, el Padre Rector del Colegio de FalKendaken, en Carta eſcrita al Padre Rector de Paderbona, el Capitulo ſiguiente. Un Mozo de veinte y quatro años, llamado Juan Henrique Laumeyers, de Religion Catholico, y Labrador de profeſsion, ſe viò aqui acometido de una enfermedad inaudita; pues haviendo empezado por una gran conſtipacion de los inteſtinos, ò ſuſpenſion del vientre; la violencia, y acrimonia de el humor, le abriò en èl tres bocas, ò llagas, por las quales arrojaba la naturaleza, lo que havia de deponer por otras vias, para el alivio, y conſervacion de aquel cuerpo. Padeciò tan eſtraño mal por un año, y diez y nueve dias. Diximosle, que fueſſe à conſultarſe con Cirujanos afamados, para que le aplicaſſen oportunos remedios; pero los Cirujanos reſpondieron unanimes, y conformes, que para curar rotura interna de los inteſtinos, no ha deſcubierto haſta ahora el Arte remedio alguno. Eſto fué lo miſmo, que abſolutamente deſahuciarle, y aſsi el miſerable no penſaba en otra coſa, que en diſponerſe para morir. En eſtas circunſtancias llegaron à ſu noticia los grandes prodigios, que el Padre Eſcolèr, que andaba en Miſsiones por aquel Territorio, y que al preſente eſtaba en FalKendaken, executaba por medio de las Reliquias de nueſtro Venerable: pidiò el Enfermo fueſſe à viſitarle: fuè el Miſsionero, le conſolò mucho: le alentò à la confianza con el Padre Franciſco, y le dixo, que todos los dias le rezaſſe un Padre Nueſtro, y un Ave Maria, y que hicieſſe Voto de obſervarle eſta devocion mientras viveſſe, ſi para honra, y gloria de Dios, le alcanzaſſe de ſu Mageſtad la deſeada ſalud. Todo eſto paſsò al fin de Junio de aquel año, ſin que el Padre Franciſco ſe dieſſe por entendido; porque ſin duda, para que fueſſe mas perceptible ſu favor, quiſo que fueſſe muy deſeado; pero el Enfermo proſeguia conſtante con ſu devocion; y aſsi, llegando al Febrero del año ſiguiente,

Eſtrañiſsima enfermedad.

Deſahuciania los Cirujanos

Voto que ſe hizo.

Empieza el beneficio.

yà nuestro Venerable empezò à hacerle el favor ; porque haviendole dado una Estampa suya , y haviendole encendido una luz (movido de su particular devocion) aquella noche la passò con tanta felicidad , que à la mañana siguiente se halliò al dispertar , que se havian cerrado , de las tres ulceras , las dos. Qual seria entonces su consuelo , lo dexo à la consideracion del que leyere ; y passo á decir, que aumentandose , con aquel favorable principio, su fè con el Venerable, prosiguiò en su devocion, con nuevos fervores , y haviendo llegado al fin de la Quaresma , y conseguido de el Padre Escolèr , un pedazo del Vestido del Padre Francisco, por consejo suyo , se le aplicò á la tercera boca , ò llaga, que todavia se estaba abierta ; pero añadiendo al Voto antecedente otro nuevo

Nuevo ofrecimiéto.

Voto , *de que todos los años à once de Mayo , confessaria , y comulgaria , previniendose con ayunar el dia antecedente , y ofrecer un Cyrio , que ardiesse en honor suyo.* Hecho este nuevo Voto, se fuè à recoger, haviendose aplicado antes la sobredicha Reliquia ; y el efecto fuè , que aquella noche se cerrò aquella tercera boca , sin que antes huviesse tenido el menor anuncio de estar tan cerca el complemento de aquel favor. Llegò la mañana; y haviendo reconocido aquella afortunada novedad , saltò de la cama, y alegre, y contento , fuè à dar noticia á su madre , diciendola à voces: *Ea , madre mia, yà el Padre Francisco de Geronymo esta noche me ha acabado de curar ; pues en ella se ha cerrado de repente aquella llaga , que me afligia : Ya estoy bueno , yà puedo correr.* Y diciendo , y haciendo (fuera de si con el gozo) empezò á dàr saltos , y carreras por toda la pieza, en confirmacion de ser verdadera su mejoria ; y aun al dia siguiente vino à pie hasta la Iglesia de Falkendaken , que estaba bastantemente distante de su casa , y donde havia mas de un año , que no acudia , por causa de su enfermedad ; pero yà libre de ella , vino agradecido à dàr gracias à Dios , y al Padre Francisco su Siervo , por el favor, que havia recibido. Los Medicos , que le havian visto muerto , si se puede decir assi , à la violencia de aque-

Concluye se el favor y queda el enfermo perfectamente sano.

llas tres bocas tan extraordinarias, que havia tenido; y luego le vieron tan perfectamente curado, que ni señales le quedaron de las dichas bocas, y tan robusto, y sobrado de fuerzas, que inmediatamente pudo bolver à emplearse en las tareas fatigosas del campo: publicaron à boca llena, que tal sucesso se debia tener por milagroso: Voces, de que se moviò à escrivir sele, como tal, el Padre Mauricio Rhaymàn, Superior de la Residencia de Falkendaken, al Padre Rector del Colegio de Paderbona, en la Uvestfalia; y este acudió al Señor Obispo de Paderbona, y Munstér, Principe del Sacro Imperio, Francisco Arnoldo, suplicandole, que de caso tan ruydoso, se hiciesse, de su orden, y con su authoridad, legitima informacion; y assi se hizo en Paderbona, á 5. de Mayo del año de 19. Y este testimonio, para darle la debida solemnidad, le firmaron los siguientes:

Publican los Medicos ser milagro.

Y como tal, se authenticò en Paderbona.

Francisco Gaspar. Phelipe de Ghartausen, Canonigo Capitular de la Iglesia Cathedral, y Vicario General en lo Espiritual.

Debaxo de esta firma, està la de los Examinadores Synodales, que fueron los siguientes.

Fray Liborio Molittor, del Orden de San Benito, y Lector de Sagrada Theologia.

Fray Francisco Yldesiense, Capuchino, Lector de Sagrada Theologia.

Fray Beda Uviederholt, del Orden de San Francisco, Lector de Sagrada Theologia Scholastica.

Fray Godefrido Sture, tambien del Orden de San Francisco, y Lector de Theologia.

Christoval Zurochven, de la Compañia de Jesus, y Doctor en Theologia.

Federico Munch, de la Compañia de Jesus, y Doctor en Sagrada Theologia.

Luego se siguen las de los Medicos, que fueron:

Juan Enrique Ottersmàn.
Benjamìn Chotlieskosteri.
Gaspar Ludoro Buttero.

No son de menos consideracion, otras maravillas, que tambien por manos del P. Escolèr, executò nuestro Venerable; y en prueba de esso, vaya la siguiente. Un pobre Mozo, coxo, y baldado, y que por tanto no podia moverse, sino es con

Un pobre baldado.

con dos muletas (que le empezaban à sobstener desde debaxo de los brazos) vino à nuestro Colegio de Bucold, en busca del sobredicho Padre Misionero, haviendo oido las Maravillas, que executaba con las Reliquias del Venerable Padre Francisco de Geronymo. Aplicaronsele, è inmediatamente el Padre Escolèr le dixo: *Ea, hijo, yà estàs sano, arroja essas muletas, y vête en paz.* El pobre tullido quisiera obedecerle, y arrojarlas; pero el miedo de no caerse, le detenia, y no le dexaba resolver. Mas viendo el Padre esta indecision, llegò con viveza de accion, y de fè, y sacandole las muletas de debaxo de los brazos, le dixo: *Anda, camina*; y de hecho pudo andar, y caminar; porque de repente se hallò con tales fuerzas, como si tal tullimiento no huviera padecido.

Un mãco

Al mismo Padre Escolèr, le traxo una Muger de Secta Calvinista, un hijo suyo, suplicandole, le aplicasse la Reliquia del Siervo de Dios, para que sanasse de un brazo, que tenia tan torcido, y maltratado, que para ninguna accion podia servirse de èl. El Padre la preguntò: *Si creìa la Invocacion de los Santos?* Y ella necia, y pertinàz en los errores de su Secta, respondiò, *que no. Pues à què viene aqui?* (la dixo entonces el Padre) *Vayase con Dios, que quien no cree, nada consigue.* Y anduvo tan ciega, que bolviò la espalda, y se llevò à su hijo. Pero este, con mas juicio, que su madre, bolviò à buscar al Padre escondidamente, y le dixo, que venia con firme resolucion, de abjurar el Calvinismo, abrazando la Religion Catholica; y que assi, creía la Invocacion de los Santos. Con esto, el Padre le abrazò, y tocò con la Reliquia del Venerable: lo que fuè bastante para que inmediatamente (resolviendose el maligno humor, que antes le embarazaba el brazo) quedase bueno, y sano, y habil á todos los movimientos, que naturalmente le eran debidos.

Raro accidente.

A principio del Abril del año de 22. huvo en la Ciudad de Munstèr de la Uvestalia, una Doncella, à quien la diò un insulto apopletico tan fuerte, que la dexò ofendidos, y contrahidos todos los nervios. Padecia tan extraordinarias convulsiones, y movimientos tan

estraños, que daba, no solo lastima, sino horror à los que la visitaban. Aplicaronsela todos aquellos medicamentos, que se juzgaron mas oportunos, y eficaces; pero el accidente de ninguno se dexò vencer. A este tiempo llegò à aquella Ciudad el ya nombrado Padre Escolèr, quien oìda la enfermedad, y movido à compassion, fuè à visitar aquella infeliz. Exortòla primero, à confiar con muchas veras, en los meritos del Padre Francisco; y luego la diò, en un poco de agua, una Reliquia de su Vellido, y con ella la salud; pues sin dilacion, al punto, inmediatamente cessaron los movimientos, se desvaneció el mal, y se acabò todo el dolor. Mas no contento el Siervo de Dios, con haverla dado tan repentinamente la salud del cuerpo, esta se la acompañò con otro gran favor para el alma; pues siendo antes aquella Doncella muy molestada de escrupulosas aprehensiones, desde el caso referido, logrò un gran sossiego, y una singular serenidad de conciencia. Fuè tan publico este prodigioso caso, è hizo tanto rùydo en la Ciudad, que al siguiente dia concurrió à nuestra Iglesia gran tropèl de gente, y con Velas encendidas en las manos, dieron fervorosas gracias à Dios por el favor, que havia hecho à aquella Enferma; y por la honra con que havia favorecido, è illustrado á su fidelissimo Siervo Francisco de Geronymo.

En medio de tantos favores, como han recibido todas las Provincias de Alemania de este Venerable; quien puede gloriarse de haver sido en esto la mas distinguida, es la Bucoldia, pues en ella, no solo parecieron los prodigios lluvia de favores, sino innundaciones de Maravillas. No lo digo yo, dicelo un Sacerdote, Capellan, y Vicario de Bucoldia, llamado Bernardo Vicquerte, en una Carta escrita al Padre Nicolàs Monckuin, de la Compañia de Jesus, Ex-Provincial, y Primario Cathedratico de Theologia, en el Colegio de Colonia, de la qual Carta, sacò el Capitulo siguiente.

***

MUY

MUY REVERENDO, Y Eximio Padre en Christo.

REferirè à V. Paternidad cosas admirables, y verè verisimas, *las quales dàn mucha gloria à Dios, y mucho explendor à su Venerable Siervo Francisco de Geronymo. Providencia amorosa de el Señor ha sido, que del Colegio de Coensfel haya llegado à esta Ciudad el Reverendo Padre Escolèr, de la Compañia de Jesvs, trayendo consigo algunas Reliquias del mencionado Venerable, pues por ellas se han obrado aqui singularisimos favores. Pongo en primer lugar el que logrò una Doncella, que havia un año, que padecia una hetica calentura, tan arraygada, y tan rebelde à todos los remedios, que desesperando de su vida los Medicos, la desahuciaron. A este tiempo llegò el Padre Escolèr, y à tan buen tiempo, para la pobre Enferma, que solo con la aplicacion de las dichas Reliquias, instantaneamente la calentura cessò, y dentro de pocas horas, la antes desahucia-*

Hetica

da se levantò de la cama buena, y fuerte, y con alegre admiracion de todos los de su casa, se sentò à cenar, y comiò, y bebiò como sana, sin haver experimentado despues, ni assomo de el padecido accidente.

Estendiòse con esto mas, y mas la fama de las maravillas; venian à tropas los pobres enfermos, Paysanos, no solo del Condado de Bucol, sino tambien los circunvecinos de el Ducado de Cleves, de Bestfalia, de la Geldria, y de otras partes de Olanda; venian, y vienen en tanto numero, y con tanta intrepidèz, que parece que vienen à assaltar alguna fortaleza; y assi, para que al Padre no le opriman, ha sido preciso ponerle guardia de Soldados. Con otros muchos de el Clero acompañè yo à el Padre Escolèr, y con mis proprios ojos, vì mas de cinquenta curaciones prodigiosas, executadas en espacio de diez dias. Dios sabe que no miento, y que puedo decir lo que Christo respondiò à los Discipulos del Bautista: Euntes renunciate Ioani, quæ vidistis. Cæci vident, Claudi ambulant,

Mas de cinquenta gracias en el spacio de diez dias.

lant, leprosi mundantur, &c. *Pues vi darse vista à los Ciegos, oìdo à los sordos, firmeza à los Paraliticos; y esto, à algunos, luego luego que se les hacia con la Reliquia la señal de la Cruz: Otros no lograban el beneficio tan immediatamente, pero sì dentro de muy breves dias. Contàra uno por uno los prodigios, de que he sido testigo de vista, si no me faltara el tiempo; pero lo executarè en teniendo mas comodidad; mas uno, que fuè muy ruidoso, no puedo dexarle en silencio. Aqui llegò un Muchacho, sordo, y mudo à nativitate, llamado Guillermo, Spanegemacher, y al punto que se le aplicaron las Reliquias, recibiò el uso de el oìdo, y de la lengua, siendo las primeras palabras que pronunciò (dictandoselas el Padre) las de* Jesus, Maria, y Joseph. *Bolviòse este Muchacho à su Patria, y fuè recibido processionalmente por el Clero, y Pueblo, con alegre repique de campanas, y conducido à la Iglesia, donde se cantò una Missa, assi para publicar el prodigio, como para dar à Dios por èl las debidas gracias. Y lo que es mas maravilloso en semejantes favores, es, que no solo se executan, y han executado con el contacto de las Reliquias, sino tambien con el agua, que con ellas se bendixo. Diez grandes basijas fueron sobre las que el Padre Escolèr echò la bendicion, y se han gastado todas; y en fin, Padre Reverendo, juzgo, que si dicho Padre Escolèr no huviera salido de Uvucold (obedeciendo el orden, que para esto tuvo del Padre Rector del Colegio Coesfeldense) huvieran sido muchas mas las sanidades, que aqui huviera distribuìdo el Siervo de Dios, y Venerable Padre Francisco de Geronymo. Hasta aqui la Carta.*

Sordo, y mudo.

Aplauso de los Catholicos por esta maravilla

Una Doncella de veinte y un años de edad, y de muy ilustre Familia de la Ciudad de Colonia, llamada Margarita Ansen, padeciò en el año de 20. un insulto apopletico, que tiró à quitarla la vida, pero favorecida prόptamente de poderosos medicamentos, y concurriendo tambien con sus esfuerzos los pocos años, se sacudiò del accidente, y recobrò la salud, aunque à costa de perder el habla, pues el

Insulto apopletico.

Termina en una mudèz, q durò seis meses.

el humor malignose recogiò con tanta tenacidad à la lengua, que totalmente la dexò muda: por seis meses padeciò esta penosa terminacion, sin que quantas medicinas se le aplicaron pudiessen vencer aquel estorvo, ni facilitarla la articulacion de la menor palabra. Al quarto mes de su mudèz, la visitò su Confessor el Padre Bernardo Mayer, de la Compañia, y la exortò à que tuviesse mucha feè, y à valerse de la intercesion de el Padre Francisco, del qual èl havia recibido desde Napoles, juntamente con sus noticias, algunos pedazos de sus vestidos: y uniendo

Ofrece leer la Vida del V.

á las palabras las obras, la diò à la Enferma una de aquellas Reliquias, encargandola, que se la colgasse al cuello, y que ofreciesse leer la vida del Venerable, que poco antes havia salido

Tarda en leerla dos meses, y al fin de ellos se le restituye el habla.

à luz, traducida en Alemàn. A todo, y en todo obedeciò aquella Doncella: traxo pendiente del cuello la Reliquia; leyò con atencion, y devocion la Vida del Venerable, y el efecto fuè, que à los dos meses llegò al Confessonario del Padre Mayer, quando él menos lo esperaba, á darle con la lengua, yà del todo libre, expedita, y desembarazada, muchas gracias por el consejo, que la havia dado, y por el qual se hallaba buena de su passado accidente; y de este caso son testigos, no solo los sugetos de la familia de esta noble Doncella, sino tambien, fuera del dicho Padre Bernardo, el Padre Henrique Colendahl, de la Compañia, que se hallò presente quando esta afortunada Enferma vino à nuestro Templo à dàr las gracias, que hemos referido.

Religiosa hydropica.

En Embrica huvo una Religiosa, que contraxo una hydropesìa, tan fatàl, que nadie la veìa, que no la desahuciasse; pero de tanto peligro se librò con aplicarse, à persuasion de uno de los nuestros, un pedazo de lienzo de los que havia usado el Padre Francisco de Geronymo; este se le fué tocando al cuerpo, haciendole al mismo tiempo un ofrecimiento piadoso, y fuè cosa maravillosa, vèr, que conforme se iba aplicando el sobredicho lienzo, iba sudando el humor, de que se formaba su hydropesia, con que quedò buena, sana, robusta, y sumamente agradecida á su Bien-hechor.

Ardientes calèturas

Con el mismo medio se libertaron una Madre, y un Hi-

Hijo, à quien eſtaba dando el pecho, de unas ardientes calenturas. La Madre ofreciò comulgar todos los años en el dia de la muerte de el Padre Franciſco: el Hijo traxo pendiente al cuello una Reliquia del Venerable Padre, y con eſto, Madre, è Hijo, al miſmo tiempo, ſe vieron libres de ſus malignas fiebres; y eſto ſucediò en la Ciudad de Gihldeſis.

Moribunda.

En el Monte de San Mauricio, en la Saxonia Inferior, huvo una Muger, que hallandoſe deſauciada, pidiò, que le llamaſſen, para que la aſsiſtieſſen, à dos Miſsioneros de la Compañia, que eſtaban en el Lugar. Acudiò uno de ellos à miniſterio tan propio de la Compañia, y deſpues de haverla confeſſado, la puſo en mucha devocion con el Padre Franciſco de Geronymo: dixola, que ſe encomendaſſe à èl muy de veras, y ſe fiaſſe de ſu patrocinio. La Enferma alentò ſu fee, encomendòſe al Venerable, y à la mañana ſiguiente cogiò el fruto de ſu devocion, pues arrojò por la boca una Lombriz de exorbitante magnitud, con lo qual immediatamente ſe viò mejor, y dentro de breve tiempo perfectamente convalecida.

Encomiéndaſe al Venerable.

Arroja una Lombriz diſforme, y queda buena.

Muchas cartas eſcritas de Colonia, y acompañadas con el authorizado teſtimonio de el Padre Antonio de Audigh, refieren una gracia bien ſingular, que recibiò una Doncella, por nombre Cecilia Acherebroich, y paſsò en eſtos terminos: Eſta mortificada muger padeciò una hydropeſia, tan fatàl, y tan acompañada de otros peſtilentes ſimptomas, que los Medicos mas peritos la abandonaron, como á incurable. Doce años eſtuvo reducida à la cama, ſin poder moverſe, y padeciendo tan frequentes deſmayos, que cada uno parecia el ultimo de ſu vida. No faltò quien quiſieſſe numerar eſtos deliquios, que mas que deſmayos, eran accidentes alfereticos, y aſſegurò, que havian paſſado de treſcientos. Por eſte tiempo ſe havia yà divulgado en Colonia la noticia de las gracias, que Dios diſpenſaba por los meritos de el Venerable Padre Franciſco de Geronymo; y haviendo llegado à la de la Enferma, determinò leer ſu vida: huvola à las manos, y conforme la iba leyendo, ſe iba encomendando al Venerable Padre con mas fervor. Pidiò a los Padres de el Colegio alguna Reliquia ſuya,

Hydropeſia, con otros accidentes, que duraron doce años.

Durò la enfermedad doce años.

Lee la Vida del Venerable.

ya; y haviendola conseguido, se la aplicò al pecho, con grande confianza, y con lagrimas fervorosas, le suplicò, le concediesse la salud. Logrò inmediatamente su deseo; pues al contacto de la Reliquia, experimentò, que se le iba deshinchando el vientre, y desatandose poco á poco el humor contenido en èl. Dentro de un mes estuvo perfectamente buena, y sana. Como su enfermedad havia sido de tantos años, nadie la ignoraba en la Ciudad; y assi, este favor ocasionò en todos tanta admiracion, que salian à las puertas, y se assomaban á las ventanas, á verla andar, y frequentar nuestra Iglesia.

Empieza à mejorar y dentro de un mes estuvo buena.

En los Campos de Aylte-sino, estaba un Zagal, apacentando un poco de Ganado, quando le derrivò à tierra un repentino accidente, que le obligò à arrojar tanta sangre por la boca, que retirandole en brazos à una vecina Caseria: llegò à ella casi difunto; y en tan deplorable estado, que haviendo llamado aquella noche à un Jesuita, para que le auxiliasse, no pudo darle mas Sacramentos, que el de la Uncion. Bolviò por la mañana, temiendo encontrarle muerto; pero hallandole vivo, le aplicò à los labios una Estampa del Padre Francisco, y le alentò à que se valiesse de su intercesion, y patrocinio. Assi lo hizo el doliente: besò con gran reverencia la Estampa, y à esto se siguiò suspenderse el vomito, de modo, que quedò, y pudo confessarse, y recibir el Viatico; y aun ofreciò, que todos los años en tal dia, confessaria, y comulgaria, si se le concediesse la vida; y por este ofrecimiento, el Venerable se la alcanzò de Dios tan perfecta, que al dia siguiente pudo bolverse, y se bolviò à cuidar de su Ganado.

Grave accidente repentino.

Besa una Estampa del Ven.

Y sana de repente.

En Munstèr de Vestphalia, uno de los nuestros, convaleciò de una grave enfermedad, solo con el contacto de las Reliquias del Padre Francisco; y haviendo hecho Voto de alentar à otros à su devocion: ateftigua, que tres Sugetos, à quienes hizo sus Devotos, sanaron tambien de graves enfermedades, y por el mismo medio.

Grave enfermedad

En la Mision de Falkendaken, desahuciaron los Medicos à un Niño; porque sobre tener pocas fuerzas, su dolencia era de tan mala con-

Niño desahuciado

condicion, que con las medicinas que le aplicaban, las cobraba mayores contra el Enfermo. Su madre sentia mucho la muerte de su hijo; y para librarse de esta pesadumbre que padecia, y de la que le amenazaba, ofreciò al Padre Francisco, que si le daba salud, ella, y su hijo guardarian, como dia de Fiesta, todos los años el dia once de Mayo, que fué el de su transito. Oyò Francisco el ofrecimiento, y debiò de pagarse de èl; pues le pagò, en que al primer dia once de Mayo, que se siguiò, y guardò como Festivo, viò à su hijo perfectamente convalecido, y sano.

Voto de guardar como dia de Fiesta, el dia en que muriò el V.

Las Misiones de las dos Provincias de Paderbona, y FalkendaKen, escriven, que el año de 22. no se passò, sin que experimentassen aquellos Territorios favores, y gracias de nuestro Venerable; pues en Paderbona sucedió en aquel año, que una muger, con la violencia de los dolores, que en una enfermedad padeciò, se mordiò la lengua de modo, que casi se la consumió; pero tocandose con las reliquias del Padre Francisco, el daño, que se havia hecho, se remediò del todo, pues creciò la lengua, y se le restituyeron los exercicios para que sirve.

Accidéte en la lengua.

En Falkendagen, huvo una Casa infestada de Espiritus malignos, que la hacian inhabitable: Y tambien huvo una muger, possèida de los mismos. Esta infeliz se valió de los Exorcismos de la Iglesia; y con ellos consiguiò, solo el que el diablo, que antes la afligia con dolores vehementes en todas las coyunturas, se retirasse à los ultimos artexos de los dedos; pero aun de alli le desterrò, con ponerse al cuello Reliquias del Padre Francisco, y assi quedò libre; como la Casa, solo con rociarla con Agua Bendita con las mismas Reliquias.

Duendes y muger possèida del demonio.

En el año de 1723. huvo en Colonia una Doncella sorda, à nativitate; y deseando vèrse libre de este defecto, se dedicò à tener mucha devocion al Padre Francisco de Geronymo, cuyas maravillas eran tan ruidosas, que aunque sorda, no havia podido menos de percibirlas: Determinò, pues, rezar todos los dias algunas Oraciones, en que pedia à Dios, interponiendo los meritos de este Siervo suyo, que la oyesse, y la

Sorda à nativitate

Reza algunas Oraciones al Venerabl.

la hiciesse el beneficio, de que ella oyesse. Passaron tres semanas de esta su devocion; y al fin de ellas, llegò à la puerta de su casa un Peregrino, que haviendose informado de su indisposicion, se ofreciò à curarla: Admitiòle gustosa; y el Peregrino sacando del pecho (no se sabe què) se le introduxo en los dos oìdos, è inmediatamente se los restituyò; lo que executado, sin pedir premio alguno por aquella curacion, se retirò, ò para hablar con mas propriedad, dirè, que se desapareciò; pues aunque se le buscò, y con cuidado, ni aquella Doncella, ni los de su casa le vieron mas. De donde se infiriò, haver sido el Padre Francisco de Geronymo, que sabe mudar trages, para favorecer de todos modos á los que se valen de su intercesion.

Y al fin de 3 semanas se le aparece un Peregrino, que la cura, y desaparece.

En el año siguiente de 24. embiò à pedir, con grande instancia, un Jesuita, desde el Colegio Consfeldense, una Reliquia de este Venerable; porque padecia una ardiente calentura, y se le havia ofrecido vivamente, que se le quitaria por este medio; y assi fuè, pues apenas la tuvo en sus manos, quando se levantò de la cama sano, y bueno; porque al contacto de la Reliquia, reverente la calentura, se retirò.

Tabardillo.

En el año mismo, y en la Mision Bisurgense, una buena muger Catholica, que por muchos años havia padecido un molesto fluxo de sangre, sin haver podido encontrar remedio alguno, que se le suspendiesse, acudiò, por ultimo remedio, (à persuasiones de un Eclesiastico, que la assistia) à valerse del amparo del Padre Francisco. Alentò su fè: buscó una Reliquia suya; y sin dàr noticia à su marido (porque era Herege) se la aplicó. Esto fuè à tiempo de irse à dormir, y à la mañana siguiente cogiò el fruto de su buena fé (pues como juran varios Sugetos fidedignos, que lo supieron) el fluxo cessò, y no le bolviò à repetir.

Fluxo de sangre.

Omitiendo por aora otros maravillosos casos, que sucedieró en los años siguientes, segun escriven de nuestros Colegios, de Embrica, y de Treveris: No puedo passar en silencio, el que en Consfeldia hizo memorable el año de 28. pues en èl un Niño de ocho años, y totalmente mudo, haviendole sus Padres encomenda-

Niño mudo.

do

do al Padre Francisco, lograron por este medio, el que el muchacho hablasse expeditamente; y llenos de consuelo, y de alegria, vinieron à publicarle à las puertas de nuestro Colegio.

CAPITULO V.

PRODIGIOS EXECUTADOS por el Padre Francisco de Geronymo en Flandes, y en las Provincias de la Inferior Germania.

Asma peligrosissima, y de muchos años.

PRomptissima, y bien rara fue la curacion de un mal gravissimo, y mortal, que padecia Jorge Herlin, vecino de la Ciudad de Dilinga; y passò assi. Estaba este hombre enfermo de un hasma tan peligrosa, y violenta, que muchas veces le estorbaba la respiracion, y se veía en terminos de morir. Para no dàr mas fuerzas à este accidente, se havia obligado à abstenerse de todo alimento, que pudiesse de algun modo alterarle el estomago; pero por esto mismo, havia incurrido en tal debilidad, que solo abrazaba una corta porcion de ternera. Consultòse con los mejores Medicos: tomò toda suerte de medicamentos, especialmente el azufre, del qual assegura èl mismo, que en espacio de quince años, llegò à tomar mas de cien libras. Daba gran lastima, y compassion vèr, que al mas ligero movimiento de impaciencia, que tuviesse, se exaltaba tan poderosamente el humor, y tomaba tal fuerza, que cerrandole el pecho, le sofocaba con congojas, y agonias de muerte. En este estado estaba, quando quiso su fortuna, que viniesse de Napoles un Cuñado suyo, llamado Juan Mair, natural de Lavinga, el qual passaba à otra parte, à hacer Leva de Soldados, para la Cavalleria Cessarea. No debia de darle mucha priesa su comission, pues pudo el tal huesped detenerse por catorce dias en casa del Enfermo; y en ellos le refiriò muchas cosas admirables, y prodigiosas del Padre Francisco de Geronymo, yà vivo, yà difunto, de que èl havia sido testigo de vista. Sembradas en sus conversaciones estas especies, cogió el fruto de ella en la vispera de su partida de aquella Casa; pues aquel dia el Enfermo quiso tratar à su

hues-

hueſped con mayor explendidèz, y meſa mas abundante ; y para aſſegurarle mas, ſe determinó à probar los platos, que ſe ſervian : exceſſo, que (como hemos dicho) no le havia hecho en muchos años ; pero immediatamente lo pagó, pues en la miſma meſa le aſſaltò con tal vehemencia ſu accidente, que oprimiendole el pecho, creyò dàr la ultima boqueada; eran mortales ſus anſias ; eſtendìa los brazos, como buſcando ſocorro, el roſtro ſe le desfigura, ſe dexa caer de la ſilla; turbaſe toda la caſa ; y ſobre todo, el Hueſped ſe aſſuſtò, como ſe puede conſiderar : Pero no obſtante, acordandoſe vivamente de ſu Padre Franciſco, exortò al que miraba yà caſi cadaver, à que le invocaſſe con toda devocion. Hizolo aſsi el Enfermo, y proſiguiendo en ſus buenos oficios, el Cuñado ſacò ſu Roſario, el qual havia tocado à la Sotana del Padre Franciſco ; rebolviòſele à las manos, y (coſa prodigioſa, y verdaderamente admirable!) al punto ſe deſapareciò todo el mal, y ſe acabó toda aquella confuſion ; porque ſe le dilatò, y deſembarazò el pecho; quedòle libre la reſpiracion; cobró el color de el roſtro; los pulſos bolvieron á ſu lugar ; ſe hallò de repente con ſus perdidas fuerzas ; y en una palabra, ſe levantò de el ſuelo totalmente ſano, y como tal, dexò el azufre, y las demàs medicinas, de que uſaba, y empezò à comer de todo, ſin temor de que nada le hicieſſe mal. Diòle á Dios, Authòr de todo bien, las debidas gracias, y tambien á ſu fiel Siervo, ſin olvidarſe de darſelas, con muchos abrazos, à ſu Cuñado, y Hueſped, por cuyo medio havia logrado tanto favor. Divulgò por toda la Ciudad el prodigio, y haviendo alcanzado un pedacito de la ropa del Venerable, concibió firme eſperanza de no bolver à experimentar tan peligroſo accidente ; y para eſſo tocaba primero con la dicha Reliquia todo lo que havia de comer, y comia de todo. Autenticòſe eſte caſo, á inſtancia del miſmo Jorge, por un Notario Publico, llamado Mariano Joſeph Reyffingen, ſiendo teſtigos, Clemente Guillermo Gauſen, y Juan Auph, naturales de Dilinge ; y fuera de eſſo ſe reviſtò por los

Examinadores, à quien tal materia pertenecia, y firmaron.

Guillermo Everardo Reez,
Canonigo, y Decano.

Fray Aureliano Sortense,
Guardian del Convento de Capuchinos de San Antonio de Dilinga.

Debilidad de cabeza.

En la Ciudad de Ingloſtad, de la Babiera, el Padre Franciſco Moſué, cayò en tal debilidad de fuerzas, principalmente de la cabeza, que viendo inutiles los medicamentos, que le aplicaban, penſaba ya en retirarſe de las tareas de las Cathedras. Pero antes de tomar eſta reſolucion, ſe aplicò un pedazo de Veſtido del Padre Franciſco, y con eſſo ſintiò en sì tal vigor, y la cabeza tan fortalecida, que pudo, ſin dificultad, proſeguir en ſu miniſterio.

Dolores de piedra.

En la miſma Ciudad de Ingloſtad, Mauricio Cardon, de la Compañia de Jesvs, aplicado al eſtudio de la Theologia, padecia con tanta frequencia dolores de piedra, que no paſſaba mes, en que no le repitieſſen, y en que no ſe mortificaſſen mucho: tomò varios medicamentos, y no encontrando en ellos alivio, los abandonò, recurriendo con alentada confianza al Padre Franciſco de Geronymo, y aplicandoſe un pequeño pedazo de camiſa del Siervo de Dios, no bolviò á ſentir mas aquel penoſo accidente.

Enferma de ſeis meſes, y deſahucia da.

En el caſo que ſe ſigue, traduzco fielmente lo que en una Carta, en Latin, eſcrive un Padre de la Compañia de Jesvs, y dice aſsi: *Un gran prodigio ſucediò en Ruremunda; y fuè, que una Muger devota, de aquellas, que frequentan nueſtra Igleſia, deſpues de una enfermedad de ſeis ſemanas, llegò tan à los ultimos, que la deſahuciaron los Medicos. Su Confeſſor la ſugiriò, que procuraſſe, con gran feè, y fervoroſas oraciones, el ſocorro del Venerable Padre Franciſco. Ella obedeciò, aplicandoſe al pecho la Imagen del Siervo de Dios, y al miſmo tiempo le hizo no sè què voto; pero sè sè, que dentro de un quarto de hora ſe levantò de la cama por si miſma, ſe viſtiò, comiò con apetencia, la que havia tanto tiempo, que no podia tomar algun alimento ſòlido; y en fin, ſe viò reſtituida a una per-*

Sana repentinamente

perfecta salud, con pasmo, y admiracion de los Medicos, y de todos los que la conocian.

Un Superior de una Comunidad, consigue la union, y paz de sus Subditos.

Creo, que serà agradable á mis Lectores el caso, que nos escriviò el ya dicho Bruno Roelèn, sucedido en Colonia, en una Familia Religiosa, y por esso le refiero. En el celebre Monasterio Cisterciense, que està en el Bosque Mariano, jurisdiccion de Julierst, introduxo el Enemigo declarado de la paz, tales discordias entre los Monges, que ninguna authoridad humana pudo conseguir el sossegarlas: lo que visto por el señor Schvveiles, Superior de aquella Casa, pidiò con instancia al Padre Francisco, sossegasse los inquietos, y discordes animos de aquellos Religiosos, para que assi se conservasse, y se adelantasse la Eclesiastica Disciplina, la qual siempre se desfigura con los golpes de la discordia. Hecha esta sùplica, el Venerable Padre diò à entender, que la havia oido, pues al dia 11. de Mayo (dia de su transito feliz) el sobredicho Prelado viò concluidas todas aquellas materias, que antes lo eran de la division: aquel dia se acabaron de ajustar los animos de aquellos Monges, se desterraron las disensiones, y mutuos sentimientos, y se estableciò con toda firmeza una amigable union, y amistosa caridad. A poco tiempo despues muriò el sobredicho Prelado, el qual, no olvidando en aquella hora ultima este beneficio, que siempre atribuyò à nuestro Venerable, manifestò su gratitud, mandando en su Testamento, que se entregasse à uno de los Nuestros del Colegio de Colonia un doblon de oro de España, para que se empleasse en la Celebridad, y Fiesta, que se haga al Padre Francisco de Geronymo, quando llegue el dia feliz de ponerle la Iglesia en el numero de los Santos.

Agradecimiento à este favor.

El Hermano Guillermo Hiri, Coadjutor Temporal de la Compañia, escrive desde Antuerpia, que los Estados de Flandes han tenido tambien la fortuna de que el Padre Francisco los havia visitado con sus favores. Este Hermano tratò, y comunicò mucho con nuestro Venerable; porque estando en Napoles, le acompañò varias veces en sus Misiones, y como testigo de sus acciones prodigiosas, y de sus religiosissimos exem-

Favores en Flandes.

plos, le cobrò, y le conſervó ſiempre un cordialiſſimo afecto, y una terniſsima devocion, eſta le moviò à emplear ſu pluma en aviſos que nos dà de los beneficios, que Dios es ſervido diſtribuir, por interceſsion de eſte Venerable Jeſuita; y entre otros (que decirlos todos era alargarnos demaſiado) refiere en Carta de 4. de Agoſto de el año de 22. que una Hermana de un Jeſuita padeciò una fuerte eſquinencia, y que de ella ſe librò por la interceſsion del Padre Franciſco, con la circunſtancia, de que haviendoſe dedicado à leer ſu vida, ò yà para adelantar mas en ſu devocion, ò yà para divertir con ſus guſtoſas noticias la moleſtia que le daba ſu accidente, eſtando con el libro en la mano, y los ojos pueſtos en el libro, le ſobrevino un vomito, con que arrojando gran copia de materia, y ſangre, quedò perfectamente libre del ahogo que le daba ſu enfermedad: De otra Iluſtre Matrona, Fundadora de nueſtro Noviciado de Malinas, añade, que por quatro años la mortificò una llaga, que ſe le formò en el pie, y que de ella ſe curó con ſolo el contacto de las Reliquias de eſte Venerable Bien-hechor de todos; y concluye dicho Hermano, que èl regiſtrò la referida poſtema, y que la viò no perfectamente cicatrizada, pero sì en eſtado de cicatrizarſe perfectamente.

Eſquinencia.

Particular circunſtancia.

Llaga en un pie, q̃ durò quatro años.

CAPITULO ULTIMO.

EN EL QUE SE DAN noticias de algunas gracias, y favores comunicados por el Venerable Padre Franciſco de Geronymo, en la Corte de Madrid.

COncluìda eſta Traduccion, llegó el caſo, Lector amigo, de que te diga el motivo, que he tenido para hacerla. Sabràs, pues, q̃ el motivo no ha ſido otro, que pagar à eſte Venerable (con eſte corto obſequio) un gran favor que me hizo, que fuè reſtituirme la ſalud, que el año de 1730. tuve perdida al rigor de una grave enfermedad. Eſta tuvo ſu principio en una total deſcompoſicion de los humores, que poco à poco me fuè robando las fuerzas, requemandome la ſangre, debilitando-

Motivo de averſe traducido eſta Vida.

dome las potencias; y en fin se explicó en un prolixo, y general reugmatismo, que estendiendose por todo el cuerpo, muchos dias me aprisionò à la cama, y lo demàs del tiempo à una silla, sin mas accion, que para padecer los medicamentos, que se me aplicaron, que fueron muchos, en unturas, tipsanas, baños, legìas, balsamos, pieles divinas, y otros apositos, que me recetaron, assi las Facultades Medica, y Chirurgica, como la piedad, y experiencia de los que me visitaban; pues yà se sabe, que en semejantes accidentes tienen licencia (ò se la toman) los que visitan á los Enfermos, para recetarles todo lo que han oìdo puede ser provechoso para sus indisposiciones, como tambien para reñir à los Dolientes los defectos, que muchas veces les fingen, ò los excessos que muchas veces no hacen. Yo no tengo escrupulo de no haver obedecido à todo lo que me mandò la caridad de mis Enfermeros; pero à tantos medicamentos no cedieron unos crecidos tumores, que se me formaron en las rodillas, y en las canillas de las piernas, los quales dieron mucho susto à los Cirujanos, porque temieron fuessen tofos, ò sobrehuessos; y yo no sè lo que fueron; pero sè, que me ocasionaban graves dolores. Viendo, pues, que estos medicamentos no surtian, passè à probar aguas minerales; pero de estas tampoco saquè otro fruto, que el que se me pegasse una calentura hetica, que me bolviò à mi aposento, con menos fuerzas, y con mayor enfermedad; y en fin, tal, que muchos llegaron à creer que me moria; y aunque no me lo dixeron con las voces, yo lo conocia, por la compassion con que me miraban, y por la lastima con que apartaban de mi los ojos. En estas circunstancias llegò à mi noticia la de este amable; como benefico Jesuita: diòme mi Superior su Vida, escrita en Italiano, y tambien una Reliquia suya. Recibilo todo con accion de gracias, y empecè à leer poco á poco, porque no me permitian mucha aplicacion al Libro la debilidad de mi cabeza, la viveza de los dolores, y la quasi ninguna inteligencia del Idioma, en que estaba escrito. Sin embargo, al passo que iba leyendo las eximias virtudes, y las Apostolicas fervorosissimas tareas de este Santo Hermano mio, reconocì, que con las

llaves de estas noticias se havia abierto las puertas de mi corazon, y que havia introducido en èl su veneracion, y su cariño; pero al llegar al Occeano de favores, gracias, prodigios, y maravillas con que hà explicado sus piedades, y su amabilisimo genio, no supe salir de tanto mar, sin sacar de el una grande confianza, y una vivisima fè de que havia de conseguir de su mano la salud, si me ponia en sus manos. Invoquèle con ternura: ofrecìle, para obligarle mas, que daria al publico su Retrato, para que le conociessen todos; y que para que le veneraſſen mas, tambien procuraria dàr à luz su admirable Vida, traducida en Castellano: aunque al mismo tiempo le pedì, que para cumplirle este ofrecimiento, me hiciesse toda la costa; pues ni yo tenia aliento para escrivir, ni inteligencia del Idioma Italiano, para hacer esta traduccion.

Oyò sin duda, y se agradò de la llaneza de mi suplica; pues haviendo empezado esta Obra, me fuì hallando con bastante luz, y fuerzas correspondientes para llenar doscientos y sesenta folios, quando (como hè prevenido) me hallaba con tanta desidia, que echar una firma me costaba dificultad: La traduccion salió desmayada, y enfermiza; mas sin embargo saliò de suerte, que puesta à los ojos de los inteligentes del Idioma Toscano, me significaron, que aunque le faltaba mucha perfeccion, y mucha hermosura, no la faltaba la principal hermosura de la historia, que es la verdad. A estas primeras gracias, que recibì de este Venerable Hermano mio, se siguieron otras particulares providencias; unas inspiradas à los Medicos; y otras bien estrañas, que yo experimentè, las quales me han ido conduciendo à la perfecta salud, que al presente logro, no sin admiracion de los Sugetos de mi Casa; los quales confiessan, que no es dudable, que este hà sido favor, que debe atribuirse al Venerable Padre Francisco de Geronymo; de donde hà nacido, que todos le ayan cobrado un singular afecto, y manifestadole, en que no haya Aposento, en que no se vea su Estampa, como Reliquia. En fin, todos los de este Colegio à una voz convienen, en que mi salud se la debo à este amable Hermano mio. Pero

aun-

aunque ellos no lo dixeran, hà quedado en mi corazon esta persuasion tan firme, que no me dexa opinar otra cosa; y assi, lo declaro: Lo primero, para hacer de esta declaracion parte de mi agradecimiento; y tambien para que se exciten los que leyeren esta Vida à buscar sus alivios (quando los necessitaren) en las piedades de este Venerable, y Apostolico Jesuita, à quien Dios parece que hà abierto los Tesoros de su Omnipotencia, para que de alli tome favores que repartir, no solo en Italia, y en Alemania, sino en España tambien, como esperamos de su piadosa intercession, como se verà prosiguiendo en leer este capitulo.

Dos favores à otro Jesuita.

Al mismo tiempo que yo padecia el accidente referido, se hallaba gravemente enfermo en este Colegio Imperial el Padre Sebastian Manuel de Azevedo, Sugeto, que siempre ha gastado corta salud, porque desde sus primeros años se la enflaquecieron varias indisposiciones, que han crecido con la edad, y con sentimiento de esta Provincia, pues por esta causa no hà podido desfrutar del todo sus prendas, que son tan generales, como escogidas. Estas indisposiciones llegaron (en la ocasion que hé dicho) á tomar tanto aumento, que los Medicos temieron fuessen la ultima disposicion, para echarle en la sepultura; pero considerando quan bien me iba á mi con mi Venerable Medico, le tomò devocion: encomendòse à èl muy de veras: ofrecióle varias oraciones de todos los dias, y hacerle abrir en Lamina su Retrato; y el efecto hà sido, que la Lamina se ha abierto, y aun se hà gastado por las muchas Estampas, que se han sacado, y repartido; porque desde luego que este ofrecimiento se hizo, empezò à experimentar tanto alivio, y tanta mejoria, que en fin bolvió à recobrar su antigua, aunque quebrada salud. No hà querido Dios, que el Venerable se la haya comunicado con toda perfeccion; sin duda, porque no quiere le falte el merito del padecer; y porque, como Medico, que sabe, que con las enfermedades se perfeccionan las virtudes; para que se adelante en las virtudes, no siempre quita del todo las enfermedades. Pero en otras ocasiones, en que sus habituales males le han repetido despues, hà acudido á suavizarselos; y principalmente, el año passado

de 1735. en que recibidos los Sacramentos, llegaron los Medicos á temer su muerte, no faltò quien, assi al Enfermo, como à sugetos de su primer cariño, les dixo: *No ay que temer, que el Padre Francisco de Geronymo no le ha acabado de pagar aùn el obsequio de haverle abierto Lamina, para que sus Estampas se comuniquen; y assi de esta enfermedad le sacarà.* No sè si estas proposiciones se creyeron del todo, porque la gravedad del accidente persuadia (con fuerza) las contrarias; pero si sè, que repitiendole fervorosas oraciones al Venerable, se fueron retirando los accidentes, se templò la calentura, se adquirieron fuerzas; y en fin, oy se halla en un estado, en que no podemos mirarle, sin darle muchas gracias à Dios, por el estado en que le vemos.

Doña Manuela Conde y Valdivia, siendo de once años, padeciò en un pie principios de corrupcion de huessos, tan declarada, que el cèlebre Carlos Ximenez, (conocido en esta Corte por el nombre del Cirujano de Carranque) haviendo reconocido à la Enferma, hizo juicio (y assi lo dixo) de que seria preciso cortar, sino el pie, por lo menos el dedo en que havia empezado la corrupcion. Sus distancias de Madrid no le permitieron entrar en esta cura; y assi, se encargò de ella Don Bartholomè Budi: Empezò á trabajar, con cuidado, pero con desconsuelo; porque no surtian los medicamentos el efecto que deseaba: valiase de la piedra infernal, y de otros causticos, para ir sacando las porciones de huessos, que descubria, negras, y podridas; lo que se executaba con tanto dolor de la Enferma, que la hora de la curacion, era para ella como hora de su martyrio, hora de un amarguissimo llanto. Viendo esto un Sugeto, que tenia un pedazo de Sotana de el Venerable Padre Francisco de Geronymo (cortando una Reliquia de ella) aconsejò, que cosida, y assegurada à una benda, se la atassen à la garganta del pie, y que todos los dias se le rezassen tres Padres Nuestros, tres Ave Marias, y tres Glorias à la Trinidad Beatissima. Assi se executò, con fervor, y fee; y desde el primero dia de aquel contacto, y de aquella devocion, se reconociò, que la llaga, criando de repente carne nueva, se iba cerrando. El Cirujano,

no

no queria que fuesse assi; porque todavia descubria un pedazo de hueso, que por podrido, era menester sacarle; y por tanto repetia los cauterios; pero en vano, pues si como estos se aplicassen para el efecto contrario, la llaga se cerraba con mas priesa. A vista de esto, Don Bartholomè se viò con suso, y sin saber què hacerse; porque mantener la llaga abierta, no podia; y dexarla cerrar, no lo juzgaba conveniente, pues quedando, como quedaba aùn, un pedazo de hueso negro, y corrupto, era falsa la curacion. Estas confusiones paraban, en admirar lo mismo, que le confundia, pues no sabìa à què atribuir, el que, a pesar de sus connatos, se criasse con tanta brevedad nueva carne, quando la llaga no estaba en estado de que con ella la favoreciesse la naturaleza, y mas haciendole tan declarada resistencia la medicina. Reconocida por la madre de la doliente esta perplexidad, y esta admiracion, le dixo: *Mire usted, que à esta niña se la ha aplicado una Reliquia de un virtuosissimo, y milagroso Siervo de Dios: Discurra V. m. si este efecto que admira, puede ser favor, que venga de su mano.* Señora (respondiò) *es imposible, que no sea esso; y assi, levantando yo la mano de los remedios, dexemonos à la Providencia Divina; mas en todo caso convendrà, que la niña se estè por quarenta dias sin salir de la cama.* Assi dixo, no asseguran-dose aùn, de que tanta novedad fuesse milagrosa. Mas lo ha confessado despues que vió, que à los tres dias inmediatos la Enferma se vistiò, saliò de la cama, y se passeò, y corriò, sin sentir entonces, ni despues acà, la menor molestia. En este año de 36. vive buena, sana, y robusta: siendo buen testigo de todo lo que dexo referido, como tambien sus hermanos Doña Ana, y Don Antonio Conde y Valdivia; y sobre todo Don Bartholomè Budi, quien dice, que todo este sucesso, si se le mandare, lo firmarà de su mano.

El Padre Juan de Malavear, de la Compañia de Jesvs, assistia à una Religiosa del grave Convento de Constantinopla, en ocasion de haverla dado el Viatico, por una grave enfermedad que padecia. Y viendola muy fatigada, y medrosa, con las cercanias de la muer te, le procurò algun alivio, dan-

dandole noticias de la grande ſantidad, heroycas virtudes, y prodigioſos Milagros del Venerable Padre Franciſco de Geronymo; y en fin, le aplicò una Eſtampa ſuya, alentandola à que le pidieſſe ſu ſalud con viva fè de conſeguirla por ſu poderoſa interceſsion. *A eſto ſe ſiguiò* (depone oy la miſmaReligioſa,cuyo nombre es Doña Iſabèl de Herencia) *à eſto ſe ſiguiò, ſentir inmediatamente un gran conſuelo, alegria, alivio, y dilatacion de animo, y ſeguridad grande, de que retirando eſte Venerable las armas, con que me acometia mi accidente, havia de comunicarme el favor que le pedia.* Y aſsi ha ſucedido puntualmente, pues deſde aquella hora empezò à mejorar, y oy logra ſalud, tan reconocida à ſuBienhechor, que en obſequio ſuyo le embiò una Luz, y un Bulto de cera à eſte Colegio Imperial. La Vela ſe conſumiò delante del Simulacro de Maria Santiſsima del Buen Conſejo; y el Voto eſtá oy colgado en ſu Sacriſtìa.

En elReligioſiſsimoConvento de BernardasRocoletas, llamado del *Sacramento*, en eſta Corte, ſe han introducido tambien las piedades del Padre Franciſco à comunicar gracias à las fervoroſiſsimas Almas,que aſsí viven. Apenas ay Celda, ò Pieza en aquella Caſa, en que no haya Eſtampa ſuya; ni corazon, donde no ſe halle una dulciſsima memoria de ſus Virtudes,y de ſus favores; y aſsi le piden, y conſiguen favores,al paſſo que le imitan ſus Virtudes. Pero porque en eſtas materias, las generalidades no hacen fè, confirmarè lo dicho con los caſos que ſe ſiguen. Soror Maria de los Dolores, individuo de eſta Caſa, es un Sugeto, à quien le ha convenido ſiempre el titulo de *Dolores*, que tomò por apellido; pues repetidas veces los ha padecido tan graves, y tan vehementes, que han cauſado en los Medicos mucho cuidado, y mucha laſtima en qnien ſe los havia viſto padecer; pero eſpecialmente en el mes de Septiembre de eſte preſente año, ſe viò de ellos tan afligida, y tan poſtrada, que ſe temiò, que la quitaſſen la vida; y creo, que lo huvieran conſeguido, ſi, aplicandoſe con mucha fè una Eſtampa del Padre Franciſco, y encòmendandoſe à èl muy de veras, no los huviera retirado tanto de ſi, que quan

do

do menos lo pensaban, la vieron las Compañeras siguiendo puntual la distribucion Religiosa. Sanò, pero al mes le sobrevino una novedad, que en mi juicio fuè terminacion de su enfermedad, y total seguridad de su salud; porque se le hinchó disformemente el rostro, y en la cabeza se le formaron unos elevadisimos tumores; mas bolviendose à aplicar la Estampa del Venerable, depuso, à bocanadas de materia, que arrojò, el humor, que le havia desfigurado la cabeza, y el rostro; y al presente vive aliviada, y olvidada de sus antiguas indisposiciones; pero no de ser agradecida al Padre Francisco de Gerònymo.

En el mismo Convento, padeciò Soror Margarita de San Agustin un rehumatismo, que la tuvo aprisionada à la cama por algunos meses con grande sentimiento de su Comunidad, porque la estiman todas aquellas Señoras, como merecen sus religiosas prendas, y con las que hà servido por varios años, y con grande acierto el oficio de Abadesa. Este amor, pues, que le tiene toda aquella Casa, obligò a que la hiciessen encomendar al Padre Francisco de Geronymo; apreciò el aviso, le obedeciò, y el efecto hà sido, que el Venerable hà ido poco à poco comunicandole fuerzas, para que, dexada la muleta, à que antes se apoyaba, pueda servir oy sin embarazo à su amante Comunidad, à quien paga el afecto, que le ha tenido, con el consuelo de vèrla restablecida à una perfecta salud.

En esta misma Casa se halla Soror Angela de S. Francisco de Paula, quien depone, que oyendo contar à sus Compañeras las gracias, que de este Venerable recibian; para experimentar, si este Venerable era tan graciable como afirmaban, se determinò à pedirle una cosa, que à su juicio, sino era imposible, era sumamente dificultosa. Y aora depone tambien, que à su Oracion se siguiò breve, y puntualmente el favor, que pretendia: lo que no solo la ha dexado admirada, sino tan agradecida, que al dicho Venerable, sino le antepone, por lo menos le pone en el numero de los Santos de su antigua devocion.

Al concluir la relacion del caso antecedente, recibí un Papel, cuya nota dice assi: *Noticio a V. Rma. como el dia 5. de Septiembre del*

del año passado de 35. hizo el Padre Francisco de Geronymo un gran favor à una Niña, de edad de quatro años no cumplidos, llamada Doña Thomasa Moscoso, Hija de Don Francisco Moscoso, Cavallerizo del Excelentissimo Señor Marquès de Villa-Franca. Y passò assi. Estaba dicha Niña, por un tabardillo, y dolor de costado, deshauciada de los Medicos; porque despues de haverla sangrado, y aplicadosele los medicamentos correspondientes à las dos enfermedades que padecia, no quisieron rendirse à ellos. A este tiempo entrò à vèr à la Enferma una Tia suya, llamada Doña Josepha Moscoso; y encontrandose al passo con el Medico, le preguntò, como estaba su Sobrina? Quien la respondiò: *No tiene remedio, se muere.* Sin embargo desto, le aplicò una Estampa que llevaba del Padre Francisco de Geronymo, con la fee de que le havia de sanar. Y assi puntualmente sucediò; pues al instante que la Niña tomò la Estampa, tomò tambien aliento; pidió de comer, y empezò á mejorar, hasta lograr muy en breve una salud tan constante, que hasta el dia de oy 28. de Diciembre de 1736. no ha tenido, ni un dolor de cabeza. Y si se ofreciere, jurare ser verdad todo este sucesso; y en el interin lo firmo de mi nombre.

Doña Josepha Moscoso.

El Excelentissimo señor Don Antonio Pimentèl, Conde de Benavente, me assegura, que haviendole cogido en una jornada, que hizo su Excelencia, un tan grave accidente, que el Medico juzgò, no podia moverse de la posada, sin conocido riesgo de la vida; se encomendò al Padre Francisco de Geronymo; y fiando mas de su proteccion, que temiendo el dictamen de el Medico, prosiguiò su viage, y no solo llegò con felicidad à su casa, sino que el accidente, y enfermedad, no bolviò à dexarse vèr de su Excelencia.

Concluyo aqui, dexando algunos casos, que están en la primera impression de esta Vida, y otros muchos que se han ido apuntando; porque son tantos, y tan particulares los favores, y maravillas, que obra este Insigne Varon en esta Corte, y todo el Reyno, que raro es el dia que no tiene noticias de su libe-

ra-

salidad prodigiosa. Y porque quiero que vayan authorizados todos, he resuelto hacer un tomo aparte de los mas singulares, que procurare dàr à luz quanto antes.

Y de tí, Lector mio, tambien me despido, pidiendote, que tomes amistad, y devocion con este Espiritu tan benefico. Mira, que èl observa la ley, que à los Amigos obliga à que sean comunes los bienes; pues sus bienes, y sus favores los hace comunes à sus Amigos; y si acaso tu lograres algunos de su mano (como no lo dudo) avisamelos, para que yo tenga el gusto de saber continùa los exercicios de sus piedades, y que tu has tenido el consuelo de recibirlas.

FIN.

TA-

TABLA
DE LOS CAPITULOS
de los seis Libros de esta Vida.

LIBRO PRIMERO.

CAP. I. Patria, Padres, y Nacimiento de Francisco de Geronymo, y su primera educacion, pag. 1.
Cap. II. Vida de Francisco fuera de su Patria, pag. 5.
Cap III. Su vocacion à la Compañia, y el Noviciado que tuvo en ella, pag. 8.
Cap. IV. Es embiado, siendo Novicio, à la Provincia de Otranto, y lo que trabajò en ella, pag. 15.
Cap. V. Passa de la Casa de Estudios, à la Casa Professa de Napoles, y primeros Empleos, que en ella tuvo, pag. 20.
Cap. VI. Señalanle los Superiores por Missionero de la Ciudad, y Reyno de Napoles, pag. 24.
Cap. VII. Sus tarèas en las Galeras, en las Carceles, y en los Hospitales, pag. 33.
Cap. VIII. Su aplicacion à dàr los Exercicios de San Ignacio, pag. 38.
Cap. IX. Casos extraordinarios, en que manifestò su Apostolico zelo, pag. 51.
Cap. X. Penalidades, oprobios, y mortificaciones padecidas por ocasion de sus ministerios, pag. 55.
Cap. XI. Funestos castigos de algunos, que despreciaron las Platicas, y buenos consejos del Padre Francisco de Geronymo, pag. 71.

Cap.

Cap. XII. Diſſenſiones, y riñas ſoſſegadas, y compueſtas por ſu zeloſa actividad, pag. 82.
Cap. XIII. Eſpeciales frutos, nacidos de ſu Miſsion Napolitana, pag. 89.
Cap. XIV. Otras admirables Converſiones, logradas por ſu Predicacion, y Zelo, pag. 99.
Cap. XV. Aſsiſte à varios Sugetos, eſpecialmente favorecidos de Maria Santiſsima, pag. 113.
Cap. XVI. Singular hiſtoria de una Muger Soldado; y de lo que en convertirla à Dios trabajò el Padre Franciſco, pag. 117.
Cap. XVII. Aplicaciones del Padre Franciſco, à mantener conſtantes en ſus propoſitos las Almas, que convertia; y la admirable deſtreza con que manejaba el Confeſſonario, pag. 124.
Cap. XVIII. Aſsiſte à los Moribundos; y refiereſe, como por ſu aplicacion, tuvieron algunos feliciſsimas muertes, pag. 134.

LIBRO SEGUNDO.

CAP. I. Sus tarèas Apoſtolicas fuera de la Ciudad de Napoles, pag. 140.
Cap. II. Suceſſos particulares de eſtas Miſsiones, pag. 149.
Cap. III. Paſſa à la Isla de Iſquia, y ſingulares Prodigios, que executò en ella, pag. 159.
Cap. IV. Miſsiones en Benevento, y en el Abruzo: y maravilloſos ſuceſſos de eſtas Miſsiones, p. 162.
Cap. V. Singulares ſuceſſos de las Miſsiones en la Provincia de Otranto, pag. 173.
Cap. VI. Miſsiones en la Apulia, y ſus particularidades, pag. 178.
Cap. VII. Ultima Miſsion en el Territorio de la Abadia de la Madre del Señor, pag. 188. Cap.

Cap. VIII. Lo que los Demonios moleſtaron al Padre Franciſco, por los triunfos que de ellos lograba en ſus Miſsiones, pag. 191.
Cap. IX. Sus Sagradas Romerìas, y Peregrinaciones, pag. 196.
Cap. X. Introduce, y eſtablece en Napoles, y otras partes, la devocion de San Cyro, pag. 201.

LIBRO TERCERO.

CAP. I. De ſu Fè, y ſu Eſperanza en Dios, p. 207.
Cap. II. Su Amor à Dios, pag. 215.
Cap. III. Su Amor à los Proximos, pag. 222.
Cap. IV. Su profunda Humildad, pag. 233.
Cap. V. Su Penitencia, y exteriores Mortificaciones, pag. 248.
Cap. VI. Su admirable dominio ſobre ſus afectos, y ſus paſsiones, pag. 254.
Cap. VII. Su Pobreza, y Caſtidad, pag. 261.
Cap. VIII. Su rendida Obediencia, pag. 267.
Cap. IX. Su exacta obſervancia de las Reglas, y Conſtituciones de la Compañia, pag. 275.
Cap. X. Su aficion, y frequencia en la Oracion, p. 280.
Cap. XI. Su Amor à Dios, y devocion à la Mageſtad de Chriſto, pag. 285.
Cap. XII. Su Amor à Maria Santiſsima, y à los Santos, pag. 291.

LIBRO QUARTO.

CAP. I. De los Dones con que la Mageſtad Divina adornò à eſte Siervo ſuyo, principalmente del conocimiento de las coſas futuras, con que le iluſtrò, pag. 296.
Cap. II. Su conocimiento de coſas diſtantes, p. 312.

Cap.

Cap. III. Admirables noticias del Padre Franciſco, acerca de las coſas ocultas, pag. 321.
Cap. IV. Conoce Franciſco los mas ocultos penſamientos, y los ſecretos mas eſcondidos de los corazones, pag. 326.
Cap. V. Sus anuncios de vida, ù de muerte à los Enfermos, que viſitaba, pag. 336.
Cap. VI. Multiplicados vaticinios, que hizo el Padre Franciſco à la Familia de los Señores Comos, pagin. 352.
Cap. VII. Con la aplicacion de la Reliquia de San Cyro, executa el Padre Franciſco de Geronymo, ſingulares maravillas, pag. 359.
Cap. VIII. Las Oraciones, los contactos, y las voces del Padre Franciſco de Geronymo, obran tambien muchos maravilloſos efectos, pag. 372.
Cap. IX. Reſucita muertos el Padre Franciſco de Geronymo, pag. 394.
Cap. X. Executanſe Prodigios, y Maravillas con Reliquias del P. Franciſco, aun viviendo, pag. 401.
Cap. XI. Las coſas inanimadas, è irracionales obedecen las voces del Padre Franciſco, pag. 408.
Cap. XII. Dexaſe vèr al miſmo tiempo en diverſos Lugares, pag. 418.

LIBRO QUINTO.

CAP. I. Predice en varias ocaſiones las cercanias de ſu muerte, pag. 425.
Cap. II. Refiere ſu ultima enfermedad, y feliz tranſito, pag. 431.
Cap. III. Ruidoſo Entierro del Padre Franciſco de Geronymo, pag. 441.
Cap. IV. Ilуſtra Dios, con multiplicados Prodigios,

el Entierro de su Siervo Francisco de Geronymo, pag. 448.
Cap. V. Repentina, y admirable curacion, que en una Noble Niña executò, estando en el Feretro, el Venerable Padre Francisco, pag. 455.
Cap. VI. Otras Profecìas, y Promessas del P. Francisco, cumplidas despues de su muerte, pag. 460.
Cap. VII. Por medio de sus Reliquias, remedia el P. Francisco despues de su muerte, muchas, y varias necessidades, pag. 465.
Cap. VIII. Prodigios executados por medio del Bonete, y Anteojos del Venerable Padre Francisco, pagin. 484.
Cap. IX. Apariciones del Padre Francisco despues de su muerte, pag. 594.
Cap. X. Refiere varios Prodigios, executados por las Imagenes del Venerable Padre Francisco de Geronymo, pag. 516.
Cap. XI. En que se refieren maravillosos Favores, conseguidos solo con invocar al Venerable Padre, pag. 538.
Cap. XII. Despues de difunto, prosigue el imperio del Venerable Padre Francisco de Geronymo sobre los Demonios, sobre los Elementos, y sobre las Criaturas inanimadas, pag. 546.
Cap. XIII. Atiende el Padre Francisco desde el Cielo al bien espiritual de las Almas, pag. 560.
Cap. XIV. Aun despues de la muerte, parte con San Cyro el Padre Francisco sus Prodigios, Gracias, y Maravillas, pag. 567.
Cap. XV. Votos, y Promessas hechas, y cumplidas al Padre Francisco de Geronymo, pag. 572.
Cap. XVI. Honores, Dones, y Obsequios, tributados al Sepulcro del Venerable Padre Francisco de Geronymo, pag. 589.

Cap.

Cap. XVII. Breve memoria de las Virtudes de los Hermanos del P. Franciſco de Geronymo, p. 596.
Cap. XVIII. Teſtimonios, que dieron los Hombres de la virtud, y ſantidad del Venerable Padre Franciſco en vida, y deſpues de ſu muerte, p. 602.

LIBRO SEXTO.

CAP. I. Deſde ſu muerte ſe empieza à eſtender ſu nombre, y ſu fama, aſsi en Alemania, como en ſus Provincias circunvecinas, pag. 617.
Cap. II. Algunos Prodigios del Padre Franciſco de Geronymo en la Auſtria Superior, è Inferior, y en otras Provincias de Alemania, pag. 624.
Cap. III. Beneficios, y favores executados por el Venerable Padre Franciſco de Geronymo en el Reyno de Bohemia, pag. 646.
Cap. IV. Feliciſsimos ſuceſſos, executados por el Venerable Padre Franciſco en la Provincia del Rhin Inferior, pag. 657.
Cap. V. Prodigios executados por el Padre Franciſco de Geronymo en Flandes, y en las Provincias de la Inferior Germania, pag. 672.
Cap. Ultimo. En que ſe dàn noticias de algunos favores, y gracias, comunicadas por el Venerable en la Corte de Madrid, pag. 676.

PRO-

PROTESTA DEL AUTOR.

OBedeciendo los Santiſsimos Decretos del Sumo Pontifice Urbano VIII. y los que promulgò la Sagrada Congregacion de Ritus, deſde el año de 1625. haſta el de 1642. proteſto, y digo, que quando al Sugeto de eſta Hiſtoria, el Padre Franciſco de Gerony-mo, le dà mi pluma los titulos de *Venerable*, *Santo*, *Santiſsimo*, *Milagroſo*, y otros ſemejantes; no es mi animo prevenir con ellos el juicio de la Santa Sede Apoſtolica, à quien le toca declarar, à què Sugetos pueden, y deben dàrſe ſéguramente. Valgome de eſtos titulos, y epitectos, como expreſsiones, por ſolo ſignificar mi particular cariño, y humana eſtimacion à dicho Padre, como ſe ſuelen dar à los vivos, en quienes ſe reconocen ſingulares, y eſcogidas prendas. Y lo miſmo digo por lo tocante à las *Revelaciones*, *Profecìas*, y *Apariciones*, que en eſte Libro ſe inſinùan; pues ſolo deben creerſe con aquella fè, que ſe dan à las noticias eſcritas por Hombres piadoſos, veridicos, y literatos, pero falibles. Aſsi lo buelvo à proteſtar, ſujeto, y rendido ſiempre à las diſpoſiciones, y juicio de nueſtra Santa Madre Igleſia Catholica, Apoſtolica, y Romana.

***

BIBLIOTECA PROVINCIAL SORIA

N. 4

309
688